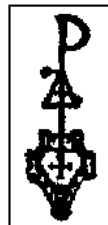


LOS CLASICOS DEL SIGLO XX

curzio
malaparte

El inglés en el paraíso
Evasiones en la cárcel
Sangre



EDICIONES G.P. · BARCELONA

Títulos originales:

**L'INGLESE IN PARADISO
FUGHE IN PRIGIONE
SANGUE**

Traducción de

**DOMINGO PRUNA
M.BOSCH BARRET**

Portada de

J. PALET

© Vallechi, Firenze
© Ediciones G.P., 1967
Enrique Granados, 86-88, Barcelona

Depósito Legal: B.34.043 — 1967

Difundido por

PLAZA & JANES, S.A.

Barcelona: Enrique Granados, 86-88
Buenos Aires: Montevideo, 333
México D.F.: Amazonas, 44
Bogotá: Carrera 8.^a Núms., 17-41

EL INGLÉS EN EL PARAÍSO

LOS INGLESES A SIMPLE VISTA

HIPOCRESÍA DE LAWRENCE

Como todos los ingleses que tienen algo que ocultar, Lawrence no se cansa tampoco de declararse enemigo implacable de la llamada hipocresía británica. Es preciso retroceder hasta Byron (podríamos detenernos en Oscar Wilde, si este nombre no se prestara a equívocos) para hallar en la literatura inglesa el ejemplo de una actitud literaria otro tanto interesada y sospechosa. «Los ingleses —afirma Chesterton— son demasiado insulares para una isla.» No se podría justificar más atinadamente la hipócrita pretensión de un Byron o de un Lawrence a la sinceridad absoluta, a la inmoralidad desinteresada, a la más voluntaria y declarada ortodoxia no conformista.

La historia de la literatura inglesa contemporánea es un poco la de Robinsón Crusoe: la historia de un naufragio, del que cada cual logra salvar cuanto le es necesario para construirse un islote en medio de la gran isla Inglaterra. También Lawrence, ese Marivaux del instinto, como, en expresión afortunada, le llama Eugène Marsan, repite a su propia manera, con la morbosa ingenuidad de los fanáticos, la experiencia de Robinsón. Llegado apenas a la orilla, el primer problema que se plantea Lawrence no es el de la construcción de una cabaña, sino el de la liberación de la humanidad anglosajona de la esclavitud de la hipocresía sexual: el problema, en otras palabras, del amor físico, de la creación en su apariencia cotidiana. Reducir a los ingleses en el amor físico, o, como él mismo dice, «regenerar a Inglaterra por medio de la sexualidad». He aquí la empresa a la que Lawrence se dedica con toda la energía de un hombre salvado de un naufragio. A los convencionalismos, compromisos y prejuicios de la sociedad inglesa contemporánea, opone la misteriosa verdad de los instintos animales: su aventura literaria se desenvuelve entre los bastidores de una Arcadia deliberadamente selvática, en la que hombres y animales se contrastan y confunden en un clima cálido y oloroso, amarillo de polen como una nube de primavera. El cielo que se comba sobre la isla de Lawrence, circundada por todas partes por la niebla de la campiña inglesa, es el cielo azul propicio a las magias amorosas de Circe y a la voluptuosa somnolencia de los indios, el cielo del Mediterráneo y de Méjico. Léanse, por ejemplo, aquellas primeras páginas bellísimas de *Saint Mawr*, en las cuales el tema de la «regeneración de Lady Carrington por medio de la sexualidad» se anuncia con tal insistencia de motivos y de acentos misteriosos, que el lector espera asistir a la repetición de la fábula del Minotauro.

A tal género de conclusiones, que saben a mito realizado en crónica, el arte de Lawrence se doblega con melancólica docilidad. La servidumbre de la tesis, de las premisas y de las consecuencias ahoga en breve el generoso ímpetu inicial: hasta el lector menos avisado se da cuenta a la larga de que no hay arte más interesado que el de

Lawrence. Incluso el sentido de la naturaleza es convencional en este alucinado *árcade*: la suya es una naturaleza de tesis. Su mundo es el antiguo de Pan, pero poblado de *grooms*, de guardas jurados, de mozos de cuadra, de mestizos mejicanos y de mineros. Ciertas mujeres de Lawrence, entre las más afortunadas y las más tristes, Lady Chatterley, Lady Carrington, o la heroína de *Serpiente emplumada*, semejan actrices de alguna primaria compañía de Londres de gira por las provincias del oeste, obligadas a representar en escenarios improvisados, en contacto directo con el público, sin siquiera el modesto resguardo de unas candilejas. A los ojos de espectadores criados en los bosques, en las minas y en las cuadras, la refinada elegancia de las actrices aparecería de seguro como enigmática y un tanto desmañada, si Lawrence no interviniera en el momento oportuno para explicar al público el secreto de la comedia y rogar a algunos espectadores que suban al escenario a representar el papel de actores jóvenes para el buen éxito del espectáculo. El secreto de la comedia consiste precisamente en la necesidad de confiar a filodramáticos de baja condición y de modales, discurso y gustos vulgares, la tarea de emprender y llevar a buen fin la regeneración de Inglaterra por medio de la sexualidad. Y si a veces el autor de *El amante de Lady Chatterley* siente escrúpulos de empujar a sus heroínas en brazos de un auténtico guardabosque o de un auténtico mozo de cuadra y se contenta, como en el caso de Mellors, con un ex oficial convertido en un rústico por la soledad en los bosques o, como en el caso de Phoenix, con un *groom* mejicano barnizado de europeísmo, es evidente, sin embargo, que él es el primero en entornar los ojos sobre la falta de coherencia en la elección de sus personajes.

Ya un siglo antes de Lawrence, Byron para consolarse de la hipocresía de los gentileshombres de Kensington, había ido a buscar el reino de la sinceridad nada menos que en Grecia. Byron, entre los levantinos, se asemeja mucho a Lawrence entre los mestizos de Méjico o entre los guardabosques y los mozos de cuadra de Inglaterra. Los hombres modernos, los hombres civilizados, y sobre todo los ingleses de la buena sociedad, afirma el autor de *Hijos y amantes*, son ya incapaces, en amor, de cualquier especie de sinceridad. Con respecto a las cosas sexuales, su espíritu ha permanecido al margen de toda evolución. Los sentimientos y actos a los cuales se abandonan no son más que vagas imitaciones del amor. En una palabra, los hombres modernos son unos simuladores, unos hipócritas. Los únicos capaces todavía de sinceridad son los seres simples, los más próximos al mundo libre y prepotente de los instintos animales. La salvación del hombre moderno reside en el retorno a los instintos, concluye Lawrence. Pero, si bien se mira, los actos de sus héroes, varones y hembras, no salen de la inevitable mediocridad de que es capaz, en los juegos de amor, hasta el más corrido *gentleman* de West-End. Trátese de un par de Inglaterra o de un guardabosque, sus gestos obedecen a las leyes de una mecánica instintiva que no está ciertamente en poder de Lawrence el modificar a tenor de los casos. La diferencia entre un *baronet* y un mozo de cuadra se hace sobre todo patente en su modo de expresarse. Ningún inglés educado se permitiría jamás imitar el lenguaje, inútilmente vulgar, de Mellors, el amante de Lady Chatterley. En amor, la diferencia entre un hipócrita y un hombre sincero, ¿no consistiría solamente en el modo de expresar los sentimientos y las sensaciones? La famosa sinceridad sexual de Lawrence, ¿tendría, pues, que reducirse a una mera cuestión de palabras?

Cuando *El amante de Lady Chatterley* fue prohibido en Inglaterra, el autor, que vivía entonces en Florencia, decidió hacer una segunda edición por su cuenta y confió la impresión a un pequeño tipógrafo florentino, un modesto artesano que, naturalmente, no sabía ni una palabra de inglés. A quienes le ponían en guardia contra las molestias a que

podía exponerse asumiendo la impresión de un libro semejante, a los que le advirtieron de que la novela contenía tales y cuales palabras obscenas y que describía cosas inauditas, el tipógrafo contestó, encogiéndose de hombros: «Aquí, estas cosas se hacen todos los días.» Lawrence, al contar la anécdota, no demuestra darse cuenta de la verdadera naturaleza de la lección que aquel modesto artesano florentino le daba a él, al autor de la obra, más que a sus críticos.

La sospecha de que para los hombres sanos el problema de la sinceridad sexual no existe ensombrecía a veces el hermoso rostro de asceta de Lawrence, solitario y enfermo a orillas del Mediterráneo. Su pretensión a la sinceridad, ¿no sería acaso más que una forma de hipocresía? El acento de algunas de sus páginas más patéticas es el dulce y quedo de una confesión. En el erotismo de Lawrence se refleja la turbia inquietud del mal que le minaba. En su religión del instinto sexual se percibe la obsesión de la impotencia. En la última estación de su vida, cuando ya la tuberculosis abría horizontes opacos en sus ojos claros, Lawrence volvía a menudo sobre el misterio de su origen. La noche siguiente a la batalla de Waterloo, unos soldados de Wellington hallaron en el campo, entre los muertos y heridos de cuatro Ejércitos, un niño abandonado: nunca se pudo averiguar si aquel hijo de la batalla era inglés, francés, ruso o prusiano. Los soldados de Wellington lo adoptaron, le dieron un nombre y lo bautizaron como inglés. Vestido con el rojo uniforme británico, el huérfano de Waterloo hizo carrera como mascota del regimiento y luego como sastre militar: muchos años después, tras abandonar el Ejército, se estableció cerca de Nottingham. Se casó en el Derbyshire y tuvo un hijo que fue el padre de Lawrence. «Tal vez haya sangre latina en mis venas», decía el autor de *Saint Mawr* para justificar sus cóleras y sus inquietudes.

Ciertamente, él no se sintió jamás inglés, y nunca fue inglés. También Lawrence «era demasiado insular para una isla»: pero su insularidad no era británica. Hace algún tiempo, hallándome junto a la tumba, de Lawrence, en Vence, donde reposa dos años ha cara al mar, pensaba en el destino de este gran artista, al que muchos de sus compatriotas acusan de insinceridad. La voz de Pan, el dios de sus fiebres meridionales, discurría como un río en la onda sonora del maestral: y yo pensaba que el dios de Lawrence no era inglés.

BAJO LOS PUENTES DEL TÁMESIS

Para conocer una ciudad es preciso penetrar en su sangre, meterse en barca por su vena principal, Rhin, Vístula, Moscova, Tíber, Sena, Danubio, Támesis. Éste Londres invernal tiene una sangre amarillenta, densa, iluminada por manchas de aceite orladas de rojo: van de orilla a orilla, perezosas y volubles, corrientes color herrumbre, ríos dentro del río. Una leve niebla verde, que donde se adensa se torna blanca, rodea el puente de Putney. Suspendidos en el aire los arcos parecen de vidrio y se abren ligeros y transparentes sobre el fondo gris opaco del cielo. Es mediodía, la hora de la marea baja. Londres parece desangrarse: toda su sangre fluye rápida hacia la desembocadura del río. Dos veces al día, en el alterno juego de las mareas, la onda atlántica entra impetuosa en el Támesis, remonta su curso durante más de cincuenta millas, empujando ante sí hacia atrás la corriente de agua dulce, que se riza y se enrolla al revés como la viruta bajo la garlopa, hasta que el mar acerca sus fauces a la desembocadura y reabsorbe la onda salada, que se precipita en él gorgoteando espumante. En medio del río, el reflujó excava un surco profundo en el que la corriente se atasca y se encamina veloz y directa: poco a poco reaparecen las altas espaldas de las márgenes, poco antes colmadas hasta el

borde, emergen de nuevo los pilares de los puentes y los arcos se alejan del agua hundiéndose en el cielo; se abre ante los ojos un aéreo juego de perspectivas, un ondear de planos en lontananza, una variación de sombras y de luces. A veces, cuando el mar aparta sus fauces de la desembocadura para tomar aliento, el reflujó decrece: después, la onda espumante vuelve a huir más veloz, inmensos remolinos amarillos se abren en el centro del río y corren rodando de una orilla a otra.

Nos hallamos aguas arriba del Putney Bridge, entre la iglesia de Fulham y la de Putney. Aquí las riberas del Támesis tienen aspecto de campiña: los árboles del parque del obispo de Londres se comban sobre el espejo opaco, por el que desfilan en cortejo familias de ánades ceremoniosos. «¿Vamos?», grita Cecil, elevándose su voz sobre el zumbido del motor. La lancha motora se lanza, contornea la orilla de Fulham y enfila el arco mediano del puente de Putney. En la orilla izquierda, en medio del verde sucio de sus campos de polo y de tenis, el «Hurlingham Club», con sus columnitas dóricas de yeso ahumado, parece un templo de Arcadia consagrado a los amores de Sir Dafnis y de Lady Cloe. La Hélade de los ingleses es toda así: oprimida por nubes foscas, inmersa en una niebla amarilla, ennegrecida por el humo de un perpetuo incendio. *La Iliada*, traducida al inglés, tiene que estar llena de héroes fuliginosos, de columnatas blanqueantes sobre el fondo negruzco de un suburbio de Londres. ¡Oh Ilion, ciudad de ultra Mancha! *Est in conspectu Britannia, notissima fama insula*. Un vuelo de gaviotas nos acompaña rozando las ondas con las alas extendidas. Pero ya el puente de Wandsworth está sobre nosotros; las gaviotas apoyan por un instante el vientre sobre el agua, se lanzan fuera del arco, hacia el viaducto de la «West London Extensión Railway», giran de improviso y se vuelven hacia atrás saludándonos con un ronco grito, mientras la lancha desaparece entre los pilares de hierro. Un olor graso a pez flota en el aire; el agua, sangrando de herrumbre, gorgotea y se cuaja.

Frente a Battersea, guarnecida de chimeneas y envuelta en una nube de humo, como San Gimignano presa de las llamas, las casas de Chelsea se alinean en la orilla opuesta, aseadas, modestas e invitadoras.

—Mire —me dice Cecil—: aquello es el Cheyne Walk y, más allá, la iglesia de Chelsea.

Entre el puente de Battersea y el inmenso trapecio colgante de Albert Bridge desfila ante mis ojos el Parnaso de los tres primeros Jorges, el Montmartre de la época victoriana, el suburbio ateniense de Londres caro al corazón de Tomás Moro y de Hans Sloance, de George Eliot y del conde de Orsay, de Dante Gabriel Rosseti y de Swinburne, de Whistler y de Sargent. Adiós, casa tranquila donde murió Turner; adiós tibia cocina del «Cheyne Row» donde Tennyson y Carlyle se reunían cada día para fumar una pipa; adiós, verde jardincillo donde reposa *Nero*, el romántico can de la esposa de Carlyle. La lancha corre recta y veloz, el Parnaso londinense queda ya lejos y aparece entre las casas de ladrillo rojo la columnata dórica del «Chelsea Hospital» diseñado por Wren, el arquitecto de la catedral de San Pablo.

El puente de Chelsea se aleja, se abre sobre nuestras cabezas el arco de Vauxhall Bridge (¡oh ángeles!, ¡oh jovencitas de cabeza de cisne!, ¡oh monstruos nocturnos de William Blake, allá en la orilla izquierda, en la «Tate Gallery»!) y he aquí el puente de Lambeth. De pronto, la niebla se levanta como un telón y la clásica escena del turbio Támesis fluyendo entre el Palacio de Westminster y el «Hospital de Santo Tomás» me aparece iluminada al sesgo por el disco opaco del sol, que rueda sobre campanarios y tejados, se envuelve en velos de púrpura y desaparece de vez en cuando tras los bastidores de densas nubes de humo. Una luz verde y amarilla descubre los grumos de

sombra en el juego de los recamados marmóreos, libera del peso de la piedra los gestos de las estatuas a lo largo de la fachada del Parlamento, mueve sobre el fondo gris del cielo los negros ángulos de los palacios y el curvo perfil del puente de Westminster. Bandadas de gaviotas encienden de blancos reflejos la columnata del palacio del condado, las techumbres rojas de Scotland Yard y la piedra clara del Somerset House.

Anoche cené con Trystan Edwards, que ha dedicado al arquitecto de Somerset House, Sir William Chambers, una monografía apasionada y sincera, en la que se mencionan una y otra vez los nombres de Miguel Ángel, de Palladio, de Bernini, de Perrault, de Mansard, lejanos predecesores de casi toda la obra de Chambers. Hombre extraño y ambicioso este Sir William, que ha traído de China la famosa pagoda del Kew Garden, de Italia y Francia la entrada del parque de Blenheim y la del parque de Wilton, los templetos y la Orangerie del Kew Garden, el Town Hall de Woodstock y el célebre Albany de Piccadilly.

—De Roma, Sir William Chambers ha traído la grandiosidad romana —me decía Trystan Edwards, a su vez también afortunado arquitecto y celoso de los clásicos—; y de Portland, la bella piedra clara que tan dulce hace el semblante romano de Somerset House.

Noble piedra del palacio de los Somerset, luminosa en contraste con la masa oscura del Temple, barrio de notarios y hombres de leyes, dominado por techos medievales puntiagudos y por torres redondas encapuchadas a la normanda.

Apenas desembocamos del arco del Blackfriars Bridge o puente de los Frailes Negros, a lo lejos, en la orilla izquierda, se eleva sobre un tempestuoso mar de oscuras tejas la cúpula de la catedral de San Pablo, hija mayor de Sir Cristóbal Wren y cuñada de la cúpula de San Pedro, pero cuñada a la inglesa. La culpa de que no supiera pronunciar correctamente el nombre de Miguel Ángel no era toda de Sir Cristóbal, arquitecto de gran fama. En sus *Remarques sur l'Angleterre*, Taine llega incluso a reprochar a Wren la coloración negruzca del pórtico inferior, sin pensar que el célebre arquitecto no es ciertamente responsable de la fuligine londinense. Mas la mirada reposa feliz sobre la atrevida y vasta cúpula que el sol hiere oblicuamente con una luz de tapicería.

Un oscuro agujero, un corte de sombra en los ojos y nos hallamos bajo el puente de Southwark. Me saluda desde lo alto el león setecentista de la «Barclay and Perkin's Brewery,» una de las más antiguas fábricas de cerveza, entre las más renombradas de Londres, que surge donde en tiempos estuviera el teatro de Shakespeare, el «Globe Theatre». Tpo el barrio que se extiende por la margen derecha entre el puente de los Frailes Negros y el «London Bridge» está dedicado a las artes, a las letras y a las costumbres del siglo de Isabel: ahí se daban, en el «Hope Theatre», las luchas de osos; allí el «Teatro de la Rosa»; allá abajo, de un cabo a otro del Bankside, viven los lugares y las memorias de Shakespeare, de Beaumont, de John Fletcher, de Massinger, de Green. Entre la Zoar Street y la Summer Street se alza aún la capilla donde predicaba John Bunyan.

—¡Deje estar a John Bunyan! —me grita Cecil mientras pasamos bajo el London Bridge—. Mire hacia allí, mejor. Aquello es la City y, más lejos, la Torre de Londres.

Una nube verdosa, que por momentos semeja un prado invertido, tiñe de reflejos de hierba el gran pentágono de muros y torres dominados en el centro por la Torre Blanca. La piedra es lisa y clara y el aspecto de la famosa fortaleza (construida en el paraje más bajo de la ciudad, donde hasta el seiscientos, al desbordarse la marea alta, se formaban cenagales y pantanos salados) diría que es hogareño, si no me pareciera que es mejor

decir pacífico. Más que fortaleza y prisión, la Torre de Londres aparece ante los ojos como un seguro y tranquilo refugio para los inquietos y delirantes Plantagenet, para los fantasiosos Tudor ardientes de fiebres perversas, para la conciencia opaca y suspicaz de los Estuardo: mas el corazón se estremece al recuerdo de los horrores de que fueron testigos durante siglos las altas torres de inocente aspecto y los vastos patios arbolados donde la hierba crece con dulce y casta pereza, como en el patio de un colegio de niñas. La proa de la lancha corta como una navaja de afeitar la sombra recta del Totter Bridge, suspendido por los cables de acero de los góticos torreones caros a la reina Victoria y a los discípulos de Ruskin. Ante nosotros se abre el puerto de Londres, monstruosa vena de pez con las márgenes erizadas de cabrestantes y pobladas de proas.

Un cielo fosco y violento, desgarrado por súbitos y sanguinolentos resplandores, hierve sobre las dársenas humeantes, sobre la teoría interminable de muelles, sobre vapores lentos en gorgoteos de espuma amarillenta. Trenes de almadías pasan con chirriar de cadenas, bajo unos graznidos de gaviotas. La lancha se desliza rápidamente entre hileras de gabarras a la deriva, guiadas por el largo remo de popa que mujeres con polainas, de cabellos rojos desgredados por el viento, aferran con airado talante, maniobrando encorvadas y ceñudas. Bajos y rechinantes, los remolcadores de corta chimenea y ancha popa a flor de agua, resoplan y renquean arrastrando su reata de lanchones. Monstruoso Támesis. En torno a las bocas de las cloacas, entre un muelle y otro, hombres sucios, harapientos, de rostros pálidos surcados de cicatrices de grasa y de pez, hurgan con las manos en el tibio cieno negro, hundidos hasta las rodillas en la densa oleada que vierten las cloacas. Todo el enorme bajo fondo humano del East End se asoma lívido Y descarnado al horrendo río: con los ojos iluminados por los dulces sueños del hambre contemplan las columnas de humo que se elevan de los *docks*, los pabellones que flamean en los palos mayores, los cabrestantes, las cajas que se bambolean en el aire y las naves y más naves que descienden la corriente al encuentro de las naves y más naves que suben del mar ululando en la niebla.

Allí al fondo, donde el Támesis se curva, el London Western Docks y los Surrey Docks lanzan resplandores de incendio. Millares de barcas, de gabarras, de veleros, de vapores, atados por el cabezal alrededor de la Isla de los Perros, olfatean las vaharadas de humo inmóviles sobre los inmensos muelles del West India. Ulular de sirenas, jadeo de remolcadores, doblar de campanas en el cielo oscuro que el ocaso arroja sobre el río. Y he aquí, de pronto, las blancas columnas del «Royal Naval College», en el verde respiradero del parque de Greenwich. Clara y acogedora, la clásica arquitectura de Sir Cristóbal Wren abraza desde la orilla de Greenwich el tétrico horizonte de la Isla de los Perros allá en la margen opuesta, que poco a poco se hunde en la ciénaga oscura de la marea alta nocturna.

La hierba al pie de las columnas es suave a la mirada, como a Orfeo salido de los infiernos.

EDUARDO VII Y SU TIEMPO

Cuando Mrs. Lilly apareció en el umbral de la habitación de la reina, el día 9 de noviembre de 1841, el duque de Wellington fue a su encuentro pálido de ansiedad.

—¿Es varón o hembra? —preguntó con voz trémula.

—Ni una cosa ni otra —respondió Mrs. Lilly con aire sorprendido y digno—. ¡Es un príncipe!

La vida de Eduardo VII comenzaba con una lección de etiqueta al vencedor de Napoleón.

Gran príncipe, Eduardo, y gran señor. Con una gracia, una medida y una ironía, cuyo ejemplo y memoria siguen viviendo en el íntimo dolor de los espíritus ilustrados y nostálgicos de allende la Mancha, el príncipe de Gales fue el continuador de los modales ingleses de principios del ochocientos, que Brummel y D'Orsay habían llevado a un grado de perfección muy próximo a la caricatura. Hace algún tiempo estuve en París, en casa de André Maurois, en aquella clara y tranquila casa que los árboles del Bois de Boulogne colman de verdes transparencias de lago. Se hablaba de Londres y de los ingleses de hoy y de ayer, y el autor de *Disraeli* me decía que entre todas las figuras de primer plano del largo reinado de la reina Victoria, la de Eduardo, príncipe de Gales y primer gentilhombre de Inglaterra, le parecía la única que lograba compendiar en sí, en lo grandioso equilibrio, la gran tradición del ochocientos inglés y las todavía inciertas aspiraciones de los espíritus modernos de fin de siglo.

—Quisiera —añadía— dedicar a Eduardo VII un libro que no fuese una simple biografía, sino una vasta pintura de su tiempo, una crónica varia y viva de todas las manifestaciones de la vida inglesa, tanto sociales como políticas, literarias y morales, en los primeros años del novecientos. Le diré, asimismo, que me he ido aficionando a esta idea desde que escribía *Disraeli*; que el retrato de Eduardo, en relieve sobre el fondo de su época, lo tengo ya claro en mi mente en todos sus detalles, y que el libro —concluyó sonriendo Maurois— está ya escrito en gran parte.

No pude por menos que observar que él veía y juzgaba el reinado de Eduardo VII de manera asaz distinta de como lo ve y lo juzga todo francés asomado al mundo desde la ventana de su casa. Agregaré que, tratase de dibujar a *Disraeli* entre los prados y los árboles de Hughenden o al pálido y delirante Byron en el patio de Albany, ya se trate de seguir con la mirada al angélico Shelley por las calles de Roma, André Maurois se asoma siempre al alféizar de la casa de su propio héroe, a una ventana del castillo de Hughenden o de la casa en Piccadilly diseñada por Sir William Chambers para Lord Melbourne o del palacio romano en el Corso, donde Shelley escribiera los *Cenci*. Así, ahora me parecía que miraba y juzgaba a Eduardo desde detrás de los cristales de Marlborough House. Feliz aventura, pues yo creía que solamente unos ojos ingleses podían mirar desde aquella ventana.

En un corazón británico, el recuerdo de Eduardo VII no está ligado únicamente, como para los franceses o los alemanes, al fin de la *splendid isolation* y al inicio de aquella política de *entente cordiale* que había de trastornar la situación internacional dejada en herencia por la reina Victoria y Bismarck. Más que evocar ciertas actitudes e iniciativas de la política de Lord Salisbury o de Lord Lansdowne, su nombre suscita en la memoria del pueblo británico todo un período de la vida inglesa, entre los más felices y más típicamente ingleses. No es tan sólo por haber apadrinado la *entente cordiale*, como se cree generalmente en Francia, que Eduardo VII ha vinculado su nombre a su tiempo, sino por la elegancia, el espíritu, el señorío con que ha sabido ofrecer la medida moderna de la tradicional concepción inglesa de la vida y dar un tono, un tacto y un lenguaje al profundo deseo de renovación de su pueblo, tras los interminables sesenta y cuatro años del glorioso y monótono reinado victoriano.

—Yo no sé —prosiguió Maurois— si mi manera de ver es la de un inglés. Ciertamente, el título que daré a mi libro será *Eduardo VII y su tiempo*, lo que podría también darle razón sobre mi modo de observar a los hombres y los hechos de la historia.

Así diciendo abre un cajón del que extrae un montón de cuadernos, de periódicos, de hojas cubiertas de notas, y un manuscrito de casi doscientas páginas, encerrado entre dos tablillas de madera revestidas de cuero. Sonriendo, Maurois me alarga una tras otra las carpetas de los primeros capítulos.

—Por hoy —me dice—, lo dejo leer. Del libro hablaremos dentro de pocos días, en Londres, donde tengo intención de pasar algunas semanas para reunir sobre Eduardo los testimonios de algunos que le conocieron de cerca, y que sobreviven a su tiempo.

Ahora André Maurois está aquí en Londres. Su estancia transcurre entre una tarde en la biblioteca del «British Museum» y una comedia en casa de Lady Oxford, entre un coloquio con Lloyd George y una gestión en la «Tate Gallery», una cita con Lord Crewe y una conversación con Winston Churchill. Mientras paseamos por St. James's Street y Pall Mall, en el barrio de los Clubs, en torno al palacio de San Jaime y Marlborough House, el autor de *Disraeli* me habla de los últimos años de la reina Victoria, del gran aburrimiento burgués que caía como una nube de otoño desde Osborne, Windsor y Buckingham Palace, sobre la sociedad londinense, sobre los deseos y las inquietudes de las jóvenes generaciones de finales de siglo. Eduardo, príncipe de Gales, se había convertido en cierto modo en el inspirador y el animador de aquella especie de Fronda que serpenteaba, con rumor de seda y tintineo de copas, tras los descoloridos bastidores de la época victoriana, en el representante más típico del nuevo espíritu, en el augusto protector de las aspiraciones de la aristocracia inglesa a una existencia menos monótona, menos puntual al austero y aburrido formulismo del tiempo. Un protector prudente, preocupado de no suscitar tempestades en el tranquilo lago del egoísmo severo y ceremonioso de la reina Victoria. Pero no puede decirse que rehuyera las ocasiones de afirmar públicamente, con una especie de irreverencia elegante y llena de *humour*, su personal inclinación a las maneras nuevas con un espíritu tan tradicional como moderno. Solitaria entre los recuerdos de una Inglaterra romántica que para ella había muerto con Lord Melbourne y de una época espléndida y joven desaparecida para siempre con la dulce y grave sonrisa de Alberto, la gran reina no podía comprender cómo el aire cerrado y gris de Buckingham Palace no estuviese hecho para la juventud inglesa de 1890. El príncipe de Gales, a pesar de que tuviera ya más de cuarenta años, seguía siendo para ella el pequeño Bertie, el hijo predilecto de Alberto. No podía admitir que Eduardo osara infringir la disciplina materna, que la juventud de 1890 se sintiese asfixiada en aquella Inglaterra de 1860 que ella, reina y emperatriz, seguía proclamando intangible, inmutable y perfecta.

¡Qué escándalo, en la corte, cuando el eco del proceso Mordaunt, una causa por divorcio en la que el príncipe de Gales, el «pequeño Bertie», había aparecido como testigo, llegó a oídos de Victoria! ¡Qué motivo de cólera significó en el castillo de Windsor la aparición de Eduardo en Hyde Park Corner, en 1898, conduciendo una de aquellas estruendosas máquinas que, envueltas en una nube de polvo y de humo, habían hecho hacía poco su presentación en las calles de Londres! El príncipe de Gales fue uno de los primeros en conducir una de aquellas máquinas por Regent Street, en cuanto fue abolida la disposición que prohibía el tránsito de automóviles por el centro de la ciudad. Audacia sin precedentes, que no merecía parecer excusable más que ante los ojos del irrespetuoso y nada respetable público del continente. La reina Victoria se estremecía, súbitas oleadas de sangre inflamaban su gran rostro de hinchadas mejillas, su cólera estallaba a veces con tal violencia que sembraba el terror en todas las familias de la nobleza de Inglaterra. ¿Quién sino Eduardo había osado capitanear la rebelión de los jóvenes contra el uso de cierto vinillo francés, llamado *claret*, en las cenas elegantes?

Gracias al pequeño Bertie, el champaña había confinado en poco tiempo al *claret* únicamente a las mesas de los *nobodies*¹, a las que todavía no había llegado siquiera el aroma del oporto, del cual Eduardo se hiciera patrono con tal éxito que en 1898 el consumo de este vino en Inglaterra era tres veces superior al de 1884. ¿Y el escándalo de fumar después de comer? También a esta tristísima historia de fumar al levantarse de la mesa estaba vinculado el nombre de Eduardo. El furor de la reina Victoria se condensaba poco a poco en negras nubes de tormenta. Habitualmente, sobre todo en los últimos tiempos, el chaparrón caía de improviso sin el preaviso del trueno. El príncipe de Gales quedaba calado hasta los huesos, pero cedía sólo en apariencia, para iniciar de nuevo el juego en cuanto escampaba, con una gracia irónica y desenvuelta que le granjeaba la abierta admiración de la juventud de Inglaterra y en el fondo (¿por qué no?) incluso la íntima complacencia de la reina Victoria. Al fin y al cabo, el padre de Eduardo era Alberto, aunque su madre fuera sobrina del príncipe regente.

—Es probable —me dice Maurois— que en las páginas de Lytton Strachey dedicadas a las relaciones entre Victoria y Eduardo haya un poco de alegre fantasía. El príncipe adoraba a su madre, mas no hasta el punto de temblar en su presencia, a los cincuenta años, como un niño de diez.

Durante la famosa batalla por el humo, Eduardo había sido confinado por espacio de un mes en su propia habitación por orden de la reina, por haber osado encender un cigarrillo en una estancia de Buckingham Palace. Eduardo obedecía, pero no puede decirse que temblara. De todos es conocida la página en la que Strachey relata el episodio del príncipe de Gales, pálido y tembloroso detrás de una columna del palacio de Osborne. «Un día —cuenta Lytton Strachey—, el príncipe llegó con retraso a la comida. No era culpa suya, pero Eduardo fue visto, oculto detrás, de una columna, enjugándose la frente y reuniendo todas sus fuerzas antes de presentarse ante la reina. Ésta le acogió con un gélido saludo y él volvió a ocultarse tras otra columna. El príncipe tenía entonces más de cincuenta años.» No es ciertamente ésta la imagen que las generaciones modernas y carentes de prejuicios, tanto de Inglaterra como de Europa, se hacían del augusto representante del espíritu nuevo, en lucha, si bien lucha elegante y cortés, con el anticuado formalismo victoriano. Eduardo, sin duda, respetaba la cólera de su madre, pero no sus prejuicios. Su actitud, en el fondo, era la misma de todo inglés educado (pues de ingleses ineducados, entonces, no había ni sombra). La causa era justa, el jefe de los rebeldes era el más respetuoso y el más irónico de cuantos habían figurado en la historia de la corte de san Jaime, y la lucha fue ganada aún antes de que la gran reina, en enero de 1901, cerrase los ojos para siempre ante el retrato de Alberto.

Un observador de aquel tiempo, Augustin Filón, advertía acertadamente que sería un error situar el advenimiento de la Inglaterra de Eduardo VII a partir de la muerte de Victoria. Hacía ya veinte años que la nueva Inglaterra se preparaba y se anunciaba a través de mil signos. La austera reina incubaba todavía, con su gran sombra, las costumbres, la moral pública y privada, los prejuicios y las convenciones de una época que había sido la suya, y se cumplía ya aquella fase de la evolución del pueblo británico a la que Eduardo VII ha vinculado su nombre. Gran rey y gran señor, ha dado a su tiempo una impronta de grandeza y de señorío, que sigue viviendo en la añoranza de cuantos observan con ánimo triste los más recientes aspectos de la evolución inglesa. El actor Coquelin decía de él: «Cuando el rey está en el teatro, cada uno de nosotros, en la escena, se convierte en artista de genio.» Y a la muerte de la reina Victoria, todos, en el

1 Don Nadie

escenario de Europa, soberanos y ministros, se sintieron, si es que no se volvieron propiamente, artistas de genio.

—El reinado de Eduardo —me dice Maurois—, para nosotros que lo miramos desde el otro lado del muro de la guerra, como desde la orilla opuesta de un rojo río, aparece verdaderamente iluminado por el sol de la inteligencia. La Europa de su tiempo era ciertamente más inteligente que la de hoy. Y si Europa tenía un dios, ese dios era sin duda Eduardo, Los elementos profanos de la divinidad, por decirlo así, ¿no han sido acaso en todos los tiempos la ironía, la inteligencia y el señorío?

«Europa —decía sonriendo Eduardo VII, con aquel su profético modo de hacer ironía —es demasiado inteligente para ser honesta.» Era el rey de una isla, que hablaba de un continente.

—Cuando Inglaterra —observa Maurois— era todavía una isla.

ESQUILO EN CAMBRIDGE

De entre los muchos amores desgraciados de que sufren hace tiempo los ingleses, el que sienten por Palas Atenea es el más literario y por ello, diría, el más vivo. Morir en Grecia, ser sepultado en la polvorienta Argólida, o a la sombra de los olivos y de los cipreses cara a la Acrópolis, o en la blanca tierra de una isla egea, dormir bajo una losa de mármol donde campeen esculpidas unas pocas palabras en la lengua de Homero: «Aquí yace un poeta británico», sigue siendo, hasta la edad de veinticinco años (después las fantasías románticas se desvanecen entre la negra niebla de Londres, ante las puertas de los clubs, de los Bancos, de las oficinas), el sueño de la juventud que desde Eton, Rugby o Harrow se encamina, por Oxford y Cambridge, hacia el gris horizonte de una carrera política, administrativa o comercial, de la que Mercurio, y no Minerva, es la divinidad protectora.

Pero, si no yerro, dos poetas ingleses tan sólo han tenido hasta hoy la ventura de cerrar los ojos bajo el cielo azul de la Hélade: Byron y Rupert Brooke. Son conocidas por todos las fortunas, las adversidades y el fin mísero en la llanura de Missolonghi del poeta de *Childe Harold*. Sin embargo, muy pocos conocen en Europa el envidiable destino de Rupert Brooke. Muerto muy joven en guerra a bordo de un crucero, durante la expedición de Gallípoli, duerme en la ladera de una colina en la isla de Sciro, frente al mar más luminoso del mundo. En la isla donde está sepultado Teseo, donde Aquiles y Pirro prestaban oídos al son de contienda que se anunciaba desde Ilion. Y aquí, en la quietud de Cambridge, su recuerdo vive aún, como el de un antiguo ideo aparecido en las riberas del Cam en una breve estación poblada de poéticos fantasmas y sonora de cadencias áticas. Un dios de modales estudiados y de gestos premeditados, un esteta henchido de intenciones ingenuamente perversas y, en fin de cuentas, cándidas y gratuitas, un D'Annunzáo *pos litteram* (se estaba en vísperas de la guerra, época remota), un joven efebo de bellissimo rostro que galopaba a lo largo del río con la cabeza descubierta, con una rosa roja en la boca, intrépido y soñador a caballo como un Dióscuro enamorado.

En el corazón de todos aquellos estudiantes con chaqueta de lana escocesa y pantalones de franela gris que se agolpan ahora en el «New Theatre» para asistir a la representación de la trilogía de la Orestíada de Esquilo (recitada en griego por estudiantes de los diversos colegios, con el más puro acento del «Trinity» o del «King's»), el amor por la antigua Hélade no es ciertamente tan romántico e impetuoso como en el corazón de Byron. Los tiempos han cambiado y los humores siguen a los

tiempos. Ya no es una pasión: es una moda. Los admiradores y los imitadores de Rupert Brooke son numerosísimos, mientras que los de Byron se cuentan con los dedos. Todos esos jóvenes musculosos y sonrientes son unos enamorados de la poesía griega, de los mitos jónicos y asiáticos. Sus horizontes se abren sobre cielos azules y sobre columnas blancas, los ángeles de sus sueños semejan en la sonrisa de Alcibíades y lucen la corbata multicolor de los remeros de Cambridge, las mismas chaquetas de lana de Escocia e iguales pantalones de franela gris. Pasear en sueños por las laderas del Olimpo y hablar en griego como un ateniense de la edad de oro, significa convertirse en capitán del equipo de rugby. Estas son, todavía hoy, las aspiraciones de la mejor juventud universitaria de Inglaterra. En cuanto a morir en Grecia como Byron y Brooke, los pareceres son diversos, aunque todos están de acuerdo en que, a los veinte años, es demasiado pronto para elegirse un fin glorioso. La literatura, incluso en Cambridge, no es más que literatura. Por el momento, lo mejor que se puede hacer, sin empeñarse demasiado por el porvenir, es ir al «New Theatre» a aplaudir a los colegas que declaman en griego el *Agamenón*, *Las Coéforas* y *Las Euménides*.

Estas representaciones clásicas son tradicionales en Cambridge y, aun cuando inspiradas en un cierto esteticismo profesional de dudoso gusto, testimonian de modo sorprendente la seriedad y la ingenuidad con las que los organizadores y los actores se aplican en cumplir, en contraposición con Esquilo, con los sagrados deberes de la hospitalidad. Del *Greek Play Committee* para 1933 forman parte, además del profesor D. S. Robertson, del «Trinity College», del Master del «Magdalene», de J. T. Sheppard del «King's», y de J. Burnaby, del «Trinity», algunos de los más puros enamorados de la poesía griega y de los más fieles cultivadores de las tradiciones apolíneas de esta célebre Universidad. Y tal pureza de sentimientos se revela sobre todo en la elección de los actores, todos ellos estudiantes levemente enfermos de ese vago esteticismo, que hace de Cambridge la capital, por decirlo así, del falso clasicismo inglés, el romántico reino de una juventud que de entre todos los historiadores sienten predilección por Plutarco y de entre todos los héroes de Plutarco prefieren a Alcibíades.

El teatro está abarrotado y el público, a las primeras notas de la música de C. Armstrong Gibbs, que abre golfos sonoros en la noche de Argos, inclina la cabeza como si se dispusiera a oír un sermón dominical. Desde lo alto de las murallas, la voz del centinela anuncia el retorno de Agamenón de la empresa de Ilion y cada espectador, en la vasta sala en penumbra, baja los ojos sobre el texto griego abierto sobre las rodillas, una edición crítica donde junto a los versos de Esquilo figura la versión métrica inglesa de J. T. Sheppard, vicedirector del «King's College». Todo en familia, en Cambridge; cada cosa se desenvuelve dentro del círculo de parentela más o menos estrecha de la Universidad. Desde la música a los decorados, desde la orquesta al vestuario, desde los organizadores a los actores, todo lleva el sello universitario. Ya empiezo a pensar que el propio Esquilo es un *fellow* del «Trinity» o del «King's» y no me sorprendería verle salir de escena para agradecer al público su amable acogida, vestido de lana escocesa y de franela gris. «Esquilo, el más inglés de los poetas griegos», me susurra al oído el amigo estudiante que se sienta a mi lado. No es este el momento de ponerse a discutir, pero tengo la impresión de que los actores hacen todo lo posible por confirmar el criterio de que Esquilo es, de entre los poetas griegos, el más británico y el más universitario.

El estudiante H. Whitbread, del «Trinity College», que encarna, con ropaje femenino, el personaje de Clitemnestra (una Clitemnestra vestida de colorado, con negrísima cabellera y musculosos brazos de jugador de rugby o de remero), pronuncia el griego a la inglesa, resbalando sobre las dentales y las palatales y soplando las labiales con una amanerada elegancia que nace pensar en el acento de Bloomsbury. En boca de esos

jóvenes britanos, Clitemnestra se torna Claitemnistra, y Agamenón se transforma en Eghemémnon. «¡Oh hija de Leda, oh custodio de mi casa!», declama Agamenón (en el siglo el estudiante A. Mac Intyre, del «Caius College») desde el alto borde del carro triunfal, arrastrado sobre el escenario por cuatro esclavos rubios y recién afeitados. Los gestos del conquistador de Ilión son duros y embarazados: la cabeza gira sobre el cuello con súbitas sacudidas, los brazos se alzan o se bajan rígidos como si fueran de madera. Es notorio que, al igual que todos los demás actores, A. Mac Intyre no está habituado a gesticular. Desciende Agamenón del carro, avanza hacia el palacio y cruza solemne el umbral.

—¿Cuál es —me susurra al oído el amigo estudiante—, cuál es el primer pensamiento de Agamenón apenas llegado a la patria tras diez años de ausencia? El de darse un baño. Preocupación muy inglesa, que hace honor a Esquilo y le da derecho a la ciudadanía inglesa. Es cierto, sin embargo, que la educación inglesa era peligrosa en aquellos tiempos. Clitemnestra sorprende a su marido en el baño y le mata. Pero, ¿acaso es culpa de Esquilo?

No, ciertamente no es culpa de Esquilo y no veo quién osaría acusarle de semejante estulticia, a no ser algún *fellow* de Oxford.

Otototoi popoi da, Opollon Opollon, grita en este momento ante la puerta del palacio de Argos el estudiante K. L. Fawdry, del «King's College», vestido de Casandra: cabello rubio, túnica amarilla y brazos desnudos gesticulantes. ¡Y qué brazos! Se dirían los de un pugilista más bien que los blancos brazos de la infeliz hija de Príamo. *Otototoi popoi da*. Casi parece que Casandra, con su acento británico, pregunte al coro: *How do you do?* ¿Cómo está? La desventurada Casandra tiene sus buenas razones para no cruzar el umbral fatídico. *E dikton ti g' Aidou*, grita con acento de terror (*How do you do?*) El coro trata de calmarla, pero la hija de Príamo es obstinada: *A, a, idou, idou*. (*How do you do?, how do you do?*) Al final se decide, atraviesa el umbral de la casa de los Atridas y súbitamente resuena en el interior la voz de Agamenón que se lamenta; la puerta del palacio se abre de par en par y aparece Clitemnestra, fieramente erguida sobre los cuerpos ensangrentados de Agamenón y de Casandra. Con aquellos musculosos brazos, Clitemnestra no debe haber tenido mucha dificultad para matar ella sola al hijo de Atreo y a la hija de Príamo. El deporte sirve para algo, incluso en Argos. «Maravilloso», comenta el público apenas cae el telón sobre la gracia musculosa de Clitemnestra y la sonrisa satisfecha de Egisto.

Pero no en balde Esquilo es el más inglés de los poetas griegos. Agamenón ha muerto en el baño, y ahora la escena discurre entre Electra y las Coéforas. El Orestes de *Las Coéforas* de Cambridge es un joven rubio, de mediana estatura, de brazos torneados y piernas de bailarina, de dulce rostro abierto como una flor sobre el tallo de un cuello largo y blanco, que surge del pecho como de un arriate. El candor de aquel pecho de muchacha se adivina bajo la túnica descotada al leve respiro de los senos incipientes. Orestes es el estudiante W. P. Gregg, del «Colegio de Santa Catalina». Un Orestes envuelto en un manto negro, como un Hamlet. De pronto, el rubio efebo del «Santa Catalina» arroja el manto y aparece vestido de seda verde de la cabeza a los pies, de un verde tierno que recuerda la hierba primaveral de los prados de Hyde Park. Una cinta del mismo color ciñe su frente, un cinto de tonos ligeros como las hojas de plátano le recoge en torno los pliegues del faldón (una especie de crinolina que, dejándole desnudas las rosadas rodillas, le da un aspecto de principiante en una escuela de baile), un faldellín, en suma, demasiado corto para un muchacho de su edad. Orestes se mueve a pasitos, alza los brazos, sonrío, gira sobre las puntas de los pies y mira a su hermana

Electra, que es el estudiante D. B. Taylor, del «King's College», con una mirada que embelesa a todos los hermanos de la Universidad.

Con todo aquel verde encima, Orestes tiene un aire vegetal que place a aquellos apasionados jugadores de golf. Un escalofrío de entusiasmo pasa sobre el público como un soplo de viento sobre la hierba de un prado. Y cuando, en las escenas de *Las Euménides*, las Furias persiguen al matricida Orestes en el templo de Apolo en Delfos y aparece Apolo, vestido de plata, para proteger al hijo de Clitemnestra; cuando Minerva en Atenas extiende la mano sobre la cabeza de Orestes y le salva, y las serpientes que rodean los brazos de las Furias silban airadas y decepcionadas, el público aplaude feliz, mirando al jovencito vestido de verde que gira sobre las puntas de los pies como una bailarina de Diaghilev. «Esquilo es verdaderamente un gran poeta», me susurra al oído, al salir, el amigo estudiante. Sí, no hay duda, Esquilo es un gran poeta; y no es verdaderamente grande más que en Cambridge.

CAMBRIDGE CONTRA OXFORD

¿Oxford o Cambridge? El cielo es gris y lluvioso, nubes perezosas se adensan sobre las casas de Chelsea, sobre los árboles de Battersea, sobre las chimeneas de Hammersmith, pero un tibio viento primaveral resbala sobre la superficie del agua, sigue ligero y caprichoso los siete kilómetros de recorrido que dentro de poco, entre el puente de Putney y el puente nuevo de Chiswick, el «ocho» azul de Cambridge y el «ocho» azul turquí de Oxford remontarán a golpe de remo entre el tronar de aplausos de un millón de espectadores.

Muchedumbre popular, esta que se agolpa desde primeras horas de la mañana a lo largo de las márgenes del Támesis negras de polvo de carbón; muchedumbre característica de Londres, vestida de franela gris y de chaquetas de lana color herrumbre, alegre y seria a un tiempo, con esa alegría comedida y respetuosa que transforma en ceremonia oficial hasta la más espontánea y alegre jira campestre. Los primeros en llegar a orillas del río son los muchachos. Regimientos de muchachos del pueblo, casi todos con pantalón largo y gorro de *jockey*, libres y vocingleros rodeando parejas de payasos con el rostro tiznado de negro, que tocan, cantan y bailan entre los chillidos, las risas infantiles y los ladridos de los perros. (Todos los perros de Londres se han dado cita esta mañana entre Putney y Chiswick. Ellos son siempre los verdaderos amos de las fiestas populares, los Benjamines de la Biblia sentimental británica.) Los payasos tocan pífanos, tambores, guitarras, saxofones, cantan en *cockney*, que es una especie de dialecto londinense, con voz nasal y roncros gorgoritos, peinan, saltan, danzan, resbalan, ruedan sobre el asfalto mojado; los chicos aplauden, gritan, corren, ríen, corean los estribillos; los canes ladran, mueven el rabo, olisquean, se revuelven por el suelo, felicísimos en aquella gracia de Dios. Mientras tanto, una riada humana descende de los autobuses, de los tranvías, de los trenes suburbanos, desemboca por todas las salidas y por todas las carreteras. Gentío y más gentío, y banderas, y escarapelas, y cintas con los colores de Oxford y de Cambridge, y trompetas de cartón, y sombreros de paja negra del Ejército de Salvación, y cascos de fieltro de *policemen* gigantescos, rígidos y bonachones, y un olor craso a cerveza dorada y cerveza negra a *ale* y a *stout*, mezclado al olor de miel quemada de los cigarrillos *Player's*, y al de tabaco, aliñado con ron, de las pipas de marinero.

Cuando dejamos en canoa la orilla de Putney, la marea alta comienza ya a gorgotear amarillenta entre los pilares de los puentes. La competición, que alinea cada año los

dieciséis remeros más fuertes de las dos célebres Universidades inglesas, se desarrolla a lo largo de un trayecto orientado de Este a Oeste, o sea contra corriente. Sería una empresa sobrehumana, si el empuje de la marea alta no ayudase el esfuerzo de los bogadores para remontar el río, a avanzar aguas arriba sobre la espumante orden marina que se engolfa veloz dentro del Támesis durante más de cuarenta millas. Me parecía imposible que el mar no estuviera presente en la celebración anual del remo universitario de Inglaterra y no colaborase de modo decisivo al buen éxito de una competición que constituye el más importante acontecimiento deportivo del Reino Unido y que tiene el gran mérito, a los ojos del pueblo inglés, de ser realizada sobre el agua. *Rule Britannia, rule the waves*. No en balde el destino de los britanos, como dice su himno nacional, es «reinar sobre las olas». Es verdad que el Great National y el Derby son dos manifestaciones deportivas de grandísima importancia, pero tienen el defecto, común a todas las carreras de caballos, de desarrollarse sobre hierba. El prestigio nacional está también en juego en Liverpool y en Ascot, pero sólo hasta cierto punto. No hay nada verdaderamente nacional, en Inglaterra, si no media en ello un poco de agua salada.

Cuando se trata del prestigio del pueblo británico, el mar no vacila en remontar el río, en hacerse vivo con su olor a alga y a salobre, en prestar su indispensable contribución al éxito de una competición deportiva que, sin el agua salada, no sería perfecta. Así, cada año, apenas suena la hora del histórico encuentro entre el «ocho» de Cambridge y el «ocho» de Oxford, la marea alta penetra por la desembocadura del Támesis, remonta henchida e impetuosa la corriente, se sube a la grupa las dos sutiles embarcaciones, las empuja, las transporta, las acompaña. El griterío de la multitud apiñada en las márgenes, que incita a la boga a turquíes y azules, es también un saludo al mar, un conmovido y agradecido saludo a Neptuno, ese dios de las fortunas de Albión, al dios de Trafalgar y de Abukir, al dios de Robinsón Crusoe, de Nelson y de los dieciséis estudiantes de Cambridge y de Oxford.

Mientras nuestra canoa se desliza rápidamente frente a las embarcaciones alineadas a lo largo de la orilla derecha, entre la línea de salida y la meta, torrentes de palabras, de cifras y de nombres nos caen encima desde los embudos de los altavoces colocados sobre los tejados y en lo alto de las farolas. Desde la popa de una gabarra anclada cerca de la plancha de atraque, los relucientes metales de una charanga disparan hacia el cielo gris las notas de un viejo vals Victoriano, *Cuando el baile ha terminado*, y, como por encanto, se abre en el cielo un respiradero de azul; un gran rayo de sol, como un gajo de naranja, cae sobre la charanga, se quiebra en el espejo de las trompas y rebota sobre el río. *After the hall is over*, entona a coro el gentío, y todos miran hacia arriba, cantando, como para saludar a un importante personaje aguardado durante muchas horas que llega tarde a la fiesta. Entre las lanchas de la policía que como saetas van de una orilla a otra, se cruzan llamadas y señales, palabras incomprensibles brotan de los megáfonos como pompas de jabón sonoras; desde lo alto de un palco que se alza en la margen de Chiswick, justo en la línea de meta, un hombre con chaqueta verde agita dos banderines rojos, y allá al fondo, donde el Támesis se curva, otros dos banderines rojos responden desde otro semáforo. En las barcas, en las gabarras, en las orillas, sobre los tejados, la muchedumbre alza y alarga los brazos en cadencia, repite rítmicamente las señales y el hombre de la chaqueta verde, en su palco adornado con estandartes como el de un tribunal, semeja un profesor de gimnasia sueca dirigiendo una lección de conjunto.

Son las tres cuarenta y cinco. En este instante, allá abajo, en el puente de Putney, los remeros de Cambridge y de Oxford apoyan los remos sobre la espuma de la marea alta y dan el primer impulso. «¡Adelante!» Surgen zumbando de una nube una veintena de

aviones seguidos a distancia por dos gigantescos helicópteros, que giran las desmesuradas palas de la hélice, como dos molinos de viento mandados al aire por la lanza inexorable de un don Quijote. Los aviones huyen ante los monstruos, se abandonan como hojas secas, yerguen el morro de improviso, se elevan y vuelan hacia Putney. Un millón de rostros miran el cielo, donde los dos helicópteros, que han quedado dueños del campo, gesticulan lentamente como dos zánganos cegados por el vértigo, como dos enormes margaritas de pétalos rotativos. Pasa velocísima, pintada de blanco, larga, estrecha y plana como un tiburón panza arriba, la lancha a motor de la radio, con una gran bandera azul flameando a popa y una antena sutil, altísimo, alzándose a proa. Tres letras mayúsculas, B. B. C, resaltan el amarillo en medio de la bandera. Un prolongado murmullo recorre la multitud: *Bibisí, bibisí, bibisí*. Una formidable voz trueno de los altavoces. ¡*Alló! ¡alló! ¡alló!* Son las cuatro y diez. Un gran silencio desciende sobre el Támesis, un silencio fúnebre, como si aquella multitud de embarcaciones agolpadas a lo largo de las márgenes se pusiera en fila al paso del funeral de Ofelia.

Y he aquí, de pronto, que un alarido inmenso, un alarido de muchedumbre aterrada por un espectáculo horrendo, retumba en el aire gris. «¡Ahí vienen!, ¡ahí vienen!» Al fondo, en la lejana curva del río, dos puntos, dos breves líneas, dos estelas brillantes, dos canoas sutilísimas aparecen, cortan el agua, se agrandan rápidamente, se revelan a la mirada. Las aletas de los remeros se alzan y bajan con movimiento uniforme, con resplandores de acero. Un fragor de trueno pasa sobre el río. ¡Cambridge! ¡Oxford! ¡Cambridge! ¡Oxford! El tremendo alarido de un millón de gargantas se apoya en cadencia sobre los dos tiempos de la boga, Cambridge, Oxford, Cambridge, Oxford, cae como dos martillazos alternados sobre la opaca plancha de hierro fundido del Támesis, golpea, despedaza, descompone el orden del paisaje verde de árboles y negro de carbón, hace temblar el aire, la tierra, las casas, como una espantosa sacudida de terremoto. Las dos embarcaciones se deslizan rápidas sobre el amarillento espejo, los remeros se encorvan, se tensan y dan estrepadas, golpeados en pleno pecho por el rítmico grito de los timoneles sentados a popa con las rodillas apretadas a los flancos y el embudo del megáfono atado en la boca como un bozal. Faltan doscientos metros, ciento cincuenta. ¡Cambridge! ¡Oxford! ¡Cambridge! ¡Oxford! Los azules de Cambridge van en cabeza, aumentan la distancia: un largo, dos largos, dos largos y cuarto. ¡Han vencido! ¡Cam! ¡Cam! ¡Cam!

Un grito infrahumano, altísimo, lacerante, el último grito de la multitud en delirio. Por un momento siento vértigo, un relámpago rojo cruza por el blanco de mis ojos. Tengo la impresión de que el río se parte como una serpiente a la que un millón de hombres cortan la cabeza de un hachazo. Los remeros se abandonan sobre los remos, agotados, jadeantes, vacíos de sangre. Algunos están a punto de caerse al agua. Veo acudir las lanchas de socorro, oigo los secos pitidos de los silbatos de la policía, y sólo ahora me doy cuenta de que un silencio opaco y pesado ha descendido sobre el Támesis como una nube.

La multitud se va muda y tranquila, a pasos lentos, parpadeando, como un público dominical a la salida del cinematógrafo.

MINERVA EN BICICLETA

Cada vez que pongo los pies en Cambridge o en Oxford, acude a mi mente el recuerdo de la estatua de Mazzoni en la Plaza del Duomo, de Prato, tan blanca que

parece de yeso frente al mármol de marfileño color de púlpito de Michelozzo y de Donatello. Mazzoni era de Prato, como yo, que es como decir dos veces toscano, y tenía como todos los pratenses su «cuarenta y ocho», es decir, una tradición patriótica personal, hecha de ideas generosas y de nobles gestos, de discursos en la plaza y de gloriosas desventuras, de esclavitudes mal terminadas y de libertades comenzadas peor aún. Había sido triunviro de Toscana con Guerrazzi y Montanelli y los estudiantes pisanos, que especialmente entonces cultivaban el arte de poner la crónica en verso, han añadido fama a su nombre con aquella cancioncilla que todo buen pratense se sabe de memoria:

*Viva Guerrazzi,
Mazzoni y Montanelli,
todos hermanos
de la Universidad.*

De esta cancioncilla se ha perdido el aire, pero el tono ha quedado. Y el tono, como todos saben, es lo que hace la canción. Incluso anoche, al llegar a Cambridge, volvió a mi mente la estatua de mi querido y glorioso conciudadano y me puse a canturrear, asomándome a la ventana de mi habitación, que da precisamente al costado del «King's College», la cancioncilla de los estudiantes de Pisa. Todos hermanos también aquí, todos hermanos de la Universidad, esos jóvenes *undergraduates*, esos profesores, esas *deans, fellows y supervisors*, con su cuadrángulo académico en equilibrio sobre la cabeza y la negra toga echada sobre los hombros con una desenvoltura rayana en la coquetería.

Si pudiese volver quince años atrás, tendría mi vivienda en uno de esos colegios de arquitectura gótica que *desinet in Palladium* como las Sirenas *desinent in piscem*. También tendría mi toga negra, mis pantalones de franela gris y mi chaqueta de rugosa lana de Escocia, también iría cada mañana a remar sobre el espejo verdiazul del Cam, a recorrer los dieciocho hoyos de los campos de golf del Cambridgeshire, a jugar al tenis y al *cricket* y después, a ratos perdidos, los días de lluvia o de niebla, también yo cortejaría a Minerva y abriría la puertecita de la curiosidad para echar una ojeada furtiva a los misterios de la ciencia, de la filosofía y de la literatura.

¡Oh, Minerva, *glaucopis Athena*, oh Atenea de ojos de lechuza! El griego del «Colegio Cicognini», los homérico versos llenos de sol, de salobre, de sudor equino, de sangre y de viento seco, los hexámetros solemnes y a la vez sencillos, de caminar llano, calmoso y preciso como el de un campesino toscano o de un podador de olivos de los pétreos cerros del Ática, me sonaban en la boca, inesperadamente dulces y armoniosos, como los de una loa de amor de Petrarca. Los estudiantes de Cambridge, que hunden el remo en el agua, que abanicán con las raquetas, hacen oscilar el palo de *cricket* y el bastón de golf con la cadencia del hexámetro homérico y que saltan, corren, se agachan, se yerguen, se alargan, como si ritmasen con las piernas, los brazos y el busto, los versos de la *Iliada* dedicados a los juegos fúnebres en honor de Héctor, sienten sin duda por Minerva antigua un amor distraído, casi diría *dilettantesco*, un amor sin celos, sin remordimientos y sin furores. Feliz juventud inglesa, tímida y musculosa, rubia y púdica, olorosa a hierba y a whisky.

Los caminos de Oxford y de Cambridge, todos los caminos de estas dos célebres ciudades universitarias, llevan a las oficinas de la «Compañía de las Indias», a los bufetes de abogado y de notario del barrio londinense del Temple, a los caliginosos entresuelos de la City, a los cuarteles de los Horse Guards, a las habitaciones amuebladas de Bloomsbury, a los puentes de acero gris de los acorazados, a los mil

puertos, a las mil carreras, a las mil profesiones, a los mil mediocres destinos de este Imperio Británico que administra el aburrimiento de los ingleses y el oro del mundo con la misma impasible e insaciable infelicidad. Esos jóvenes estudiantes de ojos claros y labios rojos están destinados a las costumbres higiénicas y lucrativas del comercio, del deporte y de las profesiones liberales a la sombra de una bandera demasiado gloriosa para un pueblo que no tiene ya por qué luchar ni tiene tampoco adversarios dignos de él para vencer, un pueblo que no puede hacer otra cosa que sumas, sustracciones y multiplicaciones (los británicos no han aprendido todavía a dividir). En el fondo del corazón de esos candidatos a la existencia mediocre de los ciudadanos de un gran Imperio, siempre resonarán, por toda la vida, los hexámetros griegos y latinos, el eco de un ritmo heroico que nada podrá ya apagar, ni el bochorno de los trópicos, ni el viento de los océanos, ni la fuliginosa niebla de Londres y de Manchester. Hermosas flores de estufa, esos alumnos del «King's» o del «Trinity», del «Magdalene» o del «Caius».

Todos los sistemas de educación, desde el Rousseau al del doctor Arnold, no tienden, en sustancia, sino a producir plantas y flores a despecho de las estaciones. No cabe duda de que la estación seca, en la cual todos vivimos hoy, mata las plantas en germen y las flores en capullo. Nuestro tiempo sería, en la misma Inglaterra, bien pobre en hombres civilizados, de no existir las estufas de Eton, de Rugby, de Harrow, de Oxford y de Cambridge. La cultura de las «Public Schools» y de las Universidades inglesas, especialmente la cultura clásica, no puede carecer de los méritos ni de los defectos de un sistema de educación fundado sobre principios y prejuicios fuera de estación. Entiéndase fuera de estación no en el sentido de anticuado, sino de innatural. Es una cultura de invernadero. A Homero, a Sófocles, a Platón, a Virgilio, a Horacio, a Cicerón y al propio san Agustín les ocurre, en otra manera, algo semejante a lo que sucede a la arquitectura clasicisante de un Wren, de un Chambers y de sus émulos: las columnas, los frontis, los capiteles, los frisos, poco a poco se patinan de hollín. San Pablo y el Palacio de los Somerset, las fachadas del «Museo Británico» y de la «Galería Nacional», la Columna de Nelson y el pórtico de la casa de Wellington, todo el dórico y el italiano de que Londres está repleto se dirían concebidos por la sombría imaginación de arquitectos a los cuales Atenas y Florencia se les hubiesen aparecido caliginosas y nocturnas, chorreando pez sobre un fondo de cielos opacos.

Mas sobre las arquitecturas de un Wren y de un Chambers llueve hollín y sobre Homero, Platón y Virgilio llueve polvo de yeso. A los ojos de esos estudiantes, Minerva no aparece patinada de negro como las estatuas que adornan tantas fachadas de iglesias y palacios londinenses. Para ellos es del todo blanca. Se diría una estatua de yeso. El Parnaso de los universitarios ingleses está poblado de figuritas de Luca. Grande y hermosa comodidad, para jóvenes educados en concebir la vida como un continuo adiestramiento deportivo para un campeonato ganado hace ya tiempo, y el arte, la historia, la filosofía y la literatura, como un museo-palestra lleno de corrientes de aire donde las estatuas de los atletas, de los héroes, de los filósofos y de los poetas conversan entre sí, por la noche, en el griego blando y en el latín liso de los *fellows*. Naturalmente, todas las estatuas son de escayola y hablan de *cricket* y de golf, de la inmortalidad del alma y de las enseñanzas de Sócrates, de remos y de raquetas, de la naturaleza de los dioses, de templos, de recorridos, de marcas y de preceptos morales. «¡Oh, gran bondad de los filósofos antiguos —pensé— y de los profesores ingleses modernos!»

La noche era clara, el gótico perfil del «King's College» parecía recortado con tijeras en el cartón azul y negro del cielo terso y lúcido, y yo, asomado a la ventana, me decía que la lectura de *Fedón* debe de sentar muy bien a los músculos, con toda seguridad más

que al espíritu. Platón, a lo que parece, es la mejor *embrocation* para esta juventud deportiva que tiene necesidad de la filosofía para adiestrarse en el remo.

He acabado por darme cuenta de muchas cosas tan sólo esta mañana, cuando, al salir de casa, he visto apoyadas en los muros del «King's College» un centenar de bicicletas de viejo modelo, con pedales forrados de goma, sillines embutidos de crin desbordante por los rotos del cuero y manillares vueltos hacia abajo como aquellos sobre los que se apuntalaban las manos en las primeras carreras por carretera, los míticos Petit Breton de hace unos cuarenta años. Pero lo que más me maravillaba y divertía, era cierta cesta de mimbre fijada al manillar, una cesta donde meter los paquetes de la compra, las botellas de leche, los panes, las cebollas, apios, zanahorias. Una cesta, en suma, para ama de casa y frutero, para cocinera y mandadero. «Seguramente —he pensado— son las bicicletas de los proveedores del colegio.»

Y dado que aquella profusión de verduleros, de lecheros y de tocineros me parecía excesiva para un solo colegio, me he consolado pensando que todos los tenderos de Cambridge debían darse cita cada mañana en la plaza, y que de allí partían todos juntos pedaleando, con las cestas colmadas de provisiones, para hacer el recorrido de todos los colegios. Todos hermanos de la Universidad, hasta los tenderos. Entro en el patio del «King's College» y miro a mi alrededor. Nadie. «Estarán en la cocina», pienso. Salgo del «King's», me encamino hacia el «Trinity» y he aquí que, apoyadas en el muro, allí se hallan otra cincuentena de bicicletas, cada una con su cesta vacía fijada al manillar. Alargo el paso y del «Caius» al «Jesús», del «Magdalene» al «Saint John's» del «Christ» al «Care», prosigo de sorpresa en sorpresa, de bicicletas en bicicletas, de cestas en cestas. Vuelvo atrás, pues ya es tarde, y cuando giro por la calle del «King's» veo pedalear a mi encuentro una pequeña multitud de ciclistas con la toga negra echada sobre los hombros, cada uno con su cesta colmada de libros y de papeles sujeta al manillar. ¡Ah, entonces son ellos sus verduleros, entonces son sus propios lecheas! ¡Queridos estudiantes de Cambridge, que lleváis de paseo en una canasta vuestras provisiones de filosofía!

Rosados y musculosos, esos bellos jóvenes elegantes de aire púdico y distraído dan timbrazos alegremente como amas de casa que vuelven del mercado. Les conduce Minerva, invisible en bicicleta al frente de la columna, Minerva con el yelmo de oro sentada sonriente en el sillín embutido de crin, la toga negra echada sobre los hombros con la gracia de un peplo. Así la veo, muy distinta a la Minerva antigua que vigilaba taciturna y soberbia en las aulas sonoras del «Colegio Cicognini» de Prato. Mas acaso esos estudiantes ingleses tienen sus buenas razones para figurarse el mundo homérico y platónico poblado por héroes de rubios cabellos, de rostros recién afeitados y de gestos breves y precisos de atleta moderno. No en balde la civilización británica es un conjunto de homérico y de bancario, de deportivo y de sentimental, de cínico y de platónico. ¿Acaso la *Iliada* de los ingleses no es el *Times*? Y el método educativo de Oxford y de Cambridge, ¿no apunta a subir a Minerva en bicicleta?

HOMBRES CON FALDAS

Hoy, al entrar en Escocia por la carretera de Otterburn, verdaderamente me parecía atravesar, no ya el confín entre dos países, sino la frontera entre dos edades y, casi diría, entre dos sexos. Adiós, feliz Inglaterra de tímidos y corteses modales, de ojos azules llenos de inexorables pudores y de virginales crueldades, de rostros sonrientes lacrados con pétalos de rosa, de manos blancas, de orejas frágiles y transparentes como nácar.

Adiós, arcádico y sereno país de prados siempre verdes, de jardines luminosos de rododendros, de parques sonoros de agua, abejas y hojarasca, de casas de rojos ladrillos, de aldeas brillantes de barniz diseminadas en campiñas floridas, en vallecitos umbríos, sobre los suaves flancos en redondas colinas. Adiós, cínica y platónica Inglaterra, la de los cielos de pálida seda, orlados de nubes a lo Turner, de las ciudades fuliginosas, hipócritas y apopléticas, poblada de hombres de rubios cabellos y pantalones largos. Te dejo sin remordimiento y sin tristeza por esta selvática Escocia de montes lisos, de bosques erizados de agujas negras y ramajes rojizos, de torrentes rumorosos, de lagos estáticos donde el salmón culebrea argénteo a flor de agua suscitando vuelos de palomas torcaces y de garzas reales, por la Escocia de los prados verdes como la piel del lagarto, donde los ciervos galopan soberbios y elegantes al son corto y guerrero de las trompas de caza. Te saludo, Escocia romántica, poblada de hombres de rojo cabello y faldas a cuadros.

El cielo, en el altiplano que separa Northumberland de Roxburg, e Inglaterra de Escocia, era grávido y sombrío, estriado de amarillo como el espejo de un pantano. Rebaños de ovejas de hocico y patas color de ébano, de amplio manto de blanca lana colgando de una franja de rizos largos hasta el suelo, echado a la espalda como un suntuoso chal veneciano, pacían en las peladas pendientes de colinas que se alejaban hasta perderse de vista, en una degradación solemne de brezos, hasta el valle boscoso del Tweed. Olfateaban el aire asomando el morro de pez fuera del chal, apoyando sobre las piedras las patas enguantadas de negro hasta el codo, como los brazos de Yvette Gilbert en los dibujos de Toulouse Lautrec. A lo lejos, más allá de las colinas selvosas del rojizo Roxburg, moteado de verde como una antigua coraza de cobre, se extendía ante mí la tierra fosca y melancólica de los *highlanders*, donde el lamento guerrero de las gaitas suscita, al fondo de los bosques y de los barrancos, el eco de los cantos de Ossian y el bramar de los belicosos ciervos de cornamenta ramosa.

Pastores de piernas desnudas, de falda a cuadros verdes, rojos y azul turquí, con los puñales cachicuernos en el cinto o en las medias, se perfilaban sobre el arco de los cerros semejantes a maniqués abandonados por alguna costurera errante. El viento inflaba los faldellines como banderas y parecía que de un momento a otro los maniqués de tela multicolor habían de echar a volar lejos, entre el balar de las ovejas empavorecidas y el graznido de los cuervos. Tales, en orden de batalla, de seguro aparecían al crepúsculo en el Paso de Kili crankie o en el Puente de Stirling, en Kingussie o en las soledades de hierba y de roca de la isla de Skye, los montañeses de los clanes feroces y caballerescos, los antiguos *highlanders* vestidos de tartán multicolor, con los *plaids* echados sobre los hombros como los mantos de crin de caballo de los compañeros de Héctor delante del Caprífico.

Veía recortarse sobre el fonda opaco del cielo a aquellos pastores con faldas y rodillas desnudas (casi tan bellas como las vuestras, ¡oh Leónidas Massine, oh Sergio Lifar, oh danzarines de Diaghilev en malla corta o faldillas de seda!), y les imaginaba armados de espadas largas y de hachas cuadradas, como los guerreros de Macbeth y los héroes de las novelas de Walter Scott. Estaba conmovido y me parecía encontrar nuevamente, después de muchos años, aquellos escoceses de los regimientos del duque de Wellington que había visto en Bligny entrar en combate a paso de danza, parecidos a una formación de bailarinas irrumpiendo en el escenario.

Aquella mañana de julio de 1918, en Bligny, yo me iba despacito, apoyado en el brazo de un camillero de mi sección, la 94 lanzallamas de asalto, hacia el resguardo del bosque de Reims, en busca de un puesto de socorro. El cielo estaba sereno, el sol era

cálido y la tierra estaba todavía fresca de lluvia nocturna. Una neblina azul se levantaba en el horizonte del valle del Mame y los campos de trigo ardían, allá abajo, en el declive de Nanteuil la Fosse y por la parxe de Marfaux, a lo largo de la orilla del Ardre. (Apenas un riachuelo, el Ardre, de menos de veinte brazas de ancho. Sus aguas eran claras, frescas y dulces y ni la sangre de tantos miles de muertos había logrado enturbiarlas.) Después de tres días de espantosa furia, la tempestad artillera había pasado como pasa una tormenta de julio; tan sólo algún proyectil de grueso calibre sacudía de vez en cuando los campos, los viñedos y los bosques del contorno. Luego se hacía de nuevo el silencio, vacío, caluroso, transparente e irisado como una inmensa pompa de jabón. Estábamos a pocos centenares de metros de las orillas del Ardre, justo en mitad del valle. De pronto, he ahí que sobre la cima de la colina que domina Marfaux, surge del bosque frente a nosotros, un poco a nuestra izquierda, una columna de infantería lanzada al contraataque que se despliega en abanico y baja la pendiente a largos pasos, seguida por otras oleadas. Avanzan todas calmas y ordenadas con el fusil al brazo, iluminadas de lleno por el sol que arranca destellos de los cerrojos, los botones y las hebillas como una lluvia de oro. No eran italianos, sino ingleses o quizá franceses. Por el color del uniforme me parecían ingleses. ¡Queridos, queridos *tommies* que marcháis al asalto caminando sobre nuestros muertos!

Cómo debía latirles el corazón en aquel momento a los supervivientes de las dos Divisiones italianas que, extenuadas, sin fuerzas, aferradas al lindero de los bosques de Bligny y de Vrigny, hacía tres días que se sacrificaban contra la marea de las tropas de Von Mudra, para dar tiempo a los aliados de preparar la defensa y de reagruparse a cubierto. El fragor de la artillería sacudía ahora todo el valle, lacerando el verde y el azul con las llamaradas en embudo de las explosiones y los inmensos chorros de mantillo. Las oleadas de infantería, avanzaban al paso bajo la tempestad de los *shrapnells* y las ráfagas de ametralladora, dirigiéndose decididamente hacia la carnicería de la aldea de Marfaux. «¡Pero si son mujeres!», grita de pronto el camillero con voz alegre y maravillada.

Distaban de nosotros casi una milla y a esa distancia no era fácil determinar su sexo. Pero también a mí me parecían, a primera vista, más bien mujeres que hombres. Todos llevaban faldas, unas faldas multicolores cortas hasta las rodillas, y las piernas estaban desnudas. Sin duda eran escoceses, aquellos famosos fusileros escoceses de los regimientos del duque de Wellington, tres mil de los cuales duermen en el cementerio de Marfaux, frente a las innumerables cruces italianas de Bligny. Los veía avanzar por el trigal, erguidos, soberbios y tranquilos bajo el fuego terrible de las ametralladoras. En Waterloo, Napoleón les llamó «los Amazonas». Magnífico espectáculo, aquellos soldados con faldas que se lanzaban al ataque con la viril gravedad de los antiguos *highlanders* y la gracia de las bailarinas de Degas. «¡Valientes, valientes chicas!», gritaba el camillero agitando alegremente los brazos.

Hoy, al entrar en Escocia, aquel saludo gozoso y conmovido me subía a los labios con el dulce sabor de las hojas del bosque de Bligny.

—¡Valientes, valientes chicas —hubiera querido decir a los pastores inmóviles sobre la comba de los cerros—, comprendo finalmente de qué procedía vuestra grave calma, aquella vuestra austera impasibilidad!

La Escocia ventosa me abría a la mirada la serenidad de sus horizontes verdes y azules, el círculo inmenso de sus colinas que se esfumaban en perspectivas profundas y que largos ríos iluminaban con resplandores metálicos. El lejano présagio del mar hacía las perspectivas aéreas y leves, como oscilando en el aire en un reflejo de agua.

Admirable fondo para escenas de lucha y de caza, de fiestas rústicas y de cortejos nupciales, de rebaños emigrando de pasto en pasto y de danzas guerreras al son de las gaitas, ante los caseríos perdidos en la sombra fría de los *glens*.

A medida que iba adentrándome en el Roxburg, un olor a hierba húmeda, a menta, a whisky, a retama y a oveja venía a mi encuentro en el viento de lóbregas distancias de siglos y de valles. Toda la historia de Escocia está llena de ese olor fuerte y amargo. Sombria historia de batallas y de matanzas, de revueltas y de incendios, de reyes en fuga y de reinas armadas, crónica ininterrumpida de delitos, de sacrificios, de odios familiares, de rivalidad de clanes y de pastores. Asombra que tan cercana a la *merry England* dulce y pérfida, cauta y elegante, viva un pueblo de sangre tan caliente, de sueños tan turbios y de tan violentas pasiones. Gente dura, avara, impetuosa, vengativa y fiel, de sangre color de herrumbre y de ojos claros y vivos como escamas de pescado. La Escocia de Shakespeare, aquella que los actores del «Teatro del Globo», en el Londres de Isabel, poblaban de hombres feroces y vociferantes, atormentados por la sed de venganza, obsesionados por visiones de fantasmas implacables, no ha nacido de la febril fantasía del poeta de *Macbeth*, sino de los furores, de las desesperaciones y de la locura sanguinaria de los *highlanders*, en los castillos y en los tugurios de Perthshire, de Ross, de Cromarthy y de Inverness. ¡Cuántas mujeres de Escocia habrán sentido horror, como Lady Macbeth, de sus propias manos! «Todos los perfumes de Arabia...» Todos los torrentes y los lagos de este salvaje y romántico país no bastarían para lavar las manchas de sangre que enrojecen las manos de tantas heroínas escocesas. ¡Oh, candida fantasía de Shakespeare, poeta ingenuo y de buen corazón! ¡Las afiladas uñas de Lady Macbeth estaban bastante más de moda por estos parajes que en el escenario del «Globe Theatre»!

Mas la Escocia que yo he venido a buscar hasta aquí no es la trágica de las sediciones y de los destrozos. Me gusta ver a los montañeses con faldas, *plaid* echado de través sobre la espalda con la fiera gracia con que Hércules portaba la piel del león, pero me agrada verles tal como son, no tal como eran. Este país de hierba, de viento, de agua y de rocas, me agrada teñido de verde y de amarillo, tal como se me aparece esta mañana bajo el delicado e inquieto sol de junio, no estriado de negro y de fúnebre plata como aparecía a los ojos de Walter Scott. A los feroces guerreros de otro tiempo, yo prefiero los guardabosques y los pastores que se encuentran por los altos valles, o los pacíficos jugadores de golf que van de hoyo en hoyo por vastos prados cerrados, al borde del cielo, entre bastidores de nubes blancas, o los magros pescadores de las Hébridas sentados en la acera de Inverness. Prefiero el olor a whisky y a oveja al de la sangre.

Y me alegra pensar que ahora, después de tantos siglos de cruentísima historia, no queda en el aire, amargo y poderoso, más que un olor a whisky y a oveja, que es, entre todos los efluvios y los perfumes que separan Escocia de Inglaterra, el más, característico, el más clásico, el más célebre y el más escocés.

UN PUEBLO QUE EMIGRA

¿Dónde están las montañas, dónde están los presurosos ríos, los lagos estáticos, los negros bosques, los ciervos de largos cuernos y las nubes hinchidas de lluvia colgando del cielo como pesadas cortinas de damasco? Están de excursión hace tres días por estas dulces campiñas, pero no he vuelto a tener ocasión, al bajar del solitario altiplano de Roxburg, de encontrar ni montes, ni valles, ni pastos, ni bosques selváticos. ¡Ay de mí, Escocia haragana! ¡Oh mi perdida Eurídice! ¿Dónde estás, dónde te escondes, detrás de

qué bastidores y de qué recodos de camino se ocultan tus decorados de aguas vertiginosas, de peñascos enhiestos y de castillos en ruina? Tres días hace que voy vagando por un cauto paisaje de villas, de iglesias y de fábricas, de colinas mórbidas y de floridos setos, en uno de esos tantos paisajes que sirven de fondo a los retratos de Gainsborough y de Reynolds. Veo los árboles y las fuentes, los rododendros y la hierba, veo los muros y los arcos, pero a Escocia no la veo.

Cuando, de pequeño, leía las novelas de Walter Scott, de buena gana me figuraba Escocia como un país de extraños mitos, de aventuras emocionantes, de leyendas pintorescas, de hombres casi divinos, de horribles brujas y de cándidas muchachitas encerradas en torres de piedra berroqueña bajo una pálida luna inmóvil. Hoy me pregunto dónde estará ese país extraordinario, dónde ha ido a parar, o por qué ha cambiado tanto de un siglo acá. ¿Dónde están las fábulas extravagantes, los cielos insólitos y los hombres no humanos? ¿Y los encantamientos, las brujerías, las matanzas, los amores infortunados, los fatales, los trágicos amores de los escoceses de todos los tiempos? Aquella Escocia de la que todos hablan, ¿existe verdaderamente o se la han inventado? Este es el problema, y no es culpa mía que de Melrose a Stirling, de Linlithgow a Dunkeld, de Balmoral Castle a Pitlochry no haya logrado aún hallar ni un retazo de aquella tierra que hechizó a Apolo en su viaje al hiperbóreo, ni un rincón de aquel legendario país cuyo Homero, a la vez que su Virgilio, es Walter Scott.

Entre todas las fronteras políticas, sentimentales, literarias, religiosas y morales, que viajando o sencillamente viviendo en su casa puede ocurrir o cualquiera atravesar en el curso de sus viajes o de su vida sedentaria, la frontera más difícil de trasponer es la que separa Escocia de Inglaterra. Actualmente, desde hace más de dos siglos, ya no existe entre los dos países un confín verdadero y propio, con aduaneros, oficinas para pasaportes y registro de equipajes. Los valles del Clyde y del Tweed no aparecen ya marcados de color rojo en los mapas de la Gran Bretaña. Se pasa de un país a otro sin formalidades. Pero ¡qué salto! No hay postes, ni rótulos, ni barreras, ni mojones, ni guardias, pero sí un olor nuevo en el aire y un color nuevo en la hierba, en el agua, en las nubes, en las piedras, una luz que parece reflejada por un espejo de plata, la misma luz que blanquea el rostro de Lady Macbeth delirando en sueños o el inquieto rostro de María Hamilton, la «cuarta María» de la antigua balada escocesa. Acaso sea la luz del Norte lo que da un aspecto tan delicado al país que rodea Edimburgo y a las mismas casas de piedra gris de esta noble e ilustre capital de Escocia.

Quedan ya distantes, allende el linde de Northumberland, las casas inglesas construidas con ladrillos bien escuadrados, bien cocidos, bien alineados uno junto al otro, uno encima de otro, rojos y ahumados como las túnicas escarlatas de la infantería de Wellington, por el humo de las batallas. Vistas en medio de la niebla de Londres o de Manchester, de Bristol o de York, las casas inglesas recuerdas los famosos cuadros de tropas de Waterloo. Casas de ladrillos todos iguales, construidas con poco cemento, tan poco que no se vea. (También el Imperio Británico está construido todo de ladrillos de arriba abajo. Y el cemento no se ve. Arte suma del albañil prudente ese de ocultar el cemento. Arte similar al de los buenos sastres, que cuidan de esconder las puntadas del cosido.) Aquí las casas son todas de piedras, de piedra gris labrada, y los hombres que se mueven sobre el fondo de esas claras fachadas, por las calles tortuosas de la ciudad vieja alrededor del castillo, o en el río ancho, lento y solemne de Princess Street, tienen aspecto de hombres duros, sólidos, con las plantas de los pies bien adheridas al terreno y la cabeza tan poco en las nubes que se diría caminan bajo un cielo desfondado.

Los ingleses no aman a los escoceses y, con todo y no despreciarles, a menudo, cuando hablan de ellos, propenden a sonreír; pero es sabido que esto no tiene gran significado. En cuestión de sentimientos para con el prójimo, los ingleses no pretenderán a buen seguro ser tomados en serio. Tanto más si no se trata de ese prójimo abstracto, al que se refiere la palabra del Evangelio, sino de un prójimo que es un vecino de casa, un coinquilino, un allegado, un amigo de la familia, puede decirse. Los hijos de Albión, felices ellos, no aman más que a ellos mismos. De los demás, o no se preocupan, o les odian, o les desprecian, o se sonríen de ellos, o, lo que es peor, les toman bajo su desinteresada e insaciable protección. Pero ¿qué hay como para sonreírse, en el carácter de los escoceses? Por la experiencia directa que de ellos tuvieron los romanos durante más de tres siglos, no parece que su carácter, sus fantásticos humores y sus manías extravagantes pudiesen mover a risa. Los caledonios de cabello rojo, ancha boca y velludas manos no eran vecinos de casa cómodos ni divertidos. Por mostrar a aquellos bárbaros que las águilas de los cesares se sentían en su propia casa incluso entre las montañas de la Caledonia, los romanos se iban a echar un vistazo de vez en cuando por los alrededores de Inverness y de Aberdeen y luego se volvían atrás a custodiar la inmensa muralla, el Vallado Antonino, que habían construido para proteger a Britania de la peligrosa vecindad de los escoceses. Como recluidos dentro de una especie de serrallo, los furibundos caledonios gritaban y producían estrépito al otro lado de la muralla, o combatían entre sí, o se quemaban recíprocamente las casas de madera, las embarcaciones y los heniles, o merodeaban de noche degollando las ovejas del vecino. Tales eran entonces, dicen los ingleses, y tales siguen siendo. Pero ¿es verdad que sigan siendo como les conocieron los legionarios de Roma?

Yo estimo demasiado a los ingleses para creer ciegamente en todo lo que ellos dicen sonriendo. Los escoceses serán acaso avaros, serán suspicaces, herméticos, duros de corazón y de cabeza, e interesados hasta la medula. Pero cuando este juicio me viene de un hijo de Albión, estoy más bien inclinado a creer, si no propiamente lo contrario, al menos lo aproximativo. Dickens, que era un inglés a su manera, que tenía buen corazón, sentimientos humanos y cordial comprensión del prójimo, y que no sonreía nunca al enjuiciar a los demás, la primera vez que cruzó el Tweed y fue a mirar a los ojos de los románticos caledonios, escribió que siempre, mientras viviese, recordaría Edimburgo, con un estremecimiento de gratitud y de gozo y que jamás cesaría de amar los montes, las casas de Escocia y hasta las piedras de sus calles. Wilfred Whitten, otro de esos ingleses que prefieren la verdad al Platón de costumbre, ¿no juzgó acaso Edimburgo como «el monumento y la cuna de un gran pueblo»? Edimburgo, ciudad gris y severa, «no tumba de un pasado muerto, sino prisión de un espíritu inquieto». Albión tal vez no yerra del todo al no estar satisfecho de la vecindad de este gran pueblo. Si Dios fuese britano, sería escocés.

Duro, tenaz, aferrado a su tierra pobre, árida inhóspita, relegado a la punta extrema de la Isla Britania, a orillas de un mar frío y brumoso, viviendo en el fondo de cerrados valles pedregosos, este pueblo tiene los entusiasmos de las razas célticas, sus furores, violencias y desesperaciones, los ímpetus y las melancolías, la alegría desenfrenada y la lóbrega tristeza. De todos los habitantes de la Gran Bretaña es el único que sabe hablar a Dios de igual a igual. El único que tiene una intensa vida religiosa, sinceras y hondas inquietudes espirituales, un misticismo ardiente y taciturno, una dolorosa experiencia de los problemas de la salvación eterna. Todo cuanto de trascendente hay en el espíritu de los pueblos anglosajones, cuanto lleva el sello de Dios en la historia del Imperio, aquello que revela una vigilante e inquieta comprensión de Dios, todo proviene de Escocia, todo ello es escocés.

Cromwell, que pretendía ser el único con derecho a interpretar y ejecutar la voluntad de Dios en las vicisitudes y en los asuntos de la política de Inglaterra, no dejaba escapar ningún pretexto y ninguna ocasión para mostrar abiertamente lo muy celoso que estaba de los escoceses. Cromwell, puritano por cálculo y por meditada vocación, no podía perdonar a los escoceses que fueran puritanos por naturaleza. La libertad religiosa de aquel pueblo de montañeses férvidos y melancólicos, avaros y caritativos, le hacía sombra. Cuando el ejército de sus Costillas de Hierro cruzaba el Tweed para incendiar los castillos y los tugurios del Fife y de Perthshire, se dejaba la compasión en la orilla inglesa del río. «Quien no está con nosotros está contra Dios», proclamaba el Lord Protector. Pero olvidaba que la función histórica de aquel pueblo siempre ha sido hacer el contrapeso a las exigencias generalizadoras, al exclusivismo y a la voracidad del egoísmo de Albión y demostrar que se puede participar íntimamente en la creación, las luchas y la vida de un Imperio aún partiendo por cuenta propia, de manera propia y libremente. Escocia camina del brazo con Inglaterra desde hace dos siglos, pero permanece con Dios.

Sin embargo, parece que Dios, desde hace algún tiempo, haya olvidado a sus fieles *highlanders*. «Los escoceses son un pueblo moribundo», escribe George Malcolm Thomson en un reciente ensayo, *Caledonia o el porvenir de los escoceses*, que ha impresionado profundamente a la opinión pública de la propia Inglaterra. Thomson es escocés y no hay razón alguna para dudar de su objetividad. La emigración: he aquí la plaga. Cada año, miles y miles de *highlanders* bajan de las altiplanicies de la orilla occidental del Canal de Caledonia y de los valles al septentrión de Perth, para buscar fortuna allende el Tweed y el Clyde, o allende el Atlántico. Y cada año miles y miles de irlandeses desembarcan en Escocia, invaden los distritos industriales de Glasgow, las regiones mineras, los fértiles llanos en torno a Edimburgo y Dundee, construyen nuevas poblaciones, acampan en los miserables barrios de las ciudades obreras y, prolíficos, fanáticos, ardientes, vengativos, prontos a las intrigas y a las reyertas sangrientas, echan raíces y cubren de hogares, de altares y de tumbas las despobladas tierras de la nueva patria.

Este fenómeno de radical sustitución de un pueblo por otro, escribe Thomson, se desarrolla con una rapidez que no tiene parigual en la historia, si se excluye el período de las antiguas invasiones bárbaras. En los últimos sesenta años, el flujo de los invasores irlandeses, «extranjeros por raza, temperamento y religión», ha alterado profundamente, y tal vez irremediamente, el equilibrio social, político, moral y religioso de Escocia. Hoy, de cada cinco recién nacidos, uno es irlandés y católico. Un tercio de los delitos que se cometen actualmente en Escocia es obra de irlandeses. En Glasgow, los niños irlandeses constituyen el 28 por ciento de toda la población infantil. En toda Escocia, sobre 4.880.000 habitantes, se cuentan ya 650.000 irlandeses. Las estadísticas del «Birth Control» (Control de nacimientos) son impresionantes, y las autoridades civiles y religiosas empiezan a alarmarse. En una pastoral, que ha provocado el entusiasmo de los irlandeses inmigrados, el obispo católico de Escocia exalta las virtudes familiares de la población católica, o sea venida de Irlanda, y censura ásperamente la muerte lenta a que se condena por sí misma la población protestante, o sea escocesa, que cada año va disminuyendo en una proporción progresiva sin precedentes en la vida de ningún pueblo.

Pero no se trata solamente de crisis de natalidad. En estos últimos diez años el fenómeno de la emigración escocesa ha asumido el carácter de un verdadero éxodo y, como observa Thomson, «ya comienza a adquirir el aspecto de un desastre». Los escoceses huyen de sus montañas como un ejército derrotado huye del campo de batalla.

Y no emigran tan sólo los campesinos, los montañeses y los pastores. El abandono de las montañas es un fenómeno común a todos los países, especialmente después de la guerra, y Escocia no tendría motivos particulares para preocuparse más que las demás naciones, si la fuga de los montañeses hacia las llanuras de Inglaterra y de Estados Unidos (los escoceses todavía son admitidos en los Estados Unidos) no fuese acompañada por el éxodo de las clases medias de las ciudades hacia otros climas, otras profesiones y nuevas fortunas. Ciertamente que la inmigración burguesa de Inglaterra compensa en parte la emigración burguesa de Escocia, pero solamente en parte. Por ejemplo, el número de negociantes y de ingleses de profesiones liberales que cada año toman domicilio en Escocia es muy inferior al número de escoceses de tipo medio que abandonan Aberdeen, Edimburgo, Glasgow, Inverness, Dundee. La miseria, en las ciudades industriales, es espantosa. «No existe nada en Europa —escribe el citado autor— que pueda parangonarse con las callejuelas (*slums*) de las ciudades escocesas. Los niños tienen aspecto de animales.»

Bastarán algunas cifras para dar una idea, siquiera aproximada, de las condiciones de vida de esta noble e infeliz nación. Sobre 4.880.000 habitantes, más de dos millones viven a razón de más de dos en cada estancia. (Al 45 por ciento de Escocia corresponde el 9,6 por ciento de Inglaterra.) «La relación existente entre las condiciones de vida de la clase obrera en Escocia y en Inglaterra, observa Thomson, no es la relación entre una población pobre y una población menos pobre, sino lo que puede darse entre los *coolies* y los europeos establecidos en China.» El juicio es crudo, pero terriblemente exacto.

He visitado en persona las callejuelas de Edimburgo y los *slums* de Glasgow, y tengo todavía en los ojos un atroz espectáculo de miserias y de indecibles sufrimientos. Todo lo que he visto es, con mucho, más horrible de lo que me permitían imaginar las descripciones que algunos amigos ingleses me habían hecho, antes de mi partida de Londres. El Nápoles de Matilde Serao, el Nápoles de treinta, de cincuenta años atrás, me aparece rehabilitado en comparación con esos inextricables laberintos de callejas y callejones sin salida, sin aire, sin luz, atestados de montones de basura, de harapos, de paja podrida, de botellas rotas, donde se respira una pestilente atmósfera de cloaca, de caverna, de hospital y de patio de cárcel. Mujeres delgadas, andrajosas, desgredadas, con los hombros cubiertos por miserables mantas hechas jirones, los rostros pálidos o llenos de arrugas, las bocas desdentadas, las manos huesudas y gesticulantes, se mueven lentas y cansadas en medio de una horda de chiquillos que parecen surgir de un callejón sin salida de la egipcia Alejandría. Un olor a col pasada flota en la densa atmósfera. Tenía razón Taine cuando retrocedía espantado a la entrada de los *slums* de Whitechapel, poblados de «brutos embrutecidos». Pero ¿qué habría anotado en su cuaderno a la vista de los *slums* de Glasgow?

Los mismos ingleses, cuando hablan de la miseria «degradada» de la población obrera de ciertas ciudades de Escocia, comienzan a mostrarse preocupados y no ocultan una compasión y una simpatía humana insólita en ellos, educados en la consideración de la miseria de los demás como un fenómeno no solamente económico, sino ante todo espiritual. «¿Qué podemos» hacer—exclaman—para ayudar a tanta gente que sufre?» Hay bien poco que hacer, y ahí está la tragedia de esa especie de pestilencia social, que es inútil querer combatir directamente. La filantropía no puede nada contra el hambre. Todas las armas se embotan contra la espantosa miseria que se estanca en el fondo de la bodega del Imperio. Los mismos escoceses parecen ya resignados.

En treinta años, un millón de escoceses han abandonado Escocia para no volver a ella nunca más. Si para entonces ningún remedio ha surtido efecto para detener o disminuir

el flujo de la emigración y la progresiva anemia de nacimientos, dentro de un siglo el pueblo de los *highlanders* quedará reducido a una exigua minoría de pastores y de pescadores, relegados a vivir en el fondo de los valles altos y diseminados a lo largo de las rocosas costas del noroeste. La marea de los inmigrantes irlandeses habrá invadido las casas desiertas, los tugurios abandonados, los *shums* de las ciudades industriales, las aldeas en torno de las minas, rechazando hacia los montes pelados y los magros pastos a los últimos restos de aquella altiva y noble raza.

Entro en la Princess Street, la mayor arteria de Edimburgo y una de las calles más bellas de Europa, miro a mi alrededor, y el corazón se me encoge. Una inmensa multitud de obreros parados, en gran parte irlandeses venidos de Glasgow y de los centros vecinos, acampa en los jardines que corren al costado de la Princess Street situado bajo el castillo. Son los «peregrinos del hambre», llegados a Edimburgo durante la noche para pedir trabajo o auxilio. Ni una voz, ni un grito. Hay un gran sosiego en el aire. Tocadores de gaita extraen lamentos de sus vejigas de piel. Los obreros están sentados entre los arriates o tendidos en la hierba o sobre la grava, tranquilos y soñolientos. La estatua de Walter Scott, esculpido junto a su can, domina desde el alto pedestal la muchedumbre de pacíficos invasores. «Estos —piensa sin duda Walter Scott— no son héroes de novela.» No son ciertamente los héroes de tus novelas, no son materia de literatura romántica, ¡oh ilustre, querido y venerado escritor que has hecho llorar de ira, de piedad o de amor a muchas generaciones de jovencitas! ¿Dónde han ido a parar, pues, los héroes de tus novelas?

Hacia el Norte, más allá del Canal de Caledonia, en los salvajes valles, en las soleadas azules y grises donde la furia del viento apoya el galope de los ciervos. La Escocia dulce y antigua, altiva y taciturna, la Escocia melancólica de los *highlanders*, sobrevive allá arriba casi fuera del tiempo, en un exilio sin retorno. Allá arriba donde Apolo, en un viaje hiperbóreo, oyó hablar de la última Thule, y conoció por primera vez la tristeza de los hombres.

TIERRAS ALTAS DESIERTAS

En estas noches blancas, en estas pálidas noches del Norte, el sol, posado sobre el borde del horizonte como una maceta de geranios en el alféizar, se apaga poco a poco en la argéntea niebla lunar. La magia de estos interminables crepúsculos me roba el corazón. Surge por sobre los montes la luna, esperada y desmemoriada luna, e incluso el rostro sobre el lago, se mira en el agua quieta y tersa, con la gracia virgen y fúnebre con que la Salomé wildeana intenta ver en la esfera de plata, sobre la alta terraza de Herodes, un lánguido rostro aflorando por la curva profunda del cielo. Un lejano ladrido me suena en el corazón como una voz amiga, desvela en mí inquietos sueños de un tiempo, negros lebreles galopando hacia la candida proa del alba. Despiertan sobresaltadas las jaurías en las perreras, muerden los barrotes de madera, arañan impacientes la puerta con sus uñas. ¡Cuántas liebres en la dulce hierba, cuántos conejos de monte entre el centeno tierno, cuántos ciervos errabundos en los linderos del bosque!

Heme aquí finalmente, tras mucho vagar, en la extrema Escocia ventosa, donde comienza el ingrato silencio de las soledades. Aquí la alta melancolía tiene su reino, aquí alza la severa frente entre las desnudas cumbres, el lívido mar y los vacíos espejos de los lagos. Todavía el otro día, ante las torres de blanco azúcar del castillo de Balmoral, diseñadas por el príncipe Alberto, temía que la «romántica Escocia» no fuese sino una imagen literaria, un país de fantasía poblado de estatuas de cera, de árboles de

cartón, de castillos de falso gótico amueblados con los muebles de mal gusto de una época imprecisa, dejada en seco por la baja marea del tiempo, de los sentimientos y de las convenciones. La Escocia de los clanes, de los cantos de Ossian, de las novelas de Walter Scott, de las leyendas y de las baladas populares, se me aparecía como un reflejo de la Germania idílica perdida en la nostálgica desilusión del príncipe consorte y en los pliegos del diario íntimo de la reina Victoria. ¿Dónde estaban, pues, los bosques de abetos sonoros al viento, las nubes blancas sobre los montes, los cielos de madreperla revueltos en los remolinos de los ríos? «Imágenes victorianas —pensaba—, complacencias locales, daguerrotipos descoloridos caros a los Lores y a las Ladies, de los que Sargent ha pintado las nietas jovencitas vestidas de seda verde sobre fondos de rododendros bermejós.»

Por la noche, volviendo del castillo de Balmoral, me había detenido en Birnam, no lejos de Dunsinane, y aquellos nombres, aquellos parajes, aquellos terribles recuerdos me tuvieron desvelado muchas horas. No puede uno acercarse a Birnam sin que el ambiguo Shakespeare no le venga al encuentro a la vuelta de la esquina, justo en la embocadura del puente de Dunkel, no le aferré de la mano y no le fuerce a vadear el río, la noche y el lúcido delirio de Lady Macbeth. Cuando tuve ocasión de leer, en las pocas líneas del Diario de la reina Victoria dedicadas a su visita a Birnam, que el espléndido decorado del valle del Tay «había gustado mucho al príncipe Alberto», me asaltó por un momento la sospecha de que la poesía de Shakespeare no tiene después de todo tribunas tan potentes y alas tan vastas como algunos se inclinan a creer. Él príncipe consorte se quedó tranquilamente sentado en su coche, gozando del panorama. Ni una sola palabra sobre Macduff, sobre Macbeth, sobre la sombra de Banco ni sobre el castillo de Dunsinane figura en aquellas breves notas del ilustre Diario. También yo, por esto, me metí en la cama tranquilo, soñando feliz con ser como Panzini joven, como el querido Panzini de mi primera gramática poética, un pobre literato de viaje entre oscuros fantasmas sin voz y recuerdos sin sorpresas.

¡Ah, Shakespeare dudoso! El insomnio, dios de paso ligero y de manos leves como alas de mariposa, vino a abrir de par en par la ventana con el gesto cauto de quien abre las páginas de un libro. El murmullo del río y de los árboles llenaba mi habitación y de seguro, o así me lo parecía, había confundido con aquel murmullo un trinar de pájaros, pero de extraños pájaros crasos, obesos, de cuellos inflados y patitas torcidas. No podía dormir y aquel gorjeo, aquel aire fresco, aquellos rayos de luna que me acuchillaban las mantas como hojas de tijeras, me inquietaban hasta tal punto que me levanté de pronto y descendí al parque. ¿No habría matado yo también, como Macbeth, al sueño? «Macbeth ha matado al sueño, Macbeth no dormirá nunca más», canta incluso Shakespeare. Terrible condena. No poder dormir más, no poder rezar más: éste es el caso de Macbeth. No se puede penetrar en Escocia sin recordar que éste es el país donde fue muerto el sueño, donde el sueño está sepultado. De aquel oscuro delito ha nacido el *spleen* de los ingleses. Tétrica fantasía, tan diferente de la clara y alegre imaginación de los italianos, que han puesto a dormir el sueño a la sombra de las hayas, junto la urna de alabastro donde reposan las cenizas de la Araba Fenice. «Yace en Arabia un vallecito ameno...», canta la octava de Tasso. Canto en voz baja, para que el sueño no despierte. Pero en Birnam, el insomnio es la regla y quien quiere dormir tiene que hacer como yo: bajar al parque e ir a tumbarse en paz a la sombra de los dos antiguos árboles, los únicos que quedan del famoso bosque que marchó contra el castillo de Dunsinane.

Los bosques que andan no son muy frecuentes en la Historia, y el de Birman es tal vez el único que se recuerde. Se sabe que a Macbeth se le había predicho, consoladora profecía, que no moriría sino el día en que la selva de Birnam se pusiera en marcha en

dirección a Dunsinane. Los árboles no tienen piernas y el triste héroe dormía seguro tras sus muros de piedra berroqueña. Pero el implacable Macduff ocultó a sus guerreros en la frondosidad del bosque de Birnam y al caer la noche cortó las ramas de los árboles con las que se hizo escudo y máscara y marchó contra Dunsinane para matar a Macbeth. Solamente una inmensa encina y un sicómoro henchido de hojas quedan hoy de aquella selva famosa, y a buen seguro que los puntales, los postes y las vigas en que se apoyan los dos árboles están allá más por retenerlos que para sostenerlos. Quitad aquellos maderos y veréis ponerse en camino encina y sicómoro, con un poco de retraso, como sucede siempre a las retaguardias, pero a tiempo todavía de reverdecer, después de tantos siglos, la leyenda de la muerte de Macbeth. Ligeras ramas, tiernas frondas, mórbidas hojas, con el dulce peso de los nidos adormecidos, con el azul reflejo del primer rocío, con la brisa matutina que hace rumorear el follaje. ¡Qué agradable visión para los ojos de los guerreros de Macbeth, vigilantes entre las almenas de las torres sobre el alto cerro de Dunsinane! ¿Qué son aquellos gonfalones salvajes, qué es aquello verde que se mueve allá abajo? Son árboles sedientos que van a beber al río, es el bosque que está soñando. Apenas las primeras flechas salieron disparadas de los arcos, los pájaros huyeron empavorecidos de los nidos. Ni siquiera los bosques son de fiar en la poesía inglesa.

Así pasé la noche envuelto en una manta, bajo los dos famosos árboles de Birnam. Plácida noche y sueños encantadores. Veía de pronto llegar de lejos una mujer vestida de blanco, y por prudencia trepaba apresuradamente sicómoro arriba, como hiciera Zaqueo para ver pasar a Jesús. La mujer se arrodillaba a la orilla del río, al pie del árbol, y se quedaba allí pensativa, mirándose las manos, blancas y transparentes en el aire nocturno como dos piedras claras en aguas profundas. «¿Cómo haré —suspiraba— para lavarme las manos?» ¡Oh Lady Macbeth!, ¿a mí precisamente me lo preguntas? Si tú supieras el daño que has causado al pueblo escocés, con esos tus escrúpulos de lavandera. El día en que se te metió en la cabeza tener sucias las manos y no lograr limpiártelas, comprometiste para siempre la reputación de tu país. Nadie podrá ya creer en la inocencia de estos pobres caledonios. Ahora están condenados por toda la eternidad a la sombría fama de gente de manos sucias. Por muy buenos, laboriosos, frugales, sencillos, honestos y sosegados que sean, aunque estén en paz con Dios y con los hombres, nadie les podrá salvar jamás de arrostrar injustamente el peso de los más negros delitos. ¡Oh Lady Macbeth! Vuélvete un poco hacia allá, hacia la rubia Inglaterra de ojos dulces. Mira cómo se ríen de ti y de los tuyos esos puros ingleses de rostro color de manzana joven. Pregúntales a ellos cómo se hace para lavarse las manos. Solamente los ingleses lo saben. Son el pueblo más sereno del mundo. ¡Y qué manos las tuyas! Lisas, limpias, delicadas, de dedos largos y mórbidos, con uñas rosadas, redondas, semejantes a gajos de luna. ¡Oh Lady Macbeth, pobre mujer! ¡Oh Madame Bovary de esta hiperbórea provincia! ¡Si tú supieras cuán difícil es el arte de lavarse las manos sonriendo y sin sentir escrúpulos, es decir, con gracia y honor!

Desperté al alba en la gloria de un sol tibio e inocente, bajo un cielo recamado de rosas azules y de largos tallos verdes, ríos herbosos en un gran mar de pétalos de aire. Adiós, Lady Macbeth. Estoy de excursión hace dos días por los valles del Gary, del Moriston y del Affric, por los montes que se asoman a los lagos del canal de Caledonia, por esas altas tierras desiertas donde los rebaños abandonados balan roncoco entre los brezos, en el viento que peina con dedos fríos la hierba y la lana. Ni una casa, ni una cabaña, ni un rostro de hombre durante millas y millas. Las aldeas, hundidas valles abajo como en un agua oscura, saltan a la superficie de vez en cuando, apenas un rayo de sol incide sobre los techos. Me parece deslizarme en barca sobre el espejo de un lago

cuyo fondo se me revela lejano y confuso, en un lento moverse de algas, en una luz de crepúsculo con reflejos opacos, que se hiende de cuando en cuando de verdes resplandores fugaces.

Este es verdaderamente el ingrato reino de la tristeza. Diríase que toda la melancolía de los hombres, raza inquieta e infeliz, se reúne aquí arriba gota a gota, en esta extrema región de Europa, como agua en tierra baja. ¿Qué es de nosotros, de nuestro mundo, de nuestros afanes, de nuestras esperanzas sin remedio, de nuestros sueños, de nuestras soberbias, de nuestras pobres ilusiones desnutridas y perversas? Pútridas ciudades, allá abajo, allende el último horizonte, bosques de casas, nubes de humo, torrentes de velocidad, multitudes de hombres febriles y desanimados. Las ventanas de las cocinas miran a los cementerios, las flores de los alféizares están negras de carbonilla, rosas caliginosas se ajan sobre senos de mujer, los caballos en los suburbios siguen con bondadosos ojos a los chiquillos que corren, un leve olor a hospital se mezcla con los acordes de los pianos en las tardes soleadas, las últimas horas del dormir se adormecen bajo la lámpara, con la cabeza sobre la mesa. Tristeza de los hombres, tristeza que nosotros mismos creamos día a día, que aflora en nosotros de un venero profundo, tristeza sin eternidad.

Aquí todo es aire, luz, hierba, viento y agua. El reflejo del mar abre sobre los montes cielos exangües, donde nubes errantes acostan en golfos de sombra. Pero tal vez también la alta melancolía de esta tierra y de este pueblo ha sido su mal secreto. Los pescadores tumbados a lo largo del muelle de Inverness, en espera de que la luna levante el dulce viento de junio, tienen ojos opacos y rostros de cera bajo la llama viva de los cabellos rojos. Mujeres delgadas, de boca pequeña orlada por labios delgados, andan en silencio por las aceras, con la cabeza echada hacia atrás como las ciegas de Lourdes. Hay una gran paz en el aire, una paz resignada y cruel. Esta tierra y este pueblo están tal vez demasiado cerca del cielo, del último cielo de Europa.

LOS CIERVOS Y EL LATÍN

Esta noche ha cesado de llover; el aire se ha hecho más grato y los pastores anuncian ya que los primeros ciervos se asoman cautamente fuera de la niebla sobre la alta joroba del Achralaigh y descienden hacia las orillas del lago de Cluanic. Son las patrullas avanzadillas del gran ejército que cada año, al principio del estío, se encamina a la conquista de la dulce hierba, del agua límpida y de la tierra tibia. Los viejos machos de ojos sanguinolentos, de manto vetado de robín, de morro, cuello y pecho marcados de cicatrices gloriosas, de cornamenta rota cien veces en otras tantas batallas y reducida ahora a una intrincada corona erizada de puntas desmochadas que las savias primaverales no logran hacer florecer de nuevo, los intrépidos guerreros de rodillas encallecidas y de ternillas rojas preceden, recelosos y amenazadores, a las manadas de hembras y de cervatillos. El grueso del ejército está lejos todavía, a sus espaldas, invisible en la niebla.

Helos aquí, los fieros ciervos ramosos de humeantes grupas. Avanzan separados en cadena, se paran de vez en cuando a husmear el aire, enderezan las orejas a los ruidos, galopan inquietos, se alejan en huida, se vuelven bruscamente, regresan caracoleando, se paran de nuevo un poco más acá, al borde de una roca, sobre un rellano de la ladera, en un pliegue del declive, y permanecen allí tensos y alertados, recortados en el cielo gris, rumiando inmóviles. Parece que estén catando el sabor de los prados, del agua, de los bosques, de las nubes y de la luz. Un profundo silencio reina en torno, una paz

acogedora y segura. Pe pronto, el sol rompe la corteza del cielo sobre el bosque de Invermoriston, un haz de saetas de oro es disparado por el arco del horizonte y el súbito resplandor ilumina en lo alto, cerca de la cumbre del Achralaigh, el ejército en fuga bajo aquella lluvia de flechas, en una confusión, un tumulto, una derrota desordenada. El terror de los persas en Jenofonte.

Hay efectivamente un fasto oriental en aquel inmenso tapiz donde la hierba tierna tiene reflejos de seda antigua, en aquella escena de batalla, en aquel hormigüeo de cuernos, en aquel desesperado huir, en aquella lucha de los nobles animales contra la ira de Febo. Como dardos de bellísima Diana cazadora persiguiendo sibilante a los ciervos por bosques y valles, así las saetas del sol se arrojan contra los guerreros de frentes erizadas de cuernos, laderas arriba del Achralaigh. Acuden los machos, amonestan a los fugitivos, los rodean corriendo, los detienen, los reorganizan y los empujan de nuevo hacia abajo, hacia la hierba que ondea al viento. Mientras, otros van buscando por boscajes y torrenteras a los cervatillos de tierna cornamenta y delgadas patas, los pobres cervatillos empavorecidos por el resplandor y el tumulto repentino y los acompañan hacia el grueso galopando a sus flancos, morro contra morro. Otros, tiesos e inmóviles sobre el fondo del cielo, braman llamando a reunión a los dispersos y el bramido resuena lejos en el aire sonoro como un alegre toque de trompeta en un alba de batalla.

Ahora la manada avanza segura y baja en espiral por la espalda del monte. No son menos de trescientos, en cabeza y a los costados los machos, las hembras y los cervatillos en medio. Algunos siguen a distancia volviéndose a mirar hacia atrás de vez en cuando, otros galopan diseminados aquí y allá, ora delante, ora de flanco, vigilantes, inquietos e impacientes como jinetes que exploran el terreno y miden el campo. Un viejo ciervo de frondosas astas, morro afilado y rabo erguido como un penacho de parada, se destaca repentinamente del grueso y baja caracoleando hacia nosotros con aire de amenaza y desafío. «Es el jefe», me dice el pastor que me acompaña, un joven pastor del valle del Moriston, con falda y tartán rojo azul turquí, con tres puñales al cinto y el mango de hueso del cuchillo de caza asomando por encima de la media de lana verde.

«Si no estuviese en Escocia —pienso para mis adentros—, si no estuviese en la orilla del lago de Cluanic, el del agua lunar donde flotan nubes blancas hinchidas de hierba y de hojas, creería que éste es el ciervo de D'Annunzio.» Pero ¿dónde está el centauro? Otros tiempos eran aquellos, otros animales también. Quién sabe de qué milagro estarían llenos los versos de Gabriele, si a la orilla del Serchio hubiese hallado un número tan elevado de animales heroicos. Pero ahora el continente europeo es pobre en bestias clásicas. El Olimpo está desierto de minotauros, de faunos, de centauros. Vivieron las ninfas, vivieron los bosques un día. Hace ya muchísimo tiempo que los mitos ferinos tienen por patria a Escocia. Este es, desde hace siglos, el país de Artemisa el feliz país donde las bestias guardan intacta, la antigua nobleza y los hombres, raros y melancólicos, hablan todavía el misterioso lenguaje de los dioses y de los animales del tiempo clásico. Pero tal vez el ciervo que avanza amenazador hacia nosotros comprenda el latín, como el ciervo de D'Annunzio. *Tu quoque litoribus nostris...*, le digo como saludo con voz amistosa. A estas palabras mías el noble animal se detiene de golpe sobre sus cuatro patas e inclina los cuernos mirándome de abajo arriba con ojos estrambóticos y burlones. Parece estar a punto de embestirme, pero su mirada me advierte que es solamente por juego. También los versos de Virgilio han pasado. *¡Var anaùm!*, le grita en lengua gaélica el joven pastor alzando los brazos. Y en seguido el ciervo se vuelve, parte al galope, describe un ancho círculo y se encamina caracoleando

lento y majestuoso al frente de la columna, arriba hacia el límpido espejo del Claunic, donde el cielo flota como una inmensa hoja color de leche.

Pero el error es mío. Es difícil que los animales de Albión comprendan el latín. Las bestias no han entrado todavía en eso que muchos llaman, tal vez equivocadamente, el clasicismo de los britanos. El arte, la literatura, la estética y la moral de estos pueblos nada tienen que ver con las clásicas. Del amor de los britanos por los animales puede decirse que es social, religioso, deportivo, civilizado, político, sentimental, es decir, romántico. Aman a los animales por un exagerado sentido de humanidad, casi por un exceso de filantropía. Los aman más que a sus prójimos inmediatos, añadiría. Respetan a los seres que nosotros, viejos pueblos de Europa, estimamos inferiores al hombre. Los admiran, quieren y respetan porque los estiman superiores no sólo a los hombres en general, sino incluso a ellos mismos. Tienen un concepto elevadísimo, social y sentimental a un tiempo, de la inocencia, la honestidad, la bondad y la pureza de intenciones de las bestias. Lo que para Rousseau es el hombre simple, el hijo de la naturaleza, el hombre en estado de gracia natural, para los ingleses es el animal, en todas sus especies y en todos sus grados de educación y de civilización. Para un verdadero inglés no existen en el mundo más que dos pueblos suma y verdaderamente civilizados: los ingleses y los animales. De manera diferente, se entiende, y en diferente medida. Y adviértase que no hay nada de ofensivo o de irreverente, para los británicos (y quisiera decir que tampoco para los demás), en este género de juicio. En la literatura inglesa de todos los tiempos el parentesco sentimental de ese pueblo con los animales es proclamado a cada paso con la más tranquila satisfacción. Cuando Keyserling afirmó, hace algunos años, que el inglés es «el hombre-animal», los aplausos llegaron al cielo y una sonrisa de complacencia y de orgullo afloró a los labios de todos los hijos de Albión. Al parecer, no existe cumplido que les cause mayor placer.

Pero las bestias pertenecen únicamente al mundo sentimental de los ingleses, no a su mundo estético. En toda la literatura de Inglaterra, por ejemplo, los animales no aparecen nunca como un elemento objetivo, por decirlo así. Hasta en los lienzos de sus más célebres pintores, la función de los animales, perros, caballos, ciervos, gamos, no es de orden estético o simplemente decorativo, sino fundada sobre principios, ideas y prejuicios románticos, no clásicos. La particular mitología de los ingleses está poblada de bestias que parecen salidas de Oxford y de Cambridge. Es una mitología de naturaleza didascálica, en la que los animales no representan sino el papel de héroes sociales, ejemplares, poseedores de todas las cualidades que en Inglaterra definen al buen-ciudadano. Personajes educados, en suma, y educativos. Las relaciones de amistad entre un inglés y su perro, por ejemplo, son las mismas que unían patéticamente a Orestes y Pilades, esos *Dos sargentos* de la antigüedad. El concepto de lo bello queda desterrado en absoluto del amor de los ingleses por las bestias. En una estatua ecuestre, no ven el hombre a caballo, sino el hombre y el caballo. Los Dióscuros no aparecen, a sus ojos, más que como dos hermanos de buena familia, dos *gentlemen* que amaban a sus corceles. Es el amor por los animales lo que ayuda a los ingleses a comprender y admitir el mito de Leda o de Pasifae.

«Acaso son éstas —pienso para mis adentros— las razones por las cuales los ciervos de Escocia, y como ellos todas las bestias de Inglaterra, no comprenden el latín. Los animales no tienen derecho de ciudadanía en la cultura humanística de los ingleses.» «¡A qué sorprendentes conclusiones conduce la filantropía!», me digo para consolarme. Y, mientras tanto, los ciervos galopan hacia el lago. Las primeras filas penetran ya en el agua, hunden los altos flancos y el ancho pecho en la onda clara, erguidos los cuernos ramosos sobre el espejo de plata. Ahora, toda la manada nada lenta y solemnemente

hacia la orilla opuesta. ¡Romántica Escocia, noble Arcadia ferina! Éste es el postrer reino de la paz silvana, donde las bestias educan a los hombres en la inocencia de la naturaleza. El espectáculo es para mí tan nuevo y tan antiguo al propio tiempo, que el latín de Virgilio me sube a los labios dulce como la miel virgen. Me pierdo en mis pensamientos, y agradezco a los ingleses su amor nacional por los animales.

—Si estuviera aquí en otoño, durante la temporada de caza —me dice el pastor—, ¡ya vería qué matanza!

¡Oh mi ingenua confianza en la filantropía británica! Ésta es precisamente la única cosa en la que no se me había ocurrido pensar.

CÉSAR EN ALBIÓN

Fue por la mañana, a fines de agosto, cuando las extrañas naves aparecieron a la vista de la costa inglesa, a siete millas de aquí, frente a las rocas de Dover.

Los acantilados de Dover son una alta muralla calcárea lisa de dificultoso atraque, que de vez en cuando se hiende y se comba, pero muy poco, apenas un pliegue, formando un bosquejo de ensenada donde húmedos y verdísimos, de un verde con reflejos turquíes, descienden a morir en la playa arenosa los prados. A los pies de los *cliffs* la ribera es angosta, tan sólo una faja de arena amarilla, una orla de cobre soldada a la inmensa losa de cinc verdiazul del mar por una arrugada cinta de blanca espuma.

Más hacia aquí, entre el castillo de Walmer y el de Deal, en el punto donde la escarpada costa se inclina en suave curva, se torna playa y se puede varar fácilmente. Un mar verde, mezclado de rosa, tendido en calma bajo un aplastado cielo gris, se esfuma en pliegues azules hacia el horizonte, como un toldo movido por el viento. Naves blancas, de las que brotan un sutil penacho de humo, pasan lentas por alta mar. El vuelo rasante de las gaviotas dibuja extraños rasgos sobre el agua, misteriosas cifras que la brisa del Suroeste borra infatigablemente. Bandas de jóvenes rubios, y de muchachas de apretado pecho y caderas alargadas, se pasean en traje de baño sobre la brillante alfombra de arena que el sol, declinando ya de la cima del arco, hiere oblicuamente extrayendo de ella resplandores de oro encendido y fatigados reflejos opacos. Miro en derredor de mí, mido con los ojos, más allá de las casas de Deal, la amplia curva de la playa hacia Sandwich, y a mi derecha la sinuosa línea de las rocas que se alejan hacia Dover, elevándose gradualmente en una ligera perspectiva de terrazas herbosas. El aire marino es dulce a los labios como un aire de lago: el espejo de la Mancha se empaña en la languidez del ocaso y asume poco a poco, sensiblemente, una inquieta brillantéz lacustre.

Éste es precisamente el lugar donde César tocó por vez primera la ribera inglesa, aquí donde los terrenos de golf del «Royal Cinque Ports Golf Club» de Deal se enarenan difuminándose el verde claro en tonos de amarillo y violeta y la hierba se endurece de algas. Toda la noche había velado César sobre la cubierta del trirreme, bajo la tibia luna redonda, escudriñando con la mirada el incierto horizonte. La costa entre Dover y Deal se le había aparecido de improviso en el engaño del alba, emergida como por milagro del agua, o bajada del cielo como el borde de una nube. Ante él se halla finalmente la misteriosa isla que, según relataban los druidas de las Galia hormigueaba de serpientes, la isla donde las ánima de los muertos eran transportadas a medianoche por invisibles pilotos. En la alta cresta de los *cliffs* se perfilaban formaciones de britanos armados, semidesnudos y con el depilado cuerpo pintado de azul, de cabelleras recogidas en trenzas a la espalda (*capillo sunt proliisso*, testimonian los *Comentarios*) y de largos

bigotes lacios pendientes sobre el pecho. («Cuidad de afeitarse todas las partes del cuerpo —cuenta César— excepto la cabeza y el labio superior.») El sol naciente jugaba en el seto vivo de las lanzas y el fresco viento del Este soplaba sonoro en los estandartes de cuero.

El clamor amenazador se elevaba de las formaciones bárbaras. Jinetes de largas cabelleras como *walkyrias* galopaban a lo largo del sutil arco de la ribera, mientras otros, impacientes, empujaban los caballos al mar, al encuentro de los cautos y silenciosos trirremes. En pie sobre los carros de combate, los *essedari* de largas fustas retenían la fogosidad de los potros, a los que el sol, el estruendo, los gritos de los circunstantes y el grato olor de la hierba incitaban a la carrera y al choque. Multitud de infantes salían de los bosques cercanos blandiendo puntiagudas estacas y maderos, para usarlos como arietes contra las naves, y leña para incendiarlas. Turbas de mujeres cuyos cabellos agitaba el viento, cubierto el pecho de pieles, amontonaban a lo largo del borde del acantilado guijarros, piedras y pedruscos. Entre tanto, a bordo de los trirremes y de los veleros que desde Boulogne, el antiguo Portus Itius, traían a la isla misteriosa los legionarios de la Décima y de la Séptima, comenzaba a elevarse un alegre rumor, compuesto por conversaciones en voz alta, risas, aplausos y algunas canciones de marcha, estribillos rimbombantes de acusativos y de gerundios, que se mezclaban a los ruidos, a las voces de mando, a las de sorpresa, al sonido de las armas y al chirriar de las cadenas del ancla.

Los más ruidosos y más alegres eran los legionarios de la Décima, casi todos reclutados, como sabe todo el mundo, en el valle Paduano, en su mayor parte emilianos, gente sólida y rijosa, de rostro encendido y manos anchas, infantes de Mantua, de Róvigo, de Cremona, de Bolonia, de Ferrara, de Reggio, de Piacenza, de Parma, de Módena, de Forli, orgullosos bebedores de Lambrusco, de Albana, de Sangiovese, y de aquel vinillo de las Bocas del Po que en Comacchio se llama Vino de Bosco. ¡Oh veteranos de la Décima Legión! ¡Oh Vieja Guardia de César, conquistadores de las Galias, vencedores de cien batallas, lo lamento infinito por aquellos bravos britanos que os aguardan en armas sobre los acantilados de Dover, pero vuestra manera de enseñar el latín era a buen seguro la mejor para un pueblo que siempre ha fingido no comprenderlo! Tan cierta es esta afirmación que desde aquel día, tras muchos siglos de «Berlitz School», los ingleses han sentido siempre la mayor admiración por vosotros, y aún hoy, cuando quieren cosquillar su propio orgullo nacional, afirman que el valor británico no es inferior al vuestro, que los romanos de la edad moderna son ellos, y que de vosotros han aprendido el arte de conquistar las islas (e incluso los continentes). Tan grande es la estima en que los hijos de Albión os tienen, legionarios de la Décima, tan grande es su admiración por vuestras empresas, que si volviéseis hoy a Inglaterra os acogerían en el muelle de Dover con banderas y música y los profesores de la Universidad de Londres os dirigirían un discurso en latín académico citando a Horacio, Virgilio, Cicerón y Ovidio, para mostraros que aquella primera lección no se perdió. Tan sólo dejarían de citar a César y a continuación os diré por qué.

Pero aquellos eran otros tiempos. Los ingleses eran bárbaros, ignoraban, como hoy, la historia de Europa, y creían también entonces ser el primer pueblo de la Tierra. Así que el recibimiento oficial no fue el que sería hoy en día y los discursos fueron pronunciados en un latín muy diferente. Sin embargo, César, visto que las intenciones del enemigo y la aspereza de la costa hacían imposible un desembarco en aquel punto, a las dos de la tarde dio orden de levar anclas y de poner proa al Norte, hacia el castillo de Walmer, donde a su mirada atenta no había escapado el declinar del litoral. A favor del viento y de la marea, que a aquella hora y en aquella estación son propicios, las naves

costearon durante casi siete millas, seguidas a lo largo de la ribera por los bárbaros en tumulto y, una vez llegadas a mitad del arco arenoso entre el castillo de Walmer y el de Deal, acostaron para el desembarco.

Fue precisamente en este *aperto ac plano litore*, frente a esta orilla donde yo me siento con las páginas de los *Comentarii* abiertas sobre las rodillas, donde un alférez de la Décima Legión (seguramente debía ser ferrarense, reconocible por el acento, las maneras, el talante, el gesto orgulloso y pronto), viendo que los legionarios titubeaban en desembarcar a causa de la profundidad del agua, *propter altitudinem maris*, empuñó el astil del águila y exclamando con voz fuerte el famoso «*Desilite, commilitones!*, ¡saltad al agua, muchachos!», se arrojó al mar de cabeza y *in hostes aquilam ferre coepeit*, avanzó contra los enemigos con el águila empuñada. Toda la Décima le siguió y desde aquel día, desde aquel episodio, comenzó la historia de la Gran Bretaña. Es para maravillarse, en el fondo, de que aquel «*Desilite, commilitones!*», no haya sido elegido como divisa del Imperio Británico, habida cuenta de que la Historia del pueblo inglés es toda una «¡saltad al agua, muchachos!»

A *jolly good fellow*, un gran chalado, dicen los ingleses modernos del alférez de la Décima Legión; y añaden a continuación que aquel fue el primer *gentlemen* de Europa que desembarcó en Inglaterra. A los britanos les gustan los gestos enérgicos y las palabras apropiadas. Pero cuando hablan de César, los ingleses no ocultan cierta melancolía, un cortés resentimiento, una dulce queja. «¡Qué lástima! —parecen decir con imperceptible pestañeo—. ¡Qué lástima que un genio tan grande, que un hombre así nos haya juzgado mal!» Pues lo que inquieta la admiración de los ingleses por Julio César no es el recuerdo de la derrota sufrida, sino más bien las páginas de los *Commentarii* dedicadas a las costumbres de los britanos. El resto va todo bien. Aun el año siguiente, cuando César desembarcó en Bretaña por segunda y última vez, su tacto fue exquisito. Desembarcó una mañana de julio, sobre mediodía, un poco más al norte de la primera vez, entre Sandwich y el castillo de Deal, *in litore molli atque aperto*, como él mismo escribe, en un punto donde el arco de la playa es suave y amplio, y se encontró con los bárbaros del rey Casivelauno justo en el sitio ideal para un encuentro deportivo entre ingleses y un extranjero, es decir, en los campos de golf de Sandwich, el «Royal St. Georges» y el «Prince's Golf Links».

Puede decirse que aquel fue el primer campeonato internacional de golf disputado en Inglaterra, los primeros dieciocho hoyos jugados por un campeón de Europa (¡y vaya extraordinario *golfer!*) en un campo inglés. La fortuna fue también favorable en esta ocasión a César, que de hoyo en hoyo acompañó al rey Casivelauno hasta el lugar donde hoy está Londres, cruzó el Támesis por Brentford, frente a Kew Gardens, y se detuvo en St. Albans para recibir el homenaje de la Cámara (que entonces era un bosque) de los Lores. Todo bien, nada que decir, digno de un *gentleman* como era César. Pero qué lástima que un tan grande hombre haya escrito después en los *Commentarii* que los ingleses eran bárbaros, que se teñían de azul, llevaban el cabello largo, tomaban mujer en común, no en Comunes, y que *ex his omnibus longe sunt humanissimi qui Cantium incolunt*; ¡o sea que los más civilizados de todos los britanos eran los de Kent! ¿Y por qué precisamente los de Kent? Si carecer de tacto es malo, ser parcial es peor. Además, ¿qué necesidad había de gritar a los cuatro vientos, aunque hubiera sido verdad, que los ingleses, los clásicos, imperturbables, correctísimos ingleses, siempre recién afeitados llevaban los bigotes pendiente sobre el pecho, las cabelleras anudadas en trenzas a la espalda, iban a Ascot pintados de azul, y al Gran National vestidos con pieles de animales?

Ya es tarde; un sol rojo oscuro, inmóvil en el tierno cielo crepuscular, semeja un sello de lacre en un sobre azul. En esta evasiva hora, todo cuanto me rodea se torna impreciso, se decolora, se atenúa, el perfil de las colinas lejanas se esfuma en niebla transparente y un algo de mórbido, de vago, de huidizo está en el aire. Una ligera nube rosada, orlada de plata, se eleva poco a poco allá abajo, detrás del castillo de Walmer, donde murió el duque de Wellington. Extraño destino para el vencedor de Napoleón, para el héroe de Waterloo, para aquel fiel perro guardián de las islas Británicas, morir a cien pasos de la orilla que fue pisada por los pies de César.

LOS DIEZ MIL

De un tiempo a esta parte, las noticias que llegan de Inglaterra no son precisamente como para hacerme cambiar de parecer sobre la naturaleza de los ingleses. Siempre he sostenido, con abundancia y variedad de argumentos, que los hijos de Albión no pertenecen al género humano. Y las recientes noticias de Londres me confirman cada vez más en la exactitud de mi definición. Los ingleses son ángeles, ¡y qué clase de ángeles!

No todos, a decir verdad, son ángeles en el mismo modo y en la misma medida. Pues el pueblo inglés, no se divide, como los pueblos de Europa, en tres clases sociales, nobleza, burguesía y proletariado, sino en dos clases teológicas: los ángeles triunfantes y los ángeles caídos. Y me parece justo que la curiosidad del mundo se dirija de preferencia a los primeros ejemplares de aquella orgullosa nación, ellos son los que componen la mayoría de la clase dirigente británica, ellos son los que llevan ante la Historia la responsabilidad de todas las virtudes y de todos los defectos de un Imperio tan potente y sosegado.

Los ángeles triunfantes pertenecen en su mayor parte a esa sociedad elegante que, según un escritor americano, Price Collier, autor de un famoso libro sobre los ingleses, «se reúne en torno al rey y a los caballos» y que ha sido durante muchos siglos justamente considerada como la más noble, la más cerrada y la más rígida aristocracia de la tierra. Mas, en los últimos años del largo reinado de la reina Victoria, una profunda mutación se ha producido en la alta sociedad inglesa. Ya no es una casta cerrada, un mundo limitado por fronteras inviolables, un Olimpo accesible solamente a los dioses y a las diosas de la clásica mitología social de los hijos de Albión. Ahora está tan corrompida y mezclada como cualquier sociedad de Europa. Todos los historiadores imparciales de la época victoriana y los cronistas objetivos de las gentes y las vicisitudes de las generaciones de la posguerra están de acuerdo en reconocer que una verdadera y propia revolución ha ocurrido en aquel reino prohibido. Los ángeles caídos se han infiltrado en las mejores familias, de tal modo que ahora ya no basta con pertenecer a la alta sociedad para ser clasificado por derecho entre los ángeles triunfantes.

Si se pudiera hacer desfilar en cortejo las supremas jerarquías angélicas de Albión, Europa asistiría estupefacta al paso de la más extraña procesión que jamás haya pisado las calles de la tierra. La misma fantasía de Milton, de Bunyan o de William Blake sería impotente para describir un espectáculo, tan maravilloso. Naturalmente, el rey iría al frente, seguido de todos aquellos que, tanto en las Islas Británicas como en el cielo, constituyen la suprema jerarquía del alado pueblo, es decir, los lores y especies semejantes de arcángeles, de serafines y de querubines. Son sus inmensas alas de pluma de un azul tierno, veteado de rosa de verde, las que dan al cielo de Albión su

incomparable transparencia. Lo que ilumina con luz de ingenuidad y de inocencia todos los acontecimientos, incluso los más crueles, de la Historia de esta inmaculada nación y el reflejo argénteo de las alas de cisne de los nobles Lores, de eso arcángeles de Inglaterra. Allende la Mancha es todo, como diría Lafontaine, únicamente cuestión de *plumage*. Más que por su función constitucional, más que por su trascendental papel en la vida política inglesa, la Cámara de los Lores se distingue de la Cámara de los Comunes precisamente por la calidad de las plumas de sus honorables miembros.

Detrás de los lores, Europa vería la flor y nata de las Islas Británicas, esa multitud de personajes en *fancy dress* cuya importancia social está en relación directa con los deslumbrantes colores y el extraño corte de sus uniformes. Como en todas las ceremonias oficiales, trátese de del Lord Mayor Show, de las presentaciones en la corte, del *Ascot Parade*, de la fiesta del cuatro de junio en Eton, o del *Trooping of the Colours*, la presencia de esos extraños personajes en *fancy dress* también daría al cortejo la apariencia de un baile de máscaras. Detrás de los *Beef Eaters* y de todas las demás variedades de personajes disfrazados seguirían, no ya los obispos, sino los *Old Etonians*, los alumnos de Harrow, de Rugby, de Winchester, la juventud atlética y estetizante de Oxford y Cambridge, los *cricketers* de la nidada de los William, de los Jorge Gunn, de los Hobbs, de los Wolley, de los Larwood, de los Jardine, los héroes de los partidarios de la *body line* y de la *leg theory*. Desfilan después los obispos, de severos rostros y ojos absortos, después los almirantes, los generales, los altos dignatarios del estado, los altos cargos de la corte, y por último las varias especies de *somebodies*, del Bright Young People, de los Cléber Young Men y así descendiendo hasta ese género de poetas, de estetas y de artistas de las diferentes artes que Noel Coward llama los *smarties*.

A juzgar por su preponderante importancia en la vida social, religiosa, política, financiera e intelectual, diríase que los ángeles triunfantes forman la absoluta mayoría del pueblo inglés. En realidad, no son más que una ínfima minoría, si hemos de prestar crédito a las estadísticas oficiales. Por los cálculos efectuados durante la *season*, cuando los ángeles triunfantes se dan cita en Londres desde todos los rincones de las Isla Británicas y desde los más remotos puertos del imperio, no suman en total más de diez mil. Los *upper ten thousand*, les llaman en efecto los *gossip writers*, de Patrick Balfour a Lady Eleanor Smith, con un sobrenombre tomado en préstamo, se diría, a Jenofonte.

Los diez mil no se diferencian de los ángeles caídos solamente por su privilegiada situación teológica, sino también por el aspecto físico, los sentimientos, la pronunciación, los modales. Puede decirse que no son más que variaciones de un sentimiento único: el amor de sí mismos. El amor del prójimo, que los habitantes de la Europa continental practican con tal ingenuo egoísmo, toma en ellos los aspectos y los modos de un recíproco narcisismo. Los ángeles triunfantes se aman entre sí no en tanto que seres humanos hijos del mismo padre, sino en cuanto que ingleses, en cuanto que ciudadanos del más arcádico imperio del mundo. Son absolutamente refractarios a las pasiones. Sólo el aburrimiento asume en ellos los caracteres de la pasión. Se aburren apasionadamente, con una seriedad y un empeño tan grandes que el aburrimiento es su pasión nacional, la forma propia de su heroísmo, el más imperial de los sentimientos británicos. Inglaterra es el país de la niebla en todas sus formas: morales, espirituales, sociales e intelectuales. Y el aburrimiento es con toda certeza la más densa de las nieblas inglesas.

En la historia de Albión todo lleva impresa la impronta del genio y del carácter de los ángeles triunfantes, de sus virtudes y de sus angélicos defectos. Cuanto hay de grande,

noble, generoso e inhumano en las vicisitudes de Inglaterra, es obra de ellos. El Imperio Británico es su obra maestra. Y sería erróneo creer que han conquistado el mundo con la violencia, no ya con la exquisitez de los modales. «Las buenas maneras son el reflejo del alma», escribe Patrick Balfour en *Society Racket*. Y el alma de los diez mil es pura y tierna. Dos páginas después, el mismo autor agrega que «cuando las maneras de un inglés dejan que desear, ello significa que es supersensible y tímido». Toda la historia del Imperio Británico, desde la guerra de los Cien Años a la campaña contra los boers, desde Juana de Arco a Rachoda, no es más que una confirmación, una irrefutable prueba de la hipersensibilidad y de la timidez de los ángeles triunfantes.

No sólo el Imperio, sino también las famosas libertades inglesas son obra de los diez mil. A pesar de la tiranía de sus tradiciones, de sus prejuicios, de sus convicciones y de sus tabus, nada puede impedir a los hijos de Albión que se crean y se sientan los seres más libres del mundo. Aman la propia libertad con el mismo inmovible optimismo del obispo Magee de Peterborough, más tarde arzobispo de York, quien, en un discurso en la Cámara de los Lores sobre *Permissive Bill*, declaraba en 1872 que él prefería una Inglaterra libre a una Inglaterra abstemia. Pese a las innumerables ligas antialcohólicas, desde 1872 en adelante no ha disminuido un ápice allende la Mancha, ni ha sufrido limitaciones de calidad por las restricciones de la D.O.R.A., el tradicional amor por la libertad. Los ingleses continúan impertérritos prefiriendo la libertad a la sobriedad, por expresarlo con la feliz fórmula del obispo Magee. He aquí, pues, por qué un inglés libre está siempre un poco achispado y un inglés abstemio no es sino un pobre esclavo. En boca de un auténtico hijo de Albión, o sea de un verdadero *gentleman*, la palabra libertad sabe siempre a whisky. Es por amor de la propia libertad y de la de todos los pueblos del Imperio que los generosos britanos se sacrifican en beber. Sólo Dios sabe cuál sería el destino de la pobre Europa si fueran abstemios.

UNA NOTICIA EN EL TIMES

El periódico estaba allí, abandonado sobre el terciopelo del diván. Debía pertenecer seguramente a aquel joven alto y rubio que estaba fumando en el pasillo con la espalda apoyada en el tabique de cristal del compartimiento. Julio alargó la mano titubeando, cogió el periódico, lo abrió al azar (era un ejemplar del *Times*) y posó la mirada en la página gráfica.

En la parte superior de la página figuraba una selva verdegris, que la fría y melancólica luz del otoño hacía parecer canosa y leonada, aparecía un pequeño cementerio rural en torno a una iglesiuca de piedra clara; y en primer término, ante un alto seto de arrayanes, se veían unos jinetes con chupa roja y la impaciente jauría husmeando la hierba entre los cascos de los caballos. «La jauría del West Somerset Hunt salió ayer de St. Audris para el *cub-hunting*, rezaba el pie.» *Cub-hunting* —pensó Julio— no quiere decir propiamente caza del zorro, sino de los cachorros del zorro. En octubre se abre en Inglaterra la *cubbing season*. Las zorrueles tiernas, con dientes de leche todavía, advierten en el aire fresco y suave el olor de los perros. Están sentadas a la orilla del bosque, asomadas a la inmensa ventana de cielo azul y blanco abierta sobre los tupidos prados de húmeda hierba, sobre el horizonte dócilmente combado a lo largo de la redonda espalda de los collados. Los árboles lejanos enrojecen bajo la vítrea luz de la mañana, los riachuelos murmuran a la sombra de los sauces llorones, un poco de humo asciende al cielo desde el fondo del valle y se arrolla en el aire, perezoso como el rabo de un enorme zorro de pelo azul. Bajo esa escena de caza, otras fotografías

mostraban el nuevo *dock* de Grimsby la colocación de la primera piedra de un nuevo pabellón del «Guy's Hospital», con Lord Nuffield rodeado por las autoridades, y el final de una carrera de caballos en el hipódromo londinense de Newmarket, con *Doña Sol*, de Sir C. Chubb, montada por Fox, cruzando en primer lugar la meta, delante del favorito *Cotoneaster*.

Julio miraba aquellas hermosas escenas de árboles, de caballos, de perros, de prados, de jinetes vestidos de rojo, de barcos a vapor, de *gentlemen* con chistera en torno a un bloque de piedra clara de Portland, y pensaba en su fuero interno, con una leve sombra de amargura, en la famosa felicidad de los ingleses, en su cómoda, generosa e imperturbable felicidad que ningún peligro insidia, ninguna duda, ninguna sospecha, ningún presentimiento, nada, ni tan siquiera la nostalgia de una antigua tristeza o la esperanza de una futura melancolía.

Hojeó el periódico, dio el habitual vistazo de rito a la columna de cartas del público *to the editor of the Times*, recorrió las rúbricas deportivas (siempre la añosa diatriba en torno al *cricket* la *leg theory*, la *body line*; parecía ser que a fines de noviembre el príncipe de Gales deseaba conceder a Lady Astor el desquite de la última infortunada partida de golf jugada hacía unos meses en el terreno de Walton Beath) y por último, cuando ya estaba por dejar de nuevo el periódico en su sitio sobre el asiento de enfrente, su mirada cayó sobre el título de un suceso impreso en negrilla que encabezaba una columna de la página novena: *La muerte del muchacho extraviado*.

«¿Será posible —pensó Julio— que en este feliz país, donde la felicidad personal de cada uno es administrada como un bien público, será posible que en Inglaterra un estudiante de dieciocho años desaparezca de un día a otro y sea hallado después muerto en lo más tupido de un bosque sin que presente la menor señal de herida, tendido dulcemente, como dormido, sobre un blanco lecho de rojas hojas de otoño?» Debía de existir una seria razón para que el *Times*, que por regla general ignora, o casi, la crónica negra, hubiese creído oportuno insertar con tal evidencia en los titulares y la compaginación la noticia de aquella misteriosa muerte. Una razón de moral pública, de decoro nacional. El *Times*, ese espejo de la respetabilidad y de la felicidad de los ingleses, no refleja sino imágenes serenas, felices, sonrientes. La noticia de la muerte de aquel pobre estudiante de la escuela de Winchester debía de ser con toda seguridad una buena noticia.

El joven Maurice Peter Widgwood Gillum había desaparecido el veintiuno de setiembre (el periódico era del cuatro de octubre) y la última persona que lo había visto, que le habló, que conversó con él poco antes de su salida hacia la escuela de Winchester, fue el coronel H. T. Molloy, quien declaró a Mr. W. G. Burrough, *coroner*² de North Somersetshire, que nada, en la actitud del desgraciado joven, podía hacer presagiar un final trágico. El coronel Molloy era lo que se dice en Italia el «fiador» del estudiante. Desde el principio de la encuesta se percibía claramente que la atención del *coroner* se centraba en la sospecha de que el pobre estudiante hubiese sido víctima de un delito. O bien... Pero no. Julio no podía admitir que un joven inglés de dieciocho años, hijo de un coronel de Artillería del Ejército de la India y alumno de un colegio de Winchester, de buena familia, pues, pudiera tener serias razones para no amar la vida. Sin duda, en aquel suceso había un punto oscuro, una zona opaca, un misterio que el *coroner*, el coronel Molloy y todo el pueblo inglés tenían el deber de esclarecer cuanto antes. Aquella misteriosa muerte proyectaba una sombra de sospecha sobre toda

2 Funcionario que investiga los casos de muerte violenta.

Inglaterra, sobre el tradicional optimismo de aquel pueblo, sobre su respetabilidad, sobre la misma solidez secular de aquel Imperio.

Una de las primeras preguntas que el *coroner* formuló al coronel Molloy fue ésta: «¿Estaban divorciados los padres del muchacho?» El coronel contestó, naturalmente, que sí. El padre estaba de guarnición en Colaba, India, la madre vivía en Londres y no veía a su hijo sino raramente, una o dos veces al año, durante las vacaciones veraniegas, que el joven Widgwood pasaba en provincias, en casa de su fiador. El veintiuno de setiembre, el desgraciado estudiante había salido de la villa del coronel Molly, dirigiéndose a Winchester. Tomó el tren en Bristol. En la estación de Baker Street de Bristol tomó el tren hacia Londres, donde debía reunirse con su madre. A partir de aquel momento desapareció y no se tuvieron más noticias de él, a pesar de la activa búsqueda de la policía, hasta el día que fue hallado muerto en el bosque de Leigh, cerca de Avon Gorge. La madre, que le había aguardado en vano en Londres, había teleografiado la misma tarde al coronel Molloy para saber si su hijo se había quedado en Bristol; a su vez, también Mr. Irving, *housemaster* de Winchester, telegrafió para tener noticias. A la pregunta del *coroner*, de si el joven Gillum denotaba algún desequilibrio mental, escaso amor por la vida de colegio, o preocupaciones y tristeza por el estado de las relaciones entre sus progenitores, el coronel Molloy contestó que el infortunado Maurice Peter era un muchacho estudioso, que la vida en el colegio le gustaba y que la situación de su familia no parecía preocuparle ni entristecerle. Era, en suma, un joven absolutamente normal que «jugaba muy bien al tenis». «¿Qué más puede pedirse —pensaba Julio— a un estudiante inglés?» El coronel había agregado que Maurice Peter estaba dotado de un carácter independiente; le agradaba crearse sus propias ideas por sí mismo, no aceptaba a ojos cerrados las opiniones ya establecidas, leía mucho, quizás incluso demasiado, y mostraba en todos sus actos y todos sus pensamientos una gran serenidad de espíritu. ¿De qué género eran sus lecturas preferidas? Nada de novelas, sólo libros serios: algunas obras de Galsworthy, todo lo más, y muchos libros de tema religioso, de los acreditados por el Grupo de Oxford.

«¡Oxford!», repitió Julio para sus adentros. Por una coincidencia sin duda fortuita, el nombre de la antigua ciudad universitaria aparecía una vez más ligado a la misteriosa muerte de un estudiante, como un eco de aquella particular psicosis que había conturbado durante los primeros años de la posguerra el espíritu y las costumbres de la mejor juventud inglesa. En los *undergraduates* de aquel tiempo ahora ya tan lejano, el tedio de la vida tomaba aspectos inquietantes y modos extraños. Una misteriosa enfermedad, aquel morbo oxoniano, de origen filosófico y estético, cuyos postreros y pálidos vestigios siguen preocupando a la opinión pública de Inglaterra, que siente una vaga sensación de amenaza no disipada aún, de peligro todavía no conjurado del todo. Hay aún en Oxford jóvenes enfermos, y no solamente en Oxford. Mas el contagio ha cesado. Una mayor fe en la vida, una más clara y comprensión del hombre y sus problemas íntimos, serena ahora la actitud de la juventud estudiosa de Inglaterra. Le parecería a Julio que el *Times* acogía con un suspiro de alivio, con una sonrisa de satisfacción, el informe médico con el que el *coroner* había concluido su encuesta. La muerte del infortunado estudiante era debida «a causas naturales»: «*to toxæmia, caused by pneumonía*». Aquella jerga médica nada tenía que ver, afortunadamente, con la jerga filosófica del morbo oxoniano. He aquí en lo que consistía, pues, la buena noticia de que el *Times* informaba al pueblo inglés: algo había cambiado en Inglaterra, y había cambiado por bien; la inquietud filosófica de los jóvenes había dejado de ser letal. De ahora en adelante, la muerte de un estudiante perdía ya todo carácter misterioso, para

convertirse en un suceso, un simple suceso. Julio hojeó de nuevo el periódico, buscó la página gráfica y posó la mirada sobre la hermosa escena de caza de Somerset.

Aquellos jinetes de chupa roja, aquellos perros que husmeaban la hierba por entre los cascotes de los caballos, aquellos prados verdegrises, aquel canoso y leonado bosque, aquel cielo de seda azul, toda la vieja Inglaterra estaba allí, en aquel cuadro sereno del que nada podría turbar ya nunca más el feliz orden antiguo. Se percibía una paz inmensa, el olor fresco y dulce del otoño en el aire perezoso. Y allí al fondo, cerca de Avon Gorge, bajo los árboles del bosque de Leigh, durmiendo tendido sobre una alfombra de hojas rojas, aquel muchacho de dieciocho años «con las manos llenas de mirtilos», como había testimoniado un guardabosques ante el *coroner*. «Todo está, pues, en orden», pensó Julio. Y volvió a doblar satisfecho el periódico, como un fiel suscriptor del *Times*.

ATARDECER EN LA ALTA ESCOCIA

El ocaso nos había sorprendido a mitad de camino entre Fort William e Inverness, a lo largo de ese canal de Caledonia que unas veces penetra en un lago y otras sale de él para discurrir una milla o dos entre las escarpadas laderas de los montes y volverse a zambullir más lejos en el opaco espejo de otro lago; también, de vez en cuando, se entretiene en las angosturas de las esclusas para divertirse elevando lentamente a ras de tierra, como si fueran pajas, y hacerlas descender luego, despacito, las barcazas repletas de barriles de arenques, las gabarras cargadas de maderos, y los veleros con velas a media asta como banderas, que van y vienen entre Moray Firth y Firth of Lome.

Un ocaso de mayo, un cielo lechoso de cantos rizados como una hoja de papel vitela. La llovizna monótona y fija que nos acompaña desde Blair Atholl se había transformado insensiblemente en una neblina blanca y seca, suspendida en el aire como una nube de harina. El largo viaje nos había fatigado y creímos prudente detenernos en el primer pueblo que hallásemos en el camino. Pero los pueblos no llegaban a ser siquiera aldehuelas. Eran grupos de casuchas alineadas entre el monte y el canal o diseminadas a lo largo de la orilla de algún lago. Parecían muertos, tan vacíos y abandonados. Fort Augustus nos pareció tan oscuro y triste, tan poco acogedor, con sus casitas desteñidas avaramente asomadas a la carretera fangosa, que preferimos proseguir unas millas más, hacia un recodo del lago donde, en la embocadura de un valle, palpitaba a lo lejos entre los árboles un invitador parpadeo de luces.

Era ya tarde cuando nos detuvimos ante un hotelito que parecía una factoría de montaña, junto a un torrente que rebotaba espumante y atronador de roca en roca hacia el Loch Ness. Aquel lugar se llamaba Invermoriston, que en gaélico, la antigua lengua de los escoceses, quiere decir desembocadura del río Moriston, como Inverness quiere decir desembocadura del lago de Ness, o Loch Ness, ese lago hoy famoso por el monstruo que habita en sus aguas. Mas entonces nadie hablaba del monstruo y tampoco yo hablaré de él, a pesar de que el hotelito se alzaba justamente a un centenar de metros de las orillas del Loch Ness.

Mientras encerraba el coche en el garaje, una violenta lluvia se volcó sobre el lago, nubes densas y blancas se precipitaron laderas abajo de los montes como aludes, amontonándose desordenadamente sobre la superficie del agua; a distancia parecían enormes icebergs a la deriva. El retumbar del trueno producía en los valles largos y tristes ecos. Tan fiero, y a la par tan patético, era aquel espectáculo, que en un momento dado me sorprendí caminando bajo el aguacero hacia una barraca situada detrás del

hotel, desde donde me había parecido desde lejos que había de gozar de una excelente vista sobre los montes y el valle del Moriston. Famoso por sus ciervos y sus salmones, el valle del Moriston, bastante angosto en su embocadura, no comienza a abrirse y a hallar respiro sino hacia la laguna de Clunie. Pero había demasiada niebla para que yo pudiese, desde el lugar donde me hallaba, esperar aunque tan sólo fuera atisbar el umbral de aquel paraíso de los cazadores y los pescadores de toda Inglaterra.

«Entre dentro, si no quiere quedar empapado», dijo de pronto una voz a mi espalda. Me volví. Era un hombre bajito y gordo, envuelto desde el cuello a las rodillas en un inmenso delantal de cuero, del que asomaban los brazos desnudos hasta los codos, amarrotados como los brazos de un matarife. Una roja cabellera enmarcaba su rostro como una nubecita de azafrán. Penetré en la barraca y me hallé ante cinco o seis hombretones de pelo rojizo, que por su aspecto me parecieron cazadores, guardabosques o leñadores. Se hallaban en pie ante el alto banco de madera de roble, con un codo apoyado en el mismo y la mano cerrada en torno a un gran jarro de cerveza negra, de *stout ale*. Ninguno de ellos volvió la cabeza hacia mí, ninguno se dignó mirarme, ni hacerme señal de saludo. Bebían y se contemplaban entre ellos en silencio. «*Whisky or ale?*», me preguntó el barman, aquel hombre con mandil de cuero que me había invitado a entrar. «*Ale*», contesté. Cuando me la hubo servido, alcé la jarra mirando a mi alrededor. El temporal había cesado; aquellos hombres que de buenas a primeras me habían tratado con frialdad me miraban ahora de arriba a abajo con curiosidad, pero ninguno me dirigía la palabra. Hablaban entre sí en voz baja, en un lenguaje duro y seco, que a primera impresión no me pareció inglés. Al contrario, hubiera afirmado que se trataba de una lengua bastante diferente a la que se habla en Inglaterra, allende las riberas del Tyne, y concluí que debía tratarse del gaélico. Luego me di cuenta, prestando oído, que no era otro lenguaje que inglés, aunque pronunciado de modo bárbaro. Y, en este caso, bárbaro es precisamente el término exacto. Uno tras otro, aquellos hombretones fueron saliendo, diciendo cada uno *Good night*, que pronunciaban *Gut nikt*. Al quedarme solo, pregunté al barman si había algo interesante que ver en los contornos. «Nada, absolutamente nada», fue la respuesta. Me pareció que se quedaba bastante sorprendido por mi pregunta.

Cuando entré en el hotel la cena estaba lista y mis amigos me esperaban sentados ante una mesa sobre la que humeaba el habitual jigote de carnero, con una guarnición de puré de miel. El dueño del hotel tenía un aspecto sobrio y correcto, parecía un hidalgo rural, y sus modales eran más corteses que cordiales. También contestó «nada» a mi pregunta de que si había algo que ver en las cercanías de Invermoriston. Tras haberlo pensado un momento, como si aquella idea le hubiese pasado por las mientes entonces por primera vez, añadió luego: «Vaya a ver lo horrendo, la cascada del Moriston», y nos indicó un sendero que descendía hacia el lago, a lo largo del torrente espumante. Echamos a andar por aquel sendero. El aire se había vuelto tibio, los árboles combaban hasta el suelo las ramas goteantes de lluvia y la niebla se había levantado y permanecía suspensa sobre la cima de los montes, por la parte opuesta al lago, como inmensas balas de lana. Por entre los claros del follaje, se entreveía el negro espejo del lago, inmóvil y denso como si fuera de pez. La cascada del Moriston constituía verdaderamente un espectáculo horrendo, aunque de singular belleza. El agua se precipitaba desde un alto peldaño, de roca, rebotaba en el fondo entre una nube de espuma y las orillas tupidas de árboles y matorrales amortiguaban el fragor, que parecía lejanísimo y flojo, suscitando en nosotros la extraña impresión que el río se precipitase en silencio desde la alta roca y que el fragor nos llegase de lejos, de alguna otra cascada. Más abajo, el sendero giraba

bruscamente y al cabo de un centenar de metros desembocaba de improvisto en un vasto calvero, donde penetramos profiriendo nnq exclamación de maravilla.

Un castillo en ruinas surgía ante nosotros. Los muros derruidos, cubiertos de yedra, daban al lugar un aspecto siniestro, y la luna, que en aquel momento asomaba entre las nubes mostrándose tibia y clara, iluminaba tiernamente la romántica escena, en la que nada había fuera de tono, nada de teatral, tanta era la armonía de la hora, de la luz y de los parajes, y tan viva la naturaleza de las ruinas, en medio de tal profusión de hierba y de hojas. Bajo la luz tibia, los muros nos aparecían ennegrecidos por el humo. Los incendios habían hecho derrumbarse los techos, mas las antecámaras, las estancias y los salones, atestados de montones de piedras y de vigas chamuscadas (después me dijeron que el castillo había sido destruido hacía tan sólo unos pocos años), respiraban todavía un aire de grandiosidad y de nobleza, de acogedora soberbia, de íntima gloria. El cielo que se combaba donde en tiempos hubo techos estucados parecía ahora en su puesto, como un cielo de estuco pintado.

En el prado, al lado del castillo, un viejo ciervo de cuernos ramosos parecía tranquilo, sin preocuparse de nosotros, y de vez en cuando alzaba el morro para mirar a la luna que flotaba sobre un mar tempestuoso, rociada por los copos de espuma blanca que las nubes, como las olas, producen al chocar entre ellas. Estábamos ya en medio del prado, a pocos pasos del ciervo inmóvil y distraído, cuando un repentino disparo nos hizo volver la cabeza hacia la parte del lago donde, al limitar con el bosque, entre los árboles ralos todavía, se entreveía un blanquear de paredes, tal vez una dependencia del castillo. El ciervo no se había movido, seguía rumiando tranquilo, mirando a la luna con los ojos muy abiertos. Nos encaminamos hacia aquellos muros que brillaban entre los árboles. Habíamos llegado ya a un centenar de pasos de una especie de factoría de mísero y decaído aspecto, cuando un segundo disparo, esta vez muy cercano, nos lastimó el oído. Tras el eco del disparo, se oyó un largo relincho, un relincho alto y vibrante, no se sabía si de aflicción o de gozo. Algo amoroso se desprendía de aquel sonido cruel y patético. Parecía el bramido de una bestia presa de un delirio de amor, de una angustia noble y fiera. Echamos a correr hacia la factoría, como si nos dirigiéramos al lugar de un delito. Empujamos un portón entornado y por un zaguán oscuro desembocamos en un vasto patio. Un alto muro cercano proyectaba una negra sombra al pie de una pared blanca y lisa, que la claridad de la luna hacía parecer inmensa e irreal. A poca distancia de nosotros se hallaba apostado empuñando un fusil un joven de cabello rizado y rojizo. Un caballo blanco, de crines y cola larguísimas, correteaba de un lado para otro con un galope mesurado y ondulante, encabritándose para golpear con los cascos de las manos ora a lo alto del muro en sombra, ora la blanca pared, como si deseara evadirse de aquella prisión. Parecía que tuviera alas y que se pusiese a volar a cada empuñada, emitiendo cada vez un relincho de esperanza y de angustia.

Una muchacha, una niña casi, con la espalda apoyada en la pared iluminada por la luna (la sombra de los cabellos le ocultaba la mitad del rostro como una negra máscara), agitaba los brazos profiriendo un breve grito gutural; el caballo corría recto hacia ella, hasta rozarla con el tendido morro, se desviaba, se encabritaba, lanzando un relincho altísimo, y permanecía un instante en esa posición, sacudiendo furiosamente la larga crin blanca. Luego se hacía a un lado, volvía a atravesar el patio al galope y se encabritaba de nuevo ante el negro muro recortado al sesgo en el cielo transparente. Era un juego, pero parecía la escena de una lucha mortal. De pronto, la muchacha corrió a lo largo de la pared que iluminaba la luna, y, cuando el caballo pasó cerca de ella, se aferró a la crin y se abandonó a la onda de aquel galope contenido, volviendo hacia nosotros el rostro cubierto por la máscara de sombra de los cabellos despeinados. Tan extraña y tan

bella era aquella escena que lanzamos un grito de maravilla. Parecía una escena de amor, el rapto de una muchacha, un caballo que rapta a la amante. Después desaparecieron detrás de la casa, y el rumor de los cascos se desvaneció como por encanto en el aire.

El joven del fusil vino a nuestro encuentro saludándonos. Estaba turbado y le temblaba la voz. Nos dijo que había disparado para asustar al caballo y hacerle encabritar, porque componía una bella estampa cuando golpeaba el muro con los cascos como si quisiera derribarlo y escapar. ¿No era en verdad hermoso su caballo blanco? Movía lentamente los labios, con una sonrisa triste y orgullosa; un relámpago de recelo relucía en sus ojos. Yo esperaba a que surgiera de improviso de su boca alguna palabra malvada, o por lo menos un velado reproche. Acaso le habíamos robado un celoso secreto, violado un misterio suyo. Nos acompañó en silencio hasta la mitad del prado y de pronto se detuvo y regresó a las ruinas sin decir palabra. Al oír nuestras voces de despedida se volvió un momento a mirarnos, con una extraña dulzura en los ojos brillantes de luna. Hizo un signo con la mano y se fue a pasos lentos, un poco encorvado, arrastrando la escopeta por la hierba, hacia aquel sumiso relincho amoroso que de vez en cuando se oía allá abajo, en la oscura factoría entre los árboles, hacia aquella voz de niña que tremolaba suavemente en el aire.

CHARLES LAMB, CIEN AÑOS DESPUÉS

Se ha cumplido en estos días el centenario de la muerte de Charles Lamb. Es de esperar que el mundano rumor de las conmemoraciones oficiales no llegue hasta los bosques de olivos de los Campos Elíseos, por los que el pobre Lamb se pasea lentamente, con un extraño envoltorio bajo el brazo, llevando al lado a su hermana María. Este envoltorio contiene una camisa de fuerza y un sobre lleno de un polvito blanco, un calmante, que le regaló el editor James Valpy poco después de la horrenda tragedia que ensangrentó para siempre las manos de María. Si hay en la literatura inglesa un escritor, un poeta, un alma verdaderamente candida, un corazón humilde y delicado, alguien que no soporte oírse alabar en voz alta, es precisamente Charles Lamb, «el triste prisionero de Londres», como le llama Coleridge. Y realmente el autor de los *Ensayos de Elías* tenía el aspecto, las maneras y los presentimientos de un prisionero, también esa melancólica e inmovible firmeza de ánimo de los tímidos.

Cuando Coleridge le llamó en una elegía «mi dulce Carlos», apiadándose del «triste prisionero de Londres, el más sensible entre los hombres, que desde el fondo de su prisión añora amargamente la naturaleza», expresiones de verdadera indignación brotaron de los labios de Lamb. Ni él era tan tierno como le describía Coleridge, ni Londres era su prisión. Muy al contrario, era su reino, donde él se sentía a un tiempo rey y plebeyo, donde nadie era más libre, más infeliz y más sereno que él. «Un verdadero "sapo" de Londres», decían de Lamb los pedantes y los snobs. Y el célebre caricaturista Gillray, el mismo que había dado a Napoleón caído la patada del asno, le representó en un dibujo con una gran cabeza de sapo, entre un Coleridge con efigie de acémila y un Southey en forma de rana. Nacido en Londres el 10 de febrero de 1775, y muerto en Londres el 27 de diciembre de 1834, puede decirse verdaderamente que él fue, en toda su vida y toda su obra, el sapo de aquel inmenso y turbio pantano. Los confines de su reino poético, de su Arcadia ahumada y brumosa, estaban señalados por Chancery Lane y el «Christ's Hospital», por las callejas del Temple y la imprenta de James Valpy; y a

través de aquel pequeño mundo, encerrado en límites tan angostos y precisos, navegó durante cincuenta y nueve años como un marino por un inmenso océano.

La naturaleza, la espléndida y amorosa naturaleza de Inglaterra, la verdadera protagonista de toda la literatura inglesa, no aparece en su obra, sino como una intrusa que se asoma un momento y se desvanece después. Su materia lírica no se halla en los prados verdes, en los libres horizontes de las colinas y los bosques, en el lento disanrir de los ríos y en el sosegado espejo de los lagos, sino en los tonos rojos y negros de las tristes casas del Temple, en las atestadas aceras de Chancery Lane, en los grises interiores de las oficinas de la «Compañía de las Indias Orientales», de la cual Lamb era un empleado, en los lóbregos y sórdidos callejones del viejo Londres que él amaba con la ternura de un hijo y los celos de un amante. Incluso su persona física, así como su aspecto y sus modales, era un reflejo de su materia artística. Cuantos le conocieron concuerdan en describirle en forma bastante diferente de la romántica imagen que de él nos ha dejado el pintor William Hazlitt, aquel hamletiano e inquietante Charles de cabellera desordenada y cabeza erguida orgullosamente con talante seguro, como la cabeza de san Juan en la bandeja de plata, sobre las anchas alas de un cuello a la española del seiscientos. La mirada es franca, profunda y atenta, el labio inferior asoma vulgar y malévolo, impelido hacia delante por el empuje del duro y obstinado mentón. Se sabe que Lamb tartamudeaba. Su defecto de pronunciación se halla expresado a la perfección en ese labio y ese mentón.

Pero quien lea los *Ensayos de Elías* y sus páginas dulces y tristes, amargas y sonrientes, sobre el «Christ's Hospital», sobre las antiguas mayólicas, sobre la mísera existencia de los huérfanos, los mendigos y los empleados, sobre la plebe de los *slums* y sobre la pequeña burguesía de Chancery Lane, sobre los ruidos, olores y colores de las callejas del barrio del Temple (el verdadero poeta de Londres es Lamb, bastante más que John Gay o que Dickens), quien lea sus cartas, sus versos, y sus descripciones de calles, de tipos, de tiendas, de viejos muros mohosos, rehusará reconocer en el Charles Lamb de Hazlitt al buen Carlos Cordero o Carloagnus (en inglés, Lamb quiere decir precisamente «cordero») que todos sus contemporáneos, desde Coleridge al francés Chasles, nos pintan con acentos tan sencillos y humanos. Confróntese el retrato de Hazlitt con el de Cary, por ejemplo, donde el autor de los *Ensayos de Elías* se halla representado pocos meses antes de su muerte a los cincuenta y nueve años. Sentado en su escritorio (junto a su hermana María que está en pie, envuelta en un amplio chal y con el rostro enmarcado por una cofia de encaje, apoyada en su hombro con un gesto maternal), el verdadero Carloagnus está allí, ya encorvado y depauperado, con su gran cabeza encajada entre los hombros caídos, el rostro palidísimo que expresa un oculto padecer, cruzadas las piernas cortas y frágiles una sobre otra con tan visible torpeza que parecen de palo. Se diría que el verdadero Lamb está expresado por esas pobres piernecitas; y vuelve a la mente la descripción que el francés Chasles nos ha dejado de su primer encuentro con el escritor, en la oficina del editor James Valpy, en 1818. «En aquel momento entró un viejo hombrecillo de tez morena. No se veía de él más que la cabeza, luego los anchos hombros, un delicado busto después, y finalmente dos piernecillas fantásticamente flacas, casi imperceptibles. Apretaba bajo el brazo un paraaguas verde, un viejo sombrero caía sobre sus ojos y sus pies planos, introducidos en un par de zapatones, se desplazaban lentamente a la manera de los palmípedos.» Iba a inquirir noticias de su pobre amigo Hugues Boyce, a quien la tisis y la triste fatiga de corrector de pruebas encorvaba cada vez más sobre los textos griegos plagados de errores. Pero, ¡qué noble testa, sobre aquel delicado busto! La frente marmórea, la mirada tierna y atenta, la nariz dibujada con admirable delicadeza, «la curva de la nariz

semejante a la nariz de Juan Jacobo Rousseau». Y los parangones, en boca de Chasles, no se detienen en lo físico: también a propósito del arte de Lamb abundan las comparaciones, y los escritores a quienes le aproxima son La Bruyère, Addison, Sterne, e incluso Montaigne.

Las referencias a Addison y a Sterne son las que con más frecuencia aparecen en el juicio de los contemporáneos, ingleses y extranjeros. Y tal vez, entonces, ciertas resonancias y ciertas simpatías eran más sensibles de lo que puedan serlo hoy a nuestros oídos. Mas, a los cien años de su muerte, nos parece que su arte se puede aislar perfectamente en el clima de su tiempo, sin por ello negar los parentescos próximos y lejanos. Era el suyo un arte tímido, (¿no confesaba él mismo a Southey tener «una imaginación tímida»?) difuminado, lleno de motivos íntimos y acentos discretos. El arte, diríamos hoy, de un «fragmentista» de finísima sensibilidad, todo impresiones inmediatas, acordes profundos, ecos remotos. Hay quien le ha definido como «el último humorista inglés». En cualquier caso, el suyo no sería el *humour* tal como se entiende que debe ser, sino un *humour* soñador y patético, de una melancolía resignada y contenta, como se encuentra en los mejores líricos del siglo XVIII y en ciertos prosistas del ochocientos, como en Dickens.

Sin embargo, ningún escritor, ningún poeta inglés, ni antes ni después de él, ha alcanzado jamás una serenidad tan elevada y firme, una melancolía tan pura y tan libre. Y ello es admirable, cuando se piensa en la tristeza de su vida, en la mezquindad de sus afanes, en la humildad de su cotidiana labor de empleado y en la tragedia que ensombreció toda su existencia. Un día, en un ataque de locura (él apenas si tenía entonces veintiséis años), su hermana se arroja sobre su madre y la mata. Las leyes inglesas consienten al escritor que asuma la custodia de la hermana, sustrayéndola así a la reclusión en un manicomio. Y he aquí en adelante a Charles Lamb viviendo durante treinta y tres años al lado de la pobre enferma, de su dilecta María, su inspiradora y su consuelo, su «mejor amiga», como escribe al dedicarle su primer volumen de versos. Un ángel con las manos manchadas de sangre materna. Cuando la enfermedad no la trastorna, María es la compañera más dulce, la más noble musa. De vez en cuando, al sobrevenir los primeros síntomas de sus accesos de locura, el buen Carloagnus acompaña a su hermana al hospital. Caminan del brazo por las calles atestadas, bajo la niebla verde, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón desgarrado por la inminente, aunque breve, separación. Por precaución, en casa tenían siempre al alcance de la mano una camisa de fuerza, que Charles llevaba siempre consigo cuando salían de paseo o iban a visitar a algún amigo.

El horror y la piedad, el sacrificio y el amor iluminan todo el curso de sus existencias con una tibia y mórbida luz. «Amiga de mis años jóvenes, de mis días infantiles, tú has compartido conmigo mis gozos y mis dolores, querida compañera; y juntos, pobres peregrinos, hemos recorrido el duro camino de nuestra vida.» En este soneto, uno de los más bellos y conmovedores de la literatura inglesa, y en todas las páginas de los *Ensayos de Elías* dedicadas a la hermana, el infeliz poeta se abandona a acentos que son no solamente de afecto y resignación, sino casi de felicidad y de agradecimiento. Los ojos de María, tan buenos e inteligentes, y tan turbios cuando el mal se refleja en ellos de improviso, irradiaban sobre Charles Lamb la luz azul de una serenidad más que humana. La luz de la Gracia, me permito decir. Toda su obra está imbuida de un tranquilo y apacible sentimiento de la muerte, incluso las páginas menores, donde abundan las chanzas y la melancolía cede a una apacibilidad bastante cercana a la elegancia de algunos de nuestros clásicos de la agudeza y del chiste. ¿O no será, más

bien, el sentido de la salvación y de la liberación, ese presentimiento de la redención tan esencial en la lírica inglesa?

El 27 de diciembre de 1834, el buen Carloagnus se apagó plácidamente en los brazos de su hermana y sólo unos pocos y fieles amigos lloraron su muerte. En aquel Londres de hace cien años, agitado por las luchas sociales, por el deseo y el temor de las reformas políticas, por la crisis económica, por las inquietudes religiosas, por las extravagancias de los románticos «redentores de la literatura y de la vida pública de Inglaterra», nadie advirtió que había muerto con Charles Lamb no sólo el poeta del Temple y de Chancery Lane, sino el *agnus Dei* que había redimido, con su arte y con su vida entera, todas las miserias, todas las tristezas y todos los pecados de Londres. El alma del viejo Londres le debe a él su salvación.

CIENTO CINCUENTA AÑOS DE VIDA INGLESA EN LAS PÁGINAS DEL «TONANTE»

De la Santísima Trinidad del Imperio Británico, de las tres sacras instituciones que regulan el curso feliz de la civilización inglesa, el Parlamento, la Flota y el *Times*, la más sacra es sin duda ninguna el *Times*. El extranjero que desembarque por primera vez en Dover o en Folkestone y observe con mirada serena la organización de la vida de Inglaterra, se percatará en seguida de que todo, en aquella isla parece creado ex profeso para salvaguardar la independencia, el prestigio, la gloria y la segura existencia del *Times*.

Los acorazados que se deslizan rápida y silenciosamente por las aguas de la Mancha o del mar del Norte no tienen la misión, como pudiera creerse a primera vista, de custodiar las imperiales rutas oceánicas y de proteger las blancas costas de Albión contra un súbito desembarco de fuerzas extranjeras; sino aquella, asaz vital para el poderío, el orgullo y la prosperidad del Imperio, de velar sobre los destinos del *Times*. ¡Inapreciables destinos! Flota, Ejército, Magistratura, Parlamento, bancos, *Public Schools*, Universidad, clero, todos los elementos fundamentales del Estado y de la sociedad inglesa, actúan como pedestal del solemne, calmo, grave, sentencioso e infalible *Thunderer*, el «Tonante», como llamaban al *Times*, allende la Mancha, a principios del siglo pasado.

Hace ahora ciento cincuenta años que el *Times* fue fundado. En lugar de «fue fundado», casi dan deseos de decir que fue colocada la primera piedra de ese monumento nacional. Y todos los diarios del mundo, con simpático espíritu de unión periodística, dedican espacio a la celebración de tan fausto acontecimiento y a la evocación de los éxitos (no de los infortunios, que no fueron ni pocos ni ligeros al principio) de la llamada Biblia británica.

No se vea, sin embargo, en ese coro mundial de alabanzas y de augurios al «Tonante» una especie de homenaje de los nietos al querido abuelo, o de los imitadores al augusto modelo del periodismo moderno. El *Times* es inimitable y nadie ha pensado nunca en imitar su espíritu, sus maneras y su aspecto, tan ligado al espíritu, las maneras y los aspectos característicos de la civilización británica, y, más propiamente, inglesa. La influencia ejercida por el *Times* sobre el periodismo internacional no corre parejas con su gloria y su importancia. Por muy extraña que pueda parecer semejante afirmación a los anglófilos de todos los países, puede decirse que dicha influencia ha sido y es desdeñable, al menos en las naciones que se ufanan de una civilización propia y de una conciencia propia, por ende, de las funciones de los diarios en la vida pública y privada de un pueblo.

Juez no siempre imparcial de la vida política de la Europa del ochocientos, el *Times* tiene el innegable mérito de haber concedido libre voz a la opinión pública de aquellos países que, como Italia y Grecia, no tenían posibilidad de hacer oír de otro modo al mundo su grito de angustia y de esperanza. Entre los principales factores del *Risorgimento* italiano, el *Times*, pese a no haber sido italófilo, sino todo lo contrario, ocupa un lugar muy destacado, cuya importancia ha sido a su debido tiempo reconocida y proclamada con nobles palabras de gratitud por hombres como Cavour y D'Azeglio en el parlamento subalpino, y cuyo recuerdo me es grato evocar hoy que el *Thunderer* celebra en forma solemne, a la par que agradable, su ciento cincuenta aniversario.

Y lo festeja con un acto de sinceridad que está dentro de sus tradiciones, cierto, pero que no puede dejar de sorprender a cuantos se han formado del periódico más importante de Inglaterra, y del mundo, un concepto convencional, basado en una errónea interpretación de los más altos valores morales del carácter inglés. No siempre es cierto que la austeridad, la compostura, la mesura y la gravedad, profundamente insertas en ese carácter, consistan también en callar las cosas cuando es necesario que se callen o, por mejor decir, cuando no es indispensable que sean dichas. El primero de los tres volúmenes que ha publicado el *Times*³ en estos días para narrar la propia biografía durante el medio siglo transcurrido desde su fundación, en 1785, hasta la muerte de Thomas Barnes, quizás el más grande de sus directores, acaecida en 1841, es tan verídico, tan sincero, tan cruel, podría agregarse, en su propósito de no ocultar nada, de no decir nada a medias de cuanto concierne a su fundación, a sus primeros pasos, sus primeros errores, sus concesiones a la inmoralidad periodística de aquel entonces, que el lector objetivo queda agradablemente sorprendido y, sobre todo, admirado de tan perfecto estilo autobiográfico.

La impresión que se recibe de la lectura de este primer volumen, titulado *The Thunderer in the making* (lo que pudiera traducirse por *El Tonante en marcha*), es sin duda tan grata como inesperada. Quien espera un grave y solemne panegírico, un elogio de sí mismo formulado con todos los cuidados que señalan la prudencia y el *self-respect*, se da cuenta desde las primeras páginas de que el tono no es el de la oración laudatoria, ni del discursito hecho en familia, ni, mucho menos, de la componenda de ocasión. El humor abunda en él, así como ese vigilante cuidado de la sinceridad que da un acento tan vivo de honesta autenticidad a cualquier documento inglés que trate de vida inglesa.

Los orígenes del *Times* no son purísimos. Su *pedigree* no es virgen de máculas. Pero las suyas son las mismas máculas que ensombrecen los orígenes de todo el periodismo inglés y europeo del siglo XVIII. John Walter, fundador del *Thunderer*, no era periodista ni escritor, ni poseía ninguna de las cualidades que hacen al periodista y al escritor, sino todo lo contrario. Sobre este punto, los anónimos biógrafos del *Times* son muy explícitos (Y son anónimos, advierte un inciso en la introducción, no por falsa modestia o por deseo de hacerse los misteriosos, sino porque, perteneciendo al estado mayor del *Times*, «están predispuestos al anonimato por la tradición y la larga práctica»).

Es sin duda encomiable el candor con el que John Walter es presentado por sus biógrafos como un comerciante de carbón que, habiéndole ido mal los negocios, se dedicó a los seguros marítimos y, arruinado, por no decir algo peor, por la pérdida de numerosos buques, intentó rehacerse instalando una pequeña imprenta. Estaba completamente en ayunas del arte de la impresión, por lo cual no sorprende que muy pronto la empresa peligrara, que la edición de libros se resolviese en pasivo y que en pasivo permaneciera durante largos años la gestión de un boletín cotidiano, *The Daily Universal Register*, fundado por John Walter como órgano publicitario de su empresa tipográfica. Sería muy largo relatar de qué manera el *Daily Universal Register*, a través de sucesivas transformaciones, y merced a la ayuda que el diario recibía bajo mano de los fondos del Gobierno, llegó a transformarse en el *Times*.

Los tiempos eran difíciles, la competencia de los demás periódicos, muchos de los cuales eran cincuenta años más viejos que el recién creado *Times*, era violenta y desleal, y si bien John Walter no era hombre de excesivos escrúpulos, estuvo a menudo a punto

3 «The Thunderer in the making. The history of The Times», 1785-1841 Vol. I. Ediciones del «Times», Londres, 1935.

de sucumbir. A consecuencia de un artículo injurioso para el duque de York, aparecido con objeto de celebrar la curación de Jorge III, que tantas ambiciones y tantas intrigas había truncado en la propia familia del pobre rey demente, el fundador del «Tonante» fue condenado en 1879 a dos años de cárcel en Newgate, de donde no salió, indultado, sino tras dieciséis meses de terribles sufrimientos.

Por fortuna suya había estallado entretanto la Revolución en Francia y de las trágicas circunstancias por que atravesaba Europa obtuvo el *Times* el necesario impulso para su rápido desarrollo y su pujanza. La red de corresponsales que John Walter había logrado diseminar por todas las naciones del continente, e incluso en la propia Francia enemiga, aparece todavía hoy, como modelo de organización, de previsión y, hay que añadirlo, de valor. Tan perfecto era el funcionamiento de aquella secreta y misteriosa maquinaria (y no es fácil decir cómo ni cuándo los corresponsales del *Times* se diferenciaban de los agentes de Pitt) que el «Foreign Office» era informado del estado de cosas en Europa, de los proyectos de la Convención, y más tarde de los planes de guerra de Napoleón, del resultado de las batallas, de los efectos de la crisis financiera, etc., etc., más solícita y autorizadamente por John Walter, que por sus propios representantes diplomáticos, visibles u ocultos.

En la lucha mortal empeñada entre Inglaterra y la Francia napoleónica, la misión cumplida por el *Times*, de regulador y animador de la opinión pública inglesa, desviada y deprimida por tan infaustos y encontrados acontecimientos, se revela como importantísima. Mas era una tarea en la cual el «Tonante» no lograba todavía superar a otros periódicos, más antiguos y estimados que él, como el *Morning Post*, cuya tirada oscilaba alrededor de los mil quinientos ejemplares diarios, cifra que duplicaba la del *Times*. Aparte de sus innegables dotes de organizador, no puede decirse que John Walter fuera un director ejemplar. Tenía los méritos propios de su tiempo, pero también todos los defectos. Y cuando, cansado y desilusionado, cedió en 1795 a sus hijos las riendas del *Times*, la empresa por él fundada se hallaba al borde de la quiebra.

A su hijo, John Walter segundo, se debe el que la situación financiera del diario mejorara en pocos años y que su contextura técnica se convirtiera en la más moderna del mundo. Aumentó también el ascendiente del periódico y, aunque con algunas reservas, puede decirse que lo mismo ocurrió con su honestidad y seriedad. Pero habrá de transcurrir medio siglo todavía antes de que abandone la costumbre de recurrir a los fondos secretos del Gobierno, renuncie a las subvenciones de la embajada de Francia, y pierda el vicio de publicar artículos y crónicas de pago. Eran estos usos y vicios generales en aquella época, y no se puede culpar de ellos solamente al *Times*. Muy al contrario: debe concedérsele el mérito de haber sido el primero en renunciar a la práctica de tan reprobables métodos. El impulso inicial sobre esta nueva vía, sobre este sendero de la virtud, le fue dado por John Walter hijo. Mas éste era un periodista *dilettante*, un apasionado de la pesca y la vida campestre, más deseoso de dedicarse a la realización de su ideal del *country gentleman* que al incremento de la hacienda paterna. Después de todo, no fue ningún mal el que John Walter segundo se decidiese a adquirir Bear Wood, una finca cercana a Reading, y a retirarse al campo tras haber cedido el bastón de mando y parte de sus derechos sobre la propiedad del negocio a Thomas Barnes, el verdadero creador de la potencia, la gloria y la respetabilidad del *Times*.

Pese a que no fuese juzgado como "un perfecto *gentleman* (sobre todo tras sus equívocos contactos con la embajada de Francia, en 1819), Thomas Barnes era ciertamente uno de los personajes más característicos de la Inglaterra de aquel principio de sigla Poeta, atleta, humanista, amigo de Charles Lamb y de Leigh Hunt (un

«bohémio nato» le llaman los biógrafos del *Times*), mezclado en todas las aventuras intelectuales y artísticas de su época, dotado de un temperamento de luchador y de una aguda y dúctil inteligencia, el nuevo director parecía destinado a imprimir en la criatura de John Walter el sello de una personalidad románticamente individualista, a hacer de ella, en suma, su propio órgano personal, más que el máximo órgano de la opinión pública de Inglaterra y el más anónimo de los periódicos de todos los tiempos. No obstante, a él se debe precisamente el que el *Times* se haya convertido en lo que es: no sólo «el periódico más obstinadamente anónimo del mundo», sino el compendio de las virtudes políticas y literarias de la clase dirigente inglesa y el oráculo del Imperio.

No es sin razón, por tanto, que los autores del *Thunderer in the making* se han entretenido en pintar de Thomas Barner un retrato elegante y agudo, utilizando para confeccionarlo los trazos aportados por los testimonios de los mejores escritores y hombres políticos de la primera mitad del ochocientos. Leigh Hunt nos lo describe como un típico *scholar*. Leía y hablaba con facilidad el griego, el latín, el italiano y el francés. Sus poetas extranjeros preferidos, clásicos aparte, eran Boccaccio, Ariosto, Tasso y algunas obras de Metastasio. En una ocasión, mientras paseaba en compañía de Leigh Hunt por la campiña de Hornsey, se puso a declamar de pronto en voz alta la *Oda a Venus* de Metastasio. Su reino se ubicaba tanto en las laderas del Parnaso como en la dulce corriente del Támesis y del Cam. Gran nadador y gran remero, alternaba el estudio de los poetas y el ejercicio del remo; cultivaba el pugilismo y la prosodia latina, el *cricket* y la filosofía platónica, con idéntico entusiasmo y *self-consciousness*.

Su talento matemático no era menor que su talento literario, como lo demuestra el hecho de que alcanzara los *Honours* en Cambridge a través de los exámenes de matemáticas, *the Mathematical Tripos*. Parecióle breve y lógico el paso de Cambridge al «Inner Temple», donde cursaría la carrera de derecho. Y del «Inner Temple» a «Printing House Square», para iniciarse en el periodismo en la redacción del *Times*, el paso le pareció aún más corto y más lógico todavía. «Era un alto y guapo mozo —escribe Leigh Hunt— con un clásico perfil griego.» Y es precisamente este clásico perfil griego lo que Thomas Barnes se propuso dar, desde el principio, a su propia actividad periodística. Mas en él la cultura humanística era rebasada por un singular temperamento de bohémio, muy poco indicado para un futuro director del *Times*. Más tarde, cuando logró reunir en sus manos todos los rayos del «Tonante», una curiosa especie de prudencia política frenó sus entusiasmos y sus fantasías. Mas, fuera de las oficinas del *Times*, su espíritu volvía a encontrar la primitiva libertad romántica.

Gustaba de la buena cocina, el buen vino y las compañías equívocas, aquella mezcolanza de *gentlemen* y de literatos fracasados, de artistas y de banqueros, de aristócratas *whigs* y de diplomáticos extranjeros, de poetas y de hombres de negocios, que entonces eran acogidos incluso en los palacios de Carlton Terrace. A primera vista producía una mediocre impresión. Para quien no fuera su íntimo, constituía una especie de cemento de lento fraguado, un ser fantasioso, con algo de elegiaco en penumbra. Para inflamarse, su cáustico espíritu tenía necesidad de una atmósfera de cordialidad, o de un gran problema nacional que afrontar y resolver, o, sencillamente, que defender. Partidario de la reforma de las leyes de imprenta, de la reforma parlamentaria, de la emancipación de los católicos, de la abolición de la esclavitud, portavoz de la opinión pública en todos los grandes debates, que se han hecho famosos, que se produjeron durante la profunda transformación operada en las leyes, las costumbres, las ideas y los intereses de Inglaterra en el lapso de tiempo transcurrido desde el final de las guerras napoleónicas a la muerte del duque de Wellington, Thomas Barnes ha vinculado su

nombre no solamente a la gloria del *Times*, sino a uno de los más turbios y fecundos períodos de la historia británica.

Puede que Barnes haya sido, como Creevey y Le Marchant afirman benévolutamente, «un verdadero misántropo». Ciertamente, era frío, acaso por cálculo, y la práctica de los hombres le tornó grave, solemne y autoritario: tres elementos fundamentales de la autoridad inglesa. Y siendo el *Times* el fiel espejo de su compleja naturaleza, su total carencia de egoísmo se revela en el insólito hecho de que, mientras vivió, su nombre no apareció ni una sola vez en las columnas de su periódico. La noticia de su muerte, acontecida en 1841, ocupaba exactamente dos líneas. Años después, a propósito de un proceso, apareció su nombre con todas las letras en un artículo de fondo, como el de un *gentleman connected with us*, o sea, «un caballero relacionado con nosotros». Estas dos fueron las únicas veces que el *Times* tuvo ocasión de estampar en sus páginas el apellido de su más grande director.

Tal es su somero retrato y tal también el retrato del *Times*. Los años (casi un siglo de existencia), los acontecimientos, la evolución de los hombres y de las cosas, no lo han descolorido ni alterado. Abrid un número cualquiera del «Tonante», un número de cincuenta o sesenta años atrás, o el de ayer. Tendréis ante vuestros ojos el retrato, o mejor dicho el autorretrato, de Thomas Barnes, despojado, no obstante, de aquello que en él había de romántico, en virtud de los tiempos. Admirable transposición, típicamente inglesa, ésta de una fuerte y compleja personalidad en una obra y una institución «obstinadamente anónima», que precisamente por su carácter impersonal asume prestigio y autoridad.

Y nada expresa mejor que esas virtudes, como lo prueba la más que secular tradición del *Times*, el sentido de la grandeza, de la potencia y de la continuidad histórica del pueblo inglés y del Imperio Británico.

EL ACENTO DE OXFORD

La otra noche, en mi casa de la orilla del mar, sentado ante la radio, escuchaba la lectura de un fragmento de Tucídides, susurrado con amorosa voz por el locutor de la emisora inglesa de Droitwich. A decir verdad, era un gorjeo más que un susurro. Y mientras prestaba atento oído a aquella voz queda, pensaba cuan poco el acento de Oxford, adoptado acturalmente hasta por los locutores de la «British Broadcasting Corporation», concuerda con la crónica de la guerra del Peloponeso, y en general con la antigua y la moderna historia de Europa. «Con esta voz —me decía—, con este acento, el propio Tucídides se convierte en un *fellow* del "Balliol College".» ¿Y qué decir de Homero, de Esquilo, de Cicerón, de Tácito? Dad a leer a un inglés de buena familia, educado en Eton y en Oxford, el vīgésimotercer canto de la *Iliada*, o el lamento de Prometeo, o el *quosque tandem* de las *Catilnarias*, o un trozo cualquiera de Tácito, y notaréis que la historia de Atenas y los héroes del mundo clásico se transforman como por encanto en héroes de Eton, en rubios y tímidos Old Etonians.

Esa voz y ese acento no suenan bien más que en Inglaterra, no entonan sino con el paisaje y el clima de Albión, no concuerdan sino con las formas, los humores y las costumbres de ese pueblo. «¿Quién podría imaginarse un baile, una ceremonia, una cacería, una carrera de caballos, una escena cualquiera de la vida típica inglesa —me preguntaba yo—, de otra forma que no sea iluminada y endulzada por el sonido de esa voz y de ese acento?» Cerraba los ojos y se me aparecía un prado, un bosque, una aldea de Sussex o de Oxfordshire, la lenta curva de un verde río, el Isis o el Cam, los árboles

de Mall, la explanada de los House Guards, los muros rojos y negros del palacio de san Jaime... Sombras brillantes pasaban tácitas sobre el fondo de aquellos parques, de aquellas riberas, de aquellos muros de ladrillos fuliginosos; pasaban sin gestos, con el rostro iluminado por una sonrisa vaga y distante. Un velo de azulada niebla empañaba las miradas y amortiguaba el rumor de los pasos. Voces dulcísimas resonaban en el aire tibio, acariciaban la hierba, las copas de los árboles, las nubes, el manto de los caballos, los rizos de los niños, las fachadas de piedra de Portland de los palacios diseñados en aquel estilo *Rénaissance*, que por el nombre de su gran arquitecto Cristóbal Wren se podría llamar *Wrenaissance*. Una arquitectura que ha poblado Londres de columnas, de capiteles, de pórticos, de cúpulas, de ventanas a la Bramante, de terrazas a la Bernini, de temples a la Palladio. Un clasicismo ahumado, una Grecia de ladrillos rojos y negros. Y aquellas voces en el aire aquellas dulces y distraídas voces Y al fondo, una muchedumbre silenciosa, correcta y reverente, que se agolpa en el ángulo de la plaza, en las lindes del prado, a orillas del parque, a lo largo de las aceras de la calle. ¿Un partido de *cricket* o de golf? ¿Un cortejo, un desfile militar, una ceremonia cualquiera? Sí, acaso una ceremonia cualquiera. La multitud contempla con extática admiración, con un sentido de orgullosa complacencia, a los graves personajes que pasan con sus deslumbrantes uniformes, con su característico andar a un tiempo perezoso y decidido, rígidas las largas piernas, las rodillas atadas con una invisible cinta de seda rosa, ligeramente dobladas hacia delante, como si andasen en precario equilibrio por el borde de una nube. En torno a ellos, todo es claro, liso, honesto, leal, sencillez, tímido, lúcido como recién barnizado. Los tiradores de latón de las puertas, las hojas de los árboles en los *squares*, las guarniciones de cuero de las caballerías, las colas, las crines, los botones, los alamares de los uniformes, las sedas y los terciopelos de las libreas y de los trajes de gala, relucen al sol, despidiendo reflejos de púrpura y de plata. Las chupas rojas y los cascos de pelo negro de los oficiales, las bandoleras de oro, los tartanes escoceses, las chisteras grises, se transforman en el día dorado en manchas de colores agradables a la vista. Suenan las trompetas, los caballos van al paso cadenciosamente moviendo acompasadamente la cabeza de un lado a otro con graciosas reverencias, florece una helada y ausente sonrisa en las bigotudas mejillas de los *policemen*, los oficiales preceden las formaciones de soldaditos de plomo empuñando la espada desenvainada como los monaguillos sostienen el cirio encendido en las procesiones. Los aplausos de la muchedumbre hacen eco con un rumor dulce y remoto, un murmullo de agua corriente, un agitarse de hojas con la brisa matutina, que repercute lánguidamente en las fachadas de rojos ladrillos de las casas georgianas y de los palacios de Cristóbal Wren y de Íñigo Jones. El sol aparece de vez en cuando en el escenario de su cielo de esmalte y sonríe ante aquella escena digna de una fábula infantil. Y sobre el alegre ritmo de las charangas, sobre el piafar de los caballos, sobre el paso cadencioso de los soldados, resuena dulce y vaga una armonía extraña y persuasoria, una música grata al oído y al corazón. Es una voz del alma, un acento de inimitable candor. Parece propiamente una «voz del seno huida»; mas de un seno blanco y mórbido, colmado de ingenuos sentimientos. Más que las tradiciones, más que la flota, más que las «buenas maneras», el verdadero cemento del Imperio Británico es el acento de Oxford.

Pero, ¿consiste solo en un modo especial de mover los labios, en una pronunciación particular, o bien es algo más íntimo, más secreto, más espiritual? Según la explicación de Mr. St. John Ervine y Sir Lauder Harry, el acento de Oxford no pasa de ser otra cosa que un vicio: el de trocar en un *ah* las erres finales de las palabras. Un vicio elegante, sin duda, con esa elegancia tímida y a la par insolente que forma tanta parte de la gloria universitaria de Oxford. Según el profesor Lloyd James, en cambio, ese célebre acento

nada tiene que ver con la pronunciación particular de los *undergraduates* y de los *fellows* del «Magdalene» o del «Balliol», sino con la monótona pronunciación de los *clergymen*. Otro autorizado estudioso de tan importante cuestión, el profesor H. C. Wyld, añade que es un acento «refinado y melindroso, bastante peor que una pronunciación verdaderamente vulgar. Se diría que su sola razón de ser es la de querer disimular algún terrible defecto natural».

¿Un terrible defecto natural? ¿Cuál podría ser? ¿Quién habría osado imaginar que los ingleses ocultasen celosamente algún terrible defecto de naturaleza? ¿Puede ser posible que almas tan cándidas, rostros tan dulces, ojos de un azul tan límpido y manos de cera tan virgen no sean sino la máscara de algún *mirabile monstrum*? Tenían razón los antiguos: la naturaleza se divierte. Y no existe ningún motivo plausible para que no deba divertirse también en Inglaterra. Quien preste oído atento a la voz delicada y vaga de un inglés de buena familia (y sabido es que todos los ingleses son de buena familia) se dará cuenta de que verdaderamente su timbre, su tono y su acento parecen una broma de la naturaleza. Recuerda un poco la voz de los personajes de comedia interpretados por algún actor de moda, por un Ivor Novello o por un Buchanan. Es el mismo timbre, el mismo tono, el mismo acento que resuena de un extremo al otro de toda la historia de Inglaterra en labios de los Plantagenet y de los Estuardos, de los Somerseth y los Churchill, de un Nelson y de un Wellington, de un *whig* y de un *tory*, de un jugador de golf y de un almirante, de un banquero de la City y de un narciso de Mayfair. Una voz apolínea, que, aunque de lejos, podría parangonarse tan sólo a aquella con la que Orestes hablaba a Píldes, Eurialo a Niso, Teseo a Piritoo y la reina Isabel al conde de Essex. Una voz que no tiene nada que ver con las cuerdas vocales, sino con las cuerdas de esa arpa eolia que es el alma de todo inglés bien nacido. «Una voz sin sexo», observaba tiempo atrás el crítico literario del *Manchester Guardian* a propósito de los personajes de un libro de Margaret Dale, titulado *Limited Variety*. El acento de Oxford, puede añadirse, es un acento del alma más que una pronunciación particular. Y el alma, como todos sabemos, no tiene sexo, especialmente en Inglaterra.

Así pensaba yo la otra noche, sentado ante la radio, mientras escuchaba la lectura de un fragmento de Tucídides gorjeado con voz amorosa en el mas puro acento de Oxford. «Ahora comprendo —decía para mis adentros— por qué los ingleses pueden permitirse el lujo de hacer la Historia a su manera. Con esa voz, con ese acento, no hay Tucídides que se resista. El terrible defecto que los hijos de Albión tratan de esconder es la imposibilidad de imaginar la historia de los demás pueblos, la historia de Europa y del mundo, de modo diferente a como ellos la pronuncian.» ¡Oh, almas cándidas! ¡Oh, espíritus puros hechos de luz y de música! No cabe duda que existen las voces de color, como existen las razas de color. Y concluí, para mi consuelo, que la raza inglesa es la más blanca de todas y que la voz de los hijos de Albión es la voz más blanca del mundo.

JESÚS NO CONOCE AL ARZOBISPO DE CANTERBURY

I

Lord Burberry releyó por segunda vez el despacho y alzó los ojos mirando a la cara del secretario.

Era un telegrama del «Foreign Office». El ministro de Asuntos Exteriores comunicaba a Lord Burberry, Alto Comisario británico en Jerusalén, que el arzobispo de Canterbury, en un discurso por radio, había reprochado al Gobierno de S. M. no haber desmentido ni confirmado oficialmente todavía las graves noticias que hacía tiempo se publicaban en los periódicos sobre la situación en Palestina. «Por ejemplo, Inglaterra tiene derecho a saber —había declarado el arzobispo de Canterbury— si es o no es verdad que hace unos tres días, el 24 de diciembre, en la aldea de Belén, nació el Niño Jesús.»

Era altamente enojoso, añadía el ministro de Asuntos Exteriores con tono de reproche, que el Alto Comisario británico en Jerusalén no hubiese notificado al Gobierno de Su Majestad un acontecimiento acerca del cual el arzobispo de Canterbury parecía estar tan bien informado.

—Mr. Carriga —dijo Lord Burberry con voz grave, mirando fijamente al joven secretario—, quisiera saber...

Pero se interrumpió y se puso a leer el despacho por tercera vez.

«Quisiera saber —pensaba Lord Burberry— con qué derecho el arzobispo de Canterbury se mete en cosas que no le importan.»

II

El nacimiento de un niño es siempre un acontecimiento de gran importancia, en un país privado de libertad. La libertad se refugia tan sólo en las cunas y en las tumbas, allí y solamente allí. Los pobres, los tullidos, los mendigos, los viejos artesanos, los jóvenes pastores, las mujeres y los niños, las jovencitas asomadas al alféizar de la adolescencia, acuden de todas partes a inclinarse sobre la cuna, a admirar el leve sueño sonriente del niño recién nacido. Es un ser libre, todavía libre, aunque lo sea por poco tiempo, aquel que respira y llora en la cuna, una criatura aún inocente, pura todavía, cuya mente no está manchada aún por el eczema de la esclavitud. Sus diminutos ojos azules no están todavía oscurecidos por la sombra del temor y del recelo; las humillaciones no han envilecido aún su alma inocente. Sus labios de coral no han aprendido aún a pronunciar palabras de súplica, ni de vana ira, ni de vergüenza, no han aprendido todavía a implorar perdón por delitos de los que son inocentes. Tan sólo los niños recién nacidos son libres, en un país doblegado bajo la esclavitud; tan sólo los niños en la cuna y los viejos en la tumba. Después, poco a poco, los años pasan, y también este niño que ahora da vagidos en la cima agitando los rosados brazos se convertirá en hombre y esclavo. Como todos los demás, vivirá en el perpetuo temor, en la incertidumbre perenne, en la continua humillación; enrojecerá de vergüenza y de ira impotente, curvará la espalda cuando todos lo hagan y besará humildemente la tierra donde el amo escupa. Finalmente, un día morirá. Ese día volverá a hallar su libertad, pero en la tumba. En las silenciosas casas, en las cabañas de los pastores en los montes y en los tugurios de los obreros en los suburbios, los viejos hablan con envidia y gozo de la casa bendita donde ha nacido un niño. La divina benevolencia envía niños a las casas como mensajeros de un paraíso perdido, de una libertad perdida. Una pequeña multitud de pobre, buena y sencilla gente acude de todas partes. Pobre e insignificante gente miserable que no osa siquiera tener la ilusión del día de la liberación. Entran todos con la cabeza descubierta, de puntillas, en la desmantelada y fría estancia donde duerme el niño. La madre está allí, tendida en la cama, pálida, exangüe, triste, con esa mortal tristeza que sienten todas las madres en los países oprimidos por el yugo extranjero.

Pero aquella madre tendida en la yacija, en un establo de Belén excavado en la clara roca, acaso está más que triste: es feliz. Una palidez de plata ilumina su magro rostro. El niño está acostado sobre un montón de paja, entre un asno y un buey. El anciano José, sentado en el umbral de la gruta, oye llorar al niño, su niño. De vez en cuando el quedo vagido es roto por un lejano disparo. Tal vez disparan todavía en los suburbios de Jerusalén. ¿No acabará nunca esa lucha cruel? De Belén a Jerusalén hay pocas millas de camino. Las une una magnífica carretera asfaltada, recorrida de vez en cuando por un camión cargado de soldados ingleses, sentados en los bancos, con el casco colocado de través sobre la frente, y el cañón del fusil asomando entre las rodillas. De los huertos que rodean Jerusalén llega de vez en cuando el lúgubre eco de un crepitar de ametralladoras y del Monte de los Olivos, de la cresta que cae a pico sobre el valle de Moab, de las blancas riberas del mar Muerto, se alzan hacia el cielo gris de diciembre los rojos cohetes de las patrullas y los puestos de guardia ingleses. Los hebreos, atrincherados en las casas, en las que se percibe un olor a ajo y pescado frito, duermen con el corazón suspenso, espionando los ruidos sospechosos, las voces, los pasos, olfateando el aire para advertir el olor a quemado. Temen que los árabes incendien las cosechas, quemén las casas, degüellen el ganado en establos y rediles. Un olor a anís, a aceite y a carnero flota en el aire frío. En las sórdidas tiendas de los barrios viejos, árabes y hebreos velan con el fusil entre las piernas, prontos a la incursión, a la represalia. Ante el castillo, los centinelas ingleses se pasean de un lado a otro rígidamente, con el fusil al hombro, las piernas tiesas y la cabeza erguida. En las habitaciones de los hoteles de lujo los turistas extranjeros duermen sonriendo. En los puestos de guardia, los cabos ingleses fuman en pipa, cargada de rubio tabaco aliñado con ron y melaza. Un perfume de *Player's* se expande por el aire. Las hojas de los olivos brillan en las laderas del cerro, los canes ladran lastimeramente aquí y allá, diseminados, vagando por el campo.

José está allí, sentado en el umbral de la gruta. Piensa en Nazaret, piensa en su Pirano. Triste, miserable país, Nazaret. Miserable Palestina, sórdido país. Los pueblos están todavía extenuados por la guerra, en todas partes quedan aún huellas frescas de las devastaciones y de los incendios, todavía hay tumbas recientes de turcos y de ingleses. La guerra en Europa ha terminado hace poco, dos o tres años apenas, el Imperio de los zares ha caído, el Imperio de los Habsburgo ha caído, el Imperio de los Hoenzollern ha caído, tal vez haya caído también la República Francesa, quizás haya caído asimismo el Imperio Inglés, *the British Empire*. ¿Quién lo sabe?

«¿Qué puedo saber yo de todo ello, yo, pobre viejo hebreo de Pirano, emigrado a Palestina hace apenas un año, qué puedo saber yo, pobre José, padre de Jesús? También *the British Empire* ha caído, con todos sus *God save the King*, y sus *Dieu le veult*, y sus *Rule Britannia*. Sí, tal vez ha caído, *never never never shall be slaves*. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué broma sería, qué buena broma para gastarles a todos esos ingleses que cruzan los campos de Palestina con el fusil bajo el sobaco, a la caza de ángeles! Hubiera hecho mejor quedándome allá abajo, en la querida Istria, en aquella vieja, sucia y maloliente Europa, en vez de venir a buscar fortuna en Palestina. Una hermosa fortuna. ¿Qué me importa, en el fondo, el *Foyer Juif*, la barba de Teodoro Hertz, el gran apóstol del sionismo, la Declaración Balfour, la colonización hebraica, Tel Aviv, el porvenir de la nueva Sión?»

Hubiera hecho mejor quedándose allá abajo, en aquel pueblecito de pescadores, en Pirano, cerca de Trieste, donde habían nacido y crecido su padre y su madre, sus abuelos y sus bisabuelos. En el fondo, José empezaba a creer que al fin y al cabo no era tan hebreo como le habían dado a entender desde que nació. Había hebreos mucho más,

pero muchísimo más hebreos que él. Aquellos galitzianos, aquellos españoles, aquellos esmirnotas, aquellos ucranios, por ejemplo. Istria es un país dulce. En las ciudades, en las aldeas de la costa, los pescadores y los artesanos hablan el véneto, tienen las manos finas y blancas, los labios delgados y mórbidos, los ojos inteligentes. En el campo, los labradores hablan un lenguaje eslavón, mezcla de croata y de véneto, con algunas palabras griegas y latinas llegadas a las aldeas de tierra adentro *ab antico*, en las bocas de los vendedores de cretonas y de percales, de los músicos ambulantes, de las prostitutas vagabundas que recorren los puertos y que llegan, con frecuencia, durante el buen tiempo, hasta el pie de los montes, hasta las aldeas desparramadas por las primeras laderas de las montañas de Istria, azules y grises bajo el cielo abarquillado como una hoja de papel vitela. Un cielo tan dulce, su querido cielo de Istria, repleto de pequeños pliegues, de pequeñas arrugas, como el rostro de una mujer ajada ya, tiernamente cansada ya de amor.

El viejo José era carpintero en Pirano, un humilde, comedido, artesano de Istria, que casi se había olvidado de ser hebreo, en aquel feliz país habitado por eslavos e italianos que, demasiado ocupados en pelearse entre sí, no se acordaban más que raramente de ponerse de acuerdo para arrojarse sobre los hebreos. Los pocos hebreos que habitaban la costa istria vivían en paz y seguridad, a la sombra de las paternas leyes del emperador, en la dulzura de las costumbres, del clima y del lenguaje. También él quería al emperador. Incluso había acabado por sentirse más austríaco que hebreo, un verdadero y leal súbdito de su majestad Francisco José, emperador de Austria y rey de Hungría. Una sola vez había visto al emperador. Fue en Trieste, dos años antes de la guerra. Era un venerable anciano de blancas patillas en un rostro largo y rugoso, que atravesaba sentado en la carroza de gala las anchas y hermosas calles de Trieste empavesadas. Las charangas de los soldados de blanco uniforme veraniego tocaban alegremente canciones militares y la muchedumbre cantaba a coro el himno Imperial: *Gott unser Kaiser...* Mas una irónica sonrisa brillaba en las caras de la multitud triestina, una luz aguda; se notaba que aquellos buenos italianos de Trieste no creían en lo que cantaban, que entonaban el himno sin mucho entusiasmo, que más que nada lo hacían por delicadeza para con el viejo huésped. También José comenzaba a arrepentirse de ser hebreo. No era precisamente que se avergonzase de serlo, pero se sentía desazonado. Se decía para sus adentros que si todos, tanto eslavos como italianos, e incluso los pequeños comerciantes griegos del puerto, habían olvidado sus rivalidades recíprocas para unirse en un coro de insultos y de maldiciones contra los hebreos, tal vez fuera señal de que tenían razón, tal vez quisiera ello significar que los hebreos, tan sólo los hebreos, eran culpables de la guerra, de los estragos, del colapso del comercio, de la miseria que comenzaba a llamar a todas las puertas de Pirano y de Trieste. Ciertamente, el grande, el amado emperador Francisco José no podía tener en forma alguna la culpa de aquel inhumano desastre de la guerra. Era demasiado bueno, *Unser Kaiser*, quería demasiado a sus súbditos para haber planeado, provocado, organizado aquella guerra atroz. Sin embargo, tenía que existir un culpable de ella. Mas, ¿quién podía ser? Seguro que no eran aquellos pobres labradores istriotes, ni aquellos pobres artesanos italianos, ni tampoco los pequeños comerciantes griegos del puerto. Entonces, ¿quién podía ser el culpable? Los hebreos. No podía caber duda. Ya que ni húngaros, ni austríacos, ni italianos, ni eslavos, ni bohemios, ni ninguno de los muchos pueblos que formaban el Imperio de los Habsburgo eran los culpables, se comprendía perfectamente, era lógico, que fuesen los hebreos los verdaderos responsables de tantos desastres. Pero no los hebreos de Pirano, ni los de Trieste, sino los gruesos hebreos de Viena, de Budapest y de Praga, los grandes y

poderosos judíos de las tres capitales del Imperio austrohúngaro. Los banqueros, los industriales, los grandes rabinos de las sinagogas de Budapest y de Viena.

José no lo comprendía, pero acaso aquellos poderosos hebreos habían tenido poderosas razones para haber desencadenado una guerra semejante. Incluso Teodoro Hertz, el apóstol del sionismo, debía de tener su parte de responsabilidad en aquella guerra atroz. Así, poco a poco, fue creciendo en el ánimo del anciano José la resignada persuasión de que también él fuese, si bien indirectamente y en mínima dosis, uno de los responsables de la guerra. Su hermano, mucho más joven que él, había muerto durante la defensa de Przemysl, al principio de la guerra. Sus dos sobrinos habían caído también uno en el Carso y el otro en el paso del Danubio frente a Belgrado. Un tercer sobrino, hijo de una hermana suya, había regresado a casa ciego y ahora se hallaba sentado en el umbral de su tiendecita de zapatero, en la calleja detrás del puerto. Gracias a Dios, José estaba bien. Era pobre, los negocios iban de mal en peor, pero se encontraba bien de salud. Era un anciano, eso era todo. Además, se sentía solo. No podía seguir viviendo solo, ni seguir siendo un viejo solterón. Por las mañanas se despertaba temprano en su habitación fría y desierta, y pensaba con dulzura en la felicidad que supondría despertar al lado de un claro y hermoso rostro de mujer, de un sonriente rostro femenino. Por la noche se acostaba pronto, tras una larga, cansada e inútil jornada, y cerraba los ojos sonriendo a la imagen de una mujer acostada a su lado, en la blanca y mullida cama. Oía el pausado respirar de su mujer llenando la fría estancia, calentando el aire poco a poco, y aquella respiración se tornaba dulce y armoniosa, como el susurro de un árbol, el murmullo de un riachuelo, o el suave roce del viento que acaricia la hierba.

Así que decidió casarse y fue a Porto Rose, donde conocía a cierto comerciante de orujo. También la venta de orujo de oliva andaba mal, la cosecha era escasa, faltaban brazos en el campo para recoger la aceituna, meterla en las almazaras, extraer el buen aceite istriano límpido y seco, reunir y expedir el orujo a Trieste. Había sido en tiempos un comercio lucrativo, modesto, pero bueno; ahora también la casa del anciano de Porto Rose era fría y pobre. Mas el comerciante tenía una hija que era un amor: María. Se llamaba María, era una mujer joven, de unos veinticinco años, rubia, y una delicada sonrisa lucía en sus labios tersos como pétalos de rosa. Ahora el viejo estaba ya cansado y temía morir de un día a otro. ¿Quién hubiera pensado en María, en aquella pobre y querida muchacha, de morirse él, si no tenía parientes?

No tardó José en convencer al anciano de que le diera su consentimiento. María era tan dulce, tan tímida. No dijo que sí ni que no; sonrió, palideció luego, se retiró y se refugió en su cuarto para llorar. Era una tarde de setiembre; algunas cigarras cantaban todavía en los huertos; el sol poniente encendía los cipreses a lo largo de la orilla del mar, los olivos cansados en la ladera de los cerros, las velas de las escasas barcas, reunidas, despavoridas y temblorosas, a lo largo del muelle. Flotaba en el aire una dulzura triste. También su vida cambiaría ahora. Emitiendo chillidos, las golondrinas cortaban el cuadrado de cielo azul del vano de la ventana. La boda quedó fijada para mediados de octubre.

Las más extrañas noticias corrían de boca en boca en torno a la guerra, la próxima paz, el peligro de una revolución. El anciano emperador Francisco José había muerto y había heredado el trono el joven Carlos, el emperador Carlos, un hombre bueno, apacible, de ojos miopes apenas resguardados tras el vítreo reflejo de las gafas. Hacía poco tiempo que José y María se habían casado, cuando un día pasaron ante la casa de José algunos camiones transportando marinos procedentes de Pola que iban hacia

Trieste. En el camión que iba en cabeza tremolaba una enorme bandera roja. En los restantes, flameaban banderas italianas y serbias. Los marineros gritaban: «¡Abajo la guerra!» y «¡Viva la revolución!» Todos ellos estaban visiblemente ebrios. Eran simples marineros, con el uniforme en desorden, barba de tres días y rostros encendidos de vino y de entusiasmo. Permanecieron en la plaza un par de horas; las mujeres, en especial las viudas de guerra, las que habían perdido en los campos de batalla de Galitzia, en Macedonia, en el Carso, a sus maridos, a sus hijos, llevaban a los marineros botellas de vino y de esa fina y clara *grappa* istria que se sube a la cabeza y da sueños violentos y crueles.

Antes de partir de nuevo hacia Trieste, de uno de los camiones empavesados con banderas italianas se elevó un repentino clamor: «¡Muera el emperador!» Todos los marineros hicieron coro, «¡Muera el emperador!» En seguida, entre la muchedumbre agolpada en la plaza, compuesta en gran parte de heridos con permiso de convalecencia, de mutilados, de viudas de guerra, de chiquillos ansiosos y pálidos, estalló el canto: *Unser Gott unser Kaiser*. Mas había tal ironía, tal desprecio, tal sarcasmo, en las voces, que José sintió helársele la piel, y él, que también había comenzado a cantar el himno imperial, enmudeció de repente y, apretando los labios, se encaminó corriendo hacia su tenducho. «Ahora nos echarán la culpa a nosotros —pensaba José, mientras andaba apresuradamente pegado a los muros—. Darán la culpa de lo sucedido a los hebreos. ¿Y si en verdad fuese culpa nuestra?» En realidad, ¿qué sabía él de lo que hacían los poderosos judíos en los lujosos hoteles de Viena, de Budapest y de Praga? Acaso era cierto que la revolución había sido pagada con dinero hebreo. Quizá fuera verdad que... No cabía duda de que lo que se vociferaba era cierto, pues todos los jefes socialistas y comunistas eran judíos. Excepto algunos, como Lenin, los jefes de la revolución proletaria en la Rusia bolchevique eran casi todos judíos. José se decía con horror que tal vez fuera cierto que tanto desastre era culpa de ellos. Y que acaso también era un poco culpa suya.

María le acogió con su habitual sonrisa apacible. ¿Qué le importaba a ella todo aquel barullo? Que se derrumbasen los imperios, que la humanidad se anegase en sangre, que los pueblos muriesen de hambre, de miseria, de peste, ¿qué le importaba a aquella delgada y apagada mujercita de ojos de pálido color azul, de cabellos rubios y finos, de frente tan inocente y temerosa? María era una mujer extraña, parecía no interesarse por nada, no preocuparse por nada, parecía que estuviese segura de algo que estaba en ella, de algo misterioso y secreto. ¿Qué le importaba si el Imperio austríaco se hundía en la sangre y el fango? Parecía que llevara un imperio en su regazo. Permanecía largas horas ante la ventana mirando el verde mar, con las manos recogidas sobre el flaco y escurrido vientre, como si custodiara una fuerza profunda y misteriosa. Se veía a lo lejos navegar las barcas de vela, el mar volvía a ser libre, algunos vapores humeaban de nuevo en el horizonte, los primeros desde hacía cuatro años, las últimas golondrinas habían partido ya hacia las cálidas riberas del Mediterráneo, un fatigado otoño se posaba en los alféizares, sobre los balcones, sobre las hojas de los árboles, como un extraño e implacable polvo dorado. ¿Qué le importaba a María si la humanidad se agitaba inquieta y furiosa, si los hombres y los Pueblos seguían matándose entre sí por otras banderas, por otros himnos, por otras ideas? Ella parecía llevar encerrado en el regazo el germen de una humanidad extraña y nueva, estaba segura de sí misma como si su regazo contuviera un mundo nuevo, la salvación de todos. Parecía tan segura como si, tras cuatro años de guerra y de estragos, y quince días de paz, fuese ella la única que portase la paz en su vientre, la verdadera paz, la concordia, la serenidad, la dulzura de la vida.

«¡Miserable vida!», exclamaba José, que se sentía desazonado, e iba a la plaza todas las mañanas para ver pasar los regimientos italianos que iban hacia el Norte, hacia Oriente. Los vistosos regimientos italianos, de soldados con ojos de fuego, labios rojos y rostros morenos, que reían y eran felices por la victoria. Pero José advertía con estupor que en el fondo estaban tristes. Un pueblo triste. ¡Y él que siempre había imaginado Italia como el país de la risa, de la alegría, del gozo, de la luz! Estaban tristes, a pesar de las risotadas y de las canciones. Tan tristes, en el fondo, que José se preguntaba si habían ganado la guerra o si eran también un pueblo vencido, como los alemanes, los austríacos y los rusos. ¿Quién había ganado, entonces, la guerra?

«Son los judíos quienes han ganado en realidad la guerra. Ellos son los verdaderos, los únicos vencedores», le dijo un día el teniente Fritz von Bomberg, que había sido herido en el Bainsizza y en el Piave, y que ahora, vestido con su ropa de civil, demasiado estrecha ya, de antes de la guerra, observaba a su vez el paso de sus enemigos de ayer, los regimientos italianos.

Había en la mirada y en las palabras de Fritz von Bomberg, aquel muchacho de treinta años que José conociera de niño, siempre afable, siempre sonriente, un desprecio tal, que José bajó la cabeza con tristeza. Eran, pues, los judíos los responsables de la guerra, los responsables de la derrota del Imperio, los únicos vencedores de la guerra. Acaso tuviera razón Fritz von Bomberg.

Mas, ¿qué le importaba a María quién hubiese ganado la guerra? Sentada ante la ventana, miraba durante horas y horas desfilar los regimientos de alpinos y granaderos, los batallones de *bersaglieri* con sus plumas al viento, los *Arditi* de extraño fez negro cuya borla colgaba sobre sus hombros, el puñal en el cinto de cuero y la bolsa del pan llena de bombas de mano colgada del cuello. María volvía el sereno rostro hacia la luz proveniente de las nubes rosadas, el verde espejo del mar, a las velas encendidas por los últimos resplandores del ocaso. De vez en cuando alzaba un brazo, se pasaba la mano por la cara y, acariciándose, se sonreía a sí misma, a sus pensamientos, a una imagen lejana, acaso a algo vago y dulce que ella sola veía. Andaba de vez en cuando por la estancia limpia y clara y su leve paso apenas rozaba el piso de ladrillos rojos, sus flancos acariciaban los metales, la cabecera de hierro del lecho, los cantos de la cómoda de vieja madera ennegrecida, todo ello labrado por la hábil y paciente mano de José. De vez en cuando se asomaba el antepecho de la ventana para acariciar con su mano tersa y transparente, una mano de color de leche, los rojos geranios que colgaban a lo largo de una gaveta de madera llena de tierra oscura. Aquella lechosa mano ponía una mancha blanquísima sobre el bermejo encendido de los geranios, sobre el verde oscuro de las vellosas hojas. Un viento suave agita apenas su cabello, un mechón le cae sobre la frente, su maduro seno palpita bajo la túnica de lana azul turquí. Los soldados italianos que pasan bajo el balcón, en marcha hacia la nueva frontera del Norte y del Este, alzan los ojos, interrumpen sus cantos y la siguen con mirada respetuosa y amorosa a la vez. Una luz viva y delicada resplandece en los bellos ojos negros de aquellos muchachos de veinte años. María se echa hacia atrás, cierra los cristales de la ventana, permanece un instante apoyada en la pared y mira el mar con ojos empañados. No ve ya nada, ve solamente allá al fondo una pálida estrella que se eleva despacio, temblando, sobre el horizonte marino. Tan sólo una estrellita con reflejos turquíes...

¿Qué le importa a ella quién ha ganado y quién ha perdido la guerra? María no sabe nada, tal vez no sabe que la guerra ha terminado, quizá no sepa siquiera que ha habido guerra, que gran parte de la juventud europea ha muerto, allá en el frente; que muchos jóvenes han regresado lisiados, ciegos, mutilados; que muchas madres lloran en silencio

en las casas frías y desiertas; que muchas viudas gritan en los campos, durante las tardes suaves. Gritan de horror, de espanto y de deseo. De vez en cuando enmudecen, se apoyan en un árbol, con la boca abierta, con un grito helado en los amoratados labios y los, ojos fijos en aquel hombre que camina por el sendero, allá abajo, hacia aquella casa iluminada que se alza en la ladera de la colina. De pronto, gritan de nuevo y echan a correr. El viento levanta sus faldas, mostrando las piernas fuertes y carnosas, el seno florido y la garganta rolliza, todo un tesoro de carne que no sabe tranquilizarse, no sabe olvidar, no sabe resignarse.

Tal vez, María no sabe tampoco que la paz ha vuelto, que los hombres han regresado a sus casas, que las tiendas, las oficinas, las obras, han reemprendido el ritmo de antes. Otra vez, como antes, los martillos baten sobre los yunques, las sierras de los carpinteros chirrían sobre la verde madera del tronco, verde aún del árbol demasiado joven todavía, el pico del albañil rompe la piedra berroqueña haciendo saltar chispas, las ruedas giran, las correas se persiguen vertiginosamente, de los astilleros se botan barcas al mar. Las músicas suenan en las plazas, en torno a los soldados, otros soldados con otros uniformes, y de los balcones cuelgan otras banderas. ¡Qué importa que el emperador haya huido, que haya caído la monarquía! Todo eso no tiene valor para nadie, no tiene importancia ni significado alguno para los soldados que han combatido en las trincheras, para los obreros que vuelven a su antiguo trabajo, para las madres que ya se preparan para dar a luz nuevos hijos, para las viudas que se aprestan ya a estrechar entre sus brazos nuevos amantes. Ni siquiera tiene importancia para los mutilados, para los ciegos, para los tísicos. Y menos todavía la tiene para los muertos.

(¡Ellos sí que se burlan de todo esto! Han cumplido ya con su deber y ahora les toca a los vivos salir de apuros, remediar tantos males. Ellos son muertos. Sólo quieren dormir en paz y que nadie les fastidie, eso es todo.) Y qué importancia puede tener para una pobre mujer de veinticinco años, para una recién casada que sabe que su regazo encierra un tremendo secreto. Aunque, en realidad, quizá no sea más que un gracioso, un pueril secreto de niña, uno de esos secretos que las niñas imaginan tener encerrado en el vientre cuando todavía juegan a muñecas. ¿Qué importancia puede tener para ella, María, que los hombres estén enfermos, que la paz sea aún más humillante que la guerra, que nadie esté contento, que ya se vuelva a oír el tronar del cañón por la parte de Fiume?

María cierra los cristales de la ventana, permanece unos instantes apoyada en la pared, mirando el verde mar, y una dulce y distante sonrisa aflora a sus labios puros.

Los primeros meses que siguieron a la paz estuvieron llenos de promesas para José. El trabajo y el comercio habían recobrado el antiguo ritmo y tan sólo unos pocos se lamentaban. Decían que el puerto de Trieste conocería, en el futuro, días muy tristes, que la antigua prosperidad de la ciudad había terminado, que la muerte del Imperio austríaco significaba el fin para Trieste. Pero José trabajaba y los clientes afluían a su pequeño taller del puerto. Cada semana se dirigía a Trieste y, al pasar bajo los balcones del Consulado de Inglaterra, recordaba a James Joyce, aquel poeta que describía en sus obras las aventuras de Mr. Blum a través de la ciudad.

Luego, los periódicos empezaron a publicar gran cantidad de noticias confusas. Se hablaba de París, de Versalles, de la posibilidad de una nueva guerra en breve plazo. Los rumanos habían entrado en Budapest y D'Annunzio se había apoderado de Fiume; la inquietud y el espanto reinaban en toda Europa. José comenzaba a sentirse poco seguro. Comenzaba a recelar de todo. Cuando por la noche abría el periódico las primeras noticias sobre las que caían sus ojos le asustaban. Ya no se podía vivir. El mundo se

encaminaba hacia su propia ruina. ¿La felicidad? ¿El bienestar? ¿La paz? ¿Quién se acordaba ya de ello? Se habían terminado, y terminado para siempre los buenos tiempos. Por fortuna, y esta era la única cosa buena que él veía en la nueva situación, en las novedades de la postguerra, el aire de Trieste, pese a haber cambiado tanto, se había vuelto más alegre, más ruidoso, más despreocupado. O al menos así le parecía a él. Los italianos habían conferido a la ciudad, a toda Istria, incluso a las aldeas de tierras adentro, una soltura, un caminar más ágil, una mayor cordialidad. Tal vez los soldados italianos iban peor vestidos, más pobremente, con los uniformes más raídos, más corcusidos y cortados ahorrativamente, pantalones demasiado estrechos, guerreras demasiado cortas, capotes y capas excesivamente míseros, pero en compensación eran más hombres, andaban con mayor ligereza, más juvenilmente. Según observó José, los italianos eran más jóvenes que los austríacos. En los teatrillos y los cafés, las orquestas y las canzonetistas interpretaban canciones diferentes, de un brío diferente al de los *lieder* austríacos y los *valzers* vieneses. Mas, en sustancia, nada había cambiado. El mundo iba a la ruina. Cambiaban las banderas, pero en el fondo iba a la ruina como también habría ido a ella si hubiese vencido Austria. ¿Qué había cambiado?

Desde hacía cincuenta años, José recordaba haber visto siempre el aduanero inmóvil en el muelle, allá junto al poste del teléfono. Era siempre el mismo, siempre en el mismo sitio. Tan sólo una cosa había cambiado en él: ahora era un joven delgado, bajito, moreno, con una guerrera adornada con llamas amarillas en el cuello y un extraño sombrero en el que lucía una pluma. Y siempre los mismos vapores, el mismo mar, la misma bora impetuosa. El mundo iba a la ruina. Los periódicos seguían publicando todavía nuevas noticias alarmantes, de desórdenes, de conflictos, de guerras parciales aquí y allá en toda Europa, como si fuesen rescoldos de un inmenso incendio que de vez en cuando rompiesen la costra de ceniza aún caliente, mucho después de que el incendio fuera dominado. Una extraña inquietud agitaba los pueblos. Bandas de eslavos, venidos de allende las fronteras, provocaban incendios y cometían homicidios, desapareciendo antes de que los *carabinieri* llegasen a los lugares donde se cometían los delitos. Pajares y heniles ardían de improviso en la noche. Las carreteras de la altiplanicie cársica se habían tornado inseguras. Reyertas violentas y sangrientas tenían lugar con frecuencia en la propia Trieste y en los pueblos de la costa. Una noche, en Pirano, en la plaza que hay frente al puerto, un grupo de jóvenes tuvo un encuentro con otro grupo; hubo carreras, balazos y algunos muertos quedaron tendidos en el terreno. No se comprendía el porqué de esas peleas. Muchos decían que eran refriegas entre comunistas e italianos, entre rojos y *Arditi*. El gobierno de Roma parecía cada día más débil e inseguro. Todos sentían suspendida sobre la cabeza la amenaza de una desdicha inminente. Y los comerciantes que estaban en contacto con países extranjeros afirmaban que toda Europa se hallaba en peligro, que no solamente en Trieste ocurrían aquellas cosas, sino también en Francia, en Alemania y en la misma Inglaterra.

Un día, al pasar frente al Consulado inglés de Trieste, el anciano José se detuvo, quedóse pensativo y finalmente traspuso la puerta y subió las escaleras. Le abrió un viejo al que José no conocía.

—¿El señor cónsul? No está.

—Hubiera querido hablar con él —dijo José.

—No está. ¿Quiere usted hablar con el secretario?

—En realidad...

El secretario le recibió al cabo de unos minutos. Era un hombre joven, enjuto, bajito, de pelo oscuro.

—Yo soy el señor Liverpool —dijo a José en cuanto éste entró.

—Quisiera hablar con el señor cónsul —respondió José.

—No está. Si quiere, puede hablarme a mí.

Tenía un acento extraño. Hablaba italiano bastante correctamente, pero con un acento extraño. Era inglés, sin duda, aunque por su aspecto hubiera podido pasar muy bien por italiano.

—Quisiera preguntarle... —José no tenía preparada ninguna pregunta—. ¡Ah, sí! Si conocía al señor James Joyce, un poeta.

—¿James Joyce? —dijo el secretario—. ¿James Joyce? No está en Trieste, ni se dónde puede hallarse. Tal vez usted no recuerda bien el nombre.

Sí, tal vez José no recordaba bien el nombre. Sin embargo, pocos años antes todos conocían a James Joyce en el Consulado. Pero quizá no era aquel su nombre, tal vez José se equivocaba. Se marchó, excusándose. Cuando tantas cosas habían cambiado, era una pretensión absurda suponer que alguien recordase a James Joyce. Algunos días después, José se halló nuevamente frente al Consulado inglés. Volvió a penetrar en el edificio.

—El señor cónsul no está. Si quiere hablar con el señor Liverpool...

Esta vez fue mucho más cortés con José. Conversó con él y le preguntó muchas cosas. ¿De veras José deseaba marcharse? ¿Dejar Trieste, Pirano? ¿Por qué? «Todo el mundo es patria», le dijo. Era difícil hacer fortuna en una Europa agitada y trastornada. Tal vez existía un medio. Si verdaderamente quería partir, tal vez existiera un medio de salir del país. ¿Por qué no se iba a Palestina? Podría interesarse por él, facilitarle el embarque. El *Foyer Juif* de Palestina, la Declaración Balfour, el sueño de Teodoro Hertz, la colonización hebrea en Tierra Santa.

—Justamente —dijo José—, yo soy... ejem, ejem, soy judío.

—Yo también —dijo el señor Liverpool con una sonrisa—, yo también.

Pareció un poco cohibido, un poco sorprendido por la cara que puso José mirándole. ¡Un inglés hebreo! Era la primera vez que veía un hebreo inglés. No creía que existiesen. La idea de ir a Palestina no le pareció mala. Tal vez... ¡Quién sabe!

—Lo pensaré —dijo—. Hablaré con mi mujer.

Y, tras despedirse, se fue pensativo con aquella nueva idea fija en la cabeza.

María le escuchó sin pestañear, pensando en otra cosa. Por su rostro claro pasaba de vez en cuando una sombra clara y rosada. Mientras José hablaba, María volvía los ojos al techo. Una gruesa y zumbante mosca giraba lentamente de aquí para allá, se posaba sobre los visillos de la ventana, sobre la lámpara y volaba en torno de la canosa cabeza de José. Una sirena de buque mugía en alta mar; el primer viento de la tarde batía dulcemente contra los cristales, semejando la llamada rápida y ligera de una mano; alguien, ciertamente, la llamaba afuera: María se levantó y se dirigió hacia la puerta. «¿Dónde vas?», le preguntó José. María se detuvo. Aquel tamborileo en los cristales continuaba. Era propiamente una llamada. Se acercó de puntillas a la ventana, abrióla y se asomó fuera. El jardín estaba tranquilo, las hojas apenas si se movían, produciendo un secreto murmullo. La mosca se apartó con lentitud de la pantalla, fue hacia la ventana y salió al aire libre. María alzó los ojos y la vio volar durante un momento por encima del almendro; parecía que estuviese pegada a las nubes como en un techo. Tal vez estaba lejísimos, muy alta, arriba en el cielo estrellado, y, sin embargo, parecía estar allí, al alcance de la mano. La luz que salía del vano de la ventana hendía en dos el

pequeño jardín, un pedazo de tierra cascajosa con algún árbol y alguna mata de rosas silvestres, de esas que resisten el cierzo y el viento de mar.

—Apaga la lámpara —dijo María quedamente.

José sopló la luz y se aproximó a su vez a la ventana.

—¿Oyes? —le susurró María al oído.

No, José no oía nada. Solamente, tras escuchar atentamente unos instantes, percibió el murmullo del mar sobre la alfombra de algas de la playa, el susurro del viento entre las hojas y un lejano trote de caballos. Una luciérnaga resplandecía, brillaba, en un matorral. Parecía un ojo, una estrella.

—¿No oyes nada? —preguntó María de nuevo.

No, José seguía sin oír nada. Tan sólo al cabo de unos minutos le pareció oír un suspiro, un suspiro alto y doliente, apenas algo más que un soplo en el cielo sereno, entre los árboles, entre los cabellos de María.

—Alguien nos llama —dijo María.

Era extraña, María. No era ésta la primera vez que tenía una de esas pueriles ideas. Siempre le parecía que alguien la llamaba, que alguien golpeaba los cristales de la ventana. Algunas noches se levantaba, se vestía, se acercaba en silencio a la ventana. Luego regresaba a la cama en silencio; sonreía, parecía ser feliz. Desde hacía algunos meses las crisis se habían hecho más frecuentes. Ahora María se abandonaba en el sillón, con los ojos muy abiertos, palidísimos, sin vida. Parecía muerta. O bien se detenía de improviso, se apoyaba en la pared y así se quedaba largo rato, de pie, inmóvil. Luego, de repente, abría de nuevo los ojos, sonreía y parecía que no hubiera ocurrido nada, pues nada recordaba. «Tal vez está encinta», le había dicho el médico, al cual José se había dirigido en consulta. José se puso colorado, movió la cabeza. «No, no.» Estas negaciones salieron de su boca con tan sincero ímpetu, que el médico le miró sorprendido. También la esposa del sargento de Intendencia, una siciliana que vivía al lado de la casa de José, había dicho un día a María: «No cabe duda, está usted encinta.» María la miró con aquellos sus ojos pálidos y vagos. «Sí, tal vez», contestó.

Era muy extraña, María. José la miraba, aguzaba el oído. «¿No oyes? ¡Alguien nos llama!» Al cabo de unos minutos, José cerró la ventana. María sentóse de nuevo ante la mesa, sosteniendo su bordado entre las manos. Estaba haciendo una camiseta, una camiseta minúscula, una chupa de lana para un niño.

—El señor Liverpool —continuó José— dice que haremos bien si nos vamos a Palestina.

Teodoro Hertz, la Declaración Balfour, el hogar hebreo. María parecía no escucharle.

—¿Dónde tenemos que ir? —preguntó.

—El señor Liverpool —repitió José— dice que deberíamos irnos cuanto antes a Palestina.

—Vamos —dijo María.

Se levantó de la silla, al mismo tiempo que sus manos enrollaban la calceta que estaba haciendo, como si ya se preparase para partir, como si estuviese ya recogiendo la ropa que debía meter en las maletas. Dio dos pasos, abrió la puerta y salió al jardín. El aire era dulce y el viento murmuraba entre la fronda de los árboles. José esperó largo rato a que María volviese a casa.

—María —llamó.

Estaba un poco inquieto. Del jardín no llegaba ninguna voz, ni siquiera el ruido de un paso.

—¡María! —volvió a llamar.

Salió al umbral. Vio algo en la hierba, bajo el almendro. Parecía una forma humana. Se acercó con leve inquietud. María se hallaba tendida en el suelo, de espaldas, con los brazos abiertos. Parecía que durmiera. Su rostro estaba sereno, sonriendo. Al contacto de la mano de José, María abrió los ojos, se levantó sin dificultad y volvió a casa.

—¿Cuándo has decidido partir? ¿Mañana? —se limitó a preguntar.

La partida fue decidida para el mes de marzo. Estaban a primeros de enero de 1920 y todo aquel tiempo fue empleado en preparativos. José se dirigía dos veces por semana a Trieste, al Consulado inglés, para solicitar la entrega del permiso de entrada en el territorio de Palestina, sujeto a mandato británico. El señor Liverpool había sido sustituido por otro funcionario, un inglés rubio y frío. El cónsul, el nuevo cónsul, estaba siempre encerrado en su despacho y no recibía a nadie. Además, José no preguntaba tampoco por él, pues no le conocía y ya había decidido partir. El señor Liverpool había hecho todo lo posible por ayudarle, procurando apresurar las últimas formalidades burocráticas.

María tuvo a primeros de febrero una de sus habituales crisis, más grave esta vez. Según dijo el médico, se trataba de un verdadero ataque epiléptico, que, sin embargo, no presentaba los síntomas característicos de la epilepsia. La enferma no se agitaba, no se advertía espuma en su boca. Tenía los ojos desorbitados, pero en su mirada no había esa fijeza que caracteriza la mirada de los epilépticos. Los miembros estaban relajados, no rígidos, y la expresión del rostro tenía un algo de feliz, de éxtasis, de arrebató, que el médico no lograba explicarse.

—Podiera decirse —concluyó— que es algo así como una crisis de epilepsia benigna, un estado de somnambulismo parado, un somnambulismo estacionario, inmóvil.

El estado de María no presentaba ninguna gravedad particular, pero el viaje quedó aplazado hasta el mes de marzo por precaución.

Mientras tanto, seguían llegando a Trieste, procedentes de todos los rincones de Europa, especialmente de Hungría, de Bohemia y de Polonia, turbas de hebreos vestidos con sus característicos caftanes negros, con un gorrito negro de seda en la cabeza, luengas barbas y trenzas que descendían de las sienes hasta casi debajo de las orejas. Eran sucios, repelentes, quisquillosos y horribles de ver. José se maravillaba de que en Europa pudieran existir seres semejantes, más próximos a los animales que a los hombres. Y experimentaba por ello una sensación más de vergüenza que de asco. Las condiciones de vida debían de ser verdaderamente terribles en Europa, su barbarie debía de ser sin duda enorme cuando en ella se producían individuos semejantes, seres tan humillados y envilecidos, tan degradados como aquellos judíos. Atestaban el puerto de Trieste, sentados sobre viejas maletas atadas con cuerdas malamente enrolladas, sobre montones de harapos y de mantas raídas y hechas jirones. Los niños se perseguían chillando por el muelle, mientras que las mujeres de ojos negros, rostros grasientos y narices ganchudas sentábanse en el suelo mordisqueando naranjas o comiendo ciertas frituras de las que manaba un olor nauseabundo. Un tufo a carnero se desprendía de aquellos montones de gente ronca y gesticulante.

El vapor en el que José y María habían de embarcar debía zarpar la semana siguiente. José había procedido, entretanto, a vender la modesta casita de Pirano y a solicitar algunos créditos. Para realizar todo ello no habían faltado las habituales disputas de

intereses con el sobrino que había regresado ciego de la guerra. José estaba en verdad contento de partir. El vapor en el que realizarían el viaje tenía por nombre *Cosulich*.

Partieron una mañana, sobre las diez. El mar estaba ligeramente agitado y un fresco viento del Nordeste rizaba las ondas. La ciudad dejó muy pronto de ser visible. Surgieron entonces a sus espaldas los ásperos y desnudos montes del Carso. Poco después, también éstos fueron desapareciendo lentamente bajo el nivel de las aguas. Por último, sólo quedaron flotando, allí donde antes estaban Trieste y Pirano, el castillo de Miramar y la verde costa de Istria, algunas nubes blancas, hinchidas de las últimas nieves que sobre los lejanísimos picos de los Alpes resplandecían aún y brillaban de vez en cuando bajo los vivos reflejos de los rayos del sol. Un claro sol primaveral, tan tierno que parecía dulce al paladar. José veía aquella costa tan querida para él hundirse despacio bajo los remolinos de aquel verde mar. Aquella costa verde que amaba con todo su corazón, que le había visto siendo un niño, que le había visto también sufrir, trabajar, temblar de espanto y de esperanza. ¡Querida, querida Pirano! Aquella era su Istria; Aquello otro era Italia; y aquellos montes lejanos, allá abajo, nevados y azules, eran los montes de Austria. Aquella era Europa, llena de casas blancas y limpias, de cementerios a la sombra de cipreses y de olivos, llena de prisiones abarrotadas de gente pálida y sucia, de hospitales de los que se desprendía un hedor a sangre podrida y a muerte; llena de cloacas, de casas, de bancos, de bosques, de clínicas, de cuarteles. Una Europa desquiciada, enferma, presa de la locura de la sangre, una Europa que él sentía, sin embargo, que amaba, que no dejaba sin profunda añoranza. ¡Ah, querida y maldita Europa! Partía, se apartaba de ella como el hijo de una madre, partía hacia una lejana tierra, hacia una tierra que no era suya, que acaso algún día había sido de sus antepasados, del padre, del padre del padre de su padre, una tierra que él no amaba, que no conocía, que jamás amaría. Presentía oscuramente que jamás sería feliz allá donde iba. Tal vez tampoco había sido nunca feliz en Pirano, pero había pasado muchos días serenos frente al mar, en la orilla de aquella Europa fétida y llena de prisiones, de prisioneros, de locos y de cuarteles.

Al atardecer se levantó un viento impetuoso y frío que bajaba de las montañas de Dalmacia. José bajó a su camarote, donde María estaba ya tendida en la litera, con su carita pálida iluminada por una tímida y misteriosa sonrisa. José se quedó dormido en seguida y soñó que María había salido despacio, de puntillas, del camarote, que ahora andaba por la cubierta. Parecía que el viento la levantase de vez en cuando, como tratando de raptarla. Luego surgía de improviso un árbol de su regazo, un árbol maravilloso, cuajado y esplendente de frutos de oro, un árbol que poco a poco invadía el cielo. El viento se aquietaba, las olas del mar, sobre las cuales el árbol proyectaba una inmensa sombra roja, se sosegaba, surgía el soy y María parecía transfigurada por la misteriosa luz que las hojas del árbol expandían en torno a su rostro.

María seguía durmiendo cuando José se levantó y salió a cubierta. La navegación proseguía lentamente. La costa de Apulia había quedado ya lejos y Corfú había desaparecido. Todo el día navegaron rumbo al mar de Corinto, llegando al atardecer a la vista de Atenas. María caminaba a lo largo de la barandilla con paso leve, como una iluminada, tendiendo las manos y girando su rostro claro y apacible. Se detuvo apoyada en la barandilla y el viento le despeinó el cabello. En el horizonte, sobre un cerro, se alzaba un templo de rojas columnas, que el sol poniente iluminaba oblicuamente. Y, en un momento dado, al maniobrar el vapor lentamente para entrar en el puerto del Píreo, el rostro de María encontróse justo a la misma altura del templo, del Partenón, y desapareció, se sumió en la luz roja, en la mancha rosada que el sol poniente proyectaba detrás de las columnas. A José le pareció en este momento como si María no tuviera

rostro, como si fuese una mujer sin cabeza, una mujer que en lugar de cabeza tuviera columnas rosadas, arquitrabe y capiteles. Y el frontón de mármol rosa del Partenón contra el cielo rojo.

III

El niño estaba tendido sobre la yacija de paja, en el establo excavado en la roca. María le miraba. Un extraño silencio reinaba en el pesebre. Habían entrado algunos pastores, así como algunos campesinos hebreos de la cercana colonia sionista. Eran hebreos de Argelia y de Túnez, hablaban un extraño francés gutural y entrecortado, repleto de suspiros, de exclamaciones de alegría y de sorpresa. Poco a poco, se fue reuniendo en torno a la cuna una pequeña muchedumbre silenciosa. Algún árabe, pobres labradores de las plantaciones judías de los contornos, unos cuantos excavadores de los que estaban reparando, por cuenta del Alto Comisario británico, las cisternas de Salomón; había también un grupo vestido con los atuendos típicos de las montañas de Moab, donde se halla la tumba de Moisés; y por último algunos peones camineros, empleados en la conservación de las carreteras de Jerusalén, a Kaifa y a Tel Aviv. Habían entrado todos con ademán tímido y ahora hebreos y árabes se contemplaban con ojos que reflejaban mutuo desprecio, agrupados en torno a la cuna donde lanzaba dulces vagidos el niño Jesús, el hijo de José y de María. Un árabe comía una algarroba, escupiendo en la palma de su mano izquierda las pequeñas semillas lisas, brillantes y durísimas, e inclinándose de vez en cuando con movimiento lento y circunspecto para ver el rostro del recién nacido. Todos le miraban. Cuando hacía el gesto de inclinarse, se veía asomar de su chaqueta el mango de un cuchillo contenido en un cinto de cuero. Podía ser un cuchillo para cortar cañas o juncos para atar las vides, o para arrancar de la rama la resistente naranja, todavía no del todo madura. Un corro de mujeres, con la cabeza cubierta por un gran pañuelo negro que les llegaba a los hombros y a las caderas, estaba reunido junto a la yacija donde reposaba María. A la amarilla luz de una lámpara de petróleo, se les veía mover rítmicamente las mandíbulas, como si rumiasen. De vez en cuando alguna de ellas se llevaba la grasienta mano a la boca y un olor a fritura y a aceite malo se expandía en el aire encerrado.

Al principio, la gruta daba la impresión de ser un nicho, un simple antro como hay muchos por aquella parte, al pie de los cerros, y que se utilizan lo mismo para guardar vino y aceite que leña y heno. Otras veces sirven de aprisco, o, cuando la gruta es espaciosa, de establo, o de ocasional refugio para los campesinos más pobres. Pero, poco a poco, al habituarse los ojos a la pálida luz, la gruta se revelaba espaciosa. Mirando a través de las tinieblas, se veía mucha gente apiñada al fondo, detrás de la yacija donde reposaba María. Aquella afluencia de gente en torno a una cuna no era ninguna cosa insólita, pues el nacimiento de un niño no es un acontecimiento de extraordinaria importancia para un pueblo reducido a la esclavitud. Pero sí era insólito el número de personas allí congregadas, lo cual era indicio de que algún acontecimiento fuera de lo común trastornaba los ánimos de la población. Árabes y judíos se apretujaban en torno a la cuna, codo con codo. Y, sin embargo, a poca distancia de la gruta de Belén eran todavía visibles las señales de las luchas que habían tenido lugar días antes entre grupos de sionistas y de árabes. Los ánimos estaban todavía excitados es todo el país. Los periódicos árabes acusaban abiertamente a las organizaciones sionistas de aspirar a la expropiación de los pequeños propietarios de tierras musulmanes y a las autoridades británicas de favorecer la inmigración judía en perjuicio de los árabes.

La cuestión que al correr del tiempo había de asumir aspectos tan trágicos, se estaba apenas planteando. No había pasado más que un año desde que los primeros contingentes de sionistas habían desembarcado en Palestina y ya los ánimos estaban alterados, ya se habían dado en toda su gravedad los primeros atisbos de la lucha que había de enfrentar, poco tiempo después, a la población inmigrada con los habitantes árabes. Mas lo que atraía alrededor de la cuna de Belén a la población árabe y judía era la voz, difundida en un abrir y cerrar de ojos hacia un tiempo, de que había de nacer un niño milagroso, un niño que un día arrojaría de nuevo al mar a los odiados ingleses. Se decía, además, que ese niño nacería de una virgen hebrea. La cosa aparecía como milagrosa y muchos sentían dificultades para creerla, mas, a saber por qué portento, por qué intervención sobrenatural, la voz había llegado y se había difundido entre el pueblo.

Hacia ya unos días que la policía británica exploraba los contornos, el territorio de Palestina, interesándose por todas las mujeres encinta y por todos los recién nacidos. Cada vez que nacía un niño se practicaba una inspección. El celo de las autoridades no llegaba hasta el punto de ordenar una visita médica para averiguar si la madre del niño era virgen o no lo era. Sé limitaban a preguntar a la propia madre: «¿Es usted virgen o no?» y la respuesta decidía de la naturaleza del informe que la gendarmería transmitía con solicitud a las oficinas de estadística, al *Birth Control* del Alto Comisario británico.

Cualquiera, incluso el más precavido, que hubiese dado una simple ojeada a María, habría notado que algo poco corriente había sucedido, que aquella mujer joven era sin duda la protagonista de un hecho extraordinario, fuera de lo común. El parto había sido de los más fáciles, puede decirse que sin dolor. Jesús había venido al mundo sin precisar la ayuda de una comadrona ni de un médico. El propio José no pudo asistir al nacimiento de su hijo, por haberse ausentado un momento en busca de leña para la lumbre. La estación era dura y soplaban un helado viento del Norte. Y ahora José, sentado en el umbral de la gruta, abría su corazón a la alegría. Sin duda, aquel niño le había sido enviado por Dios.

El cielo estaba estrellado y al fondo del horizonte, por la parte de Jerusalén, justo sobre la cima de una colina clara de olivos, surgía un argénteo cometa, que en algunos momentos tomaba un tono verdoso que por contraste hacía parecer azulado al cielo, como un gran lago. La luna no había salido todavía, pero el alba lunar asomaba ya a través de las hojas, las nubes, los troncos de los árboles, la rotundidad de los cerros, las paredes de las casas diseminadas por la quieta campiña. El cielo parecía estar enternecido por ella, por aquella luz difusa y misteriosa, aquella luz lejana que se anunciaba con vagos e inciertos reflejos. José miraba el pequeño y delgado cometa, seguía con ojos felices y conmovidos su lenta marcha y algo le decía, en su corazón, que su destino, el destino de María y el del niño estaban vinculados a aquel cometa. Era con toda seguridad un anuncio, el signo celeste de la bendición que con aquel niño entraba en su casa.

Pero José no tenía ya casa. Había tenido que huir de Nazaret para sustraer a María y al pequeño ser que ya vivía en las entrañas de su esposa a las inquietudes, a los peligros de la lucha, cada día más cruenta, entre hebreos y árabes. José tenía necesidad de tranquilidad. Se sentía ya viejo y cansado. Había huido de Pirano, de su querida Istria, para salvarse de la tempestad que se cernía sobre el cielo de Europa. Y he aquí que ahora huía nuevamente. Estaba huyendo por los caminos, hacia una vida sosegada, una pobreza decorosa y tranquila. Le preocupaba sobre todo la salud de María. Aquél no era un país apropiado para una mujer delicada y extraña como María. Aquellos disparos de fusil durante la noche, aquel ladrar de perros lejanos en el campo, aquella tensión, aquel

recelo y aquel temor perennes, aquel permanente terror del acecho, de la agresión, de la muerte, aquel continuo hablar de reyertas, de heridos, de muertos, de detenciones y de asesinatos, no eran para María el clima más adecuado. María estaba enferma.

José había encontrado en Nazaret el modo de abrir un taller de carpintería, su antiguo oficio, y desde el principio vivieron modestamente, en una desahogada y feliz tranquilidad, pero ya desde los primeros meses que pasaron allí la salud de María fue empeorando progresivamente. Frecuentes delirios la sorprendían durante sus quehaceres; parecía dormirse, y, más de un delirio, más de una pérdida del conocimiento, era el suyo una especie de extrañío soñar con los ojos abiertos una realidad asaz diferente, pero ciertamente mucho más viva, que la realidad física, terrena. Parecía que su espíritu, abandonando por un momento, por algunas horas a veces, el cuerpo, tendido en una imagen, en una apariencia abstracta de sueño, ascendiese a un mundo misterioso y se refugiase en un lejano mundo. Como ella misma relataba al despertar, extrañas y admirables visiones se le aparecían: ángeles de rojas alas, enormes flores de pétalos impalpables, una luz difusa que asumía a veces formas extrañas, creando paisajes, seres y perspectivas cambiantes e incorpóreas. Y voces arcanas, dulcísimas, que pronunciaban palabras tan dulces como la música. María despertaba como si regresara de un largo viaje. Y cada vez se acentuaba más en ella su intolerancia física al mundo externo, aquel estremecerse a cada ruido, a cada sueño, a cada voz, a cada espectáculo. Cada día aumentaba su disgusto por el amor, por el contacto con el hombre, su horror hacia todo cuanto pudiera sugerirle la idea del abrazo amoroso. Todo ello aparecía tanto más singular a los ojos de José, cuanto que María parecía ignorarlo todo del amor, llegando incluso a parecer simulada su inocencia de tan perfecta, tan absoluta, como era. José había rebasado los cincuenta años y el fuego de la sangre se había apagado ya en sus venas. Sus sienas estaban libres de sueños cálidos y pesados, mas su cuerpo era todavía atlético. Era un anciano robusto, al que el esfuerzo, el trabajo manual, la vida sana, el viento de mar, el vivir solo, el yantar parco y el sobrio beber habían conservado en el mejor vigor de la juventud. Sus recuerdos estaban llenos de amor. Frescas jóvenes habían pasado a menudo a hurtadillas por su casa cerca del puerto. Mas desde su primer encuentro con María en Porto Rose, José había sentido apagársele algo en él, no ya el deseo, sino el pensamiento mismo del deseo. La pureza de María, su gracia inocente, aquel recelo y aquel temor que se leían en sus grandes ojos claros de pestañas azules, habían convertido a aquel hombre robusto, lleno de sangre roja y fluida, no en un viejo de corazón apagado, no le habían envejecido, sino casi rejuvenecido: habían hecho de él un niño. No se acercaba a María sin temblar hasta lo más profundo del corazón. Más que su esposa, María había sido para él su hermana, su hija. Aquél era su secreto, del cual ni la propia María parecía darse cuenta. Era verdaderamente una mujer sin pecado, absolutamente extraña al mundo de los sentidos; extraña, pudiera decirse, a la vida humana. Su insensibilidad al mundo físico era acompañada por una extrañísima especie de insensibilidad al mundo moral, al mundo de los sentimientos, de los afectos. No era egoísmo, era una sublime inocencia, un desapego absoluto de las cosas y de los seres. Nada la movía a compasión, nada la conmovía. No estaba nunca ni triste ni contenta. Estaba absorta, estaba ausente.

José se acordaba de cuando murió un niño de pocos meses, en la casa contigua a la de ellos, en Nazaret. Era hijo de un obrero, de un pequeño carpintero que trabajaba en el taller de José como aprendiz. Durante la gravidez de la esposa del obrero, María ni siquiera la había mirado. Parecía no darse cuenta siquiera de que la buena mujer esperaba un hijo. Cuando la conversación recaía, en su presencia, sobre aquel próximo acontecimiento, María permanecía impassible, como si no oyera o no comprendiese. El

niño nació una mañana, al alba. José se levantó de la cama, bajó, fue a llamar a la puerta del operario y preguntó si necesitaban algo. Ni aquel día ni los siguientes, hizo María alusión alguna al nacimiento del niño. Tal vez ni siquiera se había enterado del hecho. Al día siguiente de que muriera el recién nacido, María entró en la casa mientras las comadres estaban ocupadas en preparar, el agua caliente, los ungüentos y los pañales de blanco lino. En silencio, el padre acepillaba en el patio, vertiendo lágrimas silenciosas, el pequeño ataúd. Quitaba las virutas del cepillo con gesto lento, sin alzar los ojos; el suave roce de la herramienta sobre la blanda madera se confundía con su respirar dolorido.

María entró de improviso, con su paso ligero, los ojos blancos en el pálido rostro. Un profundo silencio se había hecho en la pequeña estancia desnuda y blanda. María se quedó inmóvil junto a la cuna, como dormida. Luego se marchó como había venido, en silencio, casi sin despegar los pies del suelo. Pero José se dio cuenta maravillado de que, al cruzar la puerta, su codo tropezaba ligeramente en la jamba de piedra y de que María se detenía un instante, como si alguien la hubiese retenido del brazo. Las mujeres de Nazaret, de buenas a primeras, la habían considerado un poco extraña, como se considera y se trata a las enfermas. Las más dispares opiniones corrían sobre su dolencia. Quien la decía consecuencia de una fuerte fiebre pueril, quien afirmaba que estaba enferma desde su nacimiento. Luego, poco a poco, al correr de los meses, la gente del pueblo de Nazaret había acabado por considerarla con ese temor religioso que suscitan los seres afectados por una enfermedad misteriosa. Tal vez la habitaba un ángel, quizás era una mujer que estaba más cercana a Dios que cualquier otra criatura, tal vez aquel su continuo quedarse absorta, aquel moverse y gesticular como si fuera sorda y ciega, revelaba que veía cosas nunca vistas, que oía palabras que nadie más que ella podía escuchar. La casa de José era una casa bendita, la mano de Dios estaba sobre aquel hogar. Y cuando comenzó a circular por toda Galilea el rumor de que pronto nacería de una mujer un niño milagroso que rechazaría a los ingleses hacia el mar, que liberaría a Palestina del yugo británico, la gente empezó a mirar a María con ojos extraños, como si el milagro se esperase de ella, de la virgen-esposa de Nazaret.

Una tarde, hacia fines de marzo (hacía un año ya que vivían en Nazaret), María se hallaba sentada bajo la lámpara, cosiendo en la estancia serena. José leía. De repente, José se dio cuenta de que alguien había abierto suavemente la puerta y había entrado. «Buenos días, María», dijo una voz clara y vibrante. José alzó los ojos y vio que María, dejando la labor sobre el regazo, había cruzado las manos sobre el seno y hablaba casi rezando, moviendo los labios sin que ningún sonido brotara de su boca. Una maravillosa felicidad se difundía en su rostro. Luego José oyó cerrarse la puerta, rechinar la grava en el jardín, batir suavemente la cancela de madera. Un perro ladró en un huerto próximo, aunque más que ladrido era un lamento, un lamento feliz. María se había quedado con las manos juntas, el rostro rosado y los ojos blancos y vacíos. José no preguntó y María no le explicó nada sobre aquel misterioso coloquio, sobre aquella extraña visita. Un mes más tarde, a últimos de abril, José sorprendió una mañana a María sentada en el jardín a la sombra de un naranjo. Colgaba aún algún fruto de oro del ramaje oscuro y brillante. Las naranjas tenían un color oro oxidado y cansado, y entre la hierba resplandecían otras muchas caídas, cubiertas ya por una pelusa de moho. Había pasado el tiempo de las naranjas, y los almendros despedían un fuerte perfume que se mezclaba en el viento al olor de fango y de pescado procedente del lago. La primavera había llegado ya a la campiña y el aire era cálido. La primera tormenta, anunciadora de mayo, rezongaba en el antepecho del cielo, allá, hacia Occidente, por la parte de Jerusalén. María, que tenía

las manos unidas sobre el regazo, apenas vio a José sonrió y José intuyó que algo insólito había acaecido, mas no sabía, no lograba comprender de qué cosa se trataba.

Algunos días después, José acompañó a María a casa de una parienta suya, la anciana Isabel, que se había casado muchos, pero muchos, años antes con un buen muchacho de Fiume y que también había seguido la inmigración húngara y dalmata hacia Palestina. Había llegado a Nazaret hacía poco y vivía en los montes, a poca distancia del pueblo. La suya era una familia de campesinos, de pobre gente. Se ganaban la vida con dificultad y José hubo de ayudar varias veces a aquella lejana parienta suya. Apenas María hubo entrado en la estancia, Isabel se levantó, fue a su encuentro y la abrazó, diciéndole: «¡Oh, María!» Se había dado cuenta en seguida de que María estaba encinta, mientras que José todavía no lo había notado.

Ahora María estaba tendida en la yacija de paja, en el cálido establo. Una felicidad singular resplandecía en su cara pálida. Quienquiera que la mirase, se percataba inmediatamente de que algo extraordinario había acontecido en aquella pobre gruta de Belén. Parecía que la joven madre hubiera sido arrojada sobre aquella yacija desde lo alto, desde una inconmensurable altura, y que hubiese quedado tendida tal como había caído, de espaldas y con los brazos abiertos. Apenas si respiraba. Tan sólo los párpados se movían en el extático rostro, y lo hacían con rapidez, como deslumbrados por una potente luz.

«Tal vez éste sea el niño», pensaba la multitud reunida en derredor de la cuna. Un ser libre e inocente todavía, aunque por poco tiempo. Después, la esclavitud hará de él, también de él, un hombre vil y humillado, que recorrerá las calles como un perro lamiendo las huellas impresas en el suelo por los zapatos de los amos, pasando la lengua por las resquebrajaduras de las paredes, besando la mano de quien le golpee en el rostro, de quien se digne pegarle en el rostro. Su boca pronunciará continuas alabanzas, excusas, ruegos y adulaciones. También él será un ser vil, otro hombre infeliz más, resignado a la miseria, a la vileza, a las vejaciones, condenado a contemplar la felicidad y la gloria de los demás. Todo acabará por parecerle justo y legítimo, todo, hasta las exigencias más innobles. Tal vez sea éste el niño que arrojará a los ingleses al mar. El niño milagroso que un día se pondrá al frente de este pueblo de esclavos y rechazará al mar a los orgullosos y sonrientes ingleses. «¿Qué importa que el niño sea judío?», piensan los árabes reunidos en derredor de la cuna, los pobres obreros y campesinos árabes que odian a los ingleses porque les tiranizan, y que odian a los judíos porque les explotan. ¿Qué importa que haya nacido de sangre hebrea? El día de la venganza y de la rebelión ya no habrá ni hebreos ni árabes. Sólo esclavos y amos. ¡Ja, ja, ja! ¡Mueven a risa todas estas profecías, estos chismorreos de mujerucas! La verdad es que éste es un niño como los otros, un hijo de hebreos que un día será también un miserable explotador de la gente más pobre que él. Un aliado de los ingleses. Mas el niño sonrío en la cuna, lanza unos leves vagidos, agita los rosados bracitos en el aire y las piernas ligeramente curvadas, de rodillas cubiertas de pliegues, como si se hubiera puesto unas medias de piel. «¡Cierto! —piensan los árabes con súbito espanto—. Cierto que es un niño distinto a los demás. Esa luz que le brilla en mitad de la frente... ¿O acaso es una mancha de calor, de eczema? No, no, esa luz que brilla en su frente no es la lámpara, no es el fuego que le reverbera en el rostro. Es una luz que le nace de la piel, semeja propiamente un reflejo de la sangre, una luz viva, suya propia, que le brota de la sangre. Tal vez sea de veras un milagro el nacimiento de este niño.» Pero, ¿quién puede creer todavía en milagros? Los árabes hablan entre sí, sonríen. También los judíos murmuran entre sí y sonríen irónicos. «¿Quién puede creer hoy en día en los milagros? Si el Gobierno nos lo ordena, estamos dispuestos incluso a eso, a creer también en los

milagros. Pero es preciso que sea una orden del Gobierno, una ley, una ordenanza de la policía, o sencillamente un decreto del Alto Comisariado británico.» Pero así, de un momento a otro, sin una orden precisa, sin siquiera saber si ello puede gustar o disgustar a quien manda, ¿cómo es posible que esa pobre gente se arriesgue a creer en un milagro?

Es precisamente por esa razón que José ha salido al umbral de la gruta y quiere estar solo, pues también él comprende el significado de las conversaciones y las sonrisas que la gente cambia en torno de la cuna del niño. José está inquieto, preocupado, tiene un poco de miedo pese a su gran confianza en Dios, siente temor por las consecuencias que puede acarrear el nacimiento de aquel niño. Él sabe que Jesús no es un niño como todos los demás. Él es uno de los pocos en saber que es precisamente aquel niño el destinado a rechazar a los ingleses al mar, a restituir la libertad a los miserables pueblos de Palestina, al mundo entero tal vez, a todo el mundo, a toda la Humanidad. Tiene miedo de lo que puede suceder. Los ingleses, especialmente el Gobierno, no aman los milagros. No están dispuestos a tolerar que las vírgenes paran hijos. José se da perfecta cuenta del riesgo que comporta el nacimiento milagroso de un niño, del peligro que entraña el parto de una virgen. José es un hombre prudente y ya está harto de esos hebreos dispuestos siempre a arrojarse uno contra otro, a quemarse recíprocamente cosechas y casas. Y también está ya harto de esos señores ingleses, siempre dispuestos a aprovecharse de los litigios ajenos para dominar, para imponer su voluntad y sus preceptos de Oxford sobre la piel de la pobre gente extranjera.

Ya desde los primeros meses, desde que Isabel dijera a María que estaba encinta, José había empezado prudentemente a meditar la posibilidad de cambiar de aires, de irse. Volverse acaso a Pirano, a su querido Trieste. Pero, ¿a quién tenía allí? A nadie ya, pues sus familiares estaban muertos o dispersos. En El Cairo residía uno de sus viejos amigos triestinos, un carpintero que había hecho fortuna en el comercio de maderas y de pieles negras y que le había escrito hacía poco ofreciéndole un empleo. No era gran cosa, pero sí lo suficiente como para morir de hambre. La idea de irse a Egipto no le desagradaba.

Aquél era un país relativamente tranquilo, al menos para los hebreos. También allí había luchas, también allí había gente que se rompía la cabeza a palos y a pedradas, pero lo hacían entre ellos. Los hebreos no entraban ni salían en aquello. Eran los árabes los que se zurraban entre sí: nacionalistas, liberales, anglófilos, etc. A los judíos les dejaban en paz. Ciertamente aquél también era un país gobernado por los ingleses, pero los ingleses no son insupportables más que en su casa. En Irlanda, en la India, en Egipto, los ingleses no están en su casa, sino en casa de los otros. No es que respeten al dueño de la casa, ya sea éste indio, irlandés o egipcio, sino que se tienen demasiado respeto a sí mismos para arriesgarse a olvidar que son huéspedes de un amigo. Mandan, son ellos los verdaderos amos, los amos indiscutibles, pero actúan salvando las formas, siempre para no hacer creer que se comportan mal en casa ajena. Pero en Palestina, el inglés se siente más en casa propia. Palestina es la cuna de Dios, el país donde Dios se complace en asumir forma y apariencia de hombre. Y en casa de Dios, los ingleses se sienten como en su propia casa. Entre Dios y los ingleses existe un parentesco que ningún otro pueblo podrá comprender jamás. Son los predilectos de Dios. Su orgullo de familia, el orgullo de un parentesco similar, no llega en ellos hasta creer que Dios esté hecho a semejanza de los ingleses ni que la bandera del Paraíso sea la *Union Jack*, pero sí creen *dur comme fer* que los ingleses están hechos a semejanza de Dios. José sabía todo esto, les conocía muy de cerca, había comprendido demasiado lo que significaba vivir en condiciones de esclavo en casa de los ingleses para desear permanecer más tiempo en Palestina. El arcángel Gabriel había anunciado a María que sería la protagonista de un

acontecimiento milagroso, de una vicisitud extraordinaria. Estaba claro que Dios se había interesado personalmente por María. No obstante, el Alto Comisario británico jamás consentiría que en Palestina, en Tierra Santa, se creyese, o simplemente se dijese, que Dios había tenido un hijo de una mujer hebrea. «¿Qué nos ocurrirá? ¿Adonde iremos a parar, si los ingleses se dan cuenta de que no se trata de un simple parto, sino de un milagro? —pensaba José—. Hay que irse en seguida, abandonar cuanto antes este peligroso país. A los ingleses no les agradan esta especie de escándalos de familia.»

De vez en cuando pasaba un camión cargado de soldados. Tras los desórdenes de los últimos días, las autoridades tienen miedo y vigilan. Se han adoptado todas las precauciones necesarias para impedir el estallido de nuevos tumultos. El zumbido del motor se aleja, se difumina en el aire. Es preciso partir en seguida, antes de que la voz cunda, antes de que el escándalo se haga público. Un lejano silbido de tren se deja oír en la noche clara; un can ladra a lo lejos, llega un remoto golpear de cascos de caballo sobre el asfalto de la carretera. El crepitar de una motocicleta rompe de pronto el silencio nocturno, la luz de un faro ilumina los troncos de los árboles, el muro, el seto, la colina. El vehículo pasa por delante de él con fulmineo fragor, arrojándole a la cara una oleada de viento cálido, fétido, con olor a aceite y a gasolina. José se estremece de frío y se levanta para volver a la gruta. Vuelve a oírse el trote de caballos, que se acerca. «Gendarmes», piensa José, Una pareja de gendarmes a caballo se aproxima lentamente, al trote corto, con las amplias capas blancas flotando sobre sus hombros y sobre las grupas de los caballos. Semejan ángeles moviendo muy despacio las alas, ángeles montados a la grupa de caballos alados.

—Buenas noches —dice uno de los gendarmes, deteniéndose delante de José.

—*Good evening, sir* —responde José, incorporándose.

No es solamente por temor y respeto a la autoridad que José se levanta. Justo en el preciso instante en que el gendarme le decía *good evening*, un grito repentino, seguro que era un grito, le había herido el oído.

—¿Tienes la documentación en orden? —le preguntó el gendarme descabalgando. El grito se repitió, más cercano, y parecía provenir de la gruta donde se hallaba la cuna de Jesús.

—¿Por qué no habría de tenerla en orden? —respondió José, aguzando el oído—. Soy un hombre de bien.

—También mi padre lo era y murió en la horca —dijo el gendarme riendo, mientras examinaba los documentos. Luego añadió como para excusarse—: Es un proverbio inglés.

—*Of course!* ¡Naturalmente! —respondió José; y acto seguido se arrepintió de esta respuesta, por el acento de intención irónica que pudiese tener.

—No es usted de Belén —dijo el gendarme—. ¿Qué hace aquí?

—He llegado precisamente esta noche de Nazaret con mi mujer —dijo José con voz ligeramente temblorosa—. La noche es hermosa y estaba mirando el cielo. ¿No ha visto usted aquel magnífico cometa allá arriba?

—¿Dónde? —inquirió el gendarme alzando los ojos y escrutando el cielo estrellado—. No veo nada.

—Allá arriba, encima mismo de nuestras cabezas —insistió José—. Se diría que avanza hacia nosotros. —Yo no veo ningún cometa —dijo secamente el gendarme, con

receloso y amenazador tono de voz. A continuación miró de arriba abajo a José con mirada ceñuda.

De pronto se repitió el grito, esta vez cerquísima. Una mujer salió de la gruta gritando. Llevaba el pelo desgreñado y corría agitando los brazos por encima de la cabeza, como una loca.

—¿Qué sucede? —exclamó el gendarme. Su compañero saltó con presteza de la silla y ambos se precipitaron hacia la gruta.

María estaba de pie sobre la yacija, con los brazos alzados y una expresión de indecible terror en el rostro. Toda su sangre le había subido a la frente, parecía que llevase en torno de la cabeza una corona bermeja. El rostro estaba blanco como la cera y tenía aquel grito silencioso impreso en la forma de la boca, como en las máscaras trágicas. Al aparecer los gendarmes, María corrió hacia la cuna y se echó sobre el niño, cubriéndolo con el seno y los brazos. Hizo un tremendo esfuerzo, pareció como si la boca se le fuese a romper en aquel esfuerzo doloroso, y un grito surgió de sus pálidos labios:

—¡No, no! ¡No le toquéis! ¡No le toquéis!

Los dos gendarmes se habían detenido en medio de la gruta, a pocos pasos de la cuna. La gente callaba. Era un momento extraño e impresionante.

—Dispense, señor —dijo José acercándose y tocando al gendarme por el ala de la blanca capa—. Dispense, señor, pero ésta es mi esposa, y éste mi niño. Acaba de nacer hace unos minutos.

—¡Sí, sí! —gritaron algunas voces—. ¡Sí, sí, es su esposa, es su hijo, de verdad!

—Demasiada gente hay aquí, demasiada gente —rezongó el gendarme mirando a su alrededor con ojos severos—. ¿No sabéis que una orden del Alto Comisario británico prohíbe las reuniones después del toque de queda? ¿Qué estáis mirando? —añadió con tono irritado—. ¿No habéis visto nunca a un niño?

IV

Lord Burberry estaba más bien agitado aquella mañana. Por todo el ámbito de Palestina comenzaban a florecer milagros con una frecuencia que no dejaba de parecer por lo menos sospechosa. Los periódicos de la mañana mencionaban otros dos, absolutamente nuevos. Un cometa había surgido en el horizonte, antes aun de que los astrónomos pudiesen anunciarlo, y la gente decía que se había detenido justo en mitad del cielo, a plomo sobre las casas de Belén. No es que Lord Burberry no creyese en los milagros, pues, como todos los estudiantes de Oxford, era demasiado escéptico para permitirse el lujo de no creer en un fenómeno que escapaba al control de la razón. Cuando las fuentes manaban sangre, como había sucedido, según un secretísimo informe de la policía, en la fuente de Elíseo, en Jericó, o cuando los caballos prorrumpían a hablar, Lord Burberry no tenía nada que objetar. Para él, en cuanto a Alto Comisario británico en el territorio de Palestina, sujeto a Mandato inglés aquellos fenómenos formaban parte de las causas capaces de turbar el orden público, y por ese motivo lo desaprobaba abiertamente, censurándolos con palabras muy severas. Mas en cuanto a *old oxonian*, los fenómenos excitaban su curiosidad hasta el máximo grado. Eran extravagancias, excentricidades, hacia las cuales su espíritu se inclinaba con una especie de simpatía. Si un caballo se hubiera puesto a hablar en medio de la Queen Street de Oxford, justo frente a la «All Souls College», ¿qué habría dicho el respetable

master de aquel respetable «College»? Hubiera dicho probablemente que aquellas cosas sólo podían suceder en Oxford y que por tanto eran naturales y legítimas, pese a su aparente excentricidad.

Sin embargo, el ánimo de Lord Burberry estaba más bien inquieto aquella mañana. No estaba muy contento del orden público reinante, ni del cariz que tomaban las cosas en Palestina. La tarea del Alto Comisario se había vuelto muy difícil. El Gobierno de Londres había tenido que contestar ya a varias interpelaciones de la oposición, que reprochaba a Lord Burberry el empleo de la mano dura en el gobierno de Palestina. El Gobierno había respondido metódicamente que, con la poca fuerza pública de que disponía, Lord Burberry no podía permitirse el lujo de aflojar la brida, precisamente en el momento en que volvían a encenderse las hogueras de los desórdenes, cuando hebreos y árabes se enzarzaban en continuas reyertas muchas veces cruentas. «Lord Burberry —había declarado solemnemente el primer ministro— goza de la entera confianza del Gabinete y de la comisión de Ginebra que preside el control de los territorios sujetos a mandato.» Pero, a pesar de las declaraciones oficiales, Lord Burberry no estaba muy tranquilo. Mientras no ocurrieron milagros, todo marchó bien, pero desde que comenzaron los milagros y los prodigios de todo género, las cosas se habían embrollado.

En una carta *To the Editor of the Times*, un *gentleman who writes to the Times* había declarado que, según noticias directas recibidas de Jerusalén, parecía que la situación en aquel territorio no era tan de color de rosa como el Gobierno quería hacer creer. «¿Qué sabe el Gobierno del rumor que corre acerca del próximo nacimiento de un niño milagroso, destinado a rechazar a los ingleses al mar, llamado a realizar la unión política, nacional, e incluso religiosa, de los gentiles y de los hebreos, de los árabes y de los judíos, y a restituir la libertad a aquellos pueblos, fundando el reino de Jerusalén?»

El Gabinete, por boca de su ministro de Colonias, había declarado no saber nada acerca de aquella profecía. Entretanto, se pidió por radio a Lord Burberry que confirmara o desmintiera los tendenciosos rumores. Lord Burberry no pudo sino confirmar la existencia de aquel rumor, añadiendo que él ya lo había señalado al ministerio en un despacho de fecha veintiuno de noviembre de 1921. De todos modos, añadía, el Gobierno de Su Majestad podía estar seguro de que, en caso de que se presentara la eventualidad del nacimiento de aquel niño milagroso, el Gobierno sería informado con el tiempo oportuno para adoptar las debidas medidas.

Esta frase del «tiempo oportuno», repetida por el primer ministro en un comunicado suyo a la Cámara de los Comunes, fue la risa de todos los diarios, incluso de los que no pertenecían a la oposición. «¿Qué entiende por "tiempo oportuno" Lord Burberry?», se preguntaba el *Times* en una nota editorial. «Yo no puedo eximirme —había declarado el *Premier*, en un discurso, a mediados de diciembre— de comprobar cómo la oposición se vale de todos los pretextos para combatir al Gobierno. ¿Por qué tener tanto miedo a los milagros? ¿Por qué? ¿Qué cosa entiende por milagros? Esta palabra no existe en el vocabulario inglés y es extraño que comparezca ahora, a propósito de las patrañas puestas en circulación por algún judío de Palestina. El Imperio inglés no tiene miedo a los milagros. Y el Gobierno de Su Majestad está seguro de que ningún súbdito británico, aunque sea enemigo del Gobierno, emplearía contra Inglaterra y contra el poderío del Imperio el arma fraudulenta de los milagros. Y los hebreos son ciudadanos británicos a igual título que otros cualesquiera. No existe país en el mundo donde los hebreos gocen de tanta libertad, prestigio y simpatía como en Inglaterra. El nuestro es el único Estado del mundo donde los hebreos son admitidos en la corte, donde pueden sin exageración

definirse como leales súbditos de la Corona. Ellos han dado siempre muchas pruebas de la mayor lealtad, de la más firme fidelidad. Si los hebreos quisieran combatir al Gobierno de Su Majestad, estoy seguro de que emplearían las armas constitucionales y se negarían a recurrir a medios y expedientes de tan dudosa fama como los milagros. Un *gentleman* no hace milagros. Y los hebreos ingleses, ya sean de South Kensington o de Jerusalén, son todos *gentlemen*. Y un *gentleman* no hace milagros.»

Las palabras del *Premier* fueron interrumpidas varias veces por los aplausos y por los habituales gritos de *Hear, hear*. Mas el discurso del *Premier* no habría constituido un verdadero éxito, si el honorable Maxton, del *Independent Labour Party*, no hubiera intervenido en el debate para afirmar que aquella historia del niño milagroso que había de nacer de una virgen para derrumbar el Imperio británico, no era tan absurda como parecía creer la mayoría parlamentaria. El diputado Maxton es, como todos saben, escocés y ejerce la profesión de maestro de escuela «¿Qué sabe el Gobierno —decía Maxton— de posibilidad de que nazca en Palestina un nuevo oponente del Gobierno conservador? ¿Está acaso en situación, el honorable primer ministro, de garantizar que ese niño no nacerá? Pese a la reconocida eficacia del *Birth Control*, no es de creer que, dado el caso de que el nacimiento de este niño esté en curso, el Gobierno de Su Majestad pueda impedirlo. Me niego a creer que el Gobierno de S. M. quiera llevar su mezquino conservadurismo hasta a hacer responsables a los padres de las futuras ideas políticas del que está a punto de nacer, o a tomar cualquier garantía desde las entrañas de las madres.» El discurso de Maxton suscitó un pandemónium que los anales de la Cámara de los Comunes no habían registrado desde hacía muchísimos años. *Hear, hear!*, se gritaba en el campo de la oposición. Pero el campo de la mayoría era un exaltado coro de protestas. Finalmente, el *speaker* se levantó y con voz grave declaró: «No está en los atributos de la Cámara ni impedir preventivamente los milagros, ni ejercitar un control cualquiera sobre las consecuencias políticas de los partos. El Gobierno de Su Majestad no puede prohibir que las madres pongan en el mundo súbditos que piensen de manera diferente a la mayoría. El Gobierno de S. M. rinde homenaje a todas las madres del Imperio, sin distinción de raza o de religión. Y si entre esas madres hubiese alguna que fuera virgen, tanto mejor para ella.»

Estas declaraciones habían puesto punto final a la desagradable discusión. Mas el *Premier* dio inmediatamente instrucciones a Lord Burberry de cuidar que se hiciese un registro, un censo especial de todos los niños nacidos desde principios de diciembre en adelante en Palestina, y que la más severa encuesta se hiciese sobre la madre y el padre de todo niño nacido en aquel período, con objeto de poder, si fuere conveniente, establecer anticipadamente sobre qué niño habían de centrarse las sospechas de las autoridades británicas. Los rumores populares, por lo demás, habían dicho que el nacimiento del milagroso niño sería anunciado por la aparición de un cometa. Si el cielo se mantenía despejado, cosa de la que no había duda, sería fácil para la autoridad notar a tiempo, por lo menos, la fecha de tal nacimiento. Lord Burberry no dejó de tomar, con gran secreto, todas las medidas excepcionales que la gravedad del caso imponían.

Y he aquí que precisamente aquella mañana del veinticinco de diciembre de 1921, los periódicos, tanto hebreos como árabes, anunciaban que un cometa había aparecido en el cielo sobre las diez de la noche y que hacia medianoche se había detenido justo a plomo sobre la aldea de Belén, donde seguramente debía de haber acaecido algún hecho extraordinario. Lord Burberry interrogó al jefe de policía. Pero ningún agente había advertido el cometa, a pesar de que todos declarasen que la población, aquella noche, había visto el famoso cometa.

—Mis agentes —finalizó el jefe de policía— están todos de acuerdo en declarar que ningún cometa ha surgido en el cielo durante la noche pasada. En cuanto a Belén, he de decir que ha habido, sí, un nacimiento esa noche, mas este hecho no tiene en sí nada de extraordinario. Se trata del hijo de un hebreo de Pirano, cerca de Trieste (*Italy*) y por tanto súbdito italiano, emigrado a Palestina en marzo de 1920 y que vive en Nazaret. Está casado con María, que es unos veinte años más joven que él, pero mujer de nobles y puras costumbres. El señor José, padre del niño, asegura que se halla en Belén de paso, ya que se dirige desde Nazaret hacia Giaffa, donde tomará el tren para El Cairo. Allí le aguarda un amigo, en cuya casa se hospedaré. Esto es todo.

Y eso era precisamente lo que Burberry había comunicado al Gabinete de Londres. Júzguese, pues, cuál sería su sorpresa al recibir por la noche un telegrama cifrado, en el que el *Premier* le comunicaba que, en una carta dirigida a los periódicos, el arzobispo de Canterbury preguntaba si le constaba al Gobierno que en la noche del veinticuatro al veinticinco de diciembre de 1921 había nacido en Belén el niño Jesús.

«¿Jesús? ¿Qué entiende por Jesús, el noble arzobispo de Canterbury?», se preguntó con irritada sorpresa Lord Burberry. Él había mantenido siempre para con el arzobispo de Canterbury el mismo respeto que todo inglés bien nacido tributa a tan insigne prelado. Lord Burberry recordaba todavía con delicia los momentos en que, siendo niño, en la propiedad que su padre, el tercer Lord Burberry, poseía en Kent a poca distancia de Canterbury, él contemplaba con amor y veneración las torres de aquella venerable catedral.

EL INGLÉS EN EL PARAÍSO
O
EL ARTE DE CONVERTIRSE EN INGLÉS

I

*Yo prefiero una Inglaterra libre
a una Inglaterra abstemia.*

Obispo Magee, discurso de 1872
en la Cámara de los Lores sobre el
Permissive Bill.

No cabe duda de que para comprender la verdadera naturaleza de la insularidad de Inglaterra, es decir para conocer bien a los ingleses, es necesario haber vivido en una isla. Yo doy gracias a Dios por haberme hecho naufragar en esta islita perdida en mitad del Mediterráneo.

He sido condenado, en efecto, por razones que no menguan en nada mi honor de hombre y de italiano, a cinco años de confinamiento en la isla de Lípári, y por ello me encuentro en la condición ideal para comprender a los ingleses no solamente cual aparentan, sino tal cual son. O, lo que es lo mismo: para entender la faceta misteriosa e inquietante de su naturaleza. (¡Y sólo Dios sabe lo misteriosos e inquietantes que son!) Tanto más cuanto que la primera regla del arte de convertirse en inglés nos enseña que es absolutamente indispensable, como primera medida, volverse un perfecto insular. Es muy cierto que no hay mal que por bien no venga. Yo debo a mi condena la posibilidad, que por varias razones me faltara hasta hoy, de volverme un insular perfecto.

Desde el primer día que, tras dos meses de encierro en la cárcel de Regina Coeli, en Roma, puse pie en esta costa, solitaria, me preocupé de comprobar si Lípári reunía realmente todos los requisitos de la perfecta insularidad. ¡Hubiera sido el colmo de mis desgracias, si me hubieran deportado a una isla que no fuera insular! Existen efectivamente, como todo el mundo sabe, islas que no son insulares, y son aquellas que la flota de Su Majestad Británica no pueden bordear, como, por ejemplo, la isla Tiberina en Roma, y en París las islas de San Luis y de la Cité, donde he vivido mucho tiempo sin ver nunca otra flota en el horizonte que la de las *péniches* que remontaban el Sena bajo mis ventanas.

Por fortuna mía me di cuenta en seguida, desde el primer día, de que Lípári es realmente una isla en el más amplio significado de la palabra, es decir en su clásico significado inglés. Una isla, diría, demasiado insular incluso. Bajo ciertos aspectos, lo es bastante más, que la propia Inglaterra. Este feliz descubrimiento, con inmensa sorpresa de mis compañeros de desventura y de los policías que me custodiaban, me colmó de dicha. «¡Heme aquí finalmente —exclamé, apenas puso los pies en el muelle de Lípári—, a punto de realizar el más caro sueño, la más alta aspiración de mi vida! Si sé aprovechar la ocasión, y no voy a dejarme desviar por un erróneo y anticuado concepto de la libertad, nada me impedirá convertirme en un perfecto hijo de Albión.»

Estas palabras fueron interpretadas por mis compañeros como la imprudente confesión de mi secreto propósito de intentar evadirme, o, como se dice en Europa, de «largarme a la inglesa». Se engañaban. Por nada del mundo hubiera renunciado a un experimento de tan gran interés para mí. No se da todos los días la feliz circunstancia de ser condenado a vivir durante cinco años en una pequeña isla. Y si cinco años no son

después de todo demasiados para quitarle a un deportado todo hábito, todo prejuicio, toda idea continental, apenas si son suficientes para inculcarle los primeros rudimentos de la insularidad.

Sin embargo, no podía dejar de convenir que, en mi caso, la cuestión de la insularidad no era ciertamente la más difícil, entre las muchas que me tocaba resolver. Aparte el hecho de que yo era todavía, por educación, por gustos, por inclinación y por tradiciones de familia, un continental en el sentido físico, intelectual e histórico de la palabra, me faltaban otras cualidades para parecerme, aunque sólo fuera de lejos, a un verdadero hijo de Albión. «Ante todo —me decía—, yo no soy más que un deportado política es decir un insular a la fuerza. No soy, por tanto, libre del mismo modo como lo son los ingleses Y acordándome oportunamente de aquella definición según la cual la famosa libertad británica no es sino un aspecto, y el más típico, de la insularidad de los ingleses, me pareció natural parangonarme con Robinsón Crusoe, el más insular, y por tanto el más libre, de todos los hijos de Albión.

Siempre he sentido un particular afecto por el héroe de la célebre novela de Daniel De Foe. Las aventuras de Robinsón Crusoe llenaron los sueños y las esperanzas de mi infancia. Y la primera vez que, hace ya muchos años, crucé la Mancha, estaba profundamente conmovido ante la idea de poner los pies en la patria de mi héroe predilecto. Pero me di cuenta al cabo de algún tiempo de que Inglaterra no es la patria de Robinsón Crusoe, sino más bien la de Viernes.

La misma ciudad de York, donde nació el marinero de Selkirch cuyas aventuras ofrecieron a Daniel De Foe el punto de partida de su novela, me dio la impresión de que ignoraba que era la cuna del más grande representante de la insularidad británica. El título de la novela es tan ignorado allí como el nombre del autor y del protagonista. York es una ciudad humosa, dedicada a la industria mecánica y a la chacinería. Los escaparates de los comercios están repletos de ruedas dentadas, de correas de transmisión y de rosados jamones. Es una ciudad agrupada en torno a su magnífica catedral como una gigantesca máquina de hacer jamones en torno a su motor. De Robinsón Crusoe, ninguna huella, ningún recuerdo. Ni una estatua a él dedicada, ni tan siquiera una modesta lápida. El único ciudadano de York digno de particular memoria a juzgar por el horrendo monumento que sus agradecidos conciudadanos le han erigido en los jardines públicos frente a la estación ferroviaria de la «L. & N.E.R.», sería solamente un tal Jorge Leeman, un hombrecillo representado de pie, en actitud presuntuosa y ridícula, con los pulgares metidos bajo los sobacos a través de las aberturas del chaleco. Una mezquina y satisfecha sonrisa le contrae los músculos de bronce de la cara. Resulta evidente que Jorge Leeman, como todos los ciudadanos de York, alimentaba el más profundo desprecio para con aquellos que se lanzan a la mar, y aún más para los que naufragan en las costas de una isla desierta.

Para consolarme de tanta desilusión, crucé el puente del Ouse y subí a la catedral, a llorar en silencio con la frente apoyada en la rosa esculpida en una columna de la Chapter House y cuya inscripción reza: *ut rosa flos florum sic est domus ista domorum*, como la rosa es la flor de las flores, ésta es la casa de las casas. Aquella rosa se la dediqué con todo mi corazón a la querida memoria de Robinsón Crusoe, que nunca, como desde que vivo en exilio en esta isla, me había parecido tanto el inglés al que más me parezco. Pues puede decirse que también él, como yo, fue un insular a la fuerza.

En el fondo, pese a que esté deportado y vigilado por carabineros, yo soy un hombre libre, bastante más libre que cualquier inglés. Grandes y buenos chicos, estos carabineros de aire severo y cortés, impecables en su uniforme negro con tiras rojas, el

mosquetón colgado al hombro y el pecho cruzado por la bandolera de cuero blanco. Su mirada se posa segura y respetuosa sobre este confinado de aspecto distraído y pacífico, que pasa los días solitario sentado a la orilla del mar, leyendo a Homero y Walter de la Mare, a Virgilio y André Gide, a Horacio, a Racine, a Shelley, a Leopardi y a Sitwell, y que traduce en voz alta del griego y del latín los versos del *Himno a Diana*, de Calimaco, donde Lípari es llamada con el dulce nombre de Meligunis, o los hexámetros del décimo canto de la *Odisea*, donde el palacio de Eolo, rey de los vientos y de los huracanes, que se alzaba en la alta peña donde ahora están las prisiones y la catedral de Lípari, se aparece de lejos a Ulises «toda rodeada de fulgurantes murallas de cobre», o los hexámetros del primer libro de la Eneida, donde se describe la furia de los vientos aprisionados en una caverna que todavía se abre en los flancos del antiguo palacio de Eolo.

No ofrece ciertamente el aspecto de un hombre que haya renunciado a la dignidad y a la libertad propia, este prisionero que pasa largas horas sentado sobre una columna dórica del templo de Neptuno (las columnas yacen tendidas en la hierba, semienterradas por los montones de cascajos y de inmundicias que atestan la estrecha calleja que desciende desde lo alto del peñón al puerto), mirando el mar de lúcido color verde y la roca de Escila que aparece roja a lo lejos frente al remolino de Caribdis, justo en la embocadura del estrecho de Mesina. También al atardecer, a la sombra de un algarrobo junto a la ribera solitaria de Portinente, en el lindero de una selva de olivos y de retama, este prisionero enseña los pastores a extraer de las toscas flautas de caña un aria de Mozart.

Alrededor, las cabras de suave pelambre rizada y dorada por la incesante lluvia de azufre, que el viento arrastra de la cercana isla de Vulcano, escuchan rumiando y contemplan el cielo con sus estáticos ojos azules. Los pastores tienen rostros magros de *terracotta* y sus largos cabellos espolvoreados de azufre les caen sobre los hombros en bucles de oro. En la cima del alto cono del Strómboli, allá arriba, palpita una nube llameante en forma de corazón; los rayos del sol poniente penetran en él de través, como las siete espadas en el corazón de la Virgen María en las imágenes populares. La blanca espalda del Etna, ese Olimpo de Sicilia, surge amorosa por encima de las nubes rosadas, e ilumina con el reflejo de sus nieves eternas el inmenso arco del cielo y del mar, donde tiembla ya el argénteo presagio de la luna nueva.

Sentado en la ribera desierta, entre tres volcanes coronados de humo y de llamas, doy gracias a Dios por haber hecho de mí, de aquel perfecto continental que era, un hombre bastante más insular, o sea bastante más libre, que cualquier inglés. Cierto que me queda mucho que aprender aún para poder llegar a parecerme, siquiera sea un poco, a los rubios y rosados hijos de Albión. A pesar de que llevo un sombrero de Lock, un par de zapatos salidos de una zapatería de moda de St. Jame's Street, un traje cortado por un célebre sastre de Saville Rowe (pido perdón por entrar en detalles tan frívolos, pero lo hago sólo para mostrar que la moda inglesa se lleva mucho, incluso en Lípari, y que en cuestión de elegancia, una isla vale tanto como otra cualquiera), por más que mi aspecto y mis modales sean los de un italiano de buena familia y de buena educación, no son ciertamente los de un perfecto inglés. A primera vista me parezco a un *gentleman* continental, lo cual quiere decir que no me parezco en absoluto, ni siquiera de perfil, a un *gentleman* del otro lado de la Mancha. Más aún: que soy todo lo contrario de él. Y pese a que yo me sienta tan libre como un perfecto hijo de Albión, mi libertad es de clase muy distinta de la que gozan los habitantes de Inglaterra. De una clase más humana, diría, y, bajo ciertos aspectos, más desinteresada.

Se oye repetir a menudo, por todos los que pretenden conocer a los ingleses, que son sus leyes, y de manera particular sus ordenamientos políticos, que constituyen su libertad. En tiempos de Montesquieu, sin duda el más honesto de los anglófilos de su siglo, la opinión de que la libertad de un pueblo dependa de su forma de gobierno podía parecer nueva y seductora a los espíritus liberales de Europa. Pero ya el propio Voltaire había hecho observar, en sus *Cartas filosóficas*, que la famosa libertad de los ingleses nada tiene que ver con sus ordenamientos, políticos. ¿Qué es entonces, se me podría preguntar que hace de los habitantes de Inglaterra el pueblo más libre del mundo? Lo mismo que hace de mí, pese a estar confinado, un hombre libre; o sea, la insularidad. Confieso, sin embargo, que en su libertad existe un elemento que falta en la mía y del cual no sabría definir la naturaleza. Es precisamente ese misterioso elemento el que necesito adquirir, si quiero volverme un perfecto hijo de Albión.

¿Qué es, al fin y al cabo, la libertad de los ingleses? Convengo en que es tan difícil definir su libertad, como lo es el definir la mía. De las muchas definiciones que desde Montesquieu hasta ahora se han intentado hacer, una es más extraña que la otra y cada una diferente a las demás. Una de las más sensatas, y al mismo tiempo de las menos extrañas, es a mi juicio, la dada por el obispo Magee, de Peterbourg, más tarde arzobispo de York, de aquella misma ciudad de York que fue patria de Robinsón Crusoe. Aquel sabio obispo Magee, en su discurso a la Cámara de los Lores sobre el *Permissive Bill*, declaró en efecto en 1872 que él «prefería una Inglaterra libre a una Inglaterra abstemia».

De 1872 en adelante, el tradicional amor por la libertad, no obstante las innumerables y poderosísimas ligas antialcohólicas, no ha disminuido ciertamente allende la Mancha, ni ha sufrido limitaciones por las restricciones impuestas por la «D.O.R.A» Con su tenacidad paciente y taciturna, los ingleses continúan impertérritos, por expresarlo usando la feliz fórmula del obispo Magee, prefiriendo la libertad a la sobriedad. He aquí entonces la explicación de por qué un inglés libre, y todos lo son, está siempre un poco achispado. La palabra libertad, en labios de un auténtico hijo de Albión, tiene siempre sabor de whisky y de oporto. Es por amor a la propia libertad, y por la de todos los pueblos de su inmenso imperio, que los generosos britanos se sacrifican bebiendo. Si fuesen abstemios, sólo Dios sabe cuál hubiera sido su destino. Ni siquiera la gran Flota lograría salvar en tal caso a Inglaterra de las invasiones extranjeras.

No hay que creer, sin embargo, que la definición del obispo Magee sea tan exacta como verdadera. Tiene el defecto de olvidar algunos elementos fundamentales que hacen de la libertad británica lo menos humano y menos terrenal que existe en el mundo. Su libertad es un atributo de naturaleza divina que, de entre todos los mortales, el cielo ha donado solamente a los ingleses. Entre todos los mortales, he dicho; pero, ¿acaso es seguro que los ingleses sean mortales de la misma forma que el resto del género humano?

Los numerosos amigos con que cuento en Inglaterra no se quedaron nada sorprendidos al enterarse de que yo considero mi condena como un don del cielo, y que agradezco a Dios haberme dado así la feliz oportunidad de vivir en esta pequeña isla. A sus ojos no es realmente libre más que quien es un perfecto insular. De todos los infortunios de Europa, el mayor es ser continental. *Pert-on être Persan?* Los ingleses son incapaces, absolutamente incapaces, de pensar, como hacen los buenos franceses, que la libertad de un pueblo depende de su forma de gobierno. Concepto sin duda

erróneo, que huele aún a las magnánimas ilusiones de la revolución de 1789. Más bien es de la libertad de un pueblo que depende su forma de gobierno, no lo contrario.

Un buen francés no será jamás, y no se sentirá jamás, verdaderamente libre. Ni siquiera lo sería si fuese condenado a vivir relegado en una isla. El ejemplo de Napoleón en Santa Elena es muy significativo. Por ello, no me sorprende en absoluto cuando alguno de mis amigos parisienses me escribe manifestándome su sorpresa por mi conversión a la insularidad. Los franceses carecen por completo del sentido de la insularidad. Son el pueblo menos insular del mundo, y Girandaux tiene razón cuando en *Siegfried*, para explicar por qué los aduaneros de la República son todos corsos, hace decir a uno de sus personajes, naturalmente aduanero, que *les corses sont les seuls Français qui ont le sentiment que la France est une île*. Hubiera podido añadir, sin embargo, que lo que hace la fortuna de un aduanero, significó la desgracia de Napoleón que, siendo también corso, como todo aduanero que se respete, debe precisamente su ruina a su persuasión de que, como Inglaterra, Francia era también una isla.

¡Pobres y queridos franceses! En los muchos años que he vivido entre ellos he terminado por convencerme de que son el pueblo más continental del mundo y por ello el menos adaptado a seguir las reglas del arte de volverse inglés. En París he vivido mucho tiempo en la isla de la Cité, en el último piso de una casa del siglo XVIII, en el número treinta y nueve del Quai de l'Horloge, cuyas ventanas dan por un lado al Sena y por el otro sobre la Plaza Dauphine. Me despertaban temprano por la mañana las sirenas de los remolcadores. Desde las ventanas que daban al Sena seguía con la mirada, durante largas y dulcísimas horas, el lento pasar de las barcazas pintadas de rojo y azul, cargadas de barriles, de vigas, de ladrillos color sangre de buey, de piedras blancas, de barricas de alquitrán tatuadas por gruesas venas de un hermoso negro denso y brillante. Una azulada niebla suavizaba el perfil de los puentes, desenfocaba las fachadas de los palacios, difuminaba en tiernas perspectivas las copas verdes y grises de los plátanos a lo largo de la amplia curva del río.

Estoy sentado ahora ante mi mesa de trabajo, ante la ventana abierta sobre el mar de Sicilia. En el pequeño puerto de Lípári se balancean los veleros que vienen de Calabria, cargados de trigo, de aceite y de loza. Veo a los marineros tumbados sobre la cubierta, con las manos cruzadas bajo la nuca, a los pescadores que remiendan las redes agachados sobre la playa, al leproso de Sant'Anna apoyado como de costumbre en la baranda de la estatua de san Bartolomé. También en este momento, si cierro los ojos, aquel lejano paisaje parisiense, tan caro a mi corazón, se ilumina en mi memoria con una luz delicada y marchita. Vuelvo a ver, como en una vieja estampa, el Ayuntamiento, el Louvre, el jardín de las Tullerías, los árboles de los Campos Elíseos y los nuevos puentes más célebres de París, desde el puente de Notre Dame al puente de Jena.

Desde las ventanas que daban a la plaza Dauphine, mi mirada abarcaba todo el vasto horizonte de la orilla izquierda del Sena, con la aguja de la Sainte Chapelle, las tres cúpulas del Pantheon, del Instituto y de los inválidos, la Torre Eiffel y el Trocadero. Viví allí, en aquellas estancias quietas, alguno de los años más serenos y más solitarios de mi vida. Mas no los más libres. No abría la puerta sino a escasos amigos poetas, pintores, músicos, que se reunían en mi casa sólo en raras ocasiones, para saludar a Pirandello que volvía de Italia, o a Glenway Wescott, el autor de *Good-bye, Wisconsin*, que partía hacia Wisconsin. En aquel mi pequeño círculo de amigos fieles, había algunos franceses, entre los más queridos y más fieles. Y son los únicos que no me han perdonado toda la extravagante idea de abandonar la isla de la Cité por la isla de Lípári.

En las cartas que recibo casi cada mañana de mis amigos de Londres, no tan sólo no hay ninguna señal de la sorpresa que aparece en las cartas de mis amigos franceses, sino que incluso expresan cierta complacencia por mi nueva situación. El hecho de que viva en una isla me ha acercado sin duda a ellos, me ha granjeado verdaderamente su simpatía. Tengo la impresión de haber puesto el pie sobre el primer peldaño de la escalera que conduce al paraíso de los ingleses. Y, con toda seguridad, a ellos les parece mi nueva residencia tan natural como si yo siguiera viviendo todavía en Londres.

Cuando fui detenido en Roma, acababa de regresar de Inglaterra, donde viví mucho tiempo con la feliz ilusión de iniciarme en el arte de convertirme en inglés. Tras un largo viaje a la isla de Skye, en la alta Escocia, me establecí en Londres, en el número uno de St. Jame's Street, en un *flat* cuyas ventanas daban por un lado a Pall Mall y por el otro sobre St. Jame's Street. El cuadro que se ofrecía a mis ojos desde las ventanas que daban sobre Pall Mall es con toda seguridad uno de los más clásicos cuadros londinenses: sobre el fondo claro del follaje de Green Park veía perfilarse el palacio real de San Jaime, con sus ladrillos rojos veteados de musgo verde y negro, y Marlborough House, donde reside el príncipe de Gales, mi *Neighbour George*. Durante las mañanas serenas, el cielo de seda azul se combaba sobre los tejados hasta casi rozarlos, reflejándose en el asfalto brillante de las calles, donde un pálido sol de oro giraba de aquí para allá por entre las ruedas de los vehículos como una naranja desprendida de la mano de un niño. Los árboles y los prados se reflejaban invertidos en aquel cielo como en un lago, en cuyas azules aguas, blancas nubes transparentes flotaban a la deriva y se desvanecían de improviso como pompas de jabón, allá arriba sobre las cúpulas de White Hall y entre las agujas de la abadía de Westminster.

Desde las ventanas que se abrían sobre St. Jame's Street, mi mirada se detenía con agradable abandono sobre las suntuosas fachadas de los palacios de enfrente, que por su rica e inflada arquitectura recuerdan ciertos muebles orondos y macizos, armarios y cómodas de la época victoriana. Quien hubiese abierto los cajones de aquellos armarios y de aquellas cómodas, quiero decir de los palacios del «Thatched House Club», del «Conservative Club» y del «Arthur's Club», no los encontraría llenos de platos, de vasos, de servilletas y de vajilla de plata sino de viejos *gentlemen* sentados en amplios y mullidos butacones de cuero brillante, ante un vaso de whisky o de oporto, sumidos en la lectura ritual del *Times* o del *Punch*. Permanecían hundidos en sus butacones de la mañana a la tarde, y a cualquier hora del día, si se me ocurría alzar los ojos de las páginas del libro que estuviera leyendo, estaba seguro de verles sin falta allí, frente a mí, siempre los mismos, siempre en los mismos butacones, tan indispensables a la respetabilidad tradicional de St. Jame's Street como las ahumadas almenas del palacio de San Jaime o las viejas chisteras polvorientas en el escaparate de Lock.

Me hacían compañía sin proponérselo, con una fidelidad y una puntualidad de las que ninguna de ellos sospechaba la gracia incomparable. Así tuve bajo mis ojos, durante casi un año, la imagen del Imperio británico en su más alta y noble expresión. «Más de medio siglo de historia inglesa —pensaba— cabe en la biografía de cada uno de esos viejos y austeros *clubmen*.» Más de medio siglo de libertad inglesa. Y no solamente la historia de los últimos cincuenta años, sino la suma de todo aquello que es Inglaterra, de todo lo que ha sido siempre (¿será siempre?) Inglaterra. Y cada una de esas biografías es una obra maestra de optimismo, de puntualidad, de dignidad. Y ello, a pesar de que el último capítulo sea más bien desconsolador.

Desconsolador, en efecto, pues no existe, en toda Europa, una generación más solitaria que la de los últimos eduardinos ingleses. La tradición imperial Lord Clive, de

Cecil Rhodes, de Kitchener, de los pioneros y de los *Empire Builders*, la herencia de los Pitt y de los Disraeli, reposa sobre las rodillas con los últimos supervivientes de la época eduardina. Tan sólo sobre sus rodillas. La concepción de Jorge I, del *comfort not without glory*, como la define felizmente Shane Leslie, tiene en ellos sus últimos defensores. Han permanecido fieles a las ideas, a las costumbres, a los prejuicios que han servido de fundamento al Imperio Victoriano. Hay ciertamente, entre ellos, algunos que no han perdonado todavía a Gladstone la muerte del general Gordon, ni al príncipe Alberto su mala pronunciación. ¿Qué sería de Inglaterra, si no estuvieran ellos para transmitir a las nuevas generaciones los modales, los prejuicios y los humores que forman la esencia de aquel ideal de *comfort* glorioso, vivo aún, como principio activo de la historia inglesa, hasta la vigilia de 1914? ¿Cuál sería el destino de Albión, si no estuviesen ellos para enseñar a los jóvenes el supremo arte, el arte imperial por excelencia, de saber estar sentados en un sillón?

Donde vaya a sentarse un inglés, allí surge una butaca, dice un proverbio irlandés. (Y también es irlandés aquel dicho famoso: «Un inglés no vale otro, y quizás incluso bastante menos.») En cualquier lugar, en cualquier latitud donde vaya a sentarse, sobre una piedra, sobre un terrón de tierra, sobre la arena del desierto, sobre la cresta de una ola, en lo más tupido de la selva, sobre la hierba de un campo de golf o de *cricket*, siempre y en todas partes surge bajo sus riñones una butaca de cuero. Una cómoda, amplia, honda, mullida, tibia, acogedora y hospitalaria butaca.

Plácidamente sentado, con la espalda bien apoyada en el respaldo de cuero brillante, las piernas cruzadas en la perezosa y despreocupada postura del *hunter* que acaba de descabalgarse después de tres horas de galope tras las huellas de un zorro ágil y burlón, con el codo izquierdo sólidamente hundido en el blando brazo de la butaca, la mano derecha abandonada muellemente a la deriva de un deseo aburrido y orgulloso, empujada por una fuerza misteriosa y tenaz hacia el vaso de whisky o de oporto centelleante de reflejos delicados y cambiantes sobre el redondo cristal opaco de una mesa. ¡De cuántas estampas semejantes, antiguas y modernas, no es héroe el viejo *gentleman* inglés!

La atmósfera de esta clásica estampa no es, cuidado, tan sólo la del club. Bajo la tienda en el campo de batalla, en Crimea o en Flandes, en las orillas del Indo o a orillas del Escalda; en las guerras contra Napoleón o en las guerrillas contra los Mahdi o contra Kruger; en el bar del *décimonono hoyo* en el lindero de los campos de golf de Sussex o de Kenya; en las luminosas solanas de Brighton y de Bournemouth; en las factorías de Nueva Zelanda y del Transvaal, o en la luz negra de las oficinas de la City y del Temple; en las pequeñas habitaciones del *King's* y del *Magdalen*; en los camarotes de los cruceros, que huelen a alquitrán, a gin y a tabaco *navy cut*, siempre y en todas partes, en cualquier sitio del mundo y a cualquier hora del día o de la noche, cuando un hijo de Albión se sienta, sus piernas, su codo izquierdo y su mano derecha adoptan instintiva, fatalmente, esa clásica actitud. La atmósfera que en seguida se crea como por encanto en torno a él, es la tradicional atmósfera que reina allí donde el inglés está *at rest*, donde el inglés reposa.

Mas el imperial arte de sentarse en un sillón no se aprende ya ahora, como antes, ni en Eton o en Harrow, ni en Oxford o en Cambridge. Está ya muy lejano el tiempo en que se aprendía en Eton el arte de vencer a Napoleón. Ya no hay ahora ningún joven que todavía crea que la batalla de Waterloo hubiese sido ganada en los campos de *cricket* de Eton. Si algo de cansado, de decepcionado, hay en la gloria de la moderna Inglaterra, no se nota más que en el aburrimiento, en el escepticismo y el pesimismo de la juventud, en

esa su desconfianza en los bienes y en los males de la vida; en los bienes, y en los males, del Imperio británico.

La crisis no afecta solamente a la City, sino a todas las *Public Schools* y las universidades. La juventud inglesa, en cuanto abandona Oxford o Cambridge, ya no tiene abierto ante sí el inmenso horizonte del Imperio. No halla delante suyo el cerrado horizonte de tradiciones en las que no cree ya, de prejuicios que no son suyos, de tabús a los que es ridículo tener respeto, de convencionalismos que es absurdamente inútil observar ahora.

¿Adonde ir? ¿Qué hacer? No se trata ya, como en el pasado, de fundar o de organizar un Imperio. Se trata de encontrar un empleo, un empleo cualquiera, en un Banco, en un bufete de abogado, en una oficina de la City. Ha terminado ya la edad de oro en que una piedra, un taburete, un tronco de árbol abatido, una silla de montar o el trono de un maharajá, se transformaban, como por encanto, en una cómoda y gloriosa butaca bajo los riñones del orgulloso hijo de Albión. Ni aquellos *Saturnia regna* dan señales de retorno. Hoy en día, un taburete es un taburete. Y ya no quedan tronos disponibles, ni tan siquiera en la India, para un joven recién salido del «King's» o del «Magdalen».

El alto prestigio de Oxford y de Cambridge, sus seculares tradiciones, la incomparable gloria de su humanismo, no sirven ya para producir otra cosa que legiones de desplazados. Las *boarding houses* de Bloomsbury están llenas de jóvenes de veinticinco a treinta años, que traducen a primera vista a Tucídides y Jenofonte a Virgilio y Horacio, y que viven miserablemente en la vana espera de un modesto empleo, de un pequeño estipendio mensual. ¿Dónde ha ido a parar el famoso *comfort not without glory* de Jorge I? Para medir toda la tristeza de su situación, no es necesario consultar las estadísticas de la desocupación en el campo de los intelectuales. Basta leer las ingeniosas y amargas páginas que los *gossip writers* dedican a ese aire de mediocridad y de tristeza que pesa hoy sobre la famosa progenie etoniana. *Floreat Etona! Floreat! Florebit!*, cantan todavía los jovencitos de chistera y cola de golondrina, los *Regis Henrici pueri togati*, en las tradicionales ceremonias de la fiesta del cuarto de junio de Eton. *Floreat? Florebit? ¡Tal vez!* El mal es que para las jóvenes generaciones ya no hay puestos en el Imperio. También ellas conocen, como la juventud de toda Europa, tiempos duros y mezquinos. Como en la comedia musical de Noel Coward, *Words and Music*, la *younger generation* llama y vuelve a llamar a las puertas del porvenir, pero nadie viene a abrir. Y no basta la puesta en escena de Cochran para dar al problema un aire de agradable aventura.

La espléndida estación de aquellas nobles obras, de aquellos inimitables modales, de aquellos alados espíritus a los que la civilización inglesa debe, desde hace por lo menos dos siglos, su encantadora gracia y gran parte de su gloria y de su fortuna, ha llegado ya a su melancólico ocaso. Las minorías cultas, las jóvenes formaciones de la moderna Albión, la *younger generation*, no pueden vivir ya más tiempo recurriendo sólo a sus propias fuerzas. La cultura, si bien todavía tiene un inmenso prestigio en un país donde la cultura se traduce en buenas maneras, en dotes de carácter, en educación formal, por decirlo así, antes que en saber y en obras del ingenio, no puede ya dar a la juventud universitaria un puesto seguro en el mundo. En el mundo, o sea en el Imperio.

El signo de esta decadencia de la nación georgiana del *comfort not without glory*, parecen decir los viejos y respetables *clubmen* de Pall Mall y de St. James's Street, se advierte en el hecho de que los jóvenes de hoy se sientan en un sillón como si lo hicieran sobre un taburete. Su concepción de la vida, de la Historia y del Imperio, es una concepción de un *comfort without glory*, que pudiera traducirse por «ingloriosa

incomodidad». Su modo de cabalgar las piernas, de apoyar el codo izquierdo en el muelle brazo, de abandonar la mano derecha al misterioso hechizo de un vaso de whisky, expresa una sensación de confianza desconocida hasta hoy en Inglaterra.

Desde la época de los Victorianos y de los eduardinos a esta época inquieta y descontenta, el inglés, desde el punto de vista formal, casi no ha cambiado. Todavía hoy, como ayer, como siempre, *manners maketh man*, son los modales los que hacen al hombre. Su aspecto, su comportamiento, siguen siendo los de otro tiempo, el del buen tiempo ido. Mas todo en él muestra claramente que ya no posee aquel incommovible optimismo que hizo su grandeza y su fuerza a través de los siglos. Optimismo que es tanto más necesario hoy, cuando el problema fundamental de Inglaterra es saber sentarse en un taburete con la misma elegancia que si fuese un sillón.

Y este es el origen de la sombría ansiedad que nubla el corazón de los viejos, de los austeros *clubmen* de Pall Mall y de St. James's Street.

Hoy, en esta pobre y querida isla donde vivo entre pescadores y gendarmes, cuando por casualidad alzo los ojos de las páginas de un libro y miro por la ventana el mar azul de Sicilia, pienso con ternura en el pálido cielo de Londres, en los árboles de Green Park, en los viejos *clubmen* que contemplaba desde la ventana de mi *flat*, sentados de la mañana a la noche en sus cómodos sillones de cuero brillante.

¡Felices días de Londres! Por las noches veía pasear de arriba abajo, rígidos y empequeñecidos, ante el palacio real de San Jaime, a los dos centinelas de chupa roja y gorro de piel, y pensaba sonriendo que tal vez estaban allí por mí, en honor mío. Del mismo modo sonrío hoy, pensando que los dos *carabinieri* que pasean toda la noche bajo mis ventanas están verdaderamente allí en mi honor.

Entonces, en aquel feliz tiempo, me dormía plácidamente, contento por la idea de dormir en una cama que no distaba mas de cien metros de la cama de Marlborough House donde dormía el príncipe de Gales. Lo único que turbaba, a veces, mi sueño, era la sospecha, bastante natural en un europeo que vive en Londres, de que, aun durmiendo, el príncipe de Gales resultaba snob.

¡Oh, yo no era ni mucho menos un snob, cuando vivía en Londres! Pero aquí, en Lípari, y también, como todos los confinados, no tengo más que un consuelo: el de poder convertir en snobs a todos los que no están confinados. Y por la noche, en mi habitación fría y escuálida, poblada por el continuo aullido del mar y del viento, sonrío para mis adentros ante la idea de poder, finalmente, desde mi pobre lecho, convertir en snob al príncipe de Gales.

II

El inglés es demasiado insular para una isla,
G. K. CHESTERTON

Fue sin que los franceses se enterasen, y aprovechando su célebre ignorancia de la geografía, que Inglaterra se convirtió, a hurtadillas y poco a poco, en una isla.

Hubo (in tiempo en que los franceses no sólo podían observar a simple vista a aquella costa hoy invisible a quien mira desde Francia, oculta detrás del velo de niebla gris que cierra el horizonte, sino que la tenían, puede decirse, al alcance de la mano. Se dibujaba cerquísima bajo un cielo de cristal azul, tan próxima que los habitantes de Calais y de Dover, de Boulogne y de Folkestone, de Southampton y de El Havre, podían casi

hablarse de una orilla a otra. La Mancha no era entonces más ancha que el Sena. Era solamente un poco más salada. Arrastradas por remolcadores empenachados de humo, las gabarras que remontaban aquella especie de río eran las mismas que los parisienses ven pasar, desde hace siglos, entre el Pont Neuf y el Puente de la Concordia, con las mismas mujeres gordas, despeinadas, con las medias caídas y el delantal arrollado en torno del abultado vientre, apoyadas en la barra del timón como si fuera el mango de una enorme escoba, y con idénticos perros legañosos, de pelambre erizada y cola al viento, que, erguidos a proa sobre las cuatro patas, ladran furiosamente a cada alarido de sirena.

Los habitantes de los pueblos diseminados sobre la costa inglesa, entre Kent y Cornualles, iban los domingos a la orilla del Canal para ver a los franceses, bigotudos y con chistera, pescando con caña sentados a lo largo de la orilla opuesta, balanceando las piernas sobre el agua y colgando de la comisura de la boca la colilla apagada. Constituía aquel un divertido espectáculo, también entonces, para los buenos ingleses. Naturalmente, la Mancha tenía, exactamente como el Sena, una *Rive Gauche* y una *Rive Droite*. Sin embargo, la diferencia existente entre Dorset y Normandía, o entre Cornualles y Bretaña, no era la misma que hay entre el Barrio del Odeón y el de la Ópera.

Desde Dover, Folkestone y Plymouth, se descubrían las casas prohibidas del puerto de Calais, de Boulogne, de El Havre, de Cherburgo, de Saint Malo, con sus faroles, cada uno con un número pintado en el cristal, colgantes de las puertas como enseñas, y las tabernas, todas ellas con sus acordeonistas y su muchacha detrás del mostrador que, con los codos desnudos apoyados en el zinc, el mentón en la palma de la mano y los ojos inflamados y enrojecidos por el humo, el alcohol y los sueños, sonreía inmóvil a los marineros, siempre los mismos marineros, que regresaban entonces de Terranova o partían el día siguiente hacia los fiordos de Noruega.

Un olor a bacalao, a ron, a salmón ahumado y a pernod flotaba en el aire tranquilo por encima de la Mancha. Por su parte, los pescadores de caña, sentados a lo largo de la *Rive Gauche* bajo la luz rosada y tibia del ocaso, veían sobre la orilla inglesa las casas de ladrillos rojos y amarillos, todas iguales, las puertas encristaladas de los bares flanqueadas por los coloreados carteles de los cigarrillos «Player's», de la cerveza «Guinness» y del whisky «White Horse» (¡oh, los bellos caballos blancos paciendo en los repliegues verdes de la costa escocesa y sobre las etiquetas de las botellas de whisky!) y las suaves líneas de los campos de golf, poblados por jugadores en *plus four* color mohó, o con pantalones de franela gris. Contemplaban los rebaños de carneros en los prados verdes orlados de *cottages* multicolores y olfateaban en el aire el olor a cerveza negra, a tabaco de melaza, a cuero y a lana, el olor nacional de los ingleses, que el viento de occidente expandía hasta el corazón de Francia.

En ambas orillas del canal se respiraba ese aire de familia que nace de la ignorancia de los defectos y de las cualidades comunes. A pesar de su parentesco asaz estrecho con ellos, los franceses no eran, para los habitantes de Inglaterra, sino un pueblo de pequeños burgueses con bigotes y perilla. Unos burgueses que se mantenían obstinadamente fieles a los vestidos, las ideas y los sentimientos florecidos bajo la presidencia de Sadi-Carnot y de Fallières, que dormían en colchones rellenos de medias de lana que contenían monedas de oro, que se pasaban el día en las terrazas, pescaban con caña y paseaban los domingos por las calles de los suburbios, al son de los organillos, del brazo de sus mujeres de labios pintados, de faldas ahuecadas, cargadas de bordados y de cintas multicolores, y de medias negras como las de las bailarinas del

«French Cancan». Y, a los ojos de los franceses, todos los habitantes de la *Rive Droite* eran Lores, llevaban trajes a cuadros, rezaban a Dios tan sólo los domingos y consideraban un delito imperdonable comer las chuletas de cordero con mostaza.

Abriendo las ventanas de par en par, franceses e ingleses se saludaban por la mañana haciendo graciosos gestos con la mano; por la noche, intercambiaban grandes sombrerazos, paseando por los muelles, acariciados por la brisa fragante de heno y de pescado antes de irse a acostar en las casas oliendo a *ale* y a sidra. Se cruzaban sonrisa a través del agua, de una orilla a otra, con ese duelo de cortesía que constituye la delicia de los buenos vecinos de casa, y se querían, al parecer, con un poco de ironía y con muchos cumplidos, considerándose como dos ramas de una misma familia, una de las cuales se había desviado del camino recto. Lo que, en el fondo, era bastante cierto también entonces, a pesar de que jamás se baya logrado saber cuál de las dos ramas era la que había seguido el mal camino.

Aquel idilio había de acabar, un buen día, con la inesperada llegada de Julio César. Si hemos de creer a ciertos historiadores ingleses del partido *tory*, la invasión romana no tuvo para Inglaterra más que consecuencias puramente geográficas. En todo caso está fuera de duda que fue precisamente culpa de César el que Albión se convirtiera en isla.

El recuerdo dejado allende la Mancha por aquel gran capitán no es el de un bárbaro, ni de un tirano ni de un *dago*. El inglés, se dice, es un pueblo sin imaginación. (Sin embargo, ¡qué *tour de force*, para un pueblo sin imaginación, aquel de figurarse que la reina Isabel era virgen!) Hay que convenir, sin embargo, en que no se necesitaba un gran esfuerzo de fantasía para darse cuenta de que Julio César, aun no siendo lo que se dice un *gentleman*, era un hombre como es debido. El papel que César representa en la historia de Inglaterra no es el del conquistador feroz, ni el del déspota pérfido y caprichoso, ni tan siquiera el del héroe melancólico y fatalista, del cual Shakespeare nos ha dejado un célebre retrato, sino el papel del primer europeo desembarcado en la *Rive Droite* de la Mancha, el primer extranjero que haya osado medirse, en los campos de golf de Sanwich y de Deal, con los invictos campeones del Reino Unido. Su verdadera gloria consiste en haber batido a los campeones de Inglaterra y de Escocia, no en haber conquistado la Gran Bretaña. Por ello, es natural que el pueblo inglés no haya considerado nunca a César como un bárbaro, y que haya sentido siempre para con él un sentimiento bastante próximo a la simpatía, aunque atemperado por un pesar y un reproche más que legítimos.

Aquel hombre alto, delgado, calvo, que hablaba poco o lo hacía sin gesticular, con el dulce acento de la *jeunesse dorée* del Lacio (cuyo eco resuena aún, noble herencia de la conquista romana, en el lánguido acento del Balliol), no tenía nada, a decir verdad, que pudiese herir la extrema susceptibilidad de los ingleses de su tiempo. En su pálido rostro, iluminado por una mirada fría y violenta, sólo la gran nariz aguileña ponía un poco de sombra en mitad de la boca. «La nariz de Wellington», dicen, para hacer honor a César, algunos ingleses, los mismos que admiran al conquistador de las Galias sobre todo como un «brillante oficial de Caballería». (Algo menos brillante, se entiende, que un oficial de las *Horse Guards*.) Sus maneras eran dulces, amables, distraídas, llenas de atractivo y de fantasía. Tenía muchísimo *sense of humour* y, cosa verdaderamente increíble en un europeo, no gustaba de los juegos de palabras. Lo que le conciliaba la simpatía universal, puesto que tan solo su pasión por los caballos iguala la intensidad el horror que sienten los ingleses por los juegos de palabras. Mas, sin embargo, ¿quién hubiese podido decir nunca que, bajo el terciopelo de sus buenas maneras, se escondiera

en él precisamente aquel freudiano «complejo de César» que Sir Oswald Mosley había introducido hacía poco, con tan señalado éxito, en Inglaterra?

No es sólo por sus maneras, por su *sense of humour* y por su acento de Balliol que César agradaba a los ingleses. Pertenecía a esa categoría de extranjeros, siempre bien acogidos en la mejor sociedad de Londres, que tienen el buen tino de profesar un sagrado respeto por todo aquello que es tabú en Inglaterra y una profana irreverencia por todo cuanto constituye tabú en Europa. Indispensable perspicacia para todo caballero europeo que aspire a ser tratado como un *gentleman*, si no precisamente a ser estimado como tal, allende la Mancha. No cabe duda que abajo este aspecto Julio César ofrece un interesante tema de meditación a la juventud anglófila de nuestros días, pues puede ser considerado como el primer caballero europeo que haya intentado convertirse en *gentleman*. Y si no lo consiguió del todo, culpa fue de sus virtudes, no de sus defectos. Por lo demás, que no tenía pasta de perfecto *gentleman* lo demostró él mismo desde el principio, conquistando Inglaterra. Un europeo que se permite conquistar Inglaterra no es ciertamente un *gentleman*.

Sin embargo, esta *gaffe* aparte, puede decirse que César jamás se hizo culpable de ninguna de aquellas faltas de tacto que los ingleses consideran peores que los más nefandos delitos. Sus modales, sus sentimientos, sus opiniones, eran irreprochables. Su conformismo no podía ser más escrupuloso. Es muy cierto que chismorreos de todo género circulaban sobre él en los salones de Roma y de París. Pero, ¿qué importancia podían tener sus escándalos juveniles, sus aventuras amorosas, sus irregularidades, sus deudas, sus inconfesables ambiciones, si su conducta en Inglaterra era perfectamente correcta?

No debe sorprender, pues, que, no obstante su pasado y, sobre todo, no obstante su porvenir, César fuese acogido en Inglaterra con todas las muestras de esa estima y esa simpatía que la mejor sociedad londinense reserva a los caballeros europeos. Una simpatía y una estima particulares, de las que todo *gentleman* inglés sentiríase atrozmente ofendido, si sus compatriotas se la reservaran a él. Los ingleses han mostrado siempre una gran indulgencia hacia los extranjeros de calidad, aunque gocen, en su propio país, de una pésima reputación. ¡Bien sabido es que no existen verdaderos *gentlemen* más que en Inglaterra! Es sin duda por esta razón que los verdaderos *gentlemen* británicos, apenas desembarcados en Calais, se permiten la coquetería de comportarse sencillamente como caballeros europeos, que es tanto como decir de una manera que ellos mismos, en Londres, juzgarían absolutamente incorrecta.

Transcurrió todo muy bien, hasta el día en que los ingleses se dieron cuenta de que César tenía también un defecto: el único defecto que el admirable pueblo de los puritanos no perdona a los extranjeros. Como muchos europeos que se hallan por primera vez allende la Mancha, César cometió la imprudencia de no tomar en debida consideración la célebre recomendación que los ingleses no dejan nunca de hacer a los extranjeros que desembarcan en su suelo: *Not too clever!*, ¡no os mostréis demasiado inteligentes! Esta imprudencia le fue fatal, pues no les resultó difícil a los habitantes de Inglaterra percatarse de que tenía el defecto de pensar demasiado a menudo y demasiado rápidamente. Lo cual no podía por menos que aparecer como una imperdonable falta de delicadeza a los ojos de un pueblo que posee el loable hábito de no pensar sino muy raramente y siempre con extrema lentitud. Y es con toda seguridad por esta razón que los ingleses llevan un retraso de cincuenta años sobre su porvenir.

En la enumeración de los beneficios aportados a la Gran Bretaña por la dominación romana, el historiador liberal Macaulay, uno de los más autorizados representantes del

pensamientos *whig*, ha omitido señalar el más importante. El mérito principal de Julio César es, efectivamente, el de haber acabado de convencer a los ingleses de que la inteligencia es uno de los más graves peligros de la humanidad y el de haberles ayudado a comprender que Europa, ese semillero de hombres inteligentes, estaba demasiado cerca de las costas de Albión.

Desde aquel día no hicieron sino acechar la ocasión favorable para sustraerse a un peligro tan grande. Y apenas Roma decayó y los legionarios de los sucesores de César abandonaron para siempre las orillas del Támesis, los ingleses decidieron huir cuanto antes, y lo más lejos posible, de tan peligrosa vecindad.

Una noche, apagados los faroles en las calles y las luces en las casas, los ojos de Albión cortaron los cables que les unían a las costas de Europa. Toda la *Rive Droite* de la Mancha, desde Kent a Cornualles, empezó a deslizarse lentamente hacia el Noroeste, como una nave a la deriva.

Era un 14 de julio, fiesta nacional de los franceses. Asomados a las oscuras ventanas, reunidos a lo largo de los muelles, sentados en el borde de la alta costa, los ingleses contenían la respiración, mirando las luces de la *Rive Gauche* que se alejaban poco a poco, oyendo desvanecerse en la ligera niebla el sonido de los acordeones y debilitarse el toque de los relojes en los campanarios de hora en hora.

En la costa de Francia, desde Calais a Saint Malo, ante las casas adornadas con banderas tricolores y farolillos de papel, bellas muchachas vestidas de terciopelo rojo, bailaban bajo la luz de los faroles en brazos de marineros de negro bigote y pelo rizado, Una leve brisa, dulce a los labios como un vino nuevo, inflaba las faldas, hacía flamear las banderas en los antepechos de las ventanas y ondear las linternas venecianas verdes, amarillas y azules colgadas de alambres tendidos a través de las calles. «Nuestros vecinos se han acostado temprano, esta noche», decían las chicas al término de cada baile, echando una mirada envidiosa y despechada hacia la *Rive Droite* sumida en la oscuridad.

Todo transcurrió como en un film de René Clair. Mientras en las costas de Picardía, de Normandía y de Bretaña la tibia noche de aquel memorable catorce de julio se embriagaba de música, de sonrisas, de miradas tiernas y voces amorosas y mezclaba el olor a sidra con el olor del mar, la oscura Inglaterra se iba alejando a la chita callando, con sus prados verdes, sus rebaños de carneros, sus *cottages* al borde de los bosques, sus viejos *gentlemen* sentados en las amplias poltronas de cuero de los clubs ante un taso de whisky y los dibujos del *Punch*, con sus mujeres rubias, sus caballos de brillante pelaje, sus perros de raza noble, sus pipas, sus palos de golf y sus sombreros de copa. ¡Adiós, Europa! Grupos de jovencitas románticas, desde el alto acantilado de Dover, agitaban en la oscuridad sus minúsculos pañuelos de encajes, volviendo los ojos hacia las luces de Calais, cada vez más borrosas, cada vez más lejanas.

Good-bye, Europe! El origen del *splendid isolation* se halla precisamente en esa manera de largarse a la inglesa.

Al día siguiente, *the morning after the night before*, cuando los pequeños burgueses de la Margen Izquierda volvieron a sentarse como cada mañana a orillas del Canal, con sus cañas de pescar, la chisterita echada hacia atrás sobre la nuca y la colilla apagada colgando de la comisura de la boca, ninguno se dio cuenta de buenas a primeras de que la Mancha, aquel pacífico río, se habían ensanchado y que la costa de Inglaterra se dibujaba en el horizonte más descolorida que de costumbre, como en un daguerrotipo. «Hay un poco de niebla, esta mañana, en el Canal», decían quitándose las gafas y limpiando cuidadosamente los cristales con el pico del pañuelo. Es un gesto que todos

los franceses, o al menos los que dirigen la política exterior de Francia, hacen con frecuencia, aun hoy en día, cuando dirigen la mirada hacia Inglaterra.

Hubieron de transcurrir, sin embargo, algunos siglos antes de que los franceses se percatasen de que Albión se había alejado a hurtadillas de las costas de Francia y que se había convertido en una isla.

El primero en darse cuenta de que algo había cambiado en la situación geográfica de Inglaterra fue Guillermo de Normandía, duque de Normandía. De entonces acá, se ha discutido mucho, y se sigue discutiendo, sobre las razones que impulsaron a Guillermo *el Normando* a atravesar la Mancha a despecho de su inusitada anchura y a desembarcar en la Margen Derecha al frente de un ejército. Casi todos los historiadores están de acuerdo en afirmar que el objeto de su empresa era sin duda la conquista de Inglaterra. Es de creer, sin embargo, que el fin de aquella heroica aventura fuera bastante más noble y desinteresada. Nada más natural que, habiéndose dado cuenta un buen día, desde las ventanas de su palacio de Rouen, de que un pedazo de Europa estaba yendo a la deriva, un duque de Normandía concibiese la idea de aquella sabia política que desde entonces en adelante, o sea desde 1066 hasta nuestros días, ha sido siempre y es hoy todavía la política tradicional de Francia, cuyo principio fundamental es impedir que Inglaterra se aparte demasiado del continente. Más que la conquista de Albión, está claro que el objeto de la empresa de Guillermo *el Normando* era el de tratar de atrapar aquella cosa huidiza y amarrarla a las riberas de Europa.

Aquella generosa tentativa resultó después, para Guillermo y para sus sucesores, convertidos en reyes de la Gran Bretaña, una extraordinaria aventura. Fue pocos decenios después de la batalla de Hastings cuando, según dice Macaulay, «los ingleses se volvieron insulares en todo el significado de la palabra». O sea, no ya insulares por su posición geográfica, sino por su política, por sus sentimientos y por sus maneras. Y con los ingleses, naturalmente, se volvieron también insulares los conquistadores normandos, instalados hacía poco en las costas de Albión. Mas sucedió que el sentimiento de la propia insularidad se desarrolló en ellos bastante más rápidamente de lo que se desarrollaba la insularidad geográfica de Inglaterra. Es decir: acaeció que los ingleses se encontraron bastante más distanciados del espíritu, los sentimientos, las opiniones, las maneras y las costumbres de los habitantes de Europa, de lo que distaba la costa de Dover de la ribera de Calais. Cuando Eduardo III, descendiente de Guillermo *el Conquistador*, desembarcó en Francia para sostener con sus armas no tanto sus pretensiones dinásticas, cuanto su derecho de ciudadanía en el continente, experimentó la desagradable sorpresa, él normando, de sentirse más extranjero en Normandía, su patria de origen, verdadera patria puede decirse, de lo que Guillermo *el Conquistador* pudiera haberse sentido en Inglaterra el día que desembarcó en la orilla derecha de la Mancha. Sobre todo, el rey Eduardo III quedóse profundamente dolorido y humillado al notar que los franceses, no sólo se negaban a considerarle normando, sino que se negaban francamente a considerarle europeo. Se había vuelto inglés sin saberlo. Eduardo III es el primer inglés que, al desembarcar en Europa, se haya dado cuenta de ser mucho más insular que la propia Inglaterra.

Tan sólo hoy es posible darse cuenta de cuál era el punto débil de la política de Eduardo III y de sus sucesores en relación con el continente. Si se piensa bien, el episodio culminante de aquella política, o sea la guerra de los Cien Años, no es sino el supremo esfuerzo intentado por los descendientes de Guillermo *el Conquistador* para unir de nueva la isla Albión a las costas de Francia, para que volviera a formar parte integrante del continente, restableciendo así la unidad geográfica de Europa. Las varias

vicisitudes y la conclusión de aquella guerra (la cual, como todas las guerras inglesas, no tuvo sino una conclusión provisional) demuestran la inevitable y constante quiebra de una política cuyo objetivo principal era impedir, o al menos retrasar, el proceso de insularización tanto de Inglaterra como de los ingleses, o al menos consagrar su derecho a permanecer continentales pese a vivir en una isla.

El profundo cambio sufrido por la política exterior inglesa después de la guerra de los Cien Años, se inspiró en los mismos principios que constituyen aún hoy en día el fundamento de la política del Foreign Office en sus relaciones con el continente y que pueden resumirse en la fórmula, rancia, mas siempre de actualidad, de *splendid isolation*, o sea de alejarse, de mantenerse lo más distantes posible de las costas de Europa. No se ha dicho, sin embargo, que esta nueva política no careciese de peligro, pues sería verdaderamente enojoso que los ingleses, por haberse alejado demasiado de Europa, acabasen un día por encontrarse demasiado cerca de América. Y ya aparecen, en la vida social británica, en las costumbres, en los modales, en el mismo acento, en el lenguaje, los inquietantes síntomas de una excesiva proximidad de Inglaterra a las costas de los Estados Unidos. El reproche hecho a Eduardo VII, de no mantener las distancias que separan Inglaterra de Europa, puede repetirse a sus sucesores, especialmente a Jorge V y al actual rey Jorge VI. En su política continental, lo que no ha cambiado no ha sido su política, sino el continente. (Los peligros de la excesiva proximidad de Inglaterra con América se han podido comprobar recientemente en el episodio de Eduardo VIII y de Mrs. Wally Simpson.) De todos modos, lo cierto es que los ingleses, hoy, han llevado hasta tal punto su grado de insularidad, que se han vuelto, como dice G. K. Chesterton en su *Pequeña Historia de Inglaterra*, «demasiado insulares para una isla». No podrían expresarse mejor, en forma más epigramática, las particulares situaciones de aquel pueblo, no tan sólo en sus relaciones con Europa, sino con el continente en general y con el propio género humano. El hecho de vivir en una isla, si bien produce sensibles modificaciones en la estructura orgánica, en el aspecto físico y en el espíritu de un hombre, no basta a explicar el recóndito secreto, el sentido oculto, en la insularidad inglesa.

Yo también vivo, desde hace mucho tiempo, en esta isla de Lípári, infinitamente más pequeña que Inglaterra, y, sin embargo, no me siento excluido del género humano. La distancia que hay entre la costa de Sicilia y Lípári es la misma exactamente que la existente entre Dover y Calais y, no obstante, no me siento en absoluto desarraigado de Europa. Es más, no me he sentido nunca tan europeo como ahora. Mi política personal, al igual que la de Eduardo III, es precisamente la de intentar unir de nuevo la isla de Lípári a las costas del continente europeo. Y me encuentro ante las mismas dificultades en que se hallaron Eduardo III y sus sucesores. Como Europa en sus relaciones con ellos, Italia no quiere saber de mí. Por lo demás, no poseo ningún medio para cruzar el canal que separa Lípári de tierra firme, pues no me es permitido pasear en barca. Todas las barcas, todas las lanchas y los vapores que hacen el servicio entre Sicilia y el archipiélago de Lípári, están en manos del Gobierno, es decir, del continente. En el fondo, yo me hallo en idéntica situación a la que se encontrarían Inglaterra y los ingleses, si éstos no poseyesen la *Home Fleet* y si el dominio de los mares estuviese en manos del continente.

Tal vez un día, cuando haya logrado volverme inglés, yo también me sienta más insular que la isla de Lípári, y hasta demasiado insular para una isla. Entonces yo también me habré vuelto un perfecto hijo de Albión. «Cada inglés es una isla», decía Enrique Heine; y, naturalmente, todos juntos forman un inmenso archipiélago desparramado sobre todos los mares del mundo. Éste es, en el fondo el origen de su

imperialismo: está en el exceso de su insularidad. Ése es el secreto del Imperio británico. Y su política respecto a Europa se halla dominada por el hecho de que ellos pueden mover a placer su isla como si fuese un navio y acercarse o alejarse a voluntad de las costas de Europa. Y hay momentos en que Inglaterra es menos isla que de costumbre y otros en que es más insular de lo corriente. En este hecho consiste toda su historia política.

Esta extraña movilidad de Albión es precisamente lo que más alarma e indigna, lo que provoca las sospechas y la angustia de los franceses. En el fondo, la política exterior del Quai d'Orsay consiste, desde el fin de Napoleón, en intentar amarrarla al continente con toda suerte de cables y de cabrestantes, para que no se aleje demasiado. Oficialmente, Francia no ha reconocido jamás que Inglaterra fuese una isla. Los franceses han pretendido siempre que desde las ventanas del Louvre, del castillo de Versalles y del Quai d'Orsay, se ve pasear por el parque de Saint James's al rey de Inglaterra y a sus ministros, con chistera y *redingote* gris. Y no se contentan tan sólo con verlos pasear, sino que les saludan con familiares gestos de la mano, como se acostumbra a hacer entre corteses vecinos de casa. Esta política ha conocido su momento de mayor esplendor en tiempos de Aristides Briand, quien, desde las ventanas del Quai d'Orsay se divertía saludando con amistosos gestos no solamente al pueblo británico sino a todos los pueblos de Europa, y pretendía que la Mancha no era ya más anchurosa que el Rhin. Su política respecto a la Mancha y al Rhin era dictada por su psicología de apasionado pescador a sedal. Ésa es la política ideal del francés medio. El ideal de Briand y de todo el pueblo francés era sentarse a orillas de la Mancha y del Rhin, con un sedal en la mano y charlar con aquellos amables vecinos de casa.

Inmerso en estos pensamientos, estaba esta mañana asomado a los altos bastiones del castillo de Eolo, mirando las lejanas costas de Sicilia y de Calabria, cuando me pareció ver, allá abajo en la plaza de Marina Corta, un afluir de pescadores y de *carabinieri*. Los pescadores empujaban sus barcas al mar y pronto vi de pie en las proas de las largas embarcaciones a los jóvenes pescadores de palanca, con los largos arpones en la mano derecha. «Habrán avistado algún banco de peces gordos», me dije, y volví de nuevo los ojos hacia el horizonte marino. Pasaban por alta mar veleros de blancas velas inclinadas al viento del Sur. La tierra firme se dibujaba lejana bajo la incierta bruma que trae de África el viento de siroco. El soplo del viento africano me batía en la espalda y hacía flamear como banderas, en las azoteas de las casas, la ropa blanca tendida a secar. «Hoy también hará calor», pensaba. Era una jornada de tibio setiembre, oscurecida por los turbiones arenosos que el viento de África impelía por el mar.

«Mi *splendid isolation* —pensaba— es ciertamente bastante más espléndida que la de los hijos de Albion. Y a pesar de que mi insularidad sea todavía tan sólo una simple noción geográfica, siento ya, sin embargo, que poco a poco penetra en mi espíritu y que no tardará en volverse, como la de los ingleses, un elemento psicológico, una cualidad fundamental de mi espíritu. Empiezo incluso a querer a esta pobre isla, rosada por el fuego de sus volcanes, flagelada por las olas de un mar implacable, batida por la furia de Eolo, rey de los vientos, dorada por la continua lluvia de azufre que cae de este cielo implacablemente luminoso. Pobre isleta, tan querida ahora ya por mi corazón. La historia de Lípari es sin duda mucho más antigua y mas ilustre que la de Albión.» La isla era civilizada, estaba cubierta de palacios y de templos y poseía una potente flota, cuando todavía Inglaterra estaba cubierta de bosques impenetrables, habitada por salvajes pobladores, y Europa ignoraba incluso, o casi, su existencia, pese a que el *Times* se esforzase en persuadir a los pueblos del continente de que Inglaterra existía y

era un país civilizado. ¿Qué se sabía de Albión, en Europa, antes de la conquista de César? Pero Lípari estaba civilizada ya antes de Homero. Sus habitantes tenían en Delfos uno de aquellos templos llamados «tesoros», dedicados a Apolo. Los griegos que poblaban Lípari, mezclados con la población autóctona de pescadores y pastores, habían construido, en las pendientes de la isla, templos a Diana y a Neptuno cuya antigüedad se remonta al mismo siglo en que fueron construidos los templos de Poseidón en Pesto. La propia Atenas no era más que un burgo, ignorado incluso por los poetas, cuando ya Lípari era una grandísima potencia mediterránea y poseía una *Home Fleet* que los etruscos, los siracusanos y los cartagineses temían. Dominaba ya el bajo Tirreno y el mar de Sicilia hasta el canal de Túnez, tres mil años antes de que Inglaterra poseyese Malta y Chipre. Sus monedas de oro tenían un poder adquisitivo infinitamente superior al de la libra esterlina actual. Cuando surgió Roma y comenzó a asomarse al mar, las relaciones de Lípari con los romanos eran muy amistosas, mas la potencia terrestre de Roma hacía la competencia a la potencia naval de Lípari.

III

UN AMOR INFELIZ

*Britannia may rule the waves but
she cannot waive the rules.*

HAMEN SWAFFER

Rubios y rosados, los ingleses desembarcan en Calais como si descendiesen de una nube. Abandonan la cubierta del buque y ponen pie en tierra con aquella sonrisa celestial con que los primeros aeronautas dejaban la barquilla de su *montgolfier*. Hay algo en ellos que viene de lejos, de lo alto. Su mirada, sus maneras, no son de este mundo. Se diría que andan como si tuviesen las alas escondidas bajo el vestido. Aunque lleven pesados zapatos y tengan unos pies inmensos, sus leves pasos rozan la hierba sin doblarla. Un sonámbulo sentiría celos de su modo de caminar. Son bellos, con una cabeza fría y altanera que más parece hecha para mirarse en el espejo de Narciso que en el de Venus. Y nuestras mujeres se asoman a las ventanas para verles pasar, acariciando con mirada llena de deseo y de nostalgia sus anchas espaldas, sus flancos largos y estrechos, sus blancas frentes sembradas de pecas luminosas. Tienen rostros tan claros, cabellos tan rubios, voces tan melodiosas, que nadie diría que están hechos de carne, que son criaturas terrenas. En el agua límpida de sus ojos resplandece ciertamente un reflejo de cielo, o mejor dicho, un reflejo del cielo.

Vestidos de lana suave y tibia, pasean entre nosotros como si estuviesen encerrados en una invisible armadura. Van distraídos y sonrientes, con la cabeza ligeramente ladeada sobre el hombro, como escuchando voces altas y lejanas. Nada les afecta, nada les conmueve. Ni una palabra, ni una sonrisa, ni un rayo de sol, logran atravesar el acero transparente de esa invisible armadura, ni herirles el corazón. Impenetrables e impenitentes, devuelven nuestros sentimientos y nuestras ideas como un espejo las imágenes. La leyenda de su invulnerabilidad frente a las cosas humanas estaba tan difundida en tiempos en Europa, que se creía comúnmente que ni tan siquiera una bala de fusil lograba arañarles. «Es preciso matarles dos veces», decían, de los soldados de Marlborough, los franceses de Luis XIV. Lo cual puede considerarse como un elogio de los ingleses y a la de un testimonio de su naturaleza sobrehumana. No tan solo eran valerosos, sino *diehards*, reacios a morir, si no propiamente inmortales. Pero, más que a las balas de fusil, son impenetrables a las ideas. Puesto que si ha ocurrido con frecuencia, en el curso de los siglos, ver ingleses morir de un balazo, jamás se ha dado el caso de que un hijo de Albión fuese muerto por una idea.

Sentados ante las puertas de los cafés, en torno de los veladores que atestan las aceras, los buenos burgueses de Europa les miran pasar, siguiéndoles con una larga mirada donde la curiosidad se mezcla al respeto y la envidia. Un olor a cerveza y a pernod vaga en el aire tranquilo. Enjambres invisibles de moscas zumban sobre el empedrado amarillo de sol. Y entre los fuegos cruzados de la envidia y la admiración, los ingleses pasan como tímidas muchachas bajo las miradas celosas de los Don Juan de provincia: sólo un poco de arrebol en las mejillas, apenas la sombra de un pétalo de rosa. Puros y cohibidos, como su poeta Mark Akenside (el *frozen Keats* del epigrama de Edmund Gosse), que paseaba por las calles *as if he never could be undressed*, sin ropas encima, como uno no podría ni imaginar siquiera. ¿Y quién, en efecto, podría

imaginarles desnudos? Tienen todos una apariencia tan púdica, que las mujeres encinta de nuestros países enrojecen sólo con mirarlos.

Algunos tienen la apariencia de arcángeles venidos a anunciar a todas las Marías de Europa el nacimiento de un niño milagroso. Otros, de mensajeros alados camino de Sodoma y Gomorra para salvar a Lot de la inminente ruina. Y de sus rostros se desprende una tan noble indiferencia por las cosas humanas, una ignorancia tan amable de nuestras ideas y de nuestras pasiones, de nuestra geografía sentimental y moral, que todos desconfían de su aire de inocencia. Acaso son demasiado inocentes para ser también honestos. Incluso su timidez es sospechosa y no son pocos los que, entre nosotros, la consideran una máscara de la arrogancia, un desafío a las buenas costumbres y las virtudes, más que a los vicios, de la humanidad. Ningún hombre de buen sentido podrá perdonar jamás a los ingleses el arte, insular por excelencia, de llevar la timidez, la inocencia y las buenas maneras hasta la indelicadeza.

Su más grave carencia de delicadeza, respecto a nosotros, consiste en que no se nos parecen bajo ningún aspecto. No solamente pertenecen a una raza bastante más blanca que la nuestra («África, dice un proverbio suyo, comienza en Calais»), sino francamente «a otro planeta», como observaba hace un siglo el gran reformador del sistema de educación británico, el famoso doctor Arnold, *master* de la escuela de Rugby. Ya sean Horacio Walpole o Sterne, el conde de Chesterfield o Dickens, Gladstone o Shelley, Rupert Brooke o los jóvenes *undergraduates* de Oxford y de Cambridge los que vienen a pasar sus vacaciones entre nosotros, todos los ingleses que, viajando por Europa, tienen la posibilidad de observar de cerca nuestras maneras, usos y costumbres, no ocultan su satisfacción al comprobar que no tenemos nada en común con ellos. Y se alegran de su manera de ser, no se comprende bien si como de una suerte suya, o como de una desgracia nuestra.

Por lo demás, su actitud entre nosotros muestra claramente que no sólo no se sienten europeos, sino que están persuadidos de no pertenecer tan siquiera al género humano. Basta leer, en *English Traits*, el célebre retrato que Emerson nos traza de los viajeros ingleses de la primera mitad del siglo pasado, para darse cuenta de que desde entonces acá no han cambiado nada en absoluto. A este respecto, el *Times* (en su número del 15 de mayo de 1933, bajo el título *English manners abroad*), se lamenta de «que haya pasado la época en que el Milord inglés, fuera el fastuoso conde Bristol, o tan sólo el viejo Tobías Smollett, se abría paso por el continente con jactanciosa insolencia, y cuanto más admirado era, menos europeo se mostraba». Y añade que hoy los ingleses que se dirigen a Europa son todos «gente inocua y bien pensada, que ni siquiera en sueños se comportarían en su propia casa de modo tan estúpido como se comportan en el extranjero». Ciertamente que la época del conde de Bristol, o sencillamente del viejo Tobías Smollett, hace tiempo que terminó y es cosa laudable que su jactanciosa insolencia haya cedido el sitio a maneras tan afables. Pero, ¿está muy seguro el *Times* de que haya cedido el sitio a lo que él llama *an ill-placed facetiousness*, una bufonería fuera de lugar? Puede ser que hoy los ingleses se comporten en nuestra casa «como si los habitantes de Europa fuesen alguna bufa especie de animales en un jardín zoológico», pero, en todo caso, el *Times* se equivoca al definir su actitud: *An ill-placed facetiousness*. Acaso sea bufonería, mas, ¿está de veras fuera de lugar?

Su tradicional *grand tour* de Europa, más que un viaje de exploración en un continente que todo inglés respetable está obligado a conocer (¡y sólo Dios sabe todo lo respetables que son, o pretenden ser, en cuanto ponen los pies en Europa!), puede decirse con propiedad que es un viaje al descubrimiento de la humanidad. Apenas

desembarcados en el muelle de Calais, los hijos de Albión miran a su alrededor maravillados, como si de verdad se hallaran en otro planeta, como si jamás hubiesen visto antes seres humanos. ¿Ésta es, entonces, la Tierra? Esa materia dura y pesada, de color de cuero (*the tawny ground*, como la llama Shakespeare), que sus pies pisotean en aquel momento por primera vez, no es ciertamente la misma preciosa y misteriosa materia, celosamente escondida bajo un manto de verdes bosques y de brillante hierba de seda, de la cual está hecha su divina isla. Dan los primeros pasos y oprimen el suelo de Europa, con tal desconfianza, diría casi con tal desagrado, como si en su casa estuviesen acostumbrados a caminar por el borde de las nubes.

¿Y esos seres extraños son los hombres, los famosos hombres? ¿Y éste es el género humano? «Admira, exulta, desprecia, ríe, llora, hete aquí ante la razón de todo género de sentimientos: ¡el hombre!», exclamaba en su romántica exaltación Lord Byron, el único inglés que había alimentado en su interior la loca aspiración de volverse un hombre. Vana aspiración, indigna de un verdadero inglés. Pero, además, ¿era Lord Byron un verdadero inglés. No se puede decir, en todo caso, que fuese un *gentleman*, pues ningún hijo de Albión, ningún *gentleman*, olvidará jamás su propia dignidad hasta el punto de intentar, o solamente desear, trocarse en hombre. Toda su educación está fundada sobre el principio irrefutable de que un inglés no podrá ser jamás otra cosa que un inglés. Bastante más que un delito contra el honor y el prestigio de Inglaterra, esta metamorfosis de inglés a humano sería un delito contra natura, el único género de delitos que un hijo de Albión, no obstante las apariencias, es incapaz de cometer. Conviene entenderse desde ahora sobre este punto fundamental: no son las leyes de su país las que le prohíben volverse un hombre, sino las leyes de Dios, las leyes de la naturaleza.

Toda la historia de Inglaterra no ofrece siquiera un solo ejemplo de inglés que se haya transformado en un ser humano. Si tal hecho acaeciese, el orden del universo, la famosa *balance of power*, quedaría trastornado. Ni tan siquiera Lord Byron pudo infringir jamás las leyes de la naturaleza. De nada le sirvió repudiar a Inglaterra, sus prejuicios, sus convencionalismos, pues no logró sino vivir como un mal inglés y no pudo eximirse de morir como un verdadero *islander*. Los hijos de Albión pueden modificar la naturaleza de las leyes, pero jamás las leyes de la naturaleza. *Britannia may rule the waves, but she cannot waive the rules.*

Lo que más les sorprende, apenas desembarcan en Europa, es el extraño y desagradable olor que flota en el aire, ese olor a humanidad que respira nuestra piel, nuestros cabellos y que impregna nuestras casas, nuestros libros, todo cuanto tocamos, incluso los animales, la hierba, los hojas, las piedras, la lluvia y el viento de nuestros países. Al parecer, no solamente somos diferentes a ellos física y moralmente, sino que además exhalamos un olor diferente. «Mi nariz conserva aún un grado de delicadeza inglesa verdaderamente fastidioso», escribía desde París a su madre el doctor Arnold, en 1815, cuando fue en descubrimiento del continente. Aquella *english delicacy* de la que habla el famoso *master* de Rugby, además de una prueba física de su repugnancia a mezclarse con nosotros, es un testimonio moral, por decirlo así, de su desazón al encontrarse por primera vez en contacto con la humanidad. Puesto que no es solamente África lo que empieza en *Calais*, sino el país de todos los hombres, donde los árboles, los prados, los ríos, todo es humano, donde las casas, los pueblos, las ciudades, están colmadas hasta los tejados de sentimientos, de ideas, de cosas humanas, donde los sueños, los delitos, los milagros, todo lleva el sello de la fe, las esperanzas, las miserias y la grandeza de los hombres, raza infeliz que cree en la felicidad. Al menos, en la felicidad de los demás.

A medida que se adentran por las carreteras de Francia hacia el corazón de Europa, su sorpresa inicial se troca en malestar. Se va abriendo paso poco a poco en sus espíritu la opinión (debiera decirse la idea, mas los ingleses no tienen ideas, tienen solamente opiniones) de que un hombre y un inglés no están hechos para entenderse, que no lograrán jamás entenderse entre sí. Pese a que estén orgullosos de sentirse tan diferentes a nosotros, querrían podernos emprender y hacerse comprender, querrían saber de nosotros algo más de lo que basta para despreciarnos. Pues solamente saben que somos seres humanos. Y nos desprecian con una gracia, una cortesía, un candor y un desinterés a los que no sabemos oponer más que una mezcla de sentimientos injustos e inútiles: rencor, admiración y envidia. Toda suerte de sentimientos, salvo el que ellos creen sinceramente merecer, y al cual están persuadidos de tener derecho. «¿Por qué, parecen preguntarse, nadie nos quiere en Europa?»

No es cierto que en Europa nadie les quiera. Pero es verdad que conocemos demasiado poco de ellos para poderles querer como se merecen. ¿Qué sabemos de los ingleses? Se sabe cómo visten, cómo beben, cómo se divierten y cómo se aburren. Se sabe cómo cazan el zorro, cómo pescan el salmón, cómo juegan al *cricket* y al golf. Se sabe cómo se reproducen, cómo viven y cómo mueren. Se sabe incluso cómo piensan, si bien jamás se logra saber qué es lo que piensan. Pero, en el fondo, sabemos bien poco de ellos. Se sabe cómo son, se ignora lo que son. Los retratos de Lady Albión y de sus hijos, las escenas que representan a John Bull en familia, en la universidad, en la iglesia, en la corte, en el mar, en barca, en lucha, de caza, en las carreras, abundan en nuestra literatura de todos los tiempos. Pero de todos los escritores nuestros, desde Julio César a André Maurois, que han intentado describir a los ingleses al natural, que han tratado de ilustrarnos sobre sus aspectos, modos, costumbres y tradiciones, sobre sus leyes morales y sentimentales, ninguno ha logrado jamás responder a la cuestión de qué son los ingleses, ni ninguno ha podido proporcionarnos los elementos necesarios para penetrar en su secreto. Puesto que es seguro que existe un secreto en su naturaleza, secreto que ellos fingen ignorar y que, sólo de pensar en él, les hace enrojecer, como si de un celoso e inconfesable secreto de familia se tratara.

Basta mirarles a los ojos, oír el sonido de sus dulces voces, rozar sus manos blancas y mórbidas, para comprender que hay algo de misterioso en su naturaleza. Basta verles andar. Caminan a pasos largos, como un andar entre cansado y resuelto, como si tuvieran prisa, pero no muchas ganas, por acudir a una cita suprema, como si temiesen no llegar a tiempo al día del Juicio universal. Es el suyo un andar de aire libre, de prado, de bosque, de parque, de orillas del mar, en armonía con el moverse de las ramas y de las olas, con el estremecimiento de la hierba y de las hojas, con el lento discurrir de los ríos y de las nubes. Abandonadas a lo largo de los flancos, las manos siguen suavemente, insinuándola apenas, la cadencia de todo su cuerpo atlético y a la par femenino, así como el movimiento de la naturaleza que les rodea. Manos blancas y puras, fuertes y delicadas, ennoblecidas por el contacto del brillante cuero de las sillas de montar y de las riendas, por el de la goma de las pelotas de tenis y de golf, por el del liso mango de las raquetas, de los remos, de las palas de *cricket* y de los palos de golf, por el de la sedosidad de los caballos, el pelo mórbido de sus canes de sangre real y por el de las mejillas de rosa de sus orgullosas e insatisfechas mujeres. Manos de largos dedos, manos de color claro de luna, tan vivas y ligeras que sólo un ánimo firme, un optimismo seguro y las seculares tradiciones de Oxford y de Cambridge logran retenerlas, impedir que echen a volar por el aire verde y azul, como mariposas enamoradas.

Andan con la frente alta, orgullosos y distraídos. ¡Y con qué despectiva gracia rozan el terreno sus alados pies! La leve brisa que sopla del mar les empuja suavemente hacia delante a través de las mil insidias de que, como todos saben, está sembrado el arduo camino de su vida. Les empuja de tabú en tabú, de *hole* en *hole*, de *wicket* en *wicket*, de *fence* en *fence*. Aquella brisa con sabor a alga y a sal infla sus pantalones de franela y sus chaquetas de *tweed*, hace flamear alrededor de su mórbida garganta, en torno a su cuello flexible, las bufandas de seda roja y azul moteadas de blanco, despeinando sus rubios cabellos y mezclando al olor del mar el olor a cuero nuevo que emana de su blanca y lisa piel.

Basta verles caminar por las calles de sus ciudades rojas y negras, por las cubiertas de sus navíos, a lo largo de las lindes de sus inmensos prados y de sus parques profundos, para comprender que el secreto de los ingleses no pertenece a este mundo. Hay algo de fatal en su andar apresurado e indolente. Un orgullo aburrido, un desprecio cortés, una incommovible certeza. ¡Andad despacio, acortad el paso, afortunados hijos de Albión! Aunque lleguéis tarde el día del Juicio, ¿a vosotros qué os importa? Sois los únicos seres del mundo seguros de la salvación de la propia alma.

«¿Cómo podéis conocernos y comprendernos, si no nos amáis?», dicen los ingleses con su voz dulce y distante. Y se excusan de su confianza hacia nosotros lamentándose de la antipatía con que la humanidad devuelve la inimitable gracia de sus modales, su cortés y noble desprecio por todo cuanto es humano, por todo lo que es solamente humano. «Somos temidos y respetados bajo muchos aspectos, pero no queridos, y en modo alguno comprendidos», escribía en su Diario el propio doctor Arnold en 1830, durante un viaje que realizó por Francia e Italia. Y se defendía de la antipatía que notaba aletear a su alrededor refugiándose en una profunda aversión por el género humano. Un hombre previsor y seguro de lo suyo, aquel doctor Arnold que en sus períodos de vacaciones recorría Europa a lo largo y a lo ancho llevando consigo, en la maleta, un ejemplar de Tucídides y el epistolario del duque de Wellington y en la aguda cabeza dos conceptos fundamentales: que los ingleses eran las más cándidas y más nobles almas del mundo y que Dios nada tenía que ver con el género humano. No amaba a la humanidad, pero amaba y honraba a Dios. Al suyo, se entiende. Un Dios inglés en el más amplio significado de la palabra, un Dios perfectamente arnoldiano, en cuanto a educación. «El *master* del cielo», le llamaba el *master* de Rugby.

Desde lo alto de la diligencia que le llevaba a través de Europa, el doctor Arnold observaba la humanidad como desde lo alto de una montaña. El espectáculo de los hombres le disgustaba no menos que la vista de aquel gigante que se exhibía en aquel tiempo en un barracón en Oxford, un joven de diecisiete años y ocho pies de estatura del cual habla con horror en una carta. A los ojos del reformador de las *Public Schools*, cuyo ideal era hacer de los ingleses un pueblo de *christian gentlemen*, los míseros habitantes de Europa tenían más figura de monstruos que de seres hechos a semejanza de Dios. No podía por menos que palidecer al pensar en lo que hubiera sido el destino de Inglaterra si la naturaleza no hubiese hecho de ella una isla. Vivir en contacto con el género humano, mezclarse con los hombres, sufrir los peligros y los placeres de su intimidad, ¡qué horrible perspectiva para un leal, honesto e insular inglés! Y, apartando la mirada del envilecedor espectáculo de la humanidad, el *master* de Rugby se sumergía en la lectura de su caro Tucídides, un ejemplar de cuyas obras llevaba siempre abierto sobre las rodillas en sus viajes, para consolarse de tantos amargos desengaños. Aunque en raras ocasiones, tan sólo la naturaleza (en su opinión, los más bellos paisajes de Francia y de Italia juntos no merecen siquiera una noble mirada inglesa) lograba

compensarle un tanto de las desilusiones que los hombres le proporcionaban. Tal le ocurrió en 1830 en Várese, donde la gloria de un ocaso estival contemplado desde lo alto de Santa María del Monte logró conciliar su alma celestial con «la perfección de la belleza terrenal», si no propiamente con las infinitas miserias del género humano.

No obstante, si en vez de sumirse en la lectura de su dilecto Tucídides o de extasiarse ante el divino espectáculo de un ocaso estival sobre los lagos lombardos, se hubiese dignado bajar los ojos sobre la humanidad, se habría dado cuenta de que la antipatía de la que él, como todo hijo de Albión, sentíase rodeado en Europa, no era seguramente menor que la que, también entonces, los espíritus vulgares del continente alimentaban para los anglófilos.

El amor por los ingleses, aquella anglofilia de la cual los tontos de nuestro país reprochaban a los nobles espíritus más los esplendores y las locuras que la trágica vanidad, no pertenece solamente al orden de los sentimientos. Especialmente en tiempos del doctor Arnold, alrededor de aquel año 1830 que siguió a la edad de oro del delirio romántico, la anglofilia era más que una pasión, más que un modo de vida o una filosofía. Era casi una religión. Y, como todas las religiones de aquel tiempo, contenía una grandísima parte de locura, pues era preciso estar verdaderamente loco también entonces para querer a los ingleses con una ternura tan ciega y melancólica. ¡Amar a aquellos seres misteriosos sin preocuparse siquiera de comprenderles! ¿Puede haber en el mundo nada más insensato? Todas las pruebas de amor que nuestros anglófilos no se cansan de ofrecer a los ingleses desde hace dos siglos hasta hoy, ¿no son acaso testimonios de una infeliz pasión llegada al límite de la estulticia?

Entre las enfermedades del siglo, la anglofilia era sin duda la más noble y la más ilustre. En la Europa de aquella época inquieta y soñadora, los anglófilos eran tan numerosos como los veteranos de las guerras napoleónicas. ¿Es acaso posible que sea Tucídides el culpable de que el doctor Arnold no se diera cuenta, durante sus largos y frecuentes viajes por el continente, de la grave enfermedad que padecían los más ilustres espíritus, las más preclaras inteligencias de Europa? ¿Es posible que no le haya rozado jamás siquiera una furtiva mirada de amor? ¿Lo es acaso que no haya advertido nunca sobre su mejilla la caricia de los tiernos y melancólicos ojos de aquellos apasionados infelices que formaban hilera, a lo largo de las carreteras del continente, al paso de cada hijo de Albión? Estaba tan ciego para todo lo que fuera humano, tan sordo a la voz de los hombres, que no supo jamás leer en aquellos ojos, ni conmoverse al oír el sonido de aquellas voces dolientes. ¡Con qué lágrimas de piedad y de agradecimiento habría bañado las páginas de su Diario y las cartas a su madre si hubiera podido darse cuenta del trágico destino que estaba reservado a los anglófilos! ¡Cuál no habría sido su sorpresa, y cuál su dolor, al descubrir que una nueva religión, una abominable idolatría, había ocupado el puesto de la fe cristiana en el corazón de los mejores hijos de Europa!

Puesto que el ídolo que los anglófilos adoraban en sus altares no era hijo de Dios; era simplemente el hijo legítimo de John Bull y de Lady Albión. Era el inglés. Los santos de aquella nueva fe se llamaban Lord Bute, Lord Yarmouth, Jorge Selwyn, Nash, Brummell, Sheridan, por no recordar sino los más famosos o los más patéticos. Las reliquias que los anglófilos veneraban en sus santuarios, en los templos del buen gusto, del aburrimiento y de la afectación, en los salones, en los teatros, en las alcobas y en los clubs, eran los vestidos, las corbatas, los sombreros, los zapatos, los guantes y los pañuelos de los *beaux* y de los *dandies*, de aquellos seres leves y luminosos que surgían de la niebla de Londres como cometas y se balanceaban en el cielo de Europa cual

celestes mensajeros de la felicidad terrena. Cuando Lord Byron proclamaba que hubiera preferido ser Brummell antes que Napoleón, un tierno orgullo embriagaba el corazón de nuestros anglófilos. Sus enamorados ojos se volvían con pía reverencia hacia los lugares sagrados de su religión: la casa del número cuatro de Chesterfield Street, la sastrería de Davidson y Mayer, los comercios de Bond Street, los clubs de Pall Mall y de St. James's Street, los palcos de los teatros donde se representaban las comedias de Etheredge, de Cibber, de Congreve y de Vanburgh, el Pabellón de Brighton, el Carlton House, el Belvoir, los palacios de la duquesa de York y de la duquesa de Devonshire, los salones de Erskine y de Lord Townsend. Una vez más, era la Gracia la que salvaba el alma de Europa. Pero esta vez, era la gracia de los *dandies*.

Aquella idolatría, cosa extraña, tenía muchos puntos en común con la religión que el doctor Arnold había preconizado como fundamento de su reforma del sistema de educación inglesa. Sabido es cuál era el objeto de esa reforma, a la que incumbe la mayor responsabilidad en la formación del carácter de los ingleses modernos y a la que se debe que el régimen escolástico británico, que antes del doctor Arnold era «un régimen de anarquía atemperado por el despotismo», sea hoy una república gobernada por muchos reyes.

Hacer de cada alumno de las *Public Schools* un *christian gentleman*. Tal era el objeto de la reforma arnoldiana. Mas, a decir verdad, la religión sobre la que se fundaba no era precisamente la de la Iglesia anglicana. Era más bien lo que se podría llamar un culto de Cristo, no en cuanto a redentor de la humanidad, sino en cuanto a *christian gentleman*. (¿Qué puede tener que ver con la humanidad el Dios de los ingleses? Todos los ingleses, pertenezcan a la confesión que pertenezcan, y los católicos no menos que los otros, tienen un solo dogma en común: que Dios no se hizo hombre, sino inglés. Y, naturalmente, no se hizo inglés para la redención de la humanidad, sino, cosa que es bastante más razonable, para mayor gloria de Inglaterra.) El único punto débil de aquella particular teología consistía en el hecho de que el Cristo del doctor Arnold, contrariamente al pobre Dios de Europa, era más *gentleman* que cristiano.

Aquel culto tenía sus leyes y sus reglas, bastante diferentes a los famosos «treinta y nueve artículos» de la Iglesia anglicana. El código de aquellas leyes y de aquellas reglas, que todo *boy* de Rugby estaba obligado a observar escrupulosamente, no era un verdadero y propio código del arte de salvar las almas sino de salvar las apariencias, lo que constituye además el objetivo a que tienden, según Shane Leslie todas las varias confesiones de la cristiandad inglesa.

Ciertamente, el doctor Arnold tenía sobre nuestros anglófilos la inestimable ventaja de conocer íntimamente a su propio Dios. ¿Acaso, por usar la expresión de un discípulo suyo (de la que Lytton Strachey, en sus arbitrarias y frívolas páginas sobre el doctor Arnold, se hace eco, quién sabe por qué razón, con una sonrisa de ironía y de escepticismo), el *master* de Rugby no era «pariente de Dios en espíritu»? En realidad, lo era. Ninguna persona sería, en Inglaterra y en Europa, osaría poner en duda el alto parentesco del doctor Arnold. Por lo demás, en la escuela de Rugby todos eran parientes de Dios en espíritu. Y parientes tan cercanos que, al preparar a sus alumnos para la confirmación, como recuerda su gran biógrafo, A. P. Stanley, les enseñaban a repetir no ya la frase ritual en uso en la Iglesia anglicana, «Cristo murió por nosotros», sino esta otra, más en consonancia con el *pedigree* de aquella sacra familia: «Cristo murió por mí.» El mayor mérito del doctor Arnold es el de haber dado a todos los jóvenes ingleses de buena familia la posibilidad de contraer, en las aulas y en los campos de *cricket* de

Rugby, un parentesco cuya utilidad social se revela inmensa, en una nación donde ni tan siquiera la persona de Dios se salva de las leyes del snobismo.

Si los anglófilos hubieran tenido, como el *master* de Rugby, el privilegio de conocer íntimamente a su Dios, el inglés, no cabe duda de que la religión que hoy predominaría en Europa no sería el cristianismo, sino la anglofilia. Con lo cual, todos los habitantes de Europa serían ingleses. No ya subditos de Su Majestad Británica, como los profanos podrían entender, sino ingleses en el significado más puro, más noble y más desinteresado de la palabra. En su significado ideal, que es además el menos accesible a los no iniciados. Tan sólo a condición de lograr saber qué son los hijos de Albión, de penetrar el secreto de su naturaleza, hubiera sido posible a los anglófilos fijar las reglas del arte de volverse ingleses, que también entonces confundían con el arte de volverse como los ingleses.

Mas, en vez de intentar penetrar el secreto de aquellos seres misteriosos, los nobles espíritus de Europa se contentaban con imitar sus maneras, su forma de vestir, su pronunciación; con apasionarse por la hermosa pantorrilla de Lord Bute o por las ensortijadas guedejas de Lord Effingham y de Lord Scarbrough, con envidiar las medias de Jorge Selwyn y con recrearse en la incomparable gracia del *Beau* Brummell. Poco a poco su religión decae, se convierte en secta, la *Dandiacal sect*, se reduce a una moda, a una vana imitación de los ingleses, a un amor sin gloria y sin esperanza.

Ninguna pasión en el mundo ha sido jamás tan infeliz y tan estulta como el amor de nuestros anglófilos por los *beaux* y los *dandies* de rojos labios y rostros de cera. Peligrosa ilusión, la de que bastase disfrazarse de inglés para elevarse hasta la olímpica serenidad, que Chesterfield, en sus *Cartas*, señalaba como el primer atributo del perfecto *gentleman*, hasta aquella calma antigua, hasta aquel *nihil mirari* y aquel incorruptible desdén. ¿Y acaso no sobrevive también en el fondo de cierto snobismo moderno la misma dulce ilusión que impelía a los anglófilos de aquella espléndida y melancólica época a buscar las razones de su propia vida en la filosofía del dandismo, que Carlyle llamaba la filosofía de los vestidos, *Philosophy of Clothes*, y a encantar Europa con la moda y las extravagancias de los ingleses?

Sabido es a qué patético final estaban predestinados los anglófilos. Morían, arrugados y canosos, consumidos por el dolor de no poder volverse ingleses, alejados de las miradas indiscretas, en el fondo de cualquier parque de la isla de Francia, o entre los cipreses y los laureles de un jardín toscano, contemplándose. Narcisos resignados, en el agua límpida de un riachuelo o de un estanque que tenían en su corazón un querido y secreto nombre: Isis, Cherwell, Cam o Serpentine. Su infeliz amor acababa casi siempre en la soledad y la tristeza de una dulce y desencantada locura.

Morían sonriendo y su dulce muerte embriagaba el aire alrededor, como las rosas en el soneto de Shakespeare: *of their sweet deaths are sweet odours made*.

IV

UNA SAGRADA FAMILIA

¿Quién podría decir cuál sería hoy el estado de Europa, y de la misma Inglaterra, si los anglófilos del tiempo del doctor Arnold hubiesen logrado penetrar en el secreto de los hijos de Albión? (Iban por buen camino y fue un espejo lo que detuvo a aquellos Narcisos.) Todas las miserias y las desdichas que se han ensañado sobre el género humano en este último siglo, nos habrían sido ahorradas sin duda. Un porvenir de paz y de felicidad hubiera dado alas a nuestras más nobles esperanzas y nuestras más elevadas aspiraciones. Nos habríamos vuelto todos ingleses, y todos hubiéramos saboreado las delicias de una vida libre y feliz. La vieja Europa habría sido el teatro de una extraña revolución, la más extraña de cuántas se han visto jamás, que habría tenido para la propia Inglaterra consecuencias de incalculable alcance.

El género humano hubiera conocido finalmente esa edad inocente que los poetas llaman la edad de oro, pero acaso los más graves peligros habrían amenazado la felicidad, el orgullo, la libertad y la misma vida de Inglaterra. Pues está claro que, si se lograsen fijar las reglas del arte de volverse inglés, sería extremadamente fácil deducir las del arte de conquistar Inglaterra. Nadie que esté dotado de un poco de sentido común y conozca lo suficiente a los hombres como para desconfiar de ellos puede creer que nos hubiéramos conformado con volvernos ingleses. Nuestro orgullo de *parvenus* nos habría empujado fatalmente a tratar de reducir a su vez a los hijos de Albión, respecto al género humano, al mismo estado de sujeción, de sometimiento, en que la Humanidad ha permanecido durante siglos, y permanece todavía, respecto a los ingleses.

Nuestro amor por esos tímidos seres a los que el cielo ha colmado de todas las gracias y de todas las virtudes, se hubiera trocado pronto en rencor. El recuerdo de lo que era Europa respecto a Inglaterra antes de que la anglofilia sobreviniese para redimir a la Humanidad, nos habría inducido a vengarnos de todos los perjuicios y de todas las humillaciones que los ingleses, con las más amables y mejores intenciones de este mundo, nos han inferido desde que Albión es una isla. Y nadie puede decir cuál hubiera sido la suerte de la pobre Inglaterra si los habitantes de Europa hubiesen tenido finalmente la posibilidad de tratar a los ingleses a la inglesa, o sea con sus mismas buenas maneras, las *English good manners*.

Cada vez que pienso en los peligros a los que se hubiesen visto enfrentados mis predilectos hijos de Albión, si los anglófilos hubieran logrado descubrir su secreto, mi conciencia se rebela contra el delito que estoy a punto de cometer y la pluma se me cae de la mano. ¿Qué derecho tengo yo de revelar a la Humanidad un secreto tan celoso y peligroso? ¿Qué derecho tengo yo de exponer a Inglaterra a una ruina segura? ¿Acaso mi honor de caballero no me impone sacrificar mi vanidad de escritor a la salvación de ese adorable pueblo de *gentlemen*?

Pero cada vez que, obedeciendo a la voz de mi conciencia, me levanto para tirar al fuego estas primeras páginas de mi libro, la idea de que los hombres no son malos sino en cuanto son hombres, detiene de improviso mi gesto y vuelvo a sentarme con el ánimo tranquilo. Pues el día que los hombres, por mediación de este libro mío, se hayan vuelto todos ingleses, sus almas serán con toda seguridad tan cándidas como las de los más respetables hijos de Albión. El cielo les colmará a su vez de todas las gracias y de todas las virtudes y el rencor, el orgullo, el deseo de vengarse de las humillaciones padecidas,

desaparecerán de sus corazones purificados y desde lo alto de los acantilados de Calais los nuevos ingleses tenderán los brazos abiertos a los viejos ingleses reunidos sobre los *cliffs* de Dover. Un sol de oro, el claro sol de los buenos domingos de los niños, iluminará esa patética escena de familia. El aire picante del mar teñirá de rojo los rostros, punzará los ojos amorosos, hará brotar alguna lágrima entre las pestañas. Y bastará un pequeño sople de viento para hacerles volar por el aire límpido, a través de la Mancha verdegris, para empujar dulcemente a los nuevos hijos de Albión hacia los brazos de los viejos hijos de John Bull.

Cuando se me ocurre suscitar ante mis ojos, en sus más tiernos detalles, esa conmovedora escena, me digo que el porvenir de Europa y de Inglaterra no puede ser más de color de rosa. Y en mi corazón me alegro, no sin algo de ingenuo orgullo, de poder contribuir de modo, tan decisivo, por medio de este libro, a la solución más importante, y de mayor actualidad, de nuestro tiempo. Basta mirar en torno para comprender que no está solamente en juego nuestra pobre existencia de todos los días, sino incluso la salvación de nuestra alma. Las condiciones de Europa son tan miserables, y el destino de los espíritus libres, de las conciencias honestas, de las almas cristianas, es ahora tan triste, que sólo nos queda una esperanza: repudiar al género humano volvernó libres y felices, volvernó ingleses.

Sin embargo, el problema de la libertad y de la felicidad, o sea de la metamorfosis del hombre en inglés, no es una cosa tan sencilla como parecía nuestros anglófilos del tiempo de Horacio Walpole o de Jorge Brummell. Una experiencia de casi dos siglos nos prueba que es vano reducirlo a una estéril imitación de los gustos, de las maneras y de la moda de la *dandiacal sect* de allende la Mancha. Es más bien un problema de orden moral, político, religioso y social que un problema de educación. No se trata, no podría tratarse en ningún caso, de un problema de orden sentimental, como creía Madame Du Deffand. Y que es de naturaleza infinitamente más compleja de cuanto se creía en 1780, o hacia 1830, se advierte por el hecho de que, desde aquella edad de oro de la anglofilia hasta hoy, los que han logrado satisfacer su noble aspiración pueden contarse con los dedos. Y aún así, se trata de casos puramente fortuitos, de felices casualidades, cuyo típico ejemplo es el del conde d'Orsay, que habiéndose acostado una noche tan francés como de costumbre, es decir hasta el blanco de los ojos, despertó a la mañana siguiente inglés de pies a cabeza. Y ni siquiera él mismo supo explicar jamás cómo pudo acontecerle cosa tan maravillosa.

De los admiradores de Horacio Walpole a los imitadores de Eduardo VII, todos nuestros anglófilos han permanecido siempre fieles a la ilusión de que «las buenas maneras», completadas con un traje de impecable corte salido de cualquier célebre sastrería de Saville Row, bastan para hacer de cualquier mortal un perfecto inglés. No se crea tampoco que aquella antigua y noble ilusión se haya apagado para siempre, hacia 1914, con nuestros últimos eduardinos, padres ilegítimos de todos nosotros, pues revive en las jóvenes generaciones de hoy, con el hechizo inmortal del aburrimiento, del snobismo y de la vanidad. Y las «buenas maneras» (que según el principio de la anglofilia clásica dependen de la moda, y son tan mutables como la moda misma) no han aparecido nunca tan carentes de gracia, de buen gusto y de dignidad como después de la guerra. Se han tornado, al igual que el delito, la ambición y el amor, a *without splendour*, un pecado sin esplendor. Tanto es así, que puede decirse que las «buenas maneras» son ahora lo más estúpido y ordinario que existe en la Europa de nuestro tiempo.

Tan sólo un Thackeray sabría exponer debidamente los riesgos y las desventuras a cuyo encuentro se dirigen cada día los innumerables ejemplares de las muchas variedades de la moderna anglofilia, todos los snobs, los fatuos, los «bellos espíritus», que vemos a nuestro alrededor remedando los modales y la indumentaria de los hijos de Albión. Solamente un Thackeray, o sus espirituales nietos, Lord Castlerosse, Lord Donegall, Patrick, Balfour, Lady Eleanor Smith, Hannen Swaffar, Charler Graves, Alan Parsons, Ralph Nevill, Percy Sewell, podrían describir del natural la cínica ilusión de toda esa juventud dorada del continente que se afana en acostumbrar los labios al acento de Balliol, de Bloomsbury o de Chelsea, de esta joven Europa que cree, como escribe Lord Donegall, *tha it is now chic to have good manners*, que hoy sea «chic» tener buenas maneras. Pero ¿cuántos son los de los *Uper Ten Thousand*, de los *Somebodies*, del *Bright Young People* de nuestro país, que lograrán, por la sola virtud de las *English good manners*, volverse perfectos hijos de Albión? Es de suponer que ninguno, o muy pocos, y sólo por casualidad. Las «buenas maneras» son necesarias acaso, alguna vez, mas no bastan para hacer de un mortal cualquiera un verdadero inglés.

No es ciertamente en virtud de sus *good manners* que el escocés Ramsay Macdonald, el primer ministro, o el italiano Dante Gabriele Rossetti, el prerrafaelino, o el americano T. S. Eliot, el poeta, o el hebreo Disraeli, lograron convertirse en perfectos ingleses. Alguien o algo debe de haberles ayudado a trasponer la frontera que separa el mundo inferior de los hombres del excelso mundo de los hijos de Albión. Pero ¿quién, o qué cosa? Si echamos una ojeada a través de la *Window in Vanity Fair* de Lady Eleonor Smith, sobre el *World of Fashion* de Ralph Nevill y sobre la *Society Racket* de Patrick Balfour, podemos repetirnos la misma pregunta a propósito de algunas de las más amables, elegantes y cortejadas *Hostesses* de la sociedad londinense, como, por ejemplo, Lady Cunard, Mrs. Corrigan y Miss Elsa Maxwell. Su gracia es incomparable, su señoría perfecta, sus salones son los santuarios de lo mejor de Londres o, si se quiere, de lo peor, que al fin y al cabo es lo mismo. Y todos están de acuerdo en considerar que hoy es casi imposible encontrar, allende la Mancha, *Hostesses* más espléndidamente inglesas que Lady Cunard, que Mrs. Corrigan o que Miss Elsa Maxwell, las tres americanas.

No fue ciertamente merced a sus maneras que el holandés Guillermo de Nassau, «el glorioso monstruo que ha invadido esta isla», como le llama el poeta John Gay en los *Canes de Egipto*, se convirtió no solamente en rey de Inglaterra, sino francamente en inglés en el más exacto significado de la palabra lo que es asaz más difícil que subir al trono de Inglaterra. A juicio de los contemporáneos que han tenido ocasión de conocerle de cerca, sus modales eran de lo más holandeses que darse pueda, lo que significa que no eran exquisitos sino en los Países Bajos. Y, sin embargo, a lo largo de toda la Historia del Reino Unido, ningún rey extranjero ha sido jamás más inglés que él. También Guillermo de Normandía y Jorge de Hannover lograron ser, de un modo u otro, reyes de Inglaterra. Pero el primero siguió siendo normando toda su vida y el segundo murió más tudesco que cuando desembarcó en las costas de Albión. Y no puede negarse que fueran, aunque a su manera dos perfectos *gentlemen*.

El destino de aquellos dos reyes, aparte el hecho de que ellos, al menos, subieron al trono, tienen muchos aspectos en común con el destino del príncipe Alberto, que no obstante sus maneras impecables, ha conseguido solamente ser un buen súbdito acaso el mejor, de Su Majestad Su Esposa, pero jamás ha logrado ser algo que pareciera, ni de lejos un inglés. Sus manos eran tan blancas como si fuera de cera, su sonrisa era dulce, en sus ojos azules resplandecía la luz de la bondad y de la inteligencia pero desgraciadamente, observa Lytton Strachey con benévola crueldad, tenía el aire de un

tenor y una mala pronunciación. ¿Basta eso para impedir que un hombre se vuelva inglés? A juzgar por muchos ejemplos, se diría que no. Incluso en la Cámara de los Lores, «el mejor club de Europa», como dicen a orillas del Támesis, no faltan los pares con aspecto de tenor, que pronuncian el inglés como si hablaran en sueños.

Quien siga paso a paso todo su largo reinado, quien observe cada uno de sus actos, cada actitud suya, quien explore cada uno de sus pensamientos, quien lea cada página de su Diario y cada carta suya, advertirá que la misma reina Victoria no ha sido jamás, ni en las zonas de penumbra de su existencia familiar, nada más que reina de Inglaterra y emperatriz de las Indias. *Diva Victoria*. Sí, divina, tal vez. Y madre de ingleses, de muchos y perfectos ingleses. Pero no lo que se dice una hija de Albión. El suyo era un defecto de familia. Los dos primeros Jorges de la casa de Hannover no dejaron nunca, ni por un instante siquiera, de ser tudescos. El más inglés de aquella dinastía fue el patético Jorge III, el adversario de Napoleón, y no es de extrañar en absoluto que comenzase a ser inglés justo cuando principió a mostrar síntomas de locura.

¿Y qué decir de Jorge IV, del gran protector de la *Dandiacal sect*? Ni siquiera la amistad del *Beau Brummell*, que le había iniciado en la *gentle art* de subir al Olimpo de los *dandies*, permitió a Jorge IV trasponer el prohibido umbral del Paraíso de los hijos de Albión. De aquel Olimpo a aquel Paraíso el paso es breve, y dos pequeñas alas bastan para realizar el breve vuelo. Mas Jorge IV «tenía el alma obesa», como decía con razón Barbey d'Aurevilly. ¿Y por qué será que el actual príncipe de Gales es infinitamente más inglés de lo que lo fuera su abuelo, que sin embargo era Eduardo VII, «rey por la gracia de la Gracia», como diría el príncipe de Ligne?

Quien pudiera contestar a todas estas preguntas prestaría con toda seguridad un pésimo servicio a Inglaterra, pero aseguraría a Europa un porvenir de paz y de felicidad. Pues es obvio ahora que el conocimiento del secreto de Albión abriría al género humano las puertas del Paraíso de los ingleses. Se pondrían finalmente en claro las razones de familia por las cuales el cielo protege a los *islanders* de modo tan descarado. La política interna de la Divina Providencia, o sea sus relaciones con el pueblo británico, ya no tendría misterios para nosotros. Se descubriría no sólo cuál es el resorte secreto que mueve el mecanismo de la historia de Inglaterra, sino aquello que se esconde bajo la gloria, el orgullo y la inocencia de ese feliz pueblo.

Los ingleses en su isla nos aparecerían como actores en el escenario de un teatro. Podríamos iniciarnos de una vez por todas en el oscuro juego de sus sentimientos más íntimos, de sus pensamientos más inaccesibles, y ninguna frase nos escaparía, ningún parpadeo. Se vería finalmente por qué misteriosa mano son manejados los hilos que mueven a todos los personajes, grandes y pequeños, de la historia de Inglaterra, de esa *Cabalgata* cuyo autor no es Noel Coward, sino Dios en persona, y cuya puesta en escena no obedece a las leyes estéticas de Cochran, sino a los cánones de la teología.

Nos daríamos cuenta, así, de que el personaje principal de esa historia es el Dedo de Dios. Todos los hijos de Albión se nos aparecerían conforme son en realidad, un instrumento del cielo, y cada movimiento, cada episodio de la vida inglesa, se revelaría a nuestros ojos por una manifestación directa de la voluntad divina. Pues ya es hora de que nos demos cuenta de que la voluntad de Dios no se manifiesta directamente sino en Inglaterra. La historia de Europa es gobernada por el azar, todo en ella queda abandonado a merced de la ciega fortuna, y Dios no se digna manifestar su voluntad más que por vía indirecta, por persona interpuesta, a través de su Vicario. Quien se

ocupa de Europa y del género humano es el Papa. Dios, personalmente, no se cuida más que de sus queridos ingleses.

El día que podamos quedar convencidos de que la existencia de todo hijo de Albión es regulada hasta en sus más mínimos detalles por la Divina Providencia, toda la historia de ese pueblo, desde la conquista de César hasta nuestros tiempos, nos aparecerá sencilla y clara. Nos daremos cuenta con profunda sorpresa de que los ingleses no son guiados en sus acciones, como se cree comúnmente en Europa, por el interés personal o nacional, sino por la Gracia. Todo lo que hacen, bueno o malo (pero, ¿acaso hacen jamás algo malo?), lo cumplen por inspiración y en interés exclusivo del cielo. La intervención de la gracia es visible en cada uno de sus actos, mas es sobre todo en las malas acciones (digo malas por decirlo así) cuando ellos saben mantenerse ingenuos y puros. Realizan el bien o el mal con un desinterés y un candor maravillosos. Nada distingue a un Ricardo III de un cardenal Manning, a un Enrique VIII de un general Gordon, a una reina Isabel de una Florence Nightingale, a un Cromwell de un doctor Arnold, nada, excepto sus acciones. Mas, ¿qué importancia pueden tener sus actos, comparados con sus intenciones y la pureza de su conciencia? Sus almas son todas del mismo color, inmaculadas como lirios.

Todos los ingleses, sin excluir ninguno, son inocentes de cuanto hacen. Es la gracia, tan sólo la gracia, siempre la gracia, la que inspira cada uno de sus actos, la que les guía tanto en la elección de una corbata como en la conquista de un continente. Trátese de un Lord o de un descargador de los «West India Docks», de un *undergraduate* del «King's College» o de un modesto empleado de la City, de una célebre actriz de cualquier teatro del West End o de una oscura *girl* del London Pavillion, trátese de Nelson o de Wellington, de Guillermo Pitt o de Gladstone, de Osear Wilde o de Edith Sitwell, de Disraeli o de Sir Oswald Mosley, de Marlborough o de Douglas Haig, ningún inglés es responsable de sus propias acciones. No es más que un ejecutor de las órdenes de Dios.

Sucede a menudo, en Europa, que la gente se pregunta por qué razón es tan difícil, por no decir imposible, encontrar un inglés honesto. Está claro que ello depende de la misma razón por la cual es imposible tropezar con un inglés deshonesto. Es una pretensión absurda querer juzgar los actos de los hijos de Albión según el concepto, humano por excelencia, de la honestidad o de la deshonestidad; ellos están por encima de los valores humano, tan por encima de nuestra moral y de nuestras virtudes como de nuestros vicios y de nuestros pecados. Tan injusto y calumnioso es acusarles de ser malvados y deshonestos, como acusarles de ser honestos y buenos. El vicio y la virtud, o al menos aquello que nosotros, en Europa llamamos con estos nombres, son talmente confusos en ellos, que no se sabe nunca, en un inglés, dónde acaba uno y empieza la otra. Hay siempre algo vicioso en sus virtudes y de virtuoso en sus vicios. Todos los ingleses son como De Qincey: *morbidly virtuous*, morbosamente virtuosos. No sorprende, por ello, que consideren la virtud, al igual que el delito, *as one of the fine arts*, como una de las bellas artes. Cualquier cosa que hagan, cualquier delito que cometan, de cualquier noble acción que sean autores (estaba por decir culpables), ellos se quedan sin mancha y sin mérito. El estúpido concepto que tenemos nosotros de la moral, no nos prohíbe reconocer que nada puede impedir a un pueblo de verdaderos *gentlemen* seguir siendo verdaderos *gentlemen*.

La gran superioridad de los ingleses respecto a nosotros estriba en el hecho de que ellos no se hallan como nosotros, sujetos al remordimiento y al arrepentimiento y en que nada logra hacerles enrojecer de vergüenza. No enrojecen sino de placer, de timidez, de pudor. Siempre hay suficiente gente en Europa dispuesta a ponerse colorada por ellos, lo

que les dispensa de muchos escrúpulos. Ellos son bastante más y bastante mejor que morales o inmorales, que honestos o deshonestos: son puros e inocentes por derecho de nacimiento, por razón de naturaleza. ¿No es acaso la gracia lo que les inspira? ¿No es acaso Dios quien les guía en todas sus acciones? De todo lo que hacen, no es a ellos a quienes hemos de dar las gracias, sino a la Divina Providencia. Y ponen en todos ellos tal delicadeza, tal ingenuidad, tal desinterés, que ennoblecen y hacen inteligente cada uno de sus actos. Si Adán y Eva hubieran sido ingleses, el pecado original no habría sido de naturaleza tan grave. No habría consistido más que en un snobismo más.

No se podrá comprender nada de su naturaleza ni de las leyes que regulan el curso de la historia de Inglaterra, si no se admite el principio de que los hijos de Albión son los únicos auténticos representantes de Dios sobre la tierra. Precisamente sobre este principio se funda no solamente el sistema parlamentario inglés, o sea su famoso «sistema representativo», sino todas las manifestaciones de sus actividades públicas y privadas. Cada vez que el rey de Inglaterra acepta la dimisión de un primer ministro y encarga al *leader* de la oposición que forme nuevo gabinete, es siempre la dimisión de un representante de Dios lo que él acepta y es siempre a un representante de Dios a quien llama al poder. Su política, sus asuntos, sus negocios, sus pasatiempos, sus amores, su inmortal aburrimiento, la literatura, el arte, sus cualidades y defectos, su orgullo y su puerilidad inconmensurables, su genio y su clásica *dulness*, su necedad, nos parecerían un juego oscuro y estúpido, una cruel e ingenua mezcla de vicios y de virtudes, si el mundo de sus ideas, de sus sentimientos y de sus actos no estuviera iluminado por la sonrisa de la gracia.

Las ideas, los programas, la acción política, por ejemplo, de Palmerston o de Neville Chamberlain, de Robert Peel o de Mr. Maxton, el *leader* del Independent Labour Party, de Gladstone y de Sir Oswald Mosley, el *leader* de la British Union Fascist, nos parecerían carentes de sentido y hasta un poco extravagantes, si no se admitiese que todo lo que piensan y hacen no depende de ellos, de la voluntad, las ambiciones, los intereses, y los cálculos suyos, de su buena o mala fe, sino de la infinita e inescrutable sabiduría de Dios. Y es precisamente esto lo que da un carácter tan noble, tan ingenuo y tan gratuito, a las luchas políticas inglesas. En Inglaterra, todo depende de la teología, incluso el Ministerio de las Colonias. Todo, especialmente lo provisional, lleva la impronta de la eternidad. ¡Y ay si así no fuera! Tarde o temprano, no quedaría de eterno en ese feliz país otra cosa que los campos de golf y los rosados salmones de los ríos.

Lo sagrado y lo profano se confunde tan íntimamente en la vida pública y privada de los ingleses, que no sorprende leer en la catedral de Canterbury, en la tumba de William Ayerst, que fue diplomático de la reina Ana y de Jorge I, este singular epitafio: «Aquí yace William Ayerst, *a person of distinguish'd abilities and merit, both as a Divine and a man of business.*» Exactamente así: «Hombre de cualidades y de mérito preclaros, tanto como sacerdote cuanto como hombre de negocios.» Tampoco tiene motivos de asombro quien al llegarla la población de Furneux Pelham, en Hertfordshire, lea escrito en grandes caracteres sobre la fachada de la iglesia, en torno al reloj: «*Time flies, mind your business*, el tiempo vuela, pensad en vuestros negocios.» El algo de profano que hay en todos los ingleses no está constituido por los negocios. Los *business* son precisamente lo que más sagrado hay en ellos. No hacen negocio sino por cuenta del cielo, *ad majorem Dei gloriam*. Y no es culpa suya si los saben hacer bien. Toda la culpa es de Dios. Son el único pueblo del mundo que no tiene que escoger entre la bolsa y la vida. Quiero decir entre la bolsa y la vida eterna.

Cuando Lord W. decía hace tiempo, a propósito de Ramsay MacDonald: «está tan persuadido de hallarse tan cerca de Jesucristo que se cree autorizado a traicionar impunemente», no se imaginaba seguramente que estaba pronunciando el elogio no sólo de MacDonald, sino el de todos los ingleses, ni que estaba dando al mismo tiempo la mejor justificación de todo lo que hacen en bien o en mal. Pues lo que autoriza a Ramsay MacDonald, sobre cuya rectitud no puede haber duda, a traicionar impunemente, no es su conciencia, que no tiene nada que ver con sus acciones, sino el hecho de que él, escocés de nacimiento, se había convertido, tras muchos esfuerzos, en un verdadero hijo de Albión. En realidad, los ingleses se hallan tan cerca de Dios que no se puede por menos que pensar que todos pertenecen a la Sagrada Familia.

La confianza, la familiaridad con que, protestantes o católicos, tratan a Dios, demuestran claramente de qué naturaleza son sus relaciones con el cielo. Tratan a Dios como a uno de los suyos, lo cual no es sino una forma de *self-respect*, de respeto a sí mismos. En Inglaterra, el sentimiento religioso entra en el número de los afectos familiares. Y si aman a Dios como a un padre, justo es que amen a Jesús como a un hermano. Su devoción forma parte de sus *good manners*, de sus buenas maneras. Sus pecados no son jamás, como los nuestros, de orden moral, sino que no son más que pecados de forma. ¡Qué pía familiaridad en su corrección para con el Eterno! ¡Y qué corrección en la paternal benevolencia del Señor para con ellos! Cuando, el domingo (pues no rezan más que los domingos), van a la iglesia, tienen el aspecto de estar seguros de que su Padre no faltará a la cita. Sus oraciones son una especie de *shake-hand*, de apretón de manos con Dios. ¡Y qué indulgente comprensión de los defectos recíprocos, en sus relaciones familiares! Dios tiene muchas pequeñas cosas que perdonar a sus predilectos ingleses y las perdona gustoso, sin hacerse de rogar. Mas también los hijos de Albión tienen a su vez muchas cosillas que perdonar al buen Dios. Es sobre esta mutua indulgencia que se fundan su espíritu de familia y el Imperio británico.

Sin embargo, no se crea que tan sólo de buenas maneras está hecha su devoción. En Inglaterra, todo está regulado por el *sense of humour*: el amor, los intereses, las relaciones sociales, cada forma, de su vida pública y privada, todo, hasta la religión. Hace tiempo, el capitán N. A. Wodehouse, comandante del «Royal Naval College» de Dartmouth, en un discurso dirigido a los alumnos de este colegio, declaraba que tres son las cualidades que forman el perfecto oficial de Marina: «tacto, buenas maneras y *sense of humour*». Efectivamente, como todos sabemos, es con tacto, buenas maneras y *sense of humour* que Nelson venció en Abukir y en Trafalgar. Y lo que el capitán N. A. Wodehouse decía de los oficiales de Marina de Su Majestad Británica puede aplicarse a todos los ingleses, sean *sportsmen*, hombres políticos, hombres de negocios o *clergymen*. Es con tacto, con buenas maneras y sentido del *humour* como cazan el zorro, dominan los mares, juegan al *cricket*, gobiernan las colonias, pescan el salmón, realizan sus negocios, y predicán el Evangelio. Las tres cualidades fundamentales que forman al perfecto oficial de Marina, son las mismas que forman al perfecto *christian gentleman*, al perfecto *businessman* o al perfecto obispo. Puede decirse que del tacto, las buenas maneras y el sentido del *humour* depende no tan sólo la admirable armonía de su vida social, o sea sus relaciones entre ellos, sino su propia felicidad familiar, o, lo que es lo mismo, sus tratos personales con Dios. ¡Con qué tacto saben pecar los ingleses! ¡Con qué *good manners* rezan a Dios! ¡Con qué *sense of humour* se arrepienten de sus pecadillos, prometen enmendarse y predicán la virtud! Basta ver con qué gracia se arrodillan y juntan las manos, con qué afectuosa confianza alzan los ojos al cielo, para comprender que los hijos de Albión se hallan demasiado distantes de nosotros,

demasiado cerca de Dios, para poderles considerar en la misma medida que a los comunes hijos de Adán. Basta escuchar los sermones de sus buenos pastores para comprender que la salvación de su alma es, para ellos, una simple cuestión de familia y que la redención del mundo es un asunto puramente inglés.

Sus serenos rostros respiran tan ingenua fe en su propia inmortalidad y tal cortés desprecio por el género humano, que un impulso de agradecimiento nos hacer doblar la rodilla y dar gracias al cielo por haber creado almas tan cándidas, ojos tan dulces, seres tan puros de todos los vicios y de todas las virtudes de la Humanidad.

Mas no basta dar las gracias a Dios por haber creado a los ingleses, *the rich, the incomparable, the fearless, the intolerable English*, como les llama Angus MacNeill en *The egregious English*. Hay que agradecerle ante todo el haber creado a Europa tan cerca de Inglaterra. Pues es a través de esa divina isla que pasa el camino más corto para alcanzar el Paraíso. ¿Y qué es nuestra aspiración a hacernos ingleses, sino la aspiración a subir al cielo por la vía más corta? «El ruso, entre sus nieves, escribía Emerson hace casi cien años, tiene un solo anhelo: hacerse inglés. Y también el turco y el chino realizan indecibles esfuerzos por convertirse en perfectos hijos de Albión.» Sin embargo, ¡cuán poco ha avanzado la Humanidad por el camino del Paraíso, desde que Emerson escribiera sus *English traits*! Y el único consuelo que nos queda ahora en nuestras humanas miserias, es pensar que tan sólo la Mancha nos separa del cielo y que también nosotros podremos fácilmente volvernos ingleses, si logramos descubrir el secreto de su naturaleza.

Pero, ¿cuál es, pues, Señor, el secreto de Albión?

V

NI HOMBRE NI BESTIA

Un día en Oxford, cerca del Folly Bridge, me hallaba yo sentado a orillas de uno de tantos brazos que el Támesis, convertido allí en un río romántico y tierno que discurre lento por entre las umbrías márgenes pobladas de sauces llorones, extiende con amorosa pereza en torno a la isla exoniana, repleta de casas de ladrillos rojos y de severos edificios góticos, los *Colleges* de muros ahumados y cubiertos de hiedra.

Grupos de jóvenes rubios, destocados, vestidos con chaquetas de *harris tweed* de tonos vivos y pantalones de franela gris, se encaminaban a largos pasos hacia el recodo del Lower River para asistir al entrenamiento del «ocho» azul turquí. Se acercaba el gran día en el que debían enfrentarse una vez más, en el Támesis, entre Putney y Mortlake, los remeros de Oxford y el «ocho» azul de Cambridge. Era una mañana de marzo verdosa como una manzana agria y el cielo que se reflejaba en el agua tenía el color de las hojas de plátano.

Guapos jóvenes, aquellos estudiantes de cabellos de oro vivo, de movimientos elásticos, de aire sereno e inspirado de pajes en vacaciones. «Me gustan los ingleses — me decía — me agrada su timidez, su sonriente desprecio, el candor de sus frentes pueriles.» ¿Y quién no amaría a este feliz pueblo de modales corteses, de ojos claros llenos de inexorables pudores y de virginales crueldades, de mejillas laqueadas con pétalos de rosa, de orejas frágiles y transparentes como conchas? Pensaba en la estatua de Shelley, tendido desnudo y blanco en la fría celda del «University College», tal como las olas le empujaron, crueles y piadosas a un tiempo, hasta la toscana playa de

Viareggio. El sueño de los jóvenes nadadores, adormecidos al sol sobre la orilla herbosa de la isla Mesopotamia, no es con toda seguridad ni más ligero ni más púdico. ¿Son, pues, castos como hermafroditas, cuando duermen, esos *undergraduates* de atléticos cuerpos y rostros de muchacha? ¿Qué cosa puede ocultarse bajo esa piel blanca como el mármol, bajo esas frentes de líneas puras? ¿Qué ensueños les solazan o les acongojan, qué bellísimos monstruos se despliegan invisibles a su hechizo? ¿Qué amores hacen latir sus corazones, qué fiebre turba el ritmo de su pensamiento, de su respiración, educada en la cadencia regular de la natación y el remo? ¿Están ya marchitos, o demasiado verdes todavía? ¿Hay un dios en ellos, o un niño enfermo? Es seguro que hay algo de sobrehumano en todos los ingleses, como un reflejo de la divinidad. No en balde, en inglés, Dios se dice *Lord*. Y los hijos de los Lores abundan en los colegios de Oxford.

Entre todas las ciudades de Inglaterra, Oxford es la que siempre me ha conturbado más profundamente. Y cada vez que vuelvo a hallarme entre los muros de sus colegios y las márgenes del Isis y del Cherwell (esos suaves ríos, hermanos del Iliso y del Cefiso, que serpentean por bosques y prados como dos reptiles en celo), siento que verdaderamente me encuentro en el corazón del más misterioso país de Europa, de la isla más insular del mundo, de un país abierto solamente a los iniciados y que solamente los iniciados pueden comprender. E incluso aquel día, mientras seguía a los jóvenes estudiantes hacia el codo del Lower Rive para ver la ligera embarcación del «ocho» turquí volar por el cielo claro reflejado en el río, la sensación de rozarme con seres misteriosos, los únicos seres misteriosos que sobreviven en el mundo moderno, hacía discurrir por mis venas el calor inquietante de un vino oloroso.

A decir verdad, el tierno y delicado paisaje del Oxfordshire, como cualquier otro paisaje inglés, no tiene nada que pueda dar la sensación de una tierra hermética, cerrada a las miradas indiscretas de los profanos. ¿Qué misterio puede esconderse tras aquel cielo de pálida seda, tras aquella luz pareja y leve que confunden los prados, los bosques y las colinas en una sola transparencia azul, tras aquel follaje amarillo y verde que ora acerca, ora aleja el horizonte en perspectivas luminosas, que se esfuman en juegos de nubes blancas y rosadas, en reflejos de aguas y de húmedas hojas? Ningún misterio turba, en apariencia, aquel mágico juego de sombras y de luces.

Empero, las dificultades que, aún hoy, se deben vencer para explorar Inglaterra, y sobre todo para explorar a los ingleses, son muy superiores en mucho a las halladas por los exploradores africanos para descubrir los pretendidos misterios de África. La isla Albión está allí, casi bajo nuestras ventanas, puede decirse que al alcance de la mano. Para ir de Calais a Dover, sin embargo, no se trata solamente de pasar de la margen izquierda a la margen derecha de la Mancha, sino de pasar de un planeta a otro. Ese agradable paseo en vapor se presenta tan lleno de incógnitas como el viaje de Cyrano a la Luna. Los aventureros que cada día parten de las costas de Europa al descubrimiento de la *merry England*, no tienen sencillamente, como un Stanley, que abrirse camino a hachazos a través de selvas vírgenes, ni cruzar inmensos ríos, ni atravesar interminables desiertos, ni luchar contra la sed, el hambre, la fiebre, las alimañas y los salvajes. El clima de Albión es suave, la sombra de sus bosques acogedora, la linfa de sus riachuelos y de sus ríos límpida y fresca, poblada de salmones de ojos agudos e invitadores, y sus lagos están tan llenos de dóciles peces que, según observaba Emerson, «hay una parte de agua y dos de peces». Sus habitantes son corteses, tímidos y hospitalarios. Mas a pesar de que allí se encuentren en miniatura y reunidas en breve espacio, todas las variedades de los obstáculos naturales que se hallan diseminados por el mundo, «pequeños Alpes, pequeñas estepas, pequeños fiordos, pequeños Volga, pequeñas

cascadas, pequeños *canyons*, pequeños desiertos y pequeñas Selvas Negras», como escribe Thomas Burke en *The beauty of England*, su naturaleza es infinitamente más peligrosa que la de África. La *misty island* de prados siempre verdes, sembrados de *cottages* multicolores, de jardines luminosos, de rododendros y de iglesiucas revestidas de hiedra, se revela sin duda, a los audaces exploradores que pretenden violar sus secretos, más impenetrable y más hermética que el continente Negro.

También en tiempos de Stanley y de Livingstone, la pobre África calumniada y *blackboulée* era con toda seguridad tan poco conocida como la Inglaterra de hogaño. No había nada misterioso, ni tan siquiera la esfinge. Los únicos seres verdaderamente misteriosos que circulaban por las selvas del Congo, por las riberas de los grandes lagos o por los pantanos del Níger, eran los exploradores ingleses. Y no se puede culpar a los primeros Victorianos, *the early Victorians*, que eran, en el fondo, hombres de ingenio, por interesarse por la esfinge, símbolo de los misterios africanos, no ya por su aire hermético, o, como Edipo, por sus adivinanzas, sino, como dice Leslie Shane, «por la semejanza de su actitud con la de Tom Bribb después de un encuentro de boxeo». La leyenda del continente negro, de sus misterios y de sus peligros, no ha sobrevivido a la gloria de los campeones de boxeo de la era victoriana. La sonrisa de la esfinge está ahora más marchita que los laureles de Tom Bribb. *Hic erant leones*.

Hoy los jóvenes oficiales de Su Majestad Británica juegan al tenis, en pantalones de franela blanca, en el corazón de Kenya. Campos de *cricket* y de polo evocan en la *brousse* de Uganda la inmortal gloria de Lord's y de Hurlingham. Camiones conducidos por negros circulan por las brillantes carreteras asfaltadas a través de las selvas ecuatoriales donde Stanley, tras muchos años de búsqueda, encontró finalmente a Livingstone. *Barmen* impecables, nietos de los revoltosos del Mahdi, con el rostro oculto bajo una máscara de terciopelo negro, *barmen* de labios de coral y ojos blancos, agitan el *shaker* detrás de los mostradores relucientes de cromo y de cristal, en el mismo sitio donde Gordon pereció degollado. Y la esfinge, que hasta ayer ocultaba las manos en la arena, como dice Cocteau, «para poder hacer mejor trampas en el juego», muestra hoy a los turistas sus largos y escuálidos brazos de ladrillos rojos, desenterrados por el pico de los arqueólogos. Ahora, África no tiene ya nada que esconder, ni siquiera al público de cine de suburbio.

Mas en la isla misteriosa de allende la Mancha, donde vive en estado salvaje el ser, según se dice, más civilizado del mundo, *the white man of white men*, es aún hoy, no obstante nuestras Sociedades Geográficas, nuestros exploradores, nuestros escritores y nuestros anglófilos, una tierra casi desconocida. Las colinas de Hampstead o de Highgate, de Oxfordshire o del Hertfordshire, se comban en el horizonte como aquellos fabulosos montes de la Luna en los que Tolomeo situaba las fuentes del Nilo. Hay todavía, en Inglaterra, sonrisas más impenetrables que una selva virgen. De Northumberland a Devonshire, de la punta extrema de Kent al último escollo de Cornualles, se encuentran ojos más difíciles de vadear que el propio Níger. Los manantiales de la timidez inglesa son más arduos de descubrir que los del Nilo. Y no es raro que se dé el caso, aun en nuestros días, de que incautos exploradores, apenas desembarcados en Dover, desaparezcan sin dejar rastro, engullidos por la hierba de la *misty island*, la más suave del mundo, como por una arena movediza.

La sospecha de que los hijos de Albión no pertenezcan a la raza humana, ha comenzado a turbar la conciencia de Europa sólo en estos últimos años, desde que Freud logró explorar, con sus monstruosos ojos de pez, el oscuro mundo subacuático de lo inconsciente. ¿Qué cosa son los ingleses? Eterna pregunta. ¿Son hombres o bestias?

¿O no serán, más bien, «*something outside normal humanity*, algo al margen de la normal humanidad», como se pregunta el escritor holandés G. J. Renier en su célebre y afortunado libro de sacrilego título: *The English, are they human?*

Cuando apareció en Inglaterra el libro de Renier, una sonrisa de orgullo y, a la par, de temor, distendió los rosados labios de los hijos de Albión. Europa se decidía finalmente a reconocer la superioridad de los ingleses sobre el género humano, mas aquel tardío reconocimiento no carecía de peligros. Inglaterra sintióse amenazada en su más celosa e inaccesible insularidad, en el profundo y prohibido reino de su conciencia. ¿Qué hubiera sido de su maravillosa insularidad moral, si los habitantes de Europa hubieran logrado adivinar su secreto? El autor de *The English, are they human?* había llegado ya al umbral de aquel secreto. Un paso más, un solo paso y G. J. Reiner habría logrado finalmente revelar al género humano la verdad sobre la naturaleza de los ingleses. ¿Qué habría sido de la virgen y solitaria Albión, si los habitantes de Europa se hubieran dado cuenta de que las ciudades de allende la Mancha, Brighton, Dover, Folkestone, Southampton, no se alzan a orillas del mar, sino a orillas del cielo?

¡El cielo! Pese a que esta mágica palabra suene con frecuencia en labios de cuantos intentan penetrar el secreto de Albión, nadie ha tenido jamás el valor, hasta ahora, de proponer la arriesgada hipótesis de que los ingleses sean celestiales, o al menos de la misma familia de Ariel, un pueblo aéreo y, por decirlo así, alado. Un John Bull con alas parece inimaginable y mortalmente ridículo a todos. Ni siquiera el holandés Renier, tal vez por una especie de pudor nacional, osa describir a los ingleses como muchos holandeses volantes. Su curiosidad y su fantasía no traspasan nunca las fronteras de lo sobrenatural. Y la pregunta que se formula en cuanto desembarca en Inglaterra, no es la de si los ingleses tienen alas, sino «si son seres humanos».

También a él, como a todos los exploradores que le han precedido en aquellas ignotas costas, los habitantes de la brumosa isla se le aparecen como seres impenetrables e incomprensibles, envueltos en su timidez taciturna como los dioses del Olimpo en la niebla que les ocultaba a los mortales. Sus rostros rosados e impasibles, observa Renier, «constituyen el secreto de su alma como una esfinge ante un templo donde se celebran misteriosos ritos». A pasos lentos y pesados, los pasos de un macizo holandés que se adhiere a la tierra con todo su peso, se adentra por Londres, anda de calle en calle hacia el corazón de la metrópoli. La mañana es clara y tibia; los picaportes de metal brillan al sol; los árboles de los *squares* iluminan con verdes reflejos las fachadas de las casas manchadas de musgo fuliginoso; en las pistas de equitación de los parques una ligera niebla envuelve hasta las rodillas las patas de los caballos; jóvenes-amazonas rubias cabalgan sonriendo, se alejan serenas e ingravidas, raptadas por el silenciosa galope, sobre la nube azul de tiernos reflejos de hierba.

También el rostro de la ciudad, añade Renier, «ofrece el mismo aspecto impasible. Londres es tan inescrutable como inconmensurable». Poco a poco le invade el temor de extraviarse en aquella inmensa, monótona extensión de casas de ladrillos rojos, todas igualmente inexpresivas. Los pájaros cantan en el follaje de los árboles y el corazón se le llena de esperanza. Los *policemen* regulan en las encrucijadas de las calles el tránsito incesante y silencioso con breves gestos severos, prestan oído al gorjeo de los gorriones y una angélica sonrisa ilumina sus anchos rostros pintados de rojo. Aquella ciudad por donde él camina con tan temerosa confianza no es, por fortuna, la *ville monstrueuse* de Hipólito Taine, ni la horrible cloaca donde Ponson du Terrail, a veces tan poco rocambolesco comparado con Taine, se inclina a recoger del fango las inmaculadas gardenias para el traje de noche de Rocambole. Ni la *Happy Augusta* de las *Streets of*

London, aquel poema topográfico de John Gay, donde los *squires* se mezclan con la plebe, y el olor a cerveza negra, a col pasada y a grasa de carnero asciende hasta los primeros pisos de los palacios, hasta las alcobas tapizadas de raso blanco. Ni el elegante, espiritual, aburrido y convencional Londres de Paul Morand. Ni tampoco siquiera el inmenso, tumultuoso laberinto de ladrillos mohosos y de clara piedra de Portland, de hierro y de cemento, que el falso Seely, en *How like an Angel* de A. G. Macdonell, contempla desde lo alto, colgado de un paracaídas oscilante «entre el cielo y Charing Cross» al viento tibio de una límpida mañana de junio. No, ninguno de esos es, sino la ciudad más correcta e impasible del mundo poblada por seres gentiles y sonrientes, vírgenes y puros, de aspecto casi humano, de rostros rosados y bocas de muchacha, de voces argentinas, tintineantes y gorjeantes, que resuenan dulcemente en el aire brumoso, cortado por raras franjas de sol, amarillas, brillantes y dentadas como peines de tortuga rubia. Los viejos *clubmen* que descienden solemnes y erguidos por las aceras de St. Jame's Street hacia Pall Mall, empuñando con gracia autoritaria el paraguas de seda negra enrollado con sumo cuidado, con los pliegues que suben en espiral hasta el mango como las dos serpientes por el caduceo de Mercurio, tienen las mismas voces frescas y trinantes, la misma sonrisa, los mismos labios rojos de los niños que juegan sobre la hierba del Green Park. ¡Oh, gentil ciudad, inocente ciudad, poblada por seres solemnes y pueriles! Sí, verdaderamente, el Paraíso no es más que un suburbio del West End de Londres.

A medida que el ingenuo holandés se adentra por el corazón de Londres, la sospecha de hallarse en medio de un pueblo extraño al género humano, en el seno de una raza, como dice él, aparte del resto de la Humanidad, se troca en una sensación de agradable sorpresa. Observa de cerca a los «intelectuales, limitados, tercos, graves, prácticos, taciturnos y leales ingleses», con la confiada sorpresa con que un niño contempla a través del cristal de un acuario, peces extraños deslizándose entre flores monstruosas. Hay un cristal entre Renier y aquellos seres inquietantes, entre el género humano y los hijos de Albión. Apenas un poco de material transparente, que el más leve choque podría quebrar, le separa de aquel mundo inviolable, le impide confundirse con aquel pueblo de rostro impasible y movimientos ambiguos.

«Cuando he aprendido a conocerles mejor, escribe Renier, he sentido aumentar en mí no sólo la simpatía hacia los ingleses, sino sobre todo, el deseo de volverme como ellos, es decir un ser al margen, si no por encima, de la Humanidad.» ¡Ah, poder quebrar el cristal de aquel acuario, mezclarse con aquellas criaturas misteriosas, poder volverse inglés! Su deseo es tan vivo, que ya no se preocupa siquiera de saber qué son los hijos de Albión. «Son *outside humanity, if not above it*, al margen de la humanidad, si no por encima...» Y esta respuesta, de momento, le basta. Siempre hay tiempo para formularse preguntas embarazosas. Tan sólo cuando también él haya entrado a formar parte de aquella inhumana y amable familia, cuando también él se haya convertido en un perfecto inglés, intentará descubrir qué cosa es, después de todo, un hijo de Albión.

Pero tras muchos e inútiles esfuerzos, tras infinitas decepciones, acaba por tener que confesar no haber logrado «volverse como ellos» y reconocer que *the sense of difference never went*. También Renier, como muchos otros, como todos los que le han precedido en la investigación de los jngleses, se da cuenta de que cuanto más contacto tiene con esos extraños seres, más diferentes se siente de ellos. O al menos de muchos de ellos, si no precisamente de todos. Pues, según él, hay también algo de podrido en Inglaterra, algo de humano. Y ésta es justamente la inesperada conclusión a que llega Renier. «También en Inglaterra, escribe el autor de *The English, are they human?* (páginas 212, 270, 278) hay seres humanos. Es decir: las mujeres, los obreros y los

campesinos.» ¿Las mujeres también? ¿También las bellas, las rubias, las mórbidas, las púdicas, las ingenuas, las eternamente puras e inocentes, las sobrehumanas, las angélicas, las insatisfechas mujeres inglesas? ¿Y los demás? ¿Qué son entonces los demás hijos de Albión?

El punto de vista de Renier es típicamente holandés. Como todos los habitantes de los Países Bajos, donde la tierra y la Humanidad están bajo el nivel del mar, también él juzga el mundo de abajo arriba. De la escala de valores humanos no logra ver más que los escalones inferiores. De este error de perspectiva se origina sin duda su asombroso descubrimiento de que las mujeres, los obreros y los campesinos son los Países Bajos de Inglaterra.

¿Y los demás? ¿Qué serán, pues, todos aquellos ingleses que no sean mujeres, ni obreros, ni campesinos, ni otra especie alguna de seres humanos?

«Los demás son peces», responde Mario Praz, un joven profesor de la Universidad de Roma que ha enseñado durante muchos años literatura italiana en las Universidades de Liverpool y de Manchester, en un breve ensayo sobre la poesía de Rupert Brooke. Dice exactamente eso: «Los demás son peces.»

«La lírica *The Fish*, escribe Mario Praz, expresa, como jamás se ha hecho antes, el sentido de la vida del pez, esa vida que, observándola en los acuarios, nos sorprende como absolutamente misteriosa, maravillosa y extraña. Menos extraña, diría, a un inglés que a nosotros, pues ninguna criatura es más similar a un pez que un inglés de raza. Por su mutismo, por su elegante independencia de movimientos, su sempiterno estupor pintado en el rostro, más de un joven aristócrata inglés evoca irresistiblemente la imagen de un gran pez áureo y argéteo. ¿Será tal vez por efecto de la humedad del clima, que en Inglaterra hace que uno a veces se sienta realmente en el fondo de un océano-aire? «¿Qué dirán —pensaba yo— los innumerables y honorables pescadores de Inglaterra, cuando sepan que ellos son peces?»

Como pescadores, los ingleses son, con toda seguridad, los más hábiles, los más desinteresados y los más amables del mundo. (El arte de pescar con sedal, la única manera de coger peces apropiada para un verdadero *gentleman*, recibe en inglés el nombre de *angling*, y pescador *angler*. ¿Y no debe verse acaso entre *angli* y *Anglers* un parentesco bastante más cercano que el puramente etimológico? Pues no cabe duda de que *angler* viene de *anglo* y que Inglaterra, *Anglia*, significa «país de pescadores».) Nadie en el mundo se muestra más afectuoso y gentil para con los pobres peces que los hijos de Albión. En su leal y generosa lucha con las truchas y los salmones, ellos no están animados por ningún sentimiento malvado, por ningún odio. Y es preciso reconocer que también los peces sienten por los *anglers* los mejores sentimientos. Se quieren y se estiman recíprocamente. Tampoco hay entre ellos ninguna cuestión personal. Y Dios sabe si podría haberlas. Si bien desde su punto de vista, unos y otros tienen, del noble arte de pescar, un concepto por lo menos caballeresco. Sus relaciones recíprocas como, en general, las relaciones de los ingleses con toda suerte de animales, son reguladas naturalmente por las supremas leyes del *fair-play*, que presuponen en los adversarios una cierta comunidad de prejuicios morales, un igual *self-respect* y, casi puede decirse, un mismo nivel intelectual. ¿Y quién puede negar que, no obstante las leves diferencias físicas, totalmente desdeñables y exclusivamente formales, la mentalidad de los ingleses se halla muy a menudo a la altura de la de los peces?

Un inglés de modales groseros, suponiendo que exista, no podrá ser nunca un buen pescador, del mismo modo que un pez descortés no puede ser en ningún caso un buen

pez, o sea un *gentleman* en forma de pez. Las *good manners* son absolutamente indispensables, en Inglaterra, tanto para pescar como para ser pescado. (Solamente en el País de Gales se dan peces que no sean *gentleman* y no respeten las supremas leyes del *fair-play*. Un salmón que se coma el cebo sin cuidarse de tragar el anzuelo y se vaya luego a sus quehaceres, es siempre un salmón *welsh*. Pero Gales no es Inglaterra. Es tan sólo el país de Lloyd George, el peor pez en forma de *gentleman* que haya regido jamás los destinos del Imperio británico.) En otros sitios, por ejemplo en Francia, donde la *peche à la ligne* es el único deporte verdaderamente nacional, bastante más que el amor, las buenas maneras no son indispensables para pescar o para ser pescado. Es más, son inútiles y de muy mal gusto.

Las buenas maneras se han convertido en tales, bajo la tercera República, que hasta los peces las desdeñan.

Cuando los franceses pescan con caña, tienen el aspecto más burgués y digno del mundo. Llevan todos con gravedad el clásico uniforme del *français moyen*, tal como lo describe Henri de Montherlant: *des cols empesés, des manchettes empesées, des cravates, des épingles de cravate, des breloques, des bagues, et des bottines montantes*⁴. La expresión de sus rostros, levemente sombreados por negros bigotes y, a veces, por una perilla a lo Mac Manon, es inteligente y pensativa. Sus cerebros y sus espíritus trabajan también durante las horas de esparcimiento. «Todos los franceses son pescadores», afirma Henri de Montherlant. Siempre, en todas partes y en cualquier ocasión, debió haber añadido. ¿Y quién diría que personajes tan graves, de aire tan digno, se comporten con las truchas, los salmones o las carpas, con tan deplorables modales, como si tratasen con sus más aborrecidos enemigos personales? Apenas advierten que un pez se burla de ellos (lo que no sucede nunca, o casi nunca, en Inglaterra) sus rostros se congestionan, su cabello se eriza, sus ojos despiden chispas. Se echan hacia atrás la chistera de un manotazo, escupen en el agua, agitan la caña de pescar con gestos furibundos, amenazan con él puño, y un torrente de insultos, de provocaciones, de amenazas, persigue al salmón burlador, la indelicada carpa o la insolente trucha. Basta ver sus caras amoratadas y sus ojos fulgurantes, para comprender que no solamente está en juego su prestigio personal, sino incluso el honor de Francia. Hay algo de napoleónico en el concepto francés del *angling*. La actitud de los *pêcheurs à la ligne* a orillas de los ríos, es la misma de la Vieja Guardia en los campos de batalla. Si el pez pica es Austerlitz, si no pica es Waterloo. Tenía mucha razón Wellington: *the fellows aren't gentlemen*.

Afortunadamente, el destino del *angling* no se halla en manos de los franceses, sino en manos de los *good-mannered* ingleses. El ser más perfecto de la creación es el *gentleman* inglés sentado en la orilla de un río azul y verde, a la sombra de un sauce llorón. No le estorbéis. Es feliz allí, en el seno de la feliz naturaleza. Contempla el sereno espectáculo de los prados y de los bosques, la dulce curva del cielo pálido, las sombras de las nubes blancas en el claro espejo del agua. Sus pensamientos son nobles, sus sueños ingenuos. Todos aquellos, desde Izaak Walton a G. S. Sandilands, que nos han dejado un retrato del perfecto *angler*, concuerdan en afirmar que nadie ama más a los peces que los hijos de Albión, nadie les trata con mayor indulgencia, con más sincera compasión, con más cordial respeto. Pescan con una gracia, con una delicadeza, con una bondad de ánimo incomparables. Nadie en el mundo empuña la caña con desinterés, cortesía y elegancia mayores. Basta ver con cuánta ternura liberan la presa del anzuelo, y cómo vuelven piadosamente los azules ojos para contemplar a los pobres

4 Cuellos y puños almidonados, corfeata, alfiler de corbata, dijes, anillos y botas altas.

pececitos de boca ensangrentada, agitándose agónicos en el interior de los cestos de mimbre. ¡Qué dulces corazones, qué almas selectas, qué puros y nobles espíritus!

De la nobleza y la delicadeza de alma de los *anglers* de Inglaterra es buen testigo aquel Bryce MacMurdo, que en el retrato pintado por Reaburn, en la «National Gallery» de Londres, se nos presenta de pie a orillas de un río, con la caña de pescar al hombro, pacífico y bonachón dentro de sus ceñidos pantalones de color canario. Sonríe a los peces, al agua verde, al sol claro y echa una ojeada tranquila y complacida a su gran sombrero de copa negro colmado de libros (Virgilio y Teócrito, seguro, y Dryden y John Dyer, amén de algún tratado clásico sobre el arte de pescar) colocado como una cesta a su lado, sobre una roca. Por su aspecto, por su sonrisa, por su mirada, por el color de sus pantalones, se colige que también él es, como todos los ingleses, algo más que un pariente de los peces: es un amigo, un amigo fiel. Es el Pilade de aquellos innumerables y escamosos Orestes.

Si los hijos de Albión pertenecieran a la familia de los peces, serían en todo caso de naturaleza muy distinta a la de los peces que pueblan los mares, los lagos y los ríos de Europa. Casi diría que serían de naturaleza divina. Aunque tuvieran el cuerpo recubierto de escamas, aunque poseyeran aletas para nadar y agallas para respirar, nada impediría a los ingleses seguir siendo los únicos auténticos representantes de Dios sobre la tierra. Antes de adoptar la Cruz como símbolo de su fe, ¿acaso los primeros cristianos no representaban a Cristo en forma de pez? En Roma, los muros de las catacumbas están todos grabados con dibujos de peces, que parecen nadar en la oscuridad de aquellos subterráneos hacia las azules aguas del Paraíso. Un día que bajé a visitar las catacumbas de Sant'Agnese, el fraile que me acompañaba se detuvo para iluminar con la antorcha uno de aquellos símbolos grabados en las paredes de toba: «Yo no podría —me confié sonriendo— adorar a Nuestro Señor bajo la forma de un pez. Soy fraile, pero no puedo sufrir las espinas.»

Si bien tampoco los ingleses, protestantes o católicos, pueden sufrir las espinas, la imagen de una Britania escamosa, provista de branquias y de aletas, no debería parecer extravagante a un pueblo que se cree destinado por Dios *to rule the waves*, a dominar las olas. Mas es cierto que el inmenso ejército de los discípulos de Izaak Walton, innumerables batallones de *anglers* que han dado a la Gran Bretaña reyes como Carlos II y Jorge V, generales como Lord Allenby, hombres de estado como Lord Grey, Randolph Churchill, Charles Stewart Parnell y Lord Buxton, se quedarían sorprendidísimos y hondamente turbados al enterarse de que Inglaterra no es más que un inmenso acuario poblado de austeros *gentlemen* en forma de salmón.

Releyendo *The Fish* y *The Heaven*, alguno podría preguntarse cómo pudo ser que esas dos inocentes obras líricas de Rupert Brooke pudieran sugerir a Mario Praz el extraño parangón entre los peces y los ingleses. Es muy cierto que, en especial la primera de las obras, *The Fish*, es más bien hermética, o, como decía el mismo poeta en una carta dirigida a Edward Marsh, *quite unintelligible*. Cada uno puede entenderla como quiera y hallar en ella todo lo que busca. Pero tal vez fueran las circunstancias que acompañaron la gestación y el nacimiento de aquella obra lírica las que sugirieron a Praz, más que la poesía en sí, el extraño parangón.

La idea de «describir los sentimientos de un pez» la concibió Rupert Brooke en el curso de su primer viaje a Alemania, durante el invierno de 1911. Se poseen detalles preciosos sobre la extraña mezcolanza de cansancio y de inquieto ardor que en aquella época conturbaba el espíritu del joven poeta, sobre la perezosa confusión que mezclaba

constantemente sus estados de ánimo como cartas de juego, detalles que él mismo nos ha proporcionado a través de las cartas que escribió a la señora Cornford y a Edward Marsh. Durante los tres meses que pasó en Munich su espíritu fue como una red tendida en aguas poco profundas, que apresa desordenadamente algas, hojas muertas, peces, moluscos y esa blanca espuma que las corrientes marinas empujan a las playas desde el mas lejano horizonte.

Rupert Brooke pasaba gran parte de sus veladas en un café, sentado ante un gran vaso de leche caliente. La lectura del *Times* (*horresco referens*) le distraía de aquel monótono panorama de gruesos ademanes, con sus manos brillantes de pelos rojos, de nuca hinchadas y con pliegues como el fuelle de un acordeón que, diseminadas en torno a las mesas, balanceaban la cabeza, entornando los ojos, sobre el eco interior de la música de *El caballero de la rosa*, que en aquel tiempo estaba muy de moda e inundaba Alemania hasta los cimientos como una rubia marea de cerveza. El joven poeta se sentía «clerical, solemne y moral» y la tomaba con Ibsen. Mas, por fortuna, del horizonte de su corazón se alzaba la luna redonda y amarilla sobre los queridos prados de Grantchester, tan tibia que la sangre le fermentaba en las venas. Su espíritu vagaba lejos, allende la Mancha. Las imágenes familiares de su adolescencia se representaban sonrientes en su memoria y Munich, Baviera, Alemania toda, se desvanecían poco a poco, absorbidas por el mágico clima de su nostalgia y de su aburrimiento.

Los herméticos versos del tratado lírico *The Fish* subían a flote en su corazón, uno a uno, como peces deslizándose fuera de una red. Sus recuerdos y sus sueños se confundían con imágenes y sensaciones nuevas. Plateadas escamas relucían al fondo, en el horizonte de su memoria, sobre los prados de Grantchester y las dulces márgenes del Cam. «No, Cambridge no se le aparecía vago y distante, ni Dent como una sombra rosada.» La campiña de Cambridgeshire y las colinas de Dent, entre las límpidas corrientes del Ribble y del Edén, se extendían en torno a él, allá, apenas fuera del café. A través de los cristales de las ventanas veía el cielo de Inglaterra combarse sobre los techos de Munich, un cielo fulgurante de escamas, como un mar profundo poblado de peces azules. Aquel brillo de escamas le obsesionaba. Sentíase transformar en pez él mismo; móviles aletas brotaban como alas, en su espalda, resplandores de agua herida por el sol le pasaban por los ojos. Era la invocada, y a la par temida, liberación de Ibsen. Y no tan sólo de Ibsen: era la esperada liberación de las innúmeras esclavitudes que padecen los ingleses, el pueblo más libre del mundo. Moría en él el efebo cantábrico, *el adolescente Apolo de bucles de oro*, para renacer convertido en pez. *Se posa en un cóncavo mundo —y se estremece de sombríos éxtasis.*

Veía culebrear a su alrededor, en el aire cargado de humo, peces plateados, delgados y fulmíneos como chispas de calor en un abrasado cielo estival; veía flotar peces amarillos de redonda cabeza en las jarras llenas de espumeante cerveza; peces de algodón, blancuzcos y blandos, vagaban detrás de los lentes en los ojos de los gruesos bebedores; peces voladores giraban como mariposas en torno de las lámparas y peces de madreperla, de ojos rojos y aletas transparentes se asomaba tímidos al borde de su vaso de leche caliente.

¡Oh, si él hubiese podido subir también al cielo, donde nada el gran Dios de los ingleses y de los salmones, aquel Dios «inmenso, pez de forma y de mente, escamoso, omnipotente y benigno!» También Rupert Brooke soñaba, como los peces de su lírica *The Heaven*, con aquel lejano paraíso, aquel río eterno, aquel mar azul «donde ya no habrá tierra». No sorprende que se sintiera más pez que inglés. Todo les es consentido a los poetas. Mas el huidizo estado de ánimo, la vaga fantasía de un joven Apolo

cantábrico en un café de Munich, no son pruebas suficientes para establecer que todos los ingleses, bajo sus trajes de mórbida lana, oculten pechos, brazos y piernas escamosos y que las rubias, las blancas, las rosadas hijas de Albión tengan cola como las sirenas de barraca de feria. No, nadie que ame a esos seres celestiales como yo les amo, con amor tierno y puro, admitirá jamás que la historia de Inglaterra pueda resumirse en la frase horaciana, *desinit in piscem*, y que el himno nacional inglés sea «Que el Dios de los peces salve al rey.»

La historia del Imperio británico sería fácil de comprender si los ingleses perteneciesen a la familia de los salmones. Mas, ¿qué cosa serán, pues si no son ni carne ni pescado?

Son sencillamente los seres más perfectos de la creación, el decoro del universo, la obra maestra de Dios. Tanto la teología de la High Church como las teorías de Darwin coinciden en proclamar su superioridad sobre todo otro ser viviente y en citar como ejemplo sus relaciones de buena vecindad con Dios. «El orden de la creación, declara el darviniano Angus MacNeill en *The egregious English*, tuvo su inicio en el protoplasma, y ha culminado finalmente en el inglés.» Por su parte, los teólogos afirman que el sexto día Dios creó a los ingleses y el *week-end* y que se fue con ellos a jugar al golf. (Tan sólo el octavo día Dios creó Australia y el *cricket*. Y, naturalmente, también entonces los australianos eran partidarios de la *body-line* y Dios, como todos los verdaderos *gentlemen* de Inglaterra, lo era de la *soul-theory*.)

Pero en Europa, exceptuando a los anglófilos, ¿cuántos son los que piensan como los teólogos de la High Church y los discípulos de Darwin? La insolencia y la presunción del género humano son tan grandes, que casi todos los europeos, observa Angus MacNeill, «en vez de mirar a los ingleses del mismo modo con que los salvajes miraban al capitán Cook, les miran con los mismos ojos con que el capitán Cook miraba a los salvajes». E incluso los hay, y entre ellos se halla el famoso conde de Keyserling, que llevan su irreverencia y su incomprensión hasta el punto de afirmar que los hijos de Albión no son otra cosa que animales.

«Los ingleses, escribe Keyserling en *Análisis espectral de Europa*, viven como los animales, guiados por la espontaneidad del inconsciente.» Y añade que «a ellos se les perdona todo, porque no son más que animales». Se puede estar dispuesto a perdonárselo todo al conde Keyserling, pese a que no sea siquiera un inglés, pero, ¿cómo tolerar una insinuación tan poco amable acerca de ese pueblo elegido? ¿Cómo puede afirmarse que esas criaturas de rodillas lisas y de labios dulces, esos Apolos de frente blanca soleada por cabellos de oro sean simplemente animales? ¿Quién podrá creer jamás que Inglaterra, el más noble país del mundo, no sea más que un inmenso zoo situado en el *West-End* de Europa?

Es preciso reconocer, sin embargo, que de cuantos han asumido la tarea de esclarecer el misterio de Albión, sólo Keyserling ha tenido la fortuna de entrever por un instante el verdadero rostro de la esfinge inglesa, ese rostro en el cual la animalidad del hombre se transfigura en ronrisa angélica. ¿No escribió él mismo, en efecto, que en el inglés «el animal y el ángel, al margen del hombre, se dan la mano»?

Es muy cierto que, bastante antes que él, Juan Bunyan y William Blake habían entrevisto algo semejante en sus extrañas visiones, pero ninguno, después de san Jorge, había logrado darnos de la naturaleza de los ingleses una definición tan sencilla y feliz como la de Keyserling. Pues no cabe duda de que la historia de los hijos de Albión no comienza como la del género humano, con el pecado de Adán y Eva, sino que tiene su origen en un apretón de manos entre un animal y un ángel.

VI

UN PUEBLO DE ANGELES

Non Angli sed Angeli
SAN GREGORIO

Fue un humilde monje, llamado Gregorio (como se lee en latín en la *Leyenda áurea* de Jacopo da Varagine), quien tuvo primero la revelación de la verdadera naturaleza de los hijos de Albión.

El Señor se inclinó hasta él para hablarle al oído con su voz más tierna, aquella voz que solamente a los pájaros, a los santos y a los ingleses es dado oír en la tierra. Aquel monje, que más tarde fue elegido Papa y halló sitio entre los santos del calendario, todavía no hacía milagros, mas había tenido ya tratos más bien extraños con un marinero salvado de un naufragio, que después se supo era un ángel disfrazado. Todo permite creer que, siendo marino y ángel, aquel náufrago era inglés. Y es él, sin duda, el primer hijo de Albión que el santo monje halló en su vida.

Pero sucedió que, al atravesar un día, en Roma, el mercado de esclavos, la atención de Gregorio fue atraída por un grupo de jóvenes esclavos de elevada estatura, de largos cabellos rubios, de ojos azules y soñadores, de rostros rosados imbuidos de gracia inocente. Eran bellos como Apolos, o, mejor dicho, bellos como Venus. Su belleza era la misma que la de los jóvenes estudiantes que aún se encuentran en Oxford, hacia mediodía, a lo largo de las aceras de High Street, o en el atrio del «Hotel Mitra» las tardes de domingo, o sobre las márgenes de la isla Mesopotamia las mañanas de primavera, cuando el Narciso que dormita en cada *undergraduate* se arrebola de pudor contemplando en los rostros de los compañeros la imagen reflejada del propio rostro. ¡Doloroso espectáculo, el de aquellos jóvenes encadenados, ofrecidos en venta, como perros de raza, a los nobles romanos! Tanto más doloroso si se piensa que aquellos jóvenes esclavos eran ingleses. ¡He aquí a qué miserable estado conducía también entonces la noción de la *Oxford Union for King and Country* a la juventud dorada de Inglaterra!

Encantado por su belleza casi divina, el monje Gregorio preguntó al mercader de qué nación procedía. «Son anglos», respondió el mercader. «*Non Angli sed Angeli!* ¡No anglos, sino ángeles!», exclamó Gregorio. Tiempo después, siendo Papa y acordándose de la belleza más que humana de aquellos jóvenes esclavos ingleses, envió a san Agustín allende la Mancha para convertir los ángeles a la fe cristiana.

La verdadera historia de Inglaterra no se inicia con Julio César, sino con san Agustín. Cuando César arribó a la amplia curva arenosa existente entre Deal y Sanwich, la Gran Bretaña estaba poblada todavía por seres humanos, por lo cual los legionarios de Roma no tuvieron que combatir y vencer más que a un ejército de hombres. Los únicos que osaron resistir a Julio César fueron los habitantes del País de Gales, que se defendieron contra los romanos con tanta astucia como valor, capitaneados por un jefe llamado naturalmente, Lloyd George. (Pues siempre ha habido un Lloyd George en el País de Gales.)

Pero san Agustín, que desembarcó en Kent después de la invasión de los anglos, cuando Inglaterra estaba ya habitada por seres sobrehumanos, tuvo que luchar con un pueblo de ángeles. Extraña misión la que el Papa Gregorio confió a san Agustín y que demuestra una vez más sobre qué absurda pretensión se ha basado siempre, hasta nuestros días, la política del Vaticano respecto a los ingleses. ¿Puede acaso concebirse

algo más absurdo que la pretensión de enseñar a los ángeles la doctrina cristiana? Algunos siglos más tarde, por una simple cuestión de familia de Enrique VIII, la cosa acabó como era de prever: el Papa excomulgó a aquellos ángeles y les declaró heréticos. Y fueron entonces aquellos ángeles quienes pretendieron, en nombre del puritanismo, enseñar el Evangelio a los sucesores de san Pedro y de san Gregorio.

Non Angli sed Angeli. Todo el secreto de ese pueblo reside en estas palabras. Y sorprende que de tantos espíritus selectos —desde Voltaire a Andre Maurois, de Chateaubriand a Paul Morand, desde Enrique Heine a Keyserling, de Taine a Renier— como han cruzado la Mancha para estudiar de cerca a los misteriosos habitantes de Inglaterra, ni uno solo haya tomado en serio las palabras de san Gregorio. Diríase que no tenían fe alguna en la autoridad de aquel pío monje. Sin embargo, Gregorio no solamente fue Papa, sino que también fue santo, razón por la cual no podía errar en materia de teología. Es preciso reconocer que los Papas y los santos han de tener cierta experiencia en materia de ángeles, sus superiores directos.

Lo que predomina en los sentimientos de la Humanidad respecto a los ingleses no es la simpatía, ni la ternura, ni la admiración, sino el orgullo y el amor propio, la repugnancia a reconocerles cualquier género de superioridad sobre los pueblos del continente. «No son superiores a nadie —dice la gente de sentido común—. Son sencillamente diferentes a todos.»

Y es justamente en nombre del sentido común que los tontos y los espíritus avisados se negarían a reconocer la naturaleza angélica de los hijos de Albión aunque les vieran ponerse a volar en pleno día, de puntillas, partiendo de las aceras de Old Bond Street, o del umbral del «Atheneum Club», y descender vivos del cielo con el paraguas cerrado en la mano y la pipa en la boca. La gente de sentido común puede tolerar, por razones puramente geográficas, que Inglaterra sea una isla, pero jamás que sea un retazo de cielo. Puede aceptar que se mantenga alejada, por razones de moral y de higiene, de las costas de Europa, pero nunca que esté demasiado próxima al Paraíso. Y podría incluso resignarse a creer que su política exterior, como pretendía Gladstone, fuera de inspiración divina, pero no admitirán jamás que las relaciones entre Inglaterra y Europa estén reguladas por las supremas leyes de la teología. ¿Cómo podrían admitir paladinamente que los ingleses sean ángeles?

Sin embargo, pese a su repugnancia a reconocer que los hijos de Albión poseen alas, un día u otro la Humanidad tendrá forzosamente que convencerse de que en el mundo no hay verdad más clara y más lógica que la enunciada hace ya siglos por san Gregorio. No es posible comprender la historia de Inglaterra, sus vicisitudes políticas y sociales, sus luchas religiosas, sus fortunas políticas militares y comerciales, si no se parte del principio de que los hijos de Albión son ángeles. Las leyes que regulan su moral, su libertad, sus prejuicios, su candida hipocresía, su misma felicidad (pues son felices, en el sentido más inaccesible de la palabra), todo aparece oscuro, extraño e inquietante, si no se tiene en cuenta su origen divino.

Nada, en sus sentimientos y sus acciones, puede resultarnos comprensible, si no se tiene la precaución de recordar a cada paso que no se trata de seres terrenales hechos, como nosotros, de carne y hueso y sujetos a las mismas leyes que pesan sobre nuestra conciencia y nuestra voluntad, sino de criaturas celestiales, libres de toda esclavitud y de todas las libertades que constituyen la cruz y la delicia del género humano. Todo les es permitido a los ingleses, todo les es perdonado por anticipado. Ningún pecado les daña, ni siquiera el pecado original. (¿Qué es, para ellos, un pecado tan poco original?)

«No se halla ninguna satisfacción en matar a un inglés —decía aquel soldado del duque de Alba—, pues ya se sabe que todos van al Paraíso.»

No hay duda de que es exactamente así. Van todos al Paraíso. Suben al cielo tímidos y puros, con sus raquetas de tenis, sus palas de *cricket*, sus palos de golf, sus pipas y sus paraguas cuidadosamente enrollados, seguidos por sus perros de raza celestial. Suben con paso indolente, con aire sereno e inspirado. A su paso, el cielo huele a cuero nuevo, a tabaco y a whisky y verdes nubéculas se rizan en torno a sus piernas como algas marinas. De vez en cuando se detienen para mirar hacia abajo y abren sobre la tierra y sobre la Humanidad ojos llenos de azur. He incluso el subir al Paraíso es en Inglaterra un deporte nacional. Todo inglés de buena familia sabe ya, desde sus años de Eton, por qué sendero subirá al cielo. *L'Anglais, comme homme libre*, escribía Voltaire, *va au del par le chemin qui lui plaît*⁵. Su libertad no está en las leyes, sino en las alas. Tan sólo los ángeles pueden todavía permitirse en Europa el inútil lujo de ser felices y libres.

Basta una simple visita a la «National Portrait Gallery» de Londres, o a la «Tate Gallery», para convencer hasta a los más incrédulos del estrecho parentesco que existe entre los ángeles de Inglaterra y los ángeles del cielo.

Quien observe todos aquellos retratos de gentilhombres, de grandes damas, de almirantes, de generales, de altos prelados, de ricos mercaderes, de jóvenes señores, de muchachas y de chicos, se quedará sorprendido de encontrar en todos ellos las mismas características físicas y morales que la pintura sacra de todos los tiempos y de cada país, especialmente la italiana, ha enseñado a considerar como propias de los ángeles del Paraíso. Idéntico rostro terso y rosado, igual frente clara y pura y la misma expresión noblemente estúpida que en ingleses y ángeles revela la común ausencia de pensamiento, de sentimientos y de escrúpulos humanos.

La absurda y maligna leyenda de que los hijos de Albión no son seres inteligentes tiene su origen en gran parte en esa su expresión noblemente estúpida, en su célebre *happy stupidity*. Pero, ¿es la suya una estupidez verdadera y propia, o no es más que la carencia de esa grosera cualidad, característica de los seres humanos, y por ende indigna de un verdadero hijo de Albión, que nosotros, en Europa, designamos con el nombre de inteligencia? La cuestión es más bien delicada. *Are the English dull?*, se preguntaba Price Collier, hace unos treinta años, en su célebre libro *England and the English from an American point of view*. Y concluía que los ingleses son innegablemente *dull* obtusos, pero que su necedad es su salvación y la razón de su éxito. A pesar de que en estos últimos treinta años no hayan cambiado mucho, sería arriesgado afirmar, desde un punto de vista europeo, que los hijos de Albión sean estúpidos. Los ingleses son el único pueblo del mundo que tiene derecho a no ser inteligente, sin tener la obligación de ser *dull*. Se verá más adelante, cuando tengamos ocasión de hablar de las virtudes nacionales de los ingleses, que la inteligencia no es para ellos una cuestión de dignidad personal o de patriotismo, sino de buen gusto. Todo inglés bien educado que ame a su país, prefiere ser estúpido a ser inteligente.

Por otra parte, ¿de qué serviría su inteligencia, desde el momento en que no tienen ninguna necesidad de pensar? Todos sabemos, efectivamente, que los ángeles no piensan sino muy raramente y con gran dificultad. El pensamiento es una facultad propia del hombre, típicamente humana, que no conviene a la naturaleza angélica. Obsérvese a un inglés en el preciso instante en que, con palabra tímida y dificultosa, se esfuerza por expresar un pensamiento, aún el más fútil. Su rostro adquiere en aquel solemne instante una expresión tan inefablemente estúpida, tan distraída, que podría

5 El inglés, como hombre libre, va al cielo por el camino que le place.

creerse (equivocadamente, se entiende) que no comprende lo que dice. En realidad, los hijos de Albión comprenden perfectamente lo que dicen. Lo cual, más bien que una prueba de su *dulness* y de su pretendida hipocresía, no es más que un nuevo testimonio de su naturaleza angélica y de su angélico oficio de «espejos de Dios».

Pues los ángeles, y por consiguiente también los ingleses, en vez de pensar, se limitan simplemente a reflejar los pensamientos de Dios, del mismo modo que reflejan en sus ojos la azul luz del cielo. ¿Cómo puede tachárseles de hipocresía, so pretexto de que no dicen lo que piensan y no piensan lo que dicen, cuando es el mismo cielo el que les prohíbe pensar y es Dios en persona quien piensa lo que ellos dicen? El papel de los ingleses, tanto en su vida privada como en su historia nacional, es solamente el de expresar y poner en práctica las ideas que les caen del cielo bellas y hechas. Desde este punto de vista, tienen perfectamente razón cuando sostienen que el Imperio británico es la mejor prueba de la existencia de Dios.

En ciertos turbios períodos de la evolución política e intelectual de Inglaterra, no han faltado, a decir verdad, los filósofos, los poetas y los hombres políticos que han alimentado abiertamente la sacrilega ambición de pensar por su cuenta y de poder decir lo que pensaban, mas el recuerdo que se conserva de ellos es más bien el de monstruos, de aventureros o de locos, mas no de gentilhombres. Un verdadero hijo de Albión, un verdadero *gentleman*, no piensa. Desgraciadamente, desde hace medio siglo, los casos de ingleses que intentan con deplorable ligereza, pensar por su cuenta, se han hecho más bien frecuentes. Y es éste, sin duda, el síntoma más grave de aquella decadencia de las antiguas tradiciones, de la que se lamentaba la reina Victoria en voz alta durante los últimos años de su largo reinado. No es más que una moda venida de Francia, dicen ciertos optimistas, y pasará pronto, por tanto, como pasan siempre pronto, en Inglaterra, todas las modas extranjeras importadas del continente. Acaso no sea más que una moda, un vicio elegante. Pero, ¡qué lastimoso espectáculo ofrece un inglés que piensa!

El esfuerzo que ha de cumplir es tan grande que su rostro delata un atormentado embarazo, un sufrimiento indecible. Sus rasgos se alteran y una nube oscura ofusca su frente clara. Baja los ojos, no se comprende bien si por pudor o por miedo, parpadea, sus rojos labios palidecen y tiemblan de repente, un sordo gemido sube de lo más profundo de su pecho y en ese gemido se incluye una sílaba indistinta, una palabra vaga, que él pronunciaba balbuciendo: *well!* ¡bueno! Al cabo de un instante, repite la palabra con voz más segura, como para darse ánimos, como para convencerse de que todo va bien, con el mismo acento de falsa decisión y de sagrado terror con que la pronunciaría un ladrón sacrilego en el acto de trasponer el umbral de una iglesia para ir a robar las joyas de la Virgen: *well!*

Pues es verdaderamente un sacrilegio, una abominable profanación, lo que está a punto de cometer un inglés que se apresta a pensar por su cuenta, a expresar una idea propia. Para un verdadero *gentleman*, pensar no significa solamente cometer un acto contra natura, sino usurpar el oficio de Dios. (Por fortuna, aunque los *gentlemen* estén en continua disminución, este género de usurpación no está todavía muy difundida en Inglaterra.) *Well!*, repite por tercera vez. Y, tras algunos instantes de titubeo, alza los ojos, mira a la cara a su interlocutor y, con un esfuerzo supremo, con un acento de mortal vergüenza, pronuncia la palabra prohibida, la palabra sagrada: «*I think that. Pienso que...*» Pero apenas sus labios pálidos y temblorosos han dejado escapar estas palabras irreparables, cuando se detiene vergonzoso y asustado, un súbito arrebol le sube a la frente y tan sólo después de reiterados esfuerzos, tras una nueva lucha con su

conciencia angelical, tras nuevos instantes de penoso silencio, se decide finalmente a expresar su pensamiento: «*Well, I think that...*»

Cualquier pintor inglés, incluso uno mediocre, sobresale, en compensación, en el arte de captar el preciso momento en que un hijo de Albión refleja el pensamiento de Dios. Desde este punto de vista, puede decirse que la pintura inglesa, hasta la más profana, es una auténtica pintura sacra.

Las grandes damas y gentilhombres pintados por Lawrence, por Gainsborough, por Kneller, por Raeburn, por Romney, por Sargent, se parecen como hermanos a los ángeles de Giotto, del Perugino, de Benozzo Gozzoli, de Rafael, de Botticelli. «Las caras redondas de los lores que asoman de las pelucas en los cuadros de Kneller», de que habla Macaulay en su ensayo sobre Horacio Walpole, tienen la misma expresión de inocencia y de divina puerilidad que aflora en los mofletudos rostros de los querubines que surgen de las nubes en las telas de los pintores italianos. Los personajes retratados por Gainsborough o por Michael Dahl, por Reynolds o por Thomas Hudson, las escenas pintadas por Hogarth o por Highmore, nunca se sabe si representan ancianos y respetables *clubmen* de Pall Mall o *gentlemen* del cielo, escenas de la vida cotidiana en Inglaterra o de la existencia de todos los días en el Paraíso. Las famosas *Cabezas de ángeles*, de Reynolds, rubias en un cielo verde y oro, en un cielo otoñal con reflejos de hierba y de hojas, ¿son los retratos de cinco querubines o de cinco *boys* de Eton? Y las aladas criaturas que los antiguos pintores italianos representan sentadas en los bordes de las nubes en los cuadros de tema sacro, ¿quién puede decir si son ángeles que asisten a un milagroso episodio de la vida de un santo, o jóvenes *undergraduates* que asisten a un partido de *Cricket* en los campos del «Magdalen» o del «King's»?

A juzgar por las vírgenes y los santos, por las Sagradas Familias y los coros angélicos que adornan las iglesias de Italia, de Francia y de España, aparece clarísimo que Inglaterra es habitada por un pueblo de la misma raza que la que mora en el Paraíso. Por un pueblo que tiene los mismos gustos, los mismos prejuicios, los mismos problemas morales, políticos y religiosos, los mismos vicios y las mismas virtudes que los ángeles. Por ello, es perfectamente natural que los personajes pintados por los retratistas ingleses tengan en los ojos y en la sonrisa una expresión bastante más seráfica que la que ilumina el rostro de los ángeles de Giotto, de Rafael, o de Botticelli. Cuando el pintor francés Courbet decía: «No he visto ángeles jamás, y no puedo pintar lo que no he visto», no solamente confesaba desconocer a los ingleses, sino que ponía al mismo tiempo de relieve la razón por la cual los pintores ingleses son los únicos en el mundo que pueden pintar los ángeles copiándolos del natural. Pues, al natural, los ángeles no se encuentran más que en el Paraíso y en Inglaterra. ¿Dónde, si no en el cielo y en las Islas Británicas, es dable encontrar familias tan angelicales como las de Mr. James Baillie, pintada por Gainsborough, o la familia Beaumont, pintada por Romney? ¿Dónde, si no en el reino de Dios y en el de Jorge V, las muchachas tienen todas ese aire candido y encantado de la *Little white girl* de Whistler, de aquella niña vestida de blanco, apoyada dulcemente en una chimenea con un abanico chino en la mano y una languidez brillante entre los párpados entornados? ¿Dónde si no en el país de los ángeles y de los ingleses, las mujeres tienen todas esa gracia ambigua y austera, llena de desdén y de abandono, de aquella Lady Bamfylde, pintada por Reynolds, la de los hombros rosados y vaporosos sobre los tonos verdes y azules de un lejano paisaje de árboles y de colinas bajo el inquieto cielo de un ocaso?

¿Quién sabe si será fácil hallar en el Paraíso un ángel más puro que aquella poetisa de Oxford pintada por John Hoppner? Una ingenua luna lanza ojeadas entre delicadas nubes, en un cielo tierno y conmovido; vestida de blanco, con un collar de coral rojo sobre el blanco seno, la divina mujer nos mira sin vernos. Una luz misteriosa y lejana se refleja en sus ojos claros. ¿Cuántas veces, en un hogar humilde, en un salón de Belgrave Square, en un *night club* de Mayfair, en un *garden party*, no nos ha ocurrido a todos nosotros encontrar una mirada semejante? Una mirada vaga, absorta, distante, que rozando apenas púdicamente nuestra frente, se pierde entre las nubes y penetra hasta lo más profundo del cielo. Quien tomará por altivez la incierta luz azul que tiembla en aquellos ojos (en los ojos de todas las mujeres de Inglaterra, tanto los de una condesa de Oxford, como los de una joven planchadora de Bloomsbury), demostraría no conocer, o no comprender, a los ingleses y sus mujeres. Bajo su máscara de orgullosa indiferencia, los hijos de Albión son los más sencillos y más afables seres de este mundo; con tal de que se tenga, se entiende, la perspicacia de tratarles como ángeles acabados de bajar del Paraíso.

No hay que creer, sin embargo, que los ingleses sean lo único seráfico que existe allende la Mancha. Todo es angélico en aquella feliz isla, hasta la naturaleza, los bosques, los ríos, los prados y los animales.

Este carácter, por decirlo así, sobrenatural de la naturaleza en Inglaterra y las relaciones de estrecha amistad, de parentesco espiritual, que existen entre los hijos de Albión y la hierba, los árboles, los animales y los paisajes de su isla, se revelan no sólo en el modo de vivir de ese pueblo, en el espíritu que informa sus costumbres, su moral y su filosofía, sino en su poesía, su pintura e incluso en sus leyes sociales y políticas.

«Gainsborouh pintó *Ladies* como si fuesen paisajes similarmente grandes y de una serenidad otro tanto inocente. Supo dar a una falda drapeada situada en primer término algo de la divina irrealidad de los horizontes lejanos», observa Chesterton en su *Pequeña historia de Inglaterra*. Lo que él dice de Gainsborough es válido para todos los grandes pintores ingleses. Emana de sus telas un aire milagroso, un aire de prodigio y de encantamiento. No pintan solamente *Ladies* y *gentlemen* como si fuesen paisajes, como si estuviesen hechos de la misma materia que los árboles, los montes, los prados y los ríos, sino como si fuesen los protagonistas de alguna aventura sobrenatural, los héroes de alguna maravillosa metamorfosis. No puede decirse nunca si los personajes que retratan son ángeles ingleses que están a punto de transformarse en árboles, nubes y prados, o si son árboles, nubes y prados que justo en aquel instante se han transformado en ángeles.

Lo que es cierto para la pintura, es todavía más cierto para la literatura inglesa, desde Chaucer a Walter de la Mare, desde Shakespeare a Noel Coward. La poesía de este pueblo está llena de voces misteriosas. En los éxtasis de Shelley, en las visiones de Keats, en las delirantes fantasías de Lord Byron, se halla reflejada toda la naturaleza, que se estremece, llora, grita, sueña. Trátese de un poema metafísico de Donne, o de un *Idilio* de Dryden, de un drama de Marlowe o de una comedia de J. B. Priestley, de una obra lírica de Pope o de Edith Sitwell, de una novela de Galsworthy o de D. H. Lawrence, siempre es la voz de los árboles, de las aguas y de la hierba la que resuena como un eco lejano en las palabras de los personajes y en la música de los versos, son las sombras de las nubes en el espejo de los ríos y de los lagos, los verdes resplandores de las hojas, la inmóvil brillantez de las piedras bajo el sol, las purpúreas languideces de

los ocasos sobre bosques y prados, las que se reflejan en las imágenes de esa poesía y en los ojos de esos angélicos personajes.

Verdaderamente, en Inglaterra la naturaleza parece creada ex profeso para servir de fondo a un pueblo de ángeles. Un picnic, una cacería de zorros, un partido de golf, un *garden party*, no son, en aquella divina isla, lo mismo que en Europa. El sabor del aire, el juego de la luz, el dulce olor del viento, los tonos del paisaje, el color de la hierba, de las hojas y de las nubes, todo concurre a dar a los goces campestres y a los deportes al aire libre británicos una inocencia idílica que no tiene igual más que en el Paraíso. Un algo de sagrado se mezcla con la intimidad entre la naturaleza y los hijos de Albión. Y no puede decirse si es mayor la influencia ejercida por ese pueblo angélico sobre la vida de las plantas y de los animales, o si, por el contrario, lo es la ejercida por las plantas y por los animales sobre la educación de los ingleses, sus sentimientos, sus prejuicios y sus *good manners*. Pues la contribución de los animales a la civilización británica es sin duda tan importante como la de los grandes filósofos, poetas y *scholars* de Inglaterra.

Juzgada desde el punto de vista europeo, la posición de los animales en la vida social inglesa parece singularísima. Tan íntimamente se mezclan con los intereses, los sentimientos y los afectos familiares de aquellos ángeles, a sus acontecimientos nacionales y privados, que es casi imposible, en las varias manifestaciones de la actividad intelectual, moral y social, establecer cuál es la parte de los hijos de Albión y cuál la parte de sus *dumb friends*, de sus mudos amigos. De esta particular situación de los animales en la vida pública y privada de Inglaterra, puede darnos también una idea bastante clara el modo con que los ingleses hablan de todo lo que les interesa de cerca. En su conversación, el rey, el príncipe de Gales, la Flota, la política del Gabinete, los caballos, los perros, los salmones, las truchas, se suceden de manera tan monótona y confusa que no se sabe nunca si hablan de una carrera de muchachas de la nobleza, de debutantes en la pista de Epsom, o de la presentación a la corte, en la sala roja de Buckingham Palace, de los caballos concurrentes al Derby, de la pesca de algún buen ejemplar de la especie de los conservadores o de los liberales en las aguas del Scottish Dee, o del último discurso del *leader* de los salmones en la Cámara de los Lores, de una exposición de perros de lujo en el «Union Club» de Oxford o de la votación de la moción *for King and Country* en el *dog-show* de Olympia.

Los sentimientos que los hijos de Albión alimentan para con los animales no son solamente, como en Europa, de orden deportivo, estético o utilitario, sino también de orden moral, político, social y religioso. Es un rasgo característico de los seres inferiores, es decir «de los extranjeros y especies semejantes de *fellows*» (como el *Times*, en su número del 12 de diciembre de 1934, a propósito de *Hats and manners*, llama graciosamente a los habitantes de Europa) el de considerar a los animales nada más que como brutos y el de excluirlos del número de los seres civilizados. En Inglaterra, los animales no sólo gozan de todos los derechos de cualquier otra especie de súbditos de Su Majestad Británica, sino que son considerados elementos esenciales de la civilización inglesa.

Puede decirse que forman parte de la clase dirigente, de la *ruling class*. Las perreras y las cuadras, por ejemplo, desempeñan en la historia de la evolución intelectual de Inglaterra la misma función que un célebre refrán atribuye a los campos de *cricket* de Eton en la historia de las guerras napoleónicas. Y es muy difícil establecer si la batalla de Waterloo fue ganada en los campos de *cricket* de Eton, o en el *turf* de Epsom y de Ascot. En la literatura, en las artes, en la vida social, la función más noble, más patética, más desinteresada, más inteligente, es siempre confiada, no sólo a las mujeres y a los

niños, sino sobre todo a los animales. Y si en la historia de aquel pueblo sucede a veces, aun en nuestros días, que se invierten las partes respectivas y que un *gentleman* se comporte como un noble animal, o que un animal se comporte como un *gentleman*, semejante hecho no suscita jamás, en la opinión pública inglesa, la misma penosa impresión que suscitaría en Europa, donde los papeles son escrupulosamente distintos y tales confusiones no serían toleradas en modo alguno.

Tan sólo a una mujer inglesa podía ocurrirle la aventura narrada por David Garnett en su célebre novela *La señora convertida en zorra*. Es posible que David Garnett tenga mucha imaginación, pero hay que reconocer que una historia de este género no es verosímil más que en Inglaterra. ¿Y dónde, en qué otro país, podía verificarse el caso de Lord Cecil Hastings, el héroe de la novela de Gabriel Sarrazin, *Memorias de un centauro*, publicada en París hace unos cuarenta años, es decir, en un tiempo en que las relaciones entre Francia e Inglaterra estaban reguladas más bien por el espíritu que por el sentimiento? Esta singular novela está dedicada a Madame Juliette Adam, pero el autor hubiera hecho mejor dedicándola a la propia reina Victoria, que por su sólido sentido común estaba en situación de apreciar, mucho más que Madame Juliette Adam por su espíritu, la verosimilitud de las aventuras de Lord Cecil Hastings.

Aunque a los pobres *fellahs* de Europa aquellas aventuras puedan parecerles algo extravagantes, no tienen nada de extraordinario para lectores ingleses. Portador de uno de los más rancios apellidos de Inglaterra, Lord Cecil Hastings no era, aparentemente, un hijo de Albión como todos los demás. (Pero no lo era tan sólo en apariencia, pues sus modales, su carácter y sus gustos eran los de un verdadero *gentleman* de la época victoriana.) Era un centauro, o sea un ser medio inglés y medio caballo. Este desdeñable defecto físico, era una prueba irrefutable de los vínculos espirituales que unen a los ingleses con los animales de su isla. Los nobles progenitores de Lord Cecil Hastings llevaban tan lejos la innata pasión de los hijos de Albión por los caballos, que habilitaron como cuadra el más lujoso departamento de su castillo. Pasaban la mayor parte de los días en aquella cuadra: Lord Hastings acariciando con ojos tiernos y orgullosos las brillantes pelambres y las crines ondulantes y Lady Hastings llenando el pesebre de pienso con un ánfora de plata. Nada más natural, pues, que un buen día la noble señora acabase dando a luz, merced a un legítimo fenómeno de simpatía, un hijo de espléndida belleza, de cabello rubio, ojos azules, rostro altivo y a la par dulce, manos pequeñas y mórbidas, provisto de una magnífica cola, de una grupa de pelo negro brillante como la seda y de cuatro patas finas y nerviosas, que hacían presagiar en aquel hijo de Lord un futuro apasionado del *turf*.

En cualquier otro país, la gente se habría dejado engañar por el aspecto de aquel muchacho y probablemente le hubiese considerado como un monstruo. Los ingleses, por el contrario, juzgaron aquel retoño de la ilustre familia de los Hastings normal del todo y perfectamente en regla con los preceptos tradicionales de la respetabilidad británica. Le consideraron, no ya un monstruo, sino sencillamente un excéntrico. «*Le flegme britannique*, observa a ese respecto el autor, *ne s'emeut pas outre mesure des êtres excentriques: il s'enquiert gravement de leurs faits et gestes, puis les respect.*»

Aquella aparición de un centauro en medio de un pueblo de ángeles no es, por lo demás, un hecho nuevo y no tiene nada de contrario a los cánones de la teología. Incluso Giotto, en un célebre fresco, pintó un centauro entre un coro de serafines. La existencia de aquel joven excéntrico no tenía nada de sorprendente ni de sobrenatural y pasó casi inadvertido en Inglaterra, hasta el día en que el centauro, que había recibido una educación perfecta e incluso frecuentó la «Royal Military Academy» de Woolwich,

sentóse por primera vez en la Cámara de los Lores. Su ingreso en la vida política fue digno de las gloriosas tradiciones de la gran nobleza de Inglaterra. El Gabinete *whig*, cogido de improviso por los graves acontecimientos que tenían lugar por aquellos días en la India, daba pruebas de una indecisión y de una debilidad que hubiera podido arrastrar a la Gran Bretaña a una situación gravísima. De repente, mientras la discusión general se encaminaba hacia una de las habituales votaciones inconcluyentes, Lord Cecil Hastings se encabritó, pidió la palabra, y en medio de la profunda atención de la noble asamblea, pronunció una violenta requisitoria contra la política pacifista del Gabinete *whig*.

Sin embargo, aunque algunos periodistas, notoriamente inspirados por el Gobierno, hicieron notar que la oratoria de Lord Cecil Hastings era demasiado pataleante, que se había dejado arrastrar, más de una vez, por maneras bastante extrañas, azotándose los costados con la cola y que el acento de Oxford tomaba, en sus labios, un leve matiz de relincho (estas críticas fueron juzgadas excesivas hasta por los más obstinados defensores del Gabinete), la gran mayoría de la Cámara de los Lores coincidía en estimar que los modales del centauro eran los de un perfecto *gentleman*. A decir verdad, su oratoria ruda e inflamada había sorprendido a la parte ultra de los conservadores, los cuales no dejaron de observar que aquella era la primera vez que un caballo, pese a ser un caballo de raza *Old Etonian*, se había permitido usar el látigo sobre la piel de los nobles Pares de Inglaterra. Pero Lord Cecil Hastings cosquilleaba de tal modo el lado equino inserto en todo hijo de Albión, que todos, incluso los del partido *whig*, acabaron por declarar que era sin duda el más caballeresco inglés que hubiera aparecido jamás sobre la escena política y el más perfecto ejemplar de la fauna nacional de Albión.

Las consecuencias políticas del discurso del centauro no se hicieron esperar. La misma noche, una votación de la Cámara de los Comunes derribaba al Gabinete *whig*. Como ocurre siempre, cada vez que un noble animal de *pedigree* indiscutible se yergue para defender intereses británicos, una oleada de entusiasmo se volcó sobre Inglaterra. El nombre de Lord Cecil Hastings iba de boca en boca. La multitud inglesa reconocía instintivamente, en aquel pura sangre, a su *leader* nacional, al representante de sus mejores virtudes nacionales, Cansada de la larga rivalidad entre Gladstone y Disraeli, que había turbado durante tantos años la vida parlamentaria, la opinión pública anhelaba un gobierno que restituyera finalmente a Inglaterra el sentido de la estabilidad, de la tradición, de la continuidad de su Historia y de su política, el sentido, sobre todo, de la superioridad de los ingleses sobre cualquier otra especie de animales. Los viejos *tories* volvían a encontrar en Lord Cecil Hastings el representante genuino de la tradición aristocrática, pues, ¿no era él acaso *every inch a gentleman and every other a horse*? Y si algún viejo *whig*, moviendo la cabeza, declaraba preferir la libertad al *dressage* y que Lord Cecil Hastings estaba demasiado bien *dressé* para garantizar las libertades constitucionales, los jóvenes liberales no dejaban de rebatir que, para Inglaterra, lo esencial era tener un *Premier* que fuera inglés de cabeza a cola.

El día que siguió al histórico debate de la Cámara de los Lores, coincidía con la fecha de la célebre carrera de Epsom, el *Derby-Day*. Una inmensa multitud se había citado en Epsom desde todas las partes de las Islas Británicas. Habían cesado apenas los frenéticos aplausos que saludaron la llegada del príncipe de Gales, que más tarde había de ser el rey Eduardo VII, cuando una tempestad de entusiasmo alzó al aire cien mil sombreros y cien mil pares de brazos. Un coro de cien mil voces gritó el nombre de Lord Cecil Hastings. El centauro se abrió paso con dificultad, caracoleando, en aquel mar humano y tomó asiento en un palco contiguo a la tribuna del Jockey. Recostado en una cómoda yacija de cojines de velludo carmesí rellenos de paja fresca, aguardó con

impaciencia, respondiendo graciosamente a los saludos de la muchedumbre a que los caballos tomasen la salida. De pronto, fue dada la señal y los caballos se lanzaron sobre la herbosa pista.

En aquel momento, el instinto equino, que en todo leal hijo de Albión es más fuerte que cualquier otro instinto, se apodera de Lord Cecil Hastings, quien, lanzando un relincho de desafío, salta al *turf* y al galope, con la chistera gris en la cabeza y los cuatro cascos al aire, va detrás del grupo de corredores. Aunque cincuenta metros le separan de la cola del último caballo, en pocos brincos el noble Lord gana terreno, alcanza al grupo de cabeza, le rebasa, y llega el primero a la meta con varios largos de ventaja.

El entusiasmo de la multitud ya no conoce límites. Aquella estrepitosa victoria ha hecho de Lord Cecil Hastings el héroe nacional, el ídolo de toda Inglaterra. Su imagen sonríe en la primera página de todos los diarios del Imperio británico. Helo aquí, altivamente erguido sobre sus cuatro patas, contra un fondo de prados verdes y de bosques dorados en el horizonte, helo aquí, con la noble cola al viento, la grupa brillante, el rostro juvenil de aire fiero y cortés, con la mano diestra en acción de alzar levemente la chistera gris en ademán de saludo. El grito unánime de las multitudes inglesas le señala a la atención de la graciosa Soberana. Y al día siguiente, la reina Victoria llama al castillo de Windsor al vencedor del Derby y le encarga la formación del nuevo Gabinete. Es una verdadera lástima que Gabriel Sarrazin no nos haya narrado los detalles de aquel histórico encuentro entre la anciana reina y el mejor caballo de la Cámara de los Lores. ¡Qué deliciosas páginas nos habría dado un Lytton Strachey!

Ahora, Inglaterra es feliz. Se siente segura de su propio destino imperial. El más rosado porvenir se abre ante los hijos de Albión. En aquel joven *Premier* que trota por los pasillos de Westminster y que cruza cada mañana al galope la «Horse Guards Parade» para dirigirse desde su palacio en Pall Mall a su oficina del número diez de Downing Street, todo el Imperio aclama al continuador de la política de Pitt, de Palmerston, de Disraeli, al valeroso defensor de la dignidad y de los intereses nacionales, al más noble animal de cuantos jamás han guiado el destino del Imperio británico.

Pero, llegado al apogeo de su gloria, Lord Cecil Hastings se enamora de Lady Lilian Irondale, esposa del famoso comandante del ejército de las Indias. Tal vez no se tratara más que de una relación puramente sentimental, pero Gabriel Sarrazin hizo bien, en todo caso, en abstenerse de narrar los detalles. En las relaciones sentimentales de los ingleses hay siempre algo que choca el delicado pudor de los habitantes de Europa. Nosotros no estamos aún lo bastante civilizados para comprender, como dice Jean Cocteau, «hasta qué punto se puede ir demasiado lejos» en este género de sentimientos. Baste decir que Lord Cecil Hastings terminó miseramente, como terminan siempre los ingleses cuando el ángel y la bestia se desencadenan en ellos. Su prematura pérdida significó un grave luto para Inglaterra. Por fortuna, los beneficios logrados por su política todavía perduran y la influencia ejercida por Lord Cecil Hastings es aún sensible en la vida social e intelectual de allende la Mancha y en la historia parlamentaria y diplomática de aquella gran nación. Y si el rey Jorge V, en ocasión de su jubileo de plata, ha podido enumerar con legítimo orgullo los inmensos progresos alcanzados por Inglaterra en los últimos veinticinco años de su reinado, lo debe en gran parte a la obra política de aquel noble centauro, al impulso que diera al espíritu cívico de su pueblo.

La única crítica que yo me atrevería a permitirme hacer al discurso del rey Jorge V con ocasión de su jubileo, es la de no haber insistido lo suficiente sobre la contribución

de un animal tan noble y, en general, de toda clase de animales, a la civilización inglesa y no haber hecho notar que, en el fondo, de cuarenta años a esta parte, la política del «Foreign Office» no hace sino seguir las improntas dejadas por las herraduras de caballo de Lord Cecil Hastings en el terreno de las relaciones internacionales. Las herraduras de caballo traen suerte hasta en política extranjera. Hay que preguntarse qué altas cumbres hubiera alcanzado el Imperio británico, si todos los *premiers* que se han sucedido en el poder, desde Lord Hastings a Lloyd George, Macdonald y Baldwin, hubieran sido verdaderos animales.

Se me objetará que la novela de Gabriel Sarrazin, *Memorias de un centauro*, no es más que una fábula. Acaso no sea más que una fábula, pero tiene todo el aire de un relato de historia contemporánea inglesa. Esa clase de aventuras y de héroes son siempre de actualidad en un país como Inglaterra, donde los animales son considerados a la medida de personas de familia y el papel que aquellos representan es el de personajes sociables, ejemplares, dotados de todas las buenas y malas cualidades que allende la Mancha forman el buen ciudadano. Personajes educados, en suma, y educativos. Las Islas Británicas están pobladas de animales que se dirían salidos de Oxford y de Cambridge.

La situación de privilegio de que gozan los animales en Inglaterra, y su influencia en las costumbres, los prejuicios y las opiniones corrientes, no puede sorprender, cuando se piensa que para los hijos de Albión no existen en el mundo más que dos pueblos verdadera y superiormente civilizados: los ingleses y los animales.

FIN

EVASIONES EN LA CÁRCEL

*A la afectuosa memoria
de Cesare Pavese*

PREFACIO DE LA ÚLTIMA EDICIÓN (1954)

Haber estado en la cárcel o en el destierro es para muchos en Italia, y no sólo en Italia, un vulgar pretexto para toda clase de especulaciones políticas. Para mí es únicamente una experiencia humana que ha ayudado igualmente al hombre y al escritor. Hubiera sacado sin duda alguna ventaja de orden práctico, también, si me hubiese comprometido con tal o cual partido político, gritando por encima de los tejados, como han hecho tantos otros, que también yo soy un mártir de la libertad. Hoy no me arrepiento, como no me arrepentiré nunca, de no haber incurrido en una tal falta de gusto.

No he conocido más que un solo escritor en Italia que no haya hecho materia de especulación política de la cárcel o el destierro: Cesare Pavese. Un mes antes de su muerte, a primeros de julio de 1950, lo encontré en Roma, en la Via Sixtina. Yo iba con la pobre Jana, que ya meditaba el suicidio. (Se mató pocos días después.) Cesare Pavese me dijo: «Lástima que hoy no esté usted con nosotros.» Le respondí que estaba con ellos cuando se trataba de ir a la cárcel o al destierro, no ahora que se trataba únicamente de ganar premios literarios. Y en aquel preciso momento me acordé, pero era ya tarde, de que aquellos mismos días Pavese acababa de ganar un premio literario; como decía él, un «premio mundano». Sonrió tímidamente, como para excusarse, y me dijo: «No soy de aquellos que piensan que sólo cuenta su prisión y no la de los demás. La mía vale tanto como la suya.»

Ahora Pavese está muerto. Se mató. La obsesión propia de la cárcel es el suicidio: la única forma de evasión. Basta leer todas, o alguna, o incluso pocas de sus páginas, para comprender que Pavese no había conseguido librarse de la obsesión de la cárcel. En su Diario póstumo (El oficio de vivir, pág. 78) ha dejado escrito: «Ir al destierro no

es nada; volver de él, es atroz.» En el fondo, no había conseguido nunca «volver de allá». Después de tantas dolorosas tentativas de fuga a través de la inteligencia, la cultura y la poesía, finalmente consiguió huir de la cárcel a través de la muerte. (Ha negado rotundamente lo que pensaba cuando también yo trataba de «volver de allá»: que sólo los criminales y los brutos intentan la fuga aserrando los barrotes de las rejas o cortándose las venas de las muñecas. Incluso los desesperados, hubiera debido añadir.) A través de la muerte, esta verdadera libertad, la única por la cual vale la pena morir. Y hoy pienso que su muerte tiene valor para todo el mundo, no para él solo.

Quisiera dedicar a sus memoria el relato de estas tentativas mías de fuga, estas mis Evasiones en la cárcel.

CURZIO MALAPARTE

VILLA HILDEBRAN
Forte dei Marmi.
Setiembre, 1954.

PREFACIO DE LA PRIMERA EDICIÓN (1936)

He escrito estas páginas durante mis dos años de prisión y de destierro. Me he decidido a reunirías en un volumen sólo para demostrar, a quien me creyese envilecido por la esclavitud, que he permanecido libre y sereno.

Quisiera explicar la razón que me ha inducido a añadir a las páginas del tiempo de mi encarcelamiento, algunas escritas en Francia y en Inglaterra poco antes de mi detención. Las he añadido para que el atento lector pueda medir, por comparación, cuan breve es el paso de la libertad a la esclavitud, y cuan poco cambia el infortunio el ánimo del hombre sereno y libre.

«Ahora debes pensar que has vuelto de un largo viaje», me dijo mi madre cuando regresé a casa. ¡Honrada y querida cordura materna! Pero, más que de un largo viaje, he vuelto de dos años de continuas tentativas de evasión. Los criminales, los brutos, intentan huir de la cárcel aserrando los barrotes de las rejas y descolgándose con las sábanas por las altas ventanas, por los muros a pico; o cortándose las venas de las muñecas. Los hombres inteligentes, cultos, civilizados, tratan de evadirse a través de la inteligencia, la cultura, la poesía. Estas páginas son él relato de mis evasiones en la cárcel.

CURZIO MALAPARTE

VILLA HILDEBRAN
Forte dei Marmi, 1936.

PREFACIO DE LA SEGUNDA EDICIÓN (1943)

El éxito de este libro es quizá debido al hecho de que sus páginas son las únicas hasta ahora aparecidas en Italia, durante estos últimos veinte años, sobre la cárcel y el destierro. Mezquino testimonio, sin embargo, de aquellos tiempos, para mí ricos en

acontecimientos, riquísimos en afectos y en recuerdos. Yo miro aquellos tiempos con profunda nostalgia, como una edad libre y feliz, transcurrida para siempre.

Hoy siento más que nunca que «la celda n.º 461 de la 4ª Galería de Regina Cœli ha permanecido dentro de mí, convirtiéndose en la forma secreta de mi espíritu». Hoy más que nunca me siento «como un pájaro que se ha tragado su propia jaula. Llevo mi jaula en mí, dentro de mí, como una mujer encinta lleva a su hijo dentro de su vientre».

No tengo nada que cambiar en estas palabras que escribía los primeros días de mi destierro, en Lipari. Hoy vivo en una isla, en una casa solitaria, triste, dura, severa, que me he construido yo mismo, sobre un escollo a pico sobre el mar; una casa que es el espectro, la imagen secreta de la prisión. La imagen de mi nostalgia. Quizá no haya verdaderamente deseado nunca, ni aun entonces, huir de la cárcel. Lo propio del hombre no es vivir libre en libertad, sino libre dentro de una cárcel.

CURZIO MALAPARTE

PUNTA DEL MASSULLO.

Capri, 1943.

PRIMERA PARTE
NARRACIONES Y MEMORIAS

EL PASEO

Apenas el guardián jefe lo hubo entregado a los agentes de escolta, el portal de *Regina Cæli* se entreabrió, dejando ver por la rendija una franja de calle, un trozo de muralla —el parapeto del Tiber—, enmarcado en una orla de cielo amarillento, y la rueda posterior de una bicicleta que se deslizó rápidamente, con un leve ruido metálico, fuera del campo visual. Boz sintió que alguien lo empujaba levemente por la espalda, dio el primer paso fuera del umbral, y vaciló, como si hubiese puesto el pie en falso. El aire libre, vivo, el olor de río, el reflejo lívido del crepúsculo sobre el empedrado y las paredes, aquellas dos mujeres que pasaban en aquel momento mirándolo fijamente, con una mirada blanca y opaca, le parecieron signos improvisos de una soledad triste y vacía. Se sintió solo, perdido, y volvió el rostro para cerciorarse de que los agentes lo seguían.

Estaban cerca de él los tres, con un aire distraído e indiferente. Uno era bajo, robusto, con unos ojos pequeños y brillantes en un rostro hinchado y cordial. Le pareció reconocerlo; seguramente era aquel mismo brigadier de la P. S. que dos meses antes lo había acompañado de la Delegación de Policía a *Regina Cæli*. Acudió a su mente incluso el nombre, y sonrió. Recordó que aquella mañana, al aparecer ante la puerta de la cárcel, le había preguntado cómo se llamaba. «Me llamo Petrolini», le había contestado el brigadier. Boz sonrió, como había sonreído aquella mañana, y de repente se sintió tranquilo, se dio cuenta de que por un momento había tenido miedo de estar solo, de ser libre. El brigadier sonreía también, un poco embarazado, tal vez contento de que Boz lo hubiese reconocido; después dijo «aquí está», y señaló con la mano hacia el extremo de la calle.

Desde la Dirección de la cárcel habían telefoneado a una parada de taxis, y el coche llegaba en aquel momento con una aguda estridencia de frenos, patinando con las ruedas bloqueadas sobre el pavimento mojado. Boz, de momento, no se había dado cuenta de que llovía; ahora sentía la llovizna, mórbida y fría como una niebla de montaña, que le mojaba el cuello y las orejas. Un lento escalofrío recorrió su espinazo. «Todavía tengo un poco de fiebre», pensó. Un hilo de tos se anudó en su garganta y estalló con

violencia. «Tápese bien; en este tiempo hay que tener cuidado», le dijo uno de los agentes. El auto atravesaba el puente sobre el Tiber, corría por el Corso Vittorio Emanuele. En la Piazza del Gesù se detuvo por una obstrucción del tránsito. Allí detrás está el Colegio Romano, pensó Boz, la Jefatura de Policía, la calle Piè di Marmo, y, más allá, San Ignacio. «No se asome a la ventanilla —le dijo el brigadier—, podría enfriarse.» Se dio cuenta de que era ya de noche; las calles estaban iluminadas, por las aceras transitaba la gente, destacándose en negro sobre el fondo luminoso de los escaparates. Ahora subían por Magnanapoli, pasaban por debajo del alto murallón de Villa Aldobrandmi, entraban en Vía Nazionale.

De repente, vio correr al lado del taxi un pequeño auto descubierto, conducido por un joven oficial de granaderos vestido de una manera extraña, con la chaqueta abierta, una corbata negra, una gorra plana, con la visera estrecha puesta de través sobre la frente. Era la primera vez que veía un oficial con el nuevo atavío. «Hace apenas quince días que han cambiado el uniforme del Ejército», le dijo el brigadier. A Boz le parecía que desde el día de su detención había pasado un siglo. Entonces se dio cuenta de que durante aquellos dos meses de prisión había transcurrido un tiempo enorme. Sentía como si la celda 461, 4ª Galería, de *Regina Cæli*, donde había vivido durante toda aquella enormidad de tiempo —fueron apenas sesenta días—, se había quedado dentro de él, se había convertido en la forma secreta de su espíritu. Pensó en un pájaro que se hubiese tragado la jaula. Durante aquel viaje a Lípári, se llevaba la celda consigo, dentro de él, como una mujer encinta lleva a su hijo en el vientre. Se dio cuenta de que sentía una extraña inquietud; se pasó la mano por los ojos; los párpados hinchados le ardían, y tenía la boca llena de sueño. Ahora hubiera debido encontrarse en su celda; debían ser las siete; dentro de media hora sonaría la campana del silencio, aquel toque desordenado y rabioso que sacudía las rejas, hacía temblar los cristales y las redes metálicas de las ventanas, el cántaro del agua, el cubo de los excrementos, las literas, los dedos de los pies doloridos por la inmovilidad... De los corredores salía un rumor de voces apagadas, un murmullo lejano que poco a poco se acercaba, tomaba forma y peso, llenaba los corredores y las celdas como algo sensible al tacto, como una colada de yeso en un molde de arcilla. Aquel rumor sordo y confuso que el oído escucha durante el día como un eco vago y dulce, aturdido por la luz que cae en los corredores desde los ventanales de vidrio opaco, hacia la tarde, en aquella hora, resuena en la penumbra como el clamor de una muchedumbre que se acerca, y parece más alto, más lleno, por el toque de silencio, del sueño inminente. Después se encendía la lamparita fijada encima de la puerta, la luz rojiza se difundía lentamente por la celda, llenaba poco a poco los rincones, las resquebrajaduras del revoque, la jofaina, el vaso, la botella. Y, de repente, otra vez la campana, la campana, la campana...

Boz acercó el rostro a la ventanilla y su mirada se perdió, se desvaneció en la luz blanca y firme que alargaba la perspectiva de la Piazza Esedra, reflejándose en un crepitar fijo y reluciente sobre las hojas de los árboles, cruzándose en espejos cóncavos sobre las fachadas de las casas y el asfalto de las calles. Se había acostumbrado ya a fijar la mirada sobre formas precisas dentro de límites definidos, sobre la geometría neta y cercana de las paredes, del taburete, de la reja, del cántaro, del cubo, de la litera, de su propia sombra sobre la pared; y aquella fuga desordenada y vaga de luces, de ruedas, de rostros, de paraguas, de árboles, le causaba una inquietud extraña, una sensación de vacío, de soledad, de abandono. Cerró los ojos, y los volvió a abrir un momento después a causa de la sacudida que dio el taxi al detenerse delante de la Estación Término, junto al Salón Real. De repente se encontró en medio de una multitud gesticulante, aturdido por el rumor de voces, por el grito ronco y monótono de los empleados de los hoteles,

los golpes de los baúles y las maletas sobre las aceras. «Por aquí, por aquí», le gritaba el brigadier Petrolini, agarrándolo por el brazo. Entraron en la Comisaría de la estación. Boz se desploma sobre un banco, alza los ojos hacia una orden de servicio pegada a la pared, y empieza a observar atentamente la hoja de un calendario. Sábado, 30 noviembre. El tren no salía hasta las 19,30. Todavía faltaban veinticinco minutos. Boz cierra los ojos. Quiere dormir; un sueño tibio y blando acaricia sus párpados, y de repente se da cuenta, con grata sorpresa, de que en su olfato ha quedado un olor que ahora acompaña ya siempre en él la idea del sueño. La flor del sueño, el delicioso perfume de las chinches, de aquella flor que le nace lentamente en el fondo de la boca. Aquellos pasos, aquellas voces, los silbidos, los golpes, el jadear de los trenes al llegar y al partir, se alejan poco a poco, mueren en remotos abismos de sombra.

Boz se adormece, y sueña encontrarse en su celda escuchando el monótono paso del centinela por el corredor sonoro. Cada noche, cuando los guardianes habían apagado con el pie, como si fuese una colilla de cigarro sobre el suelo, el último tañido de la campana del silencio, Boz permanecía tendido boca arriba con los ojos abiertos, escuchando los ruidos que venían de la calle, las llamadas de las comadres, los gritos de los chiquillos, y risas, músicas de fonógrafos, voces de ventana a ventana, ladrar de perros, rodar de ruedas sobre el empedrado. Hasta que un gigante de cabellos rojos salía de improviso de un rincón de la celda y, levantando sus largos brazos, blandos y oscilantes, le golpeaba la cabeza con su gran martillo, forrado de murmullos y zumbidos. Algunas noches, al primer golpe moría; y el alba lívida lo sorprendía sumido en un sueño opaco y frío. Otras veces, aturdido por el golpe, permanecía tendido sobre la litera con los ojos abiertos, bañado en sudor, contando los pasos del guardián en el corredor. Catorcemilsetecientosveintiuno...dieciochomilsetecientosatorce...diecinuevemilseiscientostreinta... De repente se despierta, abre los ojos: la estancia está llena de agentes que van y vienen, todos se vuelven para mirarlo con una mirada indolente y curiosa, un comisario joven habla en voz alta por teléfono, se impacienta, repite tres o cuatro veces la misma palabra, «absolutamente, absolutamente...», su voz se hace más dulce, sonríe, y sigue hablando sin dejar de observar al prisionero con aire cortés y contrariado. «Es el doctor Giordano», le murmura al oído el brigadier Petrolini. El joven comisario cuelga el auricular y se acerca a Boz: «Nuestro tren sale dentro de diez minutos, hay que darse prisa», le dice sonriendo. «Vamos, pues; no quisiera perder el tren», le responde Boz. Alguien le toca el hombro, lo agarra por el brazo. Boz se levanta, sale al andén y se dirige detrás del doctor Giordano hacia el tren de Nápoles, seguido por el brigadier Petrolini y cuatro agentes de escolta.

Y detrás de una portezuela abierta ve a su madre con un ramo de flores en los brazos; más gris, más encorvada, sonriente y tranquila. En aquel momento Boz se da cuenta de que lleva el cabello largo, la barba de diez días, las manos sucias, las uñas rotas y negras. El sudor de la fiebre y del insomnio le pega la camisa al cuerpo. El sentimiento que experimenta es de pudor; la presencia de su madre lo humilla, lo irrita, quisiera que no estuviese allá, que no lo viese en aquel estado, le parece que le falta al respeto, que la ofende. El ramo de flores le presiona el pecho durante el abrazo; un agudo perfume entibia su rostro, despierta en su corazón un sentimiento de vergüenza y de remordimiento por aquel primer impulso de rencor afectuoso. No esperaba encontrarla allá, pobre madre; no se pregunta siquiera cómo ha podido saber que salía aquella noche, en aquel tren. «Han estado muy amables conmigo», le dice su madre, mirándolo fijamente con una mirada extrañamente firme y serena: «Han venido hace media hora a avisarme que te ibas, y he tenido apenas tiempo de correr a la estación.» Le pasa la mano por el rostro, por el cabello, por los ojos. «Voy contigo, ¿sabes? Me han dado

permiso para acompañarte hasta allí.» Habla de prisa, con aquel leve acento milanés que vuelve a sus labios cada vez que sufre o es feliz. Pero no parece que sufra ni que sea feliz; no parece siquiera conmovida; sólo un ligero temblor en las manos, la mirada demasiado firme, demasiado clara. Se apoya en el brazo de su hijo, se vuelve hacia el doctor Giordano: «¿Podemos subir?», pregunta. Hay en su sonrisa una amabilidad, una sencillez, un orgullo tan tranquilo y seguro, que Boz, de repente, se siente libre. No ya como un prisionero evadido o liberado de la cárcel, sino como un hombre cualquiera, un viajero como todos los demás, uno que viaja por sus asuntos.

Deseaba que el tren arrancase en seguida, que cerraran de una vez las portezuelas; ¡hacía tanto tiempo que había prometido a su madre un viaje...! Es verdaderamente un placer tomar con ella el tren, juntos, los dos solos... Italia es tan bella, hay tantas ciudades, tantos pueblecitos, y ríos, lagos, y mares que Boz no ha visto nunca... Calabria, Sicilia, jardines luminosos, naranjas de oro bajo un sol amarillo y rugoso como una naranja inmensa, limones pálidos como astros de primavera vagando por el follaje reluciente y negro, como en un cielo sereno antes de que salga la luna. Y el penetrante perfume de azahar en el aire denso y rubio como un vino dulce. Está contento de marcharse, de abandonar Roma, de emprender aquel viaje hacia Sicilia con su madre. Ahora el tren avanza lentamente, y su madre está sentada a su lado en aquel compartimiento de segunda, lleno de un agradable olor a aceite, a carbón y a tabaco. Los cuatro agentes de escolta están colocando los equipajes, hablan entre ellos en voz alta, fuman, bromean; el doctor Giordano y el brigadier, de pie en el corredor, se vuelven de vez en cuando para mirar al prisionero con una curiosidad casi pueril. «Señora —dice el doctor Giordano—, le he tomado dos almohadas; hay una también para su hijo», añade con una sonrisa de simpatía. «Son muy amables», piensa Boz, y se abandona, cerrando los ojos, con la cabeza apoyada sobre el hombro de su madre.

De repente, he aquí el sueño que cruza su frente. Como un pájaro que pisotea un fruto maduro y se aleja volando, y vuelve tendiendo el pico, el sueño se va y vuelve picoteando su frente, en medio de los ojos, con el pico tendido. Boz querría alejarlo, se agita, se tapa los ojos con el brazo doblado, pero el pájaro vuelve, le picotea la frente. El prisionero se duerme, y despierta después de cinco horas, después de seis. El tren ha pasado ya Nápoles, ha pasado Pompeya, Cava, Salerno, y ahora corre a través de la llanura de Battipaglia. La noche es oscura e inquieta, rasgada aquí y allá por zonas fosforescentes; pesadas nubes negras emergen constantemente del mar y encuentran otras más leves, más claras, más altas, que bajan de los montes de Cilento, de Cappaccio, del Alburno. Ráfagas de viento caliente y húmedo levantan de la llanura nubes de polvo amarillo; el mar reluce por entre los árboles bajo una luna de ojos verdes y fatigados. El tren modera la marcha, se detiene, vuelve a arrancar silbando atemorizado, y al poco rato se para nuevamente; en aquel trozo, la llanura está inundada, brigadas de obreros están trabajando a lo largo de la vía, se ve en lontananza un oscilar de linternas, un relucir de azadas, se oyen voces, golpes, un repicar de martillos sobre los raíles. El resplandor azulado de los relámpagos revela un escenario de columnas, de ruinas, de árboles desgajados por el viento. «Estamos en Pesto», piensa Boz. Se levanta y sale al corredor. «¿Adónde va?», le pregunta la voz del doctor Giordano. El prisionero no responde; mira por la ventanilla, hunde la mirada en la noche desgarrada por los relámpagos, llena de manchas oleosas, de rasguños transparentes. Una noche extraña, de un gris perla vetado de amarillo y verde.

Los templos de Pesto surgen delante de él, solitarios, solemnes, funerarios. Las columnas se destacan netas, precisas, sobre el fondo de un mar espumeante. El doctor Giordano sale al corredor y se detiene al lado del prisionero. «Un viento de huracán»,

dice. La luna yace pálida y humeante sobre el borde de una alta muralla de nubes negras. De repente la muralla se derrumba, la luna se precipita de montaña en montaña, rueda de valle en valle, cae con un golpe sordo sobre el sueño de la llanura, y desaparece detrás de la colina de Agropoli.

Boz asoma la cabeza por la ventanilla, y el viento le clava sus uñas en la frente, lo agarra por los cabellos, le echa la cabeza atrás, trata de arrancarlo a la fuerza del tren, de raptarlo a los agentes, a su madre. Pero el doctor Giordano le pone la mano sobre el hombro, como para sujetarlo. «No cometa imprudencias —le dice—, se lo ruego. Tiene usted un poco de fiebre y este aire húmedo puede hacerle daño.» Su voz es cortés, llena de una afectuosa solicitud. Y levanta el cristal. «Esté tranquilo —le responde el prisionero con una extraña sonrisa—, no cometeré ninguna imprudencia.» Ahora, del cielo alborotado se desprenden montañas de nubes, se extienden sobre la llanura inundada, levantan salpicaduras de agua fangosa. La furia relampagueante del siroco se rompe, con un rugir de oleaje, contra la columnata de los templos de Poseidón, de Ceres, de la Basílica. Profundos charcos purpúreos se abren sobre los montes, de los que sale una luz sulfúrea, el cielo se lacera de repente con un seco crujido de tela desgarrada, una luna repleta de sangre amarilla rueda estridentemente a través de las manchas de brezos y de retamas, las columnas, las olas blancas de espuma... Boz apoya la frente sobre el cristal de la ventanilla; una quietud húmeda y fría invade su corazón. Todo se hunde detrás de él, en la cálida penumbra nebulosa del compartimiento. Incluso su madre se hunde con los ojos cerrados, entre los agentes soñolientos. El tren inmóvil silba quejumbrosamente; la lluvia empieza a caer súbitamente sobre el techo del vagón. «El año pasado, la última vez...», piensa el prisionero. La última vez que había venido a Pesto iba con Flaminia y con Massine. Hace apenas un año, apenas ayer...

Habían salido de la Isola del Galli al alba, un alba de verano plácida y blanca. Los «Faraglioni» de Capri, allá abajo, surgían lentamente del mar, inciertos en la niebla. Sobre la costa de Amalfi, el aire era transparente y vetado de plata, como las alas de las cigarras. En su casa construida sobre la mayor de las tres islas Galli (las Sirenuse homéricas, los negros escollos que Ulises vio blanquear de huesos humanos, donde tenían su nido las sirenas de aliento fétido y voz armoniosa), Leónidas Massine pasa cada año gran parte del verano, a solas con un «Pleyel» enronquecido por el aire salobre, ensayando sobre el pavimento de mayólica los pasos de algún nuevo baile de Stravinski o de Charrier. En los amaneceres serenos, desde lo alto de la terraza cortada a pico sobre el mar, se ven surgir en el lejano horizonte, allá en el fondo del golfo de Salerno, entre las bocas del Sele y el cabo Palinuro, las columnas rosadas de los templos de Pesto, donde Massine ponía en escena en el «Théâtre des Champs Elysées», *La concurrence*, de André Derain, con música de Georges Auric, le había dicho a Boz: «Venga a verme a las Sirenuse; iremos juntos a Pesto.» Y ahora navegaban sobre un mar, claro y liso como la concha de una tortuga, hacia las bocas del Sele, hacia las columnas solitarias de la ribera desierta. Flaminia, tendida al lado de Boz, callaba, la mirada lejana, los labios entreabiertos, el rostro encendido por el candido fuego de las velas.

El sol estaba ya alto cuando abordaron el inmenso arco de la desnuda ribera de Pesto. La playa despedía un fuerte resplandor de nieve bajo el sol blanco. De la playa a las ruinas de los templos, el camino, entre matas de enebros y de espinos, atraviesa una llanura polvorienta donde enjambres de gruesos insectos peludos producían un zumbido agudo y continuo. El calor era sofocante. Leónidas Massine caminaba junto a Flaminia y a Boz con aquel paso suyo de jovencita, ágil y alegre, volviendo de cuando en cuando

su perfil delgado, pueril. Después, poco a poco, una pátina de sudor y de polvo había ido recubriendo su cuerpo semidesnudo, el pecho ancho, las piernas lisas y relucientes, hasta que el rostro cortante desaparecía bajo una máscara de barro amarillento. Flaminia tenía también el rostro cubierto por una máscara de barro; y Boz era feliz; le parecía que jugaba a un misterioso juego infantil, representando un papel de héroe o de dios en una fábula para chiquillos. Caminaba llevando a Flaminia de la mano, y de repente echó a correr, sintiéndose feliz de acercarse a aquellos templos con la máscara de barro sobre el rostro.

Pero hacia mediodía el cielo se cubrió de espesas nubes negras, y del mar se levantó un viento cálido y tempestuoso. El aire se había vuelto lívido, y las columnas de piedra rosada ardían, esfumándose en la penumbra seca y plúmbea del temporal inminente. Boz se había sentado al lado de Flaminia en la escalinata del templo de Poseidón, en la parte que mira hacia los montes de Capaccio. En el aire lívido flotaba un fresco olor de retama, de romero, de menta, de bayas de enebro. Un rebaño de cabras negras y flacas pacía la pobre hierba al pie de las columnas de la Basílica. Dos viejas, envueltas en pesados vestidos de lana oscura, los ojos enrojecidos e hinchados por la fiebre, permanecían de pie, inmóviles en medio de las cabras, con el cabello enmarañado, la frente surcada por arrugas purpúreas, el rostro manchado por costras relucientes. Una monja, con el rostro enmarcado en su toca, de mirada torva, hostil, ceñuda, estaba sentada, junto a una chiquilla, sobre un capitel hundido entre la maleza, con las manos muertas, y la piel manchada de amarillo como la de las lagartijas, cruzadas sobre el vientre. La chiquilla tenía la mirada fija en el suelo con una violenta expresión de humildad y un no sé qué obstinado, malévolo, doliente. La chimenea de la fábrica de conservas «Cirio», allá, hacia la línea del ferrocarril, aparecía en relieve como una gruesa vena amoratada sobre el fondo gris de los cerros desnudos y pedregosos. Por la carretera real circulaba una hilera de carros cargados de tomates dirigiéndose hacia la fábrica, y el camarero del «Albergo Nettuno» se asomaba al umbral para respirar el olor embriagador de las bayas de enebro, de los tomates y de la orina de cabra. Y aquel caballo blanco, aquel caballo color de yeso, de patas rígidas y cuello tendido, de crines alborotadas, que galopaba pesadamente detrás de la columnata de la Basílica, sin que se oyera el golpear de los cascos sobre las losas de toba clara.

De pronto, un grito le hizo volver la cabeza. Un grito breve y suave, casi un lamento de mujer. Massine estaba allá, inmóvil, la espalda apoyada contra una columna, el torso de cobre confundiendo con la piedra rosada. Una expresión de profundo terror contraía su rostro. Con la frente inclinada sobre el pecho, fijaba una mirada apagada sobre una serpiente negra y delgada que se deslizaba, lenta y cautelosa, hacia él, sobre el pavimento del templo. Se deslizaba pérfida e irónica, mirándolo a la cara con sus ojos relucientes y amorosos. El cielo se tendía, profundo, sobre las columnas, y los relámpagos grababan en aquel techo de piedra negra una extraña cifra, el 8 misterioso que forman las dos serpientes enlazadas del caduceo de Mercurio. La chiquilla levantó el rostro, aguzó el oído para escuchar el rumor de las alas de Mercurio bajo el viento impetuoso. Luego, de repente, el cielo se desgarró como una bóveda que está a punto de derrumbarse, y las primeras gotas de lluvia cayeron pesadas, estridentes, como gotas de plomo fundido, haciendo en el suelo profundos agujeros de los que salía, susurrando, un vapor rosado.

Massine había seguido apoyado contra la columna, como un prisionero que espera el suplicio, en una actitud de terror estático, con los brazos levantados para protegerse la cabeza de aquella lluvia caliente, de aquella lluvia sibilante de flechas. Un san Sebastián asaeteado desde el cielo. La serpiente iba acercándose a él despacio, despacio,

deslizándose, cauta, a través de la nube roja que la lluvia hirviente levantaba del pavimento. De repente Massine levantó los ojos al cielo, unos ojos entreabiertos en un rostro palidísimo, con una expresión de intenso sufrimiento, de alegre sufrimiento. Le temblaban las rodillas, el flanco mórbido, abandonado sobre el muslo hinchado de músculo, arqueado como en un movimiento de danza, sus pequeños pies apoyados apenas en el suelo, el pliegue del músculo de la pantorrilla tendido con un esfuerzo doloroso. San Sebastián asaeteado desde el cielo. La serpiente estaba ya cerca de él, triste y como muerta de sueño. Boz contenía la respiración, la sangre le golpeaba las sienes y tenía un extraño sabor en la boca, un sabor tibio y dulzón. Aquella escena cruel le producía una aversión conmovida, era una escena repugnante y fascinadora. «¡Muérdelo! ¡Muérdelo!», decía para sí. Esperaba con ansia, con un placer doloroso, que la serpiente hundiese sus colmillos en el tobillo tembloroso.

De repente, Massine se alejó de la columna y echó a correr. Y pareció que entrase en escena, que volase desmemoriado y feliz sobre un leve paso de baile. Pero después pareció huir; huyó como un prisionero que ha roto sus ligaduras, como un hombre librado de la muerte. La lluvia empezó a caer, el cielo se hundió con fragor sobre el templo, las lívidas nubes se desgarraron formando jirones tempestuosos. El aullido del mar se rompía contra las columnas, como las olas contra los escollos. Contra las columnas de dura piedra berroqueña, compactas, pesadas, hundidas en el terreno como árboles vivos. Y Massine que huye allá, ligero, hacia el mar, entre los matorrales de zarzas y retamas, y Boz se siente finalmente liberado de un ícubo y encuentra en sí mismo, en torno a él, la inmóvil serenidad de las columnas bajo la furia del huracán, aquella severa, escabrosa, impasible fuerza. Aquel incorruptible reposo. Y el olor embriagador de las bayas de enebro, de tomates, de orina de cabra. Después, poco a poco, el huracán se aleja hacia los montes, el sol salta de nube en nube, esmaltado de lluvia sanguínea. Y Flaminia está echada sobre la escalinata del templo, cortada en dos por la sombra purpúrea de una columna. Las rodillas blancas y lisas, los cabellos rubios iluminados por el fuego de un oro exangüe, el rostro claro y dulce, la sonrisa triste, lejana, aquel brillo rojizo de los ojos, aquella mirada cansada y orgullosa... Va casi desnuda, abandonada y tumbada sobre la piedra escamosa. Las cabras barbudas la miran fijamente, rumiando con los ojos entornados y amarillos; las dos viejas tienden la mano en forma de cuerno hacia ella, y escupen en el suelo, gritando: «¡Anatema! ¡Anatema!» La monja, envuelta en su toca, levanta en silencio los brazos con un tintinear de medallitas, la boca abierta como si aullase; las manos de piel de lagartija penden muertas de las muñecas vellosas.

Un bochorno viscoso había seguido al viento y a la lluvia, y el aire estaba impregnado del olor excitante de la hierba mojada. Boz sentía nacer en su corazón una extraña felicidad, el sereno recuerdo de una fábula misteriosa y pueril. Miraba a Flaminia tendida a su lado, y a las dos viejas que se alejaban caminando hacia atrás, haciendo cuerno con la mano tendida, escupiendo en el suelo y gritando: «¡Anatema! ¡Anatema!», y a la monja que abría la boca, levantaba en silencio los brazos, agitando las muñecas peludas, y a la chiquilla que la seguía con la cabeza baja, volviendo de cuando en cuando los ojos dolientes y malvados. Las cabras balaban, roncaban. Un lento vuelo de cuervos pasaba graznando sobre los templos. Ahora, el caballo blanco, aquel caballo de yeso, pasaba y desaparecía al galope por detrás de la columnata de la Basílica, con la cabeza alta, rígido y pesado, lanzando de cuando en cuando un relincho estridente y triste. Flaminia, tumbada sobre la escalinata, ofrecía su sexo a los montes, al mar, a las matas de retama, tomillo y menta; todo era mujer en torno a ella, todo era hembra, y olor de sexo, y color de carne viva. Miraba al cielo por entre las columnas; el

sudor le brotaba del cuello y de los senos corriendo por el vientre y los brazos. Y aquel olor excitante de hierba mojada, aquel relincho estridente y triste, aquel dulce relincho, resonaba en el aire como un lamento amoroso.

Y he aquí que el tren se pone en movimiento, se aleja con un silbido tenue y triste, un silbido largo y plañidero a través del soplo del viento y de la lluvia, y el prisionero tiene que arrancarse a la fuerza a aquel paisaje de templos y de olas espumeantes, como si también él fuese una columna de piedra, pesada, dura, compacta, hundida en la tierra, arraigada en el suelo como un árbol con mil profundas raíces. Siente que su fuga hacia la salvación, la libertad, la felicidad, ha comenzado el día que entró en *Regina Cœli*. Se vuelve y encuentra la mirada fija y serena del doctor Giordano, la mirada de un cómplice, de un compañero de evasión. Adiós, piensa Boz, adiós. Y sabe que no podrá jamás renegar de todo aquello a que renuncia, de lo cual huye, se evade, todo aquello que ha rechazado lejos de sí el día en que entró en la cárcel. Y ve a Flaminia en el corredor de *Regina Cœli* la mañana que fue a verlo en el locutorio, después de la condena. La ve alejarse un poco encorvada, con paso incierto, después pararse, creyendo que Boz no la veía, apoyar la frente en el muro gris, al lado del guardián que la mira en silencio, agitando el mazo de llaves. Aquellos sollozos convulsivos, el tintineo de las llaves, los hombros sacudidos por el llanto. Y Flaminia no sabe que Boz ha permanecido mirándola a través de la reja, no sabe que en el fondo de su corazón ha renunciado ya a todo aquello que era el secreto orgullo de su vida, a todo lo que hasta ayer fue su gloria, su esclavitud, su felicidad decepcionada, humillada, corrompida. Y Flaminia, levantada la frente, se seca las lágrimas, se aleja por el corredor sórdido, gris, seguida por el guardián, que camina agitando el mazo de llaves.

Adiós, piensa Boz, adiós. Y vuelve a entrar en el compartimiento, se sienta al lado de su madre, abandona su cabeza sobre su hombro, estrechando dulcemente su mano dormida sobre el asiento. Cierra los ojos y ve a Flaminia alejarse por el corredor, un poco inclinada, con paso incierto, y evoca aquel tintineo de llaves en el zumbido del tren que huye por la llanura de Pesto hacia Agropoli, hacia la Calabria negra de selvas, hacia la Sicilia rosada y dorada, hacia Lípári, amarilla de azufre y de retama, isla errante en el mar. Pero es tarde ya, demasiado tarde. Querría dormir. El tren se desliza por la noche con un mugido de río en crecida. La mano de su madre es tibia, y tiembla un poco en su sueño, un temblor leve y feliz. Boz se hunde poco a poco en una cálida ola verde, todo su cuerpo se abandona al sueño, y el peso de los pies, de las piernas, del vientre, lo arrastra bajo el agua. Sólo la cabeza emerge del sueño. No puede moverse, pero ve, oye, respira, como un hombre sumergido en el agua hasta el cuello. El tren huye por la dentellada orilla del mar; de vez en cuando se detiene en alguna estación perdida en la oscuridad, la lluvia azota los cristales de las ventanillas, sombras de hombres encapuchados salen de las barracas de madera. Voces, martillazos en los tambores de los frenos, el rugido del mar allá abajo, montañas melancólicas envueltas en nubes negras... El prisionero se adormece y oye voces lejanas, un jadeo profundo, prolongados ecos metálicos, el agua de los desagües caer sobre los techos de plancha ondulada. Un desprendimiento de tierras ha interceptado la línea; el tren lleva ya un retraso de tres horas. Amanece y la costa de Calabria, erizada de escollos, resquebraja la muralla espumosa del mar. El tren de lujo París-Siracusa está allá, parado en la vía de al lado; hay que esperar a que los obreros hayan dejado expedita la vía. París-Siracusa... *París, 39, Quai de l'Horloge, Madame Marting, la concierge, dit qu'il en aura pour cinq ans, un brave garçon, oui, un écrivain, un poète, il connaissait tout le monde à Paris, on l'aimait bien. Pirandello venait le trouver de temps en temps, et Mebraux, Glenway, Welscott, des écrivains, des peins, tres italiens, anglais, américains...*

*Seigneur, nous avons fait la guerre
et nous sommes bien fatigués...*

*c'est Madame Marting la concierge qui a donné tous ces détails à la presse, oui,
Monsieur, il aimait l'Italie, la place Dauphine, sa mère et les huitres de Prunier*

*On a bien fait
de le mettre en prison
il était beau garçon
et il aimait sa mère.*

París-Siracusa, en el tren de lujo, jóvenes ingleses rubios, tendidos en sus *couchettes*, mastican en sueños las hojas de acanto de los capiteles y aquellos hilos de hierba olorosa de incienso que despuntan en la penumbra verde y rosada de las canteras de Siracusa. *What do you mean by respectable? He keeps a gig. Il venait justement de passer plusieurs mois à Londres, n. 1 St. James's Street. S. W. 1. C'est Madame Martig, la concierge, qui nous a donné ce détail, un brave garçon, ou, un gentil garçon Croyez-vous, Madame, qu'il avait l'intention de traverser la Manche à la nage? Non, Monsieur, c'est une abominable calumnie. Je peux vous assurer qu'il n'a jamais eu l'intention de traverser les Alpes à la nage.*

*Oh gramo, gramo, gramophone
which of us is the fairest one?*

Amanece, no llueve ya; la sonrosada mañana persigue rebaños de nubes blancas por el cielo, manchado aquí y allá de espacios azules; el tren vuelve a arrancar hacia Bivio d'Aspromonte; es ya pleno día; un pálido sol muestra escuálidas viñas, selvas de chumberas, desnudas rocas cortadas a pico sobre el mar.

De vez en cuando el doctor Giordano abre un ojo, mira fijamente al prisionero con una mirada soñolienta; los agentes salen del compartimiento, se pasean por el corredor, fuman, comen, un olor de salchichón y de vino se mezcla al zumbido del tren en fuga. Su madre no está ya a su lado, quizás ha bajado en alguna estación desierta, se ha marchado sin decirle nada, sin despedirse siquiera, no la verá nunca más, nunca, nunca más, no verá nunca más a Flaminia; dentro de cinco años será libre, dentro de cinco años volverá atrás por aquella misma vía, en aquel mismo tren, en aquel mismo compartimiento. No, gracias, no tengo apetito. A esta hora los carceleros reparten la sopa a los presos, éstos tienden su tazón a través de la «spia» de la puerta, se oye en el corredor el sordo chocar de las cucharas de madera contra los recipientes de lata, un sonido apagado de voces, un arrastrar de pies entumecidos. Su madre aparece de repente delante de él, le sonrío, le tiende una naranja. El tren corre siguiendo la orilla de un mar tempestuoso. No, gracias, no estoy cansado. La roca roja de Sicilia resplandece en el aire verde y gris del crepúsculo. «Dentro de poco pasaremos el estrecho de Messina; llevamos un retraso de seis horas», dice el doctor Giordano. Es ya de noche, y el tren entra en el *ferry-boat* con un fragor de chatarra. En la estación de Messina, un funcionario de la policía se acerca al doctor Giordano y le habla en voz baja. «Podemos ir a dormir a un hotel —dice el doctor Giordano—; hasta las cinco de la mañana no hay ningún tren para Milazzo.» Boz se apoya sobre el brazo de su madre; le duelen las piernas, respira con fatiga, siente un continuo deseo de vomitar, no está ya acostumbrado al aire fresco, al aire libre.

El hotel es triste, oscuro; huele a serrín, a ajo, a barniz. «Todavía tengo un poco de fiebre», piensa Boz. Un estremecimiento de frío recorre su espinazo. «Mi deber es hacerlo visitar por un médico...» «No, no hay necesidad, verá cómo mañana no tendré ya fiebre... «No tiene usted que hacer cumplidos, debe considerarme como un amigo;

estoy aquí para ayudarlo, qué diablos...» «Gracias, es usted muy amable...» «Verá cómo en Lípari se encontrará bien...» «Sí, desde luego, uno se acostumbra a todo.» «Comprendo, comprendo...» Boz escucha aquellas voces lejanas, se da cuenta de que habla, de que contesta, pero en el acto olvida lo que ha dicho; quizás es sólo un poco de debilidad, el cansancio del viaje, la fiebre. Al lado de su cama, tendido en un sillón, los zapatos desabrochados, el cuello abierto, la corbata floja, el brigadier Petrolini lo mira sonriendo. Ahora está delante del portal de *Regina Cœli* «Me llamo Petrolini. Sí, brigadier Petrolini.» El portal se abre, y entra su madre seguida del doctor Giordano. Su madre dice: «Pobre muchacho», y el doctor Giordano sonríe; quisiera gritar, se agita, dice en voz alta: «Muy amables con mi madre», y su madre dice: «Pobre muchacho, delira», y el doctor Giordano sonríe, camina de puntillas, hace una señal a Petrolini, y Boz quiere gritar, se agita, y su madre se acerca a él, le acaricia la frente; después se vuelve hacia el doctor Giordano y le pregunta: «¿Dónde está Flaminia?» Quizá Flaminia se ha quedado en el corredor del locutorio, apoyada en la pared gris, los hombros sacudidos por los sollozos, cerca del guardián que la mira en silencio haciendo tintinear el mazo de llaves. «Tendríamos que ir a llamarla», dice su madre, y el doctor Giordano sonríe, abre los labios, y la boca poco a poco va abriéndose, se dilata desmesuradamente, los labios se arquean, se redondean formando un puente enorme, hinchado, rojo... Aquella boca monstruosa llena toda la estancia, y el doctor Giordano mueve los labios susurrando algo despacio, despacio, y su madre hace un leve gesto con la mano blanca, un gesto que hace vibrar los cristales de la ventanilla, el vaso sobre la cómoda, y Boz quiere gritar, y se agita, y Flaminia se vuelve desde el fondo del corredor y hace un signo con la mano, un gesto de saludo, y Boz, de repente, no ve ni oye nada, y se despierta cuando alguien lo toca, lo sacude suavemente, y ve a su madre junto a su cabecera, que le dice: «Son las cuatro: levántate, tenemos que marcharnos.»

Los agentes están ya allí, preparados, de pie junto a la cama. El brigadier Petrolini, sentado en el sillón, blasfema mientras se ata los cordones de los zapatos. Tiene los ojos, hinchados por el sueño, está pálido y sudado. El alba se anuncia clara y fría, el cielo oriental se tiñe de rojo sobre las montañas de Calabria. Del puerto se eleva un apagado mugido de sirena, un tren silba en lontananza, en la ribera opuesta del estrecho las casas de Reggio van saliendo paulatinamente de las sombras. Boz camina llevando a su madre del brazo, se siente descansado y alegre, el aire fresco de la mañana le produce una cierta embriaguez; su madre está contenta también, camina a pasos vivos, juveniles, apoyándose, alegre y feliz, sobre el brazo del hijo, mira a su alrededor y dice de cuando en cuando: «Es verdaderamente bella, Messina». La estación es clara, alegre, llena de tañidos de campanas. El tren para Milazzo está ya allá, esperando; es un pequeño tren, apagado, pero limpio, reparado, con una buena capa de barniz nuevo y algún remiendo aquí o allá. Y está allá, bajo la marquesina, esperando, con todas las portezuelas abiertas, como un viejo mueble casero, una vieja cómoda con todos los cajones abiertos para airearlos. Sólo los espera a ellos; se ve que tiene prisa en marcharse, silba de alegría, se mueve, avanza resoplando, sale de la estación erguido y jovial, se desliza lentamente por los suburbios, deja atrás la ciudad, y se encarama dando una amplia vuelta por las colinas, entre grupos de chumberas, huertos, viñedos, bosques de almendros y naranjos. Messina queda abajo, con sus anchas calles rectilíneas, arboladas, desiertas, todas nuevas, y, finalmente, hasta las decrepitas barracas de los suburbios parecen nuevas, y nuevo es el cielo lleno ya de luz azul, nuevos los montes todavía relucientes de lluvia. El estrecho parece un inmenso río a través de un valle de laderas de casas blancas, verdes jardines de naranjos y limoneros, y aquello es el abismo de Caribdis y más allá, enfrente, la roca Escila, ya desflorada por la luz rosada que mana de

los montes y el mar abierto. Más allá, un mar azul con franjas amarillas, cortado por mil riberas y ríos espumosos a la deriva que la tempestad en fuga deja tras ella.

Boz es feliz, le parece haberse vuelto chiquillo, los colegios han cerrado por fin, los exámenes han ido bien, ahora empiezan las vacaciones. «Si te aprueban, te haré hacer un viajecito», le había dicho mamá. No hubiera imaginado nunca que el viaje de Roma a Sicilia fuese tan divertido; es un verdadero placer abrir la ventanilla, respirar el aire límpido y fragante, ver los barcos, allá lejos, que entran en el estrecho dejando atrás un largo reguero de humo, una blanca estela de espuma. «¿Te acuerdas? —le dice su madre—. ¿Te acuerdas de la primera vez que me llevaste en barco?» Sí, se acuerda muy bien, pero hace tantos años... Fue en Venecia; además, no era un barco, era el *vaporetto* que hace el recorrido entre la Plaza de San Marcos y el Lido; ni tampoco aquello era el mar, era una laguna. «Es verdaderamente bella, Sicilia —dice su madre—; debe ser un sueño vivir en un país tan bello.» Y lo mira a los ojos, y Boz siente que su madre está agitada por una tímida ansiedad. Quizá tenga miedo al mar, y piense ya con temor en aquel viaje en barco desde Milazzo a Lípári. O quizá quiere expresar así su reconocimiento, su alegría porque su hijo no está ya en la cárcel, encerrado en una celda sin aire, sin luz (y allí hay todo aquel mar, aquel cielo), y quiere hacerle comprender que, en el fondo, tiene que ser muy agradable vivir en un país como aquél, verse obligado a vivir en un país tan bello. «Pobre mamá...», piensa Boz.

Ahora el tren baja hacia el mar describiendo una ancha curva, corre festivamente por la orilla, entre huertos, jardines de naranjos, con las fachadas de las casas manchadas de musgo verdoso, que aflora de los revoques los días de siroco y da a las casas un tono lívido, un aspecto de triste abandono. «Ya estamos en Milazzo», dice el doctor Giordano. De la estación al puerto hay dos kilómetros de carretera. Boz coge a su madre del brazo y emprenden el camino a pie, seguidos por los agentes y el doctor Giordano, que le dice en voz alta al brigadier: «Finjamos que van solos». Y siguen el camino así, como una comitiva de amigos. Pero la gente tiene el ojo práctico y los mira a la cara, se vuelve para verlos. La carretera está atestada de carritos tirados por asnos, de grupos de mujeres con enormes cestos en equilibrio sobre la cabeza, de muchachas con el ánfora en el hombro, de chiquillos que se persiguen gritando, de coches que pasan al trote, en medio de una nube de moscas, de cocheros, que, en los pescantes, hacen restallar las fustas. Voces, risas, llamadas, cantos, se cruzan de ventana a ventana, de balcón a balcón. En la acera, el maestro herrero golpea la herradura con el martillo sobre el yunque reluciente; el tonelero ablanda las duelas con un fuego crepitante de leña y de virutas; el panadero se asoma a la (puerta de la tienda manipulando a golpes sonoros, como para jugar, un informe trozo de masa blanda, y sus dientes amarillos relucen en su rostro blanco de harina; los barberos de bata blanca se asoman a la calle blandiendo navajas, peines y cepillos, y llevan unos bigotes rizados, el cabello crespo y reluciente, y largas pestañas pegadas al sesgo hacia las sienas. Cada umbral tiene su barbero, y se llaman a grandes voces a través de la calle, gesticulando, en medio de una nube de polvo y de mosquitos que huele a cosmético y a brillantina. Del interior de los patios se oye balar a las cabras, un llanto de niño, el gorjeo de muchachas, un altercado, el voceo de las comadres. Grupos de perros errantes desembocan por cada esquina, hurgando, con el rabo caído, entre los montones de inmundicias, se acercan, cautos, a husmear los carritos de los vendedores ambulantes de pejepero, hortalizas, lentejas y garbanzos, o se aglomeran en torno a los charcos de sangre que cae de los cabritos degollados, suspendidos de un gancho a la puerta de las carnicerías. Y la muchedumbre alegre, alborotada, gesticulante, se apresura a saludar a grandes voces, abrazándose e inclinándose, a todos aquellos frailes que van y vienen, sonríen, interrogan, responden,

reparten patadas a los perros, capirotaos a los chiquillos, medallitas a las comadres; forman un corro, se desbandan, vuelven a reunirse más allá, más allá todavía, dispensando a su alrededor sonrisas joviales, miradas de entendimiento y gestos de bendición.

Boz se siente renacer; no se ha sentido jamás tan joven, tan fuerte, tan lleno de esperanza y de fe. Se pone, sin darse cuenta, a silbotear:

*Quando a Milazzo
passai sargente
comida rossa
camicia ardente...*

marca el compás con los tacones sobre el pavimento, y su madre levanta la cabeza, amolda su paso al de su hijo, y el doctor Giordano, el brigadier Petrolini y los cuatro agentes empiezan a marcar también el paso sin darse cuenta. «¿Es este mismo — pregunta de repente la madre, jadeante, enrojecido el rostro—, aquel Milazzo de Garibaldi?» «Sí, este mismo —le responde Boz—, y aquello de allá arriba es el Castillo.» Su madre levanta la vista y dice: «Debe de haber muy buena vista desde allá arriba; me gustaría subir al castillo.» «Subiremos cuando vuelvas a buscarme para llevarme a casa.» «Cinco años pasan pronto», dice la madre. Pero en el acto se arrepiente de haber dejado escapar aquellas palabras: «cinco años», y se detiene, mira el cielo y tiende una mano. «¡Oh, qué bello, qué bello!» Por encima de los tejados vuela, lento y blanco, un milano; no mueve apenas las alas. Y, por fin, llegan al puerto: el reflejo deslumbrado del agua los ciega, los aturde un violento olor de alquitrán y de frutos ácidos.

El puerto es una aglomeración de barcazas, gabarras, barcos pintados de negro y de rojo, que están cargando cestas de limones y naranjas, botas de vino y de vinagre. Grandes veleros cargados de alfarería, sacos de trigo, cestas de higos, secos, se balancean junto al muelle. Hay un alegre estrépito de grúas, un vocerío alegre y confuso, un restallar de velas, golpes de remo, gritos estridentes de gaviotas. La sirena del *Luigi Rizzo*, el diminuto barco que hace el servicio de Milazzo a la isla de Lípári, lo llama una vez, dos veces. Boz ayuda a su madre a franquear la pasarela. La cubierta del barco está llena de sacos, cestos de verdura, cabritos atados por las cuatro patas, y sobre las cestas hay mujeres en cuclillas, vestidas de negro, con los ojos turbios, la frente estrecha y prominente, y hombres de aspecto juvenil, con una frente surcada por arrugas amarillas, y el cabello dorado por la incesante lluvia de azufre que el Stromboli y el Vulcano esparcen por todo el archipiélago eolio. En el entrepuente, un toro negro, atado con gruesas cadenas por las patas y los cuernos, como los cañones de las fragatas antiguas, lanza de cuando en cuando mugidos con voz triste, volviendo a su alrededor sus ojos enormes, redondos, húmedos, dos globos blancos en los que el cielo refleja el juego rosado y cándido de las nubes. De repente, el aullido plañidero de la sirena provoca una ruidosa huida de gaviotas, y el barco se separa del muelle, se desliza lentamente y sale del puerto. Las voces, los rumores, el balido de las cabras, el mugido del toro, la estridencia de las gaviotas, se funden dulcemente con el zumbido de la hélice. El capitán del *Luigi Rizzo* se acerca balanceándose, hace una señal al doctor Giordano y se alejan hablando: después vuelven, y el capitán se dirige al prisionero. «Buenos días», le dice con voz cantarina, sonriéndole.

También Boz y su madre sonríen. El barco sigue la costa cortada a pico del promontorio de Milazzo, cubierto de olivos, retamas, higueras y viñedos. El mar está en calma, como protegido por una alta escollera.

—¿Ve aquella casa de allá arriba? —dice el capitán—. Es la casa del almirante Luigi Rizzo, el héroe, el padrino de nuestro barco. Pasa casi todo el año en Génova, pero en verano viene siempre aquí. ¿Lo conoce? Y aquello es la almadraba. —Y le señala unas cuantas barcas vacías fondeadas a corta distancia de la costa. En cada barca ondea una bandera roja; allí se abre las bocas de las redes en saco, las prisiones donde los atunes en fuga se refugian y encuentran la muerte—. ¿No ha asistido usted nunca a una matanza? ¡Una verdadera carnicería! El mar se pone rojo de sangre.

El barco va pasando por debajo del semáforo, dobla el cabo y entra en alta mar. Olas furiosas se estrellan contra los flancos de la pequeña nave, montones de cestos se derrumban sobre cubierta, y el bramido de las olas ahoga los mugidos desesperados del toro. Y en el fondo del horizonte aparecen una, dos, tres, cinco islas, emergiendo de las olas; allá lejos, aislado, se alza el cono solitario del Stromboli, altísimo, con los flancos descarnados, sacudiendo sus largas crines de humo negro, y, más cerca, otro monte, el Vulcano, que esconde su cima en una densa nube de humo amarillento. Y a la izquierda, remoto, más allá de una alta cadena de montañas verdes cubiertas de selva, aparece el dorso cándido del Etna entre vapores purpúreos. Boz siente sobre su brazo una caricia leve. «¡Qué bello es! —dice su madre, y su voz tiembla, una voz cansada, suave—. ¡Qué bello es!» Se vuelve, mira al capitán del barco, al doctor Giordano, al brigadier Petrolini, a los cuatro agentes. «¡Es un gran paseo!» ¡Un paseo maravilloso!», dice.

Y Boz coge la mano de su madre entre las suyas, la estrecha dulcemente y se siente feliz, verdaderamente feliz. No se ha sentido nunca tan sereno, tan libre, como ahora que la isla de Lípári avanza hacia él, emergiendo poco a poco del mar blanco de espuma.

TARDE EN LA ALTA ESCOCIA

El crepúsculo nos había sorprendido a medio camino entre Fort Williams e Inverness, a lo largo de aquel Canal de Caledonia que de vez en cuando entra en un lago, y de vez en cuando sale de él para recorrer un par de millas entre las paredes escocesas de los montes, y volverse a arrojar, un poco más allá, en el espejo opaco de otro lago; metiéndose a veces en la estrechez de las esclusas para divertirse elevándose sobre el nivel del suelo, como ramitas, o volviendo a bajar, despacio, despacio, las barcazas llenas de barriles de arenques, las gabarras cargadas de madera y los veleros con las velas a media asta como banderas, que suben y bajan entre el Moray Firth y el Firth of Lome.

Un crepúsculo de mayo, un cielo color de leche, con los bordes amarillentos como un trozo de papel manchado de aceite. La llovizna monótona y fría que nos había acompañado desde Blair Atholl, se había ido convirtiendo insensiblemente en una neblina blanca y seca, suspendida en el aire como una nube de harina. El largo viaje nos había cansado, y nos pareció prudente detenernos en el primer pueblo que encontrásemos. Pero los pueblos eran menos que aldeas: casuchas alineadas entre el monte y el canal, o diseminadas por la orilla de algún lago; parecían muertos a fuerza de estar vacíos y abandonados. Fort Augustus nos pareció tan sombrío y triste, tan poco acogedor, con sus casas apagadas, avaramente asomadas a la carretera fangosa, que preferimos seguir algunas millas hacia un rincón del lago donde, en la desembocadura de un valle, palpataba desde lejos, por entre los árboles, un tentador centelleo de luces.

Era ya tarde cuando nos detuvimos delante de una pequeña hostería que recordaba una factoría de montaña, cerca de un torrente que saltaba, espumoso, de roca en roca, hacia el Loch Ness. Aquel lugar, como supe después, se llamaba Invermoriston.

Mientras estaba encerrando el auto en el garaje, una violenta lluvia cayó sobre el lago: nubes densas y blancas se lanzaron por los flancos de las montañas como aludes, amontonándose sobre la superficie del agua, y, a distancia, parecían icebergs a la deriva; el trueno llenaba los valles de ecos largos y tristes. Aquel espectáculo era tan fiero y a la vez tan patético, que en un momento dado advertí, sin darme cuenta, que estaba caminando, bajo el chaparrón, hacia una barraca situada detrás de la hostería, desde donde me parecía, juzgando de lejos, que debía gozarse de una bella vista sobre los montes y el valle de Moriston. Famoso por sus ciervos y sus salmones, el valle de Moriston, bastante estrecho en su embocadura, no empieza a abrirse y a respirar hasta que alcanza el laguito de Cluny; pero había demasiada niebla para que pudiese, desde el lugar donde me encontraba, entrever siquiera el umbral de aquel paraíso de los pescadores y cazadores de Inglaterra y de Escocia.

—Meteos dentro si no queréis mojaros —dijo una voz a mi espalda.

Me volví y vi un hombre pequeño y gordo, enfundado, desde el cuello a los tobillos, en un gran delantal de cuero, del que salían los brazos, desnudos hasta el codo, amarrotados como los brazos de un carnicero; unas crines rojizas coronaban su cabeza como una nubecita de azafrán. Entré en la barraca y me encontré en presencia de cinco o seis hombrones de cabello rojo, que por su aspecto me parecieron cazadores, guardabosques o leñadores. Estaban de pie delante de un alto banco de madera de encina, con un codo apoyado en el respaldo, la mano cerrada en torno a un gran vaso de cerveza negra, de *stout ale*, y ninguno de ellos volvió la cabeza hacia mí, ninguno se dignó dirigirme una mirada o el indicio de un saludo. Bebían; y se miraban en silencio. «*Whisky or ale?*», me preguntó el hombre del delantal de cuero que me había invitado a entrar. «*Ale*», respondí; y levanté mi jarra mirando a mi alrededor. El temporal había cesado. Aquellos hombres, que al principio me habían recibido con frialdad, me rodeaban ahora curiosos, pero ninguno me dirigía la palabra. Hablaban entre ellos en voz baja, en una lengua dura y seca que al principio no me pareció inglés; la hubiera creído más bien una lengua muy diferente de la que se habla en Inglaterra, más allá de las orillas del Tyne, y deduje que debía tratarse del gaélico. Después me di cuenta, aguzando el oído, de que no era más que un inglés pronunciado de un modo bárbaro; y bárbaro, en este caso es la palabra adecuada. Uno tras otro, aquellos hombrones fueron saliendo, y decían: *Good night*, que pronunciaban *Gut nikt*, y al quedarme solo le pregunté al barman si había algo interesante que ver por los alrededores. «Nada, absolutamente nada», me respondió. Y pareció bastante sorprendido de mi pregunta.

Cuando entré en el hotel, la cena estaba a punto, y mis amigos me esperaban sentados a una mesa sobre la cual humeaba la consabida pierna de cordero rodeada de mermelada de manzana. El dueño del hotel tenía un aspecto serio y correcto, parecía un señor del campo y sus modales eran más corteses que cordiales. También él respondió con un «nada» a mi pregunta de si había algo que ver por los alrededores del Invermoriston. Después de haberlo pensado un poco, añadió, como si aquella idea se le hubiese ocurrido por primera vez: «Vaya a ver la cascada del Moriston», y me indicó un sendero que bajaba hacia el lago siguiendo el torrente espumeante. Tomamos aquel sendero. El aire se había puesto tibio, los árboles doblaban hasta el suelo las ramas saturadas de lluvia, se había levantado la niebla y permanecía suspendida sobre la cumbre de los montes, en la parte opuesta del lago, como grandes copos de lana. Por los

intersticios del follaje se veía el espejo negro del lago, inmóvil y denso, como de pez. La cascada del Moriston era verdaderamente un paraje de singular belleza; el agua se precipitaba desde una alta roca, caía en el fondo levantando nubes de espuma, y las orillas, cuajadas de árboles y vegetación, ahogaban su murmullo, que parecía lejanísimo y leve, suscitando en nosotros la curiosa impresión de que el río se precipitaba en silencio desde la alta roca, y el rumor viniese de lejos, de alguna otra cascada. Más abajo, el sendero giraba bruscamente y, después de un centenar de metros, desembocaba súbitamente en una vasta llanura, en la que entramos sin poder reprimir una exclamación de maravilla.

Un castillo en ruinas surgía delante de nosotros; los muros derribados, cubiertos de hiedra, daban al lugar un aspecto siniestro. La luna, que en aquel momento rompía las nubes mostrándose tímida y clara, iluminaba tiernamente aquella romántica escena en la cual nada desentonaba, nada era teatral, tanta era la armonía de la hora, de la luz y del lugar, y tan viva la naturaleza de aquellas ruinas entre tanta profusión de hierbas y de hojas. Bajo aquella suave luz, los muros se nos aparecían ennegrecidos por el humo; el incendio había derrumbado las bóvedas, pero las antesalas, las habitaciones, los salones, llenos de trozos de piedra y de vigas medio quemadas (más tarde me dijeron que el castillo había sido destruido hacía sólo pocos años), respiraban todavía un aire de nobleza y grandiosidad, de soberbia acogedora, de íntima gloria, y el cielo que se curvaba donde en otro tiempo existían las bóvedas estucadas parecía estar en su sitio, como un cielo de estuco pintado.

En el prado, al lado del castillo, un viejo ciervo de enormes cuernos pacía tranquilamente, indiferente a nuestra presencia, y de cuando en cuando levantaba la cabeza para mirar la luna que flotaba en un mar tempestuoso, salpicada por la cándida espuma que las nubes, como las olas, levantan al chocar unas con otras. Estábamos en medio del prado, a pocos pasos del ciervo inmóvil y distraído, cuando, de repente, un disparo nos hizo volver la cabeza hacia la parte del lago donde, en el límite del bosque, por entre los árboles todavía escasos, se entreveía un blanquear de paredes, quizás una vieja dependencia del castillo. El ciervo no se había movido, miraba la luna con sus grandes ojos muy abiertos. Nos dirigimos hacia el blanquear de los muros entre los árboles, y habíamos llegado a un centenar de pasos de una especie de factoría de aspecto mísero y decaído cuando un segundo disparo, esta vez muy cercano, hirió nuestros oídos, y con el eco del disparo oímos un largo relincho, un relincho agudo y vibrante, no se comprendía si de furor, de congoja o de alegría. En aquella voz cruel y patética había un algo amoroso; era la voz de una bestia presa de un delirio sensual. Echamos a correr hacia la factoría como si fuese el lugar de un delito, empujamos la puerta entornada, y por un corredor oscuro salimos a un vasto patio. Los altos muros del recinto proyectaban una sombra negra hasta el pie de una pared blanca y lisa, que la luz de la luna hacía inmensa e irreal. A corta distancia de nosotros había un muchacho de cabello alborotado y rojizo, con las piernas separadas y un fusil en la mano; y un caballo blanco, con las crines y la cola larguísimas, corría de aquí para allá con un galope medurado y ondulante, empujándose de cuando en cuando y coceando la parte alta del muro en sombra, o la cándida pared, como queriendo evadirse de aquella prisión. A cada empujada parecía que tuviese alas y estuviese a punto de volar, con un supremo relincho de esperanza y congoja.

Una muchacha, casi una chiquilla, apoyada de espaldas a la pared iluminada por la luna (la sombra de su cabello le tapaba la mitad del rostro como una máscara negra), agitaba los brazos con un breve grito gutural; el caballo corría hacia ella hasta rozarla con el belfo tendido, se apartaba, volvía a empujarse y a cocear el muro con un relincho

agudísimo, y permanecía un momento así, sacudiendo furiosamente su crin larguísima y blanca; después se echaba a un lado, y cruzaba nuevamente el patio al galope para ir a empinarse delante del muro negro, cortado al sesgo sobre el cielo transparente. Era un juego, y parecía la escena de una lucha a muerte. De repente la chiquilla huyó, siguiendo la pared iluminada por la luna, y en cuanto el caballo pasó por su lado se agarró a las crines y se abandonó al impulso de aquel galope sostenido, volviendo hacia nosotros cubierto por aquella mancha de sombra del cabello alborotado. Aquella escena era tan bella y tan extraña que lanzamos un grito de asombro: parecía una escena de amor, el rapto de una muchacha, un caballo que rapta a su amante. Así desaparecieron detrás de la casa, por el fondo del patio, y el rumor de los cascos se desvaneció como por encanto en el aire.

El joven del fusil se acercó a nosotros, turbado, saludándonos. Su voz temblaba y nos dijo que había disparado para asustar al caballo y hacerlo encabritarse: ¡era tan bello cuando coceaba contra los muros como si quisiera derrumbarlos y huir...! ¿Acaso no era bello su caballo blanco? Movía lentamente los labios con una sonrisa triste y orgullosa; una sombra de recelo asomaba a sus ojos. Yo esperaba que de sus labios saliesen algunas palabras de reproche o, por lo menos, una velada censura. Quizás habíamos violado su celoso secreto, un misterio exclusivamente suyo. Nos acompañó en silencio hasta el centro del prado, y de repente se detuvo, dio media vuelta y volvió atrás sin decir una palabra; a las nuestras de despedida se volvió un momento para mirarnos con una extraña dulzura en los ojos, relucientes por la luna. Hizo un ademán con la mano y se alejó a pasos lentos, un poco encorvado, arrastrando el fusil por la hierba, hacia aquel apagado relincho amoroso que de cuando en cuando se oía allá, en la factoría oscura, detrás de los árboles hacia aquella voz de chiquilla que temblaba suavemente en el aire.

EL PUERTO

En cuanto hubo doblado la esquina se encontró en la calle iluminada, delante de un café.

Los globos eléctricos se reflejaban en el asfalto reluciente de lluvia, oscilando levemente bajo la brisa tibia que soplaba del mar. El puerto estaba allá abajo, en el fondo de la calle, con su selva de mástiles desnudos y de chimeneas humeantes. La sirena de un remolcador mugía en la oscuridad. De vez en cuando, por encima de las verjas de hierro del arsenal, estallaba el faro silencioso como un relámpago rojizo. Detrás de los grandes ventanales del café, la gente sentada alrededor de las mesas de mármol tenía un aspecto mísero, aburrido, obstinado, de gente que espera la hora de la partida quién sabe para dónde. Eran los mismos rostros que entreveía diariamente al pasar por delante de las oficinas de la Aduana, en el puerto. En aquella ciudad, los jóvenes parecía que estuviesen todos esperando partir de un momento a otro, y los viejos que acabasen de regresar de un largo viaje. Los teatros, los hoteles, el café, los edificios públicos, estaban tapizados de carteles de compañías de navegación, con inmensos transatlánticos pintados de colores claros sobre un fondo marino de un bello azul estival, y planos de barcos que mostraban el secreto mecanismo de sus intestinos, las hileras de camarotes, el departamento de las máquinas, las estibas llenas de mercancías, el humo que se enroscaba en torno a la chimenea como un muelle; y al margen, columnas de cifras con los horarios de la partida y la llegada, y los precios de las diferentes clases, hasta Nueva York, Río, Buenos Aires, Ciudad del Cabo, Sidney...

Un puerto, nada más; la ciudad no era más que un suburbio del puerto, una aglomeración apresurada y provisional de casas de ladrillos ennegrecidos por el humo, de hoteles, de hospitales, de restaurantes, de cinematógrafos, de cárceles, de cementerios, de iglesias, de campanarios bajos, de fachadas sin terminar, dejadas a medio hacer por la prisa de ir a embarcarse, de evadirse, antes de que fuese demasiado tarde. Una gran estación de tránsito, un campamento de piedra, de cemento y de ladrillo, una extensión de almacenes y cobertizos en los que la gente se agitaba esperando la hora de la partida.

El puerto lo era todo: origen y destino de la ciudad, su única razón de existir, la desembocadura de aquella inmensa riada de hombres, de mujeres y de chiquillos de aspecto ausente, contrariado, enfermizo, que esperaban pacientemente, durante años y años, la hora de partir, de subir a la cubierta de un barco, de agitar el pañuelo en la niebla gris para saludar a los que se quedan en tierra, esperando que les llegue el turno de un alto vapor que los llevará lejos, quién sabe dónde, quién sabe cuándo; mañana, quizá; dentro de diez, de veinte años; quizá nunca. Los que no llegaban a tiempo de marcharse no eran muchos, algunos centenares por generación. El cementerio estaba allá arriba, sobre la desnuda colina de caliza blanca, que parecía una nave encallada en una alta escollera dejada en seco por la marea. De cuando en cuando, al correr de los años, los sepultureros, con el uniforme de paño verde y el escudo de la ciudad bordado en el cuello (un ancla de oro sujeta con una larga cadena al pie de una torre almenada), removían la tierra del cementerio, buscaban en las fosas, hacían un montón con los huesos, otro montón con las maderas de los ataúdes, un tercer montón con las lápidas y las cruces, y un camión se llevaba todos aquellos restos Dios sabe dónde. Cada veinte o treinta años, los que habían dejado la ciudad siendo muchachos, regresaban, grises y encorvados, con mujeres e hijos de otras razas, de bocas grandes y miradas despreciativas, en inmensas motonaves pintadas de blanco, con chimeneas cuadradas, y pasaban largas horas delante de los bancos de la Aduana, apoyados sobre los baúles y las maletas abiertas, esperando turno, con el sombrero echado atrás sobre la nuca y una expresión de impaciencia y altivez en sus ojos entornados.

Los barcos que venían de las Américas y de Australia atracaban en el Muelle Nuevo, cerca de la Aduana. Para salir del recinto había que pasar por delante de la capilla de san Genanzio, protector de la ciudad, que hacía dieciséis siglos había desembarcado también en aquel preciso lugar, en aquella lengua de tierra, de una barca de vela que había realizado en tres días, impulsada por un viento milagroso, la travesía del Mediterráneo desde las costas del Asia Menor hasta aquella playa desierta. Los huesos de san Genanzio reposaban en la cripta de la catedral, en la parte alta de la calle que de los barrios altos baja al puerto. Los antiguos emigrantes que regresaban de Nueva York, de Río, de Sidney, al pasar por delante de la capilla del santo se descubrían con el mismo gesto con que allá lejos, durante tantos años, habían saludado al director de la mina o al propietario de la hacienda; y una vez elegido el sitio, se ponían en seguida a medir el terreno, a construirse la casa, a preparar el nuevo nido, del cual un día sus hijos partirían también para probar fortuna allende el océano. Los viejos, en la casa triste, volvían hacia el mar un rostro lleno de arrugas, y los hijos volvían un día ya grises, encorvados, con mujeres gordas de habla extraña y chiquillos de ojos burlones. Y la cadena continuaba, otro eslabón se unía a la serie interminable de eslabones que formaban la gruesa cadena de hierro con la cual, en el escudo de la ciudad, el ancla de oro está unida al pie de la torre almenada. Un pueblo de emigrantes, una ciudad de tránsito, la inmensa sala de espera de una estación marítima.

Su padre había regresado de Nueva York, hacía veinte años, con una mujer que hablaba americano y un hijo de mirada despectiva, y había envejecido con la esperanza de que su hijo se marcharía algún día también hacia la otra orilla del mar. Pero había estallado la guerra, América había cerrado sus puertas; la riada de los emigrantes, durante los primeros turbios años de la paz, emigró hacia otras tierras lejanas, los barcos cambiaron de rumbo y la ciudad siguió llenándose y vaciándose de hijos que marchaban y de padres que volvían. Era como un destino, un mal hereditario, nadie podía sustraerse, a su contagio. El muchacho se había hecho hombre, había encontrado un empleo en una compañía de navegación; los ojos, con el paso de los años, se oscurecieron, eran más dulces, llenos de una tristeza opaca, de un valor tímido y obstinado. Sin que al principio se diese cuenta, en el fondo de su conciencia había ido acumulándose un sordo rencor, un instinto de rebelión contra el destino de su padre, de su familia, de su ciudad. Y los dos viejos habían muerto con el corazón amargado, aferrándose hasta el último momento a la esperanza de que el hijo se marchase, se decidiese a partir.

No sabía adonde ir, le dolían las piernas, sentía los párpados ardientes, pesados, la nuca húmeda, fría. Se quitó el sombrero y se pasó la mano helada por la frente, alisándose con los dedos el cabello ya escaso. El puerto estaba allá abajo, hundido en las sombras. Avanzó lentamente, siguiendo el muro, bajo la llovizna que le cosquilleaba el rostro. Le parecía caminar a través de una telaraña húmeda. Cuando llegó al puente que franquea el canal se detuvo un momento, indeciso; un hombre en bicicleta pasó por su lado envuelto en un impermeable de tela negra encerada, que restallaba sobre sus rodillas con destellos relucientes. Por la otra parte del canal la calle bajaba bruscamente, desaparecía en una neblina sucia, oliendo a carbón y petróleo. Aquel olor graso le gustaba, caminaba bebiendo el aire con los labios entreabiertos. El gasómetro estaba un poco más allá, a la izquierda; veía en la oscuridad la enorme campana dentro de la inmensa jaula de traviesas de hierro, bajo cobertizos de plancha ondulada. Quizá hubiera hecho mejor en volver atrás, volver a subir hacia el centro de la ciudad, hacia los cinematógrafos calientes como hornos, los cafés llenos de luz y de música, los restaurantes relucientes de vasos y vajillas.

No sabía siquiera por qué había bajado al puerto. Era la primera vez que salía de paseo un domingo por la tarde, y ahora no se decidía a volver atrás, notaba la extraña sensación de haber huido de casa para escapar a un peligro. Una golondrina invisible chirriaba con un lamento de terror, como un llanto de chiquillo. Eran apenas las seis, y le parecía que era ya noche cerrada. Los rumores del puerto llegaban apagados, envueltos en el algodón de la niebla, y unos martillazos caían a su alrededor como piedras en el barro. Era casi como un rumor de floresta en el fondo de un valle. Las cadenas de las grúas crujían como ramas retorcidas por el viento. Hacía ya diez años que subía y bajaba por aquella calle dos veces al día, y por la tarde, al volver a casa, se sentía solo y extraño en medio de la gente que atestaba las aceras de los barrios altos. El bullicio, el movimiento, el juego deslumbrante de las luces, infundían una sensación de quietud, de reposo; pero las luces, las voces de la gente en torno a él, con la aspereza de la jerga de la mina, de la hacienda, del *dock*, mezclados con cadencias enfáticas y acentos duros, donde el gorgoteo gutural del *slang* contrastaba con la antigua e innata sonoridad del dialecto natal, le estrujaban el corazón. Le recordaban la ingrata voz de su padre, sus blasfemias, las palabras duras y groseras que los dos viejos cambiaban los sábados por la noche, cuando habían bebido y la embriaguez les hacía sentirse extraños el uno al otro. Tan diferentes del hijo, tan lejanos de él. El muchacho los miraba con ojos malvados, como a dos intrusos, y ya en el fondo de su corazón renegaba de ellos,

sufría de sentirse un poco bastardo en su presencia. Ahora los dos viejos dormían allá arriba, en el cementerio de la colina. Y cada vez que por la noche, regresando a casa, volvía la vista hacia el cementerio, invisible en la niebla, sentía que le invadía una gran piedad por aquellos dos viejos, pero una piedad llena de rencor y de rebeldía.

Los barcos que zarpan bajo la bruma roja del crepúsculo, el zumbido de las hélices, la llamada melancólica y salvaje de las sirenas, los remolcadores negros y achatados, empenachados de humo, que abren un triángulo espumoso delante de las proas de los transatlánticos, no conseguían ya excitar su fantasía. Desde que había rehusado una invitación de un hermano de su padre que lo llamaba a América, su corazón vivía en paz. Y experimentaba una orgullosa satisfacción al pensar que su vida estaba anclada, como una nave en desguace, en el espejo del agua oleaginosa que veía desde la ventana de su oficina. Le gustaba sentirse incapaz de partir, de marcharse, como todos los demás, a probar fortuna más allá de los mares. Las raíces de su destino, del destino que había elegido, se hundían cada día más en aquella tierra, en aquella ciudad donde nadie, en vida, echaba raíces, donde todos regresaban encorvados y cansados después de largos años de lejanía, de esfuerzos, de fatigas, de desilusiones, para refugiarse finalmente en aquel último puerto, sobre la colina azotada por el viento amargo de sal.

Se detuvo, indeciso, delante de la cancela de la Aduana, mirando a su alrededor. Apoyó la frente sobre las rejas, y un estremecimiento de frío recorrió su espina; los ojos le escocían, sentía nacer en su corazón una orgullosa tristeza, un gran deseo de llorar, y permaneció así, agarrado a las rejas, como delante de un cementerio.

CUATRO ESTACIONES AMOROSAS

MUJERES A ORILLAS DEL MAR

Una tarde en que, como de costumbre, estaba sentado sobre la alta ribera herbosa de la isla de Skye, en la alta Escocia, cerca de la tumba de Flora Mac-Donald, mirando el lejano perfil de las Hébridas esfumarse en el horizonte azul, el viento me trajo, de repente, de alta mar un olor fuerte y embriagador, ese olor de primavera y de mar, áspero y dulce, que sabe a algas y a miel.

Era el anuncio de la luna de mayo, y mi corazón tembló. De los prados que me rodeaban se alzó de pronto un vasto murmullo como si crepitase la hierba en llamas. Una leve nube amarilla se levantó, triste, del inmenso tapete de brezos que cubría los flancos de las colinas, trepó centelleante la pendiente, desapareció por el borde de la primera altura y reapareció, lejanísima, sobre el fondo purpúreo de los montes. El aire era tibio y transparente, y el cielo, pálido, de un verde claro sobre la isla, vetado de rosa sobre el mar. Las olas morían contra los arrecifes con un lamento que parecía la voz de un arpa, largo y vibrante. Era cerca de medianoche; el sol se había puesto hacía ya rato, pero el horizonte, en el extremo ocaso, sobre los altos dorsos del arco de las islas Hébridas, relucía aún con los reflejos de cobre del crepúsculo. Y, como una ola que invade la orilla y retrocede espumeante, el reflujó del viento azotó mi espalda y me dejó a seco sobre la orilla herbosa, trayéndome de los montes, mezclados a los aromas de algas y de miel, un intenso olor a leche y a lana; mis oídos zumbaban como si acabase de emerger en aquel momento de un agua profunda. Una caligine plateada se difundía sobre el mar, la hierba se tiñó de un oscuro esplendor metálico, el cielo se alejó, curvándose, transparente como un pergamino, y comenzó el lento, el interminable crepúsculo del septentrión.

Me sentía feliz, lleno de aquella inefable tristeza de que se compone nuestra experiencia de la felicidad. Flaminia estaba a mi lado, tendida sobre la hierba. Su frente blanca relucía bajo la clara oscuridad metálica, y sus manos, recogidas sobre el pecho para defender contra el viento los bordes de su abrigo de lana color herrumbre, parecían de cera. Una tenue luz iluminaba, en torno a la mancha blanca de las manos, un borde del abrigo, una mancha ancha y rojiza, como de sangre coagulada. El pelo de la gruesa lana relucía como la pelusilla de un cardo. Flaminia callaba; su silencio se hacía vivo a mi lado, sentía su pulsación como la de una gruesa arteria. Era un silencio tibio, oloroso, fluido, como la sangre que mana de una vena abierta. Alguna oveja, detrás de nosotros, en el declive rojizo de la colina, balaba en el viento cálido y húmedo que lamía la hierba como la lengua de una vaca. Entre los barrancos y los picos del Quiraing, los ciervos bramaban inquietos, y el eco suavizaba y convertía en lamento de amor, que saltaba de roca en roca, aquel bramido lleno de congoja. Los pastores caminaban en la noche clara siguiendo el dorso curvado de las montañas, buscando por entre los brezos los corderitos recién nacidos. Las ovejas ensangrentadas pacían la hierba mirando de soslayo a los corderitos todavía húmedos, de ojos todavía cerrados, tendidos, blanquecinos y blandos, entre las matas. La hoz de la luna resplandecía en medio del firmamento, rosado como un fragmento de uña.

Con las manos recogidas sobre el pecho y el rostro vuelto hacia el mar, Flaminia, a mi lado, callaba. Y yo suspiraba dentro de mí y el corazón me latía fuerte. Mañana bajaremos a Portree, dentro de algunos días regresaremos a Italia, y yo te veré tendida en la orilla de un mar de mármol rojo, profundamente hundida en la arena de oro opaco, soltar los brazos y el cabello a la ola fresca de resina que envían los pinos a lo largo del Tirreno. Adiós, selvática Escocia, pensaba, adiós, inmensa extensión purpúrea de brezos, cielo de seda, amorosa tristeza de esta acerba primavera marítima. El mar ondeaba tierno y reluciente como un prado, ráfagas de viento acariciaban aquella hierba, barcas oscuras recorrían aquel prado; veía a los pescadores de pie, inclinados sobre los remos; otros, en embarcaciones más frágiles, virar entre los escollos, mientras un gran barco de velas verdes salía de una ensenada y se alejaba. Sentía a Flaminia respirar levemente, envuelta en su abrigo de lana gruesa, el rostro reflejado en un espejo empañado. Su cabello rubio caía ondulado sobre sus hombros, serpenteaba por la hierba, en torno al cuello, pesado y brillante como cordones de seda torcidos. La oreja emergía del cabello como una concha de la arena.

Yo la miraba, y una miel amarga subía a mis labios. Heme ya llegado, pensaba, al ápice del arco de mi vida, al umbral de aquella felicidad que los años, declinando, ofrecen a la primera compasión y a las últimas esperanzas. Un sordo rencor, una dulce compasión de mí mismo se apoderaba poco a poco de mí. Sentía que mi mejor edad estaba ya en la sombra, como la mejilla de un niño dormido cerca de una ventana. Sólo entonces me di cuenta de que Flaminia me ocultaba la mitad de su rostro, la mejilla donde con toda seguridad estaba impresa la huella de la felicidad más secreta, donde quizás hubiera podido descifrar el misterio de su silencio y de su lejanía. Un misterio pueril, un juego fácil, quizá, como las adivinanzas que los chiquillos se ponen unos a otros, compuestas de palabras inventadas, de sonidos sin significado. Hubiera querido levantarme, tenderme a su lado, en el otro lado apoyar mi rostro sobre aquella mejilla misteriosa. Me retenía el miedo a ahondar en aquella sombra, en aquel cieno oscuro, viscoso, borboteante. Pensaba en las formas humanas que duermen en los sepulcros etruscos de las costas del Tirreno, con el rostro apoyado en la pared y la mejilla enrojecida por la humedad de la piedra. Tales pensamientos me agitaban cuando Flaminia se incorporó sobre el codo, mirando el mar en la lejanía. «¡Vuélvete!», le decía; pero las palabras morían en mis labios, me sentía como sofocado por el violento deseo de que Flaminia volviese el rostro hacia mí. Yo la miraba, la miraba fijo, veía de ella sólo una oreja, un ojo, la mitad de la boca, sólo un lado de la nariz. La otra mejilla estaría seguramente roja por el mar, apoyada sobre la inmensa extensión de brezos que, brotando de las laderas de la colina, alzaba detrás de ella una alta pared de reflejos purpúreos.

La oía respirar, moverse, la veía acomodarse en la hierba, abandonarse dulcemente sobre los codos, y me parecía lejanísima, tendida sobre el borde de la colina, allá arriba, en la línea del horizonte, sobre el fondo de una perspectiva de agua, de montes y de nubes. Pero extraña, sin embargo, a los elementos de aquel paisaje, a aquella luz, a aquella hora, a aquella sombra que despacio, despacio se alzaba del mar, a aquella escena agreste y triste, a aquellos prados, a aquellos montes, a aquel mar verde e inmóvil, a aquellas islas lejanas del horizonte; extraña a la ola tibia del viento, al olor de algas y de miel, al murmullo del viento, al balido de las ovejas, al bramido inquieto de los ciervos, a aquella voz de arpa a lo largo de los escollos, a aquella respiración ansiosa de la noche a nuestro alrededor. Un extraño miedo se apoderó de mí, el miedo de que Flaminia estuviese ya infinitamente lejana, no oyese ya mi voz, las palabras que ya acudían a mis labios; que no me viese más, que estuviese ya ciega para mí, para mi

rostro para mi vida, mi destino. Aquella vaga sensación de muerte, aquella fúnebre dulzura que existe en el amor, aquel principio de descomposición que existe en cada adiós, en cada último beso, en cada separación, me dominó de improviso como un secreto revelado. Había en nosotros, entre nosotros, algo ya muerto.

Ya declino, pensaba. Mis esperanzas son ya del color de las hojas otoñales, ando ya errante por un bosque una tarde de octubre, y este bosque es todo mi mundo. Y tú eres casi todo el horizonte, empujada hacia delante en la vida con toda la luz que hay en el seno de un sol naciente. El mar se mueve casi bajo tus pies, nubes rosadas de bordes de plata iluminan tu rostro, un ala de cielo azul torna leves y ondulantes tus pasos, el disco rojo del sol oriental reluce sobre tu espalda, y lo llevas como un ánfora, con los brazos levantados en un gesto lleno de gracia despreocupada. Era ya medianoche, el cielo de Occidente era de color de carne, veteadá todavía por los reflejos del crepúsculo. La cándida noche del Norte comenzaba su corta vida. Hacia Oriente, una nube errante en el límite del mar mostraba el rosado presagio del alba. Ebrios de felicidad, los tordos cantaban en los setos, se llamaban, se respondían, con una insistencia de acentos que encogía el corazón, como el juramento de amor de un moribundo. Aquella misteriosa mejilla en la sombra me producía una inquietud dolorosa; sentía que un inútil secreto oscurecía la mitad de su rostro, que mi vida mejor había ya llegado al ocaso en aquella viva oscuridad. No sabré nada más de ti, pensaba, absolutamente nada más de ti. Y te invocaba en aquel destierro, oh mujer de mi corazón, en el destierro de aquel paisaje extraño a tus sueños, a tus miradas, a tus gestos, a nuestra melancólica felicidad. La parte más viva, noble y clara de ti era ciertamente aquella parte invisible, aquella mejilla tuya aflorada por la brisa del crepúsculo. Adiós, suspiraba, adiós, y cerrando los ojos te veía como me habías aparecido por primera vez, abandonada al sol en una playa tirrena; y todo el cielo entre los pinares y el mar reposaba sobre tu rostro iluminado.

De repente te volviste hacia mí, lentamente, y el cielo se apagó, un gran soplo cálido pasó sobre la isla, una sombra azul te envolvió. Yo no veía en aquella sombra más que tu mirada clara, y no sentía en torno a mí más que la respiración de los brezales bajo el viento, aquella respiración tuya de mujer de corazón secreto.

PLEGARIA POR UNA MUJER

No he rezado nunca por ti. Hubiera querido humillarme en el polvo, invocar sobre tu frente, con crueles palabras, la misericordia divina, mi piedad. Pero me retenía el orgullo, el rencor de los hombres ante los ángeles y los monstruos. Me había acercado a tu extravío con el corazón receloso y vacilante. Encerrada en tu dulce infierno, inocente. Eurídice, oías bajar de tu negro cielo las lejanas voces de los vivos; esperándome, quizá. Te he tomado de la mano, y en el acto ha nacido en mi corazón la esperanza de llevarte, libre y sonriente, hacia la vida serena. Era en verano, las cigarras cantaban en la amarillenta tarde inmóvil, y el paso de las lagartijas formaba como grietas sobre las piedras, las paredes, las columnas, los troncos de los árboles. Las serpientes se deslizaban, absortas, bajo la sombra de los olivos, y nubes hinchadas de viento y de hierba surgían de los bordes de los montes lejanos. En el aire bochornoso se advertía el olor de menta del próximo temporal, y las hojas delataban el color ferruginoso de setiembre, mientras el mar besaba la orilla con labios más suaves.

Con la cabeza ligeramente inclinada sobre el hombro, y una mirada clara y vaga en la frente pura, has venido a mi encuentro asomándote al umbral de tu oscuro reino secreto.. Y, súbitamente, al verte por vez primera, he reconocido tu sonrisa, el sonido

doliente y plañidero de tu voz. Has venido a mi encuentro, y ha sido como si te alejases para siempre de mí. Nuestro primer saludo era un saludo de adiós. Ahora estás aquí, tendida a mi lado sobre la orilla desierta, y la respiración del mar hincha tu seno decepcionado. Tus ojos blancos y vacíos me miran desde un horizonte lejanísimo: te veo a través de paisajes verdes o azules, apoyados en un alto muro de sombra turquesa. ¡Ay, demasiado tarde, inocente Eurídice! Ahora ya nuestra vida nos pertenece, no podemos ya hacer don de ella. Y la oración que esta noche acude a mis labios es mi extremo saludo a la felicidad de mi destino.

De repente, la luna emerge del seno de una nube rosada, y parece verdaderamente el blanco rostro de una mujer joven, un rostro de madre y de amante, imbuido de una mortal tristeza, inclinado sobre el sueño feliz de los pinares y del mar. Un tibio soplo de viento recorre con grave murmullo los pliegues de la arena y las extensiones de retamas y tamarindos. El aire es mórbido y oloroso como las mejillas de una chiquilla. Con la frente vuelta hacia el mar, te veo sonreír en la penumbra plateada y me duele el corazón. No me atrevo a hablar, tengo miedo de mi voz, La luna surge del arco de tus hombros, de la leve curva de tu cuello, reluce entre tus cabellos con helada llama. Abandonada sobre la arena, tu mano respira suavemente como un animal herido de muerte, tan cercana de la mía, que siento correr por mi pulso el negro río de tu sangre. Pero tu rostro está lejano, tan remoto que parece la imagen de la luna reflejada en aquella nube rosada que vaga por el horizonte.

Las olas se mueven melancólicas en tus blancos ojos de estatua, se rompen sobre tu frente, vuelven a caer sobre tu nuca formando una verde espuma. Tus cabellos de espuma marina. Tú me miras sonriendo y estás a punto de volverte atrás. Dentro de poco te perderé para siempre. Estás ya alejada de mí, más lejana que aquellos montes, que aquella selva, que aquel opaco espejo del cielo. Adiós, Eurídice; no veré nunca más tu cándido rostro. El llanto de los canes del Averno te sigue en la noche húmeda de hierba y de luna. Un amoroso terror reluce en tu mirada, una ansiosa esperanza; tu frente se cubre de la reluciente palidez infernal. Es hora ya de que regreses a tu reino secreto; ya la tibia arena te acaricia los pies, te lame las piernas, se aferra a tus rodillas. Te hundes, lenta, en la arena, como una estatua arrojada a las queridas imágenes de tu dulce infierno. Se asoman sombras dolientes al umbral del Averno, llamándote por tu nombre. O quizá sea un pescador que llama a un compañero suyo perdido en el mar, o tal vez un cervatillo extraviado en la selva que llama a su madre...

Un instante más, Eurídice, un solo instante. Después volverás al sereno país de los muertos, bajarás a las mudas riberas del sueño. Demasiado tiempo te he retenido ya en los límites de la vida. Iluso, cruel e iluso, esperaba arrancarte a los sueños, a los recuerdos, a los arrepentimientos, a las esperanzas traicionadas. Es ya demasiado tarde para que pueda salvarte. El lamento de los perros infernales suena en tus oídos mucho más dulce que mi amorosa plegaria. Estás ya perdida, ninguna fuerza del mundo podrá salvarte. Tu condena empieza esta noche, en esta hora interminable, en esta fugaz eternidad. ¡Si por lo menos pudiese seguirte, bajar a tu lado por el triste declive al encuentro de los negros cisnes de ojos blancos...! Misteriosa Eurídice, no me será jamás concedido conocer tu secreto. Adiós. Dentro de poco volverás de improvisto hacia atrás, levantarás los brazos con un gesto de terror, tu boca se abrirá con un horrendo aullido silencioso, tus pies descalzos seguirán en la hierba el plateado rastro de la serpiente de escamas rojas y verdes...

Huirás temblando y no oirás el lamento del mar, el grito de las aves nocturnas, el llanto de los ciervos en la selva estática; no oirás mi voz, mi ruego, la voz de Orfeo implorante. Un instante aún, un solo instante. Quédate todavía un instante a mi lado, en esta última orilla, bajo este último jirón de cielo; un solo instante, antes de que se apague para siempre en tu corazón el recuerdo de los días claros, del dorado reflejo del sol sobre las piedras y las hojas, de las nubes blancas sobre el cielo profundo. Lloro, tienes tiempo todavía. Un día, quizá, cuando ya no puedas llorar, se apoderará de ti la angustia de las remembranzas, el ansia de un llanto feliz. El recuerdo del tiempo no conseguirá ya velar de lágrimas tus ojos de cristal. Sólo entonces te darás cuenta de que estás muerta, sólo entonces herirá tu oído el eco lejano de mi voz; oirás bajar del negro cielo el lamento de Orfeo, y una humillada tristeza inclinará tu frente orgullosa y azul. ¡Ah, perdida Eurídice, monstruo inocente! Mi más tierno canto no podrá salvarte de la inútil felicidad de los recuerdos. Acudiré llamándote a las puertas cerradas del Averno, y las piedras, las selvas, los animales, los montes, los ríos, las tempestuosas olas del mar me seguirán, una oscura inquietud agitará hasta lo más profundo la doliente y temerosa naturaleza. Inmóvil en la orilla del río, en el incierto mediodía infernal, escucharás el eco remoto de mi canto y el deseo de volver a subir a la rosada vida te morderá el seno, y alzarás los ojos buscando en vano las estrellas en tu cielo apagado.

Mira, ya se esconden las Pléyades como en el canto de Safo, y una niebla ligera se alza de las bocas del río. En el cielo claro, las estrellas palidecen, caen una a una. El rumor de los pinos se suaviza, convirtiéndose en un zumbido de abejas ascendiendo hacia la luna. Un perro ladra, lejano, en el silencio color de miel. La tiara de oro de un pajar reluce en la orilla del río. Veo las estrellas fugaces caer, atravesando el blanco cielo de tus ojos, para desvanecerse sobre el mar. Adiós; tu vida va al ocaso, otra eternidad empieza para ti. Y te levantas, tus pies se hunden en la arena, ya te encaminas hacia el oscuro umbral del infierno, tus cabellos relucen en el hueco de las olas. Yo te llamo por tu nombre, Eurídice, Eurídice, y el sonido de mi voz se pierde en el zumbido de las abejas que despiden los pinos, en el murmullo de arroyo que simula el viento entre la hierba, en la respiración del mar entre las algas muertas. Te alejas lentamente, con los brazos levantados en un gesto de terror, inclinada hacia la noche eterna con todo el rencor de tu felicidad perdida.

Piedad, piedad de ti, Eurídice, piedad de mí, de tus días serenos, de mis crueles esperanzas. Vuélvete, por un solo instante, vuélvete atrás, que pueda ver por última vez tu cándido rostro. Sobre la arena húmeda de luna el viento borra ya la huella dorada de tus pasos. Nada queda de ti sobre esa orilla desierta, nada, inocente Eurídice. Y acaso en mi mismo canto se extinguirá un día el acento de maldición, que parte ahora de mi corazón con voz de plegaria.

MUJER ENTRE TUMBAS

Hacia ya muchos años que no volvía a aquel viejo país toscano, y no sabría decir si lo que me inducía a volver a aquellos lugares, tan queridos para mí en otro tiempo, tan generosos de sueños libres y felices, era el amoroso recuerdo de mi triste adolescencia, o el rencor que siempre turba el recuerdo de aquella edad impura entre todos los mortales. Pese a que los últimos acontecimientos de mi vida, y la enfermedad que durante tanto tiempo he padecido, me habían hecho ya familiar y grato el pensamiento de la muerte, el aspecto del campo alrededor de Tarquinia, donde las tumbas etruscas

resuenan a cada paso bajo los pies del viandante, me pareció tan melancólico y humillado que sentí inesperadamente nacer en mi corazón una extraña inquietud, y por primera vez la idea de la muerte me aterró.

Lavinia estaba triste también, y parecía no sé si más ofendida o inquieta por aquel cielo de color ceniza, aquellos bosques y aquellos prados marchitados por un otoño precoz, por aquel mar desierto de un azul descolorido, por aquel horizonte amarillo de nubes fangosas. Nos habíamos encaminado al Valle de los Muertos, que desde el pie de la roca dominada por las torres de Corneto trepa suavemente, rodeando la altura de la Civita, donde se levantaba la etrusca Tarquinia, para terminar en un círculo de lomas redondas y lisas. Un viento leve y acerbo recorre, perenne, el valle, como un río que buscarse en vano su lecho entre las matas de retamas y enebros, y va errante e incierto, gimiendo de barranco en barranco. Caminaba delante de Lavinia para abrirla paso entre los matorrales, siguiendo el sendero resbaladizo labrado por las pezuñas de las cabras. Nubes de aves negruzcas, que por su vuelo desordenado me parecían más bien enormes murciélagos que cuervos, revoloteaban bajo un cielo gris. De vez en cuando se oían voces perdidas en lontananza; llamadas de pastores que recogían sus rebaños en los apriscos, ladridos, silbidos, y unos balidos tímidos y roncós.

Pero por mucho que volviese los ojos en torno, ninguna forma de hombre o de animal aparecía en el resplandor amarillento de los prados y matorrales; y reflexionando que todo aquel valle no era más que una exterminada metrópolis, me decía que quizás eran voces de ultratumba, y que sólo allí, mejor que en cualquier otra parte de la Toscana y de Italia, era posible oír las, tan tenue es la corteza de tierra que separa los muertos de los vivos en aquel misterioso país.

De vez en cuando me volvía, tendiendo la mano a Lavinia para ayudarla en algún paraje más pedregoso y resbaladizo; y observé que fingía no darse cuenta de mi gesto, como si me temiese y me siguiese recelosa. Las desilusiones, los dolores, los lutos de que llevaba las señales en la frente, como un tatuaje de venas azules, la hacían, a mi parecer, extrañamente sensible a la viva presencia de aquel incontable pueblo de muertos. Su espíritu, que yo adivinaba combatido por el deseo y el horror, era a la vez rechazado y atraído por el fúnebre aspecto del lugar, de aquel valle desnudo, de aquellas tumbas que resonaban lúgubres bajo nuestros pies.

Quizás en el corazón de Lavinia anidaba la inquietud de no poder volverse atrás. Aquel sentimiento ansioso y ávido que se confunde siempre con el amor, bastaba, sin embargo, para inducirla a seguir, reluctante, mis pasos. Y cada vez que me volvía a mirarla me parecía más encorvada, más pálida, más dolorida. Me parecía captar en su mirada, generalmente luminosa y dulce, llena de una límpida confianza, como un opaco resplandor, un no sé qué suplicante y amenazador. La mirada de una Alceste que no quiere ya morir, de una Alceste arrepentida.

Habíamos llegado ya delante de la entrada de la primera tumba, cuando empezó a llover. Era una llovizna tibia y polvorienta, casi una neblina que pendía del cielo sucio como una inmensa telaraña de hilos de plata. Lavinia se había detenido ante el umbral; y a pesar de que yo la instaba a que entrase conmigo en el sepulcro, fingía no oírme, inmóvil, con la cabeza descubierta bajo la lluvia, respirando con sorprendente placer la brisa fresca y olorosa que soplabá del mar. Así, me decidí a penetrar solo en la cámara fúnebre. Aquélla era la tumba que por las escenas pintadas en las paredes es llamada de la Caza y de la Pesca: cazadores a caballo en una verde selva, una liebre que huye perseguida por los perros, aves volando y peces deslizándose en un aire líquido y azul,

un muchacho joven zambulléndose desde una roca, pescadores inclinados sobre los remos, y una muchacha desnuda que trenza guirnaldas para una pareja doliente, sentada delante de una mesa llena de manjares y de flores.

Al salir del sepulcro, Lavinia me acogió con un rostro blanco e impasible, una mirada opaca y ausente. Yo había ya visitado las tumbas de las Leonas, de los Leopardos, del Jabalí, del Triclino, del Tifón, de los Escudos, de los Augures, y había apenas entrado en la tumba del Orco cuando levanté la mirada y vi en la penumbra de la pared una jovencita coronada de laurel, con el cabello colgándole sobre las orejas, formando dos bandas recogidas y anudadas en la nuca, una nariz larga y recta y labios sangrientos y malvados. La muchacha Velcha, pérfida y triste en la avara curva de la frente, en la línea de la boca y de los ojos, en el maligno abandono del mentón sobre el cuello flaco; y, cerca de ella, a Charun, armado con su martillo; Charun, que destroza la frente a los moribundos. Me vuelvo y veo a Teseo y a Pirítoo sentados sobre una roca (y Pirítoo no es ya más que una larva exangüe, una sombra que se retrasa), delante del tétrico Tuchulcha, de orejas de asno y pico de gavilán, que agita furiosamente sobre sus cabezas una gruesa serpiente sibilante. El aire huele a vino y a cera virgen, y un sopor tibio me acaricia las sienes. He renunciado ya a todo aquello que hasta ahora me hacía sentirme orgulloso y feliz. Siento compasión de mí, de mi vida sin remordimientos ni esperanzas. Cierro los ojos, y el feroz Charun avanza hacia mí levantando el martillo; el golpe, mórbido y silencioso, me destroza la frente, y me despierto, con un grito, en la orilla de un río oscuro y fétido, a la sombra de grandes árboles con alborotada cabellera de mujer. Me despierto con un grito, y huyo, aterrado, fuera de la tumba.

Lavinia estaba sentada en el umbral, con el rostro apoyado en sus manos, mirando a la lejanía. La lluvia había cesado, el sol declinaba entre rosados vapores, el mar, desde lo alto, parecía un inmenso prado ondulante bajo el viento; sobre los montes, encima de Toscana, se cernían bajas nubes hinchadas de ceniza, desgarradas sólo de cuando en cuando por lívidos relámpagos. En el límite del horizonte, hacia Vetulonia, la lluvia seguía cayendo, formando estrías oblicuas y relucientes bajo un cielo preñado de un inmóvil terror. Una manada de caballos huía por la llanura, cerca de la desembocadura del Marta fangoso. El Valle de los Muertos bajaba, oscureciéndose poco a poco, hacia el río de orillas pobladas por abetos y sauces. Las largas sombras de los árboles plantados en las laderas se movían lentamente, resbalando por los flancos desnudos de las colinas como enormes arañas. La tierra parecía hincharse con un suspiro profundo; la campiña, desierta desde los montes de Canino a la llanura verdeante de Montalto di Castro, aparecía, aquí y allá, manchada de un bello amarillo tierno, que a veces despedía llamas bajo los últimos resplandores del crepúsculo.

Lavinia estaba sentada con la frente inclinada, y, en ella, los ojos blancos manchados de rojo relucían tristes y absortos. Yo sentía que una viscosa mezcla de esperanzas y temores se agitaban en su pecho. Miraba con deseo e inquietud aquel misterioso país en el cual sólo los muertos, acostados en sus lechos fúnebres, sobreviven; los muertos de ojos húmedos, de labios flácidos, de vientres obesos, vigilados por la mirada irónica de los tocadores de cítaras y flautas, por los siervos ocupados en preparar los manjares para el banquete, por los familiares atentos a los ritos propiciatorios, o ataviados con ropas suntuosas, o agachados desnudos al borde del triclinio. El carro está a punto, los caballos uncidos al timón lleno de flores, se agitan, golpeando impacientes el pavimento. Un joven demonio empuña, sonriendo las riendas con una mano, mórbida y blanca, de uñas rosadas de esmalte. Los muertos, con las guirnaldas, sentados a la mesa, las danzas, las caricias lascivas, los gestos obscenos y los cónyuges en llanto, otros ebrios, otros cantando; y, en torno, las pálidas Lase infernales armadas de martillos.

«Es tarde», dice Lavina. Ya los pastores encienden sus hogueras sobre los cerros; los rebaños balan en los rediles; relucen, melancólicas, bajando el declive, las trochas de lentiscos y retamas, las matas de brezos y de mirtos. En las hojas de las encinas relucientes por la lluvia, se refleja el río ceniciento, que corre hacia el horizonte entre orillas purpúreas por el crepúsculo. «Es tarde, vámonos», dice Lavinia tendiéndome la mano. Está de pie delante de mí, al borde de una tumba; sonrío parpadeando, como cegada por una oscuridad deslumbrante. Algo intensamente vivo roza su rostro: un recuerdo remoto, un orgullo piadoso y duro. En su voz suena una oscura amenaza, un reproche apasionado. Una fuerza irresistible se desprende de su sonrisa, del relámpago de sus ojos, del ademán de su mano tendida. Se aleja por el sendero caminando erguida, la mirada fija delante de ella, y de cuando en cuando se vuelve como temiendo que yo no la siguiese. Sus pasos resuenan entre las tumbas; yo voy detrás de ella en silencio, con el corazón invadido por un dulce temor. Siento que algo se ilumina en mí, como si verdaderamente saliese a la luz viniendo del Averno oscuro. De repente, Lavinia se detiene para esperarme, me toma la mano y se pone a mi lado, atrayéndome dulcemente.

En el fondo de sus ojos había una inquietud tan blanca y fija, una expresión tan extraviada, que de repente tuve la revelación de su deseo y de su horror. No era solamente amor lo que relucía en su mirada; era una compasión de madre y de amante. Entonces comprendí por primera vez cuánto más cercana, y a la vez extraña, está la mujer que el hombre de la muerte, cuan poco puede la muerte sobre ella, cuánto inmortal y fúnebre hay en su amor de madre, de hermana, de amante. Comprendí que Lavinia me restituía a la luz, al campo, a las colinas, al mar, al horizonte, a los serenos días de la vida. Me arrancaba a la esclavitud que durante tanto tiempo me había corrompido, envilecido. Sentí vergüenza de mi felicidad pasada, me sentía ligado a Lavinia por una complicidad misteriosa y púdica. La tomé entre mis brazos y rocé su frente con los labios ardientes de fiebre, y ella alzó la mano y me acarició el rostro. Era la última caricia de la madre al hijo moribundo, la primera caricia de la amante al hombre que acaba de escapar a la muerte.

VISITA DEL ÁNGEL

La luna no se había asomado todavía al borde de los montes, pero el mar relucía ya opaco, y una verde aurora enternecía el lento arco del horizonte. Lavinia bajaba las escaleras; su paso leve y ausente producía un murmullo suave sobre los escalones de piedra. De repente me pareció que su pie vacilaba; el rumor de pasos se interrumpió. Permanecía escuchando, extrañamente turbado; aquel súbito silencio despertó en mi corazón una oscura ansia... «¡Lavinia!», grité.

La noche callaba inmóvil y resignada como una enorme bestia agazapada en el mar y en los bosques. En la verde calígene del horizonte marino, la Gorgona erraba remota y perdida como un velero a la deriva. De las negras bocas del Magra salían las barcas de los pescadores, las velas se encendían una a una en la claridad lunar, y sobre la orilla desierta las conchas emergían de la arena con resplandores rosados. «Lavinia...», llamé. Salí al corredor y me asomé a la barandilla. Lavinia, inmóvil, casi en el fondo de la escalera, se apoyaba en la pared, las manos cruzadas sobre el pecho, con un gesto de feliz estupor. Alzó los ojos y me hizo signo de que callase, mirándome fijo con una mirada blanca en la que la ternura me aparecía velada por primera vez por un reflejo hostil, un brillo cruel y preciso. Bajé la escalera de puntillas, la tomé entre mis brazos, y

sentí que se abandonaba sobre mi pecho como si las fuerzas le faltasen. Miré hacia la habitación y de momento no vi nada insólito. La casa estaba sumergida en un silencio vacío y opaco, la sombra de los árboles del parque ondeaba sobre las paredes desnudas, oía la arena crujir en la orilla bajo el incierto movimiento de las olas, de vez en cuando un leve hálito del viento agitaba las hojas de los pinos y hacía murmurar las encinas como un río de acero...

Una sonrisa ávida y estupefacta iluminaba los labios entreabiertos de Lavinia. Su mirada, ahora clara y firme, se posaba serena en el fondo de los ojos; las manos cruzadas sobre el pecho formaban sobre el vestido negro una mancha delicada y viva. De repente, una sombra que me pareció transparente atravesó la estancia. Lavinia temblaba; un ansia prisionera entristecía el rostro palidísimo. Y poco a poco, a medida que mis ojos se acostumbraban a aquella sombra plateada, me di cuenta de que allá abajo, lentamente, cerca de la ventana, se movía un chiquillo. Caminaba descalzo, despacio, despacio, sin hacer ruido. De cuando en cuando se paraba, tendía el oído al murmullo del bosque, a la voz del mar. No parecía haberse dado cuenta ni preocuparse de nuestra presencia; hubiera dicho que no era aquélla la primera vez que franqueaba el umbral de mi casa. Aunque estaba profundamente turbado, observé que levantaba los pies con fatigosa lentitud, como un pájaro herido en el ala, con una gracia absorta, como si caminase en sueños. Y mirándolo mejor me di cuenta de que tenía alas; dos alas diminutas y transparentes, de un azul vago salpicado de manchitas plateadas como las hojas de los álamos en las mañanas de verano.

Sin duda alguna aquel chiquillo era un ángel. Y a pesar de que lo esperaba desde hacía mucho tiempo, a pesar de que hacía muchos años que estaba seguro de que un día un ángel vendría a anunciarme la hora más feliz de mi vida, la más pura, su vista me produjo una atónita inquietud, la sensación de una desgracia inminente. Hubiera querido hablarle, suplicarle que no nos hiciese daño, que no fuese cruel con nuestra pobre felicidad, humillada y traicionada, con nuestra orgullosa esperanza, pero me retuvo una especie de pudor, un presentimiento del cual me sentía culpable como de un deseo defraudado. Me pareció, y aquél fue el instante más doloroso de nuestro encuentro, me pareció —por su manera de caminar, por su extrema lentitud y fatiga, por aquella manera de moverse casi como dormido de una forma vaga y lejana— que sufría, que también él ocultaba en su seno un triste secreto. Y pensé que quizás había venido a hacerme partícipe de su dolor, a confesarme su culpa, y que le faltaba el valor de revelarme la congoja por la cual tan visiblemente sufría.

Entonces, el ángel alzó los ojos hacia nosotros, Lavinia se echó atrás con un súbito gesto de amoroso terror; pero nos miró sin vernos, parpadeando, y pasó lentamente a corta distancia de nosotros; sus manos luminosas rozaron los muebles, los libros desparramados sobre la mesa, las lámparas apagadas, los cristales de las grandes ventanas... A través de su cuerpo transparente veía las aristas de los rincones, los objetos, el dibujo de los ladrillos del pavimento. Lavinia lo seguía con una mirada ansiosa, una tenue llama en su rostro de cera, en su frente oscurecida por aquella nube negra y feroz de los cabellos.

La luna se elevaba en aquel momento sobre el mar, salía de la espalda azul de los montes, subía tácita y blanca en el cielo puro. Una cándida luz se desparramaba por el aire inmóvil y frío. El ángel se había detenido delante de la ventana con la frente apoyada sobre los cristales y Lavinia retenía la respiración como si temiese verlo huir volando, desaparecer en aquella noche mórbida y clara. El ángel se acercó lentamente al diván que había en el fondo de la habitación y se tendió con la mejilla apoyada en una

mano abierta, en actitud de dormir. Sus alas respiraban con ritmo lento e igual. Me parecía que Lavinia estaba dominada por el deseo —y al mismo tiempo el temor— de verle el rostro de cerca, de reconocerlo. El rostro del ángel dormido aparecía, sin embargo, tan vivamente iluminado por los reflejos plateados de las alas, del cabello, de las manos, que era imposible fijar en él la vista. Lavinia seguramente pensaba que el ángel era la imagen de alguna alegría suya, de una esperanza, de un dolor; no había en ella únicamente aquel confiado temor, aquella especie de confidente complicidad que siente toda mujer en presencia de un ángel, sino un ansia materna, una ternura preocupada, la espera de un acontecimiento imprevisto que le revelase el misterio de aquella aparición. Quizá, como toda mujer en presencia de un ángel, Lavinia sentía que su verdadera maternidad empezaba en aquel momento, que el ángel había venido a revelarles el secreto de una maternidad misteriosa y terrible, aquella que engendra en toda madre el sentido de la divinidad del propio seno, que hace de toda madre la hija de su propio hijo.

En aquel instante el ángel se despertó, se incorporó sobre un codo y volvió la mirada hacia nosotros. La franja de sus cejas relucía tiernamente sobre una mirada blanca y vacía. Pareció darse cuenta de nuestra presencia porque se levantó, vino a nuestro encuentro, rozó con su mano la barandilla, siempre mirándonos fijo, con aquella mirada suya lejanísima, y lentamente nos volvió la espalda y se sentó en un peldaño apoyando la frente en sus manos. Una temblorosa convulsión estremecía sus alas. «Llora», murmuró Lavinia. El ángel se estremeció, levantó la cabeza y permaneció escuchando como si oyese una llamada afectuosa, una voz querida. De repente se volvió, mostrándonos la cara. De momento no conseguí distinguir sus facciones; su rostro me aparecía como una mancha blanca en la que los ojos relucían húmedos y brillantes. Poco a poco comenzaron a dibujarse el diseño de la boca, el arco de las cejas, la curva de la barbilla. Lavinia temblaba con todo el cuerpo, encogida sobre mi pecho con extremo abandono, apretaba los labios con un visible esfuerzo como si quisiera retener un grito, un nombre. Y ya levantaba los brazos en alto, ya un grito, un nombre, estaba a punto de brotar de su boca, cuando el ángel hizo un rápido movimiento, tendió la mano y le tocó la frente.

Lavinia volvió a caer sobre mi pecho, abandonada, inerte. La recogí entre mis brazos, levantándola a pulso, bajé los últimos peldaños y la deposité en el suelo con la cabeza apoyada sobre mis rodillas. No respiraba, una llama azul inundaba su rostro con una luz acuosa y de cielo, en sus párpados cerrados aparecía una leve mancha rosada. Parecía muerta y tuve miedo. Me volví y busqué con los ojos el terrible chiquillo alado. Pero la habitación estaba vacía y oscura, la casa, el parque, estaban sumergidos en una noche helada. «¡Lavinia! ¡Lavinia!», llamé. Sólo su rostro relucía en aquella tétrica sombra. Lavinia yacía inmóvil entre mis brazos, inmóvil para siempre. «¡Lavinia! —grité—. ¡Lavinia!» Un furor desesperado se apoderó de mí, un odio ciego. «¡Fuera de aquí! —grité—. ¡Fuera de aquí, monstruo infernal!» Mi voz caía, en el silencio con un golpe lejano. De repente se apoderó de mí un frío terror, una piedad desierta. «¡No me dejes solo! —grité—. ¡Ángel triste y cruel, llévame contigo, no me dejes solo en esta casa!»

Pero un dorado reflejo de luna iluminó la estancia, el ángel se me apareció de pie cerca de la ventana, mirándome fijamente. Tenía la misma boca, los mismos ojos, la misma sonrisa que Lavinia. Se movió, se acercó a mí y me acarició la frente con la mano. «Dentro de poco —dijo— se despertará feliz, feliz para siempre.» Desapareció sonriendo, se desvaneció en el aire terso y yo quedé solo con Lavinia, que ya se movía

entre mis brazos y abría los ojos; y una sonrisa inmemorial y feliz florecía en sus labios, la sonrisa inmemorial que los muertos nos traen como don, cuando resurgen a la vida.

LAS DOS HERMANAS

En el jardín profundo salían lentamente las primeras estrellas, apareciendo una a una en el cielo terso. Del mar soplabla una brisa tibia y amarga, acariciando con un secreto murmullo las copas de los pinos. Las selvas de retamas y tamarindos se agitaban dulcemente, las orugas brillaban entre la hierba, las conchas esparcidas por la orilla mandaban plateados resplandores. Clara y Suni miraban al cielo, sentadas en el extremo del jardín, donde las agujas de los pinos daban paso a la arena húmeda y brillante. El mar respiraba a sus pies, una respiración de caballo dormido, pausada y profunda. «He aquí Orión», dijo de repente Suni en voz baja.

Volvió Orión a la caza a lo largo del mar y en la selva, entre los montes, con el arco al hombro, detrás del Can que acechaba vigilante por entre las retamas. La Liebre salió huyendo bajo los blancos copos de una nube, y desapareció entre el trigo de oro. La Paloma huyó asustada. Desde el día en que se dio cuenta de que era todavía una chiquilla, Suni no podía elevar los ojos al cielo sin sentirse súbitamente perdida y humillada. El cielo estrellado era un don que ella se hacía a sí misma, un don triste y mortal. Cada noche, apenas la hoz de la, luna nueva se hundía en el mar, las dos hermanas se sentaban en el lindero del jardín cogidas de la mano. El apacible río de la noche las raptaba hacia el oscuro horizonte marino. Poco a poco se hundían en el cielo, en un fulgor remoto de astros. Conocían las estrenas por sus nombres, una a una, las estrellas de nombres mágicos: Altaïr: Izar, Schdir, Alderamin, Algorab, Betelgeuse, Belatrix, Alcor... Salían lentamente, y a sus ojos adquirían pronto un aspecto humano, tal como estaban representadas en la pared del vestíbulo de la vieja villa dentro de un gran marco barroco. Andrómeda encadenada al escollo, el cabello suelto sobre sus hombros desnudos, los blancos brazos tendidos hacia Perseo espléndido y triste, llevando en su puño la cabeza de Medusa poblada de serpientes. El Auriga de pie sobre su veloz carro, las largas riendas sujetas por la mano, el látigo de cuero rozando las crines de los caballos, galopando en el tumulto de la batalla en medio de una nube roja, entre los relámpagos verdes de las corazas y las espadas. El Toro que rapta a Europa sobre su grupa negra y reluciente y, más allá, más allá de la Osa, Pegaso alado encabritado, y Casiopea, y las Pléyades, y el Cisne, y el Zorro, y más cerca los Dióscuros, altos en el cielo a caballo como en la *Elena* de Eurípides. Y alrededor el Lagarto, y los Peces deslizándose por un agua azul y profunda, y la Serpiente, pérfida y astuta entre la hierba...

Un cielo barroco, poblado de personajes suntuosos como en la escena de un teatro. Clara hubiera preferido un cielo que fuese como un mar, un inmenso mar desierto, en el que los astros anduviesen a la deriva con peces, medusas y hojas muertas; y algas, y velas errantes al viento contra la mañana rosada. Pero a Suni le gustaba imaginárselo así, poblado de personas vivas, de monstruos y de animales; y Orión, su dialecto Orión, allá abajo, en el fondo del horizonte, con el arco al hombro y calzado con pieles y hebillas de plata, detrás de su Can de pelo verde. Suni miraba su cielo y recordaba las claras noches de otoño transcurridas contemplando el lejano fulgor de las constelaciones sobre el jardín profundo, y Orión declinante en una niebla purpúrea, y una dulce tristeza volvía a invadir su corazón. Una tristeza ya inquieta e incierta en la que los sueños de la infancia daban paso a las esperanzas de la adolescencia. Sentía la mano de Clara

respirar levemente sobre la suya, adivinaba en la claridad difusa su mejilla sumergida en la ola dorada del cabello suelto que el viento movía despacio, despacio, como un ala. También Clara, quizás, estaba triste. Suni se daba oscuramente cuenta de que en el corazón de su hermana empezaba a formarse un ovillo de pensamientos y de sentimientos para ella desconocidos, y envidiaba aquella serena espera de la vida, aquella inocente aceptación de los inútiles y dulces misterios de la adolescencia.

«Ahora Clara se volverá —pensaba Suni—, me mirará a los ojos y yo veré en su mirada relucir un secreto temor, un súbito extravío.» Las dos hermanas habían crecido juntas. Suni era un poco menor que Clara, dos años apenas, pero se sentía ya extraña a aquellas nuevas inquietudes, distante de aquella abierta y sensible curiosidad de jovencita, siendo todavía chiquilla, velada todavía por las informes quejas de la infancia. ¡Cuán distinto le parecía ahora su cielo, el cielo de su perdida felicidad de chiquilla! Clara tenía quince años, ya empezaba a ser mujer. En su sonrisa, en su mirada, en su voz, algo había ya profundamente cambiado. Una especie de presentimiento, o quizá de rencor, una incierta esperanza.

Clara estaba triste también, miraba hacia arriba suspirando, tendida hacia el cielo azul, dispuesta a emprender el vuelo hacia aquel mundo desconocido, entre aquellos héroes, entre aquellos caballos alborotados, entre aquellos monstruos de ojos de chiquillo. Un maravilloso viaje empezaba para ella. Suni no se atrevía a mirar a su hermana, le parecía tenerle que decir adiós de un momento a otro. Hasta aquel día habían, compartido los sueños, las fantasías, las esperanzas de la infancia. Y ahora tendrían que separarse. Clara se marcharía sin ella a emprender aquel misterioso viaje hacia la adolescencia, sin volverse atrás ni una sola vez. Y Suni se quedaría sola a la orilla del mar, a la orilla del cielo, en aquel jardín, en aquella casa en la que habían vivido juntas durante tantos años, unidas por los mismos deseos y los mismos temores.

—¿Sabes una cosa? —le dijo Clara de repente—. Me parece estar lejos de aquí, muy lejos...

—¿Lejos de mí también? —murmuró Suni alzando sus ojos blancos hacia Orión, plateado entre retamas de oro.

—También de ti. Me parece vivir en un mundo maravilloso, alejada de todo el mundo. ¡Me gustaría tanto que pudieses acompañarme, no abandonarme nunca...!

—Iré contigo —dijo Suni. No se había sentido jamás tan sola, tan triste. Le parecía que en ella había muerto algo también. Miraba a hurtadillas la curva suave y llena de los hombros de Clara, el fondo de sombra rosada de la garganta palpitante, el arco de los labios, húmedos de sangre roja. Clara era ya una jovencita, se había liberado ya del ovillo tibio de los sueños de la infancia, de las fantasías vagas y resignadas de aquella edad ingenua y cruel. Respiraba ya como una mujer, los labios entreabiertos, los ojos llenos de una sombra gris. Parecía una bailarina en el umbral de la danza cuando ya dobla la rodilla, tiende los brazos y da el primer paso.

—Tengo miedo —murmuró Clara. Un ligero temblor sacudía sus frágiles hombros.

Suni agarró el brazo de su hermana y lo estrujó con fuerza. Se sentía partícipe de un secreto inocente y pavoroso.

—¿Sabes? —dijo Clara—. Esta noche he soñado que mi madre me tomaba de la mano, me separaba suavemente de ti y nos íbamos juntas, como dos hermanas, por un camino larguísimo. Mamá bajaba la cabeza para mirarme, y me parecía tener sus mismos ojos, su frente, su boca... Mi verdadera hermana era ahora ella, una nueva

hermana. Me desperté llorando, me hacía daño pensar que te había dejado aquí sola, esperándome.

Suni soltó el brazo de Clara, el llanto formaba un nudo que obstruía su garganta. Sí, realmente era así; Clara se sentía más cerca de su madre que de ella. Un oscuro sentimiento nacía en su corazón, unos celos resignados, y falaces. Clara no era ya una chiquilla, no era ya su hermana. Ahora Suni imaginaba a su madre y a su hermana cogidas de la mano, como dos hermanas, bajo aquel cielo suave y transparente. Clara caminaba sin volverse, con una obstinación dolorosa y arrepentida. Pero la mamá de cuando en cuando se volvía sonriente, y Suni veía aquella sonrisa materna relucir en el fondo de la inmensidad azulada, como el reflejo de una ola en el fondo del horizonte. Cerraba los ojos, apoyaba la cabeza sobre el hombro de Clara y veía a las dos hermanas caminar por el cielo estrellado, y Andrómeda las acogía tendiéndoles sus brazos desnudos; y venían a su encuentro el Cisne, el Lagarto, los Peces, el Toro, la Serpiente, y Orión con su Can dando caza a la Liebre que huía saltando por el trigo. «¿Duermes?», preguntó Clara inclinándose hacia su hermana. No, no dormía; era como un vértigo, como si una inmensa ola hubiese bajado súbitamente del cielo, revoleándola. No podía hablar, tenía la boca llena de una amarga luz azul.

«Soy tan feliz...», suspiró Clara estrechando a su hermana contra su pecho con un gesto irreflexivo. «Yo también —murmuró Suni—. Yo también... tanto..., tanto.» Y se echó a llorar en silencio, el rostro apoyado sobre los hombros de Clara, y se sentía perdidamente abandonada, triste, humillada, se sentía traicionada; y, sin embargo, aquella traición le hacía sentir una dulzura interna, como la última tristeza de su infancia, la primera revelación de la adolescencia.

HÉCTOR Y AQUILES MUERTE DE HÉCTOR

La hora está bien escogida. Héctor no podría morir más que a aquella hora lenta y serena. El sol acaba apenas de ocultarse en el mar tras la isla de Tenedo, las primeras estrellas aparecen en el cielo, tiemblan sobre la espalda herbosa del monte Ida. La luz dorada del crepúsculo se prolonga triste sobre las piedras, sobre la hierba, sobre los mantos de los caballos, tierna y aterciopelada como la piel de un melocotón. Los dos ríos gemelos relucen plateados en el verde polvoriento de la llanura, bajando hacia el mar por una leve pendiente manchada por amarillas extensiones de retamas. Una niebla azulada borra los perfiles de las naves sacadas a tierra sobre la playa sembrada de ovas y de algas muertas. Cerca de la desembocadura del Simoenta, en el cielo de cristal todavía encendido por los últimos cansados destellos del crepúsculo, se perfilan duros y precisos los caballos que los escuderos llevan a abrevar. Una pausa de silenciosa espera, de estático reposo, baja sobre la escena, aún desordenada y conmovida. Espaciados en pequeños grupos, o aislados, hombres a pie y a caballo esperan firmes en medio de la llanura, mirando hacia las torres almenadas de la ciudad. Un convoy de carros vadea allá abajo la corriente del Escamandro. Un grupo de soldados de infantería en fuga, perseguidos por algunos otros a caballo, corren de un lado para otro y de repente se detienen. Se ven distintamente los caballos de los perseguidores detenerse en seco sobre sus cuatro patas, bajar el cuello, hundir el belfo en la hierba clara. Es un momento cordial y pacífico, una pausa de bonanza en el feroz tumulto de la batalla llegada finalmente a término.

Diez años de guerra y de estragos no han cambiado la fisonomía del país. Esta hora se parece a todas las horas del crepúsculo de los años de paz, cuando los pastores recogían los rebaños y las manadas de caballos entre los dos ríos, y los jóvenes cazadores de gamos y jabalíes galopaban por los campos, seguidos por los ladridos festivos de las jaurías, y las escoltas soplaban en las trompas el toque de queda desde lo alto de la Torre Scea, y las pesadas puertas de bronce chirriaban sobre sus goznes, y los campesinos, los leñadores y los rabadanes se encaminaban a la ciudad como un ejército derrotado, levantando una inmensa nube de polvo rojizo... Ya brillaban sobre el monte Ida los fuegos de los carboneros y por toda la vasta llanura era un afanarse, un acudir, un confuso tumulto de rebaños, de manadas, de carros, acosados por las primeras sombras nocturnas. Cerca del Caprifico, en las Dos Fontanas, las lavanderas recogían las ropas tendidas a secar sobre los setos a lo largo del lavadero, riendo y discutiendo con voces frescas y joviales. Grupos de chiquillos se perseguían voceando por los prados de extramuros, y los soldados de las murallas, con los escudos y las lanzas apoyados en las almenas, miraban hacia el mar, protegiéndose con la mano los ojos de la reverberación del crepúsculo.

Héctor está allí, solo, al pie de las murallas atestadas de gente, delante de la Porta Scea, cerrada ya a su espalda. Está solo y triste, con un abandono desierto en el corazón, una tristeza soporífica y abandonada. Sus ojos no ven ni el monte ni el mar, ni el llano sembrado de heridos, de muertos, de la infantería en fuga y de caballos corriendo. Su mirada se pierde en la luz dorada del crepúsculo, en la niebla azulada que se levanta de la boca del Escamandro y del Simoenta. En su corazón nace la grata esperanza de que la guerra haya terminado, de que la paz reinará de nuevo en aquellos campos fecundos, tan sólo ayer rojos de sangre y blanqueantes de huesos descarnados por los perros y los cuervos; de que habrán vuelto los lánguidos y melancólicos crepúsculos, y los hoy guerreros armados errantes por la llanura serán campesinos, pastores, rabadanes, de regreso, después de una laboriosa jornada, a la ciudad olorosa a leche y a pan fresco. La guerra ha terminado, la playa está libre de naves enemigas; cerca del lugar donde estaban las tiendas de Aquiles, un cipo de mármol recuerda la hoguera de Patroclo. Más allá se ve, a corta distancia del lugar donde se elevaba la tienda de los Atridas, el hito de piedra alrededor del cual habían girado los caballos durante los juegos fúnebres en honor al hijo de Menecio. La guerra ha terminado ya, los dulces tiempos han vuelto: la serena estación querida de los pastores, de las yeguas de ubres hinchadas de leche, de los rebaños deseosos de hierba nueva, la fuerte y amorosa estación de la caza, de la pesca, del silencioso galope a la orilla del mar...

Héctor, abandonado a estos tiernos pensamientos, no percibe el grito ansioso de su padre ni el rugido de su madre, ni el clamor aterrado del pueblo. Por fin, el recuerdo de Aquiles no es más que una sombra vaga, un nombre remoto. ¿Qué es aquello que reluce allá, detrás de los cañaverales del Escamandro? Parece una estrella, un astro esmaltado de aguamarinas, centelleando azul en las primeras sombras nocturnas. Héctor está cansado; quisiera tenderse sobre la hierba, dormir con la cabeza apoyada en el escudo, bajo los muros que mandan una calidez olorosa de menta y enebro. La jornada ha sido calurosa, el ardiente viento de siroco que ha soplado todo el día ha cesado y ahora la leve brisa marina hace correr por sus huesos un escalofrío. Está cubierto de grumos de sangre, le duele todavía la rodilla, la carrillera del yelmo le siega la garganta, un hilo de sudor caliente llueve sobre su pecho cayendo de la barba gris de polvo. Héctor tiene ya treinta y tres años, la edad del pleno vigor y de las primeras nostalgias; en el verano de su vida se inicia ya el canto de las cigarras. Piensa en el dulce reposo, después de una

guerra tan larga y atroz. ¿Qué es ese grito que de repente llega a él desde lo alto? ¿Será la escolta que advierte al guardián que cierre las puertas? ¿Será una madre que llama a su hijo que se ha retrasado jugando con otros chiquillos fuera de las murallas?

El deseo de la casa tranquila, del lecho profundo, de la esposa y el hijo, aparece de repente ante su corazón cansado y endulzado por el pensamiento de la paz. Es hora de entrar en la ciudad; subirá a su casa, acogerá en sus brazos llenos de estragos a Andrómaca sonriente y al pequeño Astianax de labios blancos de leche materna. Quisiera moverse, marcharse, pero un tibio sueño se clava en sus rodillas. ¿Cuál es aquella estrella que sale allá en el fondo, de las orillas del Escamandro? Parece Orión, el feroz Can de Orión. Es tarde; de repente le parece que alguien lo llama; debe de ser la escolta que anuncia la hora. No oye la llamada de Príamo que lo exhorta a salvarse, a huir dentro del recinto de los muros, a escapar a la horrenda furia de Aquiles. No oye el grito desesperado de Hécuba: «¡Hijo, hijo, hijo!»; de Hécuba, que se descubre el pecho y muestra al hijo la teta exhausta para que tenga por lo menos compasión del seno de su madre. No oye el grito aterrado de los compañeros amontonados en los baluartes que ya ven a Aquiles salir de la niebla del río como un astro luctuoso y correr fulgurante hacia la ciudad. La dulce estación de la paz ha llegado; ahora hay que pensar en el reposo, en los juegos, en la caza, en las cosechas, en al vendimia, en los amores... ¿Cuál es aquella estrella que surge rápida y se desliza por la vasta llanura? Seguramente es Orión, el feroz Can de Orión. O quizás es un dios, Apolo, amigo de los dárdanos... Héctor ya ve irradiar aquel rostro reluciente, relampaguear los ojos, brillar el escudo, fulgurar las armas de oro y plata. ¿O es acaso el sangriento Pelida, el vengador de Patroclo?

Un estremecimiento de horror hiela sus huesos, y Héctor huye siguiendo los muros, bajo el fresco viento de la noche olorosa a algas y a heno; rápido y mudo lo sigue Aquiles agitando la lanza. Suben corriendo la colina, llegan a Dos Fontanas, bajan hacia el Caprifico, la solitaria higuera silvestre. Y he aquí al pie del árbol, con la cabeza apoyada sobre el tronco blanco y liso, un guerrero frigio tendido con los ojos abiertos; y en aquellos ojos se espeja una luz de lago, un cielo cansado y vacío. Tres veces dan la vuelta a los muros, tres veces se ahoga en aquellos ojos sin fondo abiertos a la rosada languidez del crepúsculo. Y aquí se detiene y hace frente a Aquiles. Y Atenea, bajo la semejanza de los Deífobo, se le acerca y se pone a su lado. «Sólo tú no me abandonas, tú, el más joven, tú, el más querido de mis hermanos»; y la voz de Héctor es triste, una voz amorosa y cruel.

Ahora Aquiles está delante de él, con la espalda vuelta a la pared azul del mar, al verde respirar del llano, al plateado brillar de los ríos. La lanza del Pelida silba en el viento perfumado de hierba y sal, resbala sobre el hombro del adversario, se clava, vibrando, en tierra. Pronta, Atenea la recoge y se la devuelve a Aquiles. «¡Oh, falso Deífobo! —grita Héctor—. ¡Oh, Atenea traidora!» Y arroja la lanza y la férrea punta rebota sobre el reluciente escudo infrangible. Pero el hijo del Peleo arroja por segunda vez la lanza fatal, y Héctor cae con la garganta atravesada.

En el aire hay un sonoro zumbido de insectos, un gorjeo de gorriones detrás de la higuera silvestre, un alegre clamor de voces infantiles, un balido de ovejas, un lejano relincho de caballos... Un dulcísimo sueño pesa sobre los párpados del moribundo. Dormir, dormir, y Aquiles no será más que un sueño, una estrella que se pone, un astro que se hunde en el mar. El rostro feroz del Pelida se desvanece en una leve nube luminosa. Un ladrar de perros famélicos sube de la orilla del río. Héctor se estremece; el presagio de la luna blanquea las selvas del Ida; quisiera dormir, tiene sueño... Las ovejas

en los rediles se duermen en sus mórbidos mantos de lana. La sangre mana a borbotones de la herida de la garganta abierta. Le parece oír un clamor lejano, un grito desesperado de mujer; es, quizás, una madre que llama a su hijo, que se ha retrasado jugando con sus compañeros en los prados de extramuros. Héctor cierra los ojos y un vuelo de blancas palomas huye, saliendo de sus labios. El alma, los sueños, las esperanzas, los nombres de Andrómaca y de Astianax, salen volando de su boca entreabierta, como palomas en celo...

LA DULCE IRA FUNESTA

Es de noche todavía, una noche profunda, húmeda: pero ya las estrellas declinan en el cielo pálido, y una verde claridad apunta como una hierba en el borde de los montes lejanos. Aquiles sale furtivamente de su tienda y camina, siguiendo el mar con paso leve y distraído. Va vestido con una ligera túnica de lana azul ceñida a los lados por un cinturón de algas e hilos de plata. Una pelusilla rubia, casi como un polvillo de oro, recubre sus brazos y piernas. El ancho escote de la túnica descubre la noble curva del cuello, los anchos hombros, el vasto pecho de tiernos senos de chiquilla. Sobre el cuello de níveo mármol se posa, orgullosa y gentil, la bella cabeza de largos cabellos ensortijados, que la brisa marina agita con indócil gracia. Camina cojeando, y los pies descalzos dejan en la arena una huella fugaz, una leve horma que en el acto se desvanece.

El vago resplandor de los astros se refleja en el mar con largos estremecimientos plateados; ríos de plata corren por las laderas arboladas del Ida; el cielo se cubre de escamas rosadas; el horizonte marino es todavía de un negro de pez, roto solamente de cuando en cuando por los resplandores lívidos de un lejano temporal, que se aleja silencioso por el borde cortante de grandes nubes blancas. Aquiles echa a correr, huye leve y silencioso en el aire reluciente y compacto que por Oriente ya se resquebraja, se hiende formando mil labios rosados. La orilla es una inmensa extensión arenosa que poco a poco, subiendo con una leve pendiente, se cubre de una selva diseminada de retamas y tamarindos, interrumpida aquí y allá por los espesos grupos de cañaverales de anchas hojas verdes que ondulan al viento con el suave rumor, aquel rumor de arroyo en la oscuridad. De repente llega a él, cercana, la voz del río. He aquí la orilla del Escamandro, los remansos poblados de cañas, la arena blanca y la negra vena del agua. Cerca de la desembocadura el río se tuerce formando un arco, discurre durante largo rato hacia la playa, y se precipita al mar entre dos grandes setos de juncos.

Entre el río y el mar se extiende una estrecha lengua de arena. Allí se detiene Aquiles esperando el alba. Está ya curado de sus vanos furios, ha estado demasiados días encerrado en su tienda presa de su ira feroz, escuchando el galope precipitado de los caballos acudiendo a la batalla, y el sonido ronco de las trompas, y el aullido de la muchedumbre, y el tumulto de la fuga, y el fúnebre redoblar de los tambores al crepúsculo, cuando los guerreros encienden sus hogueras en la orilla del mar y el viento azota las llamas con un llanto plañidero. Una baba negra le salía de los labios; se revolcaba por el suelo, aullando; permanecía largas horas tendido en la cama, las rodillas destrozadas por los calambres, los ojos entornados, estremeciéndose de fiebre bajo la caricia fraternal de Patroclo: aquella mano mórbida y leve sobre la frente bañada de sudor.

Ahora está curado, una sensación lejana y extraña endulza sus venas. Querría llorar, pero los ojos le arden, secos, y en los oídos tiene un zumbido vago y remoto. Un tierno

enojo, un gran deseo de paz, la alegría fresca de los campos verdes, de las patrias selvas, de la estática luna girando alta sobre la fronda y los cultivos...

En esta orilla desierta descansa Aquiles en espera del alba. El aire es sereno, un inmenso recipiente helado de bordes tibios. El mar respira dulcemente a sus pies, como un rebaño de ovejas dormidas; y el áspero efluvio marino de algas y de sal se confunde con el cálido olor a leche y lana. Las olas se agitan blancas en la penumbra, como grupas lanosas. En torno a él, sobre el arenal, se cruzan las huellas de cascos de caballo, de patitas de pichón salvaje, de pies humanos... ¡Ay! Siente en la herida del talón un pinchazo breve y penetrante. Sumerge el pie dolorido en el agua; la ola le muerde agradablemente el talón, se siente aletargado, doliente, quisiera dormir. Patroclo está a esta hora echado sobre su lecho profundo al lado de su Ifi; la boca entreabierta, con una sonrisa ausente, los miembros cansados abandonados al dulce don del sueño. Un perfume de rosa y de tomillo satura la tienda. Las armas relucen colgadas en la pared, y desde un rincón oscuro el escudo de oro y plata se levanta resplandeciente como el sol por entre los vapores del alba.

Cerca de la tienda, atados uno a otro por el ronzal, velan los dos caballos de Aquiles, los dos caballos divinos a los cuales Zeus ha dado el don de la palabra, *Xanto* y *Balio*, hijos de *Zéfiro* y de *Podargo*. Hablan en voz baja, lloran la inminente muerte de Patroclo y de Aquiles. «Todavía duermen», dice *Xanto*. Los dos caballos se acercan a la tienda, meten el belfo por una abertura y exploran la penumbra cálida y olorosa. Patroclo, ignorante de su suerte, duerme tendido al lado de Ifi, sonriendo a sus juveniles sueños. No oye el aullido de los perros del Averno, cercano, siempre más cercano, el graznido de los cuervos sobre la desierta llanura de Ilion. «No lo despertéis», murmura *Balio*. La tierra ha dormido toda la noche; ahora empieza a despertarse; ya el alba asoma por Oriente con una espuma de oro. Los ojos de los caballos relucen en la sombra rosada, bañados de lágrimas como un cielo estival de estrellas fugaces. «Y Aquiles, ¿dónde está?», le pregunta *Xanto* a su compañero. «Estará quizás allá abajo, en la orilla del mar», dice *Balio*. Se alejan silenciosos, sus cascos se hunden sin ruido en la arena húmeda de rocío. Galopan hacia la desembocadura del Escamandro; ven a Aquiles sentado en la playa desierta; los reflejos dorados de la aurora encienden su larga cabellera rubia. «Su última hora está cercana —suspira *Xanto*—; quizá sepa que debe morir.» Se detienen para mirarlo de lejos y lloran dulcemente sacudiendo sus crines encrespadas.

Aquiles ha oído el leve ruido de los cascos sobre la arena, levanta la cabeza, se vuelve, ve en lontananza los muros de Ilion recortarse sobre el cielo claro. Su última hora está próxima, sabe, que debe morir. Tiene apenas veintitrés años, es bastante más joven que Patroclo, más desgraciado, más cruelmente desgraciado. ¡Oh, Patroclo, dulce amigo! Y de repente se levanta, echa a correr hacia el mar, pero un súbito dolor en el talón lo clava en el suelo. Es una punta de aguja, un pinchazo que le deja sin aliento. No es la primera vez que se siente agarrar repentinamente por el talón como por una mano invisible. Se defiende, quiere huir. La aguda espina se ha clavado en el pie, penetra por sus ramificaciones, sube siguiendo la pierna y el muslo, se desparrama por el vientre, el pecho, los brazos... Es como una madeja de raíces, de tentáculos. Quizás es el pie el que echa raíces en la arena, penetra lentamente y lo arrastra hacia el Averno oscuro. Le parece que la arena le sube hasta la rodilla, se extiende, da un tirón, un agudo dolor le nubla la vista; lanza un alarido, cae como aniquilado. ¡Oh, Patroclo, Patroclo! Un presentimiento mortal le muerde repentinamente el corazón. Esta noche, mañana quizá, Patroclo yacerá también desnudo sobre esta orilla extranjera. La fiel Ifi lo despierta, le

prepara las ropas olorosas, los perfumes, los ungüentos, las armas relucientes de oro. ¡Morir! ¡Un cielo de coral se tiende ahora sobre las colinas lejanas, las conchas diseminadas por la playa susurran con voz cálida, los pájaros cantan por entre las retamas, un vuelo de alondras rasga como flechas el aire vivo, el mar respira como un rebaño que se despierta y busca la hierba tierna entre las piedras.

Aquiles se vuelve hacia el horizonte marino. La imagen de su madre acude nuevamente a su memoria, aquellos suaves ojos de pescado, aquel tierno seno escamoso, aquellos cabellos azules entrelazados con algas verdes. Se levanta con fatiga, avanza cojeando hacia el campo que ya se despierta y levanta un alegre rumor. De todas partes se alzan gritos roncros y jubilosos, los soldados salen a gatas de las tiendas, miran al cielo parpadeando, bostezan, escupen carraspeando. Delante de las naves se apagan los fuegos del vivaque, los marineros vierten cubos de agua sobre cubierta, lavan los palos, la jarcia, los bancos de los remeros, la quilla, con esponjas de un color sangre ferruginoso. Grupos de jóvenes reclutas, alistados de hace pocos días, se encaminan hacia el estadio. Por el campo son todo correrías, llamadas, resonar de armas y voces.

Aquiles mira a su alrededor. Una felicidad sin posible recuerdo lo invade. El aire está lleno de relinchos y de gratos rumores. Es un cruel destino, el suyo, un destino cruel y feliz. Un destino digno de él, de sus veintitrés años, de su belleza, de su inocencia, de su fuerza invencible. Camina apoyándose ligeramente sobre el talón entumecido. Esta noche, mañana quizás, en lo más álgido de la batalla, un pinchazo repentino en el talón le advertirá de que su hora ha sonado, de que la flecha mortal ha llegado al blanco. El agudo dolor lo agarrará por el pie, extenderá sus ramas por el muslo, el vientre, el pecho, la espalda, hundirá sus raíces en la arena roja de sangre. Y permanecerá, así, erguido, con los brazos en alto, bajo las murallas de Ilion, delante del espeso seto de escudos y lanzas, arraigado en el suelo como un árbol desgajado por el rayo. Oirá a su alrededor las voces de sus compañeros llamarlo por su nombre, el rumor, el estrépito confuso de la muchedumbre alejarse poco a poco, desvanecerse en el aire ya oscuro, se sentirá solo, tocado de hojas y de nidos de pájaros, el dulce viento de la noche entrará en sus cabellos como entre las ramas de un árbol... Oirá en medio de aquel silencio la voz de Patroclo llamarlo en la oscuridad, y Patroclo avanzará hacia él dolorido y sonriente. Con un esfuerzo supremo arrancará el pie arraigado en el suelo, dará los primeros pasos tambaleándose, y se hundirá lentamente en las sombras al encuentro del dulce amigo vuelto a encontrar para siempre.

LA MUJER Y EL NIÑO EL JARDÍN PERDIDO

La idea de la muerte me ha dominado desde niño, y sólo durante estos últimos años he conseguido librarme de su esclavitud. Si bien aquella obstinada idea me había ayudado a vencer los muchos peligros de mi naturaleza, haciéndome lo que ahora soy, un hombre más contento de sí mismo que de los demás, no sé perdonarle haber sido el más querido compañero y el más triste tirano de mi infancia.

Aquella idea dominante, más que un auténtico y verdadero temor de la muerte, era la dolorosa sensación de que sólo yo, en el mundo de gente inmortal, estaba destinado a morir. Los demás vivirán eternamente, me repetía, yo sólo, sólo yo, moriré. Y el sentimiento de aquella injusticia me indignaba y me atormentaba hasta tal extremo, que me sustraía con tímida repugnancia a las caricias de mi madre y a los ojos inocentes de mi familia refugiándome en una melancolía taciturna y huraña, de la cual ni mi misma

madre adivinaba la secreta desesperación. Por aquel temor que tienen los chiquillos de ser continuamente castigados o medicados por los adultos, que consideran la tristeza de los niños como una especie de culpa o enfermedad, yo trataba de justificar con toda clase de pretextos pueriles mi instintiva repugnancia a los juegos y a los afectos. Pero sentía que todos, en casa, me espiaban, empezando por mi madre, que me observaba a escondidas y hurgaba dentro de mis ojos con mal oculta desconfianza, como si cada uno de mis gestos y cada una de mis palabras fuesen indicios de ánimo perverso o enfermizo.

Aquella sospecha materna, aquella falta de indulgencia y, más tarde, de piedad, por la que hasta entonces me sentía rodeado, habían hecho nacer en mí, poco a poco, el propósito de huir de casa para irme a vivir a un bosque. Me confié a una hermana mía, dos años más joven que yo, único ser en el mundo que me demostraba una cierta piadosa simpatía, y una noche bajé calladito de la cama, me vestí lo mejor que supe y salí de puntillas al jardín.

Detrás de nuestra casa había un gran prado y en el fondo del prado un bosque, pero un bosque de verdad, lleno de troncos, de ramas, de hojas, que terminaba en un alto muro detrás del cual se oía correr el río, murmurando suavemente. La noche era negra y cerrada, no había ni un tenue resplandor de luna ni un soplo de viento. Caminaba por aquel prado, entraba en aquel bosque, pero el rumor del río que de repente llegó a mis oídos me pareció tan tétrico, tan amenazador, que me detuve jadeante, permanecí escuchando, y paso a paso, con el corazón helado y temblándome las piernas, volví sobre mis pasos y aplacé la fuga hasta una noche de luna. Mi madre se había dado cuenta de mi tentativa y sin decirme nada dio orden al servicio de que me vigilasen. Pero se acercaban las vacaciones de verano y un día mi madre me llamó y me dijo: «Tu hermana me lo ha contado todo; si quieres marcharte de casa para ir a vivir a un bosque, yo no tengo nada que oponer.» Tenía diez años, y no comprendí cuánta era la cordura de mi madre.

Una mañana me levanté temprano, abracé a mi hermana con lágrimas en los ojos y salí a escondidas; o al menos así lo creí yo. Me fui, pues, a vivir al bosque, en el fondo del prado, detrás de nuestra casa. Al principio no pude sustraerme a una especie de feliz terror ante la idea de tener que pasar el resto de mi vida entre aquellas hojas húmedas y grasas; rocas y árboles; y murmullos de fuentes aquí y allá, sofocadas por la agreste vegetación. El canto de los pájaros me salvó de un vergonzoso regreso. Porque parándome indeciso en los límites de aquel mundo desconocido, pude escuchar los gorjeos de aquellas amorosas criaturas que sobre mi cabeza charlaban, con perfecta armonía de voces, de la belleza del bosque y de la profusión de sus maravillas. Era tal la dulzura de aquellas voces, que en el acto me concilié con los misterios de la naturaleza y penetrando ya sin temor en lo más intrincado del follaje, no tardé en convencerme de que me había extraviado en aquel verde laberinto.

En el fondo del bosque había una cabaña donde el jardinero guardaba sus azadas y rastrillos. Allá dentro me acomodé lo mejor que pude, dando gracias a la Providencia por haberme hecho descubrir en aquella cabaña muchas cosas que no había visto nunca: una litera, algunas sábanas, mantas, una jofaina, un jarro para agua y, finalmente, jabón y una toalla. Y pronto empecé a explorar el bosque fingiendo no haber entrado todavía nunca en él, maravillándome sinceramente de no haberlo visto nunca tan extraño y misterioso. Al principio aquella soledad me pareció sibilina y orgullosa, y necesité una extremada y atenta delicadeza para tomar confianza con ella. En aquel silencio que de

buen principio me había parecido profundo e inhóspito, empecé poco a poco a distinguir el zumbido de los insectos, el murmullo de las aguas y el follaje, la ondulante respiración de la hierba, toda la variada y sorprendente música del bosque vivo. Pasé el primer día así, vagando por entre los matorrales y espinos, y el único ser humano que encontré fue mi hermana, que hacia mediodía vino a traerme la comida. Le dije que aquella vida selvática era un encanto y le juré que no volvería a casa nunca más.

Pero apenas la sombra azulada de la tarde entristeció el cielo sobre los árboles, aquella soledad que durante el día me había parecido alegre y acogedora se me hizo enemiga. La noche transcurrió con miedo, y el alba me encontró finalmente, con los ojos abiertos, me reconfortó y humedeció mis párpados y mis labios con un sueño leve y desmemoriado. Me levanté cuando el sol estaba ya alto. Sobre la silla había una cesta de comida, y la idea de que mi hermana me había sorprendido durmiendo tranquilamente me hizo sonreír, pareciéndome que mi sueño era la mejor prueba de la felicidad de aquella nueva existencia mía. Anduve errante por el bosque hasta el anochecer y, apenas salió la luna, habiéndome dado cuenta de que el aspecto de las cosas variaba según la luz, y que los motivos de mis terrores nocturnos estaban en su aspecto y no en las cosas en sí, empecé a comparar el bosque con lo que me parecía de día y a tratar de reconocer, en aquellas plantas y en aquellas piedras plateadas por la luna, y esfumándose en dulces reflejos opacos, las mismas que había visto iluminadas por el sol y recortadas por las sombras. Y conseguí en breve familiarizarme con los lugares más tenebrosos y los más alucinantes fantasmas de árboles y matorrales. Aquella noche me dormí en un mundo amigo.

Me desperté con una agradable sensación de libertad y alegría y, por primera vez en la memoria del tiempo, aquel oscuro temor de la muerte que hasta entonces no me había abandonado me pareció el recuerdo de un sueño desagradable, la sombra de una edad dolorosa, desvanecida para siempre. Pero cuando creía que aquél era el primer día de mi libertad, el enemigo penetró en el bosque y destruyó el encanto.

Poniéndome una brizna de paja entre los dientes había empezado a imitar el leve silbido de un animalito que hasta entonces no había conseguido descubrir bajo la hierba, cuando me pareció oír algo que se movía, rastreando, bajo un matorral. Yo estaba sentado junto a un dorado riachuelo de sol que, abriéndose paso por entre las ramas y bajando por el tronco de los árboles, venía a correr hacia al hueco de una pequeña abertura; y he aquí que sale, mirando el arroyuelo de oro, donde flotaban azules sombras de hojas, una pequeña víbora, lenta y cautelosa, de relucientes reflejos de acero. No pudiendo huir, paralizado por el miedo que me había helado la sangre, permanecí mirando la serpiente sin osar tan sólo moverme, hacer un gesto o, de alguna manera, defenderme.

El bochorno del mediodía había aletargado el bosque y sofocado toda voz. Aquel silencio pavoroso no era nuevo en la naturaleza: la tierra le debía su primera maldición y los hombres su primer terror. Desde el instante en que, en la feliz selva paradisíaca, las aves se callaron repentinamente en las ramas, y los frutos de los árboles se pudrieron, cayendo con golpes sordos sin que el viento agitase las hojas, aquel silencio, aquella inesperada inmovilidad en el gran movimiento armónico de la tierra todavía virgen, había sido presagio de mía inminente condena. El reptar cauto y lento de la Bestia al pie del Árbol había difundido el anuncio de que del hombre feliz e ignorante nacería una humanidad herida y orgullosa, como un presagio de los próximos desengaños y de una infelicidad sin remedio. La serpiente había contaminado la gran paz benigna de los bosques, y la inocencia de la tierra estaba mancillada por una sola presencia. Toda

humilde criatura conoció la soberbia, y el pudor se convirtió en recelo. Al esplendor pesado y adherente del sol, que doraba hasta la medula, madurándolas, las cosas creadas hacía poco y todavía no en sazón, había empezado a mezclarse la sombra amoratada del crepúsculo; los mediodías habían muerto para siempre, los altos mediodías resplandecientes e inmóviles sobre la tierra bendita, y el día apareció de repente turbio y corrompido. Toda criatura presintió de improviso tener que morir, y el Hombre se acercó a la Mujer para hallar consuelo a su lado; pero había recibido de ella, y con engaño, la muerte.

En aquel preciso momento la serpiente llegó a mí y caí, aterrado, desvanecido sobre la hierba.

Después, me dijeron que había sido salvado por mi hermana que, inocente y piadosa, al venir como todos los días con el cesto de manjares preparado por mi madre, me encontró tendido en el suelo como muerto y había corrido hasta la casa a llamar gente. Jamás ninguno de los míos ha sabido nada de la víbora, porque me he guardado muy bien de hablar de ella, pareciéndome que el hecho tenía en sí algo misterioso. Sólo algunos años más tarde, recordando ciertos extraños detalles de mi infancia, tuve la súbita revelación de aquel misterio que lleva el nombre de mi hermana, que se llama María.

ODA A LA SIBILA DE CUMAS

Siempre he tenido una naturaleza de esclavo, no de hombre libre. Los años de mi adolescencia no me han dejado más que un triste recuerdo de misteriosas tiranías. Ni siquiera el estudio de la filosofía había podido salvarme de aquel oscuro sentido de esclavitud que en mí no era solamente un doloroso presagio de la turbia melancolía de la pubertad. La disciplina filosófica, en los colegios de aquellos tiempos, se aliaba al estudio de la poesía clásica, no ya para iniciar a los jóvenes en el secreto de los dioses, sino para engendrar en sus corazones la sospecha de que sobre la tierra no había nada divino, fuera del hombre y de las cosas humanas. De manera que había acabado por persuadirme de que no me quedaba otra salvación que bajar vivo al infierno, si quería sustraerme a mi esclavitud y al amoroso terror de aquellos primeros misterios que el pensamiento de la muerte revela pronto a los jóvenes, haciéndolos detenerse, temerosos e inciertos, en el umbral de la adolescencia. De una sola cosa estaba ya persuadido: de que todo hombre, a fin de que pueda verdaderamente esperar salvarse después de la muerte debe, una vez por lo menos durante la vida, atravesar selvas y jardines, todas las insidias del orgullo, de la piedad y del amor y conseguir llamar, vivo y sin esperanzas, a las puertas del infierno.

Mi padre me había dedicado a los estudios clásicos del griego y del latín, convencido de que estos conocimientos me ayudarían a conseguir el de la humanidad; y había conseguido convencerle de que me permitiese ir cada domingo a Florencia, acompañado de Bino Binazzi, para visitar los museos y las pinacotecas e iniciarme de esta forma en los amores secretos y los misteriosos ritos nupciales de los hombres y los dioses. El fondo de ciertos cuadros, el gesto de una estatua, las ingenuas perspectivas de los primitivos eran para mí accesos insospechados al mundo libre de la fantasía, a aquel alto y solitario silencio donde sólo se manifiestan los espectros de las cosas, e incluso las plantas, las piedras y las bestias revelan una mágica y benigna humanidad.

Muchas fueron en aquellos tiempos mis evasiones de la triste esclavitud en que vivía, y en la cual he vivido siempre: extraordinarios viajes. Así me ocurrió también a mí

extraviarme en una selva oscura, la de la visión de san Romualdo, que en un tiempo se exhibía orgullosa en la iglesia de San Michele in Borgo, en Pisa, y hoy se entristece, desnuda y muda, en el letargo de una pinacoteca florentina. Y llegué también a ser ciudadano de una Tebaida, a la que había llegado a través de aquella tabla de un ignoto toscano del cuatrocientos que está en los Uffizi, viviendo en medio de aquellos santos anacoretas y viéndoles con infinita devoción y deleite ordeñar tímidas ciervas, estrechar como saludo la pata de huraños osos, amenazar con una tenue ramita astutas y crueles garduñas, enterrar los muertos sin temor a los leones que salían de sus cuevas, hambrientos, cabalgar leopardos, dar lecciones a los animales, conversar con los ángeles y con bellísimas mujeres rubias vestidas de rojo, o estar sentados a la orilla de un río, observando el alocado furor del viento, que en forma de cabezas meduseas rodando sobre el agua soplaban en las velas y agitaban las olas.

Pero no eran aquellos los caminos por los cuales había esperado poder bajar, vivo, hasta el país de los muertos. Ni quizá tampoco era aquella la estación propicia. Vino el verano, y habiéndose mi madre trasladado, como cada año, a Pozzuoli, para la cura de barro, obtuve acompañarla. Aquellos fueron los días más felices de mi vida. Me levantaba al alba y andaba errante bajo la fresca luz de la mañana por aquellos cerros y aquellas orillas, siguiendo el arco de Baia hacia el lago Averno y el collado de Cumas. Guardo de aquel tiempo un vago recuerdo, como de una edad virgen y antigua, de la cual los hombres han perdido la memoria y que, de ahora en adelante, no será dado a nadie vivir. El clima propio de aquella edad ha desaparecido, y muchas cosas que entonces me eran consentidas me son hoy imposibles. Descubro en mí rencores y amarguras que entonces no tenía, y me voy dando cuenta de que no sabría ya resucitar nada de aquel tiempo, fuera del recuerdo. El ánimo, no; me siento maleado incluso contra aquello que desde entonces ha cambiado en mí, y no siento piedad por las cosas que cambiarán. Sé únicamente envidiar, no compadecer, a todos aquellos a quienes no les es dado ya vivir la experiencia de aquella edad muerta para siempre, de aquella metamorfosis del chiquillo al hombre, y que un día se descubrirán inesperadamente un corazón experto y cansado donde antes había un corazón ingenuo y soñador, sin haber pasado por la alegría de aquella lentísima y misteriosa transformación.

Como recuerdo aquel andar errante de colina en colina y de orilla a orilla buscando una abertura por la cual, entrar vivo en el reino de las sombras, me persuado de que he consumido, así, en pocos días, aquella cantidad de libertad que hubiera debido contener toda mi vida. No tengo quejas, sin embargo, y no me arrepiento de haber sido un hombre sin avaricia, si esto me ha permitido ser plenamente libre, aunque sea por breve tiempo. Pero de aquella desinteresada e imprevisora generosidad mía no podía, entonces, dar motivos.

Una mañana me llegué hasta Cumas, y vagando por aquella selva de zarzales, retamas y encinas acudían a mis labios los versos de Virgilio, dulces y nuevos. El mar, estriado por corrientes verdes, alejándose en arco hacia el cono azul del Eponieo, variaba continuamente bajo aquella luz matutina, y a su alrededor el campo aparecía amarillo y purpúreo, arrastrando, reflejada sobre la hierba y las piedras, la sombra clara de las nubes. ¿Dónde estaba el templo de Apolo, y el devoto arte de Dédalo? ¿Y el rostro de Androgeo, aflorando en el mármol, los amores de la falsa vaca y el inextricable error? En los flancos de mi collado escabroso se abría una estrecha fisura que los pastores del lugar llamaban el «astro de la Sibila»; era bastante diferente de como es ahora: los picos de Maiuri no lo habían revelado todavía a los profanos. Me había puesto a buscar por el bosque el roble de las ramas de oro, espiando, si aparecía en el cielo, el vuelo de las dos palomas de Eneas. Pero por mucho que me esforzase en

quebrar las ramas más lisas que, heridas por el sol, daban reflejos áureos, no me era dado encontrar el árbol maravilloso, y, finalmente, me decidí a tratar de bajar al infierno, sin la ayuda y la protección de la rama de oro, con la engañosa ilusión de poder entrar furtivamente en aquel reino prohibido. Hoy ya los árboles sagrados están muertos, y la antigua fantasía de las selvas se ha desvanecido en el sueño.

El antro de la Sibila estaba ciego y mudo, mi voz se perdía sin eco en lo profundo, y en vano tendía el oído al leve ruido de mis pasos, al sordo rodar de las piedras, esperando llegase a mí el susurro del gran olmo opaco, sede de los sueños, y el lejano murmullo del río infernal. Caminando así a tientas por aquella sorda oscuridad me encontré de repente encerrado en una ancha cueva de la cual no me era posible salir si no era volviendo atrás, hacia la boca del astro. Ningún rumor, ninguna voz subía de las entrañas de la tierra. «¡Oh, Sibila! —grité—. ¡Oh, virginal Sibila!» El infierno parecía muerto y yo imaginaba con congoja qué espantosas miserias y desgracias debían ocurrir ahora en aquel mundo subterráneo, un día claro y feliz, y que una tétrica desesperación envilecía las sombras de los héroes y de los filósofos errantes por la oscuridad, siguiendo las orillas del río y los bosques de laureles. Sí, el infierno estaba ya ahora sepultado para siempre en el seno celoso de la tierra, cerrado para siempre a los vivos.

Desde el día en que, lejano día, se apagó en los hombres el sentido de la inmortalidad, el sentido de estos misteriosos viajes ultraterrenales se perdió también y en el país de los muertos reina una pesada y opaca tristeza. ¡Tan verdad es, que nuestros males y nuestra vileza no son causa de luto únicamente para nosotros! Me imaginaba que ninguna esperanza era ya consentida a las sombras, que la bondad divina no bastaba para consolarlas de la soledad y del abandono en la cual los había sumido el temor que los hombres tienen de bajar, vivos, en medio de ellos. La idea de que el infierno estaba muerto para siempre, sordo para siempre al recuerdo y a las voces de la vida terrenal, sofocado para siempre en lo más profundo, por culpa nuestra; la idea de que la tierra se había por fin vengado de todas las acciones nefandas de los vivos, estrangulando los muertos inocentes en el nudo de sus vísceras, me heló repentinamente la sangre en las venas y puso en mi garganta un aullido de terror. Quise huir, sustraerme a la sujeción de la tierra, salvarme de aquella horrenda muerte; ya la piedra se cerraba fría y negra por todos lados, deslizándose sobre mí, estaba ya casi sepultado, enterrado hasta las rodillas. Huí saltando de roca en roca, agarrándome a las aristas y a los peñascos hasta que, al salir a la abierta serenidad del campo, iluminado por el inmóvil resplandor del mediodía, caí desvanecido con el rostro contra la hierba.

Hacia el crepúsculo me despertó el remoto balido de una oveja. Un sol claro perfumaba las selvas de los cerros, y el viento esparcía por el mar el triste presentimiento de las primeras sombras nocturnas. Aquella paz ligera e intensa que me rodeaba me salvó de avergonzarme de mis terrores. Me encaminé hacia el lago de Fussaro volviéndome de cuando en cuando para contemplar aquellos lugares donde, por un momento, había esperado poderme librar de mi dolorosa esclavitud y haber encontrado el camino de la inmortalidad. «Adiós, Sibila —decía dentro de mí—, adiós, inocente Sibila.» E incluso hoy, después de tantos años, mi solemne saludo me vuelve a los labios, aquel último adiós a las únicas y primeras esperanzas de mi vida.

¡Si pudiese, por lo menos, volverme atrás sin arrepentimiento, desde el fondo de esta edad mía inquieta y melancólica, a tu virginal estación, oh, Sibila! Todo aquello que iba soñando durante aquellos años, es mi único consuelo durante esta paz desierta que me envuelve.

La añoranza del tiempo soñado se me ha quedado clavada en el corazón. ¡Lamentos y rencores, cuánto os debo! Y tú, Sibila, que vuelves todavía hacia mí, de lejos, aquellos ojos verdes tuyos apagados, ¿me has perdonado ya este infeliz orgullo mío? ¡Si pudiese yo también, como tú, conocer el tiempo futuro! Tu rostro está todavía blanco y sereno, vuelto desde la entrada de la gruta hacia la luz, para reflejar la próxima variación del mar y el lento movimiento del cielo en el espejo de la hierba. No veré nunca más tu cándido rostro.

Éste es mi extremo saludo, inocente muchacha, a ti, a quien imagino ya pacificada de tus horrendos furores, inmóvil en el umbral del antro. Es el saludo que te dirigí entonces, cuando te busqué llorando, y te llamaba desde los límites de mi, intacta adolescencia.

LA MAMÁ EN LA CLÍNICA

El médico sonríe; mi madre lo mira con una mirada fija y severa. Hace calor, un moscardón verde se arroja obstinadamente de cabeza contra el espejo del armario; de la calle suben los rumores sordos y pesados de las mañanas de verano. «La radiografía — dice el médico — no revela nada grave: una inflamación del trigémino, una simple inflamación.» Con gesto mesurado se ajusta los lentes; la mano blanca y blanda, de uñas pálidas, permanece un instante apoyada sobre la frente, resbala por la mejilla, baja a la corbata, juguetea con los ojales de la chaqueta, vuelve a acercarse a los lentes, se retrae, recorre la curva del rostro, vuelve a detenerse, leve y palpitante, sobre el borde de la placa de la radiografía.

Mi madre sigue con severa atención los gestos del médico, una sucesión calculada, ordenada, lógica, de gestos sólo en apariencia gratuitos, tan lejos del tiempo parece su finalidad. «No es nada grave, verá cómo todo se resolverá», dice el médico dirigiéndose hacia la puerta. La enfermera, pequeña y huesuda, lo sigue de cerca, le pisa casi los talones con la punta de sus zapatos blancos, sale detrás de él al corredor, le murmura algo al oído. «Sí, sí, desde luego», exclama el médico con voz tenue y contrariada; sopla sobre las palabras como se sopla una cerilla. Son ya las once y en el corredor se oye un pisoteo apagado, girar las ruedas de goma de una camilla, el ruido de un vaso contra el mármol de una mesita... De la habitación contigua llega, apagada y continua, la respiración jadeante de un enfermo. Es un estertor obstinado e irritante. «Mala gente, los enfermos», dice mi madre en voz baja. Está acostada sobre la espalda, el rostro vendado, una venda blanca sobre el ojo derecho. El escote de la camisa deja escapar los hombros, llenos y redondos, de un candor apenas veteado de azul. El brazo es todavía bello; el codo, liso; las muñecas, delgadas. Las manos, finas y delgadas, con los dedos largos y afilados, yacen inmóviles sobre la sábana. Duermen, frías e indiferentes.

Ha sido hermosa, la mamá. Aun ahora, que ya es vieja, sus gestos tienen una lánguida gracia juvenil; la cabeza reposa sobre el cuello con una tímida altivez, la mejilla es mórbida, levemente hinchada de sangre rosada, como en el busto que a los diecisiete años le modeló Paolo Trubezkoi. La oreja es pequeña y frágil, con el lóbulo de bordes transparentes. Mi madre levanta la cabeza de la almohada, mira a su alrededor con una mirada vaga, una mirada lúcida y cálida. Es la primera vez, en tantos años, que se resigna a entrar en una clínica, a dejarse curar «como si estuviese enferma de verdad». Querría volver a casa, sufrir a su manera, en su cama, lejos de aquellos médicos, de aquellas enfermeras. No sabe acostumbrarse a las voces apagadas, al olor de los desinfectantes, a los sonidos graves, a la respiración jadeante de los pacientes, al

resbalar de las ruedas de goma sobre el linóleo del corredor. No quiere sentirse enferma, no quiere ser tratada como una enferma. Acepta su mal, no su estado. De vez en cuando vuelve la cabeza de perfil, hunde el ojo enfermo en la almohada, se lleva la mano a la frente, se aprieta las sienes entre sus dedos contraídos, entreabre los labios con un grito ahogado que se desvanece como una sonrisa decepcionada. Sufre, pobre mamá. Cuando el espasmo ha pasado, abre el ojo, dirige en torno a ella una mirada velada y cansina. Me acerco a la cabecera de la cama, y rozo su cabello con mis labios. «¿Tienes tanto mal, mamáita?» Hace signo de que sí con la cabeza, me toma el brazo. «¿Te han dicho ya cuándo debes marcharte?», me pregunta. Quiere que le escriba todos los días, que no la deje sin noticias. «Yo te escribiré todos los días, también —me dice. Después añade, mirándome fijo—: ¿Te acuerdas?»

Sí, me acuerdo como si fuese ayer de cuando me fugué del colegio a los dieciséis años para irme a la guerra. Ningún reproche salió de tu boca, sé que ni siquiera lloraste. Solamente me escribiste: «Te espero.» Y he vuelto, al cabo de cuatro años. Sí, me acuerdo de cuando me acompañabas a la estación, terminados los quince días de licencia, y yo subía al furgón y tú me mirabas con las pestañas secas y sonreías, y me hablabas con voz dulce. Después el tren arrancaba de repente y tú permanecías en el andén, con el rostro sereno tendido bajo el resplandor plateado de las luces. Sí, recuerdo cuando estaba en el hospital y no sabía si te abrazaría nunca más, y tú me escribías como si no se tratase de nada importante, como se escribe a un chiquillo que tiene un poco de fiebre y está en cama para algunos días en la enfermería del colegio. Está ya lejos, aquel tiempo, mamá, el tiempo de tu última juventud, de mi primera felicidad de chiquillo soldado.

Trata de dormir, mamita, ahora. No hables, no te agites. El médico no quiere que te canses, ¿sabes? «¿También tú crees que estoy enferma?», dice mamá con una larga mirada de censura. La vena sutil que rodea el ojo (yo también la tengo, aquella vena) se hincha poco a poco, empieza latir, azul y viva. «Eres mi vivo retrato.» Y es feliz de volverse a ver joven en mí, con la misma frente, la misma línea del rostro, la misma vena azul bajo el ojo. «Me marcharé cuando estés curada», le digo. «Pero estoy ya mejor. Podría levantarme», exclama mamá en voz baja, con un leve gesto de impaciencia. Después empieza a hablarme de su padre, Alessandro Perelli, voluntario lombardo en el Ejército piemontés, estafeta de Carlos Alberto de 1848. En su acento toscano apunta de cuando en cuando la cadencia milanesa, alguna palabra de su querido dialecto natal. «De chiquilla —dice— he estado en las rodillas de Verdi, de Boito, de Fogazzaro», y me reprocha mi severidad, mi obstinación en no comprender que no está enferma, que ya no está enferma, que está casi curada. Sí, pobre mamá; ya lo sé que estás bien, que estás casi curada, que podrías levantarte; pero de momento tienes que estar tranquila, dejarte curar. «Mala gente, los enfermos.» Hace calor; el moscardón verde se debate entre los cristales y las cortinas de la ventana; del corredor llegan los rumores apagados del mediodía, el roce de los manteles sobre las mesitas de mármol, la respiración pesada de los pacientes, el tañido sordo de una campanilla, la voz irritada de una enfermera...

Y yo me siento los ojos húmedos, y quisiera pedirte perdón, mamita, de todos los disgustos que te he dado sin querer, de cuanto has sufrido por mí, por todas las penas que has pasado por culpa mía; pero no por maldad, ya lo sabes. Ahora eres vieja, pobre mamá, estás enferma, cansada; pero te curarás, debes curarte, incluso el médico dice que no es nada grave. Volverás a casa rejuvenecida, casi veinte años más joven; como todas las mamás que hace veinte años acompañaban a sus hijos a los trenes militares y sonreían, y saludaban con la mano incierta, y hoy van a la estación, un poco más

encorvadas, un poco más cansadas, pero siempre sonrientes y serenas, para acompañar a sus hijos ya mayores, un poco envejecidos, un poco grises, pero siempre alegres y seguros de sí mismos, al tren de Nápoles, al barco de Massaua. Es un poco de su juventud que vuelve, de su infelicidad de otros tiempos. Los mismos cantos, las mismas voces alegres, los mismos rostros, los mismos ojos límpidos. Y al lado de los más ancianos o los jovencísimos, tan diferentes de lo que éramos nosotros hace veinte años, pero igualmente rápidos de gesto, firmes en los propósitos y en los actos. Adiós, mamá; adiós, hijo mío. Y la mamá sonríe, estrecha a su hijo entre los brazos, le dice bajo al oído, para que las otras mamás no la oigan: «¡Cuán joven me siento!»

La enfermera aparece en el umbral con un vaso lleno de un líquido amarillo en la mano. Tiene los ojos duros, una mirada fija y severa. Ahora, mamá se agita en el lecho, hunde la cabeza en la almohada, quisiera estar lejos de allí, en su casa, delante de la ventana, abierta a los campos y al desvarío de los montes, la Retaia, el Spazzavento, el cerro de Fossombrone. Le acaricia la frente, el cabello, las orejas. «¿Sabes? —dice la madre—. Esta noche he soñado que estabais todos en torno a mi cama, en esta habitación, todos, los siete, y me mirabais sonriendo, y yo os reprochaba que me tuvieseis aquí, tratándome como a una enferma, y tú me respondías que tenía razón, que podía marcharme de la clínica cuando quisiera.» No es un sueño, mamá: quizá sea verdad y estés ya curada; mañana vendremos todos a buscarte y te llevaremos a casa.

La mamá alza de repente los brazos, se estrecha las sienes entre los largos y afilados dedos; el rostro está contraído por el espasmo, por el ojo velado de blanco cruza una leve nube roja que en seguida desaparece detrás de las pestañas húmedas. Una mirada súbitamente llena de arrugas, producida por el sufrimiento atroz, atravesada por espasmos nerviosos, iluminada de soslayo por la luz escamosa reflejada por el espejo del armario... Después, el espasmo se atenúa, el rostro se recompone, en el ojo opaco se enciende un negro resplandor. La mamá se apoya sobre el codo, me mira fijamente un rato, jadeando; y la serenidad vuelve lentamente a su pobre rostro cansado, una sonrisa feliz que me hace daño en el corazón.

UN ESCÁNDALO EN PARÍS

Sobre los rascacielos de aquel Manhattan convencional pintado de colores muertos sobre un fondo de tela gris, pesaba un cielo preñado de nubes lívidas, orladas de pinceladas de un blanco sucio. La señora del gran sombrero de plumas, los hombros envueltos en las espirales de un inmenso boa blanco, ensacada hasta las axilas en una funda sin pliegues, larga y estrecha, que un poco por encima de los tobillos se encrespaba en torno al anillo del *entravé*, sacó de repente del manguito de piel una mano enguantada que sostenía una pequeña pistola, e hizo fuego repetidamente sobre el hombre que estaba en pie delante de ella. Era la escena final de un film americano, «el primer film policiaco americano —anunciaban los carteles rojos con letras negras pegadas en el vestíbulo de "Vieux Colombier"—, rodado en 1912 en los bajos fondos de Nueva York». El hombre alargó el brazo, contrajo el rostro con una mueca de dolor, de asombro y de cólera y cayó sobre el espejo reluciente del asfalto.

Aquel gesto, aquellos disparos, el sobresalto del boa en torno al cuello de la homicida, aquel hombre que caía hacia atrás con tanta dignidad, suscitaron entre los presentes una larga risa prolongada. La señora no había apenas disparado cuando un joven elegante, con sombrero hongo gris y botines claros, salió de los bastidores,

avanzó, se quitó el bombín y se detuvo abriendo los brazos. La señora se precipitó hacia él dando pequeños pasos rápidos, hizo el gesto de pasar por encima del cadáver, pero el *entravé* le impidió doblar la rodilla; rodeó entonces al muerto manteniendo firme su cabeza de muñeca, y sacando el busto de las espirales del boa como un nuevo Laocoonte en lucha con una serpiente de plumas blancas, fue a arrojarse sobre el pecho del recién llegado.

Un estallido de risas saludó aquella escena patética, aquella pareja abrazada sobre un cadáver con un fondo de rascacielos; de repente se hizo la luz en la sala, el público dejó de reír y todos se volvieron para mirarse, parpadeando, con una expresión de tristeza y de aburrimiento. Parecían avergonzarse de haberse divertido, muchos hacían visibles esfuerzos por sofocar un bostezo. Julien, que estaba sentado en primera fila, se volvió también, y sus ojos encontraron la mirada opaca de Bettina, que parecía despertar en aquel instante. Al ver el signo de saludo que le hacía Bettina, Julien se levantó, dirigiéndose hacia ella.

—Dígame, querido... ¿es éste el film de Cocteau? —le preguntó la anciana marquesa de V..., que estaba sentada al lado de Bettina—. No veo dónde está el poeta, la sangre del poeta, en toda esta historia americana.

Parecía ofendida y decepcionada, hablaba en voz alta, con una entonación agresiva y desagradable, moviendo los ojos a su alrededor para escrutar quién había en la sala, y no perdía una palabra, un gesto, una sonrisa, una mirada... Respondía a los saludos con ligeros movimientos de cabeza, hacía guiños y sonreía, y seguía hablando sin tomar aliento, con una voz enojada y orgullosa.

—¿Ah, no es éste el film de Jean? ¡Menos mal, creía que era el film de Jean! Pero, ¿por qué nos han hecho ver este estúpido film policiaco? Yo quiero la sangre de Cocteau. Sí, sí, la sangre de Cocteau —repetía con voz de falsete la vieja marquesa—. ¡La sangre de Cocteau!

Julien miró a su alrededor. El «Vieux Colombier» albergaba aquella noche lo mejor y lo peor de París, lo cual equivale a decir «el gran mundo». Era una velada por invitación para la primera exhibición del film de Jean Cocteau *La sangre de un poeta*, del cual los íntimos de la condesa de N... y los habitantes de los salones de prueba de Lelong (que eran, entonces, las fronteras del mundo poético de Cocteau) decían maravillas. La gente acostumbrada: los nombres habituales de las crónicas mundanas y literarias, los acostumbrados rostros de las fotografías de *Vogue* y de *Vanity Fair*, los habituales personajes de las novelas de Proust, de frente pálida y ansiosa, de ojos vagos, de labios ávidos, de voces agudas y precisas... Los rostros femeninos aparecían lívidos y extenuados, con algo de perverso y a la vez ingenuo. Una expresión de arrepentimiento, de deseo y de vileza, iluminaba las miradas inquietas y profundas. Las mujeres jóvenes se reían y se llamaban con breves gritos guturales, moviendo la cabeza con vivacidad, y a veces se detenían en medio de una frase, de un gesto, de una sonrisa, como si hubiesen tenido un pensamiento inoportuno. Las mujeres ya no tan jóvenes —y eran las que daban, como siempre, y por todas partes en París, el tono al ambiente— discurrían con calculada familiaridad, mirando, ora a uno, ora a otro, con aquella expresión intensa y decidida, a la que el arte de sonreír quita todo sentido aparente y toda intención.

Por su actitud, por aquellos mil imperceptibles signos que escapan a los novicios y que, sin embargo, cualquier habitual de un cierto mundo parisiense sabe, aun distraído, captar e interpretar según el momento, el lugar y la ocasión, se comprendía que el film de Cocteau estaba ya condenado, antes incluso de que el espectáculo se hubiese

iniciado. Las pullas, las charlas, los comentarios a los cuales las medias palabras de las señoras más ancianas y más cortejadas daban pretexto y autoridad, giraban precisamente sobre el escándalo que *La sangre de un poeta* había suscitado desde que se había empezado a hablar de él en algunos círculos del Faubourg Saint Germain, bastante sensibles a las sugerencias del arzobispo de París.

—¿Dónde está Jean? ¿Han visto ustedes a Jean? ¿Dónde está Jean? —se oía repetir en todos los rincones de la sala.

Entre los amigos de Jean Cocteau, sentados en las butacas de primera fila, su inexplicable ausencia había difundido una inquietud lánguida y mundana. Todos se reunían en torno a Georges Auric, el músico, que ofrecía a la curiosidad general un rostro enfermizo de inquietud y de misterio.

—Es la primera vez que Jean huye ante un escándalo —exclamaba Georges Auric alargando los brazos. Pero lo que daba crédito a las más extrañas versiones era la ausencia de la condesa de N..., de quien se decía sonriendo que estaba arrepentida ya de haber hecho de comparsa en algunas escenas del film, y precisamente en la de la muerte del poeta. En aquel momento entró Serge Lifar, y todas las miradas se volvieron hacia el joven efebo que había sido la última esperanza de Diaghilev y ahora era el Antinoo y el Alcibíades de París.

Serge Lifar atravesó el teatro caminando sobre la punta de los pies, cimbreándose sobre las caderas, pródigo de graciosas reverencias y saludos sonrientes, y vino a sentarse en una butaca de primera fila. Pero pronto se levantó, volviéndose hacia el público, mirando fijamente a los más cercanos, con los ojos húmedos y fijos, parpadeando, la mano blanquísima, los dedos afilados y mórbidos apoyados suavemente sobre el pecho del lado del corazón. Del rostro empolvado afloraba un leve rubor que parecía púdico y era, quizá, su gracia más ambigua. Parecía buscar a alguien y de vez en cuando hacía un signo negativo con la cabeza, como si respondiese a una pregunta insistente. Todos le hacían desde lejos estudiados signos de saludo, los labios femeninos se abrían con breves gritos guturales, cuando de repente la luz se apagó, un largo «¡Oh!» de impaciencia resonó en la sala y apareció en el pantalla el espejo mágico de la fantasía de Cocteau.

Las escenas del film se sucedían acompañadas del murmullo sorprendido y emocionado del público, pero se comprendía que todo el mundo esperaba ansioso el episodio de la muerte del poeta, origen de tanto escándalo, en el que la condesa de N... y algunas otras damas del Faubourg habían accedido a representar la parte del coro. La escena de la fuga a través del espejo, las de los misterios y los milagros (el chiquillo que vuela, los dos fumadores de opio abandonados sobre el diván, la pareja hermética de ojos turbios y labios húmedos), suscitaban un morbosos estrépito de comentarios y risas discretas. Algunas exclamaciones de complacencia acogían los pasajes más escabrosos; se oían voces decepcionadas exclamar de vez en cuando: «Está cortado, deben haberlo cortado, lo han cortado...», sembrando entre el público la sospecha de que aquella fuese una versión expurgada del film, y el temor de que las tijeras del censor no hubiesen respetado siquiera la famosa escena en la cual aparecían la condesa de N... y sus amigas.

Y he aquí, por fin, la esperada escena de la muerte del poeta: el patio del palacio del conde de N..., y en medio una mesa puesta, bajo el incesante caer de la nieve. A la derecha una escalinata de mármol, la puerta del palacio abierta de par en par, en la izquierda de la puerta un palco, un verdadero palco de teatro, y en el palco, inmóviles y orgullosas, en triunfales sillones dorados, algunas figuras femeninas o, mejor dicho, algunas vagas sombras de mujer, con los hombros desnudos, con el seno y el cabello

rutilante de joyas; se abanicaban con inmensos abanicos de plumas de avestruz, levantando en torno al cabello una leve nube de nevisca y volviendo la cabeza con un movimiento lentísimo, solemne y misterioso. Pero los rostros aparecían inciertos, manchados de negros por el cándido reflejo deslumbrador de la nieve, y parecía que aquellas manchas hubiesen sido añadidas ex profeso con hábiles retoques para que nadie pudiese reconocer en aquellos informes rostros negros las nobles facciones de la condesa de N... y amigas. Un largo murmullo de desilusión acogió aquellas espléndidas estatuas de carne con el rostro carbonizado. Era un escándalo, un verdadero escándalo. Y de Jean, del mismo Jean... ¿quién se lo hubiera esperado? A las risas irónicas y a los aplausos se juntaron las protestas; algunos llegaron incluso hasta pedir la interrupción de aquel indecoroso espectáculo. El grito de «basta, basta» resonaba en todos los rincones del teatro y muchos se levantaron para marcharse. El verdadero escándalo de aquella velada era la falta del escándalo esperado, prometido, deseado con tal febril impaciencia. Más que decepcionado, el público estaba indignado. Todos estaban indecisos entre marcharse o permanecer, y entretanto seguían con mirada distraída, sin cesar de reír y protestar, la escena de la muerte del poeta: la sangre que manaba a borbotones de la herida, la mujer de mármol con los brazos enfundados hasta el codo en unos guantes de terciopelo negro que bajaba la escalinata con paso fúnebre y cauteloso, las espectadoras del palco enjoyadas e impasibles...

De repente volvió la luz, un silencio imprevisto se hizo en la sala; después se levantó un confuso rumor, un suave estrépito, y todos se dirigieron hacia la salida con aire triste y embarazado. Julien se acercó a Betuna, se puso a su lado, y las primeras palabras que Bettina le dirigió con aquella voz suya, estúpida y suave, fueron:

—Deberías decírselo a Jean; estas cosas no se hacen...

SEGUNDA PARTE

SENTIMIENTOS Y VIAJES

LA MINA

Rheinbaben, noviembre.

Esta mañana he bajado a la mina más profunda de Europa, a mil metros bajo tierra. De Essen a Rheinbaben, en el corazón del Ruhr, un negro horizonte cierra un país negro en el que los árboles, la hierba, las casas, los hombres, todo está esculpido, tallado, labrado en el carbón. Sorprendida de improviso en su sueño por la tétrica claridad del alba, la noche no ha tenido tiempo de huir, ha permanecido adherida a las cosas. El aspecto de los lugares es nocturno; los árboles emergen chorreando betún desde el fondo cenagoso de la noche, como del fondo desecado de un mar emergen los escollos, las selvas de corales, los despojos de las naves, cubiertas de sal, de algas y de arena. En los pueblos, hombres gordos, de ojos cercados de grasa, de piel fuliginosa escamada en la comisura de los labios y al lado de la nariz, caminan al ras de las paredes, haciendo oscilar el vientre, o están sentados a la puerta de sus casas con los brazos apoyados sobre las rodillas y las enormes manos pendiendo entre las piernas. Las casas son todas iguales, todas tienen las mismas cortinitas violeta detrás de los cristales empañados, la misma maceta de geranios morados sobre el antepecho, la misma placa de latón incrustada en la pared debajo del disco de porcelana verde del timbre; se alinean monótonas, en filas interminables, a ambos lados de la calle. Las mujeres, rubias y flacas, de anchas caderas y tobillos hinchados, de rostros verdáceos en los que los

párpados rojos resaltan anchos y relucientes, avanzan por el borde de las aceras con paso corto y rápido. No hay ni una mancha blanca en todo aquel negro igual y compacto. Los mineros de las brigadas nocturnas, dormidos en lechos cándidos, sueñan ángeles blancos sentados sobre montones de carbón en el fondo de los pozos, y países azules iluminados en desiertos de nieve.

Se entra en el recinto de la mina como en el patio de una cárcel. Grupos de mineros salen de anchos embudos de hierro abiertos a flor de tierra, con un rumor infernal de ruedas y cadenas. Hileras de vagonetas ruidosas se encaraman impetuosamente a plataformas de cemento y acero, monstruosas mangas de viento soplan en el aire húmedo y cálido a la profundidad de los pozos, gigantescas ruedas dentadas giran lentamente como timones de nave, termómetros de cinco metros de altura alinean columnas de mercurio vacilantes, entre señales rojas y números negros. Los hombres van vestidos de tela alquitranada, con botas altas y pequeños cascos sin visera. Las lámparas de seguridad colgadas en la cintura describen un círculo de luz amarillenta sobre los vientres obesos, como una mancha de aceite.

—Antes de bajar a la mina —me dice sonriendo el director de la empresa— vamos a saludar a nuestros más queridos amigos.

Atravesando una inmensa habitación de techo de cristal y paredes esmaltadas de blanco, donde tres enormes ruedas mandadas por tres operarios impasibles, sentados en altos taburetes parecidos a los asientos de los organistas, enganchan con mordiscos violentos una cadena de eslabones recios como el brazo de un hombre, salimos a un pequeño patio rectangular cerrado en el fondo, en el ángulo más estrecho, por un edificio angosto y bajo, con las ventanas protegidas por una espesa tela metálica. Me sorprende, al acercarme, un gorjeo ininterrumpido, un rumor de alas, una música alegre de bosque a la hora del crepúsculo. Entramos; en grandes jaulas colgadas en la pared, centenares de canarios de un amarillo vivo, con tonalidades azules y verdes, cantan y revolotean picoteando inquietos, con los picos transparentes y las patitas rosadas sobre los travesaños de madera y los bordes de los receptáculos llenos de mijo rubio. Éstos son los más fieles amigos de los mineros, los locuaces anunciadores de la muerte. Entre todos los aparatos inventados por el hombre para anunciar la presencia del grisú, ninguno es tan perfecto y sensible como el canario. Apenas los mineros sospechan en una veta de carbón la insidia del grisú, un vigilante baja al pozo llevando en la mano un pajarito amarillo, tibio y suave como un puñado de lana. Al más leve soplo de gas, antes incluso de que las llamas de las lámparas de seguridad oscilen lívidas, el canario se agita, pica los dedos que lo aprisionan, asoma la cabecita inquieto y... *pío, pío, pío...* advierte a los mineros que echen mano a la máscara y se apresuren hacia el pozo de salida, huyendo del peligro antes de que sea demasiado tarde. El corazón del animalito late precipitadamente, el pobre paquetito de lana amarilla tiembla y se agita en el puño enorme y sensible del hombre negro; después, a medida que el gas invade la galería, el ritmo del corazón disminuye, los latidos se debilitan, se apagan poco a poco...

Cuando una repentina explosión rompe las lámparas y los mineros huyen ciegos por el dédalo de galerías, o se abandonan ensangrentados sobre los montones de carbón, las brigadas de socorro bajan a las galerías con las escafandras de amianto, el rostro protegido por la monstruosa máscara de cobre, un canario en la palma de la mano. Parecen guerreros bárbaros que se disponen a afrontar un terrible enemigo y no van armados más que de un puñado de plumas amarillas, de un minúsculo corazón en un puño delicado y musculoso. Su mano gorjea en la oscuridad, como un nido.

En el fondo de los pozos, en medio del estruendo de las explosiones que repercuten de galería en galería, en la nube lívida y acre que avanza lentamente, apagando una a una las lámparas de seguridad colgadas del entibado, las brigadas de socorro avanzan a gatas con el tubo de oxígeno entre los labios, zumbándoles los oídos, echando espuma de sangre por la boca; por el latir del corazón del pájaro, el hombre mide la densidad del grisú. Mientras el pequeño corazón late en la palma de la mano, toda esperanza no está perdida; apenas cesa de latir, los más audaces retroceden, huyen, escapando de la muerte. No hay máscara que pueda salvar a un hombre de la insidia del grisú donde se detiene el corazón de un canario. Las brigadas de socorro vuelven atrás, suben a la boca de los pozos llevando en la mano el pobre canario muerto. En los pueblos del Ruhr, en cada casa de minero, un canario canta en una jaula colgada en la pared de la cocina. Corren, apenas el aullido de las sirenas de alarma sutura la niebla negra, corren las mujeres y los chiquillos hacia los castillos de acero de la mina, estrechando bajo sus brazos la jaula en la que el oro de las plumas reluce como una llama en una linterna. La muchedumbre se aglomera delante de la boca del abismo durante noches y días; el zumbido de las mangas de aire que lanzan sobre los rostros descompuestos un soplo cálido y oleoso, el rugido de las cadenas devoradas por los mordiscos de las ruedas dentadas, el martilleo de la campana que anuncia desde la profundidad los incidentes del salvamento, cubren el llanto de los chiquillos y el apagado orar de las mujeres. Hacia las brigadas de salvamento que bajan cada media hora a relevar a los compañeros, se tienden cien manos ofreciendo un pajarillo de oro a los guerreros de máscara de cobre. ¡Late, pequeño corazón generoso, late fuerte, late siempre, late sin miedo, pobre pajarito de Dios, baja a la tumba oscura, a salvar a tu dueño!

Entramos en una caja de acero, suspendido a una cadena como el cubo a la garrucha de un pozo. He dejado mis ropas en el vestidor para embutirme, desnudo, en una escafandra de minero; los pliegues de la tela alquitranada que siegan las axilas, el casco de cuero que oprime la frente. Estoy hundido hasta más arriba de las rodillas en las grandes botas de suela de madera, rígidas como tubos de hierro. Un martillazo en una campana, y bajamos a una velocidad vertiginosa con un fragor que se aleja sobre nuestras cabezas huyendo en el aire como una bala al salir del cañón de un fusil. Doscientos metros, cuatrocientos metros, seiscientos cincuenta, novecientos...; la velocidad de descenso disminuye, entramos en una zona tibia y silenciosa, nos hundimos en una montaña de lana. Mil metros; delante de nosotros se abre una larga galería abierta en una veta de carbón, iluminada cada cien pasos por una lámpara de seguridad suspendida del entibado de madera del techo. Me sorprende el silencio, un silencio cálido y negro; las voces caen de la boca muertas, hay que inclinarse para oír el ruido de nuestros pasos. Se camina entre los raíles del ferrocarril de descarga, la cabeza inclinada sobre el pecho para no dar contra el entibado de la bóveda. Y he aquí que, de repente, en un recodo de la galería, algo se mueve, lejano en la oscuridad, un chocar de hierros resuena triste y me encuentro delante de un caballito blanco enganchado a una hilera de vagonetas llenas de relucientes trozos de carbón.

Pequeño, flaco, la boca llena de espuma negruzca, el pobre animal avanza a tirones con la cabeza de través, rozando con las orejas el entibado de la galería, dispuesto a bajar la cabeza para no dar con el entibado en cuanto la galería descienda. Sus ojos están muertos, lácteos, hundidos en una gran mancha roja. «Es ciego», me dice el minero que me acompaña. De vez en cuando la bestia se detiene jadeante, las patas separadas; un largo temblor recorre su grupa sudorosa, estriada de cicatrices. Los caballos de las minas trabajan toda la vida en el fondo de los pozos, duermen en establos excavados en el carbón; sólo salen al aire libre una vez al año, el día al que se

llama la «Pascua de los caballos». Allá el sol es tibio, la hierba está fresca en los prados y el agua de los arroyos corre entre dos orillas floridas de campanillas y margarita; los pobres jamelgos de ojos ciegos pasan su pascua echados sobre la hierba, rascándose la espalda, mordiendo las hojitas tiernas y perfumadas, o errando a pasos, cortos, como pobres viejos ciegos en el patio de un hospicio, con la cabeza inclinada y la punta de las orejas hacia delante para espiar cualquier obstáculo del entibado en aquel inmenso espacio lleno de vuelos, cálido de sol y oloroso por la hierba fresca.

Nos paramos un momento para visitar una cuadra; los caballos, una docena, están tendidos sobre la paja esperando su turno. Sólo uno está de pie con el belfo hundido en el pesebre. Todos tienen las patas hinchadas por la humedad, la cabeza llena de costras, las rodillas llagadas. En el fondo de la cuadra un potrito duerme encogido entre los cascos de su madre y al aparecer nosotros resopla y relincha con impaciencia.

El eco siniestro de aquel relincho resuena largo tiempo por aquel laberinto, corre de galería en galería. Después de un gran recorrido la bóveda desciende, el corredor se estrecha; nos metemos en un agujero de no más de sesenta centímetros de diámetro, arrastrándonos por una leve pendiente hacia un resplandor lejano. Se respira con dificultad, la boca se seca, el aire quema los pulmones, todo el cuerpo está empañado de sudor. Un velo opaco se extiende delante de mis ojos. Recorrida cerca de media milla la veta de carbón se ensancha, alcanza la altura de un metro; completamente desnudos, gordos, la piel oculta bajo una capa de grasa y polvo negro, con el vientre cayéndoles sobre las rodillas, los mineros hunden en el reluciente muro de carbón la punta rotatoria de las pistolas perforadoras, rompen los bloques a golpes de pico y de martillo, encorvados, jadeantes, violentos, en medio de una nube oscura que reluce lívida bajo los reflejos amarillos de las lámparas. En el rostro negro los ojos centellean congestionados. «Aquí —me dice el minero que me acompaña— estamos en el punto más profundo de la mina, a mil metros exactamente debajo de la iglesia de Rheinbaben.»

Un muchacho, aproximadamente de veinte años, se vuelve a mirarnos y sonrío; también él tiene el vientre hinchado y colgante, las piernas cortas y delgadas.

El calor es terrible. El aire es denso, graso, irrespirable. Bajo la mordedura de la pistola perforadora el muro de carbón se agrieta, se resquebraja, se desliza en bloque; una nube negra, asaeteada por destellos relucientes que el ariete giratorio lanza en todos los sentidos, envuelve a los excavadores como el humo de una hoguera. La estridencia de las perforadoras, el jadear de los pechos, las voces roncas, el silbido del aire comprimido de las pistolas, los golpes sordos de los picos y los martillazos llenan de un horrible estruendo el breve espacio donde los mineros trabajan de rodillas, el vientre apretado contra el áspero suelo de negras escamas. Uno de los hombres afectos a la perforadora pasa la pistola a un compañero, se sienta un poco apartado sobre el mango de un pico, y muerde voraz un pedazo de pan blanco; y en aquel simple gesto se revela humano, criatura viva a mil metros de profundidad bajo su mismo pueblo, su propia casa, su misma esposa ocupada en la cocina tibia, al lado de la olla que borbotea en una nube aromada a nabos y zanahorias. A esta hora los chiquillos están en el colegio con sus delantales blancos y las manos manchadas de tinta. El minero me mira sonriente y me ofrece de beber en su bota de madera con el tapón de goma. Me tumbo de espaldas, bebo algunos tragos; el agua baja por mi garganta rápida y viva como una serpiente, me muerde el estómago. En un bolsillo de la escafandra llevo una botella de «grappa» de uva del Rhin; el estruendo de las perforadoras se interrumpe, los brazos dejan caer las pistolas y los picos; la «grappa» ardiente y perfumada pasa de boca en boca; todos me miran con ojos sorprendidos y felices.

En la pared de la galería se abre un agujero ancho y bajo que comunica con el corredor de descarga; me meto por la abertura, un polvo acre me tapa la respiración y chirría entre mis dientes. Ahora avanzamos arrastrándonos por el corredor de descarga hacia un ruido lejano de agua, guiados por el tubo de aire comprimido. El estrecho pasaje se ensancha de repente en forma de embudo; algunas sombras se mueven delante de nosotros y, apoyados en una hilera de vagonetas, aparecen irnos hombres desnudos delante de un manantial que brota impetuoso de la roca; hablan y ríen dándose golpes en los hombros con las manos abiertas. Un caballo blanco golpea el pavimento entre los raíles, husmeando el agua, con un leve relincho que se convierte en tos. A mil metros encima de nosotros crece la hierba.

Entre Rheinbaben y Essen, en el centro de un pueblecillo, una nidada de chiquillos de delantal blanco sale corriendo de una escuela e invade la calle. Sobre el fondo negro del cielo, de los árboles y de las casas, parecen trozos de papel que el viento se lleva.

SENTIMIENTOS DE ESCOCIA HOMBRES CON FALDAS

Otternburn.

Hoy, entrando en Escocia por el camino de Otternburn, me parecía atravesar, no ya el confín entre dos países, sino la frontera entre dos edades y, casi diré más, entre dos sexos. Adiós, feliz Inglaterra de modales tímidos y corteses, de ojos azules llenos de inexorables pudores y virginal crueldad, de rostros sonrientes lacados de hojas de rosa, de manos blancas, de orejas frágiles y transparentes como conchas. Adiós, arcadiano país de los prados siempre verdes, de jardines de rododendros luminosos, de parques sonoros de agua, de abejas y de hojas, de casas de ladrillos rojos, de pueblos relucientes de barniz diseminados por los campos floridos, por los valles sombreados, por los flancos suaves de las colinas redondas... Adiós, cínica y platónica Inglaterra, de cielo de seda pálida orlado de nubes a lo Turner, de las ciudades fuliginosas, hipócritas y apopléticas, pobladas por hombres de cabellos rubios y pantalones largos. Te dejo sin remordimiento ni tristeza por esta selvática Escocia de montes áridos, de selvas erizadas de agujas negras y de ramas rojizas, de torrentes tumultuosos, de lagos estáticos donde el salmón plateado se desliza a flor de agua, levantando vuelos de garzas y palomas torcaces, de prados verdes como la piel del lagarto, en los que los ciervos galopan orgullosos y elegantes bajo las notas cortas y guerreras de las trompas de caza. Te saludo, Escocia romántica, poblada de hombres de cabellos rubios y de faldas a cuadros.

El cielo, en la alta planicie que divide el Northumberland del Roxburg y la Inglaterra de Escocia, era pesado y triste, estriado de amarillo como el espejo de un pantano. Rebaños de ovejas de hocico y patas color de ébano, y amplia manta de lana blanca con una franja de trenzas colgando hasta el suelo y echada a la espalda como un manto veneciano, pacían por las laderas desnudas hasta donde alcanzaba la vista, en una degradación solemne de brezos, hasta el valle arbolado del Tweed. Husmeaban el aire asomando su hocico de pez fuera del chal, apoyando sobre las piedras sus patas enguantadas de negro hasta los codos, como Yvette Guilbert en los dibujos de Toulouse Lautrec. Lejos, más allá de las colinas del rojizo Roxburg, ante mí se extendía, manchada de verde como una antigua coraza de cobre, la tierra oscura y melancólica de los *highlanders*, donde el lamento guerrero de la gaita despierta en el fondo de los

bosques y los barrancos el eco de los cantos de Ossian, y el bramido de los ciervos bélicos, de enramada cornamenta.

Pastores de piernas desnudas con faldas a cuadros verdes, rojos y azules, con el puñal de mango de cuerno en la cintura y en las medias, se perfilaban sobre el arco de los montes como maniqués abandonados por alguna modista errabunda. El viento hinchaba las faldas como banderas, y parecía que de un momento a otro aquellos maniqués de ropa abigarrada tuviesen que remontar el vuelo entre el balar de las ovejas atemorizadas y el graznar de los cuervos. Así, formados en orden de batalla bajo el crepúsculo, en el Killienkrankie Pass o en el Stirling Bridge, en Kingussie o en las soledades de hierba y roca de la isla de Skye, aparecían los montañeses de los clanes feroces y caballerescos, los antiguos *highlanders* de los tartanes multicolores y de los *plaids* echados al hombro, como los mantos de crin de caballo de los compañeros de Héctor delante del Caprificio.

Veía recortarse sobre el fondo opaco del cielo aquellos pastores de faldas y rodillas desnudas (tan bellas como las vuestras, Leónidas Massine o Serge Lifar, bailarines de Diaghilev, de mallas cortas y corpiño de seda) y me los imaginaba armados con espadas largas y oscuros escudos como los guerreros de Macbeth y los héroes de las novelas de Walter Scott. Estaba conmovido y me parecía encontrar nuevamente, después de tantos años, aquellos soldados escoceses de los regimientos del duque de Wellington que había visto en Bligny entrar en batalla a paso de baile, como un grupo de bailarinas haciendo irrupción en el escenario.

Aquella mañana de julio de 1918, en Bligny, iba caminando despacio, despacio, apoyado del brazo de un camillero de mi Sección 94 de lanzallamas de asalto hacia la parte trasera del bosque de Reims en busca de un puesto de socorro. El cielo era sereno y hacía calor, la tierra estaba todavía fresca por la lluvia de la noche. Una neblina azulada se alzaba en el horizonte del valle del Mame, y los campos de trigo ardían más abajo, en el declive de Nanteuil-la-Fosse y por la parte de Marfaux, a orillas del Ardre, que no pasa de ser un arroyo de no más de veinte brazas de anchura; agua clara y fresca que la sangre de tantos millares de muertos no ha conseguido enturbiar. La tormenta de la artillería después de tres días de espantosa furia había pasado como pasa un temporal de julio; sólo algún grueso calibre sacudía aún de vez en cuando los campos, los viñedos y los bosques. Después volvía el silencio, transparente e irisado como una inmensa burbuja de jabón.

Estábamos a pocos centenares de metros de las orillas del Ardre, en el centro mismo del valle, cuando de lo alto de la colina que respalda Marfaux vimos desembocar del bosque, un poco a nuestra izquierda, una columna de infantería lanzada al contrataque y otras oleadas seguir a la primera, avanzar pausada y desplegarse en abanico, bajar el declive a paso largo ordenadamente con el fusil al brazo, plenamente iluminadas por el sol que lanzaba destellos luminosos, reflejándose sobre los obturadores, los botones y las hebillas como una lluvia de oro. No eran italianos, sino ingleses o franceses. Por el color de los uniformes me parecían ingleses. ¡Queridos, queridos *tommies*, que iban al asalto caminando por nuestros montes!

¡Cómo debía latir en aquel momento el corazón de los supervivientes de las dos Divisiones italianas que, extenuadas las fuerzas, agrupadas en el lindero de los bosques de Bligny y de Vrigny, se sacrificaban desde hacía tres días contra la marea de las tropas de Von Mudra para dar tiempo a los aliados a preparar la defensa y ponerse a cubierto! El fragor de la artillería estremecía ahora todo el valle, lacerando el verde y el azul con las llamaradas y los embudos de las explosiones y los inmensos levantamientos de tierra de labrantío. Las olas de Infantería avanzaban al paso bajo la tormenta de los *sharpnells*

y las ráfagas de las ametralladoras, dirigiéndose decididamente hacia el montón de escombros del pueblo de Marfaux. «¡Pero si son mujeres!», grita de repente el enfermero con voz alegre y asombrada.

Estaban lejos de nosotros, a cerca de media milla, y a aquella distancia no era fácil juzgar de su sexo. Pero también a mí, a primera vista, me parecían más mujeres que hombres. Todos llevaban faldas, unas faldas policromas, cortas hasta la rodilla, y las piernas desnudas. Sin duda eran escoceses, aquellos famosos fusileros escoceses del regimiento del duque de Wellington, de los cuales más de tres mil duermen en el cementerio de Marfaux a la vista de las innumerables cruces italianas de Bligny. Los veía avanzar por los campos de trigo, erguidos, firmes y tranquilos bajo el fuego terrible de las ametralladoras. Napoleón, en Waterloo, los llamó «los Amazonas». ¡Magnífico espectáculo el de aquellos soldados con la varonil gravedad de los antiguos *highlanders* y la gracia de las bailarinas de Degas! «¡Valientes, valientes muchachas!», exclamaba el enfermero agitando alegremente los brazos.

Hoy, al entrar en Escocia, aquel saludo alegre y conmovido subía a mis labios con el sabor dulce de las hojas del bosque de Bligny: «¡Valientes, valientes muchachas! — hubiera querido decirles a los pastores inmóviles en el arco de las lomas—. ¡Ahora comprendo de dónde venía aquella grave calma vuestra, aquella austera impasibilidad! La Escocia ventosa abría a mis miradas la serenidad de sus horizontes verdes y azules, el círculo inmenso de sus colinas degradadas en perspectivas profundas, que los lagos y los ríos iluminan de resplandores metálicos. El lejano presagio del mar tornaba aquellas perspectivas aéreas y leves, casi confundidas en el aire con reflejos de agua. Miserable fondo para escenas de caza y de lucha, de fiestas rústicas y de cortejos nupciales, de rebaños trashumantes yendo de pasto en pasto, y de danzas guerreras al son de las gaitas, delante de los caseríos perdidos en la sombra fría de los *glens*.

A medida que avanzaba por el Roxburg, un olor de hierba húmeda, de menta, de whisky, de retama y de oveja venía hacia mí con el viento, desde sombrías distancias de siglos y de valles. Toda la historia de Escocia está llena de este olor sombrío y amargo. Triste historia de batallas y de estragos, de rebeliones y de incendios, de reyes en fuga y de reinas armadas, crónica ininterrumpida de delitos, de sacrificios, de odios familiares, de rivalidad de clanes y de pastores... Asombra que tan próximo a la «merry England», dulce y pérfida, cauta y elegante, viva un pueblo de sangre tan ardiente, de sueños tan turbios y de tan violentas pasiones. Gente dura, avara, impetuosa, vindicativa y fiel, de sangre color de herrumbre y ojos claros y vivos como escamas de pescado. La Escocia de Shakespeare, la que los actores del «Teatro del Globo», en el Londres de Isabel, poblaban de hombres feroces y aullantes, torturados por la sed de venganza, obsesionados por visiones de fantasmas implacables, no ha nacido de la febril fantasía del poeta de *Lady Macbeth*, sino de los furoros, de las desesperaciones y de la locura sanguinarias de los *highlanders* en los castillos y en los tugurios del Perthshire, del Ros, del Cromarty y del Inverness. ¡Cuántas mujeres de Escocia han sentido horror, como Lady Macbeth, de sus propias manos. «Todos los perfumes de Arabia...» Todos los torrentes y lagos de este salvaje y romántico país no bastarían para lavar las manchas de sangre que enrojecen las manos de tantas heroínas escocesas. ¡Oh, cándida fantasía de Shakespeare, poeta ingenuo de buen corazón; las uñas en punta le Lady Macbeth estaban de moda, por estas regiones, bastante más que en el escenario del «Teatro del Globo»!

Pero la Escocia que yo he venido a buscar hasta aquí no es la Escocia trágica de las seducciones y los asesinatos. A los montañeses de falda, del *plaid* echado

descuidadamente al hombro con la fiera gracia con que Héctor llevaba una piel de león, me gusta verlos tal como son, no como eran. Este país de hierba, de viento, de agua y de roca, me gusta teñido de verde y de amarillo, tal como me ha parecido esta mañana, bajo el delicado e inquieto sol de junio, no ya estriado de negro y de fúnebre plateado como aparecía a los ojos de Walter Scott. A los feroces guerreros de otros tiempos prefiero los guardabosques y los pastores que se encuentran en los altos valles, o los pacíficos jugadores de golf que van de agujero en agujero por los vastos prados, encerrados en el borde del cielo, entre bastidores de nubes blancas, o los flacos pescadores de las Hébridas sentados en las aceras del Inverness. Prefiero el olor de whisky y de ovejas al de la sangre.

Y me alegra pensar que, después de tantos siglos de crudelísima historia, no ha quedado ya en el aire, amargo y prepotente, más olor que el de whisky y de oveja que es, entre todos los olores y perfumes que separan Escocia de Inglaterra, el más característico, el más clásico, el más célebre y el más escocés.

LOS CIERVOS

Cluanic Inn.

Esta noche ha cesado de llover, el aire se ha vuelto más suave y ya los pastores anuncian que los primeros ciervos aparecen cautos, fuera de la niebla, sobre la alta giba del Achralaigh, y bajan hacia las orillas del lago de Cluanic. Son las patrullas exploradoras del gran ejército que cada año, a principios de verano, se dirige a la conquista de la tierra tibia. Los viejos machos de ojos sanguinolentos, de manto manchado de herrumbre, de hocico, cuello y pecho señalados de cicatrices gloriosas, de cornamenta rota cien veces en cien batallas y reducida ya a una savia primaveral no consigue hacer reflorar, los intrépidos guerreros de rodillas callosas y ternillas rojas preceden desconfiados y amenazadores a los grupos de hembras y de cervatos. El grueso del ejército está lejos aún, a su espalda, invisible en la niebla.

Ahí están los célebres ciervos de lomos humeantes; avanzan raros en cadena, se detienen de cuando en cuando a husmear el aire, enderezan las orejas al menor rumor, galopan inquietos, se alejan en fuga y de repente se vuelven, retroceden caracoleando, se detienen de nuevo un poco más allá, delante de una roca, en un rellano de la pendiente, en una brecha del declive y allí quedan tensos y firmes recortados sobre el cielo gris, rumiando inmóviles, como si probasen el sabor del prado, del agua, de los bosques, de las nubes y de la luz. Alrededor reina un profundo silencio, una paz acogedora y segura. De repente, el sol rompe la costra del cielo sobre la selva de Invermoriston, un haz de flechas de oro parte del arco del horizonte y un imprevisto resplandor ilumina en lo alto, cerca de la vena del Achralaigh, el ejército de ciervos en fuga bajo aquella lluvia de flechas, un alboroto, un alud, una huida desordenada. El terror de los persas, según Jenofonte.

Un fasto oriental luce en aquel tapiz inmenso, donde la hierba fresca tiene reflejos de seda antigua, en aquella escena de batalla, en aquella selva de cuernos, en aquel huir desesperado, en aquella lucha de los nobles animales contra la ira de Febo. Como las saetas de Diana bellísima yendo de caza seguían silbando tras los ciervos por bosques y valles, así las saetas del sol se lanzan contra los guerreros de frentes aguzadas de puntas por las pendientes del Achralaigh. Acuden los machos, empujan a los fugitivos, emprenden la carrera, se detienen, reordenan el rebaño, lo empujan nuevamente hacia abajo, hacia la hierba ondeante al viento, y otros van buscando por el bosque y los

barrancos los cervatos de cuernos tiernos y de piernas delgadas, los pobres cervatillos atemorizados por el resplandor y el tumulto inesperado, los acompañan hacia el grueso del rebaño galopando a su lado, hocico contra hocico. Otros, tensos e inmóviles sobre el fondo del cielo, braman llamando a reunión a los dispersos y el bramido se extiende por el aire como un sonar alegre de trompas al alba de la batalla.

El rebaño asciende ya seguro en espiral por la espalda del monte. No son menos de trescientos, los machos a la cabeza y a los lados, las hembras y los cervatos en medio; algunos siguen a distancia, volviéndose de cuando en cuando, otros galopan dispersos aquí y allá, ahora delante, ahora en el flanco, vigilantes, inquietos e impacientes como caballeros que exploran el terreno y miden el campo. Un viejo ciervo de cuernos frondosos y hocico afilado se destaca del rebaño y avanza al través caracoleando hacia nosotros con aire amenazador y de reto. «Es el jefe», me dice el pastor que me acompaña, un joven pastor del valle del Moriston, con falda de tartán rojo y azul, los tres puñales metidos en la cintura y el mango de hueso del cuchillo de caza saliendo de la media de lana verde.

Si no estuviese en Escocia, pienso dentro de mí, si no estuviese a orillas del lago de Cluanic, de agua lunar, en la que flotan nubes blancas hinchadas de hierba y de hojas, creería que éste es el ciervo de D'Annunzio. Pero el Centauro, ¿dónde está? Eran otros tiempos, aquéllos, otros animales. ¡Quién sabe de qué milagros estarían llenos los versos de Gabriel si a orillas del Serchio hubiese encontrado tan gran número de animales heroicos! Pero el continente de Europa es ya pobre en bestias clásicas. El Olimpo está desierto de minotauros, de faunos, de centauros. Vivieron las ninfas, vivieron los bosques un día. Los mitos feéricos hace muchísimo tiempo que tienen por patria a Escocia. Éste es, desde hace siglos, el país de Artemisa, el feliz país en el que las bestias conservan intacta su antigua nobleza, y los hombres, raros y melancólicos, hablan todavía el misterioso lenguaje de los dioses y de los animales del tiempo clásico. Pero quizás el ciervo que avanza hacia nosotros entiende el latín como el ciervo de D'Annunzio. «*Tu quoque litoribus nostris...*», le digo como saludo, con voz amiga. Ante aquellas palabras mías, el noble animal se detiene de repente tendiendo rígidas las cuatro patas, baja la cornamenta, mirándome por debajo de ella con ojos raros y melancólicos. Parece estar a punto de enojarse, pero su mirada me advierte que es solamente para jugar. Incluso los versos de Virgilio, ¡ay de mí!, han tenido su tiempo. El pastor alza los brazos y avanza hacia él con un grito gutural. Y súbitamente el ciervo da la vuelta, parte al galope describiendo un ancho círculo, se mete lento y majestuoso entre la manada, se coloca a la cabeza de la columna y se dirige hacia el espejo límpido del Cluanic, donde el cielo flota como una inmensa hoja color de leche.

Pero la culpa es mía. Es difícil que los animales de Albión entiendan el latín. Las bestias no han entrado todavía a formar parte de lo que muchos llaman, quizás erróneamente, la cultura humanística de los británicos. Del amor de este pueblo por los animales puede decirse que es social, religioso, deportivo, civil, político, sentimental, es decir: romántico; pero nunca que sea un elemento de su humanismo. No es clásico. Aman las bestias por un erróneo sentido de la Humanidad, casi por un exceso, que se me perdone la expresión, de filantropía. Más que a su prójimo inmediato, añadiré. Los seres que nosotros, viejos pueblos de Europa, estimamos inferiores al hombre, ellos los respetan, los admiran y los aman, estimándolos superiores no solamente a los hombres en general, sino a ellos mismos. De la inocencia, de la honradez, de la bondad, de la pureza de intenciones de las bestias, tienen un concepto altísimo, social y sentimental a la vez. Lo que para Rousseau es el hombre simple, el hijo de la Naturaleza, el hombre en estado natural de gracia, para los británicos es la bestia, en todas sus especies y en

todos sus grados de educación y de civismo. Y téngase en cuenta que para los británicos, y quisiera decir incluso para los demás, no hay nada irreverente u ofensivo en este género de juicio. En la literatura inglesa de todos los tiempos, el parentesco sentimental de aquel pueblo con los animales es proclamado a cada paso con la más tranquila satisfacción. Cuando Keyserling afirmó, hace ahora algunos años, que el británico es el «hombre-animal», los aplausos subieron al cielo, y una sonrisa de complacencia y de orgullo se esbozó en los labios de todos los hijos de Albión. No hay elogio, al parecer, que pueda causarles mayor placer.

En toda la literatura inglesa, los animales no aparecen nunca como un elemento, podríamos decir, objetivo. Incluso en las telas de sus más celebrados pintores la función de las bestias —perros, caballos, ciervos— no es de orden estético o simplemente decorativo, sino sentimental o moral. Son personas de la familia. De una familia fundada sobre los principios, ideas y prejuicios románticos, no clásicos. La mitología particular de los ingleses está poblada de bestias que parecen recién salidas de Eton o de Harrow. Es una mitología de naturaleza didascálica, en la que los animales no desempeñan más papel que el de héroes sociales, ejemplares, dotados de todas las cualidades que en Inglaterra forman el buen ciudadano. Personajes bien educados, en una palabra, y educativos. Las relaciones de amistad, por ejemplo, entre un inglés y su perro, son las mismas que unían Orestes a Pilades, aquellos *Dos Sargentos* de la antigüedad. En una estatua ecuestre el inglés no ve un hombre a caballo, sino un hombre y un caballo. Los Dióscuros no aparecen a sus ojos más que como dos hermanos de buena familia, dos *gentlemen* que amaban sus corceles. El amor a los animales es lo que ayuda a los ingleses a comprender y admitir el mito de Leda o de Pasifae.

Quizá sean éstas, pienso entre mí, las razones por las cuales los ciervos de Escocia, y como ellos todos los animales de Inglaterra, no entienden el latín.

Y, entretanto, los ciervos galopan hacia el lago; ya los primeros grupos entran en el agua, hundiendo sus flancos y su alto pecho en la onda clara, erguida la frondosa cornamenta sobre el espejo de plata. Toda la manada nada ahora lenta y solemne hacia la orilla opuesta. Romántica Escocia, noble Arcadia mágica. Éste es el último reino de la paz silvana en el que las bestias enseñan al hombre la inocencia de la Naturaleza. El espectáculo es tan nuevo, para mí, y tan antiguo, que el latín de Virgilio sube a mis labios, dulce como la miel virgen. Me pierdo en mis pensamientos, y agradezco a los ingleses su amor nacional por los animales. «Si estuviese usted aquí en otoño —me dice el pastor—, durante la época de la caza, vería qué matanza...» ¡Ah, mi ingenua fe en el amor de los británicos! Ésta era la única cosa en la cual no había pensado...

ALTAS TIERRAS DESIERTAS

Inverness.

Durante estas noches blancas, estas noches pálidas del Norte, el sol, apoyado en el borde del horizonte como una maceta de geranios en el antepecho de la ventana, se apaga lentamente en la plateada niebla lunar. La magia de estos crepúsculos interminables me oprime el corazón. La luna se eleva por encima de los montes, la esperada y desmemoriada luna inclina el rostro sobre el lago, se refleja en la onda firme y tiesa, con la gracia virgen y fúnebre de la Salomé wildeana, mirando atentamente la esfera terrestre desde la alta terraza de Herodes, un lánguido rostro que asoma de la curva profunda del cielo. La noche es clara, suave y delicada. Un ladrido lejano resuena

en mi corazón como una voz amiga, despierta en mí los sueños de otros tiempos, negros lebreles galopan hacia la cándida proa del alba. Las jaurías se despiertan en las perreras, mordiendo las barras de madera, arañando la puerta con sus uñas, impacientes; cuántas liebres entre la hierba dulce, cuántos conejos salvajes entre el centeno tierno, cuántos ciervos errantes por el lindero del bosque...

Heme, finalmente, después de tanto vagar, en la extrema Escocia ventosa, donde empieza el inmemorial silencio de las soledades. Aquí la alta Melancolía tiene su reino, aquí levanta su frente serena entre las desnudas colinas, el mar lívido, los vacíos espejos de los lagos. El otro día mismo, delante de las torres de azúcar blanco del Castillo de Balmoral, dibujadas por el príncipe Alberto, temía que la «romántica Escocia» no fuese más que una imagen literaria, un país de fantasía poblado de estatuas de cera, de árboles de mal gusto y de una edad imprecisa, dejados en seco por la marea baja del tiempo, de los sentimientos y de las convenciones. La Escocia de los clanes, de los cantos de Ossian, de las novelas de Walter Scott, de las leyendas y las baladas populares, me parecía como el reflejo de la Alemania idílica perdida en la decepción nostálgica del príncipe consorte y en las páginas del *Diario* íntimo de la reina Victoria. ¿Dónde estaban, pues, los bosques de abetos sonoros al viento, las nubes blancas sobre los montes, los cielos de madreperla reflejados en los remansos de los ríos? Imágenes victorianas, pensaba yo, complacencias locales, daguerrotipos descoloridos queridos de los Lores y de las Ladies, de los cuales Sargent ha pintado los jóvenes nietos, vestidos de seda verde sobre fondos de rododendros bermellón.

Por la tarde, regresando del castillo de Balmoral, me detuve en Birnam, no lejos de Dunsinane, y aquellos nombres, aquellos lugares, aquellos terribles recuerdos me mantuvieron despierto durante muchas horas. No puede uno acercarse a Birnam sin que el ambiguo Shakespeare venga a nuestro encuentro al llegar al puente del Dunkel, sin que te agarre de la mano y te fuerce a atravesar a nado el río, la noche y el lúcido delirio de Lady Macbeth. Cuando leo en las pocas líneas del *Diario* de la reina Victoria dedicadas a su visita a Birnam, que el espléndido escenario del valle del Tay «había gustado mucho al príncipe Alberto», siento por un momento la duda de si la poesía de Shakespeare tiene rostros tan poderosos y alas tan vastas como algunos tienen tendencia a creer. El príncipe consorte había permanecido sentado en un carruaje gozando del panorama; ni una palabra sobre Macduff, sobre Macbeth, sobre la sombra de Banquo y sobre el castillo de Dunsinane, en aquellas breves notas de tan ilustre *Diario*. También yo, por esto, me fui a la cama tranquilo, soñando ser un pobre literato de viaje por entre oscuros fantasmas sin voz y recuerdos sin sorpresa.

¡Ah, Shakespeare infiel! El insomnio, dios de paso ligero y manos leves como alas de mariposa, había venido a abrir mi ventana con el gesto cauteloso de quien abre las páginas de un libro. El murmullo del río y de los árboles llenaba mi habitación y había, o así me lo parecía a mí, confundido en aquel murmullo, un gorjear de pájaros, pero de extraños pájaros, gordos, grasos, con los cuellos hinchados y las patitas torcidas. No podía dormir y aquel gorjeo, aquel aire fresco, aquellos rayos de luna que cortaban mis mantas como tijeras, me inquietaban hasta el punto que salté de la cama y bajé al parque. Porque, también yo, como Lady Macbeth, había matado el sueño. «Macbeth ha matado el sueño, Macbeth no dormirá nunca más», canta el pérfido Shakespeare. Terrible condena. No poder dormir nunca más, no poder rezar; éste es el caso de Lady Macbeth. No se puede entrar en Escocia sin recordar que éste es el país donde fue muerto el sueño, donde el sueño está sepultado. De aquel oscuro delito ha nacido el

spleen de los ingleses. Tétrica fantasía, tan diferente de la clara y alegre imaginación de los italianos, que han puesto el Sueño a dormir a la sombra de los álamos, cerca de la urna de alabastro donde yacen las cenizas de la arábiga Fenice. «Yace en Arabia un vallecito ameno...», canta la octava de Ariosto, en voz baja, para que el Sueño no se despierte. Pero en Birnam el insomnio es reglamentario; y el que quiere dormir tiene que hacer como yo, bajar al parque e ir a tenderse en paz a la sombra de los dos árboles antiguos, los únicos que han quedado de la famosa selva que avanzó contra el castillo de Dunsinane.

Las selvas que caminan no son muy frecuentes en la Historia y aquella de Birnam es quizá la única de la cual se tiene recuerdo. Sabido es que a Macbeth le había sido predicho —consoladora profecía— que no moriría hasta el día en que la selva de Birnam emprendiese la marcha al encuentro de Dunsinane. Los árboles no tienen piernas, y el oscuro héroe dormía tranquilo detrás de sus muros de piedra. Macduff escondió a sus guerreros en lo más espeso de la selva de Birnam, y, al cerrar la noche, cortando las ramas de los árboles, hicieron con ellas un escudo y una máscara y avanzaron contra Dunsinane para ir a matar a Macbeth. Sólo una encina inmensa y un sicómoro lleno de hojas subsisten hoy de aquella selva famosa, y seguramente los puntales y las traviesas que sostienen los dos árboles son más para retenerlos que para aguantarlos. Quitad aquellos puntales y veréis la encina y el sicómoro emprender el camino, un poco retrasados, como ocurre siempre con la retaguardia, pero a tiempo todavía para reverdecer, después de tantos siglos, la leyenda de la muerte de Macbeth. Leves ramas, tiernas frondas, mórbidas hojas, con el dulce peso de los nidos dormidos, con el reflejo azul del primer rocío, con la brisa matutina que agita el follaje... ¡cuán placenteros son a los ojos de los guerreros de Macbeth, vigilando detrás de las almenas de las torres sobre el alto cerro de Dunsinane! ¿Qué son aquellos gonfalones salvajes, qué es aquello verde que se mueve allá abajo? Son árboles sedientos que van a beber al río, es la selva que sueña. Apenas las primeras flechas salieron de los arcos escondidos entre la espesura, los pájaros, asustados, huyeron de sus nidos. Ni de los bosques te puedes fiar, en la poesía inglesa.

He pasado, pues, la noche envuelto en una manta entre los dos famosos árboles de Birnam. Noche plácida, sueños encantadores. De repente veía una mujer vestida de blanco acercarse de, lejos, y por prudencia me encaramaba en seguida en el sicómoro como hizo Zaqueo al ver pasar a Jesús. La mujer se arrodillaba a la orilla del río, al pie del árbol, y permanecía pensativa mirándose las manos, candidas y transparentes en el aire nocturno, como dos piedras claras en el agua profunda. «¿Cómo podré —suspiraba — lavarme las manos?» ¡Oh, Lady Macbeth...! ¿A mí me lo preguntas? Si supieses el daño que has hecho al pueblo escocés con estos escrúpulos de lavandera... El día que te metiste en la cabeza llevar las manos sucias y no podértelas lavar, comprometiste para siempre la reputación del pueblo escocés. Nadie podrá creer nunca más en la inocencia de los pobres escoceses. Están condenados para toda la eternidad a la triste fama de gente de manos sucias. Aunque sean buenos trabajadores, frugales, sencillos, honrados, pacíficos, en paz con Dios y con los hombres, nadie podrá jamás salvarlos del castigo de llevar injustamente el peso de los más negros delitos. ¡Oh, Lady Macbeth... vuélvete un poco hacia allá, hacia la rubia Inglaterra de dulces ojos; mira cómo se ríen de ti y de los tuyos, aquellos ingleses puros de rostro color de manzana madura! Pregúntales a ellos qué hay que hacer para lavarse las manos. Sólo los ingleses lo saben. Son el pueblo más sereno del mundo. ¡Y qué manos! Lisas, netas, delicadas, de dedos largos y mórbidos, de uñas rosadas, redondas, como chispas de luna. ¡Oh, Lady Macbeth, pobre mujer,

Madame Bovary de esta hiperbórea provincia, si supieses cuán difícil es el arte de lavarse las manos sonriendo y sin escrúpulos, es decir, con gracia y con honor!

Me he despertado al amanecer en la gloria de un sol tibio e inocente, bajo un cielo recamado de rosas azules y largos tallos verdes, ríos herbosos en un gran mar de pétalos de aire. ¡Adiós, Lady Macbeth! Llevo dos días de viaje por los valles del Gary, del Moriston y del Affric, por montes que se asoman tétricos a los lagos del Canal de Caledonia, por estas altas tierras desiertas en las que los rebaños abandonados balan roncoco entre los brezos, y el viento peina con dedos fríos la hierba y la lana. Ni una casa, ni una cabaña, ni un rastro humano durante millas y millas. Los pueblecillos, hundidos en los valles como en un agua estancada, suben de cuando en cuando a flote, tan pronto un rayo de sol percute sobre los techos. Me parece deslizarme en barca sobre el espejo de un lago, y el fondo se me revela lejano y confuso con un lento movimiento de algas bajo una luz crepuscular de reflejos opacos, que se incrusta de cuando en cuando de verdes resplandores fugaces.

Éste es verdaderamente el abandonado reino de la tristeza. Parece que toda la melancolía de los hombres, raza inquieta e infeliz, se reúna aquí gota a gota, en esta región extrema de Europa, como el agua en tierra dura. ¿Qué es de nosotros, de nuestro mundo, de nuestros afanes, de nuestras esperanzas sin remedio, de nuestros sueños, de nuestras soberbias, de nuestras pobres ilusiones desnutridas y perversas? Pútridas ciudades, allí, más allá del último horizonte, selvas de casas, nubes de humo, torrentes de velocidad, muchedumbre de hombres febriles y extraviados. Las ventanas de la cocina dan al cementerio, las flores de los antepechos están negras de hollín, rosas caliginosas se marchitan sobre los senos de las mujeres, en los suburbios los caballos miran con ojos bondadosos a los chiquillos que corren, un leve olor de hospital se mezcla a los acordes de un piano, las tardes de sol, las últimas horas del domingo, se adormecen bajo la lámpara con la cabeza sobre la mesa. Tristeza de los hombres, tristeza que nosotros creamos día por día, que mana en nosotros de un manantial profundo, tristezas sin eternidad.

Aquí todo es aire, luz, hierba, viento y agua. El reflejo del mar abre sobre los montes cielos exangües en los que las nubes errantes penetran en golfos de sombra. Pero quizás incluso la alta melancolía de esta tierra y de este pueblo, tiene su mal secreto. Los pescadores, tumbados en los muelles de Inverness esperando que la luna alce el viento dulce de junio, tienen ojos opacos y rostros de cera bajo la llama viva del cabello rojo. Mujeres delgadas, de bocas pequeñas ribeteadas de labios sutiles, caminan en silencio por las aceras, con la cabeza echada atrás como las ciegas de Lourdes. Una gran paz reina en el aire, una paz resignada y cruel. Esta tierra y este pueblo están demasiado cerca del cielo, el último cielo de Europa.

NACIMIENTO DE UN RIO

Donaueschingen.

Cuando Napoleón, después de la batalla de Ulm, dijo que para destrozarse la espalda de Austria, hubiera bastado colmar de tierra las fuentes del Danubio, en el fondo no andaba equivocado. Pocos soldados armados de palas hubieran hecho más, para cambiar la faz de Europa, que ejércitos formidables y torrentes de sangre. El destino de un país está señalado por el curso de sus ríos; también en la mano las líneas de la vida y de la fortuna son azules.

Fue verdaderamente una suerte que aquellos dragones franceses, de casco con crines y calzones de piel de gamuza, que entraron una mañana de octubre en el importante pueblo de Donaueschingen viniendo de Friburgo, de Tübingen y de Freudenstadt, y se detuvieron para abrevar sus caballos en la fuente que está bajo la iglesia, en el límite del parque del castillo de los príncipes de Fürstenberg, no supiesen alemán. Una lápida encastrada en el sencillo muro de ladrillos que entonces circundaba la fuente advertía que aquella era la Donauquelle, la fuente del Danubio. En el aire gris y azul del otoño, el murmullo del agua se esparcía leve como la respiración de un niño; y por los gestos que hacían los soldados inclinándose sobre el brocal para llenar el cubo, parecía que alargasen las manos para ahogar en sus pañales al río recién nacido. Pero las mujeres, desde las ventanas, sonreían confiadas mirando a los bellos dragones de dormán rojo inclinados en torno a la Donauquelle como si fuese un pesebre, que hablaban con voz de tenor como en una escena de melodrama, en cadencia con los relinchos de los caballos y su impaciente golpear de cascos sobre el pavimento sonoro. Desde la explanada del castillo, un grupo de oficiales seguía con la mirada los ciervos y los gamos que paseaban ligeros y despreocupados por entre los árboles del parque, siguiendo las orillas de los estanques poblados de cisnes. Después, a un toque de trompa que pareció la llamada de un cuerno de caza, todos montaron a caballo y emprendieron el camino que circunda la iglesia y siguieron dando caza por la espesura de la Selva Negra, a los blancos soldados de peluca del archiduque de Austria.

El escenario ha permanecido tal cual era hace más de un siglo. En aquel rincón de tierra germánica comprendido entre el Rin y la Baviera (Badén, país de bosques, de estanques, de ríos, y, más al Norte, de verdes colinas ondulantes hasta el horizonte), el aire que se respira es todavía aquel azul y gris de la romántica edad de Schiller. El color del tiempo ha permanecido inmóvil, suspendido de los árboles, sobre la hierba y sobre las aguas, conaturalizado con el clima feliz de una estación que sobrevive a la historia de los hombres y a su inquieto destino. La distancia que separa esta *gemütlich* Alemania, esfumándose ten leves horizontes de nubes y de hojas como una estampa antigua (nubes y hojas, elementos musicales de la tierra donde ha nacido Schiller, a no gran distancia de Donaueschingen) de la Prusia de Bismarck y de la *Große Deutschland* guillermina, no se mide por millas, sino por años. Quien sube de la región de más allá de los Alpes, de la *Klarheit des Südens*, hacia la dulce sombra azul de la Selva Negra, no realiza solamente un romántico viaje a través de gentes y países nuevos, sino un auténtico y verdadero viaje a través del tiempo, hacia una edad serena y querida del corazón, hundida en el recuerdo. Ayer, dejando las orillas del lago de Constanza, inmensa concha de plata llena de leche, y encontrándome cerca de la selvática Suavia, que divide la hendidura profunda del Rin de las leves pendientes por las que se introduce melancólico el joven Danubio, me parecía volver a subir a los orígenes de una edad incierta, de la cual toma forma y color la imagen de una Europa mística, para la cual son sagradas las fábulas y los idilios. Sobre la Selva Negra la luna revelaba golfos de sombras y arcos imprevistos de luz en el vasto mar del follaje. Torres y muros almenados en las alturas, tetricas vanguardias de castillos de Hohenstaufen y de Hohenzollern se me aparecían de cuando en cuando en el fondo de los valles, a un lado, en cada revuelta del camino, para hacer más vivo el contraste con los mórbidos contornos de los bosques vistos de vez en cuando en lo alto de una colina. No había sombra de viento; a aquel escenario romántico le faltaba la magia de una música de hierbas y follaje. Bajo la transparencia lunar, la línea del horizonte se recortaba clara y

cercana, fría y silenciosa como en un catalejo. No había un murmullo de agua por los alrededores, ni una voz de fuente o de arroyuelo.

Pero esta mañana, cuando me asomo al parque del castillo de los príncipes de Fürstenberg, la presencia del agua se me revela de improviso como un sonido difuso, como el zumbido de una inmensa colmena. «Mire —me dice el guardabosque que me acompaña—: aquélla es la fuente del Danubio.» ¡Oh, bello Danubio azul, ningún río tiene una cuna más noble que la tuya! En una gran taza redonda, rodeada de una balaustrada de mármol, el agua surge de cien chorros que brotan del fondo apenas visible por la palpitación de la arena, que parece la rítmica respiración de un seno. Un grupo de estatuas noblemente ataviadas con clásicas vestiduras sobre un alto pedestal de mármol, tiñe de un reflejo blanco el espejo levemente encrespado; el jovencito Danubio se abandona con orgullosa gracia en brazos de la Madre, que le señala a lo lejos, más allá de las frondosas selvas que coronan Donaueschingen, el camino de la llanura y del mar. Ésta, dice el epígrafe esculpido en la base del monumento a la Donauquelle, es la fuente del Danubio. El cuadro es tan puro en su preciosa ingenuidad arcaica, en las líneas convencionales de la balaustrada, en las estatuas, en los ornamentos marmóreos, que me parece encontrarme en el umbral de un ninfeo. Es una arquitectura, diría, bodoniana; el estilo es el de ciertos frontispicios de Bodoni, compuestos con aquel arte un poco frío, áulico y a la vez familiar, que se inspira con igual noble indiferencia en alegres o tristes acontecimientos; bodas, bautizos, entierros o coronaciones.

Hay aquí, en el aspecto de las cosas, el signo de una civilización ya agotada, a punto ya de marchitarse; hay algo otoñal en este gusto señorial de las perspectivas de árboles, de aguas y de estatuas, en este sentido escenográfico de la armonía, en este orden de composición en el cual el equilibrio de las masas, de los prados, de los bosques, de la fachada del castillo es alcanzado por pequeños medios, apenas con un tono, un toque, un detalle, un jarrón de mármol, una estatua de ninfa, un ciervo que se perfila inmóvil en el fondo rojizo del follaje de los tilos. La música del agua, presente y viva en cada elemento del paisaje, da un ritmo a la decadencia de esta civilización áulica de la cual el parque de Donaueschingen parece el último refugio; un ritmo lento de vals, algo como un eco de música vienesa, lejana en la memoria y en el tiempo. Aquí es más fácil pensar en Schoenbrunn que en Versalles o en Sans-Souci. Las imágenes descoloridas de la *Felix Austria* que he visto esta mañana reunidas en el museo de familia de los príncipes de Fürstenberg, antiguas estampas de batallas, de bailes, de cacerías, de fiestas, retratos de rosados archiduques envueltos en túnicas blancas, miniaturas de princesas de rostros ingenuos y tristes, al lado de las famosas doce tablas de la *Pasión Gris* de Holbein y de los retratos de Lutero y de Melanch pintados por Lucas Cranach, todas las imágenes late aquella Austria elegante, escéptica y sonriente, bastante más cercana a la Francia de Lenôtre y de Watteau, y a la Italia del Palladio y del Tintoretto, que de la Prusia de Federico, las encuentro como sobrepuestas, como reflejadas en el calor de estos árboles, en este fondo de prados y de estanques, y veo moverse archiduques, andar con paso grave princesas y damas de la corte entre las estatuas y las balaustradas de mármol, entre los ciervos, los gamos, los cisnes del parque, entre los guardabosques solemnes vestidos de verde, de espesas patillas blancas, de larga pluma en el sombrero de fieltro y de inmensa pipa de mayólica apoyada en el pecho. Austria está muerta. Pero aquel algo espléndido y bonachón que había en el tono, en el color, en los sobrentendidos de su civilidad, sobrevive hoy en este rincón de Been, antiguo señorío de los príncipes de Fürstenberg, en esta región de Alemania, donde nace el Danubio. La capital de la *Felix Austria* no es ya Viena, es Donaueschingen.

El curso del joven Danubio es aquí sinuoso y lento como un verso de Schiller. Entre las riberas suaves, en un juego de luces y sombras que se persiguen sobre la arena dorada del fondo, el río, casi un arroyo, se pierde por caprichosos meandros por los prados y bajo los árboles, acompaña durante largo rato los caminitos sombreados de tilos, se acerca tímido a los laguitos poblados de cisnes, y cien riberas lo siguen, lo encuentran, se confunden con su lecho. El milagro del nacimiento del río se realiza todo en este breve espacio, dentro de los límites del parque. Ciervos y gamos mansos se inclinan para beber desde las orillas, bajo los ojos fríos de las estatuas y la mirada solemne del guardabosque de la pipa de mayólica. ¡Oh, bello Danubio azul, éste es el tiempo feliz de tu juventud! Un poco más lejos, abandonando tu cortejo de cisnes, te hundirás en el bosque y correrás turbio hacia el mar.

SENTIMIENTOS DE LA TOSCANA TOSCANA IMAGINARIA

Llevo dentro de mí pueblecillos adornados con cipreses junto a villas e iglesias, cerros pedregosos, plazas de Prato, de Pistoia, de Florencia, revueltas de caminos ascendentes en el valle del Bisenzio, todos los aspectos habituales de mi feliz país toscano. Llevo en mí la naturaleza de nuestras tierras pobres, los terruños oscuros, los arenales blanquísimos bajo el sol entre las altas orillas de los ríos. Bisenzio, el Arno y el Ombrone, las fachadas de las villas y de las iglesias, con sus escudos, los frontones, los meridianos, las franjas de mármol verde... Llevo dentro de mí, variada y viva, toda la naturaleza de nuestra tierra.

Prodigioso país. El pueblo que se mueve inquieto en la inmutable serenidad de este clima antiguo es, sin embargo, el mismo que vio un día, arando, surgir de bajo tierra ante él el buen genio familiar de los etruscos, en forma de muchacho, maestro de los toscanos antiquísimos y modernos; y aprendió de él, después de los primeros recelos, la cordura y los artificios. Las mujeres de este pueblo, no cansadas todavía de una ininterrumpida maternidad milenaria, dan hijos expertos y sensatos, contrariados; mujeres madres y esbeltas, de ijadas alargadas, rodillas altas, el seno firme, los movimientos prontos, los ojos fríos, las manos breves y huesudas... Los hombres son enjutos y pálidos, iracundos, tanto por malicia como por juego, atentos y cautos, libres y alegres, expertos en todo cambio de estación y de ropa. Hombres flacos e inmensos cielos abiertos.

No hay nadie más sensato y político que ellos. Tienen todos, incluso los más encenagados en las regiones bajas de Tavola y de Aiolo, o los agarrados a la espalda árida y desnuda de la Calvana, un poco de aquella ironía sutil y acomodante que los grandes duques parecían considerar geórgica y no, en el sentido clásico, política; así eran de bondadosos. Los campesinos, los pastores, los leñadores de esta tierra, tienen todos un sentido cortesano de la fatalidad, la temen y le hacen la corte más por conveniencia y por costumbre que por convicción. Creían, hasta hace muy pocos años, en los prodigios, en los encantamientos, en los sortilegios, y sabían hacerlos, fingiendo, sin embargo, reírse de ellos por obligación de cortesía hacia las costumbres de aquellos tiempos, pero sin dejar de hacer a escondidas los conjuros de costumbre. Los amores, las amistades, los odios de este pueblo son tales, que en cualquier otro clima parecerían inconvenientes e ilícitos, porque la malicia tiene dominio sobre las pasiones y todo sentimiento de amor o de odio os aparta de la naturalidad en lo político, entendiendo siempre político en el sentido clásico. Y no es sorprendente que las facciones y las

matanzas naciesen antiguamente de esta especie de malicia anacreóntica. «Cosa hecha, hecha está», dice el vulgar de las *Cronache*.

Los viejos del país pratense creen todavía que el infierno es de casa y está situado a poca distancia de Prato, y que el Dante entró en aquel poético mundo por una cueva de mármol verde hoy abandonada, del fondo de los pinares de Galceti. Yo respeto aquella tradición, que puede ser una esperanza para todos aquellos que se creen encaminados hacia las huellas de Orfeo. Pero los valles, las cuevas, los bosques y los montes de esta felicísima parte de la Toscana, carecen ya hoy de misterio y de pudor; han sido profanados en su más oculto refugio por la curiosidad de los hombres. Por todas partes se descubre un aire de familiaridad y de humanidad, un atento cuidado en la manera de disponer las casas, y de cortar las viñas a escalones por los flancos de las montañas, de alinear los cipreses, de hacer desaparecer todo vestigio de la primitiva inocencia del terreno. Incluso cuando el país parece de lejos áspero y feroz, se da uno cuenta de que la aparente afabilidad es un engaño, y que todo, de cerca, da muestras de una disciplina escolar y ofrece bosques poblados de estatuas y juegos de fuentes donde se habían imaginado selvas vírgenes y aguas turbulentas, iglesias de pueblecillos y villas, donde se esperaban peñascos y valles desiertos.

Ninguna cueva inexplorada, ninguna grieta en la montaña por la que entrar en el vientre de la tierra. A cada paso, la esperanza se convierte en decepción. Bosques, jardines, campos, valles, cumbres, ríos y pedruscos, tienen el aire de elementos de arquitectura granducal dispuestos en torno a la ciudad, a justa distancia, por razones de perspectiva; tan bien tomada como pretexto, que la misma Naturaleza se presta a tomar parte en el juego arquitectónico y arregla el escenario para representar una comedia que hace ya tiempo ha terminado. Los campos de lirios están tan ordenados sobre la Sacca, y bajando hacia la villa de Da Filicaia, que incluso los lugares que han permanecido vírgenes de artificio parecen ajustados por la fantasía arcadiana de un jardinero del gran duque. No hay manera de encontrar un sendero que no desemboque en una pérgola, o en alguna corona de cipreses que encierra en su centro un banco de mármol. Ninguna sorpresa espera a los curiosos o fantasiosos, tan urbana es la costumbre de terminar las hileras de vides o de olivos en el borde de las eras o las fachadas de las iglesias. La amabilidad de los campesinos y de los párrocos rurales no puede ya hacer nada para remediar la avaricia de esta tierra, pobre de elementos sobrenaturales. Y los mismos viejos, aunque crean todavía que la entrada del Infierno está por esta parte, no se aventuran a hablar del diablo más que durante ciertas estaciones, cuando los cerros, los campos, el río, los bosques y el cielo inquieto sobre los diferentes verdes entre monte y monte, les recuerdan, por signos y por prodigios, la temida vecindad del país infernal.

Prodigios y signos evidentes. Hacia el crepúsculo, cuando la concavidad de Pistoia se llena de oro y sangre, y las primeras estrellas aparecen temblorosas en el cielo claro de los robledales de la Retaia, el viento, aplastado en los barrancos de la Calvana, se precipita rozando la espalda de los montes para levantar nubes de polvo del lecho del Bisenzio y de los cien caminos de la llanura pratense. Los cipreses de las colinas de la Sacca y Santa Lucía, que el viento afila como flechas, asaetean a cada ráfaga los nublados densos y pesados que de las cuencas del Vaiano y de Figline suben hacia la cima desnuda y solitaria del Spazzavento. Los pinares de Galceti echan humo como si las cuevas de Monteferrato vomitasen llamas. Los leñadores y los alfareros oyen los martillazos sobre los yunques subterráneos, y se refugian en sus casas iluminadas por los resplandores de los cántaros de cobre. En los viñedos del llano, el viento pasa silbando por los cañaverales y modula gemidos que parecen humanos. Los espejos se

empañan y los bueyes en los establos despiden un aliento denso que huele fuertemente a azufre. La leche apenas ordeñada se cuaja en los cubos; el agua del pozo se enturbia. Quien se asoma entonces a los remansos del Rianocci y del Riabuti, ve las estrellas subir en formación, brotando poco a poco del fondo sombrío como de un cielo profundísimo. Las piedras se hunden sin ruido en el agua y las ovejas sedientas balan con furia, apartando el hocico del espejo inmóvil que parece de cristal.

La hierba tiene extraños reflejos purpúreos, inmensas vorágines se forman en el cielo. Las fuentes de la Sacca, del Poggio dei Fossino, de Santa Lucía, del Palco di Filettole se secan de repente como enjugadas por un gran fuego interior. Los pastores y montañeses levantan el rostro hacia el Spazzavento y las mujeres se sientan en círculo en la cocina recitando el rosario, mientras el aceite gotea de los candiles suspendidos como si la casa temblase. En el cielo claro de la parte de Poggio a Caiano, relámpagos azules buscan los campanarios por entre la verdura; «oscila la tierra», dicen los viejos. Y parece que de un momento a otro una voz potente tenga que elevarse del valle del Bisenzio para pronunciar las palabras que nadie hubiera querido oír en vida. Los animales tienen extrañas voces, los pájaros caen pesadamente entre los surcos y quedan allí temblando, desplumados e hinchados, bajo el vuelo rápido de los murciélagos. Los leñadores se apresuran a tirar sus podaderas y a huir de la selva para no oír los lamentos que lanzan las ramas cortadas; tienen miedo de que el hierro se haya manchado de sangre.

¡Sabiduría de los grandes duques! Aquellos tíos de América que estaban en su casa en el Palacio Pitti no pueden imaginarlos sino coronados de pelucas cayendo sobre los hombros, como sauces llorones, y ricitos estrambóticos sobre unas frentes blancas surcadas de arrugas. Seguramente las debió dibujar Bernini, aquellas arrugas que formaban pliegues como los de un vestido de raso, y Magalotti debió contarlas también una por una, atento como estaba siempre a los secretos de la Naturaleza y a las ventajas de la administración granducal. Las bocas anchas tienen labios gruesos que parecen arrollados bajo la nariz y por la fosa de la barbilla, como en las máscaras barrocas. Los ojos parecen lacados, muy abiertos sobre la gracia de los jardines toscanos y los rostros serviles de los cortesanos florentinos; y las orejas abiertas a los rumores, a los susurros, a la malignidad, a las alabanzas, a las palabras discretas, a los discursos académicos y a las historietas maliciosas; y de lejos parecen conchas incrustadas en cabezas de alabastro, conchas en las que el agua del Amo produce un zumbido como de mar. ¡Paternales grandes duques, que han reinado siempre sobre los rincones de Toscana, salvo sobre la tierra de Prato!

Por mucho que vuelva atrás, por mucho que explore el campo pratense y los caminos de mi ciudad, los años polvorientos y grises de la nostalgia cuerda y amanerada de los Medici y los Lorena, y las crónicas familiares de mis conciudadanos, no consigo ver nunca despuntar por encima del Stradone de Cocciano o en lo alto de la Via dei Tintori, de la Volta dei Cappuccini al ángulo del Poder Murato, o bajo el arco de la Porta Santa Trinitá, aquellos queridos pelucones rizaditos y abundantes que entonan tan bien, por otra parte, con la felicidad del país toscano, con la piedra reluciente de la casa de Lucca o con aquella, amarillenta, de los palacios de Siena; con la noble curva del Casentino o con los reflejos de seda del cielo pisano. Pero si bien los grandes duques no eran pratenses, y las pocas veces que vinieron a Prato en carroza de gala no nos dejaron más que promesas que mantener, deudas que pagar y luces que extinguir, debemos estar agradecidos a su prudencia.

Aquello que a primera vista podría aparecer, en la gracia de esta privilegiada parte de la Toscana, sólo un artificio de la fantasía arcaica de algún jardinero granducal preocupado de componer con los ríos, los árboles, las lomas, las iglesias y las villas, un placentero engaño escénico para la consabida comedia de Melibea, de Tiriro y de Aminta, no puede ser, pensándolo bien, más que una pacientísima invención de la paternal política de los grandes duques. Aquel aire de humanidad y de familiaridad, aquella manera hogareña de cortar las viñas y alinear los cipreses son, sin duda, los signos de un arte que, sin la menor duda, sirve para ocultar algo.

Si la infernal naturaleza de nuestra tierra se nos apareciese de repente tal cual es bajo la máscara de los artificios, ninguno de nosotros, toscanos, consentiría vivir todavía en estos lugares; el pueblo pegaría fuego a las casas y buscaría refugio en climas más serenos. Volveríamos a ver el desierto donde ahora hay villas y jardines, y marismas donde hoy hay iglesias y palacios. Los valles se llenarían de humo, los terrones de tierra reaparecerían amarillos de azufre, y el genio familiar de los etruscos, el muchacho maestro de los toscanos antiguos y modernos, volvería a andar errante por el país narrando en voz alta —inútil profeta— historias de los troyanos, de Fiésole y de Roma.

HOY SE VUELA

Un domingo por la mañana en que había ido a Florencia con Bino Binazzi, para asistir a las proezas del aviador Manissero, que aquel día en el Campo de Marte revelaba a los florentinos el arte de Dédalo, y las locura de Ícaro, las calles se me aparecieron festivamente atravesadas por tiras de tela blanca, en las que en grandes letras rojas había escrito: «Hoy se vuela.» Las había en Via Cerretani, en Via Cavour, en Via Calzaioli, en los Lungarni; y me acuerdo de una, inmensa, atravesando el Arno de orilla a orilla, cerca del Ponte alle Grazie, con un «Hoy se vuela» enorme, a bastante altura, reflejándose en el agua amarillenta como el famoso *In hoc signo vinces* sobre Ponte Milvio.

Esperaba que de un momento a otro toda Florencia remontase alegremente el vuelo por entre las nubes como un globo, con sus torres, sus campanarios, sus tejados rojos, las estatuas, los sombreros de copa de los cocheros de punto y su gran cúpula flotante. Los florentinos escrutaban el cielo asomados a las ventanas, a las puertas, al umbral de las tiendas para ver de qué parte soplaba el viento y husmear si traía olor de lluvia o de sereno. El terror de todo el mundo era la tramontana o viento bolones, bastante más feroz enemigo del «Hoy se vuela», que el siroco, llamado también viento *empolés*, o el petrarquesco gregal, que sopla de Arezzo, o el ventarrón pistoiense, todo él caricias del *dolce stil nuovo*, el mismo que respiran las baladas de Cino.

Afortunadamente, el cielo aquella mañana era puro, el aire seco, en los árboles del Campo de Marte no se movía una hoja y los perfiles de las colinas parecían grabados en vidrio, tan netos y cortantes eran. «Verás cómo hoy se vuela de veras», me dijo Binazzi sonriendo. Aquel «hoy se vuela», se había convertido en una especie de proverbio popular, una locución en boga en los labios de todos los florentinos, quiero decir de los de Palazzolo, de San Frediani, de San Lorenzo, de Santa Croce... Un dicho popular que salía de la boca a cada ocasión, un comentario a la crónica menuda, sentencia galante y burlesca; por una pajita que el viento hacía rodar por el pavimento, por un paraguas que el viento arrancaba al doblar una esquina, por una falda que se agarraba a las rodillas o restallaba como una bandera en torno a los muslos de una muchacha... En aquellos tiempos las mujeres solían llevar unos sombreros enormes, tan anchos como estrechas

eran las faldas con el *entravé* o, como decían los puristas de la lengua, faldas con «estorbo». Entre los innumerables pretextos a las bromas de los pilletes florentinos, aquella estrafalaria indumentaria era la preferida. Y de los tiempos de los primeros aeroplanos, de aquella edad remota y feliz, las alas de aquellos inmensos sombreros y aquel «hoy se vuela» me han quedado grabados en el corazón como las alas de mis primeros sueños, como el epígrafe bonachón y malicioso de mi adolescencia.

Fuimos, pues, al Campo de Marte; ya Manissero se había instalado en el asiento del aparato (extraño artefacto hecho de cañas entrecruzadas y tela que parecía papel, con un motorcito que recordaba un grueso moscardón clavado con una aguja detrás de la espalda del aviador), la inmensa muchedumbre aguantaba ya la respiración en espera del milagro, cuando la hierba del prado empezó a doblar la cabeza, las hojas de los árboles se movieron, ciertas nubecitas blancas apuntaron por encima de Monte Morello y los sombreros de las señoras agitaron cómicamente las alas sobre la armazón de los moños rellenos de crepé y de las trenzas postizas. Ante aquel céfiro inesperado, ante aquella aura inoportuna, Manissero saltó del asiento, hizo un gesto amistoso al público con la mano enguantada, se quitó con gran esfuerzo el gran yelmo bárbaro, y en lo alto de las tribunas apareció una tira de tela con el rótulo: «A causa de la incertidumbre del tiempo, hoy no se vuela.» El tiempo no podía ser más cierto que aquel día; era un magnífico día de primavera, el paraíso sobre la tierra. Pero existía aquel delicado céfiro, aquel soplo suave, aquella aura perfumada que venía a aguar la fiesta.

Regresé a Prato con el corazón dolorido y durante algunos días estuve mudo y abatido. Pero el jueves por la mañana empezó afortunadamente a correr por los pasillos del «Colegio Cicognani» la voz de que el domingo siguiente, si el tiempo se había finalmente calmado, Manissero intentaría un raid de Florencia a Prato, algo así como treinta kilómetros entre ida y vuelta. Una verdadera locura. A partir del sábado todas las calles de Prato —Via Magnolfi, el Gorso, Via delle Oche, Via Agriuolo Firenzuola— aparecieron atravesadas por grandes tiras con el fatídico «hoy se vuela», y el domingo, hacia mediodía, una riada de gentes invadió la ciudad por sus cinco puertas. Venían del valle del Bisenzio, de Montemurlo, de Galciana, de Aiola, de Val de la Marina. A las tres, la plaza del Duomo y el Mercatale estaban llenos hasta los tejados de una muchedumbre aulladora, con la nariz al aire y la frente pálida, bañada en sudor. Yo estaba con el «Colegio Cicognani» en medio de un grupo tembloroso de colegiales, refrenados en sus expansiones por la mirada severa del director Giorgi, y las órdenes en voz baja de los profesores. Por todas partes se oía pronunciar una palabra nueva, *el velivolo*, *el velivolo*, que parecía demasiado delicada para aquellos labios hinchados de los campesinos estupefactos. La palabra acuñada por D'Annunzio aquellos días estaba todavía fresca, sabía aún a barniz, y en la boca era tan dulce como un caramelo de menta. El vocerío era inmenso, pero no lo suficiente para ahogar la voz, junto a mí, de Lanino, que husmeaba el aire y decía: «El viento, por lo visto, se calla», y la de Cario Fontana, que declamaba: «*Nunc est volandum nunc pede libero pulsanda...*», pero se callaba a tiempo, porque le parecía de mal agüero hablar de *pulsanda tellus*, a propósito de un hombre volando.

De repente, un ala blanca apareció en el cielo por encima de Campi Bisenzio; el pájaro de cañas y papel se agrandó, se acercó y se situó sobre la plaza del Duomo. Un aullido, un aullido solo, un aullido inmenso, más de miedo que de alegría, resonó; después un súbito silencio, un silencio lleno de angustia, Manissero estaba quizás a doscientos metros de altura y parecía un milagro. Un milagro, no que volase, sino que volase precisamente sobre Prato, en aquel cielo pratense virgen que hasta aquel día sólo

los aguiluchos habían mancillado. Mientras se trataba de volar por el cielo de Florencia, la cosa era más que justa; ciertos hechos, en Florencia, se comprenden, son legítimos, están dentro de la lógica de la Historia. ¡Pero en Prato! ¿En Prato, donde durante tantos siglos no había ocurrido ningún milagro, ni en el cielo ni en la tierra, especialmente en el cielo? ¿En Prato, donde parecía que no debía ocurrir ya nunca más nada milagroso, encogidos como estábamos desde tantos siglos entre la soberbia Florencia y los celos de Pistoia, sacrificados, reducidos a hacer de parientes pobres, expoliados no ya de todo lo que poseíamos, lo cual hubiera causado poco mal, sino de todo lo que hubiéramos querido tener? Y he aquí que Manissero volaba sobre nuestro cielo, sobre aquel cielo desdeñado y envidiado, sobre aquel cielo pratense; y volaba, al parecer, mejor que en el cielo de Florencia, mejor que en cualquier otro cielo toscano. ¡Madre mía, qué momento! En cierto instante la muchedumbre había tenido la sospecha de que Manissero quería alejarse, avanzar volando hasta el cielo de Pistoia. ¡El cielo de Pistoia! Y todos habían detenido la respiración, se habían mantenido en equilibrio sobre una sola pierna, con el corazón suspendido en el aire. Muchos habían sacado las llaves de casa, otros preparaban ya los labios dispuestos a silbar ruidosamente a aquel pajarraco traidor. Pero el hombre volador giró de repente su vuelo, y después de una cómoda vuelta sobre la ciudad se alejó en dirección a Florencia.

¡Qué aullido fue aquél! El júbilo de los pratenses estalló como una mina. Es verdaderamente el caso de decir que todos, aquel día, tocamos el cielo con las manos. Yo no comprendía ya nada, me sentía pratense hasta los huesos, orgulloso de mi tierra y de mi cielo, sobre todo de mi cielo. Al llegar a casa me encerré en mi habitación y empecé a declamar la oda de Vincenzo Monti, *Al Signor di Montgolfier*: «Cuando Jasón del Palio...» Me parecía tener fiebre, me acerqué a la ventana, miré el cielo ya oscuro y pensé que Monti era bastante más grande que Dante, que Ariosto, más grande incluso que Sem Benelli, pese a que Sem Benelli es pratense. La nave de Jasón, el seno de Teti, la «montgolfiera» de Robert, como la llama Monti por razón de metro, el *velivolo* de Manissero, las hijas de Dórida, Neptuno, que de estupor deja caer las bridas a los verdes alípedos, se confundían en mi mente con la multitud aulladora de los pratenses que gritaban: «¡Aplaudes, Prato asombrada, la nave voladora!» La invocación al admirable arte de Sthallio y de Black irrumpía de mis labios y volviéndome hacia la potencia química exclamaba: «¡Parece, osado cínico a quien llama el frenesí!» Me imaginaba a Manissero lanzando acres miradas al interior de las vísceras de los cuerpos y poniendo tregua al furor de las roncas hipótesis; también yo lo invocaba llamándolo cadáver humano que franqueaba el reino de las tempestades y subía a violar las vías desiertas del cielo. Veía las más remotas estrellas aproximar sus tímidas llamas virginales a su *velivolo* de cañas y papel. ¡Gloria a ti, Manissero; ya tu audaz ejemplo a los más reacios convence, ya cien globos ascienden a la conquista del cielo! ¿Qué más te queda?, le preguntaba. Quebrar incluso a la muerte su dardo y libar con Júpiter el néctar en el cielo.

Cansado finalmente de repetir la oda *Al signor di Montgolfier*, me metí bajo las sábanas declamando la *Iliada* en la traducción de Monti, aquellos versos en los que los aqueos se acercan feroces a los muros y los troyanos, derribadas las puertas, se disponen a rechazar el asalto. Hasta que me venció el sueño; soñé que el ejército aqueo, llegado a los muros de Ilion (que me parecían, de lejos, los muros de Prato), se detenía atónito ante la insólita vista de grandes tiras de tela blanca tendidas de torre a torre, donde, con grandes letras rojas, estaba escrito: «Hoy se vuela.» Y he aquí que, de repente, la ciudad de Príamo se destacaba lentamente de tierra, se lanzaba al aire con todas sus banderas al

viento y sus columnas de mármol, se alejaba volando por el cielo claro, oscilando levemente en la brisa que soplaba del mar.

Aquiles se lanzaba adelante gritando: «¡Deténte!», y tenía el acento pistoiense. Y el venerado Príamo, desde lo alto de la Porta Scea, le respondía con voz dulce, dulce: «Demasiado tarde.» La voz de los pratenses cuando emprenden el vuelo.

MILCIADES

Si tuviese que hacer el retrato de un toscano ejemplar, a la antigua, simple, sencillo, astuto, bonachón y prudente como sólo saben serlo los toscanos, haría el retrato de mi *balio*, el marido de mi nodriza, Milcíades Baldi, pratense. En realidad, en Prato, todos le llaman Mersíades, y podría decir que jamás un nombre de héroe griego ha estado mejor traducido al italiano. ¡Cuánto más humana, más familiar, nos aparecería la grandeza del vencedor del Maratón, su magnanimidad, su prudencia, si se hubiese llamado también Mersíades como mi *balio*! En la traducción latina e italiana de los nombres de los héroes griegos, el mismo carácter de aquellos personajes míticos parece suavizarse; se vuelve más simple, más cordial, más en armonía con nuestro clima, con nuestro genio, con la naturaleza familiar de nuestra historia y de nuestra civilización. Incluso en aquella deformación del acento en los nombres transpuestos del griego al latín hay un claro signo de nuestra más humana, casi diré doméstica, concepción del heroísmo. Y quizá sea por esto que no he podido pensar nunca en Milcíades, en su prudencia, en su bondad, si bondad puede llamarse la cordura de los antiguos, sin darle el nombre toscano, incluso pratense, de Mersíades, y sin imaginármelo tal como es mi *balio*, es decir, un hombre de corazón de oro, de modales quietos, de ojos honrados y serenos bajo una frente alta y pura.

Como ocurre a los más ilustres apellidos de Italia, que se encuentran con frecuencia en el pueblo, el de Baldi es noble y popular al mismo tiempo. Entre las antiguas familias de Prato, al lado de los Dagomari y los Guazzalotri, figuran los conde Baldi de Verni, señores de la Rocca di Cerbaia, en Val di Bisenzio, tan pronto amigos como enemigos de la terrible condesa Matilde de Canossa, de pía memoria, y no son ciertamente más antiguos que los Baldi campesinos, que desde hace novecientos años aran y siembran la llanura pratense entre el Bisenzio y el Ombrone.

Nueve siglos de tenaz fidelidad a una tierra en su origen ingrata, arenosa, hasta hace pocos años cubierta aquí y allá de pantanos entre Tavola y Aiolo y aún hoy avara con los avaros, y según las añadas, fangosa y polvorienta. En nueve siglos ningún Baldi había traicionado jamás su campo ni su sangre para probar fortuna con las armas o los negocios. Pero hacia finales del siglo pasado, cuando el fermento dejado en los ánimos del pueblo por las luchas por la libertad nacional engendró nuevos instintos en el pueblo italiano y un deseo de cambios y de aventuras, acudieron también a Prato grupos de campesinos atraídos por la esperanza de fáciles ganancias en las fábricas y oficinas. Entre ellos estaba Mersíades, que era un chiquillo; el primer Baldi, en nueve siglos, que traicionaba la tierra. Vino a la ciudad para poner una tienda, estuvo varios años de ayudante de un herrero, fue operario mecánico en la fábrica de tejidos de Campolmi, ganó, puestos de lado céntimo por céntimo, lo suficiente para comprarse un yunque, un fuelle y un pequeño torno de pedal, abrió el taller y empezó a trabajar por cuenta propia.

Durante cincuenta años ha enrojecido, batido, doblado, limado, torneado trozos de hierro, barras, planchas de cinc, en su negro antro delante de la Asistencia Pública; su taller estaba dentro de los muros, pero en cincuenta años no se ha decidido a poner casa

en la ciudad. Ha permanecido siempre fuera de puertas, primero en el Soccorso, después fuera de la Porta dei Serraglio, después fuera de la Porta Santa Trinitá. Y yo he crecido entre la familia de Mersíades, casi en el campo, entre las huertas de los suburbios, respirando desde mis primeros días el aire dulce y vivo del campo, el buen olor de tierra que Mersíades llevaba consigo, en la piel, en los bigotes, en el cabello, en las costuras de su traje de trabajo. Ni aun el hollín, la grasa, las limaduras de hierro y el polvo de carbón han conseguido jamás vencer aquel grato olor de hierba y de terruño.

Aunque más tarde llegó a ser un operario como todos, Mersíades había seguido siendo oscuramente fiel a su origen campesino, conservando intacto en su corazón su conocimiento de los mil pequeños secretos de aquella magia que hace madurar los cereales y crecer los árboles. Sabía cuándo conviene sembrar, y cuándo trasplantar las cebollas, las coles, las habichuelas, la lechuga, cuándo segar el heno, cuándo batir el trigo, cuándo trasvasar el vino nuevo. Conocía la influencia de la luna sobre los gusanos de seda, sobre los olivos y los tréboles, y el parentesco de los astros con la lluvia y la bonanza. Sabía hacer silbatos con una caña, cajitas con cáscaras de nuez, pelucas y vestidos de muñeca con las barbas y las hojas de maíz. Imitaba la voz de toda clase de pájaros, y, yendo los domingos de paseo hacia Filettole o Galceti, me decía: «Éste es un tordo, éste es un pinzón», y los pájaros le respondían y yo regresaba a casa feliz como si hubiese ido a pasear por el Paraíso.

Yo lo quería como a mi padre y él con toda seguridad me quería más que a sus cuatro hijos. Estaba celoso de todos, incluso de Eugenia, y apostaría a que sufría cuando aquella buena mujer, que ha sido para mí como una segunda madre, me daba el pecho. Debía maldecir el destino que no le había hecho nacer con un buen seno. De su cariño celoso y entusiasta tengo un recuerdo ligado a mi ingreso en el Parnaso. Tenía trece años. Sem Benelli, pratense como yo, había prometido venir a Prato para asistir a una representación de *La cena de las burlas*, y el Consistorio ciudadano, constituido para ofrecer toda clase de honores al poeta, me había elegido a mí para dar a Benelli el saludo de la juventud estudiosa del «Colegio Cicognani»; un saludo en verso, se entiende. Además de la representación de la Cena en el teatro «Metastasio», el programa de festejos comprendía una ceremonia oficial en el Ayuntamiento con muchos discursos, la declamación de mi lírica, y una disertación del poeta o, como lo llamaban los pratenses, «nuestro Semme». La sala estaba atestada de gente. Yo me encontraba en el palco de las autoridades, de pantalón corto, pálido, mortalmente impresionado. Los versos de mi poema me latían en las sienes y me sentía desvanecer de un momento a otro. Cuando Dios quiso me tocó a mí, y empecé a declamar:

*¡Oh, Patro, madre de tantos hijos
que, encerrada en el anillo de tus muros
que vieron a Cadorna y él rojo lirio...!*

y seguí llamando a Sam Benelli el «radiante faro de tan oscura noche». En la sala reinaba un silencio sepulcral; pero yo sentía en aquel silencio de tumba, yo solo, la respiración jadeante de Mersíades; lo buscaba con los ojos y no conseguía comprender en qué rincón se había ocultado para jadear y temblar de angustia. Cuando llegué al final y entoné:

*¡Oh, Benelli, de Prato eterno orgullo,
emblema de saber y de virtudes,
dulce señor de armonioso canto!
¡Oh, cantor mío, Maestro, te saludo!*

un huracán de aclamaciones y aplausos se levantó en la sala. Todo el Palacio del Ayuntamiento tembló sobre sus cimientos, me pareció que la tierra se abría, no me di cuenta siquiera de que Benelli me besaba y abrazaba, y no me serené hasta que se hubo restablecido un poco el silencio. Y he aquí que de repente, con un grito fortísimo, un hombre de anchos hombros, de rostro amoratado, de bigotes caídos y cabello enmarañado salió de la muchedumbre como lanzado por una catapulta, levantó los brazos y con voz estentórea gritó: «¡Lo he criado yo! ¡Le he dado de mamar yo!» Y el público en delirio le hizo coro con un aullido de orgullo materno.

Bino Binazzi, que estaba cerca de mí en el palco, me dijo más tarde que el grito de Mersíades le había recordado la imagen de un niño de teta suspendido al florido pecho de un obrero hercúleo, de cuello de toro y brazos de luchador. Y no me es desagradable la imagen, si no es falsa la idea que me hago de mí mismo. Soy también un Baldi, ya que la leche de la nodriza se convierte en sangre en las venas del niño. Debo a Mersíades, a su ejemplo, a sus enseñanzas, a la fábula de su vida, el lado sobrio y campesino de mi carácter. Le debo el ser hombre en un cierto sentido, el ser toscano en un cierto modo. La gramática que Mersíades me enseñó, se me ha revelado más tarde tanto más útil que la gramática que después aprendí en el «Cicognani». Y si no he dudado jamás de que el amor está en el principio de todas las cosas humanas, incluso en las más tristes, en las más malvadas, se lo debo a él, a su gran simplicidad de corazón, a su dignidad en la suerte y en la desgracia, a las melancólicas y duras experiencias de su vida decepcionada.

Ahora es viejo, pobre Mersíades; tiene ya cerca de sesenta años, pero sigue siendo hercúleo, un Hércules blanco. Ha pasado por muchas pruebas, ha tenido mucha desgracia, lo ha perdido todo, no le queda nada, ni torno ni yunque. De vez en cuando sale a los campos y mira la hierba, el trigo, las hileras de viñedos, las nubes plateadas de los olivos sobre las colinas, los huertos verdes de coles, y me dice en voz baja: «¡Qué lástima, qué lastima!» Ha tenido también, desde luego, sus buenos momentos, sus momentos de orgullo, de felicidad y de bienestar; pero no estaba hecho para tentar a la fortuna en la ciudad. Un día, acariciando con su mano callosa el tronco liso de un árbol, me dijo: «Es más fuerte que el hierro», y su voz tenía un acento de nostalgia, como si le doliese no haberlo plantado él, aquel árbol, no haberlo visto crecer año tras año, echar ramas, hojas, flores, frutos. Le dolía que aquel árbol no fuese obra suya, de sus manos. Ahora está siempre triste, pero su tristeza no viene de la edad, de los achaques, de los recuerdos, de las esperanzas perdidas. Nace de la sospecha de haber traicionado su vida, de haberse equivocado de camino. Lleva siempre en la boca una brizna de hierba o una ramita o una hojita tierna, como si esperase morir de un momento a otro y quisiera morir con el sabor de la tierra en la boca.

BAJO EL PUENTE DEL TAMESIS

Para conocer una ciudad es necesario penetrar en su sangre, meterse en barca por su vena principal, Rhin, Vístula, Moscova, Tíber, Sena, Danubio, Támesis... Este Londres invernal tiene una sangre amarillenta, densa, iluminada por manchas de aceite orladas de rojo de orilla a orilla; vivas y volubles pasan corrientes de color de herrumbre, río en el río. Una leve neblina verde, que donde se fija se vuelve blanca, levanta el puente de Putney, y los arcos, cortados en medio del aire, parecen de vidrio, se abren ligeros y transparentes sobre el fondo gris opaco del cielo. Es mediodía, la hora de la marea baja. Londres se desangra, toda su savia corre rápida hacia la desembocadura. Dos veces al día, en el juego alterno de las mareas, la onda atlántica entra impetuosa en el Támesis,

remonta su curso durante cincuenta millas abriéndose paso por entre la corriente de agua dulce, rizándose hacia atrás, como las virutas al paso del cepillo, hasta que el mar asoma la boca a la desembocadura y vuelve a chupar el agua salada que se precipita valle abajo borboteando espumosa. En el centro del río el reflujó excava un hoyo profundo donde el agua forma un remanso que avanza veloz y recto; poco a poco reaparece la ancha espalda de los diques, hace poco llenos hasta los bordes; emergen los pilares de los puentes, los arcos se alejan del agua y se hunden en el cielo; se abre a los ojos un aéreo juego de perspectivas, una ondulación de planos en lontananza, una variación de sombras y de luces. De vez en cuando, si el mar aparta sus labios de la boca del río para tomar aliento, el reflujó modera su ímpetu; después la onda espumosa vuelve a huir más veloz, inmensos remansos amarillos se abren en medio del río y corren rodando de una a otra orilla.

Hemos subido hasta Putney Bridge, entre la iglesia de Fulham y la de Putney. Aquí las orillas del Támesis tienen un aspecto más agreste; los árboles del parque del obispo de Londres se inclinan sobre el espejo opaco por el que circulan, formando cortejo, familias de ánades ceremoniosos. «¿Vámonos?», grita Cecil Sprigge en medio del ruido del motor. La lancha motora arranca, se acerca a la orilla de Fulham y enfila el arco mediano de Putney. En la orilla izquierda, en medio del verde sucio de los campos de polo y de tenis, el «Hurlingham Club», con sus columnitas dóricas de yeso ahumado, parece un pequeño templo de la Arcadia dedicado a los amores de Sir Dafnis y Lady Sloe. La *Iliada* de los ingleses es toda así; oprimida por oscuras nubes, sumergidas en una niebla amarilla, ennegrecida por el humo de un eterno incendio. La *Iliada* traducida al inglés debe de estar llena de héroes fuliginosos, de columnatas blanqueantes sobre el fondo negruzco de un suburbio de Londres. ¡Oh, Ilion, ciudad de ultra Mancha! *Est in conspectu Britannia, notissima fama insula*. Un vuelo de gaviotas nos acompaña rozando el agua con sus alas abiertas; pero ya el puente de Wandworth se nos echa encima; las gaviotas apoyan un momento el vientre sobre el agua, se lanzan fuera del arco, se disparan hacia el viaducto del «West London Extensión Railway», se detienen de improviso y vuelven atrás saludándonos con un grito ronco, mientras la lancha desaparece entre las pilastras de hierro, desemboca frente a los negros basamentos de las fábricas de Battersea, frente a la selva de cúpulas dominada por las cuatro enormes chimeneas, pesadas como torres, de la «Central Eléctrica». Un olor graso de pez satura el aire; el agua enrojecida de herrumbre, borbotea y se cuaja.

En la orilla opuesta, frente a Battersea coronada de chimeneas y envuelta en una nube de humo, casi como un san Gimignano presa de las llamas, se alinean las casas de Chelsea, lindas, modestas y acogedoras. «¡Fíjese! —me dice Cecil—, aquello es el Cheyne Walk y más allá la iglesia de Chelsea.» Entre el puente de Battersea y el inmenso trapecio suspendido del Albert Bridge desfila delante de mis ojos el Parnaso de los tiempos de los primeros tres Jorges, el Montmartre de la época victoriana, el suburbio ateniense de Londres querido del alma de Tomás Moro y de Hans Sloane, de Jorge Elliot y del conde d'Orsay, de Dante Gabriel Rosetti y de Swinburne, de Whistler y de Sargent. ¡Adiós, casa tranquila en la que murió Turner; adiós, tibia cima del Cheyne Row, donde Tennyson y Carlyle se reunían cada día para fumar la pipa; adiós, jardincillo verde donde reposa *Nerón*, el romántico perro de la señora Carlyle! Desgraciadamente, la lancha avanza recta y feliz, el Parnaso londinense ha quedado ya muy atrás; por entre las casas de ladrillos aparece la columnata dórida del «Chelsea Hospital», dibujado por Wren, arquitecto de la catedral de San Pablo.

El puente de Chelsea se aleja, sobre nuestras cabezas se abre el arco de Wauxhail Bridge (¡Oh, ángeles, jovencitas de la cabeza de cisne, oh monstruosos nocturnos de

William Blake, allá, sobre la orilla izquierda, en la «Tate Gallery»!), y he aquí el puente de Lambeth. La niebla se alza de repente como una cortina, y la clásica visión del turbio Támesis corriendo entre el Palacio de Westminster y el «Hospital de Santo Tomás», se me aparece iluminada al sesgo por el disco opaco del sol que gira entre las agujas y los tejados, se envuelve en velos de púrpura y desaparece, de cuando en cuando, detrás de los bastidores de densos nimbos de humo. Una luz verde y amarilla revela las manchas de sombra en el juego de incrustaciones marmóreas, libera del peso de la piedra los gestos de las estatuas de la fachada del Parlamento, mueve sobre el fondo gris del cielo los negros pinchos del palacio y el curvado perfil del puente de Waterloo. Girándulas de gaviotas encienden de blancos reflejos la columnata del palacio del Condado, los rojos tejados de Scotland Yard y la clara piedra de «Somerset House».

La otra noche cenaba yo con Tristán Edwards, que ha dedicado al arquitecto de «Somerset House», Sir Williams Chambers, una monografía apasionada y sincera, en la cual, de vez en cuando, asoman los nombres de Miguel Ángel, Palladio, Bernini, Perrault, Mansard, antepasados lejanos de casi toda la obra de Chambers. Era un hombre extraño y ambicioso, este Sir Williams, que trajo de China la famosa pagoda del Kew Gardens, de Italia y de Francia la entrada al parque de Blenheim, y de Wilton, los templetos y la Orangería del Kew Gardens, la Town Hall de Woodstock y el célebre Albany de Piccadilly. «De Roma —me decía Tristán Edwards, también feliz arquitecto y enamorado de los clásicos— Sir Williams Chambers trajo *the grandeur that was Rome*, y de Portland la bella piedra clara que da aquella dulzura a la visión romana de "Somerset House".» ¡Noble piedra, la del palacio de Somerset, luminosa en su contraste con la masa oscura del Temple, barrio de «solicitors» y leguleyos, dominado por los techos medievales en punta y las torres redondas encapuchadas a la normanda!

Apenas desembocamos del Blackfriars Bridge o Puente de los Frailes Negros, veo levantarse lejana, sobre la orilla izquierda, alzándose sobre un tempestuoso mar de tejas oscuras, la cúpula de la catedral de San Pablo, hija mayor de Sir Cristóbal Wren y cuñada de la de San Pedro, pero cuñada a la inglesa. Además, Sir Cristóbal, arquitecto de alta fama, no tenía toda la culpa de no saber pronunciar bien el nombre de Miguel Ángel. En sus *Remarques sur l'Angleterre*, Taine llega incluso a censurar a Wren el revoque negruzco del pórtico inferior, sin pensar que el célebre arquitecto no es ciertamente responsable del hollín londinense. Pero la vista reposa feliz sobre la cúpula osada y vasta que el sol hierde de una manera oblicua con reflejos de cobre. Un rumor sordo, un corte de sombra en los ojos; estamos en el puente de Southwark. Desde lo alto me saluda el león «settecentesco» de la «Barclay & Perkin's Brewery», una de las más antiguas fábricas de cerveza entre las más renombradas de Londres, que se eleva donde en un tiempo hubo el teatro de Shakespeare, el «Teatro del Globo». Todo el barrio que se extiende sobre la orilla derecha, entre el Blackfriars Bridge y el London Bridge, es sagrado para las letras, las artes y las costumbres del siglo de Isabel; allí se celebraban, en el «Horpe Theatre», los combates de osos; allí estaba la «Taberna del Halcón», allí el «Rose Theatre»; allí abajo, de un extremo a otro de la Bankside, viven los lugares y los recuerdos de Shakespeare, de Beaumont, de John Fletcher, de Massinger, de Greene. Entre la Zoar Street y la Summer Street está todavía la capilla donde predicaba John Bunyan. «Dejad tranquilo a John Bunyan —me grita Cecil Sprigge mientras pasamos bajo el London Bridge—; mirad allí, mejor. Allí está la City y, más lejos, la Torre de Londres.»

Una nube verdosa que por momentos parece un prado boca abajo, tiñe de reflejos de hierba el gran pentágono de muros y de torres que dominan el centro de la White Tower,

la Torre Blanca. La piedra es lisa y clara, el aspecto de la famosa fortaleza (construida en la parte más baja de la ciudad, donde hasta el seiscientos la marea alta formaba en las orillas remansos fangosos y salados) es acogedor, diría, si no considerase que es mejor decir pacífico. Más que fortaleza y prisión, la Torre de Londres aparece a la vista como un refugio seguro y tranquilo para los inquietos y delirantes Plantagenet, para los fantasiosos Tudor, ardientes de fiebres perversas, para la conciencia opaca y suspicaz de los Estuardo. Pero el corazón tiembla al pensar en todos los horrores de que fueron testigos durante los siglos pasados aquellas torres de aspecto inocente, los vastos patios arbolados donde la hierba crece con dulce y casta melancolía, como en el patio de un colegio. La lancha corta como una hoja de afeitar la recta sombra del Tower Bridge suspendido por cables de acero a los torreones góticos queridos de la reina Victoria y de los discípulos de Ruskin. Ante nosotros, estupendo espectáculo, se abre el puerto de Londres, monstruosa vía de brea y alquitrán erizada de muelles y asaeteada por las proas.

Un cielo oscuro y violento, desgarrado por súbitos resplandores sanguinolentos, hierve sobre los *docks* humeantes, sobre la fuga interminable de los muelles, sobre los barcos lentos en remansos de espuma amarilla. Trenes de barcazas pasan con un estruendo de cadenas bajo el grito estridente de las gaviotas. La lancha se desliza rápida por entre las gabarras a la deriva, guiadas por el largo remo a popa que mujeres calzadas con altas botas, de cabello rojo, maniobran inclinadas y ceñudas. Bajos y achatados, los remolcadores de chimenea baja y ancha popa a flor de agua, resoplan y arrancan con su procesión de barcazas. Monstruoso Támesis. Alrededor de las bocas de los albañales, entre un muelle y otro, hombres lívidos, andrajosos, de rostros pálidos surcados por cicatrices de grasa y pez, hurgan con las manos en el tibio fango, metidos hasta las rodillas en la corriente espesa que mana de las cloacas. Todo el extenuado bajo fondo humano del East End se asoma lívido y descarnado sobre el horrendo río; los ojos iluminados por los dulces sueños del hambre ven las columnas de humo alzarse de los *docks*, ondular las banderas sobre el palo mayor, el agacharse y volverse a elevar de las grúas, girando, los sacos, los barriles, las cajas, balancearse en el aire, y naves y naves que bajan por el río cruzándose con naves y naves que suben del mar, aullando bajo la niebla...

Allá, en el fondo, donde el Támesis se tuerce, los Western y los Surrey Docks mandan irradiaciones de incendio. Millares de barcas, de gabarras, de veleros, de vapores, atados por el ronزال alrededor de la Dog's Island, respiran las nubes de humo inmóviles sobre los muelles del West India. Es un ulular de sirenas, un jadear de remolcadores, de toques de campana en el cielo oscuro que el crepúsculo lanza sobre el río. Y, de repente, aparecen las blancas columnas del «Royal Naval College», en el verde espacio del parque de Greenwich. Clara e invitante, la clásica arquitectura de Sir Cristóbal Wren abraza desde la orilla de Greenwich el tétrico horizonte de la Dog's Island, en la orilla opuesta, que va hundiéndose poco a poco en el lodo oscuro de la alta marea nocturna.

La hierba al pie de las columnas es dulce a los ojos, como a Orfeo salido del Infierno.

GUERRA EN FRANCIA

PETRARCA EN CAMISA ROJA

Mi primer conocimiento de Petrarca me lo representó pálido, delgado, febril, el frágil pecho sacudido por sollozos que parecían ataques de tos, las manos sudadas, las orejas de alabastro rosado, duras y transparentes, la nariz gruesa, los ojos húmedos con párpados verdosos. Un san Luisito enamorado, un poetita todo él caricias y suspiros y ojeadas tiernas y palabras de miel. Después, hacia los quince años, un viaje que hice a Arezzo me reveló un Petrarca alto, corpulento y afable, de barbilla hinchada, manos blancas y afiladas, algo entre el prelado de curia y el señor granducal, de boca redonda y sonrisa solemne. Una dulzura de cardenal, más que de poeta. Aquel Petrarca áulico y curialesco no me gustó, lo confieso, y lo traicioné con el Aretino, que era, si no otra cosa, un aretino en serio.

Mi conocimiento personal con el verdadero Francesco Petrarca lo trabé a los dieciséis años, en invierno de 1914, en Avignon, la noche que llegué allí en compañía de un centenar de voluntarios italianos que habíamos atravesado la frontera en pequeños grupos (yo había pasado por la montaña sobre Ventimiglia, solo, y todavía hoy me siento orgulloso de aquella hazaña) para alistarse en la legión garibaldina del Argona. Estábamos a principios de la guerra, Italia fingía dormir y yo, dentro de mí, no sabía aún si era un héroe o sencillamente un muchacho que se había escapado de casa. Hacía una noche fría y ventosa, una verdadera noche aviñonesa. Las calles aparecían desiertas y mal iluminadas, de un gris tétrico y sucio. Durante el largo trayecto en tren de Niza a Avignon no había hecho más que beber y cantar. Estábamos todos cansados, muertos, roncós y cojeando. Yo me notaba un poco de fiebre, la cabeza me daba vueltas y caminaba tambaleándome entre el profesor De Mohr y Giovannageli, si no recuerdo mal el nombre, voluntario milanés de catorce años, graso y gordo, que me daba la impresión de ser el garibaldino más joven del Argona.

Al frente de nuestro modesto cortejo marchaba la banda del Primer Regimiento de la Legión Extranjera formada por pífanos argelinos, y aquel ritmo saltarín, si no nos sostenía exactamente en pie, nos ayudaba por lo menos a estar despiertos. Para correr detrás de Garibaldi había desertado del «Colegio Cicognani» y de los bancos del Liceo; me sentía todavía cálido de estudios, y la idea de caminar por aquellas mismas calles de Avignon donde «entre dos ríos», el Ródano y el Durance, había aparecido al amante de Laura la amorosa visión de la cándida cierva de cuernos de oro en un prado verde, me reconciliaba con «Cicognini», con Petrarca y con Arezzo, despertando en mi corazón un sentimiento de arrepentida ternura, el dulce remordimiento del hijo pródigo que vuelve a la casa paterna. De Mohr, durante todo el viaje, no había hecho más que hablar de los papas, del cautiverio aviñonés, de Laura y de Petrarca, citando fechas, declamando versos, recordando lugares, personas, acontecimientos, mezclando la historia de la poesía a la historia de las empresas de los papas y de Garibaldi, de forma que, al final del viaje, «messer» Francesco había acabado apareciéndome como el Goffredo Mameli o el Luigi Mercantini de la corte papal de Avignon.

A medida que nos íbamos acercando a la Plaza del Reloj y que los muros del Palacio de los Papas, donde estaban los cuarteles de la Legión, aparecían al sesgo desnudos y lisos, me parecía ir penetrando, de rima en rima, de soneto en soneto, de canción en canción, en el clima ardiente y rarefacto del *Canzonere*. De Mohr andaba a mi lado perfectamente despierto y al ritmo de los pífanos argelinos, que repetían incansablemente el estribillo de la Legión Extranjera.

*Encore un carreau cassé
c'est la Légion qui passe...*

recitaba en voz alta el «*benedetto sia'l giorno e'l mese e'l anno*» y el «*sentó l'aura mia antica e i dolci colli*»; y yo sentía que aquélla era la verdadera patria de Petrarca, aquella la verdadera voz de la Italia lejana. Más que al ritmo de los pífanos yo caminaba a la cadencia de aquellos versos. Y a medida que nos acercábamos al Palacio de los Papas, el viento helado acababa de despertarme, y mi ternura filial se hacía más viva y más atenta, frente a aquella inmensa fachada desnuda y severa, y me pareció acercarme realmente a la casa de «messenger» Francesco.

Nos llevaron a dormir a una gran habitación situada en lo alto de una torre; y aquella noche, entre De Mohr y Giovannageli, me sentí como en familia, soñando con Petrarca y Laura y la cándida cierva, sobre el fondo de un verde prado. Durante los días siguientes, aquella primera impresión mía adquirió fuerza y dignidad, me parecía encontrarme realmente en casa del poeta; en aquel laberinto de escaleras y corredores, en aquellas habitaciones de bóvedas altísimas, en aquellos inmensos patios, me parecía tener que encontrar a cada paso al dueño de la casa dando el brazo a Laura. Así me acostumbé, poco a poco, a respirar y moverme en su sombra familiar; y las horas de cuartel, los ejercicios matutinos en las riberas del Ródano, los sueños mortales sobre los jergones de paja en la alta torre, se desarrollaban ahora bajo el signo del poeta, más que bajo el signo de Garibaldi.

En torno a De Mohr nos habíamos ido reuniendo uno a uno los más jóvenes de todos nosotros, la mayor parte estudiantes y obreros milaneses, entre los cuales el más noble de ánimo e ingenio era un compañero mío de escuadra, Vincenzo Rabolini, caído también en las trincheras. La disciplina a la cual nos sentíamos sometidos era más poética que militar. Y, verdaderamente, vivíamos en un clima poético; la guerra por la cual habíamos acudido a Francia quedaba lejos de nuestra mente y de nuestros sentimientos, porque sólo éramos soldados de una guerra, de la que el cruel Amor sostenía con el buen Petrarca. Y, día tras días, nos íbamos dando cuenta de que el espíritu garibaldino se iba debilitando en nosotros hasta el punto de que no hubiéramos podido ya decir si éramos voluntarios garibaldinos o voluntarios petrarquescos. Por la noche, De Mohr nos declamaba los versos más bellos del *Canzoniere*; pero los otros legionarios, que eran garibaldinos en serio y querían dormir, protestaban, silbaban, y las bellas rimas de alas ligeras acababan sucumbiendo bajo una lluvia de zapatos y cartucheras, bajo una tempestad de imprecaciones y amenazas.

El más encarnizado de los enemigos de Petrarca era un voluntario napolitano, un jovencito moreno y delgado que tenía el vicio de escribir sobre las paredes todo lo que le pasaba por la cabeza, y hacía profesión de fe anárquica con el mismo tono de voz con que hubiera dicho «estoy *enamorado* de Concettella». Era un napolitano de aquellos tétricos, afortunadamente bastante raros, de aspecto humilde y humor fantástico. Dormía con los ojos abiertos y seguramente soñaba ríos de sangre, de una sangre de color de salsa de tomate. Se llamaba Ruocco, y el solo nombre de Petrarca le producía un furor helado y verde. El sargento Podhus, un inglés de rostro picado de viruelas que estaba en la Legión Extranjera desde hacía sus buenos quince años y nos servía de instructor, sorprendía algunas veces durante sus rondas de inspección nuestras diatribas literarias y en el acto se arrojaba al centro de la lucha gritando: «*Pas de politique, pas de polittque!*» Y había acabado convenciéndose de que los petrarquistas eran gente sediciosa, carne de galera; nos la tenía jurada y estábamos en guardia.

Pero ¿qué pueden, seamos justos, las ordenanzas militares contra el *Canzoniere*? Cada rincón del palacio papal, cada esquina de las calles, cada piedra, cada arroyo, era

para nosotros pretexto de frases de maravilla, de descubrimientos y evocaciones conmovidas, de declamaciones de versos, y, para los demás, de lluvia de zapatos y gritos sediciosos. En cualquier sitio que nos encontrásemos, decíamos: «El Petrarca ha estado también aquí», y De Mohr tenía que ingeniarse para encontrar, si no a inventar el cómo y el cuándo. «Aquí ha estado también Petrarca» había llegado a ser ya proverbial, y los antipetrarquistas lo acogían con feroces aullidos y siniestras profecías. La tempestad estaba en el aire, y la sombra del sargento Podhus surgía amenazadora en el horizonte.

Una noche, poco antes del «silencio», De Mohr había empezado a declamar:

*Di mia morte mi pasco e vivo in fiamme
stranio cibo e mirabil salamandra*

cuando Ruocco se puso de pie como un poseído, levantando los brazos y gritando: «¡Viva Garibaldi! ¡Abajo Petrarca!» Aquello fue la señal del tumulto. Yo me arrojé sobre el anarquista, y, mientras estábamos agarrados como Hércules y Caco, me sentí de repente agarrado por el cuello. Me volví, tuve tiempo de adivinar el rostro de sargento Podhus, y, antes de que tuviese tiempo de darme cuenta de lo que ocurría, me encontré en la cárcel en compañía de Ruocco.

La celda era estrecha y baja, con paredes polvorientas tapizadas de frases amorosas, nombres de mujer, corazones atravesados por flechas. Dormí poco y mal; era la primera vez que me encontraba en la cárcel y el alba me sorprendió más contrariado que ofendido. Pero Ruocco parecía feliz. Una inusitada expresión de beatitud iluminaba su rostro negro y delgado. Tendido sobre el banco, con las manos detrás de la nuca, dormía con los ojos abiertos soñando seguramente en una revolución social parecida a una erupción del Vesubio durante una noche de Piedigrotta, lanzándome de vez en cuando de través una mirada de desprecio. Yo me moría de aburrimiento, bostezaba, no veía la hora de salir de aquella celda; y durante todo el día ni Ruocco me dirigió la palabra, ni yo di muestras de darme cuenta de su presencia.

A la caída de la tarde, mientras mi compañero estaba ocupado escribiendo algo en las paredes, entró de repente el sargento Podhus, y, sin abrir la boca, nos hizo signo de que nos marchásemos. Yo estaba contento de verme libre, pero Ruocco parecía sumamente contrariado de abandonar la prisión. Me arreglé, sin embargo, de forma que saliese antes que yo; franqueó el umbral arrastrando los pies; parecía que lo echasen del Paraíso Terrenal. Y apenas me hubo vuelto la espalda me acerqué a la pared para ver qué había escrito. Y leí estas felices palabras:

«Aquí, por lo menos, Petrarca no ha estado nunca.»

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Hacía dos días que habíamos dejado el campo de Mailly, en la Champagne Pouilleuse, con la orden de reunimos a marchas forzadas con el grupo de nuestras fuerzas de la Octava División, ya en marcha desde la selva del Argona hacia la montaña de Reims. Estábamos a primeros de junio de 1918; los alemanes habían roto el frente inglés en el Chemin-des-Dames, habiendo llegado al Marne entre Epernay y Chateau-Thierry. Hacía calor; densas nubes de polvo amarillento oscurecerían el horizonte; los pueblos, bajo aquella gloria del sol, de cereales de oro y de hojas verdes, parecían pobres, téticos, sucios de hollín. Más que el moho ennegrecido de tejados y paredes eran aquellos montones de paja y desperdicios delante de los portales, aquellas ventanas

y puertas abiertas, aquellas botellas rotas y sillas volcadas sobre el pavimento, aquellas cajas destripadas, camas deshechas, retratos sonrientes en las paredes, era todo aquel desorden, aquella suciedad, aquellos signos de huida, de orgía y de saqueo lo que daba a la vista una impresión de sombrío destrozo.

Los habitantes eran escasos: viejos, mujeres, chiquillos, sentados en el suelo o apoyados contra los marcos de las puertas, inmóviles y ausentes. El aspecto de la población era el de un lugar aterrado y humillado por la inminencia de un peligro inevitable. Se me ocurría pensar en algún terrible morbo, más que en una invasión enemiga. Se notaba que la peste estaba en el aire. Y aquel olor de cloaca, de vino y de lazareto, armonizaba mal con el esplendor dorado del sol y del trigo.

Ya desde la primera tarde se empezó a oír el rugido del cañón. Era como un bramar insistente, rabioso, sordo, como el golpear de un inmenso madero contra el polvoriento muro del horizonte. De vez en cuando, se encontraban desordenados convoyes de enfermos y heridos. Por las portezuelas de las ambulancias se asomaban rostros agotados y amarillentos: algunos, duros y como de madera; otros, blanduchos y deshechos; algunos, como si la sangre, con el calor, se hubiese coagulado, y en otros como si se hubiese convertido en agua. El cabello y los bigotes aparecían blancos de polvo, de aquel famoso polvo calcáreo de las trincheras de los alrededores de Reims, que sofocaba a los muertos y a los vivos como una máscara de yeso. Y modelados en yeso parecían los lóbulos de las orejas, las narices, la línea de la boca y de los ojos. Parecía que todos llevasen pelucas empolvadas como los soldados de Luis XV. Los pómulos rojos, relucientes de fiebre, formaban con todo aquel blanco un extraño contraste, como si estuviesen iluminados por la reverberación de un fuego vivo.

Pero aquellos en quienes aparecían con mayor fuerza los efectos de aquel gran fuego eran los negros, los tumefactos senegaleses del ejército de Mangin, de los que desbordaban las ambulancias. Parecía que el calor de la batalla los hubiese deshinchado como vejigas de manteca. El rostro, aquel horrible rostro simiesco, se había deshuesado y convertido en pulpa; los labios blancos brillaban siniestramente; los ojos tenían la expresión malvada e inquieta que tienen las cabras. A pesar de que se encontraban en Francia desde hacía ya un par de meses, nuestra infantería no se había acostumbrado aún a considerar a los negros como soldados aliados. Los miraba con recelo, como se mira a un ser extraño, animales nunca vistos. Sus modales grotescos, sus frases obscenas, aquella bestialidad ávida y refrenada, siempre dispuesta a la insidia, a la emboscada, a la revuelta, suscitaba en nuestros soldados una risa en la cual la repulsión vencía la curiosidad. A los italianos no les gustan los monstruos; desconfían de ellos, especialmente cuando tienen semblante de hombre.

La guerra suscita generalmente en los pueblos, incluso en los más civilizados, instintos bestiales, toda clase de sentimientos impuros; a excepción del pueblo italiano, que, en el campo de batalla, revela la parte más amable, más delicada, más transparente de su naturaleza. Es precisamente en la guerra donde el italiano se muestra más hombre, más humano. Su profunda y antigua humanidad, en el horror de la sangre y de la lucha se afina, se hace más sensible, adquiere conciencia de sí misma. Nuestra Infantería sentía oscuramente aue la presencia de aquellos salvajes, de aquellos monstruos en forma humana contaminaba aquel algo puro, justo y noble que había en el sufrimiento, en la muerte, en el sacrificio...

Habíamos pasado la primera noche en un pueblecillo abandonado cerca de la Fère-Champenoise, repartidos en las granjas, los establos y las habitaciones vacías. Había un

cielo claro, estrellado, inmenso, y se oía el continuo golpear del madero contra el muro opaco del horizonte. Por la mañana, al alba, habíamos reemprendido el camino; la Infantería apretaba el paso bajo el sol caliente y el canto de las alondras ponía una nota alegre y familiar en el aire. Y había, en verdad, en el aire una alegría serena, una promesa amorosa, una esperanza infantil. Los alemanes avanzaban por toda la línea, parecía que ninguna fuerza de este mundo pudiese detener el alud de sus batallones de asalto. Y, sin embargo, en aquella luz dorada, sonora, dulce y húmeda a los labios, se advertía un augurio de días mejores, algo como el presentimiento de un milagro. Se respiraba un aire de buenas noticias, *un air de dimanche*, como nos había dicho el cabo francés de la Cruz Roja ofreciéndonos un paquete de «Lucky Strike». Los cigarrillos «Lucky Strike», eran la vanguardia del Ejército americano. Su perfume pesado y mórbido invadía poco a poco Francia. Los periódicos estaban llenos del general Pershing y de sus auténticos sobrinos del Tío Sam. El grito de «¡Llegan los americanos!», corría de boca en boca, reavivaba ilusiones ya perdidas, abría las almas a la esperanzas. Nadie los había visto todavía, por lo menos en aquel sector, pero todo el mundo hablaba de ellos como de un invencible ejército de gente fresca y alegre, de jóvenes atletas de mandíbulas endurecidas por el «chewing-gum», de piernas y brazos llenos de músculos elásticos, de cabellos rubios, de ojos azules, todos ellos relucientes de cuero nuevo y crujiente, de metales pulidos, de botones y de hebillas de acero niquelado.

Más que las alambradas, la artillería gruesa, los carros armados o la táctica de Foch, lo que los aliados oponían a los alemanes era la esperanza de la próxima llegada de los americanos. Los soldados franceses que volvían de permiso contaban las bandas de fuertes muchachotes rosados diseminados por las calles de París bajo los acordes de las bandas que tocaban el *Over there* y el *Yankee Doodle* a la sombra de inmensas banderas de rayas y estrellas, entre dos hileras de mujeres congestionadas por el entusiasmo. En Burdeos, en Brest, en El Havre, millares y millares de naves volcaban sobre los muelles torrentes de muchachos jóvenes con uniformes caqui, y ancho sombrero a la cowboy, recién afeitados y perfumados de tabaco con melaza. La tierra de Francia resonaba bajo el paso cadencioso de aquellos batallones de jugadores de rugby y de fútbol que desfilaban en formación a los acordes de una música de fox-trott. ¡Llegaban los americanos! El grito resonaba de población en población, de trinchera en trinchera, como la pelota de un gigantesco partido de fútbol. Un algo deportivo se había mezclado en la guerra e incluso los franceses hablaban de los alemanes como si fuesen los medios de un equipo contrario.

Nuestra Infantería acogía aquellas buenas noticias, como noticias de casa, como si a cada uno de ellos estuviese a punto de llegarle un tío de América. ¿Y quién de todos ellos no tenía allá abajo un hermano, un cuñado, un primo, un pariente cualquiera? A los ojos de aquellos campesinos calabreses, napolitanos, sicilianos, que llevaban en la sangre el mito de la emigración, América aparecía como el país de los dientes blancos, de los rostros sonrosados, del cabello rubio, de los hombres gordos, ricos, poderosos... Y he aquí que en una inesperada revuelta de la carretera nos encontramos ante una población importante, Fère-Champenoise; una verdadera población, finalmente, con todas sus casas, sus tiendas, sus habitantes en orden, de voces sonoras y chiquillos alegres. De las ventanas pendían banderas estrelladas, las muchachas tenía una sonrisa nueva y feliz; en lontananza se oía una música marcial y briosa, una música joven, alegre y despreocupada. «¡Han llegado los americanos!», gritaban bandadas de chiquillos, locos de alegría. Habían llegado la noche anterior y ya habían conquistado el país. El grito mágico se difundió por la columna, un estremecimiento de alegre curiosidad pasó por

las filas, la Infantería formó de cuatro en fondo y realizamos nuestra entrada en aquel país feliz en orden perfecto, la cabeza alta, marcando con fuerza el paso con los tacones...

De repente desembocamos en una plaza, y en el fondo de la misma vimos una Compañía de soldados con uniforme caqui que nos daba la espalda. En el fondo sonaba una música militar detrás de un grupo de árboles, en el centro de un círculo de gente vestida de fiesta. Hacían la instrucción en orden estricto, se oían las órdenes de los oficiales en una lengua ronca y estridente. Un grito, y todas aquellas espaldas tuvieron una sacudida, otro grito y en todos los brazos un gesto, después otra orden más ronca, más imperativa, y de repente aquellos soldados giraron sobre sus talones, se volvieron, avanzaron a nuestro encuentro. ¡Los americanos! ¡Los americanos! Poco a poco, aquellos rostros iban tomando forma, un algo oscuro formaba una mancha extraña en lo alto del pecho, entre la garganta y la frente, algo reluciente, negro. Y a medida que los soldados avanzaban, aquella mancha negra iba haciéndose más visible, más brillante. Cuando estuvieron a un centenar de pasos, un estremecimiento de estupor recorrió las filas de nuestro batallón. ¡Aquellos soldados eran negros! ¡Los americanos eran negros! ¡Y qué negros! ¡Más oscuros, más tumefactos que los senegaleses de Mangin! Relucientes de sudor y de grasa, relucientes como metal bruñido. Y he aquí que se detienen y nos presentan armas. Y nosotros desfilamos delante de ellos, la cabeza vuelta, rígida, al «¡atención... izquierda!» Pero por el paso vacilante de la Infantería sentía que cada uno de los soldados había recibido como un puñetazo en el pecho, una gran decepción se había apoderado de ellos, un dorado sueño se había desvanecido en sus corazones.

¡Adiós, América! Salimos de la población, emprendemos la carretera y tomamos el paso de camino. Nadie cantaba ya. ¡Conque aquello era América, aquéllos, los americanos! ¡Eran negros también! Fijándose bien, incluso los pueblos de piel clara, quién más quién menos, bajo un punto de vista u otro, son todos negros. Había sido un sueño, un sueño dorado... El rugido del cañón seguía aproximándose, nubes de polvo amarillento se alzaban en el horizonte. Y la Infantería se encaminaba hacia el bosque de Bligny con el corazón encogido, con la amarga certidumbre de que se había consumado una nueva injusticia contra ellos, que aquella guerra en defensa de la civilización hubieran debido ganarla ellos, ellos solos, con sus brazos, sin la ayuda de nadie; ellos, que, en el fondo, entre aquellos franceses, aquellos ingleses y aquellos americanos que iban al encuentro de los alemanes, aquella dorada mañana de verano, eran los más puros, los más desinteresados, los más blancos de todos.

FIN DE UNA LARGA JORNADA

Hacia ya algunos días que habíamos perdido de vista a los franceses y a los ingleses, tragados por un valle frondoso que se hundía profundo a nuestra izquierda; sólo algún negro, de rostro ceniciento por el frío se obstinaba todavía en marchar en medio de nosotros por aquellos interminables bosques, bajo la helada y monótona llovizna que producía sobre el follaje un ruido de gusanos de seda sobre un lecho de hojitas de moral.

Habían desaparecido incluso los americanos, aquellos muchachotes desinfectados, blancos y rosados, bien vestidos, bien calzados y bien nutridos, que desde Sissonne habían empezado a dar fe de vida incluso entre nosotros y circulaban por entre la Infantería con la morbosa curiosidad y la petulancia de un ejército de turistas. Primero se oía un gran zumbido de motores lejanos, después acercarse poco a poco un vocerío confuso, y de repente los yanquis irrumpían a nuestra espalda al canto de su *Over there! Over there!*, sobre camiones pintados de amarillo, abanderados de franjas y estrellas. Nos saludaban festivos y en el acto empezaban a comprar chucherías, brazaletes, objetos de cobre, toda clase de *souvenirs de guerre*, como los llamaban ellos, y pagaban toda aquella extraña mercancía en género con saquitos de tabaco rubio, paquetes de «Camel» y de «Lucky Strike», papel de fumar, paquetes de té, goma para mascar, latas de tocino, de mermelada, de bizcochos, todo lo imaginable, es decir, lo que Wilson, el tío Sam y la YMCA expedían a Francia en barcos cargados hasta las escotillas. Nuestros soldados andaban locos detrás de los cigarrillos opiados, pero a todo el tabaco rubio preferían el té que, fumado en pipa, tenía, a su manera de sentir, el sabor del tabaco de Macedonia de antes de la guerra. Con los cascos achatados puestos de través, aquellos valientes muchachos americanos alargaban el cuello desde detrás de los troncos de los árboles para ver y descubrir a los alemanes, y formaban un círculo en torno a los muertos tendidos con sus largas piernas en los charcos, como si en la guerra un muerto fuese un espectáculo nunca visto. Después se marchaban como habían venido, con el zumbido de sus motores, cantando *Over there! Over there!*, y nosotros proseguíamos a pie, en silencio, por aquellos bosques húmedos, detrás de los alemanes, que se retiraban combatiendo, huidizos o rabiosos, y sostenían en las encrucijadas luchas furibundas, últimos esfuerzos en su desesperación de vencidos.

A nuestra derecha y nuestra izquierda los franceses y los ingleses avanzaban al mismo paso que nosotros. Aquello ya no era una guerra, sino una feroz caza del hombre, de matorral en matorral, de pantano en pantano. Habíamos dejado atrás, hacía ya tiempo, la zona de las trincheras. Ahora penetrábamos en la retaguardia enemiga y por todas partes aparecían signos de una salvaje destrucción, de un trágico abandono; camiones volcados, montones de hierro retorcido, cañones hundidos en las marismas, pilas de proyectiles, barracones humeantes, cadáveres tumbados en los fosos, carroñas destripadas, y caballos en fuga por los bosques; por las noches los oíamos galopar en la oscuridad lanzando agudos relinchos de hambre, entre un crujir precipitado del follaje. Aquellos relinchos, aquel galope por las tinieblas, y la lluvia monótona, el viento que azotaba la selva, los gritos de los heridos en la espesura de la maleza y el barro de los pantanos creaba en nuestro ánimo una tétrica aversión contra la Naturaleza, como si nuestra lucha fuese una lucha contra la Naturaleza y no una guerra entre los hombres. Y si no hubiese sido por los frecuentes y sangrientos encuentros con la retaguardia alemana en las encrucijadas defendidas con furia desesperada, nos hubiéramos creído dispersos por un país salvaje, en guerra contra fuerzas misteriosas e invencibles.

Los pueblos estaban llenos de heridos, enfermos y muertos. Un hedor horrendo saturaba el aire putrefacto. En los umbrales de las casas aparecían mujeres cubiertas de andrajos, pálidas y desencajadas, con el rostro lleno de costras, manos roídas por la roña, y chiquillos medio desnudos, lívidos y flacos, la piel manchada de rojo y de negro, la boca torcida por una mueca de hambre y de miedo. Todo el Norte de Francia era una espantosa ruina, un inmenso lazareto. El horror y la piedad nos estrujaban el corazón. Así seguíamos adelante, rendidos por la fatiga, sordos de sueño y de fiebre. Hasta que el diez de noviembre, hacia la tarde se alzó un grito entre los nuestros: «¡El Rhin! ¡El Rhin!» No era el Rhin, sino el Mosela, y por los mapas calculamos que se encontraba a algunos kilómetros al este de Rocroi, objetivo de la Tercera División italiana. Nosotros, los de la Octava, teníamos como objetivo el Mosela, y la noticia de que aquel río no era el Rhin, sino otro río francés, «otro Aisne», como decían los de Infantería con un estremecimiento de frío, nos quitó todas las esperanzas de un próximo fin de la guerra.

Las noticias de Italia habían causado gran alboroto entre los nuestros; la guerra italiana estaba ganada y el Ejército austríaco en derrota. Trento y Trieste, engalanados con banderas y en fiesta. Pero en Francia la guerra seguía y no se veía el final; hacía ya seis días que en Italia el cañón había enmudecido y nosotros andábamos todavía detrás de los alemanes sin saber hasta cuándo duraría aquella historia. Las pérdidas de aquellos días no parecían más dolorosas que nunca; se decía adiós al compañero con la voz conmovida, no se tenía siquiera tiempo de enterrarlos, tan furiosa era la caza por aquellos bosques. La muerte se encarnizaba con nosotros con verdadera rabia; incluso la *grippe espagnole* se nos echaba encima, y acababa de matar a traición a los que habían quedado de pie después de Bligny y el Chemin-des-Dames. La noche del diez al once la pasamos firmes al acecho en los bosques de la orilla del Mosela, y en la opuesta oíamos una armónica entonar aquella canción popular alemana: *Püppchen, du bist mein Augensterne...* Y el sonido emocionado del instrumento parecía venir de un mundo lejano, de una naturaleza desconocida; un sonido sin patria, parecía. De vez en cuando una descarga de fusilería se estrellaba contra los troncos de los árboles, o brillaba algún cohete rojo encendiendo el agua zumbaba entre los árboles como un inmenso enjambre de insectos.

Hacia las dos de la madrugada llegó un ciclista de batallón; reía sin parar, parecía que se hubiese vuelto loco: hacía tres horas que andaba buscándonos por la maleza, el armisticio estaba firmado; a las diez de la mañana, una vez hubiesen cesado las hostilidades, había la orden de atravesar el Mosela a mediodía sobre un puente de barcas, allá cerca, y seguir a los alemanes a una distancia de trescientos metros. Fue un delirio, se dispararon todos los cohetes de que disponíamos, parecían los fuegos artificiales de la fiesta de san Juan, se disparaba al aire alocadamente, muchos lloraban, incluso el coronel del Regimiento 52º de San Martino tenía los ojos enrojecidos, y tosía, y escupía, y andaba diciendo: «Muchachos, no bromeéis con las armas», y se reía como un niño. El alba nos sorprendió así, nadie había pegado un ojo; la orilla opuesta estaba silenciosa y desierta, incluso la armónica se había callado. Pero a las diez, como por encanto, salieron de la vegetación grupos de alemanes enfangados hasta el cuello y armados de punta en blanco. Se veía a los oficiales correr delante y atrás poniendo en fila a sus hombres; poco a poco se formaban las compañías se ordenaban delante de nuestros ojos, se ponían en marcha volviéndose de cuando en cuando para ver qué sucedía a sus espaldas. Entre nosotros todo era alboroto, un correr, un abrazarse, un gritar sin descanso. Formamos en columna, con la bandera del 52º, medalla de oro, en cabeza, pasamos el puente de barcas, y un soldado lombardo me dijo: «*Sciur tenent, che pecà che l'e minga el Piave!*», y seguimos detrás de los alemanes que se alejaban a buen

paso en perfecta formación, con los oficiales en la cola, que de vez en cuando se volvían para mirarnos.

Recorridos algunos kilómetros, un oficial se destacó del grupo y vino a nuestro encuentro agitando una mano; era delgado, pálido, con dos ojos grises veteados de verde que parecían enmohecidos. Venía a pedirnos comida para sus hombres; hacía tres días que no se llevaban nada a la boca, la vergüenza truncaba su voz. Sonreía tristemente, veía a los soldados tirar sobre una manta tendida en el suelo los medios panecillos, latas de carne, naranjas y trozos de queso. Los alemanes se habían detenido, algunos se acercaban a pasos lentos, como recelosos. El oficial cogió una naranja, la tuvo suspendida en la mano un instante, como si tuviese en el puño una pepita de oro, un pedazo de sol; se sonrojó, o quizá fuese el reflejo de la naranja lo que iluminó su rostro. Estaba turbado, su mano temblaba, hizo un gran saludo y se alejó con aquella naranja en la mano; parecía que la hubiese robado.

Aquel día se anduvo hasta la noche. Hicimos un alto en un pueblecillo abandonado y los soldados se distribuyeron por las casas vacías y en las granjas. La lluvia había cesado y soplaba un viento helado que hendía los huesos. Los alemanes habían acampado en una pequeña colina de enfrente; se veían sus sombras pasar por delante de las hogueras encendidas en la ladera; un grupo de estrellas verdosas brillaba sobre la colina como la explosión de un «schrappnell» helado en el aire. Montamos el servicio de vigilancia, los centinelas, las patrullas, y nos echamos a dormir sin comer, tan rotos estábamos de cansancio y de sueño. Yo no conseguía pegar ojo. Pensaba que había llegado ya al final de aquella jornada que duraba desde hacía cuatro años, y una gran tristeza me encogía el corazón. Adiós, adiós, decía entre mí; y era el último adiós a tantas cosas dolorosas y queridas, a todos los compañeros quedados atrás, tendidos en el barro, a tantas esperanzas y a tantos sufrimientos, a todas las cosas dulces y terribles de aquella interminable jornada...

«HOTEL JULES CÉSAR»

Orange

Poco después de Lyon, pasaba la confluencia del Ródano y del Saône, un viento fresco, leve y oliente a cipreses y laurel viene a mi encuentro, acariciándome el rostro. El paisaje se endulza tanto, poco a poco, que parece un viento italiano. Las líneas de los montes son mórbidas, los campos luminosos, las casas ordenadas y tranquilas, el cielo claro y redondo. Ya la hierba se anuncia más tierna, y los colores del aire varían de perfil en perfil, de eminencia en eminencia, de llano en llano, como en las telas de los sieneses y los umbríos. Y las ruinas romanas, que de vez en cuando se encuentran en las colinas y al entrar en la ciudad, sobre aquellos fondos de cielo no extrañan, aparecen familiares a los ojos y entonan de tal modo con los árboles, el trigo y las nubes, que se tiene la sensación de franquear el umbral de la prodigiosa región de la cual hablan los trovadores provenzales; patria común a italianos y franceses, tierra de reunión en la que la gracia latina y la gracia francesa son más hermanas que en la retórica de los poetas y los códices de las bibliotecas.

De la verde Escocia a la roja Provenza el trayecto es largo, y seguramente me hubiera aburrido viajando solo en auto por regiones y países que ya conozco y me son familiares como los caminos de casa (Europa es pequeña y va haciéndose más pequeña cada año, como una herida que va cicatrizándose, antigua y noble herida, esta querida Europa, de

la cual un día no quedará más que una gloriosa cicatriz en el flanco de la Tierra), seguramente me hubiera dormido doblando la cabeza sobre el volante, si al llegar a un cierto punto, cerca de Dover, sobre la alta orilla de la Mancha, no se me hubiese ocurrido la idea de rehacer al revés el camino de Julio César en su campaña por la conquista de las Galias.

Hay quien viaja fiándose del «Baedeker» o de la guía «Michelin» y quien de la brújula o las estrellas. Esta vez el itinerario de mi regreso a Italia, procedente de Inglaterra a través de Francia, lo he establecido basándome en los *Comentarii*, que son sin duda una fantasía más bien literaria, pero llena de sorpresas y cosas inesperadas. Si tengo que ponerme en manos de un piloto, es mejor fiarme de Julio César, que por lo menos es un viejo amigo de la familia, un pariente lejano, un hombre que conocía la geografía, y no escribía con el propósito de extraviar a sus sobrinos. El latín flaco y puntual *De Bello Gallico* tiene, sobre el lenguaje convencional de muchos historiadores modernos, esta grandísima ventaja; que no se presta a las especulaciones de las varias escuelas históricas y cuando dice «bárbaros» entiende decir bárbaros, cuando dice «romanos» quiere decir romanos.

Es, sin embargo, cierto que hoy, con la ayuda de la filología la arqueología y la topografía, incluso el latín de César corre el peligro de ser traducido a la jerga querida de Chauvin, que es, en fin de cuentas, una jerga patriótica, política, interesada y comprometedora. Que se trate de Ariovisto o de Vercingétorix, de los germanos o de los galos, la gloria de César, en este género de traducciones, se reduce a no ser más que un equívoco histórico. Según ciertos doctos extranjeros, la Historia antigua hay que rehacerla toda. «Hay que introducir en la Historiografía —parecen querer decir— un criterio de justicia.» Sí, de justicia distributiva. Y ya desde hace tiempo han empezado a acusar a Julio César de haber ganado demasiadas batallas, y a dividir equitativamente sus victorias entre él y sus adversarios. Sólo hoy, gracias a aquellos doctos académicos, se empieza a comprender quién quedó vencedor en la lucha entre César y Ariovisto, y cuál de los dos era el bárbaro, y si el Procónsul tenía razón o no de derrotar a Vercingétorix.

Tomemos, por ejemplo, lo que escribe del conquistador de las Galias el erudito Gamille Jullian, recientemente desaparecido; el más autorizado de todos los historiadores franceses sobre la Galia antigua, miembro de la Academia, profesor del «Collège de France», autor de una *Histoire de la Gaule*, de un *Vercingétorix* y de varios otros *Tableaux de la Gaule sous la domination romaine*; el más hábil, el más obstinado, el más científico de todos los denigradores del genio de César y del nombre de Roma. Es un historiador nacionalista, lo cual quiere decir que no es un historiador objetivo. Y es cosa de preguntarse hasta qué punto puede ser conveniente para la seriedad de la disciplina histórica gastar tanto ingenio, tanto estudio y tanta doctrina para tratar de demostrar que los galos, en tiempos de César, eran bastante más civilizados que los romanos y que el mismo César era un hombre mediocre, de sentimientos vulgares, una especie de levantino, en fin de cuentas, falso, insidioso y afortunado, pobre de genio y más pobre aún de sensibilidad histórica.

No se trata aquí de oponer César a Camille Jullian y los *Comentarii* a la *Historie de la Gaule*. Basta citar, de este último, algunas líneas en las que el gran historiador francés resume en una explosión de impaciencia, toda su doctrina en lo que tiene de más original e interesante, y las citaré sin traducirlas, para no quitarles nada de su tono irritado y categórico: *Qu'on ne me parle plus du génie latin, qu'on ne fasse pas de la France l'élève et l'héritière de ce génie. Elle est autre chose, et elle vaut mieux.* Todo

está aquí, no hay nada que añadir. Por fortuna (la diosa Fortuna ha salvado siempre a Roma y a los romanos de todas las calamidades), no todos los historiadores franceses son del parecer de Camille Jullian. ¿Quién no recuerda el modo simple y apacible con el cual Jacques de Bainville inicia el primer capítulo de su *Histoire de France*? ¿Y el júbilo de erudito y de artista, júbilo esencial en los humanistas de todos los tiempos y de todos los países, con el cual Carcopino habla de Roma y diluye la luz del Lacio en el encanto de su proa docta y elocuente?

Ya el otro día, en una playa británica cercana a Dover, entre Deal y Sandwich, donde la Décima Legión pisó por primera vez el suelo de la isla de Albión y afrontó a los bárbaros bretones pintados de azul (*omnes vero se Britanni vitro inficiunt, quod caeruleum efficit colorem*, dice el latín de los *Comentarii*), pensaba en aquel desembarco, en aquel primer contacto entre la civilización romana y la barbarie de los antiguos insulares, y en el cortés desprecio de los ingleses modernos por Julio César, aquel «capitán de Caballería» venido a revelar al mundo que ha habido un tiempo en que los ingleses no eran *gentlemen*. En el fondo, me decía, la razón secreta de su resentimiento contra la civilización de Roma, estriba toda en este punto; que la civilización latina es la unidad de medida, el metro, para establecer el grado de barbarie de los antiguos pueblos de Europa. Pero toda la naturaleza de estos resentimientos no es popular y espontánea: es burguesa, reflexiva, patriótica e interesada. Es un fenómeno de falsa cultura, de un mal entendido orgullo nacional, uno de tantos fenómenos propios de la clase media. El pueblo, especialmente en Francia, cuando habla de Roma y de César no manifiesta estúpidos rencores ni estúpidas vanidades, ni tan sólo aquella afectación retórica que los académicos latinizantes llaman «filial», sino un sentimiento más profundo y verdadero, aquella cosa mixta de complacencia y de celos que forma la sustancia de los afectos familiares. Un francés del pueblo, obrero o campesino, no sabe, o muy poco, de César, de Vercingétorix, de Ariovisto, de los eduos, de los senones, de los belovacos o del asedio de Gergovia, y contunde amigos y enemigos, defensores e invasores; no dice nunca «nosotros», o mejor aún, «los nuestros», para indicar a los galos, ni nunca «los romanos» para indicar a los conquistadores. Pero dice siempre «César» o «sus enemigos». Julio César, para este pueblo, lo es todo; es Roma y la Galia, las legiones y los secuaces de Vercingétorix. Si dice Roma, la gente entiende simplemente César. Y si preguntas, si insistes en saber quién era aquel César, la única respuesta que conseguirás es que era «un emperador romano que vino a Francia a combatir contra los germanos». Lo cual, después de todo, es verdad, por lo menos en un cierto sentido, en aquel sentido, precisamente, que toca más de cerca la existencia de la nación francesa. Ya que desde hace cerca de veinte siglos es pacífica, y muchos historiadores franceses reconocen abiertamente, aunque con retraso, que la conquista romana ha salvado las Galias de la invasión y de la servidumbre germánicas.

Anteayer estaba en el Alise-Sainte-Reine, al pie del monte Auxois, cerca de Semur, donde las viñas de la Borgoña cubren las pendientes donde estaba Alesia y el campamento romano. El breve asedio, la sangrienta lucha, la fuga y matanza de doscientos mil galos, la rendición de Vercingétorix llenaban mi corazón en tumulto y los ojos de rojos resplandores y caminaba bajo la canícula por los senderos pedregosos y las vides, contento de que ni una columna, ni un arco, ni un muro en ruinas turbasen mi evocación de los lugares y de la horrenda lucha. Me había hecho acompañar por un campesino, y, habiéndole preguntado si sabía algo de César y de Alesia, me respondió: «Los nuestros eran pocos, pero su general *était un as*. Se llamaba César y combatía siempre en primera línea, vestido de rojo.» Y es verdaderamente así, querido campesino borgoñón; durante el último asalto, cuando acudió en ayuda de Labieno al frente de un

puñado de hombres, sólo cuatro cohortes, y se lanzó a la desesperada contra el flanco de ciento veinte mil galos, César iba envuelto en su manto de púrpura. Lo cuenta él mismo y Camille Jullian lo confirma.

«Los nuestros», me dijo anteayer el campesino de Alesia para indicar los romanos. Y en este «nuestros» ha sentida la vecindad del Ródano y del Saóne, la proximidad de la Provenza, del país donde los romanos ya no son César, sino «los nuestros». En esta forma de reconocerse en las legiones está precisamente la diversidad entre la Provenza y el resto de Francia. Y aquí mismo he decidido quedarme esta noche, en Orange, mejor que en el país de los eduos, de los senones y de los secuanos o de los avernios. Aquí, en este suburbio de Roma, en estas tierras provenzales donde Roma vive en el pueblo, y la gente tiene el rostro, los gestos, el acento del Lacio, de la Emilia, de la Toscana, de la Liguria, maravillosa mezcla de sangre y dialectos, conmovedora presencia de la amabilidad latina en el círculo de un horizonte que parece hecho con aquel mismo aire y aquella misma luz que Plutarco juzgaba propicia a la locura de los dioses y a la cordura de los hombres.

Es domingo; las calles y las plazas de Orange están llenas de una población despreocupada, rumorosa y sonriente. Mañana iré a rondar por estos campos y estas poblaciones, tomaré el camino de Avignon, de Nimes, de Arlés y de Aix, iré a pasear con Julio César por las tierras y las ciudades de la romana Provincia. «¿Ha visto usted el Arco de Triunfo?», me pregunta el camarero, mientras mezcla sapientemente gota a gota el agua helada y el verde aroma del pernod. Lo he visto ya entrando en la ciudad, y me he parado incluso para acariciar las columnas, como lo hago siempre cuando paso por Orange; pero le contesto: «Todavía no, pero lo veré mañana por la mañana. Esperemos que no se va a derrumbar precisamente esta noche.» El camarero me mira sonriendo, y, con la voz Alegre, sonora y triunfante de los provenzales exclama: «¡Vuelva usted dentro de mil años y lo encontrará todavía en piel ¡Nuestro Arco lo hicieron los romanos!»

Arlés.

Cuando llegué a Arlés el cielo era negro, un cielo de pez, resquebrajado de cuando en cuando por resplandores lívidos. Los montes de Carpentras, el Ventoux predilecto de Petrarca, orlaban de rojo y amarillo el horizonte lejano como un antepecho inflamado de geranios y mazorcas. Nubes hinchadas de aguas marinas rodaban fragorosas hacia los pantanos de la Camarga. Aquel temporal suspendido, teñía el campo entre Tarascón y Arlés de un color melodramático, y en el aire había un tono patético, un tono de delito, de celos, de pasiones mortales y de sublime sacrificio, el clima de *Norma*, de *Lucía* o del *Trovador*. Pensaba detenerme en Tarascón, pero la inminencia del chubasco me había hecho seguir adelante. ¿Qué podía ir a buscar en la patria de Tartarín entre rayos y truenos? Tarascón hay que verlo con sol, cuando cada tarascones va de paseo con una cigarra agarrada a la nariz. Aquella bella manera de cantar que tanto gustaba a Mistral.

Pero un día u otro tendré que detenerme en la bella ciudad de Tartarín. Entre los varios deseos que pienso satisfacer antes de morirme figura el de pasar una noche, sólo una noche, en el «Grand Hôtel des Empereurs», que es, sin duda, después del castillo y la estatua de Jean de Cossa en la cripta de la iglesia de Santa Marta, el monumento del cual los tarasconeses están más orgullosos. El «Grand Hotel des Empereurs» es la octava maravilla de una ciudad que posee por lo menos una veintena; orgullo de todo un pueblo, jactancia de toda la Provenza. «Pero, ¿cuáles son los emperadores que han dormido en aquel hotel?», me detuve a preguntar. «¡Eh... todos!», me contestaron.

Todos, ni uno más ni uno menos. Es cosa sabida que los tarasconeses responden siempre así, y querer que sean más precisos es pedir peras al olmo. Adiós, Tarascón, capital del mundo; dentro de poco desaparecerás a mi espalda entre una nube de polvo, entre truenos y flechas, en el fondo de la llanura despeinada por el viento.

Mi primera idea, al entrar en Arlés, ha sido correr al circo romano. Hacía dieciocho años que no venía a saludar aquel pequeño Coliseo de la Provenza, y sentía un gran deseo de tenderme sobre sus graderías de piedra, entre los destellos de las lagartijas, bajo el vuelo veloz de las golondrinas que construyen sus nidos a lo largo de los arcos y alrededor de los capiteles. Pero apenas puse el pie bajo aquellas vueltas sonoras comenzó a llover, y al principio fue una serie de golpes sordos como de frutas maduras que caen sobre la hierba, después un redoblar precipitado de tambores, el clamor de una carga desesperada, el galope de los caballos en un campo de batalla. A cada gota se alzaba de la gradería una nubecita de polvo amarillo que quedaba suspendida, y al poco tiempo todo el anfiteatro desapareció en una nube oscura, osciló, pareció levantarse en el aire como un inmenso globo boca abajo. Un olor de establo y de carnicería se mezclaba al olor fangoso de la lluvia; el tufo acre de los toros que los domingos por la tarde, consagrados a las corridas, ofrecen al pueblo de Arlés el espectáculo de la muerte de un gladiador.

Del circo al Teatro Antiguo hay pocos pasos. La bellísima Venus de Arlés, hoy en el Louvre, nació a flor de tierra a la sombra misma de aquellas dos columnas corintias, una de mármol amarillo de Siena, la otra piedra de África, que iluminan la vasta curva de las graderías como dos cirios de cera coloreada. Del Teatro al Foro el trayecto es breve. Hoy el foro es llamado en provenzal *Plaço dis Ome*, Plaza de los Hombres, por los segadores que se reúnen allá como en otros tiempos en la Plaza Montanara en Roma. Y me disponía ya a encaminarme hacia la Avenue des Aliscamps, la Via Apia de Arlés, cuando me di cuenta de que estaba oscureciendo y era hora de buscarme un hotel.

Nuevo, recién barnizado, murmurante de agua corriente, tranquilo con sus esquinas en la sombra, con sus blancos lechos oliendo a lirio de agua, el «Hôtel Jules César» no es solamente el mejor hotel de la ciudad, sino el Templo del divino César, el sagrario de las tradiciones romanas, el palacio de la latinidad provenzal. De decirlo a creerlo el paso es corto; y no me sorprendería que los ciudadanos de Arlés creyesen, como el portero del «Hôtel Jules César», que el hotel había sido realmente construido en el mismo lugar donde se alzaba la tienda del Procónsul, en el centro del campamento romano. Fantasías, sin duda, pero agradables fantasías. Y quien lo encontrase levemente absurdo o ridículo, y quisiera probar con la ayuda de textos autorizados y fechas seguras que el conquistador de las Galias es inocente de tales fantasías, tendría que venir a Provenza y a los pocos días se daría cuenta de que las palabras absurdo y ridículo no existen en el vocabulario de las tradiciones romanas del pueblo provenzal. Diré más: que en ningún otro país Julio César permanece tan vivo como en éste. Pero vivo en el más exacto y más extenso sentido de la palabra: vivo como un hombre que respira, se mueve, piensa, habla, obra; vivo como si estuviese todavía aquí, detrás de aquella puerta, en aquella plaza, en aquella calle, lleno de sueños carnales, de voluntad pensante y de exactos destinos.

También yo, antes de encontrar a César en la Provenza, me formaba de él un concepto escolástico, retórico y convencional. Mi Julio César ha nacido estos días en Orange, en Valence, en Nimes, en Arlés, y creo que es el verdadero, el único verdadero, al lado de aquellos cesares barrocos y decadentes, hinchados de elocuencia y vanagloria, de los cuales algunos historiadores germánicos han hecho su Plutarco. No pretendo citar

nombres, pero todo el mundo sabe a quién quiero aludir. Y no cito nombres para que no parezca que quiero oponer mi modesta doctrina a la importantísima suya y mi pobre ingenio toscano a su grandísimo genio. Añado que un campesino del Lacio, de la Romana, emiliano o provenzal, está más cerca de Julio César que el más docto de los historiadores, especialmente los de tras los montes, y me sorprende que en muchos colegios de Italia, siguiendo el ejemplo de los extranjeros, se conserve todavía del humanísimo César una imagen de cera que hace de ciertos liceos nuestros, otros tantos museos Grévin de la Historia italiana. No andaba equivocado Gandino cuando decía que los clásicos italianos tendrían que traducirse en dialecto. Tratad de traducir los *Comentarii* en toscano o romanólo, y veréis cómo el César del campesino está mucho más cerca de nosotros, es mucho más vivo, que el de los historiadores alemanes. Y de ciertos historiadores italianos.

El héroe que había imaginado durante mis años de colegial, cuando, en las aulas sonoras del «Colegio Cicognani», comparaba la prosa prolija y elegante del *Elogio de la belleza de las mujeres pratenses*, d'Agnolo Firenzuola, al seco y escueto latín del *De Bello Gallico*, me daba la impresión de un grandísimo capitán, de un sumo legislador, del más extraordinario arquitecto del Imperio, bastante más humano que Alejandro, más lógico y civil que Federico, más concreto que Napoleón en el arte de gobernar y ordenar los hombres y los acontecimientos, bastante más experto que Richelieu, que Isabel, que Mazarino y que Alberoni. César se me aparecía indefectiblemente como un hombre casi divino, a cien codos por encima de todo otro conquistador, legislador o creador de Imperios. Y de la «*Gallia est omnis divisa in partes tres...*» al «*contendit...*» del octavo libro, todo había sido leído y estudiado por mí siguiendo a César paso a paso en sus campañas, en sus asedios, en sus batallas, en sus marchas por bosques, ríos y marismas, y lo veía avanzar a caballo, espléndido y orgulloso, al frente de las legiones rutilantes de acero e inflamadas de púrpura. Un dios, más que un hombre, un dios que fulguraba al enemigo con la mirada y hacía temblar los muros de las ciudades, como Zeus, con sólo mover una ceja. Bajo aquella luz de epopeya, en aquel clima de Olimpo, la conquista de las Galias me parecía fácil, como una historia de milagros. Y lo único que me asombraba era que las torres de Gergovia no se hubiesen derrumbado al primer gesto de aquella mano divina o que Vercingétorix no hubiese caído a los pies de aquel invencible Marte al primer toque de trompa. La Historia de Roma, tal como la entendía entonces, estaba llena de misterios y de contradicciones. Porque en aquellos raros instantes en que los dioses se me revelaban hombres, César se pone tras una nube vacía, mórbida e intranquilizadora como un manto de terciopelo negro.

Pero la otra noche, tendido en una cama del «Hôtel Jules César», el conquistador de las Galias se me apareció de improviso delante de los ojos tal como seguramente era: pálido, delgado, taciturno, orgulloso en su silla, no ya como un Dióscuro, lo cual sería demasiado, incluso para César, sino como un «guardián» de las marismas, gran elogio para todo jinete de cualquier escuela y cualquier tiempo. Las rodillas apretadas a los flancos del caballo (los antiguos jinetes cabalgaban sin estribos, iban «sentados», para usar un término de equitación), lo veía avanzar contra los suizos de Divico, los germanos de Ariovisto, los galos de Vercingétorix, los belgas, los bretones de la isla Albión, y, cansado, sudado, cubierto de polvo, los ojos sombríos, la boca tapada por la gran nariz aguileña (la nariz del duque de Wellington, dicen los ingleses para hacer honor a César), ponerse en camino vigilando el lugar del campamento, dirigir los trabajos, disponer el frente de batalla, arengar las legiones con su voz clara y metálica, con su elocuencia huesuda y precisa como un dispositivo mecánico. Escasas palabras, y no en el latín ornamentado de los senadores, los oradores, los retóricos, o los cónsules y

tribunos del Foro; sino en latín vulgar, en aquel lenguaje mixto del Lacio, de la Emilia, de la Romana, que era la lengua oficial del Ejército romano, la enérgica habla soldadesca de los campamentos, de las guardias, de las marchas y de las luchas cuerpo a cuerpo.

Quien se imagina a César durante los ocho años que duró la conquista de las Galias, delante de Avarico y Gergovia, en la batalla del Chemins-des-Dames, cerca de Craonne o en el asedio de Marsella; vestido como una estatua de Canova o con la frente coronada con la sagrada venda de *Pontifex Maximo*, quien se complace en imaginarlo liso, blanco, recién afeitado, marmóreo, elegante y estilizado, cae en el común error de cuantos se imaginan a los héroes de Homero cubiertos de oro y plata, los miembros depilados, la cabellera oliendo a bálsamos raros, los ademanes solemnes, el corazón lleno de nobles sentimientos y de caballerescas virtudes, como los gentilhombres de Francisco I o los cortesanos de Luis XIV, y no notan el áspero sabor a sangre, a polvo, a sudor, a espuma equina, el ronco fragor de los aullidos, las imprecaciones, las palabras malsonantes que hacen tan vivos y humanos los hexámetros de la *Iliada*, Homero no es Ronsard, y César no es un guerrero de parada. Ni vale decir que el vencedor de Vercingétorix escribía versos, tratados de retóricas y de astronomía, dictaba seis cartas a la vez y componía tragedias en estilo áulico. Éste es el César menor, el héroe alejandrino que gusta a los literatos, a los sedentarios y a los pelucones de todos los tiempos.

El verdadero, el vivo, el humano, el gran César es el de los *Commentarii* y del *Bellum Civile*, el César de la lucha y de la conquista, el duro, el flaco, el taciturno, el sencillísimo pacificador y ordenador de la República, aquel a quien los rojos galos de la boca grande y sangre violenta, los bárbaros de ojos claros y corazón ingenuo y feroz temían e imploraban como a un dios enemigo, pero al que los «infantes» de las legiones querían y seguían, permitidme que lo diga, como a su Garibaldi.

Nimes.

Si decís César en la Auvernia, en Clermont-Ferrand, al pie de los montes cortados a pico donde estaba sentadas la antigua Gergovia de Vercingétorix o en los antiguos países donde hoy se hallan Amiens, Bourges, Sens, Beauvais o Autun, cerca de la antigua Bibracte o entre los aquitanos, o los belgas o los vénetos del Morbihan, el pueblo entenderá Marte en persona, un dios extranjero, frío, astuto, despiadado, inexorable, un guerrero invencible, más veloz que el rayo, invulnerable a los venablos, a las flechas, a las espadas (a la terrible espada de los galos, pesadísima, de dos filos, sin punta, larga como cinco veces la daga corta romana), a la piedad, a la insidia, a la traición, un dios romano contra el cual nada podía, ni la furia y el ataque de innumerables ejércitos, ni la cólera de Teutates, la antropófaga divinidad de los druidas.

Pero si decís César en Provenza, no toméis a mal ni tachéis de Sacrilegio que el pueblo entienda, como ha entendido siempre, y como entiende todavía hoy, un héroe cordial, generoso, de voz fuerte, de gestos exuberantes, de ojos vivos, de sonrisa ora maliciosa y ora bondadosa, alegre y jovial, un César hecho a imagen y semejanza de todos los provenzales, un César, en una palabra, municipal, local, campesino, meridional.

Es indudable que un César como éste no podrá gustar a todo el mundo, tanto más cuanto el conquistador de las Galias era, en realidad, todo lo opuesto de lo que puede ser un héroe meridional. Era sobrio, delgado, taciturno, de pocos gestos, severo, cerrado, áspero, firme y alejado de la exageración, de la redundancia, de la retórica, de la

cordialidad y de cualquier forma de complicaciones sentimentales o intelectuales. Pero el pueblo imagina los héroes como a él le gustan y no como los exhuman los arqueólogos o los descubren los bibliotecarios. Ni es tampoco mi propósito dibujar el retrato de César tal como los eruditos lo ven según los textos clásicos, los fragmentos de inscripciones latinas y las reconstrucciones históricas modernas; sino el de mostrarlo tal como el pueblo de Provenza se lo imagina, dejando al lector decidir si es más heroico, es decir, más humano, el César académico que el popular.

Acerca de la humanidad de los héroes el pueblo tiene casi siempre una intuición y una sensibilidad muy superior a la de los eruditos y en muchísimos casos forma escuela. Todas las historias de los antiguos, a partir de Herodoto, están llenas de «se dice, se narra, la tradición quiere, el pueblo quiere, los habitantes del país se transmiten...», y son las Historias más vivas y más verdaderas, sobre las cuales se funda generalmente el conocimiento que tenemos del mundo clásico. Es sabido, por otra parte, que a ciertos doctos, y son la mayoría, les gusta añadir a los hombres y a los acontecimientos históricos una retórica particular suya: es como añadir agua al vino. A César le ponen alas, lo hacen volar como un dios de la decadencia griega, derramando sobre la ciudad palabras rotundas y rimbombantes. Lo muestra divino en todos sus actos, incomparable en cualquiera de sus propósitos, hermético en sus palabras, lo asemejan a Apolo, a Teseo, a Aquiles, a Alejandro, de manera que poco a poco la humanidad de César se desvanece en el aire aromado a laurel y de aquel hombre humanísimo, todo él cuerpo y espíritu, todo hueso y todo pensamiento, todo sangre y voluntad, no queda más que un héroe convencional, de aquellos que tanto gustaban a Cicerón cuando disertaba sobre la naturaleza de los dioses. Y falta todavía explicar cómo puede haber ocurrido que aquel César sonoro y vacuo haya conquistado las Galias, domado Roma y dado un nuevo nombre a la potencia romana.

Pero a este pueblo no le gusta aguar el vino. Al César de los *Commentarii*, tan apacible, tan enjuto y tan entero, los provenzales le añaden pimienta, salmuera, hierbas aromáticas, calor de sol, de fantasía y de afecto, humor cordial, sentimientos espontáneos y generosos, sangre caliente, espíritu violento, y sentido de justicia, bondad, clemencia, piedad hacia los hombres y hacia Dios. No es, pues, de extrañar que hablen de César como de un Garibaldi, o de Vercingétorix como de un malvado rebelde, de un Aníbal galo, de un bárbaro sediento de sangre y ávido de botín que quiere poner a saco Marsella, Arlés, Nimes, Narbona, y que César afrontó, y cargó de cadenas.

Parecen decirte, con aquel acento pintoresco suyo entre el ligur, el napolitano y el liornés, que César pasó toda su vida en estas regiones guardando las espaldas a sus queridos conciudadanos de Arlés, Tarascón, Avignon y Aix, y que, apenas llegó la noticia de que los galos se habían revolucionado y bajaban siguiendo el Ródano, saltaba a caballo, se ponía a la cabeza de sus legiones, corría a la frontera y salvaba a la Provenza de los bárbaros. (Lo cual es como decir que salvaba a Francia de los prusianos.) Parece que se vea a Garibaldi en Dijon con su camisa roja, como el color de la púrpura de César. Garibaldi y César; siempre este Eurialo y este Niso. También el Procónsul se batió en Dijon al pie de la colina de Saint' Apollinaire, donde ahora están los suburbios de la ciudad; y ésta fue la primera victoria suya en campo abierto contra Vercingétorix, uno de los más grandes combates de Caballería que la Historia recuerda. Era una suerte para los provenzales tener un César que los defendía de sus bárbaros, protegía sus comercios, sus campos y sus casas, y se batía por cuenta de ellos en países lejanos, sin que nadie se lo pidiese ni nadie le obligase. Lo mismo que Garibaldi. Vivas y emocionantes *Images d'Espinal*, como las llaman los franceses, que serían lo que nosotros conocemos por aleluyas populares.

Estoy sentado en un café de Nimes, delante de la famosa «Maison Carrée», que parece traída de Roma volando hasta esta plaza (seguramente por los ángeles, como la «Casa de Loreto»), tan puras son sus columnatas, su frontis sereno, sus admirables proporciones... Es una cosa extraordinaria que Roma aparezca siempre perfecta, entonada, en su sitio, armónica en cualquier parte del mundo, entre las arenas de África, en las estepas de Asia, en las selvas que bordean el Danubio, en los confines de la hiperbórea Escocia. Incluso en Nimes, entre las cestas de sandías, los carritos ambulantes de los vendedores de helados, el arco iris de las tiendas y el ir y venir de esta muchedumbre locuaz, viva, desordenada, que parece creada a propósito para poner en un apuro la serenidad fría, compuesta, constante, de la arquitectura clásica. En el fondo de la ancha calle, a mi derecha, veo perfilarse las Arenas y el cielo colarse por los arcos. «Ni el Coliseo de Roma es más grande que el nuestro», me declara, sin sombra de jactancia, uno de mis amigos de aquí, que me acompaña al descubrimiento de Nimes. Y hay un tal calor de persuasión en aquel grito del alma, en aquella irrupción de amor propio y de orgullo cívico, que me abstengo de protestar, aunque me dijese que el Coliseo lo han construido ellos, sobre el modelo de las Arenas de Nimes.

El sentido de todos los discursos, cuando se viene a hablar de César y de Roma, es éste: «Con los galos no tenemos nada que ver. ¿Qué nos importan a nosotros aquellos bárbaros? Nosotros siempre hemos sido civilizados, siempre latinos, siempre romanos.»

No sé si es verdad, incluso estoy seguro de que no lo es; pero lo interesante es que están convencidos de ello. Seguramente eran también galos, pero con una profunda mezcla de sangre griega (Marsella era una colonia de los focenses), ibérica y ligur. Materia dúctil, de aquella que los romanos sabían moldear con maestría, con un arte del cual ningún pueblo del mundo después de ellos, ni siquiera el pueblo inglés, ha conseguido adivinar el secreto. «¿Quiere saber —me preguntan— cuál era, entonces, la única diferencia entre nosotros y los romanos? Que nosotros hablábamos latín con acento provenzal.» Que, además, es un acento extraño, una mezcla de napolitano y de liornés, con una chispeante cadencia ligur, siempre más sonora y cantante a medida que se avanza hacia Marsella y Tolón. (Tratad de oír los personajes de las magníficas comedias marsellesas de Pagnol, de las cuales fue ángel tutelar el grandioso Raimu; y decidme si el padre de Marius, y Marius, y la pobre Fanny, y Panisse, no se creerían nacidos en Sampierdarena.)

Pero no es solamente una cuestión de acento. ¿Y la imaginación? Para distinguir los provenzales de los verdaderos galos bastaría la imaginación de la cual los provenzales han sido siempre riquísimos, y los galos, pobrísimos. Especialmente la imaginación histórica, que mezcla fechas y lugares, hombres y hechos, y hace de la Historia una ciencia elástica, bastante más elástica y generosa que la Historia de los historiadores de profesión. César, por ejemplo, a los ojos de sus «paisanos» de Provenza, no es sólo el vencedor de Vercingétorix, sino además el de Aníbal, de los cimbro, de los teutones. En Aix-en-Provence, la antigua Aquae Sextiae, el nombre de César es más popular que el de Mario. Grave injusticia, pero... ¿qué se puede hacer? En cuanto al de Aníbal...

Cuando Aníbal pasó por estas regiones volviendo a subir por el Ródano con su cortejo de negros, nerviosos, ardientes, que parecían alimentados con piensos encendidos, con sus elefantes de colmillos y orejas pintados de rojo, llevando sobre sus lomos los altos castillos de madera montados por feroces arqueros marroquíes; cuando Aníbal atravesó la Provenza —decimos—, yendo a la conquista de Roma, los buenos provenzales se asomaron a las ventanas para verlo pasar y alejarse en una nube de polvo y de moscas. Sabían perfectamente que César estaba allí, detrás de los Alpes, al frente

de sus legiones, esperándolo. ¡Qué fracaso, pobre Aníbal! ¡Qué paliza debió darle! Hay que hacerse contar el paso de Aníbal por uno de aquellos cocheros de punto de Nimes, soñolientos en su pescante bajo el bochorno de agosto, denso de mosquitos y oliendo a buñuelos. Parece un relato de Pascarella declamado por un «Baciccia di Sampedena». «Mentiría —me decía esta mañana el cochero que me llevaba a paseo por la ciudad—, mentiría si le dijese que no teníamos miedo. ¿Qué podíamos hacer contra Aníbal? *Mais nous avons César, monsieur, nous avons notre César!*»

Y agitaba el látigo con furor, con violencia, con un valor extraordinario, como si su pobre acémila fuese el tataranieta de un elefante cartaginés capturado en batalla. Se agitaba en su pescante como si Aníbal hubiese pasado por Nimes el día anterior y el aireapestase todavía a selvático y a terror. Acudía a mi mente aquel guía de Pompeya que el año pasado me contaba la erupción del Vesubio y la destrucción de la ciudad. «Entonces huimos, señores —me dijo—, y nos hemos salvado verdaderamente por milagro.» Y extendía el brazo para darme una prueba de aquel milagro. Tan viva subsiste en el pueblo la proximidad de los grandes acontecimientos, todos y cada uno contemporáneos del que los narra y revividos a cada instante como si perteneciesen a la experiencia personal del narrador.

«Pero ¿de qué César me está usted hablando?», le he preguntado al cochero para ver qué respuesta me daba. «Cuando Aníbal pasó por aquí, César no había nacido todavía. Ni siquiera su bisabuelo.» El cochero ha dejado caer el látigo, se ha vuelto de perfil y ha murmurado, fijando en mí dos ojos asombrados y compasivos: *Comment, monsieur? Mais c'est de l'histoire romaine, tout ça!* Tienes razón, querido paisano de César. Y te pido perdón por haber osado poner en duda tu historia romana, tanto más verdadera, simple y poética que la mía.

¡Ay del que expresa la menor duda acerca de los hechos y dichos de César en estos países! César es la más pura, la más auténtica gloria provenzal, el más ilustre hijo de Provenza, el más glorioso conciudadano de estas poblaciones «no galas, sino romanas». Todo se atribuye a César, y no solamente en la Provenza, en Arlés, en Tarascón, en Orange, sino en el Languedoc, en Nimes, en Narbona, en las ciudades y los pueblos esparcidos por las orillas del Mediterráneo, entre los Pirineos y los Alpes. Desde el «Hôtel Jules César», de Arlés, al gran almacén de óptica «César», de Avignon, los hoteles, los cafés, los teatros, los cinematógrafos, los garajes, las tiendas, los paradores que ostentan el nombre y la insignia del conquistador de las Galias son incontables. No he visto jamás un santo más venerado, más honrado y santificado que César. «Es de los nuestros», exclaman triunfalmente los provenzales. Y parecen los pistoienses cuando hablan de san Jacopino.

Me doy cuenta de que muchos, acostumbrados a las imágenes y frases amaneradas, se extrañarán al oír decir que en Provenza se habla de César de una forma que podría parecer, y no lo es, irreverente. Es afecto, un orgullo sencillo y cordial, en esta mitología popular que hace del sumo ordenador del Imperio un personaje familiar, al alcance de todos, un héroe campesino distribuidor de justicia, dispensador de gloria, eterno e invencible defensor de la patria provenzal. «Es nuestro Napoleón», me dice el camarero del hotel. ¿Cabe mayor elogio por parte de un ciudadano de la Tercera República?

César es también, como Garibaldi y Napoleón, un «naturalizado». La gloria de Roma es tal que podemos muy bien ceder un poco de ella a este buen pueblo de Provenza tan sinceramente fiel al nombre romano, tan íntimamente ligado al espíritu de la civilización latina, que ni aun tantos siglos de unidad francesa han conseguido hacerle preferir Vercingétorix a César.

Aix-en-Provence,

Quien, sentado a la sombra de un árbol (¿un pino, un ciprés, un olivo?), sobre una de estas colmas solitarias que dominan la llanura en la que Roma ahogó en sangre la ferocidad de los teutones, mire con los ojos de la fantasía hacia las lomas agrestes de los extremos contrafuertes de los Maures (Aix, la antigua *Aquae Sextiae* de la gloria de Mario, exterminador de los bárbaros, está allí, en aquella cuenca hundida en un mar de sol), quien mire hacia la polvorienta llanura que se extiende hasta perderse de vista hasta el Ródano y las marismas de la Camarga y trate de evocar en su memoria los dos últimos siglos, antes de Cristo, la verá poblada de rocas rojas y pequeñas ciudades blancas de cal, todavía no adornadas de mármoles preciosos, ni orgullosas de sus arcos y sus columnas.

Allá en el fondo, detrás de aquellos montes poblados de pinos, se extiende Tolón, el *Telo Marzio* del itinerario de Antonio, no hinchado todavía de velas ni erizado de mástiles, chimeneas y cañones. Un Tolón todavía no soñoliento de opio ni tendido perezosamente bajo la constelación de las borlas rojas de los marineros dilectos a Jean Cocteau. Más lejos se halla Marsella, gran puerto griego, ciudad gorda y burguesa, amiga de Roma y del tráfico, a la que Apolo y Mercurio sonríen desde lo alto de los zócalos marmóreos, pulidos como mostradores de edificios bancarios. Un aire solemne y desierto sobre las tierras pobres de la Gallia Narbonensis, ya provincia romana, pero no todavía espléndida de templos, de palacios, de termas, de monumentos, de tumbas, de estatuas de gestos nobles y de boca redondeada por palabras de justicia y de paz.

Por el Ródano suben y bajan barcazas, gabarras, lanchones cargados de mercancías, inmensa vía fluvial sobre cuyas orillas los rojos galos de rostros manchados de pecas soñaron nuevos destinos, extrañas aventuras y ricas presas. Pero en los caminos que siguen el Ródano imperioso y el claro Saone de agua tan lenta que el ojo no llega a adivinar el sentido de la corriente (*incredibili lenitate, ita no oculis in utram partem fluat indicant non possit*, observa César), quien mire soñando y evoque los duros tiempos de la conquista, verá pasar las legiones en marcha hacia el Mediodía y el Septentrión, hacia las guerrillas españolas y las revueltas galas. Oirá canciones soldadescas, risas estentóreas, voces alegres, palabras familiares y dialectos conocidos, y de momento le parecerá, con gran asombro, asistir al desfile de un regimiento de Infantería italiana en marcha hacia el Isonzo.

Los *fanti* de Roma, los verdaderos, los que recorrían combatiendo todos los caminos de Europa, de Asia y de África, no tienen nada que ver con los legionarios elegantes y estilizados de los manuales de Historia, ni con las imágenes convencionales de la pintura y la escultura áulica, oficiales, cerebrales, del tardío Imperio. No tienen nada que ver con aquellos guerreros vestidos de acero deslumbrante y de límpida plata, de cascos con crines y corazas historiadas cerradas con broches de oro, de canilleras relucientes como espejos, de ondeantes túnicas rojas y azules; con aquellos romanos que salen orgullosos de los bajorrelieves; con los hermas y los bustos de las estatuas de los atletas del Museo de las Termas y del Museo Vaticano; con aquellos héroes y aquellos semi-dioses, bellos, compuestos, lisos, solemnes, ataviados a la griega, líricamente gesticulantes como efebos y todos nobles, abstractos, alejados de las cosas humanas como el Napoleón de David y de Canova están lejos del Napoleón de Austerlitz y del Moscova.

Los *fanti* de las legiones eran pequeños, fornidos, velludos, negros de cabello y oscuros de piel, de rostros tallados, duros, cuadrados; de mandíbulas recias, frente baja, cuellos cortos, anchos hombros, piernas un poco arqueadas, paso lento y pesado, casi

temeroso y cauto. Un paso de campesino. Todos los dialectos de Italia se fundían en boca de los legionarios en un lenguaje sonoro y pausado, profundamente distinto del latín de los oradores, de los magistrados, de los rectores de toda especie y de toda condición. E incluso del latín sequísimo de los *Commentarii*, que, sin embargo, es el de un soldado acostumbrado al varonil y sencillo lenguaje castrense. Cuando se volvía hacia sus soldados para animarlos a la lucha (y todo el mundo sabe la importancia que tenían sus palabras en el ánimo de sus legionarios), César sin duda los arengaba en su jerga, en aquella que en nuestros días se llama la jerga de las trincheras, rica de palabras y expresiones populares, de modos y cadencias de la Campania, del Lacio, de la Etruria, de la Valle Padana. Poned juntos, incluso hoy, campesinos de Forlì, de Rávena, de Bolonia, de Ferrara, de Cremona, de Lodi, de Bérgamo y de Brescia, y oiréis en sus labios aquella mezcla de dialectos que constituía el lenguaje común de la Décima Legión. El italiano que nuestra Infantería hablaba durante la última guerra a orillas del Carso y del Fiave puede dar una idea del latín dialectal que hablaban los legionarios de Roma. Y no es arriesgado pensar que se trata, en sustancia, de la misma lengua.

Hace algunas decenas de años que un gran filólogo alemán, recorriendo en viaje de estudios los países del Lacio y tomándose la molestia de transcribir en su libro de notas, para la necesidad de cada momento, las frases de uso corriente, se dio cuenta con gran estupor de que muchas de las frases son latinas, escuetamente latinas. «*Dami lu pane*», por ejemplo, no es más que la contracción de «*Da mihi illum panem...*» Y el filólogo alemán regresó a Alemania a anunciar en forma académica que los campesinos del Lacio hablaban todavía hoy la lengua de Cicerón, con el mismo acento que los campesinos de entonces. «El italiano moderno —concluía— no es más que el antiguo latín vulgar.» Aquel filólogo tenía razón, pero no había hecho ningún descubrimiento. «Los legionarios de César —me decía sagazmente el otro día un camarero del hotel en Avignon— no hablaban latín; hablaban provenzal, como nosotros.» La filología, para el pueblo de la Galia narbonense, no es una ciencia; es una tradición.

Ved de paseo por la ciudad donde estaban de guarnición, aquellos soldados de la Umbría, de la Apulia, abruceses, toscanos, vedlos andar rodando por los mercados y los foros, asomarse desde las altas graderías de los anfiteatros, frecuentar las hosterías, obstruir las aceras en torno a los vendedores de buñuelos, altramuces salados, cerdo asado y berenjenas rellenas. En estas ciudades de Provenza, retaguardia de las conquistas galas e ibéricas, los legionarios se movían simples y bonachones como los soldados del Isonzo, del Grappa y del Piave por las calles de Udine de Bassano, de Vicenza y de Treviso. El gran Ejército de la Infantería de Roma no tenía nada, ni en el aspecto ni en sus actos, de aquellos ejércitos bárbaros que Aníbal había guiado siguiendo la corriente del Ródano a la conquista de Italia y de los galos que las huestes de Vercingétorix reunían cada año para combatir a Roma, aquellos ejércitos feroces que llenaban de terror la imaginación de los pueblos fieles al nombre romano.

Aquellas legiones de campesinos eran, al contrario, civilizados, tanto por naturaleza como por disciplina. Tremendos en la batalla, se volvían sencillos y bonachones después de la lucha y los estragos, se sentían en seguida en casa en los países conquistados, y seguían los surcos y las hileras de las viñas hablando de cultivos, de abonos, de vendimias; comparando el modo de arar de los bárbaros y el de los italianos, discutiendo de estaciones, lunas, vientos, lluvias y jheladas, dando consejos sobre el mejor tiempo para la siembra, la poda y el manejo del mosto en las cubas, explicando cómo se amontona el trigo en los silos y cómo se distribuye el estiércol en la Umbría, o se recogen las olivas en la Emilia. Ayudaban a los bárbaros en las labores del campo, los ayudaban con su experiencia y su pericia, y se sentaban en las puertas de las casas para

enseñar a aquellos hombrones de manos demasiado grandes para las delicadas labores de la tierra, cómo se plantan las vides, cómo se injerta y se poda, cómo se pisa la uva, se vigila el mosto, se purgan las botas, se trasvasa el vino...

César ha conquistado la Galia por las armas, pero puede decirse que la ha ligado a Roma mucho más con las reglas de la agricultura que con las leyes militares y civiles. Las vides que los griegos de Marsella habían traído de la Campania a las Bocas del Ródano no se extendían, en tiempos de César, más que hasta el borde oriental de la Camarga y las colinas que rodean Arlés. La griega Marsella estaba circundada por una verde zona de sarmientos y pámpanos, la famosa «isla del vino», de la cual los galos del país de los arvenios y los eduos soñaban los racimos de oro y el jugo embriagador. César fue quien hizo trasplantar las vides de la Campania de las Bocas del Ródano a las orillas del Saône, del Loira, del Sena y del Mame. La gloria de las vides de la Borgoña, de Champagne, del Languedoc, del Mosela, de Burdeos, va unida a la gloria de las victorias militares romanas. La historia de la conquista de las Galias será comprensible para todo aquel que se dé cuenta de que César era el jefe de un ejército de campesinos, no de un ejército de soldados profesionales.

Y en ellos todo era campestre, desde la manera de equiparse hasta la manera de combatir. Las piernas envueltas en vendas, la espalda encorvada bajo el peso del saco de garbanzos, de habichuelas, de harina de trigo, de manojos de ajos y de cebollas, las jarras de aceite y de vinagre pendiendo de la cintura, tenían el aspecto de pastores del Lazio y de los Abruzos, de campesinos de la Emilia y la Toscana, más que de guerreros. Caminantes incansables (durante el asedio de Gergovia, para llegar a tiempo de cortar el camino a los eduos de Litavico, César hizo recorrer a sus legionarios el equivalente de setenta y cinco kilómetros en veinticuatro horas; empresa de la cual no hay ejemplo sino en las famosas marchas de la campaña del Metauro contra Asdrúbal), caminaban jornadas enteras por regiones infranqueables, y, al llegar al sitio elegido para la parada nocturna, agarraban los picos y los azadones, abrían trincheras, alzaban muros y terraplenes, cortaban palos y troncos, construían empalizadas y torres, y, las obras del campamento acabadas, pastaban la harina, cocían las hogazas, las untaban con aceite, sal y dientes de ajo y se disponían a velar, a su defensa, a las fatigas nocturnas, frugales, alegres, bonachones, rápidos, infatigables: soldados invencibles.

De su aspecto campesino, de su pequeña estatura, de su extraordinaria resistencia hay en los mismos *Commentarii* un testimonio de grandísimo precio. Cuenta César en el segundo libro de *De Bello Gallico*, que, después de la batalla del Sambre, habiendo avanzado hasta el corazón del país de los aduáticos, nación sumamente bélica de Bélgica, de origen germánico, puso asedio al *oppidium* de aquel pueblo situado donde ahora está la ciudadela de Namur. Eran estos nuevos adversarios de César, guerreros de gigantesca estatura, famosos por su valor y su ferocidad, descendientes de aquellos teutones que habían pasado el Rhin e invadido la Galia e Italia *ex Cimbris Teutonisque prognati*. Elevada en la cumbre de la alta roca que domina Namur, entre el Sambre y el Mosela, la fortaleza de los aduáticos, de flancos rocosos cortados a pico sobre el río, era inexpugnable por naturaleza y por arte; y aun hoy, quien la mira desde la ciudad, se asombra de que César intentase el asalto contra una tan inmune fortaleza, defendida por el pueblo más bélico de toda la Galia extrema.

Cuando vieron que los romanos, después de haber abierto trincheras, elevado baluartes y fortines, avanzado por los caminos de aproximación, empezaban a construir, ligeramente apartados del *oppidium*, una gigantesca torre móvil para dar el asalto a la fortaleza, los aduáticos —cuenta César— «empezaron desde lo alto de los muros a

cubrirnos de mofas y escarnios. ¡Construir una máquina tan grande y a tal distancia! ¿Qué clase de brazos y de musculatura debían tener aquellos romanos de tan mezquina talla, *homines tantaulae staturae*, para pretender colocar sobre los muros una torre como aquella mole?» (Ya que —añade César— nuestra pequenez, *brevitas riostra*, comparada con su formidable corpulencia es objeto de mofa para los galos.) Pero apenas vieron que la torre empezaba a moverse y a acercarse a los muros de la fortaleza, impresionados por tal extraordinario e insólito espectáculo, enviaron embajadores a César y se rindieron entregando las armas. Pero no todos; porque durante la noche, confiando poder sorprender y aniquilar las legiones, se rebelaron y atacaron por sorpresa el campo romano. ¡Ah! ¡Ah! ¡Gigantescos y aguerridos aduáticos! ¡La carnicería que aquella noche hicieron de vosotros los romanos debió enseñaros a respetar las legiones, *homines tantulae staturae*, de miembros tan pequeños y de valor tan grande! Toda la historia de la conquista de las Galias está compendiada en aquel episodio; diría toda la Historia de Roma, toda la Historia de Italia hasta nuestros días.

Cada vez que releo algunas páginas del segundo libro de los *Commentarii* vuelven a mi memoria los soldados de la Infantería del Isonzo y del Piave, de Bligny y del Chemin-des-Dames, las tropas *tantulae staturae* que una vez más han enseñado a los aduatuces a respetar el nombre de Roma. En el Chemin-des-Dames, en octubre de 1918, cuatro de nuestras mejores brigadas de Infantería cubrieron con sus muertos los mismos terrenos donde César combatió y ganó una de sus más gloriosas batallas. Yo formaba parte de una de aquellas brigadas y me parece haber combatido con César, confundido con sus legionarios, entre sus campesinos del Lacio, de la Apulia, de la Umbría, de la Emilia, de la Valle Padana.

¿Por qué se me ocurre pronunciar el nombre de César, si me acuerdo de aquellas jornadas, de tanta lucha y de tanta sangre? ¿Por qué vuelven a mi mente los *fanti* de la Brigada Alpina, la Brigada Brescia, la Brigada Nápoles, la Brigada Salerno, cuando veo desde lo alto de estos collados provenzales, sombreados por cipreses, pinos y olivos, extenderse a mis pies la cuenca verde donde yace Aix, la *Aquae Sextiae* de la gloria de Mario?

Tarascón.

Entre todas las ciudades de Provenza, la patria de Tartarín es la que merece y exige más respecto y consideración. Visto de lejos, a quien se acerca a él viniendo de Nimes o de Avignon, el noble Tarascón se le aparece de improviso, envuelto en una nube de polvo y de moscas, entre olivos, cipreses, plátanos, otras hierbas ondeantes de un color amarillo canario y otras manchas tiernas de vides enanas. El zumbido de los tábanos, que asedian la ciudad y cubren de alas irisadas las paredes de las casas, se oye a gran distancia como el zumbido de un enjambre de innumerables abejas en torno a una gigantesca colmena. Un fuerte olor a oveja, a ajo, a anís y a sudor de caballo avanza a nuestro encuentro en la última revuelta del camino, heraldo ceremonioso e insistente.

Fondeada en el tranquilo golfo del bochorno estival bajo un sol generoso y feroz, contra el cual nada pueden las persianas verdes cubiertas de antiquísimo polvo, ni los inmensos toldos de las tiendas y los cafés, tendidos sobre las aceras como las lonas sobre la cubierta de un acorazado, esta ciudad de *Provincia*, que no se avergüenza, sino más bien se jacta, de ser provinciana, acoge al visitante con la misma cordialidad indulgente, hinchada de benévola ironía y de orgullosa condescendencia con la cual las viejas solteronas de las obesas familias burguesas acogen a los queridos parientes pobres. Se tiene la impresión de entrar en una capital, no se sabe bien de qué reino o de

qué república, de franquear el umbral de una civilización desconocida o, mejor dicho, insólita, inmune de toda contaminación romántica, orgullosa de un clasicismo *petit bourgeois* del cual Palas Atenea es una de las tantas Madames Bovary provenzales y cuyo Pericles es Alfonso Daudet.

El campesino de la Beauce o del Brie que por primera vez hace su tímida entrada en París, sombrero en mano, debe sentirse tan mezquino y humilde como el parisiense que entre por primera vez en Tarascón. Desde los primeros pasos, el visitante se da cuenta de que los verdaderos provincianos no son los tarasconeses, sino él, y que la cordialidad de su acogida es la de los atenienses a los beocios. Vienen a vuestro encuentro con la sonrisa, incluso con la risa, en los labios, alegres, bulliciosos, gesticulantes, enfáticos, insistentes, simpaticones e implacables; os llevan con todos los honores a visitar la casa de Tartarín como si os acompañasen al Capitolio a visitar el templo de Júpiter, y por el camino van gritando a los ciudadanos que están sentados en el café o en los hoteles que sois un amigo, un ilustre amigo, y os piden en voz baja vuestro nombre, apellido, títulos y origen, para proclamarlos a voces como si pusiesen en subasta vuestra persona, vuestra familia, vuestro pasado y vuestro porvenir.

El pequeño cortejo que se forma en un abrir y cerrar de ojos, parece un cortejo nupcial; y al llegar a la plaza os preguntáis, sorprendidos, si, de la misma manera que Venecia se desposaba con el mar, no estáis celebrando vuestros esponsales con Tarascón. La plaza se llena de curiosos que os llevan en el acto a un café, os hacen sentar a la fuerza, os ofrecen un *pastis*, que es una especie de pernod provenzal, y algunos cortan delante de vuestros ojos una sandía colosal y sanguinolenta, otros os abren un periódico bajo la nariz, destrozándoos los oídos de improperios contra el Gobierno, otros os cantan una vez más las maravillas de la ciudad, y, apenas dais muestras del menor signo de aburrimiento, os hacen levantar en el acto, os acompañan a ver el puente colgante sobre el Ródano, os preceden sobre el suelo de madera a pasos cortos, con los brazos separados, balanceándose sobre la cintura como si caminasen en equilibrio por una cuerda floja, y, de cuando en cuando, gritan «¡Hop, là!», oscilando con las piernas abiertas para demostraros que el puente oscila también, suspendido sobre la corriente impetuosa, como una rama al viento.

Y después del puente sobre el Ródano, hay la bóveda de la iglesia de santa María (la santa que en tiempos remotos liberó a la ciudad de la Tarasca, monstruo feroz que en la historia de Tarascón desempeña el papel de la Esfinge en la de Tebas), bajo la cual el san Francisco de Van Loo y la estatua yacente de Jean de Cossa, obra de Francesco Laurana, os acogen con palabras en voz baja que ningún tarascones puede comprender, y ¡ay de él si las entendiese! El Castillo, aunque aparece desde la entrada del puente colgante, viene lo último; y os dirán cuál es el espesor de los muros y su altura, y qué circunferencia tienen las torres y por quién, cuándo y por qué fue construido. Y si preguntáis a alguien si quedan en Tarascón restos de monumentos romanos, os responderán, con aire mortificado: «No, señor; ni un capitel, ni un vestigio de columna.» Y añadirán con orgullo: «Pero los cimientos del castillo están en el mismo sitio donde se elevaba el *castrum romano*.»

Os asomáis a una ventana y en la otra orilla del Ródano la torre de Beaucaire os recuerda el torreón de Felipe *el Hermoso* en Villeneuve, frente a Avignon. Y la antigua *Jovarnica*, colonia griega de Marsella, cuna de la romana Tarascón, ¿dónde estaba? ¿Quizá en la otra orilla, al pie de la torre de Beaucaire? «¡Oh, no! —os dirá alguien—, la antigua *Jovarnica* se elevaba donde está hoy el suburbio tarascones de Jarnègues. Después vinieron los romanos, echaron a los griegos y fundaron Tarascón.» Y si

insinuáis maliciosamente, como he hecho yo, que quizá después vinieron los tarasconeses y echaron a los romanos, aquel compatriota de Tartarín os mirará con el resentimiento en los ojos, como para daros a entender que, en Tarascón, ciertas cosas no se dicen ni en broma. «No, señor; nosotros los tarasconeses somos los romanos convertidos en tarasconeses.»

Arlés.

He vuelto a Arlés. A Arlés, con gran envidia de los ciudadanos de Tarascón, todo él romano, puede decirse, de los cimientos al tejado. La antigua Théliné, colonia griega, florecía donde hoy está el suburbio de Trinquetaille, sobre la otra orilla del Ródano; los griegos de Théliné no han dejado como recuerdo más que algunos fragmentos de ánforas sepultadas en el fango del río, algunos pedazos de mármol, y en el aire un olor a pescado seco, a mosto, a miel cocida y a cáñamo hervido en alquitrán. El olor de los griegos de la *Odisea*. Y al llegar los romanos al Ródano, los mercaderes de Théliné siguieron traficando como dueños hasta que un tal Tiberio Claudio Nerón, cuestor de César, volviendo a la conquista de las Galias, estableció en la orilla opuesta a Théliné una colonia de veteranos de la Sexta Legión. Así nació la romana ciudad de Arlés, la *Gallula Roma*, la pequeña Roma de los galos. «¡Oh, Arlés —cantaba el poeta Ausonio—, abre tus puertas hospitalarias, *Gallula Roma!*»

Orgullosa de sus templos, de sus palacios, de sus termas, de sus monumentos, de sus columnas, de sus arcos, de sus pórticos, de sus mármoles preciosos, Arlés surgía blanca, espejándose en el Ródano impetuoso, entre las marismas de la Camarga y la sedienta llanura polvorienta de la Crau. Y aun hoy, las columnas y los arcos se distinguen encastrados en las paredes de las casas como formando la osamenta de la ciudad moderna. Las ventanas que dan a las callejuelas tienen antepechos de mármol, y las puertas de los establos, arquivadas de mármol del travertino. Fuera del revoque amarillo de las fachadas asoman cabezas, brazos y manos y hombros redondos de estatuas; las esquinas de las casas muestran grumos de cal seca rodeando tiestos de terracota pintada; vetas de mármol suavizan el rojo vivo de los ladrillos; y en los patios, los jardines y los huertos, hermas antiguos sonríen ambiguos entre las flores recién cegadas y las duras hojas de las relucientes coles.

Solos, en medio del dédalo de callejuelas, el circo y el teatro de Augusto forman una isla; los domingos el pueblo se aglomera en las escalinatas del Coliseo caldeadas por el sol, se sienta en el suelo a la sombra de los arcos, con la espalda apoyada en las pilastras y el rostro de cara a la luz, escuchando los mugidos feroces de los toros de la Camarga que los espadas españoles de segundo orden, silbados en Barcelona, afrontan torpemente entre los aplausos delirantes de los *aficionados* de Provenza; y se detiene en el teatro de Augusto, temblando de desdén, de piedad y de compasión al oír la voz de los filodramáticos pagados a destajo, que ensayan, delante de las bellas artesianas de gruesas trenzas de ébano, aligeradas por el *chatélet* de blonda blanca o negra, los sagrados textos del eterno repertorio romántico de provincia.

En las noches claras de luna las casas se apretujan unas a otras como temerosas de una inminente ruina, se apoyan en las columnas supervivientes de los templos caídos, abrazan los antiguos muros de ladrillo, roban los arcos y las vueltas a las ruinas de las termas para hacerse porticados y pasillos, y parece verdaderamente que Arlés, tal cual lo vemos hoy, sea la viva imagen de la confusión que siguió a la caída del Imperio, cuando gente, lengua, costumbres, leyes, e instituciones se fundían y los templos de los dioses del Lacio estaban reducidos a cuevas de mármol para las nuevas construcciones. ¡Cuán

severa es, en Arlés, la lección de Roma! ¡De qué modo las enseñanzas de la civilización latina se convierten en estos lugares en materia de fácil meditación! Aquí no se ha perdido nada de la antigua ciudad romana; cada losa de mármol, cada bloque de travertino, cada fragmento de columna o de lápida, cada arco de arquivolta se ha hecho cuerpo vivo con la ciudad. Como todo el mundo moderno, Arlés se apoya, para no caer, en las ruinas de lo antiguo. ¡Oh, *Gallula Roma*, feliz imagen de veinte siglos de Historia civil!

La onda lunar es tibia sobre las tumbas de los Aliscamps, la Via Appia de Arlés, y sus sarcófagos de la *Allée des Tombeaux*. Por la avenida des Aliscamps, cuyo nombre recuerda los Campos Elíseos, entra en Arlés la Via Aurelia; y no podría imaginarse entrada más triunfal de una vía consular en una antigua ciudad romana. Arlés acoge la Via Aurelia por entre las tumbas de los legionarios de César. En la *Allée des Tombeaux* la gente os enseña todavía la tumba de los cónsules (eran cónsules de la ciudad, no de la república, muertos de peste en 1720; pero el pueblo los cree cónsules romanos muertos combatiendo a las órdenes de César contra los bárbaros), y en la avenida des Aliscamps el lugar donde estuvo sepultado san Trófimo antes de su traslado a la catedral. Hasta el siglo cuarto, durante todo el alto medievo, los obispos y señores de Provenza se hacían enterrar en estos Campos Elíseos, y las ciudades ribereñas del Ródano confiaban a la corriente, en barcazas cubiertas de damascos, los huesos de sus hijos más ilustres, encerrados en sarcófagos preciosos que Arlés acogía en la paz de su necrópolis. «Abre tus puertas hospitalarias, ¡oh *Gallula Roma*!», cantaba Ausonio. Las fúnebres embarcaciones bajaban majestuosas por el río entre las gabarras cargadas de toneles de vino y sacos de trigo. Durante la época espléndida y ambiciosa del Renacimiento, Arlés hacía donación de sus sarcófagos a príncipes y señores, con un sentido de la muerte que se puede llamar verdaderamente liberal. Muchos mármoles esculpidos del Museo Barberini vienen de allá. A Lyon le fue dado el monumento fúnebre de Servilio Marciano, a Marsella el de Flavio Memorio y de Cecilia Aprula. El rey de Francia Carlos IX, a quien la sangre florentina predisponía a las más raras ambiciones, cargó de tumbas numerosas naves que se hundieron en el Ródano. Las villas y las factorías, incluso las casas de los campesinos de los alrededores de Arlés, se honran con sarcófagos de esta generosa necrópolis. Anatole France, en su *Lis rouge*, habla de los mendigos que buscan refugio y descanso, por la noche, en los sepulcros que forman los lados de la *Avenue des Tombeaux*.

Pero yo busco en vano, bajo la luz de la luna, los mendigos de Anatole France, los huéspedes nocturnos de los Campos Elíseos. Una inmensa quietud flota sobre las casas, sobre los jardines y sobre las tumbas. Me inclino sobre un sarcófago de mármol amarillo esculpido con figuras humanas gastadas por el tiempo, lisas y mórbidas como de cera virgen; la tumba está llena de luna, tibia y transparente como el agua del Leteo.

FIN

SANGRE

Disparé, y el hombre cayó. Salí de mi escondrijo para ir a ver si estaba muerto. Mientras vadeaba el torrente, el hombre se levantó inesperadamente y desapareció por entre los matorrales de la orilla, antes de que yo tuviera tiempo de coger el fusil. En el sitio donde había caído, la hierba estaba manchada de sangre. Empecé a seguir las huellas rojas que el herido había dejado sobre la hierba y sobre las manchas de nieve. No podía haber ido muy lejos. Al llegar a un cierto punto las huellas se perdían en un terreno cenagoso. Agucé el oído, reteniendo la respiración. Comenzaba a oscurecer. No sé cuántas horas pasé así, al acecho, y después volví a ponerme en busca del herido, registrando los matorrales, por detrás de los peñascos diseminados por las orillas del Cordevole.

Después de una larga búsqueda, volví a encontrar las huellas. Pero ya era de noche. Agazapado detrás de una roca, con el fusil a punto, esperaba que el hombre se moviera, que profiriera una queja, o que de cualquier modo se descubriese. Pasé la noche así, hasta que empezó a amanecer y yo volví a seguir las huellas de sangre que, de vez en cuando, donde el herido se había detenido para recobrar el aliento, se ensanchaban formando un charco rojo en la hierba. El sol estaba ya alto. Las huellas remontaban el valle hacia los prados de Arabba, bajo el Pordoi. Me di cuenta de que era ya tarde por el color más oscuro de la sangre. Seguí las huellas, subiendo por el valle, mientras sobre el Col di Lana se alzaba la hoz de la luna: y las seguí días y días, años y años, hasta que mis cabellos se volvieron grises. Así ha transcurrido toda mi vida, desde aquel día lejano de la guerra de 1915 en que me puse a seguir aquellas huellas de sangre.

Hace tres años que en el «Hospital de Prato» murió mi hermano Sandro. Yo venía de muy lejos, llegué a Prato por la noche, entré en el hospital, recorrí los pasillos desiertos y empujé la puerta. Mi hermano yacía blanco e inmóvil sobre el lecho. Tenía los labios manchados de sangre, y roja de sangre estaba la almohada.

En el suelo, junto a la cama, había una gran mancha roja.

Hasta allí, hasta el lecho de muerte de mi hermano, me habían guiado aquellas lejanas huellas de sangre. Había empleado toda la vida, toda mi vida, para encontrar a mi hermano muerto.

CURZIO MALAPARTE

Prefacio a la última edición italiana.

Forte dei Marmi, 1954.

CONFESIÓN

La sangre me inspira horror. Cuando era niño creía que las estatuas estaban hechas como nosotros y que tenían las venas llenas de sangre. Con un cortaplumas, iba a hacer una incisión en los brazos de los angelitos de Donatello para hacer salir la sangre de aquella piel mórbida y blanca. Una vez, en Prato, en un camino fuera de la Porta del Serraglio, vi correr hacia mí una muchacha con el seno desnudo, la mirada extraviada y su cabello alborotado; corría con la boca abierta, sin gritar, con un cuchillo clavado en un pecho, y, de repente se cayó, dio de cara sobre el pavimento y permaneció allí. Aun hoy, si paso por aquel camino, me parece que resbalo. Mis recuerdos infantiles están rojos de sangre. Aquel tiempo era cruento, cruentos los domingos, las peleas, las fiestas, las procesiones, los bailes nupciales, y cruento era el pueblo pratense, tan fácil de dejarse cegar por la ira y tan pronto a palidecer y a sentir remordimiento y piedad a la vista de la sangre.

Aquel tiempo ha muerto. Aunque hayan transcurrido pocos años, aquel tiempo era antiguo, encendido de pasiones antiguas. En Italia, los pueblos se han vuelto más sensibles a los problemas morales. Incluso la sangre es, antes que nada, un problema moral. Y si bien son pocos los problemas que afectan, no ya únicamente su imaginación, su naturaleza o su tradición, sino su consciencia, el horror a la sangre y el respeto de la vida humana se revelan cada vez más, en nuestro pueblo, como los elementos fundamentales de su consciencia moral.

Con demasiada facilidad todavía se manifiesta entre nosotros la crueldad contra los animales, pero es por juego, por orgullo o por timidez, pero nunca por gusto de sangre. Nuestro pueblo siente el horror de la sangre, sea de hombre o de bestia. La palabra «asesino» es para nosotros la injuria más atroz. Nada supera en horror el significado de esta palabra, a la que el pueblo atribuye un oscuro significado mágico. No es la idea del delito, que se asocia a esta palabra, sino únicamente la idea de la sangre. El homicida se les aparece como la víctima y el instrumento a la vez de una ley misteriosa. A la repugnancia por el homicida se mezcla un poco de la misma piedad que suscita el asesinato.

Una vez, en el Bisenzio, vi encorvado sobre el lecho del río a un hombre, que era seguramente un ladrón de gallinas, venido de Campi o de Galciana. Llevaba en un saco las gallinas robadas. Las sacaba una a una, apoyaba su cuello sobre una gruesa piedra y con un cuchillo las degollaba, para que en el saco, con sus chillidos y sus sacudidas, no lo denunciaran. Estaba de pie, con las piernas muy separadas, teniendo cuidado de que la sangre no le manchara los pantalones y los zapatos. Cada vez que hundía el cuchillo en la garganta de su víctima, oía un ruido ronco que me parecía la hoja del cuchillo que rechinaba sobre la piedra. Después metió una a una las gallinas en el saco, se lavó las manos en el río y, echándose el saco a la espalda, dio media vuelta para marcharse. Así le vi bien la cara. Estaba palidísimo, tenía la palidez opaca del asesino. Me miró y me sonrió. Me inspiró una triste piedad. En Bligny, el segundo día de la batalla, mientras pasaba con mis hombres delante de un puesto sanitario (los alemanes estaban ya a pocos centenares de metros y avanzaban lentamente por entre los árboles), un capitán médico, inclinado sobre una camilla en un claro del bosque lleno de heridos que gemían, levantó la cara palidísima, y me sonrió. Estaba rojo de sangre hasta los codos. Sentí que se me encogía el corazón y tuve piedad de él.

Los italianos saben que la sangre es el elemento más precioso de la Naturaleza y del hombre. Saben también que entre todas las leyes, que el hombre se siente por naturaleza impulsado a obedecer, la más misteriosa y la más severa es la de la sangre. Desde el más duro al más suave, todos somos esclavos de esta ley: la única de la cual somos verdaderamente esclavos. La sangre es lo más nuestro que tenemos en nosotros. En las venas tienen raíces nuestros pensamientos, nuestros sueños, nuestros sentimientos y nuestras acciones. Las investigaciones sobre la «individualidad de la sangre» han llegado a conclusiones inquietantes. «El grupo sanguíneo es una característica fija de cada individuo, que no varía ni con el tiempo ni por concurrencias morbosas. Él grupo sanguíneo no cambia ni siquiera después de la transfusión de sangre de otro grupo.» La individualidad de la sangre es nuestra verdadera y única individualidad. Nosotros somos como somos porque tenemos en nosotros este plasma sanguíneo perteneciente a este o a aquel grupo sanguíneo, con tales o cuales propiedades aglutinantes, etc. Y por muy misteriosa que sea nuestra individualidad, por misteriosas que sean las leyes que regulan nuestras relaciones con los demás animales, aparecen en los más recientes descubrimientos de la biología. Las experiencias de Dungern y de Hirszfeld han demostrado que la sangre del perro se parece a la de un feto humano en un estado precoz de su desarrollo. Schwarz, Thomoff, Nosengo, Cuboni, Dujarric de la Rivière, Kossovip, Zeltenkoff y Berenstein han observado la presencia de grupos sanguíneos en el caballo, semejantes a los del hombre. Bond y Careri han establecido que ciertas propiedades de aglutinación de los glóbulos rojos del hombre son iguales a las de los glóbulos rojos del carnero. El parentesco entre la sangre del hombre y la de los animales va revelándose cada vez más a las indagaciones de los biólogos.

La dignidad humana consiste, no ya en la categoría y en las propiedades de nuestro grupo sanguíneo, sino en el modo como nuestra consciencia reacciona ante la fuerza misteriosa de nuestra sangre. Y lo que hay de singular en él carácter de los italianos es precisamente esto: que su consciencia moral únicamente se, manifiesta ante la sangre. Pues todo está subordinado al sagrado respeto de la vida humana. Ninguna ley ni ninguna necesidad conseguirán nunca hacer de los italianos un pueblo sanguinario: siendo, la nuestra, una civilización incruenta, en la que la justicia, la libertad y la dignidad se apoyan en el respeto de la vida humana, no del alma humana. Allá donde las ideas, las costumbres, los sentimientos y los intereses están dominados por este sagrado respeto, donde ningún delito es considerado más nefando que el homicidio. Lo que impulsa a este pueblo, tanto a las cosas grandes como a las pequeñas, no es el cálculo, la mente mezquina, el mezquino interés, la fría y ávida especulación, sino esta fuerza roja y viva que late en nuestros pulsos. Hay también entre nosotros, y no sería natural que no los hubiese, los que obran por ambición, por interés o por maldad. Sin embargo, son, por fortuna, raros, y tened cuidado con el pueblo que conserva y guarda intactas la fuerza y la gentileza antiguas, con recelo y con desprecio, y esperad de él toda clase de iniquidades y de traiciones.

Los italianos no son nunca esclavos de las ideas ni del dinero, pero sí de las pasiones. Y son pasiones italianas los celos, la obsesión del honor, el amor de la madre, de la familia, de la tierra, no el juego, el vino, la lujuria, la gula, las riquezas. Por esto no perdonan los delitos cometidos por cálculo, por ambición o por avaricia; o, como dicen ellos, «a mente fría». En cambio, perdonan los delitos cometidos «a sangre caliente». Ni siquiera los más míseros, los más desheredados y los más ciegos en los cuales la consciencia moral está como sepultada, no son nunca esclavos del hambre o de la avaricia, pero lo son de su propia sangre, que es la única esclavitud que aceptan libremente, como si fuese un estado de naturaleza o un estado de gracia. En esta dulce

y severa señoría transcurre su existencia, se condenan al Infierno o se preparan para el Paraíso. Su ley está en sus venas. Fuera de esta ley, nada hace presa sobre su destino: ni la razón, ni el miedo, ni ninguna especie de esperanza.

Todo lo que hacen los italianos está en armonía con su sangre. No se desposan con las ideas, no se abandonan a los sentimientos, más que cuando se fundan en él respeto de la vida humana. De aquí nace aquella piadosa comprensión suya de los sufrimientos físicos de los demás. Los sufrimientos morales los desprecian soberbiamente e incluso parece, alguna vez que gozan con ellos, especialmente con los de los demás, y no por maldad, ni por envidia, ni por ningún otro mezquino sentimiento sino por un profundo sentimiento de justicia, por experiencia de la maldad y de la bajeza humanas. Porque saben que los hombres merecen toda clase de humillaciones, de vergüenzas y de desesperaciones.

Al respeto de la vida humana sacrifican todo concepto o sentimiento: incluso sabiendo, cuando sea necesario, hacer pagar cara la propia vida. Por esto admiten y justifican cualquier forma de violencia moral, pero no reconocen ni justifican ninguna especie de violencia física. Este antiguo y sagrado horror de la sangre, que se manifiesta en todos sus actos y en todos sus pensamientos, es precisamente lo que hace de los italianos el pueblo más culto de Europa, el que ha sacrificado al respeto por la vida humana durante siglos enteros todo otro principio e interés, buscando y finalmente encontrando una compensación a sus males y un consuelo a su consciencia moral, en una dignidad y una libertad superiores, fundamentadas en el amor de la familia, del trabajo, de la paz, de la justicia y de las obras de civilidad.

La sangre me produce horror. Un horror que nace de una experiencia que no es solamente mía, sino de toda mi generación. Y sólo por esto tiene valor. De esta experiencia son frutos las narraciones que he reunido en este volumen y que son la historia de mis primeras intuiciones, descubrimientos y revelaciones de las leyes misteriosas de la sangre, como del lento y doloroso trabajo que me ha permitido conquistar sobre mí mismo el supremo equilibrio de la sangre y de la consciencia, en lo que consiste la dignidad del hombre y de los pueblos verdaderamente civilizados. Esto es la historia no de mi vida, sino de mi consciencia. Y si algunas de estas páginas parecen crueles, piensen que no las he recogido para complacerme morbosamente con unas imágenes crueles, sino para demostrar como es posible, a través de las más dolorosas experiencias, llegar a una suprema y libre consciencia de sí mismo, del propio pueblo y del propio tiempo.

Prefacio a la primera edición italiana.

Forte dei Marmi, 1937.

PRIMERA SANGRE

De muchacho, habiéndome una vez hecho un profundo corte en la palma de la mano al romper una caña, la vista de mi sangre me produjo un susto atónito y feliz. Era el mes de junio, un mes profundo, el más profundo de todos los meses. Por la noche, ríos de luciérnagas discurrían dulcemente por entre el trigo, dejando en el aire un sabor de miel. Por la mañana, de los campos de amapolas, se levantaba una niebla roja, una somnolencia bermeja, que daba a los segadores la incierta y aletargada lentitud de los gestos de los sonámbulos. Los bosques de cipreses y los cañaverales a lo largo del río resonaban con voces misteriosas, la felicidad del verano se anunciaba con extraños prodigios, una oscura magia daba movimiento y voces a los árboles, a las estatuas, a las casas, a los montes. Durante aquellas noches cálidas y perfumadas las estatuas de Michelozzo, de Donatello, del Tacca, se ponían a hablar quedamente entre ellas, se movían lentas y soñolientas, caminaban de puntillas, y los angelitos esculpidos en el pulpito que hay en la esquina del Duomo se deslizaban por el arranque de la fachada, se perseguían por las escalinatas y una sangre rosada y tibia corría por sus venas bajo la blanca piel de mármol. El amanecer recomponía sus gestos en la inmovilidad de una estática espera. Por las tardes soleadas, el estupor de la canícula adormecía los perros errantes, los caballos de los coches, los mendigos, los palomos, los negros sacerdotes apoyados con los ojos cerrados en las puertas de las sacristías. Los misterios, los secretos, la magia del verano se abrían y maduraban inesperadamente bajo un sol denso, como frutos y flor hinchados de sangre.

Lo que más me inquietaba, desde que tenía tres o cuatro años, era sentirme rodeado de hechos misteriosos. «¿Quién ha hecho la pared? ¿Quién ha hecho el caballo? ¿Quién ha hecho el carro? ¿Quién ha hecho el cielo?» Mi pobre nodriza, Eugenia Baldi, que me hacía de madre en su casa del Soccorso, fuera de la Porta Santa Trinità, no se cansaba nunca de contestar a mis continuas e insistentes preguntas: «La ha hecho el albañil, lo ha hecho la yegua, lo ha hecho el carrero.» Y cuando tenía que contestar por centésima vez quién había creado el cielo, decía: «Lo ha hecho Dios.» Y yo preguntaba: «Y a Dios, ¿quién lo ha hecho?» «Nadie, Dios se ha hecho solo.» «¿Y por qué no lo ha hecho su mamá?» «Porque no tenía ganas.» «¿Y por qué no tenía ganas?» «¡Para no echar al mundo una calamidad como tú!», gritaba mi nodriza perdiendo finalmente la paciencia, y me daba un pescozón que me hacía permanecer con la boca cerrada por lo menos media hora. Únicamente una vez no contestó a una pregunta mía y se quedó callada y

turbada. Fue aquel día en qué encontraron una muchacha tendida en el suelo, con las piernas abiertas, en un campo de trigo cercano a la acequia, despeinada y llena de arañazos, sujetando con los dientes un hilillo rojo que le bajaba por el cuello. Allí se había reunido un pequeño grupo de curiosos esperando la llegada de los *carabinieri*, del médico y del juez. «¿Por qué la han matado?», pregunté a mi nodriza. Me miró con tristeza y sin contestarme me llevó a casa. Más tarde (yo la espiaba) oí que decía a una mujer que en Patro no se había visto nunca una cosa semejante, desde que ella había nacido.

Y todo esto fue lo que conseguí saber de aquel suceso misterioso.

Yo sentía curiosidad por todo, y mi avidez de penetrar los misterios de que me sentía rodeado se veía agudizada, además, por un oscuro sentimiento de una particular injusticia de la naturaleza hacia mí. Me sentía excluido de la vida de los demás niños, de los animales, de las plantas, como si la sangre que corría por mis venas fuese distinta de la que corría por las venas de los perros y de los juncos, bajo la corteza de los árboles y bajo la piel de mis compañeros de juegos.

Me hice un profundo corte en la mano y la vista de mi sangre, me hizo permanecer absorto y feliz. No sentía dolor, sino más bien una extraña languidez que de la mano me subía lenta y dulcemente por el brazo y me inundaba la espalda, la garganta y el pecho. Tenía nueve años y empezaba ya a darme cuenta de la fuerza misteriosa y terrible que late en el pulso de los seres humanos. Y hacía ya mucho tiempo que se había descubierto poco a poco en mí una casta simpatía por la sangre. Una simpatía que no tenía nada de morboso, ni de cruel, siendo lo contrario de aquella natural repugnancia por la sangre que en los chiquillos acompaña algunas veces la crueldad y es una especie de sádico horror. Me repugnaba mostrarme feroz con los animales, perros, gatos, lagartijas, sapos, pájaros, ratones, insectos, como veía hacer a los demás niños durante mis correrías por los cerros de la Sacca y del Fossino y por las riberas del Bisenzió. Con frecuencia me rebelaba en defensa de los pobres animales, y no eran pocas las veces que aquellos pequeños verdugos desahogaban en mí sus instintos crueles. La sangre que brotaba de mi nariz a causa de los golpes, porque era yo solo contra muchos, mientras inspiraba terror a aquellos mal educados y les hacía desistir y huir asustados, despertaba en mí una infinita dulzura. El sabor de mi sangre figura entre los recuerdos más vivos y queridos de mi infancia, con el olor del enebro y el tomillo, con el canto de las cigarras, con la vista de la campiña verde y roja bajo la canícula.

Recuerdo que una tarde, en el foso de San Martino, cerca de la fábrica de pastas de Gatti, fue encontrado muerto un joven sastre de Filèttole. Lo había matado a cuchilladas, como se supo después, un campesino cliente suyo por unas liras. «Lo ha agujereado como un colador», decía la gente. Toda aquella sangre que se mezclaba con el cieno graso y verdoso vomitado por el desagüe de la fábrica, un fango fétido y caliente, con algunas blancas venas de harina, me atraía extrañamente. Hubiera querido ayudar también a sacar aquel muerto del foso, para poder tocar con las manos aquella, sangre tan diferente de la mía, mucho más oscura y densa. Otra vez la muerte, a la cual asistí desde detrás de la verja de nuestro jardín, de un perro rabioso, que algunos carreteros habían acorralado con los mangos de sus látigos, me llenó de horror. Me puse a gritar, a llorar, quería correr en defensa del perro que se revolvió brutalmente mostrando unos dientes amarillos y esparciendo a su alrededor una baba espumosa y rojiza. Tenía los ojos claros, tan claros que parecían vacíos. Pero la verja estaba cerrada, y yo lloraba y gritaba sacudiendo los barrotes de hierro y únicamente me calmé, de pronto, cuando vi asomar por la frente de la bestia un hilillo de sangre. Al ver la sangre

me invadió una especie de sueño, un cansancio dulce. Una paz resignada. Aquella noche soñé que el perro iba andando errante por el campo, bajo una luna de junio, con aquella estrella roja en medio de la frente. De vez en cuando se paraba, miraba la luna y ladraba tristemente. Y sin embargo, parecía feliz, alegre por el trigo, por el dorado riachuelo de luciérnagas, fijando en mí dos ojos húmedos y claros, dos ojos agradecidos y contentos.

Ésta es mi sangre, pensé. De la frente brotaba un tenue hilillo bermejo y tenía toda, la mano roja, una ola caliente corría por mi pulso y yo pensaba en la fuerza misteriosa que corría por mis venas, en aquel río denso, purpúreo, ardiente, que me latía en los pulsos. En aquel ardor vivo que poco a poco parecía extinguirse y que, de repente, avivándose, revelaba un fuego más cerrado, pero más violento. Me pregunté por qué no podía ser la misma sangre que corre por los árboles, por las plantas, por las venas de los animales. Me puse a cortar un junco con mi cortaplumas, una rama de retama, a hacer una incisión en la corteza de un árbol; y aquel jugo gomoso, aquella linfa prematura, era incolora, débil, fluida, en comparación con mi sangre. Si yo hubiera podido transferir a las plantas, a los animales, a La hierba aquella fuerza que me impelía desde las sienas, aquel misterioso ardor, aquel jugo lleno de instintos, de impulsos, de deseos, ¡cuánto más viva y humana hubiera parecido la Naturaleza! Los árboles hubieran echado a andar moviendo las ramas como brazos. Desde los cerros del Fossino, de la Sacca y del Spazzavento los cipreses y los olivos se hubieran encaminado hacia el Bisenzio, hacia el agua reluciente, verdosa, que corre por entre los cañaverales, hubieran ido de cerro en cerro, de orilla a orilla, como personas vivas, como seres humanos.

Me levanté, y con la mano sana cogí una piedra caliza y la partí contra la roca. Dentro no había ni una gota de sangre. Permanecí triste y decepcionado. Un nuevo misterio se me revelaba por primera vez. Me encaminé humillado siguiendo el Bisenzio, las cigarras cantaban roncas en el mediodía polvoriento, caminaban sobre las márgenes del río por entre los cañaverales susurrantes, y una tímida congoja me pesaba sobre el corazón. Cuando hube llegado a Canneto, frente a Santa Lucía, donde está la villa de los Rucellai, vi venir hacia mí por una senda un muchacho que arrastraba un perro atado con una cuerda al cuello. El perro cojeaba, estaba lleno de costras y, de vez en cuando, se paraba en seco apuntalando las cuatro patas, trataba de liberarse del yugo dando un tirón y permanecía inmóvil, jadeante, con la cola baja, mirando a su alrededor con unos ojos opacos, llenos de legañas amarillas. Me di cuenta de que era todo él una llaga y que de una herida en el muslo le brotaba un hilo de sangre. Aquella visión me causó una especie de pasmo feliz, la presencia de la sangre me hacía más claro el cielo, más mórbido el perfil de las colinas, más quieto el aire, más reposada la estridencia de las cigarras y el relincho de los caballos de los areneros en las orillas del Bisenzio, más grato el olor del trigo maduro y aquel aroma áspero de cipreses y de tomillos que daba peso al aire denso y compacto, estriado por las profundas rasgaduras del bochorno.

El muchacho se había detenido a pocos pasos de mí y me miraba con una curiosidad hostil e indolente. Por la manera como me miraba, y por la mirada indiferente que dirigía de vez en cuando al pobre animal, comprendí que lo llevaba a la pesquería de Santa Lucía. «¡Suéltalo!», le dije de repente en voz baja. El muchacho me miraba fijamente, parecía sordo, no me oyó, no me contestó, no se movió. Sólo tuvo un ligero temblor en los labios, un gesto de incertidumbre y de arrepentimiento en la mano que sujetaba la cuerda. Después, poco a poco, se agachó y soltó al perro y se alejó en silencio arrastrando la cuerda por el suelo. Cuando estuvo lejos se volvió, volvió la cabeza con un gesto ceñudo y triste, bajó de la calzada y se alejó lentamente por los campos.

El perro se había quedado inmóvil, con la cola baja y las orejas colgando. Despedía un hedor graso y amargo. Tenía una ceja partida por una pedrada, una llama páfida y cruel le ardía en los ojos. Me miraba con desconfianza y, de vez en cuando, abría la boca, orlada por una horrible franja de encías negras, mostrando los dientes amarillos y agudos. Se veía que estaba a punto de lanzarse sobre mí, esperaba un gesto mío, una palabra. De repente, sintió el olor de mi sangre. Levantó de nuevo la cabeza, enderezó las orejas, echó todo el cuerpo adelante como si hiciese un esfuerzo por desatarse de una gruesa cadena de un temor, de un afecto. Husmeaba el olor dulce de mi sangre, me miraba la mano y un temblor convulsivo le recorría el espinazo como una caricia. Se acercaba cauteloso, moviéndose rígido, a sacudidas tembloroso, como si se sintiera impelido por una sed ciega, por una extrema esperanza o por un llamamiento profundo. Alargó el hocico hacia mi mano, empezó a lamerme con los ojos cerrados los grumos de sangre de los bordes de la herida, y en el acto la sangre empezó de nuevo a correr por el puño. Yo sentía la caricia tibia de la sangre y de la lengua, y poco a poco una extraña dulzura me inundó el brazo y me subió al rostro. Era un reposo, una serena fatiga. Eché a andar por la orilla del río, y el perro me seguía, mirándome de vez en cuando con los ojos absortos y lejanos. Yo sentía en el fondo de mi corazón una paz gozosa. La Naturaleza me había revelado su último, su más profundo secreto y una misma sangre corría por las venas de las plantas y de los animales. Había algo de fraterno en la mirada del perro, en la caricia de las frondas sobre mi rostro. Y ya el cielo se teñía, por Occidente, de aquel reflejo sanguíneo que hace tan vivo y humano el cielo de los hombres.

Hacia el atardecer, en los días calurosos, las muchachas de Coiano iban a sentarse a la orilla del río. Los cerros estaban amarillos de retama y el rosado resplandor de los muslos desnudos temblaba en el agua transparente. Un día, el sol estaba ya bajo, me había echado a dormir en el cerro del Fosino, en el bosquecillo de cipreses, cuando me despertó un sonido de voces jadeantes. Eran dos muchachas, las hijas del carnicero, una de las cuales, la rubia, se llamaba Noemí. Habíanse sentado de frente, a unos diez pasos una de otra, y me parecía que se acariciaban el vientre mirándose con ojos ávidos y relucientes. En un momento dado empezaron a gemir. Yo tenía miedo y temblaba. Noemí se tumbó sobre la hierba con los ojos cerrados, y yo, temiendo que se muriera, me puse a llorar. Entonces la otra, una morena gorda con el rostro encendido y sudado, se acercó a mí, me cogió la cabeza entre las manos, me restregó el vientre desnudo por la cara y empezó a darme puñetazos en la cabeza y a arañarme la cara gritando con voz ronca: «¡Sucio! ¡Puerco! ¡Sucio! ¡puerco!» Noemí se había puesto de pie y dijo: «¡Anda, vámonos! ¡Déjalo!» Yo lloraba, me salía sangre de la nariz y la muchacha gorda se fue detrás de Noemí, volviéndose de vez en cuando para mirarme extrañamente con una expresión de tristeza.

Por la noche, después de cenar, nos encontrábamos detrás de la Fortezza di Barbarossa donde, a lo largo del paredón que entonces unía la fortaleza a los muros de la ciudad, corría una acequia llena de fango negro. Torcuato, que tenía algunos años más que nosotros y trabajaba de mozo en la carnicería, venía trayendo algunas veces un gran trozo de carne roja debajo de la chaqueta con una orla de grasa amarilla. Ponía el trozo de carne sobre el muro de la acequia, sacaba del bolsillo un cuchillo de muelles, de hoja recia y larga, y mirando a su alrededor con aire receloso, decía en voz baja: «Ahora os enseño yo...»

Parecía que experimentase un misterioso placer palpando aquella carne húmeda y blanda que se adhería a las yemas de los dedos como una pasta. La agarraba con las dos

manos, la levantaba en alto, la dejaba caer dos, tres veces, con un golpe sordo sobre el pretil de la acequia, se ponía a golpearla con la mano abierta, y aquel «chaf... chaf...», suscitaba en nosotros, chiquillos, primero una sensación de alegría, después, poco a poco, una turbación extraña, mezcla de miedo y de vergüenza. De repente, Torcuato empuñaba el cuchillo. Con el arma en la mano, el sombrero de través sobre la frente baja, un mechón de pelo sobre el ojo como una venda negra, una sonrisa tímida y cruel en los labios pálidos, y aquel resplandor siniestro en la mirada ceñuda, parecía un asesino. Torcuato levantaba el brazo, el cuchillo relucía con el reflejo verdoso del farol de gas, se veía un relámpago rápido y la hoja se hundía sin ruido en la masa informe de carne. Torcuato tenía unos dientes roídos y negros, y en el momento en que el cuchillo penetraba en la carne, sus labios se abrían y sus dientes despedían un destello opaco. Después la hoja, hundida en la herida hasta el mango, empezaba a cortar la carne, moviéndose despacio, con una lentitud estudiada. Cada vez que encontraba un nervio, se oía un leve ruido, y nosotros, chiquillos, nos mirábamos pálidos de miedo. Al llegar al borde de grasa, el cuchillo se detenía, permanecía un instante inmóvil y se ponía a temblar, a oscilar, apretado estrechamente entre los labios de la herida que se adherían tenazmente al acero. Después lo sacaba despacio, despacio, de la llaga. Yo experimentaba una vaga sensación de asco, pero Torcuato debía encontrar en aquellos gestos y en aquella visión (la hoja que salía lentamente de la herida) un agudo y singular placer, ya que apenas había sacado el cuchillo, volvía a hundirlo con violencia en la carne y repetía los gestos de antes, cerrando los ojos, extasiado y jadeante. De repente, sacaba el cuchillo, lo ponía sobre el muro y metiendo los dedos en la herida, alargaba los labios hacia ella, inclinándose para mirarla. Las manos le temblaban, movía la boca balbuceando palabras incomprensibles y me parecía oír algunas veces en aquel balbuceo confuso, un nombre de mujer, algo así como «Nannina... Nannina...»

PRIMER AMOR

En un recodo del sendero, apenas pasado el cementerio de Santa Lucía, se me aparecen los cipreses de la Sacca. Hace muchos años que no vengo a saludarlos. Siento, con horror, que me vuelvo niño y poco a poco, sin darme cuenta, apresuro el paso, corriendo hacia ellos. Así penetro en el bosque de cipreses que desde la villa de los Da Filicaia se extiende hasta la de los Fossombroni y, a medida que voy entrando en la sombra olorosa de resina amarga, me nace en el corazón una tristeza vil.

Pero apenas me vuelvo y me veo otra vez chiquillo, allá abajo, en el fondo de los años tristes de la infancia, se apodera de mí una sensación de inquietud y humillación. Siento miedo y repugnancia de mí, de chiquillo. En mí, como hombre, tengo confianza. Conozco mis secretos, mi fuerza, las zonas oscuras y las zonas luminosas de mi espíritu, lo que hay en mí ya muerto y lo que hay todavía vivo. Sé como engañarme, como refutarme. Pero de mí, de chiquillo, ¿qué conozco? Un espectro enfermizo. En la vida de todo hombre no hay nada más secreto y más misterioso que la inocencia y la castidad de la infancia. Todo lo impuro que aparece en la superficie, de vez en cuando, en nuestros gestos, en nuestras ideas y en nuestros sentimientos, nos viene de aquella edad turbia y desgraciada. Dentro de todo hombre hay un niño muerto: un embrollo de temores, de instintos, de sentimientos corrompidos y deshechos. Cierro los ojos y me vuelvo a ver niño andando por estos cerros, bajo estos cipreses y estos olivos, y los grillos chirrían en el borde de los prados, las cigarras cantan agarradas a la corteza negra y rugosa de las vides; las serpientes se deslizan por entre las piedras, y del Abatoni, de la fábrica de Franchi, llega el jadeo de un motor, el estertor de una bestia agonizante. He

ahí, delante de mí, el niño que yo era. Me veo pararme y escuchar el chirrido de los grillos, el canto fúnebre de las cigarras, inclinarme a hurgar la hierba roja y azul, coger las flores amarillas de la retama, descubrir los cangrejos debajo de las piedras sumergidas en el agua transparente y fría del Rianoci, comérmelos crudos, chupar la pulpa tierna y blanca. Miro a mi alrededor y veo que nada ha cambiado. Los pájaros zumban como colmenas, el sol al ponerse se refleja rojizo sobre el suelo gris de las eras, en las hojas plateadas de los olivos, y las primeras sombras de la noche ascienden lentamente del valle del Bisenzio por los flancos desnudos del Spazzavento, con un paso ambiguo de araña, los pájaros vuelan bajos y un mórbido sueño cae del cielo.

He vivido durante tantos años prisionero entre estos montes, entre estos árboles, dentro de este horizonte demasiado breve para mi ansia infantil, que al antiguo furor agita el antiguo odio. Me siento otra vez inesperadamente humillado por el recuerdo de aquella primera esclavitud. Me avergüenzo de haber sido niño. Quisiera, con un gesto, liberarme del niño muerto que llevo dentro, con aquel mismo gesto con el cual me liberé, entonces, del ser misterioso que ya empezaba a formarse en el fondo de mi conciencia. Fue precisamente allí, bajo aquellos cipreses, entre aquellas matas de retama donde blanquean como un cielo estrellado las flores de la cicuta. Era la hija de un carretero de Santa Lucía, una muchacha de cabello rojo, una enorme cabeza encrespada, una frente blanca sembrada de manchitas amarillas. Tendida en la hierba, dormía. Al principio, no me di cuenta de su presencia, pues yo andaba respirando el aire denso de resina, aquel polvo verde que se levanta en los bosques durante el crepúsculo. Eran los últimos días de primavera, la tierra despedía un aliento cálido, un hálito de vaca enferma. El cielo parecía resquebrajado, como un espejo antiguo descolorido, y los árboles y los montes se reflejaban en él boca abajo, como en un lago. Los cipreses, bajo el viento, despedían un sonido extraño y las hojas de los olivos, al chocar unas con otras, producían un tintineo de conchas.

De repente se me apareció la muchacha echada boca arriba, con las manos cruzadas debajo de la nuca. Tenía el semblante cerrado, inexpresivo, lejano. Era un dormir desprovisto de sueños, una especie de éxtasis perezoso e inconsciente. Se había quitado la ligera blusa de algodón y sus brazos desnudos se hundían mórbidos en la hierba de un verde reluciente. De sus axilas brotaban dos tufos de pelo rojo. Un olor acre y violento de sudor me quemaba el olfato. Respiraba con dificultad y la sangre latía en mis sienes con un golpear que parecía un grito. Aquella cabellera roja, aquella frente blanca iluminada de pecas amarillas me habían producido siempre un aturdimiento febril. La veía pasar todas las tardes por delante de la verja de nuestra villa, tomar el callejón que sube hasta el cerro de la Sacca, caminar con aquel paso suyo, ondulante y amoroso. Una sensualidad ya madura se desprendía de su seno todavía acerbo, de sus caderas lisas, de los hombros anchos y huesudos. Yo la seguía largo rato con la mirada y una extraña inquietud hacía temblar mi corazón. Era un dulce terror y una ternura tímida y atemorizada. Los campesinos y los carreteros le dirigían en voz baja palabras misteriosas con un guiño equívoco en los ojos y una expresión de malicia en el semblante. Yo me sentía atraído hacia ella, empujado hacia ella por una fuerza oscura a la cual trataba de resistir con una especie de temor.

Era aquella misma fuerza por la cual me había sentido atraído la primera vez que vi un muerto, en la capilla mortuoria del cementerio de Santa Lucía. Era una campesina todavía joven, y todos le llevaban flores. El ataúd sin tapa estaba cubierto de flores de retama. Yo había entrado de puntillas, sin atreverme a acercarme al ataúd, y, sin embargo, una extraña fuerza me empujaba hacia la muerta. Andaba a pasos cortos, inclinado hacia delante, jadeante, en un silencio helado y profundo. Todos me miraban y

yo me daba cuenta de todos mis gestos, de cada paso que daba. Me parecía verme en un espejo empañado, sentía miedo y curiosidad de lo que hacía. Hubiera querido detenerme, volver atrás, pero no podía, un ávido temor me empujaba hacia delante. Era como si la muerta me llamara por mi nombre, en voz baja, moviendo apenas los labios blancos, mirándome por debajo de los párpados entornados. Incluso en sus manos cruzadas sobre el pecho había una especie de llamada, una invitación. De repente alargué la mano hacia aquel rostro de cera, como para golpearlo, alguien en aquel instante me agarró el brazo, oí un grito, mi grito, voces apagadas a mi alrededor, un rumor de pasos y me encontré fuera, al aire libre, tendido en el suelo, temblando y llorando.

La muchacha dormía, el viento le había levantado las faldas más arriba de las pantorrillas, y aparecía la carne firme y sonrosada del muslo, cubierta por una leve pelusilla de color de cobre. Me veo aun escondido detrás de unas matas, agachado, jadeante, con la mirada opaca y fija. Siento miedo y asco de aquel muchacho, siento que la vista de la mujer dormida le sube por las venas con un ansia cruel, un furor lúcido y preciso. Me doy cuenta de que una fuerza irresistible está a punto de vencerlo, una violencia cálida y roja, un instinto de revuelta y de liberación. O el primer instinto del delito. Miro a mi alrededor: el lugar está desierto, es el mismo sitio, la misma hora. Estoy solo, solo delante de aquel muchacho que yo era, del que siento vergüenza y miedo. Quisiera correr a su encuentro, arrastrarlo y hacerlo salir conmigo antes de que pueda llevar a cabo la acción que ya veo insinuarse en el aire duro y reluciente. Es aquel gesto por el cual se apodera inesperadamente de mí el antiguo horror, pero un horror que lleva en sí todavía una sombra de orgullo, de pudor herido.

De repente veo al muchacho inclinarse, coger una piedra, lanzarla con toda su fuerza contra la muchacha dormida. La piedra le da en la frente, la mujer se incorpora en el acto sobre los codos, un aullido le sale de la boca y un chorro de sangre inunda su rostro. El muchacho permanece inmóvil, de rodillas, durante unos instantes, con una sonrisa cansada y decepcionada en sus labios exangües. Después se aleja poco a poco, huye lento y cauteloso por entre la retama, se detiene, apoya la frente en el tronco de un ciprés y un temblor convulsivo le sacude las manos.

El sol, entretanto, ha desaparecido y el aire tiembla alrededor de las hojas inmóviles. No corre ni un soplo de viento, pero el aire tiembla. Los perfiles de los montes palidecen lentamente disolviéndose en la carne viva del cielo. De pronto el chiquillo se vuelve y me mira. Soy yo, me reconozco, soy yo aquel chiquillo pálido, de frente ansiosa, de ojos opacos y tristes. «¡Fuera! ¡Fuera!», le grito agachándome para coger una piedra. El muchacho me mira fijamente con una intensa expresión de piedad, y yo poco a poco me siento humillado por la piedad de aquel niño, siento el remordimiento de haber tenido miedo y vergüenza de él, quisiera pedirle perdón. Le estoy agradecido por haberme salvado, con aquel gesto, del demonio del delito, de haberme liberado para siempre de aquella misteriosa esclavitud que hace del amor el sentimiento más cercano a la esperanza y a la humillación de la muerte.

JUEGOS DELANTE DEL INFIERNO

El día en que Agenor desapareció dejando el sombrero y la chaqueta a la entrada de una cueva en el borde del pinar de Galceti, nació dentro de mi corazón una oscura fantasía. ¡Ah, poder bajar vivo a los infiernos como Agenor!

Entonces nosotros vivíamos en Coiano, en una villa que daba a la misma carretera real, y de todos los carreteros del valle de Bisenzio, Agenor era el más joven, el más alegre, nuestro mejor amigo. Cuando pasaba por delante de la villa hacía restallar el látigo, saludándonos desde lo alto de su carro lleno de piezas de lana, de balas de trapos, de garrafas de ácido sulfúrico. Y una vez que una garrafa se rompió y el líquido se derramó por el lomo del caballo, que se llamaba Pantera, quemándolo de una manera atroz, Agenor se puso a gritar y a llorar, abrazado al cuello de Pantera, tan fuerte que lo oímos desde nuestro jardín. Tuvieron que llevárselo en vilo gritándole en los oídos para que no oyera los relinchos del caballo moribundo. Desde aquel día Agenor desapareció, y la gente contó que había bajado vivo al infierno, detrás de su caballo muerto, por la misma cueva por la que, según se cuenta, bajó el Dante a las entrañas de la tierra. Y aun hoy, los pratenses van los domingos a merendar delante de aquella gruta, y sentados en la hierba, en torno a los paquetes de salchichón y de morcillas y de las botellas de vino de Filéttoli; recitan a porfía los versos del Dante; pero en toscano, como el Dante los escribió.

Una mañana, no sé cómo fue, los tres hermanos nos encontramos en la orilla del Fosso della Bardena, delante de la cueva del Dante y de Agenor. Caminaban entre los pinos, por la selva verde, uno tras otro, solitarios y mudos, los jóvenes frailes del vecino convento de Galceto. Algunos bajaban a la Bardena a buscar agua con sus relucientes cántaros de cobre, otros por entre las matas cogían bayas de enebro y hierbas olorosas, otros flores para el altar, y otros caminaban con la cabeza alta como si contemplasen en el cielo una aparición milagrosa, pero era para mirar por entre las ramas los nidos de los pájaros. Imitaban el gorjeo de los verderones y las alondras, llamándolos y respondiendo, lanzando por la hierba puñados de mijo que, escurriéndose por entre los dedos, caían como una lluvia de oro y el viento matutino lo desparramaba a su alrededor. Por entre la selva se oían, como a enorme distancia, los golpes sordos de las hachas sobre las ramas y los troncos que los leñadores cortaban para aclarar la maleza y dar aire a los jóvenes pinos. Y a cada golpe los frailes inclinaban la cabeza, como si sufriesen en su carne las heridas que el hierro hacía en la madera viva. Por las venas de mármol verde que asomaban por entre la hierba, legiones de hormigas caminaban en procesión arrastrando granos de trigo como estandartes de oro y simientes, pajita y fragmentos de hojas. Una rosada inocencia relucía en el aire, y no era únicamente luz, sino sonido, olores, sabores.

De repente nos encontramos delante de la boca del infierno y nos detuvimos, ansiosos y atemorizados.

—¡Agenoor! —gritó mi hermano Sandro asomándose a la cueva.

Un eco profundo y remoto le respondió.

—¡Agenoor! —repetimos a coro.

La gruta se hundía en las entrañas de la tierra en una densa sombra secreta. Poco a poco, los ojos, acostumbrándose a la oscuridad, veían surgir del fondo extraños resplandores y era el reflejo del sol que dando en los troncos o resbalando sobre la alfombra de agujas de pino, hacía relucir en las paredes de mármol verde escamas plateadas, como de peces deslizándose por un agua oscura. Mi hermano fue el primero en penetrar en la gruta y nosotros lo seguimos. En el interior el aire era frío, se oía un gotear lejano, un leve susurro.

—¡Agenoor! —volvió a gritar Sandro.

Pero asustado por su propia voz, que resonaba de una manera terrible, se volvió para huir, tropezó con nosotros y los tres rodamos uno sobre otro fuera de la cueva.

En la orilla de la Bardena, a pocos pasos de nosotros, se había reunido un grupo de muchachos que al oír el ruido de nuestra fuga se volvieron y se quedaron mirándonos, sorprendidos. Mi hermano, avergonzado, se excitó y empezó a hacernos reproches, diciéndonos que teníamos miedo del infierno y se burlaba de nosotros. Los otros le hicieron coro y se reían. Mi hermana María, que era la más pequeña de todos nosotros, se echó a llorar y uno de aquellos muchachos, que llevaba en la mano un cuchillo de cortar mimbres para atar las vides, vino a nuestro encuentro. Era un muchacho alto y flaco, de labios pálidos, ojos negros y burlones. Cuando estuvo cerca mi hermano le preguntó amablemente qué hacía allí, en el río, y si quería jugar con nosotros. El otro contestó que estaban cogiendo cangrejos y se reía. Eran todos hijos de campesinos y leñadores de los alrededores, tenían sus casas diseminadas por las laderas de las colinas, en la ribera opuesta de la Bardena. Iban descalzos, medio desnudos, con el cabello enmarañado, los ojos muy grandes, llenos de manchitas blancas y la boca ancha. Nosotros nos pusimos también a pescar cangrejos, y nunca un juego me pareció más divertido.

En los sitios donde la corriente, al reparo de gruesos peñascos, formaba breves espejos transparentes, nos metíamos en el agua hasta la rodilla y levantando las piedras, especialmente las llanas y lisas, veíamos huir caminando de costado pequeños cangrejos de dorso negruzco y rosado. Otros dábamos caza a las lagartijas; tendidos en el suelo al sol, permanecíamos inmóviles y mudos, con la mano abierta, prontos a aferrar la presa. Las lagartijas se asomaban por el borde de las piedras, se detenían para mirar a su alrededor, con más curiosidad que recelo. Primero se veía apuntar la cabecita triangular, relucir sus ojos de vidrio, negros y redondos. Movían la cabeza de un lado para otro, a sacudidas, y después, de repente sacaban una patita de cocodrilo, delicada y monstruosa. La mirada quedaba en seguida captada por la aparición de algo blanco y blando que era el vientre, que salía como un rayo de luna del borde de la roca de mármol verde y palpitaba por la respiración, latiendo como una gruesa vena henchida de leche. La lagartija fingía ir tomando poco a poco confianza con el cazador, se le acercaba despacio y después, de repente, salía huyendo. Pero la mano rápida se apoderaba de ella y el animalito se agitaba entre los dedos, abría la boca y miraba en torno, asustado.

Cuando hubimos capturado una docena de cangrejos y algunas lagartijas, formamos un tribunal para decidir la suerte de los prisioneros. Las lagartijas fueron condenadas a perder la cola. Y las colas se partían incluso antes de que nuestros dedos las rozasen, caían sobre la hierba donde empezaban a retorcerse, y retorciéndose huían. Parecía como si quisieran correr a dar la alarma al mundo de las lagartijas diseminado por el bosque. Después, cuando este juego nos cansó, dejamos a los animalitos en libertad. Pero no se movieron de las rocas y los troncos donde los habíamos dejado, y nos miraban, sin que al parecer tuviesen tan sólo algo que reprocharnos. Finalmente se marcharon en busca de sus colas y desaparecieron bajo la hierba. Entonces el muchacho que tenía el cuchillo condenó a mi hermana María a comerse una lagartija viva.

María se echó a llorar. Sandro protestó diciendo que había que atenerse a lo pactado.

—¿Qué pacto? —dijo el muchacho—. No hay ningún pacto entre nosotros.

—Creía que jugábamos —replicó mi hermano—, que lo hacíamos para reír.

—No —respondió el otro, testarudo—. Lo hacemos en serio.

Y sosteniendo una lagartija entre los dedos se acercó a mi hermana.

—¡Cómetela! —ordenó.

María lanzó un grito, pero me extrañó que no tratase de huir y que sus ojos permaneciesen fijos en los del muchacho con una atención sombría.

—Cómete por lo menos la cola —dijo el muchacho rompiendo con una pequeña sacudida la cola del animalito.

En la palma de la mano, sucia de tierra, la cola se retorció como un pececito.

—¡Déjala! —gritó mi hermano, cerrando los puños y dando un empujón al muchacho.

Éste se echó a reír.

—¿No ves que mi hermana tiene miedo? —dijo Sandro.

—¿Miedo? —exclamó el otro—. ¿Es verdad que tienes miedo? —preguntó volviéndose a mi hermana.

—No —contestó María sonriendo extrañamente—, no tengo miedo.

Y tomando entre sus dedos la cola de la lagartija estaba ya acercándosela a los labios, cuando la cola se le escapó y cayó sobre la hierba.

—¿Quieres probar un cangrejo? —dijo el muchacho en voz baja con una sonrisa tímida y triste.

Y arrancando una pata a un cangrejo se la puso entre los dientes. Se oyó un leve crujido. Los demás compañeros empezaron a comerse los cangrejos.

—Pruébalo —dijo el muchacho ofreciendo una pata a mi hermano—. Es buena. Los cangrejos son mejores crudos que fritos.

Sandro se metió entre los dientes un cangrejo y mi hermana y yo comimos también. Eran dulces, sabían a hierba.

—¿Nos bañamos? —propuso el muchacho.

En el acto corrió a desnudarse detrás de unas matas y en un momento estuvo en el agua. Sus compañeros lo imitaron, pero nosotros tres permanecimos sentados en la orilla mirándolos. Corrían por entre los pinos, a lo largo de la orilla, completamente desnudos y su piel relucía bajo el sol. Se echaban al agua, se agarraban a las rocas y se dejaban resbalar gritando y riendo por el lecho de hierbas acuáticas. El sol estaba ya alto, empezaba a hacer calor.

—Tengo hambre —dijo María.

Los muchachos habían vuelto ya a la orilla y en un momento estuvieron vestidos.

—Volvamos a casa, nuestra madre nos espera —dijo mi hermana.

—No, vamos a comer al convento —propuso Sandro.

Y salimos corriendo hacia el convento. Los frailes no querían dejarnos entrar, pero después nos reconocieron y nos dieron un poco de pan, queso de ovejas y un vaso de un vino rosado y picante a cada uno.

—¿Cómo está tu padre? ¿Y la mamá bien? —le preguntó a mi hermano un fraile con una gran barba.

Era el que venía a casa y mi madre le daba aceite, harina y conserva de tomate. Cuando hubimos comido volvimos delante de la gruta y el muchacho que tenía el cuchillo propuso echar un sueñecito sobre la hierba.

—Yo me voy a dormir al infierno —dijo Sandro, que se había bebido también el vaso de vino de mi hermana.

Nosotros nos tendimos a la orilla del río y Sandro se metió en la gruta diciendo que iba a coger al diablo por los cuernos.

—Lo sabes, ¿verdad? —me preguntó el muchacho con aire misterioso—. Es la puerta del infierno. Por las noches se oye andar y llorar.

Mi hermana se había dormido, yo estaba con los ojos abiertos mirando las nubes blancas sobre el cielo azul, naciendo y desvaneciéndose continuamente sobre las altas copas verdes de los pinos. Después, por la orilla opuesta vimos subir un campesino que llevaba un caballo atado con una cuerda. El caballo era cojo, lleno de costras y tenía un enorme bubón en un anca. «¡Lú...!», decía el campesino dando un tirón a la cuerda. El caballo se metió en el agua hasta las rodillas y bebió algunos sorbos. Alzaba la cabeza sacudiendo las crines en las que relucían algunas briznas de heno, hacía girar sus ojos tristes, después miraba el agua verde correr por entre sus patas enfermas y parecía feliz.

De repente, oímos la voz de mi hermano que desde el fondo de la cueva gritaba: «¡Agenoor!» El caballo alzó la cabeza y relinchó. Fue un relincho largo, doloroso, que parecía un grito de mujer. En aquel momento Sandro salió corriendo del infierno pálido como un muerto y dijo que lo había despertado un sonido de voces, entre las que había reconocido la de Agenor, lo había llamado, pero él le contestó con un largo relincho desde el fondo de la tierra, el relincho de Pantera, que reclamaba a su dueño. Huyeron todos asustados a través del bosque, y, dando media vuelta, vi al muchacho que, solo y de pie delante de la boca del infierno, agitaba los brazos en señal de saludo, y en la mano le brillaba la hoja del cuchillo.

MUERTE CONTRARIADA

De niño yo era triste, profundamente desgraciado. No me faltaba nada de todo lo que hace la felicidad de los niños, ni las caricias maternas, ni la sonrisa benévola de mi padre, ni el cariño de mis hermanos, ni la posibilidad de satisfacer todos los caprichos y los deseos de la infancia. Pero sentía, no sé por qué, la atroz sospecha de que nadie me quería. Me parecía ser tolerado en casa como un extraño. Mis ojos eran los de un niño solitario, profundamente tristes. No era que fuese solitario por naturaleza, sino por necesidad. Me parecía vivir en familia como en una prisión. El menor reproche me parecía injusto y me hacía caer en un abismo de tétrica melancolía que con el tiempo se transformó en una cerrada y opaca desesperación. Me sentía perseguido por alguna culpa inexpiable de la cual me sabía inocente. Pasaba las noches con los ojos abiertos, en la oscuridad, y el ruido de pasos por el pavimento de la calle, el crujido de un carro, el paso de un caballo, un ladrido remoto, el lejano silbido de un tren eran para mí oscuros presagios de algún castigo inminente. Había llegado a desear el dolor físico como un medio de mortificación, y al mismo tiempo, de consuelo. En mi fantasía, me humillaba ante mí mismo, imaginándome expulsado de casa, muñéndome de hambre y de frío en una calle desierta, y sentía una inmensa piedad de mí y de mi destino, que ni el afecto de mi padre y de mi madre, ni las caricias de mis hermanos lograban consolar.

Cuando, más tarde, empecé a ir al colegio y franqueé el umbral del «Collegio Cicognini», aquella desesperada tristeza que me dominaba fue haciéndose día tras día más profunda. La novedad de la meticulosa disciplina, de la vida común con unos extraños demasiado diferentes de mí por naturaleza y por educación, me hizo desear con frecuencia la enfermedad o la muerte. Era una inquietud continua, como un

remordimiento, un sentimiento de culpabilidad y de humillación que me quitaba el sueño y me distraía de tal modo durante el día que los reproches de los profesores fueron siendo cada vez más severos y frecuentes, hasta que mi padre amenazó sacarme del colegio si no me dedicaba con mayor amor al estudio.

La amenaza de mi padre era injusta y me ofendió profundamente. Figuraba entre los mejores alumnos de mi clase y nadie era más fuerte que yo en griego y latín, pero estaba distraído, encerrado, taciturno y los profesores y mis mismos compañeros habían acabado abandonándome a mi soledad y mi tristeza, considerándome quizá mucho peor de lo que era razonable deducir de mi extraña actitud. Poco a poco fui dándome cuenta de que me había convertido en un motivo de risa, pero mi condición me parecía llena de dignidad, tanto es así, que al principio no me sentía ni ofendido ni mortificado por su desprecio. Cada vez que un profesor me llamaba por mi nombre y yo, arrancado al sueño por el tono imperativo e impaciente de aquella voz, levantaba la cabeza y miraba a mi alrededor, como si despertara sobresaltado de un sueño profundo, toda el aula se echaba a reír. En aquellos momentos, mi distraída frialdad, mi fría tranquilidad eran quizá más dignas de compasión que de burla. Como ocurre siempre en casos similares, mi actitud había acabado por excitar los más bajos instintos de mis compañeros. Me tendían trampas, me tomaban como pretexto de sus bromas más salvajes. Un día me rebelé contra su tiranía, y lanzándome contra un compañero mío de banco llamado Casieri, que pasaba por ser el más fuerte y era sin duda el más importante de todo el colegio, empecé a golpearle la cara con una regla, y después, agarrándolo por los cabellos, le mordí profundamente en el cuello.

Ya no recuerdo qué ocurrió. Pero sé que me encontré en el corredor, el bedel me sujetaba por un brazo y me empujaba con violencia hacia el gran portal de entrada del colegio. Me encontré aturdimiento en la plaza Cicognini. Era una mañana de junio, una luminosa mañana de verano. De la huerta del hospital llegaba el canto alargado y triste de las cigarras, y de una iglesia vecina venía el coro plañidero de unas mujeres, las golondrinas volaban bajas sobre las tejas rojas de las casas, el golpear sordo de un telar latía en mis sienes y al ritmo de aquellos golpes una voz monótona e insistente percutía dentro de mi cabeza: «Fuera de aquí, fuera de aquí, fuera de aquí.» Me alejé trasañando hacia la Porta Santa Trinità. Un hilillo de sangre brotaba de mi nariz y tenía la chaqueta desgarrada debajo de la axila. Al pasar por delante de la Asistencia Pública, un olor dulzón de ácido fénico me hizo volver la cabeza y vi, al otro lado de la calle, metido en su taller de herrería, el marido de mi nodriza, mi querido Mersiade, negro de hollín y sonriente. «¿Dónde vas, Curtino?», me preguntó. Estaba extrañado de verme rondar a aquellas horas; me creía en el colegio y súbitamente comprendió, por mi mirada, por mi sonrisa dolorida, más que por mi aspecto, que algo grave me ocurría. Mi buen Mersiade sentía un gran respeto por mí y no me preguntó nada, más. «Nada, voy a pasear», respondí. Permanecí de pie sobre el umbral del taller viendo las ascuas rojas palidecer en el hornillo, el hierro incandescente oscurece poco a poco sobre el yunque, levantarse en el aire el martillo que Mersiade tenía en el puño como indeciso de si reanudar su trabajo o preguntarme algo. «Me han echado del colegio», añadí. Y se lo conté todo. Me pareció contento y me dijo: «Has hecho mal en pelearte, pero no hay que tener miedo a nadie, no debes dejarte ofender por nadie.» Y en su voz había algo más noble y generoso que la sencilla cuatela del pueblerino. «Sí —respondí—, sí, pero, después de todo... ¿qué me importa? Estoy cansado, Mersiade, estoy cansado de todo.» Mersiade me miraba, levantó el brazo en silencio y se puso otra vez a golpear el hierro candente.

Me alejé andando al ritmo de aquellos martillazos. Después, poco a poco, fueron desvaneciéndose, cesaron del todo. Y al volverme por última vez, antes de embocar el

arco de la Porta Santa Trinitá, vi a Mersiade, en el umbral de su taller, que me miraba. Le dije adiós desde el fondo de mi corazón, le dije adiós son un afecto, una emoción, que seguramente no hubiera sentido por nadie más del mundo. Le decía adiós y mi corazón lloraba, hubiera querido echarme a la sombra de un árbol, sobre la hierba verde, y dormir, olvidarlo todo, no despertar más. Ahora caminaba siguiendo los muros de la ciudad contra los cuales batía el sol, soltando de los ladrillos y las piedras aquel color de sangre coagulada, y por las trises murallas corrían regueros de luz rosada, enterneciéndolo todo, deslizándose hacia los huertos al pie de los muros, entre las hojas claras de los cardos y las lechugas. De la acequia vecina brotaba un violento olor de cieno. El camino era polvoriento, yo caminaba por el polvo con un paso extrañamente mórbido y silencioso, me parecía volar. Cuando desemboqué en las márgenes del Bisenzio, la parte del lecho descubierto me deslumbró, cándida y reluciente, con la osatura de los guijarros resquebrajados por la canícula. Delante de mí se abría, como un abanico, además del río, la costa pelada de la Retaia, y en la cumbre dos casitas rojas, las hileras de cipreses y los bosques de enebros y de retamas todavía amarillas. La vista del monte tan puro bajo aquel aire terso me devolvió por un instante la alegría de correr libre bajo el viento por el declive blando de la hierba azulada. Pero la calzada era estrecha, y yo tenía que andar con los ojos bajos para no poner el pie en falso y aquel resplandor del agua por entre los guijarros me aturdía, atrayéndome. Por la orilla, con el belfo sobre las piedras en busca de la hierba tierna por la proximidad del agua, estaban los caballos de los areneros y, diseminados aquí y allá, los carros y los hombres, ocupados en echar la arena gruesa contra las cribas y en llenar los carros de arena dorada. Hacía calor, la reverberación del río me encendía la frente y una llama árida crepitaba sobre mi rostro y por entre mis cabellos.

Me había alejado un poco de la ciudad, y a mi alrededor se extendían los campos, el trigo ya maduro ondeaba bajo la brisa tibia del mediodía y las viñas con sus hojitas verdes daban al trigo amarillo una sensación de fresco descanso. Me senté sobre la orilla, en la espesura de un cañaveral.

Me sentía oprimido por una tristeza opaca y pesada, nadie me quería, estaba solo, abandonado de todos, por una culpa que ignoraba y de la cual me sabía inocente. Me daba cuenta, con una especie de doloroso placer, de que poco a poco iba resbalando por la abrupta pendiente hacia el resplandor vivo del agua. En aquel punto el río formaba lo que los areneros llamaban un «abismo», especie de remanso. El agua profunda aparecía verdosa, velada por una especie de película amarillenta. Alguna hoja muerta flotaba sobre el espejo empañado. Una piedra que impulsada por mi pie se elevó del suelo, cayó en el remanso inmóvil con un golpe sordo y yo me dejaba resbalar lentamente con los ojos cerrados. «¿Adonde vas, Curtino? Miraba a Mersiades y no me atrevía a contestarle. Veía aquella sonrisa suya buena y tímida sobre sus labios negros de hollín, aquella mirada densa y blanca en su rostro perlado de sudor. «Me han echado de la escuela.» Mersiade levantaba el martillo despacio, despacio, con el brazo en alto, mientras el hierro incandescente, sujeto por las tenazas, se oscurecía poco a poco sobre el yunque.

«No hay que tener miedo de nadie, solamente debes tener miedo de ti mismo.» Me miraba y sonreía y parecí profundamente humillado. ¡Pobre Mersiade! «Sí, tienes razón, pero ¿qué me importáis a mí todos, todos vosotros? Nadie me quiere, no quiero volver a casa, estoy cansado, Mersiade. Estoy verdaderamente cansado.» Me miraba, callando, y de repente hizo balancear el martillo por encima de su cabeza blanca, lo dejó caer con violencia sobre el hierro ya opaco que despidió a su alrededor blancas centellas y un estallido metálico retumbó en el oscuro taller. «Nada me importa ya nada, nadie me

quiere, Mersiade, no tengo a nadie más que a ti en el mundo, Mersiade, no te tengo más que a ti.» Y Mersiade golpeaba, golpeaba con violencia y poco a poco el golpear del martillo sobre el yunque se alejó, se desvaneció. Yo veía el brazo levantarse despacio, despacio, con un suave esfuerzo y volver a caer lentamente, pero los golpes iban alejándose. Mersiade, de repente, volvió la cara y me miró sonriendo. Parecía feliz el pobre viejo, una luz de bondad relucía en sus ojos negros orlados de blanco, la reverberación del hierro candente iluminaba sus blancos cabellos. «Nadie me quiere, no te tengo más que a ti en el mundo, no quiero volver más a casa.» Y Mersiade sonreía, se alejaba poco a poco, se desvanecía en la oscuridad de su negro taller y de pronto me di cuenta de que el agua estaba ya allí, pronta a agarrarme, un instante más y habría caído en el verde remanso.

Me agarré a la hierba, a las cañas, con la fuerza de la desesperación. Y veía a los caballos andar errantes por el arenal deslumbrador, y a los areneros, encorvados, lanzar paladas de arena contra las cribas. Los caballos relinchaban y el río murmuraba dulcemente por entre los guijarros blancos. Entonces me pareció despertar de un largo sueño. El día era feliz, las hojas de las cañas ondulaban bajo la brisa leve, el tiempo corría por mis venas con una fuga placentera y yo me divertía tirando al agua guijarritos relucientes que levantaban breves surtidores verdes en los que el sol entraba de través con destellos rosados.

ANGUSTIA DE NIÑO

Como les ocurre a todos los niños abandonados a sí mismos en el momento más delicado y más peligroso de su desarrollo físico y mental, que en los estudios, en los juegos, en las amistades, en todo su esfuerzo de creación del mundo, se ayudan con la esperanza y la imaginación, sin el socorro de la prudencia paterna o el consejo de un preceptor, también yo empecé a sentir, a partir de un cierto punto, casi de un día a otro (y fue después de una larga y grave enfermedad), la necesidad de un guía, de un maestro, de un confesor: de un «dueño» estaría tentado de decir, que me socorriera, me aconsejase, y en caso necesario pudiese incluso castigarme, oprimirme. Alguien a quien confiarme y a quien temer. Me sentía solo, y esto no era fruto de la triste soledad en que vivía, sino de la falta de confianza en mí mismo, de la sospecha y el desprecio que suscitaba en mí cualquier pensamiento mío, cualquier acción, propósito; de la inquieta incertidumbre, en una palabra, de mis fuerzas, de mis posibilidades y de mi fortuna.

Mi único compañero y amigo era mi perro, *Febo*, un pachón negro de ojos negros y largos bigotes como cepillos que tenía en su hocico un no sé qué orgulloso y humilde a la vez, aquella expresión en la que lo humano y lo bestial se confunden, y que es propio de ciertos animales que viven con el hombre, como de todos los hombres que no han conseguido todavía encontrar su dignidad en el fondo de su propia humillación. Pero *Febo* era tan dulce, tan paciente, tan dispuesto a aceptar de mí cualquier orden, que me repugnaba tener que ejercitar sobre él aquella autoridad, aquella tiranía, en la cual se hubiera, con toda seguridad desfogado y agotado la necesidad, que yo sentía, prepotente, de someterme y de humillarme ante alguien. Un animal con el cual se vive va volviéndose poco a poco como una imagen de nosotros mismos, una imagen quizás empañada, diluida, a veces acentuada. Se convierte en una copia de nosotros mismos, en un espejo que refleja de nosotros una imagen degradada, envilecida; es, en una palabra, nuestro espectro interior, No he sido nunca cruel con las bestias, y en el caso de *Febo* me retenía un horror instintivo, pareciéndome reconocer en él la mejor parte de mí, la más humilde, la más pura, la más secreta. Habría podido, es cierto, mostrarme cruel

contra mí mismo, pero no lo conseguía por mucho que lo intentase (no sabía todavía que ésta es la empresa más difícil para un ser humano y que sólo es posible con la ayuda del orgullo) porque no tenía aún en mí la fe o la esperanza necesarias para ser capaz de castigarme, de humillarme a mí mismo.

Por otra parte, no podía esperar ayuda alguna de mis compañeros de escuela, demasiado sometidos a los mezquinos errores de la edad para poder ejercitar sobre mí una tiranía que no fuese malvada y vil o simplemente estúpida. La hostilidad que leía en sus miradas, la antipatía que revelaba su actitud ante mí era una hostilidad baja y vulgar, no iluminada por ningún instinto generoso, una antipatía grave y pesada. Los sentía más dispuestos al acecho que a la lucha, pero comprendía que obedecían a un propósito más que a un instinto. Quiero decir que obraban empujados por el malvado deseo de hacerme daño, no por el instinto, en cierto modo siempre noble y generoso, de la lucha por la lucha. Contaban el número, estaban continuamente espionando el momento oportuno, y cuando llegábamos a la lucha, yo sentía que su revuelta era una revuelta contra mí, inútil. En el fondo estaban todos en el mismo estado de ánimo que yo, de incertidumbre y de desconfianza en sí mismos, de soledad. Pero caminaban a tientas por aquella incertidumbre y aquella soledad como un ciego, no sabían salir de ella, no esperaban ni intentaban siquiera, como lo intentaba y lo esperaba yo. Reaccionaban a la falta de confianza en sí mismos de una manera vil y vulgar. Me inspiraban repugnancia y piedad, porque veía en ellos una imagen de lo que hubiera sido yo si no hubiese llevado dentro de mí una fuerza que no sabía reconocer y que a ellos seguramente les faltaba.

Únicamente un compañero mío de banco, el hijo del profesor G., de Florencia, médico ilustre, me demostraba cierta simpatía, pero reservada y distante, no sabía si por timidez o por egoísmo. Aquel compañero mío acabó más tarde, todavía muy joven, dos o tres años después de la guerra, de la manera trágica que todo el mundo sabe. Y quien hubiera estado cerca de él, quien se hubiese preocupado por él (pero Gino era un interno del «Cicognini»), no era un externo como yo, y en un colegio un niño está solo, abandonado a sí mismo; en el fondo no tiene a nadie a quien confiarse, está triste y solo en medio de tantos), que hubiese intentado leer en su corazón, habría sentido desde entonces que en aquel niño había algo fuerte y desesperado, una alma noble y pura, dispuesta, por desesperación, a degradarse, a humillarse, a castigarse. Tenía unas facciones más bien vulgares, una nariz gorda y ancha, una boca de labios gruesos, lívidos y resquebrajados por el frío. Tenía las manos también hinchadas y cortadas por los sabañones y amarillas por la tintura de yodo. Y parecían manos sucias de sangre coagulada. Tenía los ojos saltones, grandes y redondos, de un brillo húmedo y blanco. La mirada era fija y triste y contrastaba con la sonrisa, llena de bondad y melancolía. La frente era estrecha, de un color de marfil, como si el hueso se mostrase desnudo fuera de la piel, y parecía hecha de una materia lisa y dura. Gino no figuraba ciertamente entre los mejores de la clase, era incluso considerado entre los más abúlicos, pero yo sabía que estudiaba secretamente con amor y respeto grandísimo y que en griego estaba ya muy adelantado, casi al final del programa, cuando nosotros estábamos todavía en las primeras versiones de Anacreonte. Todo lo que aprendía solo lo guardaba encerrado en sí mismo y las raras veces que era interrogado sólo salían de su boca unas cuantas palabras vacilantes. Traducía ya Homero en una clase de versos de los cuales se sentía celosísimo. Recuerdo todavía algunos que me recitaba en voz baja durante la hora de recreo paseando por el patio del «Cicognini», o sentados en el banco de piedra a la sombra de unos pobres laureles, últimos restos de aquel antiguo bosque donde estuvo en otros tiempos la abadía de Grignano, tan querida del Firenzuola:

*¡Oh, mira hacia allá, es una estrella que brota
del río, una estrella funesta, el fúnebre Orión,
aquel astro llamado el Perro de Orión, luctuoso
astro de otoño,..!*

Estos versos me han quedado impresos en la memoria por su manera de murmurarlos como soñando, mirando a lo lejos, como si pudiese ver más allá del muro que cierra el patio, la huerta de hospital, los muros de la ciudad de piedra rojiza, los campos, los pajares, los montes. Y parecía anunciar realmente algo extraño y luctuoso, la salida de una estrella sangrienta.

Un día en que me sentía más solo que de costumbre me volví hacia él; era un día en que me atormentaba más que nunca la necesidad de alguien con quien confesarme, a quien confiar la tristeza y la incertidumbre de mi ánimo. Me dejaron subir a verlo a la sala de estudio. Gino estaba sentado junto a la ventana, delante de una mesa llena de libros y papeles. Y desde la ventana se divisaba una fuga de tejados, y los huertos, y los muros, y los árboles, y las hileras de viñas moradas hacia el Soccorso, y lejanas, azuladas, las colinas de Poggio y de Caiano, de Carmignano y las montañas de Pistoia. El cielo se curvaba sobre los campos mostrando por ciertos profundos desgarrones un leve tono azulado y rojizo, un presagio marino. Hacía poco que se habían abierto las escuelas, las vacaciones habían terminado, cada uno de nosotros estaba todavía saturado de la tristeza feliz del verano transcurrido a orillas del mar, en la montaña o en el campo. Gino me acogió en silencio, con una sonrisa tímida e incierta. Mientras yo le hablaba, él tenía la cara obstinadamente vuelta hacia la ventana. De vez en cuando una golondrina cruzaba chillando el rectángulo luminoso. Eran las últimas golondrinas, que volaban cansadas, como perdidas, y Gino, cada vez, se estremecía. De repente, se volvió y me miró.

Me di cuenta en el acto de aquella mirada angustiada, de aquellos ojos extraviados que me miraban fijamente con una indecible expresión de miedo. Le temblaban los labios, los gruesos labios cortados y lívidos. Yo esperaba que me dijera algo, que contestara a mis preguntas. Le había hablado como a un hermano, con absoluta sinceridad. Una especie de confesión. Era la primera vez que tenía ocasión de abrir mi corazón a alguien, a un compañero, a un amigo, la primera vez que tenía el valor de confiarme, de confesarme a alguien. Gino me miraba. De pronto, levantó despacio una mano, aquella mano suya hinchada y amoratada, y la paró a la altura de mi rostro. Yo cerré los ojos, seguro de que iba apearne no sabía por qué, no le había dicho nada, no le había dicho nada malo, nada que pudiera ofenderlo o disminuirme a sus ojos, ni pudiese hacer sonrojar a ninguno de los dos. Le había confesado sencillamente mi angustia, el miedo que tenía de la vida, el malestar que se apoderaba de mí cuando pensaba en el destino de los niños como yo, como nosotros. Pero de repente sentí su mano ruda posarse con fuerza sobre mi boca. Abrí los ojos, sorprendido y a la vez decepcionado, y vi que lloraba, que unas lágrimas gruesas corrían por sus mejillas.

Permaneció un momento mirándome así, llorando, sin quitar la mano de mi boca. Después se levantó, miró por la ventana. El cielo de poniente estaba enteramente rojo, sobre las montañas se abría un golfo azul, tan claro, que parecía el reflejo del alba. Yo había permanecido sentado delante de la mesa mientras la habitación se llenaba de sombras. Entonces comprendí que él sufría también como yo y no se atrevía a abrirme su corazón. Hubiera querido ayudarme, pero no sabía cómo. También él no era más que un pobre muchacho abandonado a sí mismo. Pero él, por lo menos, sabía humillarse, castigarse. Sabía ser cruel consigo mismo, tenía el valor de despreciarse. «¿Quieres

saber lo que pienso? —me dijo de repente con una sorda violencia en la voz—. Me dais asco todos. Sois un puñado de cerdos. Tú el primero. ¡Y ahora, vete!» Me levanté y salí en silencio. Y sentí haberle dado con mis palabras, sin quererlo, la certeza de que ya estaba todo perdido para él, que nada podía salvarlo ya de aquella angustia, de aquel temor de la muerte del cual mi confesión me había salvado para siempre.

¡SALÚDAME DESDE LIORNA!

No había estado nunca en Liorna, y la primera vez que me encontré con liorneses me encantó su lenguaje franco y cantante y el rojo de sus labios. Un rojo que no era aquel rojo avinado o amorado de la gente de mar, ni el rosa pálido de todos los demás toscanos, sino un bonito bermellón de la sangre. Y los labios eran jóvenes, de muchachos de veinte años que habían abandonado sus casas, sus negocios y el puerto para correr a alistarse voluntarios en la Brigada de Cazadores Alpinos, aquella de Garibaldi. Estábamos a principios de la guerra, a primeros de junio de 1915, en Perugia, acuartelados en el convento franciscano de Monte Rípido, apenas fuera de la población, a pocos pasos del polvorín. Dormíamos en las celdas de los frailes, cogíamos las verduras del huerto, consumíamos el vino rancio del refectorio y la prisión era la sacristía. Nosotros, los toscanos, éramos muchos. Diecisiete de Prato, una veintena de Liorna. Había algún pisano, pero pocos, y florentinos, ni sombra. Los restantes eran voluntarios de todas partes de Italia, especialmente de la Romagna. Y fuese la disciplina, fuese la novedad, fuese la simplicidad de aquella vida, fuese la ausencia de florentinos, vivíamos en una santa paz, estábamos de acuerdo como hermanos y nos queríamos todos, sin pendencias, sin envidias y sin celos.

El habla de los liorneses, ancha, cadenciosa, sonora y al mismo tiempo violenta y dulce, me parecía como si naciera de la embriaguez de una sangre demasiado viva y rica. Las palabras salían de sus bocas ya hechas, redondas y repletas y se notaba que experimentaban un placer pronunciándolas, dándoles aquel acento, aquella cadencia, aquella fuerza. Eran palabras en forma de senos jóvenes, de frutas maduras y pulposas, melocotones, albaricoques, ciruelas y tomates y debían de dejar en el paladar un sabor fuerte y suave. Quizá fuera el jugo de aquellas palabras lo que tenía de rojo sus labios carnosos. Si cerraba los ojos, escuchándolos, me parecía ver manar de sus bocas, como de una cornucopia, un río de bellos frutos maduros; sentía también su sabor cálido y perfumado, y pensaba que la lengua toscana, tan noble y escueta, tomaba de aquella pronunciación rica, generosa, de aquel acento cantante, de aquella cadencia feliz, un tono generoso, casi oriental. Me imaginaba Liorna como una ciudad opulenta, de calles anchísimas, palacios suntuosos, asomada sobre un mar denso, de un azul cruento, en el que los atardeceres ponían un reflejo de viña, de vergel, de árbol frutal, la reverberación de un verano de oro, de un otoño colmado de dones.

Poco a poco había ido abandonando la compañía de mis pratenses; me parecían toscanos pálidos, descoloridos, comparados con los liorneses. Los liorneses son, sin la menor duda, el pueblo más genuino y sincero que conozco, y el hecho de que su ciudad haya nacido en la época barroca de los grandes dux, los hace barrocos, pero a su manera, sin tantos rizos ni tantas franjas, los hace ampulosos, pero sin adornos, como sus palacios, sus iglesias, sus mujeres. Y charlatanes, pero de pocas palabras. Entonados a maravilla, me atrevería a decir, si no exactamente con la historia de la Toscana, que es escueta, acre, mala, y cabe toda en la *Crónica* de Dino Compagni y en algunas páginas de Maquiavelo, con su paisaje, con aquellos dulces collados que bajan hasta el mar, con aquella campiña verde y amarillenta que se encharca insensiblemente y se convierte en

marisma cuando menos se espera. Emparentados con aquel paisaje suyo solemne y delicado del cual el olivo, el pino y la encina sacan, más que dan, dignidad y medida.

Por la descripción que los voluntarios liorneses me hacían de su ciudad había llegado a la sospecha, para mí dolorosa, de que Florencia no era ya la capital de la Toscana, porque Liorna le había robado el puesto. «¿Dónde los encuentras —me decían—, dónde encuentras en Florencia aquellas palabras, aquellas calles, aquellos palacios? ¿Y los Quatro Mori? ¿Y dónde encuentras el mar? ¿Y el puerto? ¿Eh, dónde encuentras el puerto?» Yo había llegado a estar persuadido de que los liorneses aman más el puerto que el mar. Hablaban de él como de un lugar de delicias, como de un teatro en el que se representan escenas maravillosas, encuentros extraordinarios, donde la gente más extraña y variada del mundo se encuentra como en su casa y donde se reúnen las mercancías más preciosas de la tierra y del mar. Piratas, mercaderes, marineros de rostro curtido por el salitre, negros, árabes, ingleses, griegos, hebreos, chinos de mirada lacada de rosa, brasileños de ojos negros como granos de café, rusos peludos y melancólicos, mujeres de todos los climas, odaliscas cubiertas de velos, indias con el puntito rojo en medio de la frente, y botas de vino perfumado, montañas de telas, de drogas, de tabaco rubio, y naves, naves, naves que van y vienen llenando el cielo de nubes de humo y de resplandores blancos de velas.

Hablaban de su ciudad como un joven de veinte años habla de su amada, pero describían su belleza y su gracia con púdicos celos, y las iglesias, los monumentos, las casas de Liorna se convertían para mí, al oír sus palabras, en cándidos senos, en brazos torneados, en pechos jadeantes, en mórbidos flancos. El más ingenuo, el más enamorado, era un muchacho de unos dieciocho años, un año más que yo, y éramos los más jóvenes de toda la Brigada. Se llamaba Antenor y ejercía no sé qué vulgar oficio en el pueblo. «¡Si vieras Liorna!», exclamaba con aquel acento ancho y sonoro; y no cesaba de cantarme las maravillas y las delicias de su ciudad: la sopa de pescado, los *torpedini*, que son copas de ron con unas gotas de café, los paseos al Ardenza durante los atardeceres de verano y aquel olor de alquitrán, de salmuera, de pescado seco, aquel olor de bodega y de escollo... «Después de la guerra —me decía—, vendrás conmigo a Liorna, a mi casa.» Y se reía, se me cogía del brazo, me daba golpes con la mano en la espalda. Era alto y fuerte y bajo aquellas manazas todo mi cuerpo resonaba.

A primeros de julio nos mandaron al frente y subimos al Col di Lana. Nuestro regimiento tenía que ocupar las cuestas de Agai y Salesei, defendidas por profundas trincheras de cemento, nidos de ametralladoras y alambradas. Apenas salimos de las casas de Digonera, en el fondo del valle de Cordevole, y emprendimos la cuesta que lleva al pueblo de Salesei, las baterías enemigas del fuerte de La Corte nos dedicaron el primer saludo. Fue como el rayo que retumba entre las rocas y resquebraja los árboles y mata los pastores y los rebaños. «¡Al suelo, muchachos, al suelo!», se oyó gritar de todas partes. Antenor me había cogido por el brazo y me arrastraba gritando. Parecía, en medio de los destellos rojos y amarillos de los disparos, un marinero en la cubierta de una nave en llamas. Avanzábamos por un bosque de abetos. Era ya tarde, el cañón se callaba, un claro y helado silencio bajaba de las altas montañas, del cielo, todo él tembloroso de pálidas estrellas. Llegamos a Salesei y atravesamos el camino de los Dolomitas. Las casas de Livinallongo ardían a nuestra izquierda, la voz del río subía del valle negro, llenaba poco a poco la noche. Había algunos muertos que yacían de cara al aire en los fosos, entre las matas, bajo los abetos; más arriba, en un claro del bosque, relucían plateadas bajo la húmeda luna las cruces de un pequeño cementerio de guerra.

Cementerio de Infantería,

quizás un día venga a acostarme...

cantaban los soldados. De repente, un ronco clamor vino rodando por la pendiente de Col di Lana. Era la infantería de la Brigada Calabria que atacaba el Valle de la Muerte. Aquel lejano vocear confuso, aquel crepitar de los fusiles, los golpes sordos de las bombas de mano, los gritos de los heridos, me encogían el corazón. Pero Antenor se reía, canturreaba, se volvía hacia atrás de vez en cuando para gritar a los compañeros: «¡Adelante, Liorna!»

En un momento dado nos hicieron echar al reparo de algunas rocas. Delante de nosotros, a través de las ramas de los abetos se entreveía un bello prado verde; la luna se reflejaba en él como en un lago; en el lado opuesto del prado relucían y blanqueaban los sacos de tierra, y el trazado de las trincheras. Tendido a mi lado, Antenor callaba y de vez en cuando me miraba; una sonrisa triste rompía la sombra de su cara. Después, de repente, me dijo: «Si vas a Liorna antes que yo, acuérdate de mandarme una postal.» Al amanecer vino la orden de atacar, nos lanzamos corriendo al prado verde y Antenor cayó en seguida hundiendo la cara en la hierba verde. Lo arrastré hasta detrás de un tronco de abeto y le levanté la cara. Sonreía. De su boca salían bocanadas de sangre roja, como frutos pulposos, maduros. A mi alrededor las balas silbaban furiosas. Antenor me miraba fijamente, quería hablar. Hizo un esfuerzo... «Saluda en mi nombre a Liorna», dijo. Y dejó caer la cabeza hacia atrás. Permaneció con los ojos abiertos, sonriendo, estrechando entre los labios una rosa roja, una bella flor de sangre.

Unos meses más tarde, al irme a disfrutar un permiso, me desperté en la estación de Pisa. Bajé al andén y me puse a rodar por entre las vías buscando el tren de Florencia, y me encontré sin darme cuenta en el de Liorna. Era una mañana de enero, fría y transparente. La voz y el olor del mar venían a mi encuentro por las anchas calles todavía desiertas. Me parecía caminar al lado de Antenor, su proximidad entibiaba mis mejillas, mis brazos, y mis flancos. Lo sentía respirar, sonreír. Anduve todo el día vagando por la ciudad. Liorna era ya para mí, que la veía por primera vez, una ciudad querida, familiar, en la que encontraba y reconocía a cada paso los lugares de una infancia misteriosa, los aspectos de una edad, soñada, muerta para siempre. Al atardecer compré en un estanco una postal, me senté en un café del puerto y escribí en ella la dirección de Antenor: «Soldado del 51.º de Infantería, Cementerio de Guerra de la Brigada de Cazadores Alpinos, Salesei, Col di Lana.» Eché la postal en el buzón en la estación y me imaginé al cartero militar subiendo de Dagonera, tomando el sendero a través del bosque, empujando la cancela de madera, entrando en el cementerio, buscando aquí y allá por entre las tumbas, inclinándose sobre las cruces para leer los nombres de mis compañeros y encontrar por fin la cruz de Antenor y depositar la postal sobre la fosa cubierta de nieve.

En la postal yo había escrito: «Muchos saludos de Liorna.»

CIUDAD COMO YO

Yo quisiera construirmela toda con mis manos, piedra sobre piedra, ladrillo sobre ladrillo, la ciudad de mi corazón. Me haría arquitecto, albañil, peón, carpintero, estucador, haría todos los oficios para que la ciudad fuese mía, verdaderamente mía, desde los sótanos a los tejados, mía como yo la quisiera. Una ciudad que se pareciese a mí, que fuese mi retrato y a la vez mi biografía. Y todos, al verla, sentirían que aquella ciudad era yo, que aquellas calles eran mis brazos abiertos para acoger a los amigos. El rebozo de las paredes, las persianas verdes, las escaleras de piedra clara delante de las

puertas de las casas y las iglesias, los antepechos de las ventanas, el Duomo, el palacio Municipal, el hospital, el cementerio, las tiendas, las fuentes, los jardines, la cárcel, el café, todo, quisiera que fuese la mejor parte de mí mismo, las líneas de mi rostro y de mi espíritu, los elementos fundamentales de la arquitectura y de la historia de mi vida. Que se me pareciera y que todos tuviesen la sensación, viviendo en ella, de estar dentro de mí.

Querría edificarla en el borde de una llanura, a la salida de un valle ventoso, al pie de unas colinas verdes de viñedos, olivos, bosques de cipreses, robles y encinas. Y un poco más atrás, los montes, con las laderas frondosas y las cumbres desnudas, donde se viesen los peñascos emerger entre las retamas. Montañas mórbidas y al mismo tiempo agudas que indujesen a escalarlas y dejasen con las piernas rotas al llegar a la cima. El río que haría correr por aquel valle debería tener más de torrente que de río y espumear por entre las piedras y saltar de roca en roca, precipitarse mugiendo por las abruptas orillas cayendo en una garganta profunda entre paredes a pico y montañas negras de bosque. Y, de repente, al desembocar fuera del valle en la llanura, le daría lentitud y dignidad de verdadero río, haría su lecho amplio entre las orillas suaves, pero no profundo, porque lo quisiera con poca agua, desparramada entre cantos blancos e islas de arena dorada. La corriente arrastraría hacia la desembocadura, hacia el mar, hojitas plateadas de olivo, anchos pámpanos, agujas de pino y aquella hierbecita tierna que flota en los arroyos. A la salida del valle, a lo largo de sus aguas tranquilas, pondría villas en declive lentísimo, riachuelos que bajasen murmurando por los surcos de los cerros, iglesitas solitarias con los dos cipreses-centinelas delante del portal, y cementerios llenos de flores silvestres con las tumbas escondidas bajo la hierba como los surcos bajo el trigo. Y casas de campesinos, pajares amarillos llenos de sol, y abajo, a medida que el río se acerca a la ciudad, le daría un aspecto soñador, el aspecto de un campesino que va por primera vez a la ciudad. Pero no quisiera que entrase dentro de la ciudad. Me gustaría que se deslizara siguiendo las murallas rosadas, acariciando amorosamente las piedras de un bello color de sangre coagulada y siguiese su curso al azar por los campos, volviéndose atrás de vez en cuando para mirar desde lejos las torres y los campanarios oscilantes bajo el cielo azul.

Para entrar en la ciudad por la parte del río, haría un puente de ladrillos y de piedra y al final del puente una puerta estrecha y alta defendida por almenas y baluartes, no ya porque temiese alguna broma pesada de los habitantes del campo, sino para dar a los ciudadanos la sensación de que la ciudad es una casa, una casa grande, no solamente mía, sino de todos, donde, cerradas las puertas y las ventanas, se puede reposar tranquilos de las fatigas del día. Abriría lo menos cinco puertas en los altos muros: una para cada viento, para que el aire del campo entrase como un dueño sin tener que buscar una brecha. Una puerta para el poniente, una para el siroco, una para el leveche otra para el gregal y la quinta para aquel vientecillo de temporada que sopla cuando le parece, abúlico, caprichoso y vagabundo como es, y si no se le da paso se pasa toda la noche mugiendo fuera de las murallas, rascando las piedras, como un perro que ha encontrada cerrada la puerta de casa. Y te toca levantarte de la cama y abrirle la puerta.

Las calles las haría no demasiado anchas ni rectas, sino cortadas según una perspectiva armoniosa y prudente que pusiera de relieve y bien a la vista las esquinas de los palacios, el fondo de una iglesia, de una pared, de una plaza. Las casas las querría todas de una bella piedra, bien encuadradas, con los áticos abiertos al azul del cielo. Daría unos toques de gris, otros de aquel blanco marfil que la lluvia y el polvo hace reluciente y vivo. Otras las haría procurando que se viera la piedra, desnuda y lisa, para que reflejara las variaciones de luz según el girar del sol. Las iglesias las querría puras y

tristes, con las fachadas de mármol blanco y mármol verde a franjas alternas, como en los campos las hileras de trigo tierno y los surcos de tierra entre las hileras. En cada iglesia su campanario, apacible y esbelto, con las campanas, de sonido grave, suspendidas en la viga, a fin de que los chiquillos, desde la plaza, pudiesen verlas oscilar, asomarse con las fauces abiertas y el badajo como una lengua, y aparecer y desaparecer por los ventanales de la celda del campanario. En las plazas, bellas fuentes con agua corriente manando de bocas ocultas para dar una canora sensación de frescura a las casas durante las noches de verano, cuando los helados se funden en las copas y los ciudadanos se abanicaban con los sombreros de paja.

Pocas estatuas diseminadas, bajo los pórticos, en los jardines públicos, delante de la Catedral y del Ayuntamiento, estatuas de santos parecidos a héroes antiguos, y un Apolo que se pareciese a Cristo, con una expresión dulce y aquel vago sentido de remordimiento que aparece en el rostro de las estatuas de los dioses cuando pasan las procesiones. Los tejados los querría de tejas rojas, bien cocidas, de aquella pasta de arcilla porosa que acumula el polvo y el polen como la colmena acumula la miel y la cera, y forma una especie de capa mohosa, una pelusilla verde, y otras veces una especie de hierba sembrada de florecillas blancas. Una extensión de tejados rojos, he aquí la ciudad de mis sueños vista desde lo alto. Moderna, pero con un cierto aire antiguo, y en algunos puntos, vetusta. Nueva, pero con ciertas manchas de musgo aquí y allá, matas de hierba entre piedra y piedra, entre ladrillo y ladrillo. Los umbrales los haría desgastados para dar la idea de un gran vaivén de generaciones, y lisos y relucientes los antepechos de las ventanas, como si centenares de generaciones de muchachos hubiesen apoyado los codos sobre ellos durante las mañanas de primavera, cuando el vuelo raudo de las primeras golondrinas riza el cabello sobre la frente de las jovencitas. Toda ella limpia, llena de luz y de aire, así es como la querría: con alguna callejuela más bien algo sucia, cubierta de papeles, de pieles de naranja, de restos de altramuces y de semillas de calabaza. Algunas callejuelas sucias son necesarias en una ciudad, para que sea una verdadera ciudad y se pueda vivir en ella. Pero todas las demás calles les querría como si salieran de la colada, con el pavimento de piedra gris, con las escamas azules dejadas por el martillo de los picapedreros. Detrás de las casas, dentro de un cinturón de muros altísimos, querría jardines ocultos, macizos de granados, de magnolias, de laureles, donde un innumerable pueblo de pájaros gorjeara del amanecer al crepúsculo, y el gorjeo iluminase los rincones más oscuros de las casas.

Después, cuando la ciudad estuviera ya enteramente construida, dispuesta a recibir a sus habitantes, con todas las puertas y ventanas abiertas para airear las habitaciones que olerían a cal y barniz fresco, iría a las orillas del río a la caza de lagartijas y escogería las recién nacidas, con la barriga blanca, y las pondría en un pañuelo, sin apretar demasiado los nudos para no ahogarlas y con cuidado para que no perdiesen la cola, las llevaría a la ciudad; las soltaría en los muros, en las aceras, en las columnas y en los troncos de los árboles para que al verlas tan firmes, atemorizadas, palpitantes, con los ojitos redondos a flor de piel llenos de temor y curiosidad, pareciesen pintadas. Y entretanto iría a buscar los perros, no de raza, sino bastardos y vagabundos. Iría a buscarlos al campo o a los pueblos vecinos y haría que me siguieran a fuerza de terrones de azúcar. A los gatos los atraería dentro de los muros con un poco de tripa. Y después de las lagartijas, los perros y los gatos, pasaría a los habitantes.

Los hombres los querría de alta estatura y delgados, con la cara morena y los cabellos negros y lisos. Inteligentes y sagaces, trabajadores y sobrios, y que les gustase el vino, pero con medida y diría que con arte para que la alegría no se convirtiera nunca en tristeza o furor. Amantes de distracciones honestas y más ávidos de paz que de riquezas.

Pero me gustaría también meterles en el espíritu una secreta inquietud, ya que los hombres demasiado satisfechos, demasiado seguros de sí mismos y de los demás, suelen resultar incapaces de grandes acciones. Los haría inquietos e inciertos del futuro, pero sin que estuvieran dominados por la nostalgia del pasado. El respeto de las tradiciones no debería llegar nunca hasta el punto de hacerlos enemigos de la novedad. Codiciosos, pero de mujeres, de caballos y de perros, no de riquezas, de poderío ni de fortuna. Una codicia que no fuese ni política ni social, sino únicamente moral y se rebelase contra los más inteligentes y audaces, como conviene en toda ciudad morada, donde nadie es profeta.

Las mujeres las elegiría de pecho alto, caderas generosas, bellos hombros redondos, y de boca grande, signo de una naturaleza franca, abierta y cordial. Los labios cortados para la sonrisa y el canto. Los ojos un poco almendrados, con una expresión entre sorprendidos y aletargados. La frente despejada y noble, los cabellos oscuros, con algunos reflejos cobrizos alrededor de las sienes. La gloria de una ciudad son las mujeres y la fuerza del pueblo nace enteramente de su seno. Por esto, las querría generosas y fuertes, porque si un hombre, al partir para la guerra, deja en casa una mujer flaca, ávida y vana, se comportará como un mal soldado. Pero si deja en casa una mujer fuerte y valiente, afrontará al enemigo con furor, pareciéndole que está defendiendo su casa, su lecho y sus hijos.

En cuanto a los chiquillos, quisiera que la ciudad estuviera llena de ellos, dedicados a los juegos, a las peleas, a las incruentas batallas. Que el aire sonara de la mañana a la noche con sus risas, sus gritos y sus voces juveniles. Una ciudad que gustara a los chiquillos. Y querría que en ella todo fuese ingenuo e infantil: que la alegría libre y pura de la infancia y la inocencia de aquella edad maravillosa y secreta se viera en las piedras, en las hojas, en el color del viento, en el pavimento de las calles, en las fachadas de las casas, se oyese en el gorjeo de los pájaros, en el susurro de la fronda, en el murmullo de la fuente, hasta en las voces de los hombres y en el tañido de las campanas.

Y querría también que por la noche, en cualquier callejuela de detrás de la cárcel, las muchachas de una casa de ventanas siempre cerradas bajaran a la calle a tomar el fresco y expandieran a su alrededor, con el aire tibio, un vago olor de crema y de rosas marchitas. Las habituales muchachas medio desnudas, apenas cubiertas con camisas cortas, transparentes, o batas de seda roja, verde, celeste, amplias y adornadas con encajes y galones de raso. Tristes y decaídas, de aquellas de poco dinero, que sonríen rascándose la espalda.

En una ciudad importante es necesario un burdel, como es necesario el municipio, el tribunal, la cárcel, el hospital, el cementerio y el Monte de Piedad. Pero lo que en realidad se necesitaría, y es imposible prescindir de ello, es una mancha oscura sobre el pavimento de algún callejón, o, mejor aún, en medio de la plaza del Ayuntamiento. Una gota de sangre que nadie supiese cómo ha caído allí, quién es el muerto y por qué. Una gota roja apenas descolorida, que ni el sol ni el viento pudieran secar, ni toda el agua del otoño consiguiese lavar. Que fuese como una mancha sobre la conciencia de la ciudad, porque en toda ciudad, si se quiere que sea perfecta, ha de haber un motivo de miedo y de remordimiento.

HIPOMATRÍA

La puerta se abre despacio y alguien entra. De momento no veo a nadie. La estancia está sumida en la sombra y únicamente mi mesa de trabajo está iluminada por el círculo de luz de una lámpara baja. Después, poco a poco, la presencia de mi madre se revela por una respiración lenta y fatigosa. De pronto se me aparece, apoyada en el borde de la mesa, una mano blanca, enorme, pesada, inmóvil. El brazo desaparece en la sombra y las venas que salen de la muñeca corriendo a flor de piel se pierden en la oscuridad. Es una mano de mármol, la mano de una estatua. De niño, cuando pasaba los meses de verano en casa de mi nodriza, cerca de la iglesia del Socorro, iba todos los días con los demás niños a hacer el amor a la Laurina de Cafaggio. La Laurina era una estatua de piedra gris, sin brazos, las mejillas roídas por el viento y la lluvia, asomada al muro de un huerto. Aquella cara leprosa sobresalía del muro y parecía mirar a derecha e izquierda espionando si venía gente de Prato, de Poggia o de Caiano. Seguramente esperaba a alguien. Nosotros, los muchachos, íbamos a coger moras en los matorrales, a robar uvas de las viñas con los «ladrones» de cañas, a hacer caer las ciruelas, a arrancar la barba de las mazorcas del maíz para hacernos bigotes de duendes y tiranos. Después, al regresar a casa hacia la tarde, volvíamos a pasar por el pie de aquel muro y nos deteníamos, sentados en el pretil del foso, para mirar a Laurina, que sonreía tristemente con los labios roídos por el viento y las pedradas. Algunos años más tarde, al derribar el muro para ensanchar la calle que en aquel punto forma un recodo, la Laurina apareció a los obreros desnuda de pies a cabeza: era la estatua de un hombre, algún simulacro fúnebre, y aquello que a los demás les pareció un milagro digno de risa, a mí me pareció una traición y lloré. No he vuelto a pasar por aquel camino ni sé si la Laurina está todavía allí, pero siempre la veo asomada para espiar a los dos lados y me parece que me va a tender la mano para ayudarme a franquear el muro. Y el corazón se me encoge pensando que no tiene brazos.

Cuando hacía buen tiempo, mi madre venía a verme una vez por semana. Llegaba en un coche descubierto tirado por dos caballos llenos de fuego, negros y briosos, con sus largas crines rizadas. Quizás eran dos pobres jamelgos flacos, pero a mí me parecían fogosos corceles y su relincho me hacía hervir la sangre. Mi madre bajaba del coche levantándose con una mano la cola y abanicándose con la otra, con un abanico de seda rosa bordado con lentejuelas negras. Su brazo, enguantado de blanco hasta el codo, se apoyaba, graciosamente doblado, sobre el alto y erguido busto dentro del cual su seno palpitaba orgulloso. Bajaba del coche sin apoyarse, derecha y soberbia, apoyaba el pie en el estribo, permanecía un instante inmóvil en aquella postura en la que parecía una actriz o una reina. Su bello rostro pálido resplandecía a la sombra de un gran sombrero de paja que le caía sobre las sienes con una curva suave. Era bella, de una belleza sonrosada y reluciente.

Apenas el coche se detenía delante de la puerta de la casa de mi nodriza, todas las mujeres del vecindario se asomaban a verla, permanecían un momento deslumbradas y se desparramaban corriendo llamándome: «¡Curtino! ¡Curtino!», buscándome detrás de los pajares, en los patios, en los huertos, en las viñas. Yo estaba en el campo contemplando los bueyes uncidos a los arados, en los fosos dando caza a las ranas, en la carretera jugando entre la polvareda, en los tejados buscando nidos, en los pajares ayudando! a los campesinos a amontonar las gavillas de oro o a hacer la corte a la Laurina. Echaba a correr jadeante y lleno de polvo, con la cara llena de arañazos, y las manos sucias de barro y negras de moras. Corría para detenerme de repente delante de aquella señora espléndida y soberbia que en seguida soltaba la cola, dejaba caer el abanico sujeto al cuello por una larga cadena de oro y abriendo los brazos con un grito esperaba, a pie firme delante de un público de mujerucas y de chiquillos, que me

arrojase, llorando de alegría, sobre su pecho. Yo me acercaba despacio, desconfiado y temeroso, me dejaba abrazar, besar y acariciar, y entretanto volvía mi mirada hacia los hermosos caballos negros que echaban fuego por sus ternillas enrojecidas.

De repente, como siempre, mi madre lanzaba un grito, retrocedía un paso y apoyando su barbilla sobre el pecho, miraba su bello traje espumeante de encajes y ondulante de cintas, levantaba lentamente las manos con un gesto de fingida desesperación y pronunciaba un alto lamento, un himno fúnebre, a su vestido manchado, entre la compasión unánime de toda la población del Soccorso. Yo me quedaba, mohíno, un poco apartado, y todos me miraban con ojos de reprobación hasta que, aprovechando un momento de descuido, yo salía corriendo hacia los campos y no volvía a casa hasta la noche, cuando estaba seguro de que mi madre se habría marchado. Tenía miedo de que se me llevara a vivir a la ciudad, a la bella prisión de paredes de mármol imitado, mucho más tétrica, a mis ojos, que la casucha de los Mersiade iluminada por el reflejo verde y amarillo de los viñedos.

Una mañana, Mersiade me dijo que al día siguiente mi madre iría a buscarme para llevarme a Prato. Estábamos ya a mediados de octubre y los colegios volvían a abrir. Estuve hasta la puesta del sol rondando por los campos, siguiendo los fosos, y al volver a casa me detuve a decir adiós a Laurina. Sonreía asomada al muro, mirándome con unos ojos tristes y una hilera de hormigas rojas bajaba por sus mejillas. Cuando me acostaron temblaba ya de fiebre. A la mañana siguiente mi madre vendría a buscarme en coche, el cochero daría unos latigazos a los caballos de ternillas rojas y nos iríamos al galope hacia la ciudad en medio de una nube de polvo y de moscas, como en una fuga, en un raptó. No podía dormir, una extraña congoja me oprimía el corazón. Cuando oí el ruido de un coche que se detenía delante de la puerta, pensé que mi madre ya estaba allí. Transcurrieron unos minutos de silencio. La casa parecía una tumba. Mis ayos dormían apaciblemente en una gran cama al lado de la mía, la Eugenia tenía un brazo fuera de la sábana en una actitud de reposo ligero y absorto. Del campo subía un chirriar de grillos, un ladrido lejano. La habitación estaba iluminada por una lamparilla de aceite encendida delante de una imagen de la Virgen del Socorro.

De pronto, la puerta se abrió despacio y entró una vaga forma, y una mano enorme, pesada, inmóvil, se posó sobre la cabecera de mi cama. Una mano de piedra. Yo contenía la respiración, helado de terror. «Vamos, Curtino», dijo una voz. Era la voz de mi madre, pero aguda, mala, no parecía siquiera una voz humana. Yo fijaba mis ojos desorbitados en aquella mano enorme que yo pensaba aterrorizado que iba a llevarseme. Veía solamente aquella mano de estatua porque el resto de la figura se desvanecía en una especie de niebla azul. Sentía a mi madre respirar jadeante, el aliento salía de sus labios con un silbido extraño. De repente, no sé cómo, mi madre se me apareció a los pies de la cama rosada y resplandeciente. Pero del punto de entre los hombros donde está la garganta, bajando por raíces delicadas y vivas hasta lo alto del pecho, salía una cabeza de caballo, con el cuello peludo rodeado de un alto cuello postizo de encaje blanco. Mi madre movía su noble y orgullosa cabeza mostrando los largos dientes amarillos. Los grandes ojos redondos brillaban tristes y amorosos en la penumbra azul, una orgullosa crin le caía ondeando sobre los hombros. Yo permanecí mudo y frío de piedad y de horror. «Ven conmigo, Curtino, vámonos a casa», dijo mi madre. Me levanté para sentarme en la cama. «¡No, no! —grité—. ¡Vete... vete... vete!»

Mi madre me miró, dos lágrimas brillaron en sus ojos y la revuelta crin ondeó tristemente sobre su cuello. Y de repente un relincho dulcísimo, un relincho doloroso me heló la sangre en las venas. Caí de espaldas, sin sentido, y no volví en mí hasta

muchas horas después, entre los brazos de Mersiade. Estuve enfermo y durante dos meses no pude abandonar el lecho. Mi madre se pasaba las noches a mi cabecera, cada vez más pálida y más delgada. Parecía que sufriera un misterioso remordimiento. A veces la veía llorar, con su bella cabeza apoyada sobre mi almohada y la mano fina y blanca con sus dedos transparentes abandonada sobre la sábana.

Ahora aquella mano está allí, sobre el borde de la mesa. «Curtino —dice mi madre—, ya has trabajado bastante, vete a la cama que necesitas descanso.» Desde hace algún tiempo, mi madre no consigue dormir. El mal le muerde la cara y ella anda toda la noche por su habitación con su paso lento e inseguro. La voz del mar llena la noche serena. Aquella mano está allí, sobre mi mesa, enorme, pesada, inmóvil, como una mano de estatua. «Vete a la cama Curtino.» Pero en aquella voz hay algo, una especie de silbido que me hiela de horror. Después aquella mano de hierro se levanta con fatiga, despacio, y me acaricia la frente. Es una caricia tibia y suave. «Buenas noches, Curtino», dice mi madre. Y se levanta, sale de la habitación, la oigo andar ligeramente por su cuarto y abrir la ventana.

Amanece ya, y una raya roja corta el cristal de la ventana que el mar tiñe de azul. Me meto en la cama y permanezco con los ojos abiertos acechando, con el corazón lleno de horror y de piedad, que me llegue de la habitación de mi madre aquel dulce y triste relincho.

FEDRA

Estábamos a principios de invierno y el cruel Orión subía ya lentamente en el cielo negro y duro y el viento helado y ronco que descendía de los frondosos bosques de la Calabria entraba en el mar como en una selva, con un estrépito de ramas desgajadas. Hacía poco que yo había llegado de Lípári y me pasaba gran parte del día caminando por la orilla del mar y contemplando desde lo alto del castillo de Eolo las lejanas costas de Sicilia, o, la mayoría de las veces, sentado a la sombra de un algarrobo en un prado, no lejos del convento de los Capuchinos. Cerca de allí, atada por una pierna al tronco de una higuera silvestre, había una cabra de pelo claro, con los ojos de un azul tierno y vivo, amamantando un cabrito de frágiles piernas y hocico informe y blanquecino. El cabrito me parecía enfermo. No tenía ni siquiera fuerza para chupar la leche, permanecía largas horas suspendido de la ubre materna, casi durmiendo y de vez en cuando vomitaba grumos de leche amarillenta. Una mañana lo encontré muerto. La madre se había apartado todo lo que le permitía la longitud de la cuerda y lo miraba desde lejos como si le inspirase horror, volviendo el hocico hacia mi lado con un balido triste que me encogía el corazón.

Algunas veces había intentando acercarme al cabrito muerto con la intención de llevármelo de allí y tirarlo al mar, pero la cabra se alzaba de repente sobre las rodillas, bajando la frente con el gesto de lanzarse contra mí. Una luz siniestra brillaba en sus pupilas rectangulares, súbitamente amarillas y turbias. Y un ronco balido, una voz amenazadora, parecía destrozarle el pecho. Hacia mediodía llegó el dueño de la cabra, un hortelano de Marina Lunga. Parecía entristecido por la muerte del cabrito y más aún por el dolor de la madre. Dijo que iría al monte a ver si algún pastor le daba un cabrito recién nacido; quizá la pobre bestia se consolaría con un hijastro. Volvió al atardecer trayendo en los brazos un cabrito de pocos días, con los ojos todavía cerrados, el pelo ralo, casi una pelusa, que dejaba al descubierto en algunos sitios las arrugas de la piel.

«Su madre ha muerto al ponerlo en el mundo —dijo el hortelano—. Es un pobre huérfano, esperemos que la madrastra no lo mate.»

La cabra acogió al hijastro con indiferencia. Ni siquiera lo miró, fingió no darse cuenta de que se le llevaban al hijo muerto. Pero en un momento dado empezó a moverse, inquieta, a dar tirones a la cuerda para liberarse y a mirar gimiendo la orilla del mar. De repente se volvió hacia su hijastro y lo miró con los ojos encendidos, bajando la cabeza, torva y amenazadora. Después, poco a poco se calmó, dejó que el cabrito se agarrase a la ubre, casi como resignada a la presencia del intruso. La mañana siguiente, cuando volví a sentarme a la sombra del algarrobo, pude darme cuenta de que la madrastra trataba al hijastro con una indiferencia más sospechosa. En su mirada relucía ya algo que no era únicamente indiferencia, sino oculto rencor. Parecía que meditase alguna treta. Así transcurrieron unos días y yo esperaba ver nacer en aquel corazón un sentimiento oscuro y malvado. Una mañana me di cuenta de que el cabrito tenía el hocico ensangrentado. La madrastra era presa de un furor cruel. De vez en cuando se lanzaba con la cabeza baja contra el hijastro, le embestía por los flancos, trataba de morderle apenas el pobre animalito acercaba sus labios a la ubre. Varias veces pude sorprender a la madrastra en el acto de embestir brutalmente al cabrito, y de nada sirvieron los gritos y los latigazos. La cabra fijaba su mirada alternativamente en su hijastro y en mí, y en aquellos ojos había un tal odio, una expresión tan amenazadora, que instintivamente yo me echaba atrás, más por horror que por miedo. Pero aquella mirada me producía un verdadero terror cada vez que el cabrito, después de haber chupado un poco de aquella leche avara, se apoyaba soñoliento en el vientre de la madrastra. La mirada de Medea, me decía yo.

Así transcurrieron cerca de dos meses y fui dándome cuenta de que un extraño sentimiento agitaba el corazón de la cabra. Era una intolerancia, un hastío, un furor, algo así como una mezcla de odio y de amor. Sin duda el cabrito sentía oscuramente lo que se incubaba en el corazón de la cabra y se acercaba a mí como para pedirme protección y ayuda o, prefiriendo ya desde hacía algún tiempo la hierba a la leche, se armaba de valor y se alejaba huyendo por el prado, trepaba por las laderas del monte, sordo a las llamadas de la enfurecida madrastra.

Por aquellos días caí enfermo. El frío se disolvía en languidez y la lluvia, empujada por un viento tibio de siroco, azotaba las orillas solitarias, desolaba los bosques de retamas y juncos y esparcía sobre el archipiélago el acre humo sulfúreo del Strómboli. Estuve en cama unas semanas, vencido por una fiebre húmeda que me quitaba las fuerzas. Apenas estuve restablecido, mi primer saludo fue para los dos únicos amigos que tenía en Lípari. Y en el acto me di cuenta de que en el ánimo de la cabra se había producido un inesperado cambio. Sus ojos, cuando se posaban sobre el hijastro, no tenían ya aquella expresión de malvado furor que algunas veces me había aterrado. No era ya la mirada de Medea, sino la de Fedra. Era una mirada lánguida, en la cual el amor maternal se confundía con un sentimiento que de momento me dejó perplejo y después me turbó.

Los días se alargaban, los crepúsculos se habían ido haciendo rosados y transparentes y una brisa verde recorría el mar. Los primeros almendros en flor se alzaban como nubes en el borde de las colinas. Ya los pastores bajaban de los montes en busca de aquella hierba tierna que hacia el final del invierno asoma entre las rocas cerca del mar. Una paz inmensa y frágil saturaba el aire. El viento de primavera no tardaría en revolucionar aquel pacífico mundo de rebaños y pastores. Y fue una mañana de viento, del primer viento de marzo, cuando apareció el macho cabrío. Era una bestia de una

forma y unas proporciones fuera de lo ordinario. Una expresión apacible y altiva me sorprendió en sus ojos negros, una expresión verdaderamente real. Teseo, me dije para mí. Tenía la barba rojiza, de pelos chamuscados, la barba de Teseo a su regreso del Infierno. Avanzó hacia el cabrito con paso lento y cuando estuvo cerca de él se detuvo, baló roncamente. Hubiérase dicho una conmovida voz paterna. Me extrañó que no dijese: «¡Oh, Hipólito, hijo mío!» Después se volvió hacia Fedra, mirándola fijamente. Un negro resplandor le abría los ojos. De pronto bajó los cuernos y se alejó lentamente hacia la orilla del mar.

Desde aquel día, Teseo bajaba todas las mañanas del monte con paso regio. Parecía verdaderamente que bajase una escalera de palacio. Permanecía largas horas cerca de Fedra y de Hipólito, pastando la hierba de los alrededores o rumiando sentado a la sombra de la higuera. Fedra lo miraba con una mirada de temor; quizá temiese revelar alguno de sus oscuros sentimientos, alguna ansia secreta. También en Hipólito empecé a notar una inquietud y un temor que cada día iban haciéndose más profundos y precisos. Y poco a poco fui dándome cuenta de que Hipólito trataba también de dominar aquel mismo inquieto temor, no sé si para eludir la sospecha paterna o para sustraerse a la caricia de la madrastra. Apenas Teseo aparecía por el borde del cerro, Hipólito se apresuraba a alejarse, se aventuraba por el bosque de retamas, se encaramaba por los peñascos y los despeñaderos, bajaba hasta el mar saltando de roca en roca, de escollo en escollo, con una alegría que no era solamente amor de la libertad, sino presentimiento de una culpa y, a la vez, esperanza de salvación.

Fedra lo llamaba con voz tierna y poco a poco, al prolongarse la ausencia de Hipólito, aquella voz se convertía en lamento. Había en ella, alta e impura, una especie de desesperación, de angustia amorosa, de celoso rencor contra aquel amor de Hipólito por la variada y libre naturaleza, por la luz verde y azul que inundaba los prados y los bosques, por la caricia de la hierba y de las hojas frescas y vivas bajo la brisa primaveral. Entonces Teseo fijaba en Fedra una mirada irónica y a veces se iba, orgulloso y solemne, en busca del hijo. Yo oía como llamaba a Hipólito desde el borde del bosquecillo de juncos y de chumberas, con el mismo acento imperativo y lastimoso con el que había invocado a Piritoo al quedarse éste en la oscuridad de los infiernos. Al cabo de unas horas volvía trayendo a Hipólito al amor de Fedra, y caminaba con una gracia altiva, con una soberbia en la cual se transparentaba, sin embargo, algo amenazador y funesto. Más de una vez me ocurrió sorprender a Teseo mientras espiaba los ojos de Hipólito y de Fedra, la reluctancia del hijo y las caricias de la madrastra.

Un día, el inocente Hipólito dormía en la hierba y Fedra lo contemplaba con infinita ternura, levantando los ojos al cielo como si llorase. De vez en cuando daba un tirón a la cuerda que la retenía prisionera, clavaba los cuernos en el tronco de la higuera, una baba amarilla espumaba en su boca. Yo, movido por la piedad, la desaté. Fedra huyó con un balido quebrado por el llanto y le respondió un grito lejano, la voz de Teseo escondido, al acecho entre las matas. Al cabo de unos instantes, volviendo la cabeza, me di cuenta de que Hipólito había desaparecido. Estuve esperando hasta la tarde. El crepúsculo suavizaba ya el borde cortante de los montes y las riberas cuando, de repente, vi a Hipólito huyendo por el borde de un alto acantilado cortado a pico sobre el mar. Huía seguido del padre y la voz de Teseo resonaba horrenda y luctuosa, como un aullido de amenaza y de maldición. Ya Teseo estaba a punto de alcanzar al hijo cuando Hipólito resbaló, dio vueltas un breve rato por las paredes del acantilado y cayó al mar con un último grito.

No vi más a Fedra, y en vano la busqué por el monte. Una historia de cabras, me dije. Y en mi fuero interno pensaba en Eurípides y en sus historias de cabras.

SIROCO EN LA ISLA

Desde hacía unos días, un olor de huevo podrido, de algas y de retama vagaba por la isla. La primavera había estallado de repente como un tumor maduro. Desde la ventana abierta al mar, Paolo veía en la lejanía agudizarse poco a poco en el vidrio opaco del horizonte el perfil de las montañas, el vidrio hacerse más tierno, fundirse, disolverse en un amanecer de olor perla con un presagio lunar de transparencias verdosas. Un viento cálido y húmedo soplabá de tierra firme levantando en las laderas de las montañas (un volcán extinguido, ya casi sin aliento, que respira apenas, cansado, por las cien bocas de sus humeros) un polvo acre y amarillento que volvía a caer con un leve susurro de lluvia sobre las retamas floridas de corolas de azufre. La carta de Camila estaba allí, detrás de él, abierta sobre la mesa. Se pasó la mano por el rostro bañado de sudor, cerró los ojos, permaneció escuchando. El mar jadeaba bajo la ventana como una vaca delante de la puerta cerrada de un establo. «Se ha producido otro cambio en el equipo de Oxford. Lasceller, el número seis, enfermo de un leve ataque de gripe...» murmuraba en inglés, con voz dulcísima, el locutor de la estación radiofónica de Daventry. Paolo se veía en Oxford, sentado en la orilla herbosa del Isis, al lado de Camila: el ocho azul se deslizaba veloz sobre el espejo verde del Lower.

Aquella voz suave, estriada de sutiles rumores eléctricos, le rozaba los nervios como una lengua de gato, Paolo se alejó de la ventana, dio media vuelta al botón de la radio. Ahora venía una voz blanda, la voz de un chiquillo que hablaba en sueños. La estancia se llenó de un agradable olor de hierba, los claros horizontes del Oxfordshire se abrieron luminosos en su memoria. «Tengo frío», decía Camila. Los remos del ocho azul se alzaban y bajaban en cadencia y la embarcación volaba ligera en el cielo verde reflejado en el río. Camila, cuando se aburría, tenía siempre frío.

Aquella bella estampa de colores, aquella escena dulce y viva llena de melancolía y de movimientos, los jóvenes remeros con sus camisetas azules, el timonel sentado a popa con los codos pegados al cuerpo y el megáfono sujeto delante de la boca por dos cintas rojas anudadas en la nuca, los rubios estudiantes diseminados por las riberas, con chaquetas de gruesa lana color tabaco y pantalones de franela gris, y el río transparente con sus reflejos de hierba, los árboles con sus hojas claras y luminosas, las nubes blancas sobre un cielo de seda verde —aquel cuadro típicamente oxfordiano que Paolo, cada vez que volvía a las orillas del Isis o del Cherwell no podía ver sin una dulce emoción, no suscitaba en Camila más que un melancólico aburrimiento. El deporte no entraba a formar parte de su felicidad más que durante los dos meses de la *season*: en Epsom, en Ascot, en Hurlingham, en Lord's, en Wimbledon... ¡Pobre Camila, tan querida y tan enojosa! Qué lejanas y ridículas aparecen todas las mujeres, pensaba Paolo, un día de siroco.

Su carta llevaba un par de días allí, abierta sobre la mesa, y la respuesta debía estar lista la mañana siguiente. Tres veces por semana, el barco que hace el servicio entre Milazzo y Lípári se acerca prudentemente con un mugido de sirena a la costa oriental de la isla de Vulcano, fondeando a un centenar de metros de aquella playa desierta, cubierta de lava negra y reluciente de cristales de azufre que los mapas marítimos señalan con el vago e impropio nombre de Puerto de Levante. Una barca de dos remos pintada de verde y rojo, cargada de cabritos en canal, tarros de requesón todavía caliente, de quesos

de oveja, de cestas de berenjenas e higos chumbos se acerca al barco; los marineros, inclinándose sobre las amuras levantan las manos y cogen al vuelo las cestas de berenjenas, los cabritos, los quesos y los tarros de requesón que los dos barqueros, de pie con las piernas separadas al través de la barca, el torso desnudo brillante como el bronce bajo el sol a pico, lanzan al aire gritando y agitando los brazos como si arrojaran piedras contra el barco. Apoyados sobre la borda, los pasajeros contemplan la escena protegiéndose los ojos con las manos para defenderse de la reverberación del agua. El segundo oficial, un viarregiano pequeño y fornido, con los antebrazos velludos fuera de las mangas demasiado cortas, se inclina sobre la amura y sujeta el saco de la correspondencia que un barquero le tiende con precaución para no romper los sellos de lacre rojo. Un mugido de sirena resuena en el aire encalmado, retumba contra los flancos del volcán, rueda por las negras masas de lava, penetra desgarrándose por entre las gruesas hojas de las chumberas, recorre como una onda la inmensa extensión de juncos y retamas, y el barco vuelve a partir lentamente, con un sordo zumbido de hélice, dejando en el aire un largo penacho de humo blanco que poco a poco va confundándose con las nubes amarillentas de vapores sulfúreos eternamente suspendidas sobre la isla.

Los cabreros de caras de color de tierra cocida y cabellos perfumados por el polvo de azufre, que han permanecido en la playa vigilando de lejos el embarque de sus cabritos y de sus requesones, vuelven a subir la suave pendiente hacia el antiguo dormitorio de los forzados donde ahora está la muela y el almacén de la mina de azufre, arrastrando tras ellos por el ronzal los asnos cubiertos de costras. De vez en cuando se detienen y vuelven la cabeza hacia el mar. El barco está ya lejos, negro y liso como un gran insecto aplastado sobre una plancha de cinc. El agua, cerca de la orilla, hierve y espumea barboteando. Inclinándose sobre el mar desde una barca, se ven en el fondo marino las grietas de los humeros de bordes fosforescentes. El cielo de mediodía, de un azul pálido manchado de lentejuelas rojas, oscila levemente sobre la isla. Las lagartijas duermen sobre las piedras caldeadas por el sol y las cabras, con las ubres repletas de leche, rumian soñadoras tendidas bajo la sombra de las retamas. Perros flacos, de ojos blancos, con la cabeza envuelta en una nube de moscas, tumbados sobre la arena negra de la playa, donde los granitos de óxido relucen como diamantes negros, husmean el olor de pescado y de huevo podrido que la brisa trae del mar. Allá arriba, cerca del antiguo dormitorio de los forzados, los cabreros se detienen, se vuelven por última vez, montan a horcajadas en los asnos y se alejan en medio de una densa polvareda roja y amarilla que los rayos del sol atraviesan con vivos resplandores de oro.

Hacía calor. El aire era pesado como una manta de lana. De pronto apareció la luna, rompiendo el borde de los montes como la cáscara de un huevo, y un largo soplo argentino se difundió tenue por el mar y vino a desvanecerse sobre la orilla con un centelleo silencioso en las facetas de los granos de óxido y de los cristales de azufre. Los montes lejanos, al otro lado del mar, parecían blancos de nieve, altísimos, diáfanos, irreales, nubes errantes en la colina plateada. Una voz suave cantaba en la radio. Paolo cerró el interruptor y en el súbito silencio sintió de repente su propia presencia en aquella habitación, como si fuese la presencia de un extraño. Salió al corredor y se asomó a la puertecilla que daba a las viñas, por la parte de poniente.

El humo acre despedido por los humeros que rodeaban la casa le mordía la nariz, El aire era denso, saturado de vapores sulfúricos; gruesos insectos zumbaban intranquilos en las vides y los matorrales y el viento bajaba a grandes bocanadas por las ladera del volcán, se agazapaba detrás de los montones de lava y saltaba nuevamente como un enorme gato de terciopelo. Paolo se encaminó por el sendero hacia el aprisco de las cabras. La casa de los pastores surgía a media cuesta donde la pendiente del volcán se

quiebra súbitamente suavizándose poco a poco por el vasto plano inclinado, verde de viñas y de frutales. Era una modesta construcción de ladrillo y piedra pómez, con una pérgola de parras silvestres en la parte de delante. Los pastores estaban tendidos bajo la pérgola sobre esteras de junco, hablando entre ellos en voz baja. Detrás de la casa, más allá de un seto de chumberas, las mujeres encendían ya los fuegos de sarmientos bajo los calderos llenos de leche de cabra. Otras colgaban de un alambre, para protegerlos de los ejércitos exterminadores de hormigas, los pequeños tarros húmedos dispuestos a recibir el requesón hirviente. Un olor de leche ácida y de hojas podridas se mezclaba al aire saturado del agudo relente del azufre. Diseminadas, formando grupos dentro del aprisco, como enfermos de cólera en un lazareto, las cabras estaban echadas rumiando o soplando, con aquel silbido característico de las bestias enfermas de asma. Y apenas Paolo se inclinó sobre el vallado de cañas y juncos entrelazados, volvieron todas a la vez la cabeza hacia él. Los ojos relucían bajo el resplandor casto de la luna, las grandes pupilas rectangulares, de un violeta fosforescente, fijas en los globos blancos. Algún cabrito balaba tiernamente, sepultado en el intríngulis de las patas y las ubres. Más allá, apenas pasado el recinto de las cabras, en el punto donde el sendero franqueaba una eminencia redonda y rocosa el viento se deslizaba rápido y silencioso rozando la tierra, como un río en plena crecida.

Paolo se detuvo, mirando el mar. Algunas velas de pescadores, las pequeñas velas triangulares de los palangreros, doblaban el cabo, desapareciendo a veces en grandes manchas fosforescentes donde la luna era más luminosa y más clara. Una gran barca salía del Porto di Levante siguiendo a corta distancia la alta orilla resquebrajada, de negras masas de lava. Paolo veía a los remeros, de pie, inclinarse y echarse atrás todos a la vez, relucir los remos en el vago resplandor alzándose y cayendo con movimientos de ala. La barca parecía subir, poco a poco, casi volando. Paolo levantó los ojos como para preceder en el cielo aquel rítmico vuelo reluciente, y vio en. lontananza, sobre un alto cono de sombra en el horizonte, una nube color de azufre estallar silenciosa, disolverse en niebla cambiando repentinamente de color, teñirse de reflejos verdosos, como un prado al revés. De repente resonó lejano a su espalda un ladrido acompañado de silbidos, voces roncas y pasos precipitados hacia el recinto de las cabras.

Aquella mañana había sido encontrado un cabrito medio devorado por las zorras, cerca del Castello dell'Inglese. Pero los pastores echaban la culpa a los perros vagabundos, a aquellos pobres perros roñosos que durante el día van husmeando con la cola baja por la arena alrededor de las barcas varadas en el Porto di Levante en busca de cabezas de pescado y por la noche se refugian entre los sacos de azufre amontonados en el antiguo dormitorio de los forzados. Paolo oía la voz de los pastores a través de las selvas de retamas y juncos, el eco de los pasos extenderse por el viento como tina piedra lanzada al agua. La luna iba subiendo por la curva del cielo. Orión había ya desaparecido en el horizonte detrás del Can y unas nubes tempestuosas huían siguiendo la orilla del mar, empujadas por la furia relampagueante del siroco.

Paolo se sentó detrás de un montón de lava al amparo del viento. Le dolían las piernas y la frente, empapada de sudor, le pesaba sobre la cara como una corona de plomo. La carta de Camila estaba allí, sobre la mesa, hacía, dos días, en aquella habitación de paredes desnudas y lisas, en aquella casa iluminada por la luna que él veía lejanísima, inalcanzable, como una casa entrevista en sueños, en la orilla de un mar cubierto de lívida espuma. El sueño iba invadiéndole poco a poco, se sentía ya incapaz de moverse, se hubiera quedado allí toda la noche esperando el final de aquel maldito siroco. De repente se puso de pie, dio algunos pasos precipitados hacia el mar y empezó a bajar

despacio, husmeando el aire, como si ya percibiera en la brisa húmeda y cálida, el olor fresco del gregal.

MADRE QUE BUSCA A SU HIJO

Hace ya tres días que se le han llevado a su hijito y la madre anda sin parar de un cuarto a otro, con los brazos cruzados sobre el pecho, se detiene delante de las puertas cerradas, permanece un momento absorta y después alarga despacio una mano tímida, empuja la puerta y entra en otra habitación. Desde hace tres días sube y baja las escaleras de puntillas y se detiene de vez en cuando a escuchar con la cabeza inclinada a un lado. Abre y cierra los cajones, las puertas de la alacena y busca por todos los rincones de la casa (una casa vacía y triste, donde estaba en otros tiempos el dormitorio de los forzados), detrás de los rollos de cuerda, los barriles vacíos perfumados todavía de alcaparras, las cestas y los remos apoyados en la pared. «Bi bi bi», murmura sin mover casi los labios. Habló a su hijito y cierra los ojos, y sonríe.

Enroscado en la ceniza tibia del hogar (cuatro gruesas piedras apoyadas en la pared negra de hollín), el perro la sigue con unos ojos llenos de rencor y de recelo. Es un perro de pastor, de aquellos que los insulares llaman «elegidos», de pelo ralo color de leche. Flaco y ágil, tiene los ojos azules y brillantes. Desde la ventana se descubre un amplio trozo de escollera, desde el Castello dell'Inglese hasta la punta del Vulcanello, una costa a pico, negra de lava y amarilla de retama y de azufre, orlada por la cándida baba del mar. El horizonte marino se curva sutil y preciso, corta la cresta de las olas, los palos de las naves que pasan hacia el estrecho de Messina. Allá, en el fondo, el alto cono del Strómboli llamea y echa humo bajo una nube roja en forma de corazón, un ex voto colgado en la pared clara del cielo.

Hace diez días que su hombre está en el mar. Todavía no sabe que el chiquillo ha muerto. Ha ido a pescar langostas y esponjas en las costas de Túnez, a cargar barriles de alcaparras y cestas de pasas en Pantellaria. Delante de la casa se extiende el huerto rodeado de un espeso seto de chumberas que lo protege del siroco y las hojas de lechuga se doblan tiernas y blandas bajo la brisa del poniente: La mujer sale al huerto, se asoma por encima del seto y mira el mar desierto. «Bi bi bi», murmura sonriendo. Al niño lo han llevado en barca al cementerio de Lípári y los remeros se esforzaban levantando los remos. La mujer se vuelve. El perro la ha seguido sin hacer ruido, con la cola baja, y ahora la mira con ojos ceñudos. La madre vuelve a entrar en la casa y se sienta delante de la ventana. El mar se mece suspendido del antepecho, algún copo de espuma blanca asoma de cuando en cuando por el horizonte lejano y rebota contra los cristales de la ventana. Es ya el crepúsculo, una telaraña de rayos purpúreos tiembla en el aire transparente. A través de los hilos de la telaraña llueve sobre las islas y sobre las olas el amarillento polvo del azufre que Vulcano sopla por su boca humeante. Alrededor de la casa, aquí y allá, los humeros silban suavemente. Un hedor de huevo podrido se confunde con el olor graso de las retamas. Los cardos relucen a lo largo del sendero y unas nubes rosadas inmensas se hunden silenciosas en el horizonte.

De repente, la mirada de la mujer se posa sobre el perro enroscado en el hogar. «Bi bi bi», murmura sonriendo. Algunas veces, para avanzar en el trabajo, lo dejaba sobre la ceniza tibia del hogar. El pequeño, envuelto en sus pañales, agitaba sus manitas y reía, y unas burbujas de saliva brotaban de sus labios rosados. El perro la mira fijamente y los ojos azules relucen con una luz triste y opaca. En aquella mirada hay rencor y una especie de piedad celosa. Es ya tarde, tiene todavía que terminar sus quehaceres, pero

no sabe qué hacer. Le parece que no tiene ya trabajo en casa, nada, desde hace tres días. Se levanta, atraviesa la cocina, va a abrir las puertas del armario. No queda manteca, ni pasta, ni aceite. Mañana tendrá que ir a Liorna a hacer provisiones. Al niño se lo han llevado a Lìpari en barca. La mujer permanece absorta delante de la alacena vacía. Le duele el pecho con un dolor lento y profundo. La madre se inclina sobre la chimenea, y el perro se aleja gruñendo suavemente y va a acostarse cerca de la escalera. El fuego se extiende entre las piedras negras, un grato olor de humo se esparce por la cocina. La puerta ha quedado abierta. La mujer y el perro vuelven la mirada y ven la lechuga clara del huerto y el mar que brilla entre las hojas grasas de las chumberas. Un fragmento de luna oscila sobre los montes de Calabria y el sol que declina se refleja en la roca de Scila mientras un resplandor de púrpura asoma lejano en el mar. La mujer se asoma a la puerta y permanece un momento contemplando como la luz se apaga lentamente sobre las olas inquietas.

Por el sendero ha aparecido una cabra que se vuelve a mirar el mar y después se dirige apresuradamente hacia la casa. Entra en la cocina balando, se detiene con las patas separadas delante de su lecho de paja amontonada en un rincón. La mujer coge una escudilla, se arrodilla al lado de la cabra y se pone a ordeñarla. Un chorro de leche densa y acre le corre por entre los dedos. El pecho le duele. Se desabrocha la blusa y el seno palpita turgente bajo la tela tosca de la camisa. Le parece que el pecho se hincha poco a poco, hasta estallar, hasta romper la celosa defensa del blanco lino. De pronto levanta los ojos al techo. Le ha parecido oír un vagido. Tal vez su hijito está todavía en la cuna, con los puñitos cerrados apoyados sobre la almohada, junto a las sienes. No, no es un vagido, ahora, es una respiración lenta, un sople tranquilo. Duerme. La madre atraviesa la cocina de puntillas. Al levantar la pierna para subir el primer peldaño siente un dolor cálido en el vientre. Sube los escalones despacio, jadeando, como si llevara en la matriz un peso dulce. Le parece estar encinta de su niño muerto. En el rellano se detiene conteniendo la respiración y se apoya en la pared. Después empuja la puerta entreabierta y entra en la estancia.

En la cuna, el perro, acurrucado, la mira. La madre se acerca a la cuna y levanta una mano. Ante aquel gesto el perro enseña los dientes y clava las uñas en la sábana. «No — dice la mujer—. No te echo, duerme, duerme.» El animal cierra los ojos y la madre se pone a mecer la cuna, cantando a media voz. De repente, el mar empieza a rugir.

Como cada día al atardecer, a medida que la luz baja, la voz del mar va haciéndose más fuerte. La mujer se vuelve hacia la ventana, permanece escuchando. «Uuuuuuuu!» aullan las olas. Su hombre está allí, en el mar. Volverá quizás esta noche, quizá mañana, o dentro de tres o cuatro días, quién sabe... ¿Qué le dirá cuando abra la puerta? No querrá creer que el niño ha muerto. Creerá que es una mentira, una excusa. Golpeará la mesa con el puño, la cubrirá a ella de insultos y de amenazas y después se marchará a beber con los otros pescadores, y volverá ebrio. ¡Ah, si tuviese otro hijo...! Seguramente, lo tendrá. Como aquel, exactamente igual que aquel. En primavera, en otoño... El perro ha abierto los ojos y la mira con una mirada llena de recelo, como celoso. «Ven aquí», le dice la madre. «Ven aquí conmigo.» Y le tiende los brazos, lo coge, lo estrecha contra su pecho. «Duerme, duerme.» Y camina por la habitación, meciéndolo suavemente. Después se sienta al lado de la ventana con el perro en brazos y mira hacia el altar que poco a poco se va apagando.

Una triste felicidad llena su corazón. Cierra los ojos, y como el pecho le duele cada vez más, se deshace lentamente el lazo de la camisa. El pecho irrumpe, hinchado de leche. «Bi bi bi», murmura sonriendo, y tiende su seno al perro. El animal tuerce el

hocico gruñendo, se esquiva, muestra los dientes, y de repente, con un celoso furor, muerde aquel seno blanco, huye, salta de la cuna y se agazapa temblando. La mujer sonríe, pálida e inmóvil. Una extraña felicidad aparece en su rostro y durante unos segundos se hace el vacío delante de sus ojos. Después, poco a poco, vuelve a aclarar y las primeras estrellas asoman por entre las nubes plateadas. «Bi bi bi», murmura la mujer sonriendo. Un poco de sangre le gotea del pecho, manchando el blanco lino, y la madre mira el mar que lentamente se oscurece y se acartona bajo el cielo claro como una inmensa hoja de otoño. Debajo de la ventana las olas producen un crujido de hojas muertas arrastradas por el viento. «Bi bi bi.» Se siente feliz mientras la sangre mana dulcemente del pecho herido. Su pequeño está allí y duerme en la cuna. El reflejo de las olas se mueve sobre las paredes blancas y le parece que la habitación se balancea sobre el mar, o quizás es la leve respiración de su hijo que hace temblar la casa.

JUNIO ENFERMO

Cuando el médico le dijo que estaba enfermo, seriamente enfermo, y que haría bien en curarse si no quería tener una sorpresa desagradable, Paolo se echó a reír. Ni él mismo sabía por qué, pero sentía una cierta agitación en la sangre, un ardor, dentro del pecho que lo hacía reír y toser a la vez. El médico se había quedado con la placa de la radiografía entre los dedos, delante de la ventana, y seguía observándola atentamente a contraluz, frunciendo el entrecejo.

—Mire aquí —le dijo.

Y seguía con la uña del meñique las líneas blancas de la trama broncolinfovascular, endurecidas y acentuadas por la fibroesclerosis. Parecían las ramas de un árbol, y los grumos blanquecinos de los bordes de las cicatrices parecían flores y frutos. Un verdadero árbol con sus frondas, su follaje claro. Sentía que se le movía en el pecho, suavemente, al soplo de la respiración. En el ápice de los pulmones, inciertos en la leve sombra de la escápula, los dos ganglios, hinchados y deformados, parecían dos nidos ocultos entre la fronda de aquel árbol blanco.

Paolo se echó a reír y miró al médico. En el corredor resonaba una larga estridencia monótona, parecía el canto de una cigarra. Seguramente debía ser la primera cigarra de junio. En los campos, los campesinos debían empezar ya a segar el trigo. Hacía siete meses que caía continuamente una lluvia de siroco, tibia y untuosa, que empañaba las hojas de los carrascos y los cristales de las ventanas, los pomos de las puertas, el cristal cóncavo del horizonte marino y las laderas de los montes azulados y verdes. El trigo había crecido lozano y era una verdadera maravilla verlo, pero las espigas eran ligeras y estaban vacías, y ondeaban soberbias en el viento húmedo que soplaba del mar. Paolo se acercó a la ventana, apartó la cortinilla polvorienta. Un destello azul vivo se deslizó en la estancia y se fundió como un trozo de hielo en el aire gris y sordo. En el corredor se lamentaba un enfermo: era una voz desesperada y, sin embargo, dulce, un lamento tímido y obstinado.

—Una fibroesclerosis —continuaba el médico—. Nada grave, entendámonos, pero es una cosa que podría llegar a ser seria.

Lavinia se había quedado esperándolo en el corredor. Se marcharían del hospital y volverían rápidamente a casa. En un lugar determinado dejarían el auto y seguirían a pie a través de los campos.

—Doctor —preguntó de repente Paolo, con un acento de lánguida indiferencia—, ¿cree usted verdaderamente que estoy enfermo?

—¡Santo Dios! exclamó el médico, tendiendo los brazos como para decir: «Pero, ¿no se da usted cuenta de lo que lleva encima?»—. Si estuviera en su lugar, pensaría en curarme. Deje, por algún tiempo, su trabajo. ¿Realmente tiene necesidad de trabajar?

Sonreía, como si quisiera excusarse de darle aquel consejo. Seguramente quería decir, pensó Paolo, que con aquella enfermedad encima no valía la pena de trabajar.

—De todos modos, no se preocupe demasiado —prosiguió el médico en tono bonachón—. Tenga valor...

Se interrumpió, se sonrojó y añadió en voz baja:

—Perdone, es una frase que solemos decir siempre por costumbre... Usted no tiene necesidad de que yo le infunda valor...

En aquel momento entraba una anciana apoyándose en el brazo de una muchacha. Avanzaba paso a paso, despacio, gimiendo, mirando a su alrededor de una manera hostil y atemorizada, llevándose de vez en cuando la mano al pecho como si temiera que le robasen la cadenita que pendía de su cuello. Tenía una cara de cera, los ojos tristes y recelosos, iluminados a veces por una expresión ceñuda y humilde. Era una mujer de pueblo y llevaba impresos en el rostro los signos de aquella desconfianza, de aquella avaricia que en el pueblo son los más claros síntomas morales del mal físico. Paolo pensaba que también él estaba enfermo, que también él, quizá, llevaba en el rostro los síntomas de aquella desconfianza, de aquella avaricia.

—¿Qué tiene? —preguntó Paolo en voz baja señalando a la vieja.

—Un cáncer de estómago —murmuró el médico—. No hay nada que hacer.

Aquel «nada que hacer» sonó en los oídos de Paolo como un diagnóstico moral de él, de su estado, de toda su vida. La vieja miraba al médico, los instrumentos, los aparatos de acero cromado, las radiografías colgadas de las paredes, misteriosos paisajes anatómicos que en las paredes blancas de cal abrían mágicas perspectivas de huesos y de venas. Después, de repente, fijó su mirada en el rostro de Paolo con una expresión dura y maligna. Lo contemplaba con una curiosidad extraña, con una intensidad sospechosa, como si tuviese algo que preguntarle, que reprocharle, y le faltase la fuerza o el valor.

Al abrir la puerta, el médico vio a Lavinia de pie en el corredor, al lado de una monja, y se apresuró a saludarla y pedirle perdón por haberla hecho esperar. Lavinia estaba pálida y una leve sonrisa torcía sus labios cerrados.

—No es nada grave —dijo el médico—, pero, desde luego, tiene que curarse. Una imprudencia sería peligrosa.

Sonrió, al parecer contento, y prosiguió:

—Pero él no es hombre de hacer imprudencias.

—¿Quién le ha dicho que no haré imprudencias? —exclamó Paolo con voz ronca.

Tenía la frente empapada de sudor y una luz opaca brillaba en sus ojos. El médico se había quedado perplejo, mirándolo sorprendido y apesadumbrado.

—Gracias, doctor —dijo Lavinia apoyando su mano en el brazo de Paolo.

El médico se inclinó en silencio. Parecía turbado, y después de hacer una seña a la monja, volvió a entrar en su gabinete y cerró la puerta.

Tendido en una camilla, que una enfermera empujaba con precaución, un enfermo atravesaba el corredor en dirección a la sala de operaciones. Palidísimo, estaba apoyado sobre los codos y miraba a su alrededor con una mirada vacía y llena de odio. Un hilo de saliva le corría por el mentón. Tenía aquel aspecto sórdido y prepotente de ciertos enfermos avaros de gestos que no se preocupan siquiera de sonarse o secarse la boca para no perder en acciones inútiles las escasas fuerzas que quieren celosamente conservar. Al pasar cerca de ellos, el enfermo fijó en el rostro de Lavinia una mirada torva, siniestra. Lavinia volvió la cabeza hacia el otro lado, un temblor convulsivo sacudía sus hombros. Paolo andaba con la cabeza baja y le zumbaban los oídos. Se detuvo un momento volviéndose para ver la camilla que se alejaba resbalando silenciosamente sobre sus ruedas de goma. La monja abrió lentamente la puerta y una franja de luz dorada entró en el corredor iluminando el pavimento de mármol.

—¿Qué tienes? —preguntó Lavinia mientras el auto salía de la población y avanzaba lentamente por el campo.

—Nada —respondió Paolo.

Tenía que renunciar a muchas cosas, precisamente a las cosas que más quería en la vida. En aquel punto la carretera daba una vuelta y descendía directa hasta la playa, entre campos de trigo y bosques de pinos. El mar relucía en lontananza entre las ramas de los árboles, un viento suave y dulzón levantaba una leve nube de polvo amarillo. El cielo era claro de un azul verdoso. Unos cirros rosados, hinchados y mórbidos, vagaban por el horizonte y un nimbo de color de ladrillo, con los bordes cortantes como los de un espejo roto, asomaba por detrás de los picos agudos de las montañas. Era una mañana clara y dulce, pero turbada todavía por una sospecha reciente, por un recuerdo doloroso.

Después de la larga lluvia invernal, las tempestades primaverales habían hecho desbordar los ríos e incluso junio se revelaba inquieto y traidor. Un junio enfermo. La hoz de los segadores entraba en el trigo como el bisturí del cirujano en la trama viva y sensible de los tejidos, como las tijeras en la orgullosa cabellera de una mujer. Había algo cruel, pérfido, en el silbido leve de las hoces, en el susurro de las espigas cortadas, en el mismo canto jadeante de los segadores. Y, no obstante, en los alrededores se respiraba un no sé qué alegre, un feliz presentimiento, un aire de fiesta, un algo nuevo y juvenil. Los labradores segaban el trigo dorado avanzando un paso después de cada golpe de hoz y unos grupos de muchachas, con los cabellos sujetos con pañuelos de vivos colores, los seguían andando agachadas, recogiendo y atando las espigas en gavillas. Y parecía un juego cruel, el epílogo de una fábula mortal. Pero las voces de los segadores estaban llenas de esperanza, una esperanza vuelta a encontrar recientemente, las muchachas encorvadas dejaban las piernas descubiertas hasta las corvas y las pantorrillas desnudas aparecían quemadas por el sol, morenas y musculadas. El movimiento del busto jugaba con las caderas con una gracia reposada y convencida.

Paolo detuvo el auto y emprendió la marcha a campo través, estrechando el brazo de Lavinia con una mano incierta y temblorosa. Lavinia parecía darse cuenta también de aquella mezcla de crueldad y de alegría, de algo nuevo, juvenil, que había en el aire y un delicado rubor le encendía el rostro cansado. Andaba ligeramente, huyendo quizá de un secreto temor, de un antiguo remordimiento, como si fuese el encuentro de algo misterioso y feliz. Descendían los dos por el sendero que bordea el pinar, y en la ancha onda del viento el trigo corría como un lento río. El gorjeo de los pájaros se destacaba sobre el grito monótono de las cigarras como sobre un hilo tenso. Dando tumbos por el sendero avanzaba una trilladora y los carros cargados de oro salían de todas partes. A su

alrededor se elevaba un alegre estrépito de voces. Una música de hoces y de tridentes golpeados y las explosiones de un motor ponían en aquella armonía de sonidos gratos al oído y al corazón una nota prepotente, una voz de mando. «Enfermo, enfermo, enfermo —se repetía Paolo siguiendo interiormente la cadencia de las explosiones del motor—. Enfermo, enfermo, enfermo.» Pero aquella palabra le sonaba dulcísima. Era como la letra de una canción, que no tenía ningún significado de dolor ni de muerte. Lavinia, de repente, lo miró. Y Paolo sintió, inesperadamente, que la estación empezaba a curarle, el verano empezaba a entibiar las hojas de aquel árbol blanco que le susurraba dulcemente en el pecho.

UN DÍA FELIZ

Hacia un día magnífico y el Cav.⁶ Bonfante, empleado del Catastro, se sintió renacer. Le parecía levantarse de un lecho de rosas. Se vistió lentamente y antes de salir, como todas las mañanas, a las nueve para ir a la oficina, dirigió a la habitación una mirada distraída, con los ojos todavía llenos de sueño.

Encima de la cómoda, al lado del despertador y de la botella de agua, estaba su habitual taza de café. El despertador señalaba las diez. Únicamente entonces se dio cuenta de que se había olvidado de tomar el café. «Debe de haberse estropeado», pensó. Y se disponía ya a abrir la puerta cuando un pensamiento insólito y agradable acudió a su mente. «¿Y si fueran verdaderamente las diez?» La idea de llegar tarde no le producía la menor preocupación. «¡Catalina!», llamó. Se sentía alegre y reposado, respiraba con verdadero deleite el aire tibio de la mañana que entraba por las persianas entornadas. Un rayo de sol se quebraba fraccionándose en reflejos de arco iris en la botella de agua, y un destello verde fue a herir en medio del pecho a Catalina que entraba en aquel momento.

—¿Qué hora es? —preguntó el Cav. Bonfante con aire distraído mientras se hacía el nudo de la corbata delante del espejo.

—¡Son ya las diez! —gritó Catalina.

Y en voz baja añadió:

—Temía que se encontrara mal... Estaba preocupada.

—¿Las diez? —exclamó el Cav. Bonfante en un tono de alegre sorpresa—. ¿Y qué tiene de extraño? Me he dormido, eso es todo... Y he dormido muy bien. Por primera vez en mi vida, he hecho tarde. No hay nada de malo en ello. Irás a la oficina, dirás que estoy enfermo, y entretanto...

Hablaba con voz animada, con acento triunfante:

—Y entretanto yo me iré a paseo. ¿Te parece bien?

Catalina lo miró sorprendida. Era la primera vez, durante los veinte años que llevaba al servicio del Cav. Bonfante, que oía de su boca palabras semejantes. Y se sonrojó. Trató de decir algo, pero el Cav. Bonfante bajaba ya la escalera.

—¡Virgen santa! —exclamó Catalina.

Y permaneció muda y atónita todo el día, hasta que, al caer la tarde, abrió la puerta al dueño que volvía a casa.

6 Cav. Abreviatura de «cavaliere»: caballero.

El Cav. Bonfante salió a pasear por la ciudad. No era domingo, pero lo parecía. A la primera bocacalle encontró un destacamento de «balillas», que caminaban alegres, con exactitud, los más pequeños, rubios y gorditos, a la cabeza, y los mayores en la cola. «U-no, u-no, u-no», gritaba de vez en cuando el oficial para hacerles marcar el paso. Y los «balillas» adelantaban el pie derecho todos a la vez, sin interrumpir el ritmo alegre de aquella marcha juvenil y precisa. El Cav. Bonfante observó que las caras de los más pequeños aparecían claras y lisas (la piel les brillaba como la seda de un abanico) y que las caras de los mayores estaban llenas de granitos rojos.

«Desahogo de juventud —pensó—. Oh, las primeras desilusiones, las primeras inquietudes.» Pero aquel pensamiento le produjo como un súbito remordimiento. «¿Qué desilusiones, ni qué inquietudes? —se preguntó sonriendo—. A esta edad, con esta bella divisa, con este ardor en las orejas... En nuestros tiempos, sí, tal vez. Pero ahora. Estos muchachos no son como nosotros, como éramos nosotros. ¡Dichosos ellos!» Así, hablando consigo mismo, el Cav. Bonfante, se acercó al ordenador y le preguntó alegremente: «¿Adonde vais?» El muchacho no contestó. «¿Adonde vais?», repitió el Cav. Bonfante, que hacía un esfuerzo por seguir su paso y temía de un momento a otro tropezar con sus mismos zapatos. El muchacho no se dignó siquiera dirigirle una mirada. «¿Dónde quiere que vayamos? ¿A casa de la tía?», repuso con una voz despreciativa. Caminaba con la cabeza alta, la mirada fija hacia delante y una expresión severa en su rostro lleno de manchitas rojas, «Uno..., u-no... u-no...»

El Cav. Bonfante se había parado, secándose el sudor. «¿A casa de la tía?», pensaba con un cierto embarazo. El oficial pasó por su lado y rozándolo con el codo, sin aflojar el paso marcial, le dijo: «¿Desea algo?» La voz era amable, sí, amabilísima, y, sin embargo el Cav. Bonfante sintió vibrar dentro de él un algo alusivo y burlón, una compasiva Ironía.

«Van seguramente al campo de deportes», se dijo el Cav. Bonfante sintiendo en su boca un sabor de hierba fresca.

Las calles, las fachadas de las casas, las nubes suspendidas sobre los tejados, los rótulos de las tiendas, le parecieron de repente teñidos de verde. Le parecía caminar por un prado, hundiendo los pies en la hierba como sobre una alfombra de goma. Comenzó a respirar fatigosamente y disminuyó el paso. Caminaba por la acera, en la parte de la calle en que por un lado baja suavemente hacia la estación del ferrocarril y por el otro sigue recta por el Viale dei Martiri Fascisti hasta el Tíber. Unos obreros, subidos en escaleras de mano, estaban ocupados tendiendo de un lado al otro del paseo una inmensa franja de tela con un letrero estampado con grandes letras rojas que decía: LITTORIALI DELLA CULTURA. Los rótulos de las tiendas relucían como recién barnizados. «Muebles Novecientos.» «Bar del Turco.» «Hostería de los Dos Amigos.» ¡Hernia, hernia, hernia!, «cinturón Gasperini». Premiado en todas las Exposiciones Internacionales. Medalla de oro en la exposición de Roma de 1911. «Hermanas Tenagla», modistas. «Restaurante Addis Abeba.» «Paraguas y sombrillas Imperial.» Unos autobuses estaban parados en fila en el cruce de dos grandes calles. De repente, por una calle lateral, desembocó una fanfarria. Eran soldados de Infantería. ¡Lástima que no fuesen *bersaglieri*...! A la cabeza de la Compañía iba un capitán con el pecho constelado de cintitas y medallas. Ha hecho la guerra. Con toda certeza han condecorado su valor. Si en 1911 no me hubiesen declarado inútil a causa de mi hernia, habría ido también a las trincheras. Era precisamente el año de la Exposición Internacional y recuerdo haber asistido al primer vuelo de Delagrange en la Plaza de Armas. Ahora la Plaza de Armas está llena de casas, un barrio nuevo, muy bonito. Yo

también tendría una medalla al valor. Hubiera cumplido también con mi deber, como todos los demás. ¡Oh, Trieste, oh, Trieste de mi corazón! Empezó a silbar alegremente. Hubiera querido correr detrás de aquellos soldados, meterse en sus filas. Llegar a coronel. ¡Batallón, firmes! ¡Presenten armas! ¡Bonfante Andrea, empleado del Catastro! No, no había nacido para la gloria, para una carrera heroica. Y, sin embargo... No se sabe nunca, no se puede decir nunca nada... Al parecer tampoco era una cosa tan difícil llegar a ser un héroe... «Perdone... ¿para ir a la "Federación del Comercio"?» El Cav. Bonfante no sabía dónde estaba la Federación del Comercio. «Pruebe por allá, por aquella calle, después tome a la derecha...» La multitud crecía, y en un cierto punto encontró la calle cerrada por un grupo de fascistas en camisa negra, hombres, mujeres, chiquillos. «¡Aquí están! ¡Aquí están!», gritaba la multitud.

En el fondo de la calle, bajo la sombra dorada de los plátanos, aparecieron algunos gallardetes. Eran las insignias de la Legión de las Camisas Negras, que regresaba de África. El Cav. Bonfante recordó que la noche anterior la radio había anunciado su llegada precisamente para aquella mañana. «¡Aquí están! ¡Aquí están!» Bellos muchachos, altos, delgados, con la cara quemada por el sol, la mirada negra y reluciente, la frente sombreada por el casco colonial, una leve sombra verde sobre la piel bronceada. De la estación llegaba el silbido triunfal del tren que había traído aquellos valientes muchachos a Roma, como una invitación afectuosa. La muchedumbre gritaba, aplaudía, todos tenían los ojos enrojecidos, las mujeres, con la cara encendida, lanzaban besos y flores. En el aire, los vítores se mezclaban con los cantos, con los toques de trompetas, con el redoble de los tambores, con el largo silbido del tren, con el restallar de las banderas colgadas en las ventanas. Los militares miraban a su alrededor y sonreían a la muchedumbre. El Cav. Bonfante se sentía invadido por un sentimiento oscuro y remoto, no sabía si reía o lloraba. Ésta era, pues, Italia, la Italia de todos los días. Era la primera vez, en veinte años, que el Cav. Bonfante faltaba a la oficina y descubría una serie de cosas nuevas que hasta aquel día no había siquiera sospechado. Aquella era entonces la vida, la vida de todos los días, una Italia de día de trabajo. Un rombo de aviones invisibles en el cielo claro se deslizaban muy altos. Era una vida misteriosa, para él, para todos los que, como se pasaban su monótona existencia encerrados de la mañana a la noche en una oficina, sentados delante de una mesa llena de papeles polvorientos. ¡Y el jefe, que de vez en cuando pasaba con las manos en la espalda, lanzando furtivamente una ojeada insidiosa a los registros y a las columnas de cifras! Una Italia secreta y misteriosa, para él, para todos los que eran como él.

Y, sin embargo, era un día como todos los otros, un día cualquiera. Pero, ¡cuánta nobleza en aquel aire de fiesta, cuánta ingenuidad en aquellas charangas, en aquellos aplausos, en aquellos gritos de júbilo, en aquella luz dorada y tibia que daba un aspecto nuevo a las casas, a los escaparates, a los coches y a las nubes y que hacía parecer recién salidos de la colada los cuellos y las camisas de los transeúntes! ¡Qué bella y sincera era Italia un día de trabajo! ¡Qué bella y sincera, y sencilla y joven, aquella Italia que el Cav. Bonfante descubría aquella mañana, al ver aquel día por primera vez. Era bastante más bella, más joven, más espontánea que la Italia de los domingos, que la habitual Italia dominical. No hubiera imaginado nunca que pudiese existir realmente una Italia como aquella. Los domingos, la gente engalanada, con zapatos y trajes nuevos, parece haberse preparado para una ceremonia obligatoria, para un conjunto de gestos, de acciones y de acontecimientos rituales: La misa, la parada en el café para el aperitivo, el almuerzo en familia, el paseo por la tarde, el concierto en la plaza, el helado, el cinematógrafo...

Un reposo forzado y fatigoso, una diversión aburrida, una fiesta obligatoria.

Pero aquel día (y seguramente debía ocurrir también así los demás días feriados), la gente parecía realizar algo íntimamente propio y, al mismo tiempo, algo que fuese de todo el mundo. Cada cual se dirigía a sus tareas y tenía el aspecto de trabajar a gusto, con facilidad, con despreocupación; la gente asistía a los cortejos y las ceremonias sin interrumpir el ritmo del trabajo cotidiano, como si se tratara de una fiesta a la que todo el mundo pudiese asistir libremente sin estar obligado a ello. No como formando parte de un programa oficial, sino como un alegre curso de los acontecimientos naturales. Le parecía que aquellas banderas, aquellas charangas, estaban allí para aquella ocasión. Aquellos militares que regresaban a sus casas después de una guerra victoriosa, aquellos operarios que desde lo alto de una escalera de mano y de unos tablados aplaudían al paso de las Camisas Negras, aquellas sirvientas jóvenes que venían del mercado con la cesta al brazo, aquellos repartidores de Telégrafos con su uniforme color ceniza y polainas amarillas, que corrían en bicicleta tocando alegremente el timbre, aquellos chiquillos que volvían del colegio con la cartera a la espalda, aquellos «balillas» que se encaminaban hacia la hierba tierna del Campo de Deportes, hacia las piscinas, hacia los vestidores que olían a jabón y a lisoformo, hacia las pistas de tierra roja cortadas en el prado verde, llenas de jeroglíficos blancos y números misteriosos trazados con yeso, aquellos soldados que andaban erguidos en formación, le parecía que toda aquella gente, aquel pueblo alegre y apresurado se encontraba allí accidentalmente, por mera casualidad, y que todo, gestos, palabras, música, eran elementos, no ya de una fiesta preparada y organizada por anticipado por algún comité oficial, sino, además, de un trabajo hecho alegremente en común, entre amigos, entre compañeros, para el bien y la alegría de todos. Por la gloria de todos. «¡La gloria! —pensó el Cav. Bonfante, sorprendido de que aquella idea no se le hubiese ocurrido en el acto—. ¡La gloria!» Comenzaba a comprender que todos, en el fondo, trabajaban por la gloria, que el resorte invisible que empujaba a la gente a correr de la mañana a la noche por la calle, a desvelarse, a solucionar sus asuntos, a sudar ocho horas al día en las tiendas y en las oficinas, no era únicamente el interés, la ganancia, el sentido del deber, de la solidaridad social y nacional, de aquella misión de civismo, de paz y de amor que Dios y el Estado confía al hombre, sino, por encima de todo, el amor de la gloria. Trabajar por la gloria, ¡qué feliz destino!

El Cav. Bonfante dirigía a su alrededor una mirada clara y pueril. Había olvidado ya las largas horas, los largos días y los largos años de oficina, le parecía haberse vuelto chiquillo, como cuando «hacía novillos» y se iba a paseo por el campo o a rondar por las orillas del río y a los cerros en busca de nidos de pájaro y bayas de enebro. Recordaba a su alrededor una Italia que creía muerta para siempre, la Italia de cuando él era muchacho, la de los perros vagabundos, la Italia del pueblo y de los chiquillos, de las ferias de los pueblos, de los puestos de vendedores de buñuelos y de chucherías; la Italia del juego de bolos, de las procesiones, de las jiras campestres y de los ciegos que tocan el violín en las puertas de las iglesias y las salas de las hosterías. La verdadera Italia, aquella Italia sencilla y tranquila, la de ayer, la de hoy, la de mañana, la de todos los tiempos, la Italia de los días de trabajo. «¡Viva Italia!», gritó de repente deteniéndose delante de un grupo de militares y operarios. La gente se volvía para mirarlo, llena de un cierto estupor, pero el Cav. Bonfante, completamente presa de dulce embriaguez, de infantil entusiasmo, no se daba cuenta de las miradas atónitas y de las sonrisas. «¡Viva Italia!», gritó una viejecita que pasaba en aquel momento del brazo de un militante de camisa negra, uno de los que acababan de volver de África. Algunos transeúntes se volvieron riendo y aplaudieron. El Cav. Bonfante se sentía empujado por una fuerza entusiasta y echó a andar con paso marcial. *¡Un, dos... Un, dos!*, con la cabeza alta,

sacando el pecho, silboteando alegremente, sin oír siquiera la sirena del mediodía, sin darse cuenta de que la muchedumbre se disolvía, de que las calles iban adquiriendo poco a poco el aspecto pacífico y silencioso de las vías ciudadanas durante las horas del almuerzo. «Iré a comer a algún restaurante —pensó—. Hoy es fiesta para todo el mundo, incluso para mí.» Y aquel era, en realidad, su primer día de fiesta. De pronto se encontró en la orilla del Tíber y reconoció los árboles y la fuente del Acquacetosa. Tenía que haber forzosamente una hostería por allí. Grupos de obreros en bicicleta salían de la valla de una casa en construcción y se separaban con alegres saludos. «Debe de ser aquel cercado», se dijo el Cav. Bonfante dirigiéndose hacia una barraca de madera con el tejado de palastro que ostentaba un rótulo sobre la puerta: «El Belvedere.» Y entró.

La hostería era sencilla y familiar, la clásica hostería romana de suburbio, con sus mesas toscas y sus bancos, bajo unas pérgolas de cañas. La carretera la separaba del río, que las últimas lluvias primaverales habían hinchado y alborotado. Del Tíber subía un vientecillo suave y dulce a los labios como un *cannellino* de Frascati. Y el Cav. Bonfante, mientras esperaba que el camarero se diera cuenta de su presencia reflexionaba que los ríos, como los vinos, se dividen en «abocados» y secos. «El Tíber —pensaba—, es el más abocado de todos, el más *sulla vena* de todos los ríos italianos.» Su color sugería la idea del vino de los Castelli, y, sin duda, si los remeros que en los frágiles esquifes dejaban el fondeo del Dopolavoro del Ministerio de Asuntos Exteriores, allá cercano y el más próximo de Ponte Milvio, del Ministerio de la Aeronáutica, metieran la mano en el agua llevándosela a los labios, percibirían un sabor dulzón y embriagador, como de vino. Los remeros que volvían a su amarre tenían el aspecto de bebedores que salen de una taberna, aquel aspecto encendido y enternecido que da brillantez a los ojos y hace las frentes enrojecidas y sudorosas.

El Tíber, por haber recogido desde hacía poco en su seno el verde y espumoso Aniene, corría en aquel punto hinchado y soberbio, pero el Cav. Bonfante notaba, en aquella soberbia enteramente romana, un tono familiar, una urbanidad dulce y cordial. Las orillas estaban llenas de juncos y cañaverales, de hierba clara y flores amarillas, que en el aire transparente parecían de vidrio de color. Allí delante, en la orilla opuesta, humeaba el horno de un ladrillero, y los ladrillos rojos, apilados arquitectónicamente sobre una perspectiva saliente de la hierba, formaban con el prado, de un verde intenso aquí y un poco lánguido allá por la hierba más clara, un contraste resentido e impaciente. Un lado de aquella arquitectura de ladrillos era más claro, casi amarillo, de un amarillo papel que de momento parecía desentonar con el color vivo de la hierba y los áureos reflejos del sol, y que después, poco a poco, penetraba en la intimidad del paisaje, se volvía, podría decirse, de casa y emparentaba con la historia de aquel prado, de aquella ribera herbosa, de aquellos montículos, de aquel horizonte. El horno era rojo y negro, dominado por una selva de pinos que coronaba el borde de una colina. Nubes hinchadas, de contornos netos, se apoyaban sobre los bosques, los montes, las casas, con una indolencia perezosa y amplia. De vez en cuando una nube se movía, penetraba violentamente en otra, como ocurre en aquel juego de niños llamado «mecano» en que una pieza entra en la otra, generando una extraña geometría que tiene la inocencia hermética de los sueños infantiles.

El aire estaba saturado de un algo a la vez preciso y fantástico, un algo propio de los suburbios romanos. El color de Roma, aquel color oxidado que a veces parece de sangre coagulada, se desvanecía en el sol cálido, corría por el campo formando riachuelos densos, manchando la hierba; los setos, los muros, los troncos de los árboles, las cortezas de los pinos, las hojas de los robles y de las encinas. El Cav. Bonfante miraba a su alrededor beatamente maravillado, respirando profundamente aquel aire saturado del

grato olor del río, de los árboles y de los prados. ¡Qué bella era Roma, que nuevo y a la vez familiar, viejo y joven, aparecía todo a su mirada! En aquel paisaje se reconocía como si se hubiese vuelto niño. Encontraba de nuevo aquellos aspectos, aquellos tonos, aquellas libres perspectivas como si las hubiese dejado hacía poco. Las encontraba intactas y, sin embargo, algo había cambiado en ellas, o tal vez algo, no sabía qué, había cambiado en él. De repente, recordó haber pasado por allí, haber ido al Acquacetosa hacía algunos meses, no recordaba cuándo ni con quién. Era en octubre, sí, un domingo. Pero aquella vez aquellos mismos árboles, aquellos mismos lugares, aquellas mismas riberas, le habían parecido extraños, tristes, descoloridos. Quizá porque era en octubre, una tarde gris y cansada de domingo. «¿Qué quiere comer?», le preguntó en aquel momento el camarero. El Cav. Bonfante se estremeció como si aquella voz lo hubiera despertado de una pesadilla. Encargó un plato de *fettucini*, una ensalada de tomate con orégano, una porción de queso y un cuarto de vino blanco seco. Y mientras esperaba, iba observando las barcas del río, el juego de las nubes sobre los cerros, los cambios de luz sobre las paredes rojas del horno de ladrillos.

Empezaba a llegar gente. Grupos de jóvenes y de muchachas en bicicleta bajaban por el sendero y se desparramaban por las riberas del río. Familias del pueblo llegaban a pie, se acercaba el bramido de un autobús, volvía a alejarse y el silbido del tren de vía estrecha de Acquacetosa se perdía en un alegre rumorear de voces. Las mujeres sacaban de las canastas paquetes de jamón, barritas de pan y vino blanco. Grupos de chiquillos se perseguían gritando y unos perros vagabundos llegados de todas partes se unían a las alegres brigadas infantiles. Las muchachas chillaban y se reían echando la cabeza atrás y los jóvenes hablaban alto, con grandes gestos, fingiendo saberlo todo, comprenderlo todo, tener siempre razón. Las mujeres eran gordas, morenas, y tenían la piel reluciente. Mostraban collares y brazaletes de carne alrededor del cuello, de las muñecas y de los tobillos. Los hombres eran de piel oscura, tenían un cabello negrísimo y brillante, las bocas grandes y rojas. Y entre todos ellos un obrero, sentado sobre la hierba con su familia, a dos pasos de la mesa que ocupaba el Cav. Bonfante, parecía grave y digno, por la lentitud de sus movimientos, y la aguda firmeza de su mirada pesante y viva. Sus largos cabellos, ligeramente ondulados, caían sobre su cuello varonil, corto y musculado. El Cav. Bonfante tuvo la impresión de que se parecía a alguien. Una fisonomía que no le resultaba nueva. Empezó a fijarse en él con una atención llena de simpatía y se quedó con el tenedor en el aire, picado por la curiosidad. «Se parece... se parece...» Se parecía al gobernador de Roma, a don Pietro Colonna, del cual el Cav. Bonfante tenía todo el día delante de los ojos el retrato colgado en la pared frente a su mesa, debajo del retrato del rey, del Papa y de Mussolini. Aquel inesperado descubrimiento hizo nacer en sus labios una sonrisa de satisfacción, como si hubiese encontrado una persona conocida, un viejo amigo. Tenía exactamente la frente blanca y serena de don Pietro Colonna, su gran nariz partida.

—¿Me hace el favor? —le preguntó de repente el obrero.

Habíase dado cuenta de su mirada insistente y de su extraña sonrisa y le ofrecía algo en un cucurucho de papel amarillo.

—No, gracias —contestó el Cav. Bonfante, agradablemente turbado.

Pero en el acto le pareció no haber respondido con la cortesía que la invitación merecía. Y llamando al camarero pidió:

—Un litro —ordenó—, y del mejor.

Tenía la cara encarnada, vertió el vino en los vasos del obrero y de su mujer y bebió también él, alzando los vasos y diciendo en voz alta: «A su salud, a la salud de todos.»

Empezaron a charlar, el Cav. Bonfante trataba de recordar alguna historia divertida, de aquellas que oía contar con frecuencia en el café a sus compañeros de oficina, pero, fuese el exceso de alegría de sentirse libre, fuese la pesadez que la lenta digestión daba a su memoria y a sus miembros, fuese el vino que había bebido (y que mientras hablaban, seguían bebiendo, pues el primer vaso había dado lugar a otros muchos), no conseguía recordar ninguna y entonces empezó a contar su vida. Dijo que era empleado del Catastro y originario de Rieti y que llevaba en Roma más de veinte años; El obrero, que parecía estar contento también, dijo que trabajaba en la oficina del gas, cerca de San Paolo, donde estaban construyendo un nuevo gasómetro, tal vez el más grande de Italia.

—¿No lo ha visto aún? —preguntó.

—No —contestó el Cav. Bonfante—. Hace muchos años que no voy a San Paolo.

—¿Muchos años? —exclamó el obrero abriendo los ojos—. Pero, ¿no vive en Roma usted?

—Sí, en Roma, pero durante la semana estoy encerrado en la oficina y el domingo, ¿comprende...? El domingo...

—Comprendo —dijo el obrero—. El domingo está cansado.

—No, no puedo decir que esté cansado. Me aburro, eso es todo.

—Tiene razón —intervino la mujer del obrero—. Algunas veces el domingo es verdaderamente aburrido.

—¿Algunas veces? —exclamó el Cav. Bonfante—. Diga siempre. Todos los domingos son aburridos. ¡Todos! —concluyó con acento obstinado.

Se le había derramado un poco de vino en la corbata y estaba secándolo distraídamente con la palma de la mano. Tenía los ojos brillantes y parecía presa de una extraña excitación, como un chiquillo que hubiese bebido un vaso de más.

—¿Ve? —decía el Cav. Bonfante ofreciendo un vaso al obrero—. No me he sentido nunca tan feliz. Me parece ser otro. No me había dado cuenta, y no obstante ya no soy joven, de que la vida fuese tan bella, de que Italia fuese tan bella.

—En cuanto a Italia —dijo el obrero—, es verdaderamente bella. No lo digo por jactancia porque soy romano, pero Italia es el país más bello del mundo.

—El más bello y el más feliz —apoyó el Cav. Bonfante—. Todos los italianos son felices... ¿no cree?

—¿Y cómo no? ¿Quién lo ha dudado nunca? —exclamó el obrero riendo y mirando a su alrededor...

Poco a poco, de los grupos vecinos se habían acercado algunos jóvenes movidos por la curiosidad. El Cav. Bonfante ofrecía bebida a cada recién llegado, se había quitado la chaqueta, remangándose la camisa hasta el codo, un tirante le resbalaba continuamente del hombro, sujetándole el brazo, y el gesto que repetía a cada momento para ponerlo en su sitio lo hacía vacilar; los lentes se le habían puesto de través en la nariz y de vez en cuando le caían sobre la hierba. La merienda había terminado, los muchachos jugaban a perseguirse por el prado, las mujeres, sentadas aparte, charlaban con breves gritos guturales y de cuando en cuando volvían la cabeza para contemplar la escena.

—Usted no sabe —decía el Cav. Bonfante— lo que es estar todo el santo día encerrado entre cuatro paredes polvorientas sin ver nunca un pedazo de cielo ni respirar un poco de aire puro...

—Yo sí sé lo que quiere decir —interrumpió el muchacho joven—. He estado en la cárcel un par de meses. ¡Qué oficina...!

—La cárcel es otra cosa —gritó el Cav. Bonfante—. De la cárcel un hombre no sale porque no puede salir, pero de una oficina...

Una explosión de risas acogió sus palabras.

—De la oficina —prosiguió el Cav. Bonfante— un empleado no sale, no porque no pueda salir, sino porque no debe, porque no quiere. La cuestión es ésta. No sale porque no debe, porque no quiere. ¿Quién se lo impide? Dígamelo, ¿quién se lo impide? ¿El reglamento? ¡Ja, ja! ¡El reglamento! ¡No hay reglamento que valga si uno quiere salir! Entonces, ¿qué? ¿La ley? ¿Los sindicatos? Si uno quiere salir de la oficina no hay reglamento, no hay ley, no hay sindicatos que pueda impedirselo. ¿Entonces?

Mientras hablaba, el Cav. Bonfante se había ido congestionando y gruesas gotas de sudor le corrían por la frente.

—Ya le diré yo lo que le impide salir. ¡El miedo! ¡Sí, señor, el miedo! No se sabe de qué, pero es el miedo. Hace más de veinte años que yo vivo en el miedo. Y no sé de qué. No sé explicármelo ni yo mismo.

—Será el miedo de perder el empleo —intervino uno de los auditores.

—¿De perder el empleo? ¿Yo, miedo de perder el empleo? —gritó el Cav. Bonfante con tono de desprecio—. ¡Para lo que gano por estar todo el día sentado delante de una mesa en una oficina sin aire! No, el miedo de perder el sueldo no entra. Gracias a Dios, tengo algo mío. Poseo una pequeña finca en el pueblo. Lo suficiente para comer y dormir no me faltará nunca. Más bien —prosiguió bajando poco la voz, es otra clase de miedo. Una oscura sujeción a una ley que no existe, a una ley que en el reino de Italia no existe.

—¿Qué ley? —preguntó un obrero.

—¿Y cómo lo sabe que no existe esa ley? —añadió otro—. ¿Es que usted pretende conocer todas las leyes?

—El hecho de que no sepamos si existe te demuestra que la hay —dijo un tercero.

Todos se echaron a reír y el Cav. Bonfante se levantó lleno de dignidad, miró a su alrededor con una mirada severa y levantando el vaso dijo destacando las sílabas

—Comprendo perfectamente lo que queréis decir, pero no nos entendemos. No sé explicarme. Sí, tengo miedo, soy un pobre desgraciado, un pobre imbécil. Yo sé cuál es esta ley.

Y diciendo esto vació el vaso de un trago. Aquellas extrañas palabras devolvieron la serenidad y la confianza al grupo.

—¿Por qué no deja usted el empleo si tiene medios propios de vivir? —preguntó un obrero.

—Si tengo que decir la verdad, no lo había pensado nunca —contestó el Cav. Bonfante, sorprendido de aquella inesperada pregunta.

No se le había ocurrido nunca la idea de dejar el empleo, de volver a su pueblo donde tenía una casa, una propiedad y unos parientes.

—No lo había pensado nunca —repitió—, y no sé explicarme cómo una idea tan sencilla no me ha pasado nunca por la cabeza. Podría hacer lo que quisiera, ir a paseo de la mañana a la noche, sin esta esclavitud de cada día, de cada hora, de cada minuto, sin tener que tragar bocados amargos, entre papelotes, humillaciones de todo género...

Estaba casi ebrio, le relucían los ojos y tenía la frente roja y sudada. Se reía, y al reírse, el labio superior se le contraía dejando ver unos dientes amarillos y negros y unas encías pálidas e hinchadas. Hacía ya rato que la esposa del obrero que se parecía a don Pietro Colonna lo estaba mirando fijamente con extraña atención, como si tuviese ciertas sospechas. Uno de sus hijos, que se había acercado al Cav. Bonfante y lo observaba extrañado, se volvió hacia su madre.

—Mamá —dijo.

Pero la mujer le tiró de la manga y lo alejó con un gesto que era quizá más de rencor que de miedo.

—Ustedes por lo menos, son felices —prosiguió el Cav. Bonfante balanceándose sobre las piernas y manchándose de vino la camisa—. Todo el mundo los respeta, los quiere, nadie les roba el pan, no son siervos de nadie, saben defenderse... pero hoy yo también soy libre. ¡Viva el trabajo! ¡Vivan los obreros italianos!

Y soltó una carcajada levantando el vaso.

—No beba más —le dijo un obrero cogiéndole el brazo—. Puede hacerle daño.

—¿Por qué no puedo beber? ¿Quién me lo prohíbe? —gritó el Cav. Bonfante—. No estoy borracho, tengo el derecho de hacer lo que me plazca, nadie puede impedirme hacer lo que me plazca...

Mascullaba las palabras, hacía extrañas muecas con la boca y, de repente, al ver pasar por la calle un carrito de helados empavesado con banderitas de papel, se acercó a él tambaleándose, arrancó una banderita tricolor y haciéndola ondear con el brazo tendido en dirección al grupo de operarios, gritó: «¡Viva Italia!» Y llevándose la banderita a la boca empezó a comérsela, torciendo la cara con bufas muecas como si, en vez de la banderita, masticase un trozo de cuero. Pero de golpe sintió que se ahogaba y se quedó con la boca abierta y la cara amoratada.

—¡Escupa la bandera! ¡Escupa la bandera! —le decía un obrero dándole golpes en la espalda para hacerlo toser—. ¿Es que quiere ahogarse?

El Cav. Bonfante movía la cabeza con gestos obstinados y pueriles, haciendo al mismo tiempo esfuerzos por tragarse la pelota de papel que se le había formado en la garganta. Un hilito de saliva roja y verde le corría por la barbilla y su rostro congestionado era a la vez horrible y ridículo. Todos se reunían a su alrededor, divertidos e inquietos.

—Se ha vuelto loco —decían—. Acabará por ahogarse ¡Que escupa la bandera!

Un súbito acceso de tos vino en su ayuda y la pelota de papel salió disparada. Los chiquillos se reían dando palmadas, pero las mujeres parecían más bien asustadas del cariz que tomaban las cosas.

—¿Pero, quién es? —preguntaban—. ¿De dónde ha salido? Se ha vuelto loco. ¿No ve qué ojos tiene? ¿Y si se hubiese vuelto rabioso? ¡Giulio, Camillo, Mario, Peppi, venid aquí en seguida os he dicho...! ¡Aquí ahora mismo,..!

—Se han asustado ustedes por nada —decía el Cav. Bonfante volviendo a su alrededor dos ojos desorbitados—. Hace veinte años que como papeles y no me he muerto todavía de indigestión.

Se reía, se golpeaba el vientre con las manos y sacaba la lengua.

—Veinte años que trago papel, que masco papel, que vivo de papel. Hace veinte años que trago y rumio los estados catastrales de todo el Lazio, quintales de papel sellado,

folios de anuncios legales, la *Gaceta Oficial del Reino*, anexos y conexos... Y ahora soy dueño, por fin, de comer el papel que quiero. Qué mal hay en ello ¿Qué mal hay en comerse una banderita tricolor? ¡Yo soy un buen italiano!

Se inclinó para recoger la bola de papel masticado que había escupido e hizo el gesto de metérsela otra vez en la boca.

—¡Eh, eh, basta ya de bromas! —gritó un obrero dándole un manotazo en el brazo—. ¡No estamos aquí para cuidar locos!

El Cav. Bonfante se quedó mirándolo, riéndose como hacen los chiquillos cuando quieren ocultar con la risa su disgusto. Había perdido el control de sus brazos de sus piernas, de todos sus músculos. Hubiera querido estar serio y se daba cuenta de que su boca reía. Hubiera querido permanecer inmóvil, no mover los brazos, no doblar las rodillas y se daba cuenta de que sus brazos se alzaban y bajaban, sin que él pudiera impedirlo. A veces le parecía ser ligero como una pluma y que tenía que hacer un esfuerzo para mantener los pies tocando el suelo. Un soplo y hubiera volado. Y, de repente, se dio cuenta de que estaba a punto de remontar el vuelo, que le hubiera bastado el más mínimo empujón para salir volando. Le hubiera bastado soplar en la mano abierta. Probó soplar en los dedos y se tambaleó. Ahora podría emprender el vuelo por encima del río, de las colinas, del Ponte Milvio y del Monte Mario. ¡Hacía tanto tiempo, que deseaba volar sobre Roma, sobre San Pedro, la Ciudad del Vaticano y el Quirinal, la Via Nazionale, la Via Véneto y la Piazza Colonna! Su sueño más caro había sido siempre poder contemplar Roma a vuelo de pájaro, poder ver el Papa desde lo alto, verlo caminar por los jardines del Vaticano, entre la estación del ferrocarril y la estación pontificia de la radio. Finalmente podía realizar su sueño, satisfacer su capricho.

—¿Listos? gritó mirando a su alrededor y tendiendo los brazos como si fuesen alas—. ¿Listos? Todos al vuelo, vamos, todos a la vez... ¡Hop! ¡Hop!

Y empezó a dar saltos, a soplar y a agitar las piernas y los brazos hasta que perdió el equilibrio y rodó por el suelo.

—¡Vámonos, vámonos! —decían las mujeres cogiendo a sus maridos por el brazo.

—¿Y por qué tenemos que marcharnos? ¿De qué tienes miedo? ¿No ves que está completamente borracho?

Unos se pusieron a llamar al dueño del restaurante y otros a ayudar al Cav. Bonfante a levantarse.

—Y ahora, ¿qué hacemos con él? —preguntó el dueño mostrando a todos su semblante irritado en el que se leía la falsa piedad confundida con un gran deseo de dar una lección a aquel aguafiestas—. Apostaría a que no tiene ni el dinero necesario para pagar el gasto...

Y soltó una palabrota que provocó el buen humor de la concurrencia.

—¿Pagar? ¡Pues claro que pago! —balbuceó el Cav. Bonfante tambaleándose sobre sus pobres piernas—. ¡Pago el gasto de todos! ¿Ha comprendido usted? ¡Tráiganos algo de beber!

Y sacándose la cartera del bolsillo extrajo unos billetes que ofreció al dueño con un gesto entre digno y soberbio.

—Basta con uno de cien —dijo el tabernero devolviendo al Cav. Bonfante los billetes sobrantes—. Y ahora hazme el favor de marcharte o llamo a los guardias.

—¿Los guardias? ¿Y por qué? —preguntó Bonfante, entre sorprendido y extrañado—. ¿Qué tienen que ver los guardias? ¿Te he robado algo? ¿He matado a alguien? ¿Crees que me dan miedo tus guardias? ¡Soy un caballero! ¿No sabes que me... en tus guardias?

Y describió con los brazos un amplio gesto que dejó pasmado a su auditorio, ya un poco ebrio también. Las mujeres, sobre todo, reían.

—Aquí precisamente tenía que ocurrir esto —exclamó el tabernero mirando a los espectadores—. No quiero tener líos. No me faltaba más que esto... que vengan a meterme revolución en casa...

—¡Viva la revolución! —gritó el Cav. Bonfante.

—¡La revolución te la voy a dar yo! —bramó el hostelero poniéndose súbitamente rojo de furor.

Y empujando al borracho lo mandó lejos con toda la fuerza de sus brazos.

El Cav. Bonfante cayó de espaldas en medio de la carretera y permaneció tendido con los ojos cerrados, pálido e inmóvil.

—¡Madre mía! —gritó una mujer—. ¡Está muerto!

—¿Qué? —dijo el hostelero—. ¡Ese tipo es un borracho! ¡Conozco bien a estos granujas! ¿Sabes lo que es? Ya te lo diré yo, lo que es.

Y acercándose a un obrero que estaba a su lado le dijo al oído con aire de misterio, pero de manera que todos lo oyesen:

—¡Es un espía! Esto es lo que es... Los conozco bien a esos tipos.

—Se ve que los conoces poco —replicó el obrero fijando en el hostelero una mirada llena de enemistad.

—Los conozco y los trato como merecen ser tratados.

—¿Sabes lo que te digo? —repuso el obrero con voz dura—. Que como le pongas un dedo encima te parto la cara...

—No te he entendido bien —dijo el tabernero, tranquilo y provocante.

—No importa —respondió el otro—. Otra vez me entenderás mejor. Por hoy basta.

Volvió la espalda al tabernero, y ante sus compañeros callados, se acercó al Cav. Bonfante y lo levantó del suelo.

Aquel incidente hizo cambiar radicalmente la actitud de los espectadores con el Cav. Bonfante. Las mujeres lo rodearon solícitas, y mientras una le mojaba la frente y la nuca con un pañuelo empapado en vinagre, otra le secaba las sienes y otra le llevaba un vaso de agua. Los chiquillos se habían acercado a él con simpatía y uno de ellos le ofreció un puñado de altramuces y de pepitas de calabaza.

El pobre Cav. Bonfante se acercó a la mesa afectuosamente sostenido del brazo por el obrero y se desplomó sobre el banco exhalando un profundo suspiro. La cabeza le daba vueltas y sentía un dolor agudo en la nuca, pero una extraña ternura le endulzaba el corazón. Habría querido abrazar a sus salvadores, expresarles todo el reconocimiento que sentía por la ayuda que le prestaban en un momento en que, así lo decía y lo creía, la injusticia humana había tratado una vez más de aplastarlo. A pesar de todo, se sentía feliz. Únicamente le angustiaban, a ratos, las palabras que el tabernero le había dirigido. ¿Qué tenían que ver los guardias con él? ¿Qué mal había hecho? Llamaría al tabernero, le diría quién era, se lo explicaría todo. Se volvió y lo buscó con la mirada. Pero lo vio

apoyado en el marco de la puerta y encontró su mirada fría y amenazadora. «¿Qué mal le he hecho? —pensó—. ¿Qué tendrá contra mí?» Y bajó los ojos, sin saber si lo hacía por recelo o por pudor.

—¡Lástima! —dijo después dirigiéndose a sus salvadores—. ¡Lástima que los haya conocido a ustedes tan tarde, que no los haya encontrado hasta hoy! Es la primera vez, desde que nací, que encuentro gente tan buena, personas tan honradas y tan buenas. Estoy seguro de que entre ustedes viviría feliz. Trabajaría con ustedes, me volvería como ustedes. Nadie me molestaría, todos me respetarían.

—Hay que haber nacido obrero para ser obrero —dijo uno de ellos con inconfundible acento lombardo.

Tenía aspecto de albañil, de uno de aquellos albañiles que bajan del Valle Padana para trabajar en las grandes construcciones de Roma.

—Sí, lo sé —repuso el Cav. Bonfante—. Los obreros no son una clase social, sino un estado de la naturaleza. Nosotros, los burgueses, formamos una clase social, pero vosotros estáis todavía cerca de la naturaleza. Quiero decir de la naturaleza humana.

Y añadió, con una especie de pudor.

—Me avergüenzo de ser un burgués, pero tengo que confesar que lo soy.

—¿Y a nosotros, qué nos importa? —replicó gentilmente el lombardo—. Obreros o no, todos somos iguales. Hay quien nace obrero y hay quien nace burgués.

—Pero yo no he nacido burgués —contestó el Cav. Bonfante como para defenderse de una inmerecida acusación—. Mis abuelos eran campesinos. Mi padre, de joven, fue campesino también. Después compró unas parcelas de tierra y quiso que yo estudiara. Pero he nacido campesino. Es la vida, la vida de oficina, lo que me ha convertido en lo que soy.

—No se preocupe —insistió el albañil—. ¿Qué culpa tiene usted de ser burgués?

—Un poco de culpa la tengo, desde luego —dijo el Cav. Bonfante—. Y también es culpa mía haber llegado a ser el Cav. Bonfante empleado del Catastro.

Pronunció estas palabras con voz humilde, como para hacerse perdonar su parte de culpa.

—¿Has oído? ¡Es caballero! —exclamó una mujer mirándolo con respeto.

—¿Y a nosotros qué nos importa que sea caballero? —dijo el obrero que había tomado su defensa—. Quiero decir, que no nos produce ninguna impresión. En Roma todos son caballeros. Pero como él... como él, creo que hay pocos. Es una bellísima persona.

—Sí —afirmó el Cav. Bonfante con acento de profunda convicción—. Soy una bellísima persona, soy un gentilhombre, pero siento no ser un obrero como vosotros porque sería dos veces gentilhombre. En cambio... en cambio... ¿Saben ustedes por qué estoy aquí en vez de estar en la oficina? —añadió después de un instante de vacilación, con un asomo de orgullo y de triunfo en la voz.

—Porque hoy es sábado fascista —dijo el lombardo.

—¿Sábado fascista? —exclamó el Cav. Bonfante, decepcionado—. Creía que era día de trabajo. Pensaba que en la oficina me esperarían. Y ahora resulta que es sábado...

—Hemos trabajado hasta mediodía y esta tarde tenemos fiesta —dijo otro obrero.

—No me acordaba... no me había acordado de que hoy fuese sábado —dijo el Cav. Bonfante como si siguiese el hilo de sus pensamientos—. Pero no importa. Esta mañana hubiera debido ir a la oficina hasta mediodía y no he ido. Y esto es lo importante.

—Ha sido Mussolini quien nos ha dado el sábado fascista —dijo el lombardo—. Él comprende las necesidades del obrero. Cuando un cristiano ha trabajado cuarenta horas durante la semana creo que tiene derecho a ir a merendar con su familia. ¿No le parece?

—¿Si me parece? —exclamó el Cav. Bonfante—. Yo digo que Mussolini es el único que piensa en nosotros, entre tantos granujas que sólo piensan en sí mismos.

Y poniéndose en pie, gritó:

—¡Viva Mussolini!

Parecía que de nuevo se hubiese apoderado de él aquel frenesí, aquel pueril entusiasmo de unos momentos antes. Los obreros se miraron unos a otros con aire preocupado.

—Será cosa de volver a casa —dijo uno de ellos—. Es ya tarde...

—¿Para qué volver a casa? —replicó el Cav. Bonfante. ¡Se está tan bien aquí!

Pero todos se habían levantado ya y empezaban a desfilar, las mujeres delante, con los niños cogidos de la mano, precedidas de los chiquillos mayores que llevaban los canastos y las botellas vacías. Los hombres iban detrás, charlando entre ellos, y dos de ellos sostenían por los brazos al Cav. Bonfante, que avanzaba tropezando a cada paso como si las piernas no lo sostuviesen. Cerca de la fuente del Acquacetosa encontraron el autobús, y toda la comitiva se acomodó en los asientos. Durante el trayecto el Cav. Bonfante había bajado la cabeza y parecía que durmiese, pero por su mente desfilaban los acontecimientos del día y una gran humillación pesaba sobre su alma. Algo había venido a estropear aquella maravillosa jornada, y no sabía qué. Era tal vez el tabernero, o quizás era la sensación, que súbitamente se había agudizado, de su esclavitud «a una ley que no existe». Todos eran libres y felices, únicamente él no era libre ni feliz. Su ternura por aquellos honrados obreros, por sus «salvadores», se iba transformando poco a poco en una especie de afectuoso rencor. «¿Qué les importo yo? —pensaba—. ¡Ni yo ni mi vida! Ellos se quieren, se comprenden, se ayudan, no tienen envidia unos de otros, trabajan serenos y contentos, y ahora se irán a sus casas con sus mujeres y con sus hijos, y me dejarán solo sin preocuparse de saber dónde vivo, cómo vivo, ni si tengo todavía necesidad de ellos y si soy feliz.» Se sentía triste y abandonado, y en un momento dado levantó la mirada y se dio cuenta de que todos lo miraban, hombres, mujeres, chiquillos, con una expresión de sincera piedad en sus miradas atónitas.

—¿Quiere que lo acompañemos a su casa? —le preguntó uno—. ¿Dónde vive? —No, gracias —contestó el Cav. Bonfante. Únicamente entonces se dio cuenta de que se le anudaba la garganta, de que las lágrimas le corrían por las mejillas.

—No, gracias —prosiguió—. He llegado ya. Vivo en Vía...

Y dio el nombre de una calle no lejana de la avenida que dentro de un momento iban a atravesar.

—No debe hacer cumplidos —le dijo el obrero lombardo—. Si quiere que le acompañe, yo vivo también por esta parte.

Entretanto, muchos se habían apeado ya y otros se preparaban para apearse. Quedaban pocos. En las calles se encendían las primeras luces, el asfalto húmedo brillaba y la gente caminaba por las aceras tapando los escaparates de las tiendas, iluminados como para una fiesta.

—Muchas gracias a todos —dijo el Cav. Bonfante poniéndose de pie mientras el autobús iba moderando la marcha—. He pasado un día verdaderamente feliz, gracias de todo corazón. Y hasta la vista... Volveremos a vernos pronto.

Pero era un adiós; sentía que no volvería a encontrarlos nunca. Se apeó del autobús y se abrió paso por entre la muchedumbre. Tomó por una calle lateral y todavía resonaban en sus oídos las voces de aquellos honrados obreros, pero apagadas, lejanas, haciéndose a cada paso más lejanas y más apagadas. Caminaba de prisa, casi corriendo, como si huyera. Subió la escalera jadeando, tocó el timbre y entró en su casa. Catalina lo miraba en silencio con una expresión interrogadora, de censura, pero no se atrevía a preguntarle qué le había ocurrido.

—¿Quiere una taza de caldo? Un poco de caldo caliente le sentará bien...

El Cav. Bonfante se dejó caer en una silla, apoyó los codos sobre la mesa y se puso a sorber lentamente la taza de caldo que la sirvienta le había puesto delante. El líquido caliente le bajaba hacia el estómago disolviendo algo duro y amargo que sentía en la garganta.

De repente notó un pinchazo en un muslo. Bajó la vista: era el gato. De pie sobre las patas posteriores, el animalito le hincaba las uñas en la carne, maullando suavemente, atraído por el olor de algunos trozos de pollo que humeaban en un plato sobre la mesa. «¡Vete!», dijo el Cav. Bonfante rechazando al gato con violencia. Pero pocos instantes después, las uñas volvieron a clavarse en su muslo. «¡Vete, vete!», gritó dando con la servilleta en el hocico del animal. Pero el gato no se daba por vencido. Se puso nuevamente en pie sobre las patas posteriores y volvió al asalto con un maullido de protesta. Una oleada de ciego furor se apoderó de repente del Cav. Bonfante. Agarró el gato por el cuello e hizo el gesto de estrellarlo contra la pared. Pero el gato, aterrado, le clavó las uñas en el brazo y maullando con voz ronca se defendió ferozmente, tratando de liberarse de la presión que lo sofocaba. Fuese el dolor, fuese la ciega rabia que se había apoderado de él, el Cav. Bonfante apretó aún más los electos alrededor del cuello del animal y cogiendo con la mano izquierda un tenedor empezó a pinchar con salvaje violencia el cuerpo de la bestia. Una lucha mortal se desencadenó entre el hombre y el gato. Enloquecido por el dolor, el animal se defendía surcando de arañazos el brazo y el rostro de su adversario, destrozándole a mordiscos los pantalones, la manga de la chaqueta y la camisa mientras un horrendo maullido salía de sus fauces espumantes. Con los ojos inyectados de sangre y el rostro lacerado por las garras de la bestia feroz, el Cav. Bonfante se encarnizaba con rabia ciega en el cuerpo de su víctima. Un silbido breve, jadeante, salía de sus labios contorsionados con una mueca de odio y de dolor. De repente, con un estrépito de vajilla rota y de sillas derribadas, el hombre y la bestia rodaron bajo la mesa. Con saltos violentos, con estremecimientos imprevistos, el gato trataba de agarrarse al rostro del adversario, pero, poco a poco, destrozado por las puntas del tenedor, asfixiado por la presión de los dedos duros y secos, fue perdiendo fuerzas, y entonces el Cav. Bonfante cogió una botella y comenzó a machacarle salvajemente la cabeza.

De pie, en la puerta de la cocina, tapándose la boca con las manos, Catalina contemplaba aterrada la escena, incapaz de gritar ni dar un paso. «Se ha vuelto loco —pensaba—, se ha vuelto loco...» Y se disponía ya a gritar, a llamar a alguien, cuando el Cav. Bonfante, levantándose del suelo, la miró sonriendo, y con voz quebrada, pero suave, dijo:

—No es nada, Catalina, no es nada... No tengas miedo...

—¡María Santísima! —gritó la sirvienta, aterrorizada.

No se atrevía a acercarse a su dueño, lo miraba con los ojos desorbitados. Un sollozo, que pareció un eructo, sacudió su escuálido pecho. En medio de un charco de sangre, con los miembros agitados por un temblor convulsivo, el gato yacía debajo de la mesa, y de vez en cuando tenía una sacudida violenta y el cuerpo volvía a caer sobre los ladrillos con un golpe sordo. Después, poco a poco, aquel estremecimiento convulsivo fue apagándose y la pobre bestia permaneció tendida en el suelo, con las patas encogidas, la boca abierta y el hocico desfigurado por la punta del tenedor. Un olor extraño se extendía lentamente por la estancia.

—Catalina llamó en voz baja el Cav. Bonfante— quisiera un poco de agua para lavarme.

Tenía el traje hecho jirones, el rostro cubierto de arañazos, las manos empapadas de sangre. La sirvienta entró en la cocina, volvió con una jofaina de agua tibia, jabón y una toalla, ayudando a su dueño a lavarse las heridas.

Mientras el Cav. Bonfante iba secándose la cara y los brazos, Catalina, que sostenía la toalla por una punta, miraba estupefacta a su dueño. No lo había visto nunca así. El Cav. Bonfante sonreía con una sonrisa pueril, apenas esbozada en sus labios pálidos. Se veía que era feliz. Una extraña expresión de serenidad se dibujaba en su rostro, cuya palidez opaca, rota por las rayas rojas de los arañazos, aparecía como acentuada y dulcificada por la luz azul que resplandecía en sus ojos.

—Me voy a la cama, Catalina —murmuró finalmente el Cav. Bonfante con voz pausada—. Mañana es domingo y no tengo que levantarme temprano, déjame dormir. Si hace buen día, quisiera ir a Ostia. Hace mucho tiempo que no veo el mar....

Se dirigió a la puerta que daba a su habitación, la abrió, se volvió para saludar a la vieja sirvienta con una sonrisa y, dejando la puerta entornada, se acercó lentamente al espejo del armario, siempre sonriendo, se quitó la chaqueta, la colgó del respaldo de una silla, se quitó la corbata y se sentó para quitarse los zapatos.

Catalina salió de puntillas de la habitación. Un momento después reapareció con el cubo de la basura en una mano y las tenazas del fogón en la otra, se inclinó bajo la mesa, cogió el cuerpo del gato con las tenazas, lo echó al cubo, puso la tapadera y salió encorvada, suspirando. Y poco después, al volver con una escoba y un estropajo para lavar la sangre del gato vertida sobre el pavimento vio, por la puerta entreabierta, al Cav. Bonfante tendido en la cama, con la cara, pálida y serena, apoyada de costado sobre la almohada. Dormía. Pero lo que la hizo permanecer inmóvil, con la escoba en una mano y el estropajo en la otra (y era, más que sorpresa, una especie de apacible terror), fue la sonrisa que iluminaba el rostro de su amo. Una sonrisa de triunfo, pero tímida y dulce, la sonrisa de un chiquillo finalmente curado de una pena suya, secreta, abandonado a un sueño libre y feliz.

FIN

INDICE

EL INGLÉS EN EL PARAÍSO	3
EVASIONES EN LA CÁRCEL	137
SANGRE	243